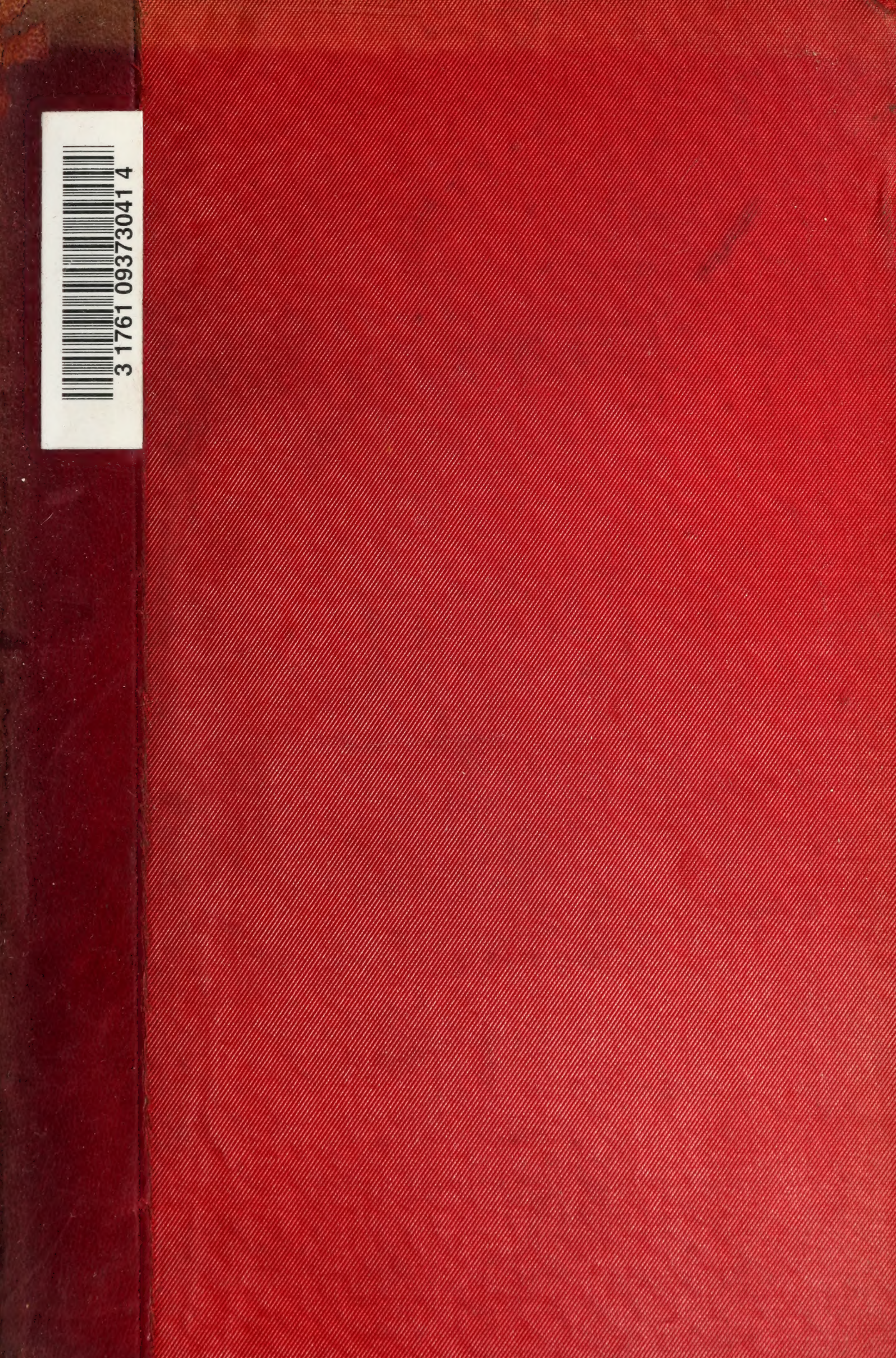

3 1761 09373041 4





Printed in Spain

FELIPE GONZALEZ ROJAS, EDITOR

EL REY FANTASMA

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

D. TORCUATO TARRAGO Y MATEOS

TOMO SEGUNDO

MADRID
ADMINISTRACIÓN: CALLE DE SAN RAFAEL, NÚM. 9
(Barrio de Pozas)
Teléfono número 3.113.
1891



IMPRENTA Y CASA EDITORIAL DE FELIPE GONZALEZ ROJAS, SAN RAFAEL, 9.

CAPITULO PRIMERO

—

Donde es preciso dejar á unos para hablar de otros.

—¡A España!

En esta exclamación estaban encerradas infinitas esperanzas, dulces ensueños, consuelos inefables y dichas agradables. En España se hallaba la gloria, el descanso y el amor, no solamente de aquellos tres corazones, sino de otros dos, que lejos también de su patria, vencedores de mil peligros y triunfantes en las empresas que les fueron cometidas, regresaban á su país lanzando también este grito consolador, santificado por los recuerdos.—*¡A España!*

Tales eran el capitán Brun y el noble Luis Albán.

Todos volvían sanos y salvos al punto de donde hacía un mes habían salido; á aquella corte desgraciada que se empobrecía bajo la mano de torpes gobiernos y de la ambición de Europa.

Y mientras tanto en esa corte, existían otros corazones, otros sentimientos, otros ensueños y otras esperanzas que aumentaban su paciencia y ansiedad.

La casa de la madre de Luis Albán se había hecho naturalmente el centro de las personas interesadas, puesto que su lujo no dejaba de exhibirse muy á menudo

Isabela de Villouraz, bajo el pretexto de que su esposo era también de los expedicionarios corría á saber novedades á casa de la condesa de Bermellar, pues tal era el título de aquella señora, habiendo tenido el cuidado de presentar á Enriqueta de Ponzoa como una de sus mejores amigas.

Reputada la de Albán por una de las señoras más virtuosas de la corte, era una garantía para el Comendador el que su hija frecuentase una casa digna de la consideración de todas las personas sensatas: así es que, lejos de oponerse, dejó que Enriqueta gozara de aquella corta libertad, ínterin llegaba el día de que entrase para siempre en las monjas del Sacramento.

Elena de Gorbea había quedado durante la ausencia de su hermano recomendada á la condesa y ésta le había cobrado entrañable cariño; Como ocupaba en la corte un alto puesto, no quiso que Elena quedase sola en la habitación que ocupaba en el palacio y la tenía contínuamente á su lado. Como es natural, tanto la de Villouraz cuanto la de Ponzoa, habían conocido en Elena una digna amiga que participaba de iguales sentimientos.

Elena amaba como ellas, sufría en más ó menos grado como las dos, encerraba en su pecho un amor sin esperanza como Enriqueta, y de aquí el que estas dos jóvenes se inclinasen la una á la otra, no sólo por la edad, sino por la idéntica circunstancia que las rodeaba.

En aquellas conversaciones prolongadas, llenas de recuerdos y á veces empapadas de lágrimas, se percibía un no sé qué triste, que de cuando en cuando hacía estallar aquellos corazones vehementes y apasionados. Muchas tardes al retirarse la señora de Albán á su oratorio para pedir á Dios por su hijo, Elena conducía á sus dos nuevas amigas al espacioso jardín de la casa, y allí se entregaban libremente á sus confidencias.

En el mismo día en que el capitán Rangel, Martín y Leoncio, veían desaparecer las costas americanas, las tres jóvenes se hallaban en un pabellón del jardín consultando cuidadosamente una carta geográfica que la marquesa había tenido cuidado de traer.

—¿Dónde está Cartagena?—preguntó Elena con ansiedad.

—Aquí,—contestó Margarita, señalando con un alfiler de oro en un punto del mapa.

—¡Ah! ¿y toda esa extensión que hay delante?

—Es el mar.

La candorosa joven quedó mirando la carta con interés, aunque escasamente la comprendía.

—¿Con que es decir que en este puntito negro se halla mi hermano?

—Sí.

—También se encuentra ahí el capitán Rangel,—observó Enriqueta mirando á su amiga.

—En efecto,—contestó la de Villouraz, agradeciendo con una mirada aquel recuerdo.

—¡Cuántas leguas habrá, Dios mío!

—No las sé medir, pero hay muchas.

El pobre Leoncio había quedado olvidado en la mente de Elena.

Las tres amigas cansadas ya de ver la carta de América buscaron otra.

—Aquí está la de Europa,—dijo Enriqueta;—¿queréis decirme, querida amiga, dónde está el Luxemburgo?

El dedo de Margarita puesto sobre España, corrió á lo largo de Francia y se detuvo en un punto determinado.

—Vedlo, pues.

Enriqueta quedó contemplando por algunos momentos toda la parte que se extiende desde el Mosella al Rhin.

—¿Y Milán, dónde se encuentra?—preguntó Elena.

—Aquí lo teneis,—contestó la de Villouraz.

Los ojos de las dos jóvenes se quedaron fijos en los puntos adonde se encontraban sus amantes. Cada cual creyó verlo al través de las ilusiones de su suerte, hasta que levantaron la vista lanzando un suspiro.

—Estamos sufriendo sin necesidad,—murmuró Enriqueta apartando el mapa; yo no se qué es lo que an-

helo buscar en estas cartas, ni por qué consiento á mi corazón semejantes extravíos. Es imposible todo.

Dos lágrimas silenciosas cayeron de sus ojos.

—¡Por qué desesperar!—murmuró Isabela.

—¿Por que? ¡Ah! ¿no sabeis que dentro de muy pocos días debo entrar en el sacramento? Desde la fatal equivocación que hubo la noche del baile, mi padre no quiere que yo permanezca en la córte Alarmado con los rumores que se han esparcido de que el rey estaba enamorado de mí, ha acelerado de tal modo mi entrada en el convento, que ya... no volveré á verlo.

—¡Qué decís! ¿sera tan pronto?—preguntó Isabela.

—Muy pronto. Lo que tarde el rey en conceder su real permiso.

Hubo un instante de silencio en que las tres jóvenes quedaron como anonadadas.

—¿Y ese permiso, cuando lo concederán?

—Dentro de dos ó tres días.

—¡Dios mío!

—Ya veis que tengo razón al decir que todo es imposible.

—Pero acaso vuestro padre varíe de resolución.

—Tiene un carácter inflexible.

—¡Ah! ¿y no le habeis hecho conocer vuestra repugnancia?

—Sería inútil.

Enriqueta inclinó la cabeza con esa resignación forzada que vemos en el mártir ó en el esclavo.

Elena escuchaba vivamente esta conversación y no podía menos de sufrir tanto como su joven amiga.

Aquellas tres mujeres tenían que sacrificar sus deseos, sus sentimientos y sus más dulces esperanzas á las exigencias de la suerte ó á los caprichos del destino, y de aquí el que diesen espansión á sus dolores y latitud á sus confidencias.

—¡Oh! Dios mío,—exclamó la de Villouraz,—¡cuán desgraciada vais á ser, Enriqueta!

—Yo no sé si tendré fuerzas para sobrellevar la vida monástica,—contestó la pobre joven;—pero acudiré al cielo ya que la tierra me abandona.

—No hables de ese modo,—le dijo Elena con tristeza.

—Estoy en medio de mis mejores amigas y debo expresarme de esta suerte. ¡Oh! yo creía que el tiempo y la ausencia vendrían como auxiliares poderosos á calmar los tormentos de mi corazón; ansiaba aquellos días tranquilos y sosegados donde pasaba las horas sin inquietud, leyendo cosas santas que elevaban el espíritu á las regiones de la inmortalidad; pero ni la reflexión ni el recuerdo de mi existencia pasada, ni ese sosiego sepulcral que debe existir en el fondo de los cláustros, han podido extinguir en mi pecho la imágen del capitán Brun. Conozco que hago mal pero no puedo hacer otra cosa. Llevaré al pie del altar este sentimiento profano que Dios perdonará al ver la grandeza de mi sacrificio. Será uu tormento propiciatorio que aplicaré en pago de mi culpa, y que acep-

taré como un cilicio de dolor durante el trascurso de mi vida.

Enriqueta acababa de expresarse con verdad y con todo el fuego de su alma. Se resignaba tranquila á las inmensas pruebas que iba á sufrir, sin murmurar una queja, casi sin verter una lágrima.

—Conocemos lo sublime de vuestra abnegación,—replicó Isabela;—pero os resta lo que Elena y yo hemos perdido.

—¿Qué?

—La esperanza.

—¿Y no teneis esperanza?

—No.

—¿Cómo la he de tener, cuando después que se cierran la puertas del claustro no se vuelven á abrir jamás?

—Eso estaría bien si no os esperase un año de noviciado.

—¿Y qué?

—Un año puede variar vuestro destino, puede arrancaros del convento donde vais á entrar.

—¡Oh! imposible.

—Esa palabra desespera, Enriqueta.

—Esa palabra mata,—contestó la joven inclinando su hermosa cabeza sobre las manos.

Esta frase desconsoladora hizo enmudecer á las tres damas durante algún tiempo.

Isabela pensó en que estaba casada y en que le era imposible alimentar el funesto amor que profesa-

ba al capitán Rangel. Elena se acordó del voto de su padre, en el que se destinaba su mano á Leoncio, mientras su corazón adoraba á Luis Albán. Las tres tropezaban con unas barreras insuperables que las detenía en medio de sus ilusiones y esperanzas.

—Comprendo lo que sufrís, —dijo Elena hojeando los mapas de la marquesa: —cada una de nosotras sufre y padece las consecuencias de una pasión irrealizable. Vos sereis pronto esposa de Dios; yo, luego que regrese mi hermano, lo seré de un hombre á quien si bien estimo como debo, no encuentro en mi corazón ecos que me hablen en su favor. Mi alma se inclina á un ser de quien me separan mil inconvenientes.

—¿Pero si vos le dijéseis á vuestro hermano lo que pasa en vuestro pecho?

—Usaré de la misma palabra de Enriqueta... imposible.

—¿Por qué?

—Porque media un juramento de familia, un voto ofrecido á mi padre moribundo. Aun antes de nacer puedo decir que pertenecía á Leoncio. ¡Oh! ¡pobre amigo! Yo he tenido la desgracia de infundirle un amor vehementísimo, mientras que por mi parte no he podido ni podré corresponder á él. Esto me causa dolorosos remordimientos, lo confieso, y casi trastornan mi razón en esas horas de soledad en que el espíritu se hace superior á la materia. Esto me arrebata el sueño; me lo hiere de contínuo como si fuese un aguijon envenenado, me conduce á implorar el auxilio

divino, pero mis rezos espiran en mis labios y apenas tengo fuerzas para pedir un rayo de luz que serene las tempestades de mi pecho.

Elena se había dejado dominar por la vehemencia de su pasión y de su carácter, hasta un grado de exaltación sublime. Hermosa, como Enriqueta, presentaba un contraste admirable con esta última. La una se hallaba resignada, postrada por decirlo así, ante la voluntad paterna; la otra expresaba en su rostro una idea rebelde, como la que solo á la fuerza se inclina ante una potencia más poderosa. Isabela, en medio de ellas, se sonreía amargamente como la que conoce toda la grandeza de ambos sentimientos.

—Calmaos,—dijo mirando á la una y á la otra;—cada cual padeceis crueles dolores, pues nunca se presenta en la vida un pesar sin consuelo ni una felicidad completa. Comprendo la muda abnegación y la desesperada conformidad de ambas; cada cual por un estilo está condenada á sufrir y á llorar en silencio.

—¡Oh! yo no sé si tendré poder para resignarme,—dijo Elena.

—¿Intentaríais acaso no respetar la voluntad de vuestro padre?

Esta pregunta hizo temblar á la joven...

—¡Oh! se me olvidaba; no hay más remedio que sufrir.

—También hay consuelos en el sufrimiento,—contestó Isabela;—lo sé por experiencia, amigas mías: lo

sé porque los estoy resistiendo hace ya diez años. Hay bebidas amargas que refrescan, lo mismo como hay tósigos dulces que matan, ¡Ah! ¿qué queréis decirle á una mujer que ha recorrido la escala de todos esos dolores; que ha tenido que presentar un rostro risueño y agradable cuando sólo ha bebido lágrimas, cuando con un corazón generoso y apasionado ha tenido que valerse de medios indignos para proporcionarse un átomo de tranquilidad? Hace diez años que solo en el nombre pertenezco al marqués de Villouraz, y desde esa misma época idolatro á un hombre, con un sentimiento puro, con un valor extraordinario, con un entusiasmo ardiente. Pues bien, en medio de tanto tormento he sabido encontrar una dulce compensación, sosteniendo una virtud heróica, única esperanza que ha llenado mi alma de placer en medio de mi profunda amargura: he sabido no faltar á ninguno de mis deberes, sin ser infiel á mi corazón... Sin embargo, ¡cuántas pruebas, Dios mío! ¡cuánta desesperación en algunos instantes!

—Pero al menos vos teneis cierta libertad para amar; ¡qué será de mí cuando me encierren en el Sacramento!

—Decís bien, Enriqueta; tengo más libertad, pero en ella misma existe mi mayor tortura. Tengo libertad para hablar con el hombre que domina mi alma, pero nunca mi razón; y ved aquí un motivo para que sufra más. Sola con mis ilusiones tengo que hacerme superior á ellas; al lado suyo tengo que dominar á la

naturaleza y dar ancho campo al espíritu para que sueñe y delire con cosas contrarias á mi voluntad. Esto es lo que me pasa

Las tres conocieron lo mucho que sufrían y lo extraño de sus respectivas posiciones. ¡Ah! todo estaba encerrado en esta frase:—*¡Amar sin esperanza!*

Cuando Isabela cesó de hablar, se iban extendiendo pausadamente los velos de la noche. La luna asomaba su pálido disco por encima de las arboledas del jardin, cuyos negros matices se confundían en la vaga silueta del palacio. Algunas estrellas mensageras de la soledad y del silencio principiaron á lanzar sus titilaciones en el azulado firmamento, mientras espiraban esos rumores de la vida que forman la animación del día.

La conversación de las tres damas, impregnada de melancolía, estaba en consonancia con la hora moribunda en que espiraba la luz.

Bien pronto la luna vino á iluminar con su primer rayo las frentes de aquellas mujeres hermosas.

—¡Oh!—dijo Enriqueta, luego que recibió una especie de consuelo al oir la palabras de su amiga;—mucho padecemos, mucho nos resta que sufrir; pero en medio de estas borrascas de la vida queda la esperanza como una emanación celestial dispuesta á enjugar nuestras lágrimas.

—Pero esa esperanza no existe en el mundo,—contestó Elena con cierta violencia.

—Existe en la religión, en la pureza de nuestros

sentimientos, en otra vida más tranquila que en la presente.

—Es verdad,—murmuró Isabela.

—Sin embargo, esa esperanza es una esperanza de mortificación y sufrimiento. ¿Quién asegura que tendremos fuerzas para resistir escudadas en esa creencia sublime? ¿Quién os dice si mañana tendreis el mismo valor de hoy para llevar el martirio hasta el extremo en que se rompan todas las fibras del corazón? ¡Oh! Enriqueta... vos no amais con la energía con que yo amo: bien es verdad que vos cambiais un amor profano por uno lleno de santidad y pureza; que huís del mundo donde libremente podeís llorar vuestros recuerdos, mas nunca las imágenes cercanas... Esto al fin es una ventaja... ¡Pero nosotras!... ¡Qué vá á ser de nosotras entregadas á otros seres materiales, sin un convento donde podamos ocultar nuestros delirios; sin un amor celestial que nos inunde de santas ideas; solas, sin apoyo, entregadas al azote del vendabal, expuestas.. ¡Ah!

Elena dió un pequeño grito y se cubrió el rostro con las manos Una horrible idea había cruzado por su pensamiento y la heló de terror.

Margarita, poseida con el vehemente lenguaje de la joven, descubrió un abismo.

—¡Oh! callad, callad, Elena,—dijo en tono bajo pero convulsivo.—Llegamos funestamente á los extremos sin buscar otros medios; vuestras palabras me han espantado.

Elena lloraba, Enriqueta apenas había comprendido.

—Callaré,—contestó la primera;—á veces no sé lo que me digo, y esto es un mal. Bien es cierto que no tengo fuerzas para dominarme como vos, ni consuelos como los que le esperan á nuestra amiga.

—Convengo en ello,—dijo Isabela;—pero no nos dejemos arrastrar por la exageración. Esperemos; dentro de un mes estarán en España... y... ¿qué sabemos lo que puede suceder entonces?

—Entonces yo seré monja,—observó Enriqueta.

—Entonces,—murmuró Elena presintiendo en su corazón una idea espantosa,—ignoro lo que será de mi.

La tres enmudecieron, porque no tenían frases para llevar adelante semejante conversación.

Era completamente de noche, y fué preciso dejar el pabellón y despedirse para el día inmediato.

¡Cuánto fuego y cuánto dolor había en aquellos tres corazones!

CAPITULO II

Es menester ser monja.

Luego que las tres amigas entraron en los salones de la condesa de Bermillas, supo Enriqueta que su padre había mandado buscarla por medio de una dueña respetable, costumbre seguida desde que ella visitaba á aquella señora, pero costumbre que nunca se había verificado tan temprano, lo que no dejó de alarmarla.

Despidióse sin pérdida de tiempo y marchó á su casa.

La casa del comendador de Santiago y la de la condesa de Bermillas estaban contiguas la una á la otra, circunstancia importante que hemos dejado de explicar y que ya no podemos pasar en silencio, merced á los acontecimientos que debemos referir.

Fabricadas según la moda de la época, y casi con·

temporáneas en la fecha de su fundación, eran tan iguales y parecidas, que no hubiera sido fácil distinguir la una de la otra, á no ponerse detenidamente á practicar un estudio arquitectónico en sus fachadas.

Sus portadas pertenecían al género plateresco de Berruguete, si bien algo corrompido por el abuso que ya en tiempo de Carlos II se introdujo merced á las extravagancias del Churriguerismo.

Hecha esta salvedad, seguiremos los pasos de Enriqueta de Ponzoa, la cual penetró en su casa presintiendo algún suceso que no estuviese muy en armonía con los secretos de su corazón.

Cuando llegó á sus habitaciones, y antes de penetrar en el gabinete donde permanecía por lo regular la mayor parte del tiempo, distinguió la sombra y los pasos de su padre, el cual se paseaba á lo largo de la estancia.

Aquellos pasos y aquella sombra producida por la interposición del cuerpo de don Fernando entre la luz y la pared, la helaron de terror.

Sin embargo, era preciso entrar, y después de un momento de incertidumbre se presentó en frente de su padre.

Este la miró con seriedad, como de costumbre, y sin pronunciar una palabra dejó que su hija besase su rostro. En seguida continuó paseando.

Enriqueta se dirigió á un espejo para desprenderse de algunos adornos que cubrían su cabeza. Concluida esta operación, y viendo que su padre no la

hablaba, se entretuvo en hojear algunos libros de devociones puestos en la mesa del tocador.

El silencio que reinaba entre el padre y la hija era imponente. Después que hubieron pasado cuatro ó seis minutos, fué cuando el comendador la dirigió estas palabras:

—Siéntate, Enriqueta.

El tono seco de estas palabras hicieron temblar de nuevo á la joven, la cual obedeció sin desplegar sus labios.

Su padre continuó paseándose: al cabo de otro gran rato, en que la pobre niña temblaba interiormente, como siempre le acontecía, cuando se veía precisada á resistir la severa mirada de don Fernando, éste se dirigió á la puerta de la sala por donde había entrado, y la cerró cuidadosamente, no sin mirar á la estancia inmediata, por si en ella había alguna persona.

Aislados el padre y la hija, salieron estas palabras de los labios del primero.

—¿Sin duda te ha extrañado que venga á visitarte á esta hora?

—Al contrario,—contestó Enriqueta desconcertada;—siempre es un motivo de alegría el veros cerca de mí.

—Lo sé,—dijo el comendador acercándose á su hija;—pero esta noche debía hablarte de otras cosas, y vé la causa por la que te he mandado llamar.

Enriqueta inclinó la cabeza.

—¿No me dices nada?—prosiguió don Fernando.

—¿Y qué quereis que os diga?

—Es verdad; yo soy el que voy á explicarme. Enriqueta, ha llegado el momento de nuestra separación.

—¡Padre!..

—No te alarmes; hablo exclusivamente de que está muy próxima tu entrada de novicia en el Sacramento.

—¡Ah! —murmuró la joven con su dulce conformidad.

—Esta tarde he conferenciado largamente con la abadesa y hemos convenido que proceda á dar cuantos pasos son necesarios para tu entrada. ¡Oh! ¡qué dichosa vas á ser, hija mía!

Era la vez primera que Enriqueta había encontrado algún tanto dulce la voz de su padre.

—Haré lo que sea vuestra voluntad,—exclamó tímidamente.

—Esa contestación no me satisface.

—¿Por qué?

—Porque necesito saber si es esa tu vocación.

Enriqueta levantó los ojos y miró á su padre.

—Sí;—dijo sin saber lo que le pasaba.

—¡Oh! tendré el gusto de separarte de este mundo engañoso, donde todo es mentira, donde no existe la virtud. Se está disponiendo tu celda. ¿Estás contenta?

—Sí,—volvió á repetir la pobre niña no teniendo valor para contrariar la voluntad paterna.

—¿Has reflexionado acerca del nuevo estado que te se presenta?

—Sí.

—¿Y sabes las obligaciones que vas á contraer?

—Si,—volvió á repetir Enriqueta subyugada por aquel extraño interrogatorio.

El rostro enjuto y pálido del comendador brilló con un resplandor de alegría.

—Solo he pensado en tu felicidad,—dijo:—has llegado á la edad competente para que tu corazón pueda crecer y desarrollarse, y bajo la sombra del claustro y un día de pérdida es para mí un cargo de conciencia que me sirve de remordimiento. Tu recepción al noviciado será dentro de unos ocho días.

La joven se extremeció.

—Quiero dar á la ceremonia toda la ostentación debida á tu rango y á la augusta persona que servirá de madrina. ¿No sabes quién es?

—Lo ignoro.

—Es la reina madre doña Mariana de Austria.

Y el comendador sintió un orgullo enteramente mundano al pronunciar estas palabras.

Enriqueta oía con la cabeza inclinada, pues ni tenía fuerzas ni valor para resistir aquella dura escena tan contraria á sus sentimientos. Su respiración fatigosa apenas le permitía desahogar la opresión que experimentaba, y sus ojos tan radiantes y hermosos, iban perdiendo la facultad de ver, á causa de las lágrimas que los empañaban.

El comendador estaba entusiasmado con la idea de que la reina madre iba á ser la madrina de la ce-

remonia y mal haya si hizo alto en la situación de Enriqueta.

—¡Oh! ya verás... ya verás, —prosiguió con la sonrisa en los labios. El honor que vá á recaer en nuestra familia será de unas consecuencias grandes y soberbias No toda la grandeza puede contar con una madrina semejante. Este paso es precipitado no solo porque así lo exige tu estado, sino porque de este modo se aplacarán ciertos rumores maliciosos que circularon desde la noche del baile de la marquesa de Villouraz. Ya sabes, Enriqueta, lo que quiero decir... Hablo de aquella aventura con el rey, del que ninguno de los dos tuvo culpa alguna, pero que fué interpretada funestamente por los ambiciosos cortesanos. Por lo tanto, entrando tú en el Sacramento, daremos un solemne mentís á toda esa turba de murmuradores... Mañana mismo me presentaré á S. M. el rey y solicitaré su licencia para que de este modo no encontremos obstáculo en..

El comendador iba á continuar, pero en aquel instante Enriqueta cayó sin fuerzas sobre el respaldo del sillón donde estaba sentada

—¿Qué es esto?—preguntó asombrado, sujetando el cuerpo de su hija que de otro modo hubiera caido al suelo. —¡Oh! ¡está desmayada! Estas niñas de nuestros días se conmueven por cualquier cosa.

Pronunciadas estas crueles palabras, la colocó en un ancho sofá, y desde allí se dirigió á un jarro de porcelana lleno de agua y de flores.

Roció con la primera el rostro de su hija, y con las segundas se sirvió para aplicarlas en clase de perfume, con el fin de hacer que volviera en sí.

Enriqueta abrió los ojos, y de nuevo tropezó con la severa mirada de su padre, doble más imponente en aquella ocasión.

Después de un momento de pausa, y cuando el comendador juzgó que su hija estaba restablecida del todo:

—¿Qué te ha pasado Enriqueta?—preguntó con sequedad.

—Nada,—contestó temblando;—acaso una ligera indisposición.

—¡Es extraño cuando te hablaba de cosas que deben halagarte!

—¡Oh... Dios mío! Padezco mucho

Y la trémula joven, sin pensar que se hallaba delante de su padre, juntó las manos sobre el pecho y miró al cielo con desesperación.

—¿Qué tienes?—volvió á instar el comendador asombrado con tales demostraciones.

Enriqueta inclinó la cabeza para ocultar las lágrimas que brotaron de sus ojos.

Su padre arrugó el entrecejo y volvió á mirar á su hija, como pidiéndole una explicación de aquel mal repentino.

—Por lo que veo te obstinas en callar,—prosiguió con voz irascible,—y esto no está conforme con la rigidez de mis principios. Cuando un hijo es interrogado

por su padre, éste contesta al punto sin vacilar un instante. Vamos pues: conozco que tu corazón no estaría preparado, y acaso la noticia que te acabo de comunicar haya producido en tí una sensación fuerte y violenta; de cualquier modo no hay secretos para la autoridad paternal. Habla.

—¿Qué quereis que os diga?—murmuró la joven no sabiendo si escoger el camino de la franqueza ó el de ocultar para siempre los sentimientos de su pecho.

—La causa de tu desmayo.

—Vos lo habeis dicho; la sensación.....

—De alegría ¿no es eso?

Enriqueta levanta la cabeza, miró á su padre con angustia y contestó con violencia.

—De pesar.

Esta respuesta asombró al comendador de tal modo que exclamó con voz agitada:

—¿Qué estas diciende?

—La verdad, padre mío, —respondió la joven mirando á éste con cierta dignidad.

—Bien, explícate,—replicó don Fernando reponiéndose;—acaso haya dado á tus palabras una interpretación extraña; acaso preocupado con la santa idea de preparar tu felicidad terrena y tu sosiego eterno, haya dado distinta significación á sus frases... Yo no puedo dudar que estés dispuesta á consagrarte al servicio de Dios.

—Estoy dispuesta, sí,—contestó Enriqueta con mansedumbre;—estoy resignada porque debo compla-

ceros haciendo con gusto el sacrificie de toda mi vida, pero mi alma y mi corazón se rebelan en contra de mi voluntad, y en vano lucho, en vano intento hacerme superior á las ideas que me preocupan.

El comendador se puso pálido.

—Señorita,—dijo con una voz al parecer tranquila, pero que bramaba con la fuerza de la colera;—no comprendo ese lenguaje; repetidlo otra vez.

Enriqueta estaba decidida á arrostrar la tempestad paterna con tal de no hacer traición á sus sentimientos·

—Me esplicaré con más claridad.

—Hacedlo, sí; lo ansío extraordinariamente.

—Bien. Estoy resignada á ser monja, solo por complaceros, padre mío.

—¡Sólo por complacerme! ¿Y vuestra volvntad?

—Repugna esa idea.

—¡Por Cristo en la cruz que habeis sido osada en demasía!—exclamó el señor de Ponzoa apretando los puños.—¿Es decir que no quereis ser monja?

Enriqueta se extremeció; pero estaba dispuesta á dar una contestación decisiva.

—No.

El comendador no teniendo con quien pagar su cólera, levantó el puño é hizo añicos un jarrón de porcelana que cayó al suelo con estrépito. Miró á su hija, la cogió de las manos con fuerza convulsiva y estuvo por un momento casi fuera de sí.

Esta violencia infundió más valor en el corazón de la joven.

—¡Estais loca! -exclamó lanzando de una vez todo el aliento que encerraba su pecho.

—No, padre mío, hablo con verdad; y ya que ha llegado el terrible y doloroso lance de explicarme, lo hago tal como lo siente mi alma: tal comolo explica mi corazón.

El comendador se repuso algún tanto.

—¡Con que es decir que me habeis engañado! ¡Es decir que defraudais mis esperanzas; volveis la espalda á la religión; apreciais al mundo más que á Dios; las cosas terrenas más que las celestiales!.... ¡Y yo, imbecil, que os juzgaba de muy distinta manera de lo que sois; yo que os consideraba un angel libre de esa atmósfera de fango en que se encuentra encenagada la sociedad!.... ¡Ah! no, yo no puedo admitir esa idea. Vuestra repugnancia es hija de una alucinación de vuestro cerebro, de una pesadilla fatal que os ha preocupado. Mirad con los ojos de la razón lo que acabais de decir y lo tendreis por un desatino; vos misma os burlareis de esa impertinencia.

—No, padre mío; sé lo que he dicho.

—¿Y aun teneis valor para hablarme de ese modo?

—Creo que así cumplo con mi deber.

—Basta; yo no puedo consentir lo duración de este altercado. Es menester que seais monja.

—Lo seré porque vos lo ordenais.

—¡La misma contestación!

—La misma.

—¿Y sereis capaz de despreciar la honra que nos

dispensa S. M. la reina doña Mariana de Austria?

—No la despreciaría, me echaría á sus pies para decirle: —Señora, yo no quiero ser religiosa.

—¡Silencio! no alceis tanto la voz. Sin duda estais poseída por un espíritu maléfico, Enriqueta. ¿Por qué anteriormente parecisteis conformaros con mi determinación?

—Porque os temía.

—¿Y después?...

—Después temí más al porvenir que á vuestra cólera; temí más á mi conciencia que á vuestros mandatos.

—¿Por qué?

—Porque en el mero acto de entrar por las puertas de un convento, estaba en el caso de aceptar unos votos que acaso no pudiera cumplir.

—¡Oh! ¡insensata!... ¡insensata!

—Oidme por compasión, —continuó Enriqueta cayendo de rodillas delante de su padre: —moriría de sentimiento si no os confesase lo que sufro, si no os revelase lo que pasa en mi corazón. Comprendido por vos el arcano de mi pecho sois dueño de encerrarme en el Sacramento, ó de variar vuestro modo de pensar. La religión me dá valor para hablar de este modo.

—Hablad.... hablad. ¿Por qué no quereis ser monja?

—¡Ah! —contestó Enriqueta haciendo un esfuerzo violento y tapándose el rostro con las manos; —porque estoy enamorada.

—¡Jesus!.... ¡El demonio!—gritó el señor de Ponzoa, pálido como la muerte.—¡Enamorada vos! Esto es una obra de Satanás.... Es menester llamar á vuestro confesor para que os exorcise.

La estúpida ignorancia ó el fanatismo de aquél hombre acababan de dar una interpretación tan ridícula á los puros é inocentes amores de su hija..

—¡Enamorada vos!—prosiguió dispuesto á verter un vaso de agua bendita en la cabeza de Enriqueta.

—¡Qué os asombra, padre mio!

De la frente de don Fernando caían gotas de sudor en aquel instante. Miró la candorosa expresión de su hija, y entonces conoció que ninguna potencia infernal existía en el interior de ella.

—¡Ah!—dijo cayendo en un asiento;—me habeis hecho creer en la pureza de vuestro corazón; habeis hundido en mi pecho el puñal del desengaño cuando más fe y confianza tenía de vos. ¡Oh! referidme si es una enfermedad de vuestro cerebro, ó una cosa positiva lo que acabais de decir.

—Yo nunca miento, padre mio,—dijo Enriqueta con suavidad. Colocada en el extremo de aceptar una senda en la que es preciso ser enteramente virtuosa, he debido ser franca. Amo á un hombre con toda la pureza y toda la vehemencia de un corazón noble educado en la virtud. Ese hombre, colocado por su posición al nivel mio; hijo de una cuna ilustre y dueño de pingües estados, no me ha dado motivo para que el rubor embarace mi lengua ó encienda mis me-

jillas: puesta en la dura alternativa de tener que aceptar unos votos tan grandes, arrostro vuestra cólera é invoco vuestra indulgencia. segura que sabré sacrificarme con gusto, si es que vos anhelais que entre en el Sacramento.

Enriqueta al decir estas palabras bañaba en lágrimas una de las manos de su padre. Este sollozaba también.

Pero debía pasar aquel instante de suprema amargura para dejar ancho campo á los sombríos cálculos de la razón.

El comendador se puso de pie.

Después de enjugarse el sudor con un pañuelo principió á pasearse de nuevo á lo largo del salón.

La jóven no sabía que esperar de aquel silencio. Vió en la fisonomía de su padre el funesto entrecejo que le caracterizaba, cuando las olas de la irritación subían á su rostro, y no pudo menos de temblar de nuevo.

No sabía como explicarse el valor que había tenido en aquella ocasión.

—¿Y cómo se llama ese caballero?—paeguntó el comendador por último.

—Es conocido vulgarmente,—contestó Enriqueta tímidamente,—por el capitán Brun, pero su verdadero nombre es don Guillermo Lorenzo de Vargas marqués de Rivadelo.

Su padre inclinó la cabeza como si tratase de recordar estr nombre.

—¡Ah! ya.... le conozco, —exclamó hiriendo el suelo con el pie.—¿Ese caballero es un capitán de granaderos?

—Sí.

—¿Y sabeis quien es?

—Ya os lo he dicho.

—¡Oh! pues es un libertino, un derrochador de su fortuna, un calavera deshecho. Ved aquí, señorita, el digno objeto de vuestra elección.

Enriqueta quedó aterrada al oir á su padre explicarse de aquel modo; pero le pareció que debía defender á su amante, injustamente calumniado.

—Sin duda, padre mío, estais mal informado. El marqués de Rivadelo es un caballero.

—¿Os atreveis á contradecirme? ¡Vos, la jóven tímida que apenas levantaba la vista del suelo!

—Cuando se trata de mi porvenir y de mi ventura, debo ser explícita con vos. Yo no me atrevo á contradeciros, pero faltaría á mis sentimientos si no me explicase de este modo.

—¡Bah!—dijo el comendador con cierto desprecio que inundó de rubor las mejillas de Enriqueta; —no me cabe duda que estais delirando. Ahora conozco mi torpeza, cuando os he dejado asistir á los bailes y reuniones, y por lo mismo recojo el fruto de ese error involuntario. Enriqueta, vos no sabeis lo que quereis, vuestra edad os extravía, y de aquí nace esa alteración en vuestra existencia moral. El retiro, la calma, el sosiego, la lectura de los libros santos volverán la paz

á vuestro corazón. No quiero ceder á la violencia, porque os considero sumamente obediente á todo cuanto os ordene vuestro padre. Os lo vuelvo á repetir. Es menester ser monja. Vos lo agradecereis.

La calma de este lenguaje era tan inexorable é inflexible, que la pobre Enriqueta vió cerrarse para siempre las puertas de su soñada felicidad.

—¡Es menester ser monja! —repitió maquinalmente.—¡Oh! lo seré, padre mío; vos lo quereis y yo me sacrifico gustosa á vuestros deseos.

—Fuera de lloriqueos inútiles; yo quiero lo que os conviene.

El comendador le volvió la espalda y Enriqueta quedó anonadada bajo la espectativa del destino que el cielo le reservaba.

Después de un gran rato de silencio, en que su padre midió á grandes pasos toda la extensión del salón se volvió hacia su hija.

En la palidez de su rostro se conocía el furor que lo dominaba.

—Es preciso concluir esta escena de comedia que me habeis precisado á representar, y que vos habeis aprendido yo no se dónde,—dijo con el tono seco y desabrido que usaba habitualmente.—Advertida por mí de que dentro de unos ocho días entrareis en el Sacramento, debo advertiros que os preparareis cristianamente á recibir la santa y nueva investidura que os destino. Desechad esas tentaciones del demonio que han acudido á mortificaros, y recibidlas como una

prueba espiatoria para que os halleis purificada del todo cuando piseis el umbral sagrado de vuestra morada. No más réplicas, señorita..... El mundo no es para vos... no soñad con él.

Enriqueta con la cabeza inclinada no tuvo aliento para contestar.

—Acordaos, —prosiguió don Fernando,—que la reina madre es vuestra madrina, y que todo está corriente menos la licencia del rey que mañana alcanzaré.

El comendador lanzó una mirada sobre su trémula hija, próxima á desmayarse de nuevo, y ya iba á salir cuando abriéndose la puerta apareció la dueña de Enriqueta con una carta en la mano.

—¿Qué es eso?—preguntó el iracundo caballero.

—Un criado de la servidumbre de palacio acaba de traer esta carta para que le sea entregada á su señoría.

—Veámosla.

Don Fernando examinó la letra que era rasgada y tendida, como la un hombre acostumbrado al manejo de la pluma, y enseguida abrió el sobre para leer el contenido del escrito.

Este era lacónico y sencillo. Decía así:

—«Amigo don Fernando: Siendo urgente una con»ferencia entre los dos, sobre asuntos que conciernen »á S. M. el rey, agradecería que mañana á las once »os pasaseis por el despacho de la secretaría de Esta»do, donde os espera vuestro humilde servidor —*Ge»rónimo Eguía.*»

Un resplandor de regocijo iluminó el rostro del comendador.

—¡Oh! he aquí un medio para que pueda presentarme al rey con mi pretensión,—murmuró sordamente.—La fortuna es propicia, Enriqueta, y todo quedará despachado. Ya sabes, es menester ser monja.

Lanzó una mirada sobre el inerme cuerpo de la desgraciada joven, y salió no sin volver á confundirla con sus ojos llameantes.

Esta cayó delante de la mesa postrada de rodillas, bañando el suelo con abundantes lágrimas.

CAPITULO III

En el que se trata de llevar adelante una preciosa intriga por medio de una moral sublime.

No faltó don Fernando á la cita dada por el confidente de Carlos II.

Al día inmediato hizo llamar á su mayordomo para que le pusiese á mano una magnífica vestidura negra, en cuyo jubon y en cuya capa aparecían dos hermosas cruces de Santiago, cual distintivos honoríficos de su elevada clase.

Por más que trabajaba en su imaginación para averiguar el objeto de la cita de Eguía, no podía atinar con el motivo, puesto que él se hallaba separado de la corte y era público que pertenecía al partido de doña Mariana de Austria.

Por lo tanto principió á recelar algún lazo del astuto y ambicioso cortesano que lo llamaba, si bien se

previno contra todas las eventualidades de un golpe imprevisto.

A las diez ya estaba vestido; á las diez y media su antiguo y voluminoso coche le esperaba en el zaguan; á las once menos cuarto pidió el sombrero, en el cual se enseñoreaba una magnífica pluma negra; pocos minutos después salió de sus habitaciones, comunicó órdenes con el fin de que su hija no saliese á la calle durante su ausencia, y últimamente atravesó por delante de sus monos, los cuales formaron un redoble con los dientes; bajó la escalera, miró al escuálido portero y se introdujo en el coche.

Este partió formando un estrépito semejante á un trueno, y á las once en punto llegaba á una de las puertas del alcázar real.

El comendador conocía perfectamente la topografía de aquel edificio, y no titubeó en seguir un corredor, subir unas escaleras y llegar á una especie de crugía, en cuyo fondo había una puerta.

Esta se abrió para dar paso al señor de Ponzoa.

En la habitación donde acababa de entrar había dos ugieres que lo saludaron con toda urbanidad.

—¿Está visible don Gerónimo Eguía?—preguntó con el tono altanero que le era peculiar.

—Justamente os está esperando,—contestó uno de los dos funcionarios, mientras el otro corrió á abrir otra puerta.

Después de atravesar algunos salones abandonados, el comendador llegó á la entrada del despacho.

Eguía estaba repanchigado en un sillón de terciopelo, en frente de una mesa llena de papeles, hojeando unos documentos.

Luego que descubrió al personage que tenía en la estancia, se levantó con precipitación y se dirigió á él de la manera más afable. Ponzoa estaba sorprendido con semejante recibimiento.

—¡Oh! buenos días, mi querido comendador,—exclamó el cortesano estrechando repetidas veces la mano del severo caballero.—Sois exacto como un militar, á pesar que no se os vé en la corte hace ya mucho tiempo.

—Ya sabeis que estoy retirado á la tranquilidad del hogar doméstico,— contestó don Fernando.

—En eso imitais á muchos grandes hombres de la antigüedad que hicieron lo mismo. Tened la bondad de tomar asiento.

Eguía lo condujo á su sillón y él ocupó otro más inferior. Don Fernando esperaba la ocasión oportuna de explicarse.

Cuando hubieron pasado los primeros cumplidos y felicitaciones, y después de un momento de silencio, en que los dos se miraron repetidas veces, preguntó el comendador:

—¿Pudiera tener el honor de saber el objeto de vuestra llamada?

—¿Quién lo duda?—contestó Eguía sonriéndose de un modo extraño.

—Bien; espero vuestras órdenes.

—No son mis órdenes, amigo mío; el asunto no emana de mí, sino...

—Ya, ya comprendo. ¿Es cosa de S. M?

—Justamente.

Y Eguía volvió á sonreirse

—Para mí,—exclamó don Fernando,—será la más alta satisfacción si en algo puedo complacer al rey.

—¡Oh! ya lo creo; y mucho más cuando el negocio redunda en honor vuestro y en el de vuestra familia.

Estas expresiones dichas con cierta gravedad, no conocida en Eguía, enrojecieron el rostro de don Fernando con la llama de la ambición.

—Sepamos pues, qué es lo que debo hacer.

El astuto Eguía miró fijamente al comendador, como si quisiese sondear hasta lo profundo de su alma, y contestó en seguida bajando la voz y haciendo un ademán misterioso.

—Ser indulgente.

—¡Indulgente yo!

—Sí.

—¿De qué?

—¡Oh! amigo mío; se conoce que no estais ducho en el idioma de palacio. Otro hubiera comprendido. ¿No sabeis que los padres deben ser indulgentes?

El subido color de don Fernando se convirtió de pronto en una palidez mortal. No comprendía las expresiones del cortesano, pero un milagroso temblor recorrió su cuerpo.

Eguía adivinó aquel trastorno.

—En verdad,—dijo el comendador reponiéndose, —que ignoro lo que quereis decir.

—Creo haberme explicado con claridad. ¿No teneis una hija?

—Sí,—murmuró don Fernando extremeciéndose.

—Pues ved aquí la solución de ese enigma,—contestó Eguía con una serenidad tan marcada y un aplomo tan completo que trastornaron las ideas del comendador.

Tan extraño era aquel diálogo, que este quiso, después de un momento, resumir lo que había oido para deducir algunas consecuencias.

—Yo creo,—dijo pausadamente,—que el rey no puede haberos dado un encargo tan original. No sé en qué falté con respecto á los deberes de padre para que S. M. se tome un interés tan vivo en un asunto al que no tengo nada que echarme en cara. Mi hija está próxima á entrar por su propia vocación en las monjas del Sacramento, y aunque este paso es una separación dolorosa entre los dos, soy demasiado indulgente cuando consiento en que vista el hábito de religiosa.

—¡Qué estais diciendo! —exclamó Eguía fingiendo admirablemente su papel. —¿Vá á hacerse monja vuestra hija?

—Sí señor.

—¡Oh! malo, malo, malo.

—¡Pues cómo!....

—Si el rey lo sabe, es capaz de desesperarse.

—¡Qué decís! ¡Yo que venía á pedir el permiso real para.....

—No hagais semejante cosa si no quereis espo neros.

—¿A qué?

—A ir á un destierro puesto que se sabe que sois uno de los agentes más preocupados en la otra corte.

El comendador dió un salto en su asiento, pues había perdido completamente la conversación; si bien comprendió que podía sufrir graves consecuencias.

Eguía lo miraba sin pestañear.

—Confieso,—dijo por último,—que no entiendo una palabra de lo que quiere el rey.

—Amigo, sois muy torpe cuando la felicidad os sonríe tan cerca,—contestó Eguía con una sonrisa maliciosa.

—¡La felicidad!

—Sí. Sois el hijo de la fortuna.

—Pero en nombre de la Virgen, acabemos. ¿El rey quiere que sea indulgente como padre?

—Sí.

—¿Desea además que mi hija no sea monja?

—También.

—¿Decís que es capaz de desesperarse si tal acon tece?

—No solamente os lo digo, sino que las consecuencias de lo que pudiera suceder gravitarían sobre vos.

La frente del señor de Ponzoa estaba cubierta de sudor.

—¡Dios mío, esto es incomprensible! Tened la bondad de descorrerme el velo de lo que estais diciendo.

—Voy al punto, pero es un secreto muy grande.

—Bien, ¿qué quiere el rey?

Eguía estosió dos ó tres veces mientras el gobernador estaba rígido como una estatua de marmol.

—S. M.,—contestó el cortesano,—tuvo la ocurrencia de asistir al baile que dió hará cosa de un mes la marquesa de Villouraz Ya sabeis, mi querido comendador, que un baile inflama los corazones; es el talisman protector de los amantes, pues en él se conocen las personas, se enlazan los vínculos de la amistad y se entablan ciertos diálogos tan dulces como las poesías de Góngora y Calderon. Los bailes además tienen un sabor histórico, digno del mayor estudio, pues más de cuatro grandes proyectos, más de cuatro intrigas amorosas y extraordinarias tienen su principio, su marcho y su desenlace en esos estrados, donde se trenzan los pies á la par que trabaja la lengua, los ojos y el corazón.

—¡Pero qué afinidad tiene el baile de la marquesa con lo que nos ha reunido?—preguntó el comendador alarmado.

—Mucha, acabo de daros una definición de lo que es la danza, y enseguida descenderemos de las teorías en general, á las prácticas en particular.

—Bien, seguid,—dijo Ponzoa asombrado.

—Habiendo el rey asistido al baile encontró en él á vuestra hija.

—¡Ah!—exclamó el gobernador cayendo anonadado sobre la mesa.

—¿Vais comprendiendo?

Era tal la angustia y el despecho que se apoderó de don Fernando, que no pudo contestar. Todos los rumores y habladurías de la corte pasaron por su frente y se reprodujeron en su corazón como otras tantas llamas de fuego que abrasaban su sangre.

Después que se hubo repuesto un poco, dijo:

—Sin duda vais á hablarme de ciertos dicharachos no muy caritativos que circularon acerca del rey y de mi pobre hija, inventados por algunas malas lenguas que debieran estar cortadas. ¡Oh! conozco que S. M. estará ofendido porque lo mezclaron en un asunto harto vergonzoso; pero ni mi hija ni yo tenemos la culpa de semejante desgracia. Mucho más dolorosa fué para mí esta aventura, pues en ella se ponía en tela de juicio el limpio honor de una doncella, indigna de los cargos que pudieran hacerse.

Veo desgraciadamente habeis comprendido al revés lo que iba á deciros.

—Pues qué ¿no está el rey enfadado?

—Todo al contrario.

El comendador se pasó la mano por la frente para enjugar el abundante sudor que corría por ella.

—Entonces permitidme que os confiese paladina-

mente que cada vez comprendo menos una palabra de este asunto.

—Ya, ya,—contestó Eguía con la hipócrita sonrisa que de vez en cuando asomaba á sus labios.

—Pero en fin...

—No podemos llegar al fin todavía. Estamos al principio.

—Bien, sea lo que mejor os agrade, pero necesito que concluyamos pronto.

—Es cosa muy justa, mucho más cuando vais á estar en candelero.

—¡Oh!

—¿Os decía que el rey asistió al baile de la de Villouraz, y que en él había hablado á vuestra hija?

—Sí.

—S. M. es muy delicado en gustos y no se desdeñó en mirarla con los ojos del corazón.

—¡Cómo con los ojos del corazón!—exclamó don Fernando pálido como un cadáver.

—Sí; encontró en Enriqueta cierto espiritualismo, cierta magestad, que el rey no pudo dejar de sentir una inclinación hacia ella.

—Mucha honra es esa para mi pobre hija,—contestó el comendador temblando,—pero...

—No prosigais, debo concluir. En resumen; S. M. quedó perdidamente enamorado. ¡Oh! ya veis qué porvenir tan brillante se os prepara. ¡El rey enamorado de vuestra hija! ¡Cuántos grandes anhelarían este favor! Además, en las circunstancias que corremos,

más bien una mujer que un hombre puede salvar...

El comendador se levantó en aquel instante con todo el ímpetu de su carácter. Pálido y sombrío; trémulo, tanto por el temor cuanto por el coraje, hizo un ademán que no solo cortó la palabra del infame favorito, sino que lo dejó turbado á fuerza de dignidad y de grandeza.

—¿Con que es decir,—exclamó lanzando fuego por los ojos,—que se me propone que prostituya mi hija al amor real?

—¡Cómo prostituir! Esa palabra es una ofensa que haceis á la pasión de S. M. Las mujeres no se prostituyen cuando un rey quiere ser galante con ellas.

—Esas serán vuestras teorías, caballero; esas serán las teorías de una corte corrompida; pero el nombre y la honra de mi hija valen más que todos los favores reales, más que la mirada de un amante; aunque éste se adorne con un manto y una corona.

—¿Luego desechais la magnífica alianza que se os prepara?

—La desecho. No quiero tanta grandeza.

Eguía se fué poniendo en pie poco á poco no creyendo que hubiese un hombre tan ciego.

—Sois un estúpido,—dijo adoptando otro tono.—Esas ideas caballerescas son de otro siglo, y esa repulsa medio cómica y medio trágica que estais fingiendo, no vienen á pelo en esta ocasión.

El comendador lanzó un rugido.

—Eso es insultarme,—exclamó —Caballero os propongo que me deis una satisfacción...

Eguía soltó una carcajada algún tanto caritativa, y dijo:

—Veo que la alegría de lo que os acabo de decir ha trastornado vuestro juicio y os ha hecho cambiar de papel. ¡Estais loco! ¡Me proponeis nada menos que un desafío! Vaya, vaya, calmaos. Dios me libre de daros gusto, no solamente porque el inquisidor general sería capaz de quemarnos si supiese esto, sino porque yo no me bato con hombres que no están en su juicio

—¡Oh! esto es demasiado; no creía que existiese tanta imprudencia en este palacio.

—Vamos,—contestó Eguía con la mayor calma,—dejad ya de representar vuestro papel. Al fin no deja de ser meritorio. Siempre se resienten los afectos de la paternidad en estos casos, y os confieso que habeis estado sublime... Por lo tanto ya es tiempo de ceder. . No es un grano de anís emparentar nada menos que con la casa de Austria, y muchos de más elevada alcurnia que la vuestra quisieran lograr esta dicha

—Eso está bien para los que no conocen las leyes del honor,—gritó don Fernando con toda la altiveza de su genio;—eso está bien para todos los que sois capaces de vender el alma al diablo por un favor ó una sonrisa de vuestro amo. . Caballero, es menester que sepais que yo no comercio con mi sangre.

—Entonces, siento decíroslo, pero tened entendido

que vuestra hija se quedará con la gana de ser monja.

—¿Quien lo impedirá?

—El rey que negará el permiso,—contestó Eguía, pálido también por la solemne repulsa del comendador.

El diálogo había llegado á un punto culminante. Los dos caballeros no sabían qué camino adoptar, bien para dar fin á una escena de suyo repugnante, bien para seguirla bajo otro aspecto. El favorito no quería que concluyese, pues su activa y prodigiosa imaginación contaba con mil recursos para ver si podía rendir la entereza de su interlocutor.

Después de haber fingido un momento de reflexión, y cuando don Fernando tomaba su sombrero para retirarse:

—No os marcheis, comendador,—dijo con una voz tan serena como si nada hubiera sucedido:—hemos llevado hasta la exageración un asunto, que si bien es delicado, no tiene en sí ninguna idea de marcada inmoralidad que pueda desesperaros hasta el punto de haceros creer que se trata de prostituir vuestra sangre. Si bien es verdad que el rey está encantado con la hermosura de Enriqueta, no por eso estais en el caso de consentir este cariño.

—No os comprendo bien,—murmuró el comendador deteniéndose al oir aquél extraño preámbulo.

—Quiero decir que S M. tiene mucha virtud para abusar de una pobre doncella. Ya conocereis por esto que vuestros temores son infundados. El rey, lo único

que ansía es tratar de cerca á vuestra hija, recibir sus inspiraciones, nacidas de un corazón puro y recto, brindarle con un cariño casto y una amistad inocente para de este modo encontrar algunos instantes de quietud y alegría después de los penosos trabajos que pesan sobre sus hombros.

Don Fernando se quedó estupefacto. Eguía prosiguió:

—Ved aquí expuesta la idea magnánima de S. M. Nosotros, hombres mundanos, hemos dado cierto colorido picaresco á un asunto de suyo honorífico y aceptable en todos conceptos. Yo, intérprete fiel de la voluntad del rey, no he podido dejar de llamaros, puesto que con la alianza proyectada podemos triunfar de nuestros enemigos, suponiendo que el duque de Medinaceli lo será vuestro. Unida esta ventaja política á la personal que os resultará, creo no sereis tan tonto, permitidme la frase, que desecheis la oferta que se os propone.

—Comprendo perfectamente,—contestó el comendador con rudeza;—lo que vos quereis es cubrir un sentimiento torpe con una apariencia deslumbradora.

—Dios me libre de ello; os digo la verdad.

—Caballero os he dicho que mi hija está destinada á consagrarse al servicio de Dios.

—¿Con que rehusais?

—Rehuso. Esa alianza no me cuadra. La maledicencia de la córte tendría donde cebar el diente, pues ya conocereis que Enriqueta haría un papel muy

triste adoptando el humillante título de consejera privada de S. M.

Eguía se puso lívido de pálido que estaba.

—¿Con que es decir que desprecias todas las ventajas que pueden resultaros?

—No desprecio un favor que me honra demasiado; pero esta misma honra me deslumbra lo bastante para no aceptarla.

—¿Ni os haceis cargo que este es un medio para combatir al duque de Medinaceli?

—No quiero semejantes armas para derribar á mis contrarios.

—Caballero comendador,—exclamó Eguía no pudiendo contener la cólera que le ahogaba,—llevais muy mal camino para que podais conseguir la licencia real, con el objeto de que entre vuestra hija en un convento.

—Es decir que faltaré á un requisito más bien ceremonioso que preciso.

—Creo que he tenido la honra de deciros que el destierro....

—Eso no pasa de ser una baladronada. Pertenezco á la órden de Santiago, y bien sabeis que nuestros estatutos prohiben que seamos presos ni juzgados sino por individuos de la misma orden.

Eguía quedó confuso.

—No hay cosa peor que luchar con un fanático,—murmuró para sí derramando una ojeada á una gran cortina de damasco amarillo que pendía en un extremo de la sala.

El comendador permanecía en pie con un continente tan altivo como el de los antiguos romanos.

—¿Hemos concluido nuestra conferencia?—preguntó con ademán severo.

—Estais autorizado para retiraros. Sí os advierto que pronto tendreis noticias de S. M.

—Yo también iré á echarme á sus piés.

—Será inútil, no lo vereis,—contestó Eguía sonriendo con satisfacción.

Don Fernando hizo un gesto de insulto, desprecio y amenaza, y salió de la estancia sin volver la cabeza para despedirse.

Eguía, luego que le vió salir, se dirigió á la puerta, la cerró cuidadosamente, y corrió hacia la cortina de damasco amarillo, rascándose las orejas como si le hubiesen picado mil alfileres, y diciendo para sí:

—¡Estos castellanos siempre serán altivos aunque estén cercados por la miseria y el hambre!

La cortina amarilla tuvo un movimiento oscilatorio cuando se aproximó á ella el diabólico cortesano.

Alguien había escondido detrás; alguien había escuchado aquella conversación reservada y misteriosa.

Eguía caminaba tan turbado, que tropezó con algunos muebles antes de llegar al término de la sala, y el resultado fué que estos cayeron al suelo con estrépito.

Saltó por encima de un sillón y de una mesa llena de floreros, víctimas de su ceguedad más bien que

de su torpeza, y llegó por último á la anhelada cortina.

—Salid,—murmuró con voz agitada.

La amarillenta tela se arrolló luego que sonó la voz de Eguía, á impulsos de una mano blanca aunque arrugada, en seguida asomó la rizada manga de un vestido femenil, luego un cuerpo cubierto de negro, y por último, una dama perfectamente rebozada con un manto.

Detrás, y como sirviendo de fondo á esta figura, que se destacaba de la oscura estancia inmediata, aparecía en silueta el negro ropon de un personaje alto y robusto

—¿Estamos seguros?—preguntó la dama dando un paso adelante.

—Salid,—volvió á repetir Eguía tirándose de los pelos como pudiera hacerlo un muchacho á quien no se le da gusto en sus caprichos.

—¿Qué estais haciendo?—exclamó la dama al ver la desesperación del cortesano.

—Estoy... En verdad que estoy cometiendo conmigo una solemne barbaridad. Duquesa, ¿dónde está el inquisidor?

El personaje alto y robusto salió del fondo de la habitación.

—Aquí me teneis, amigo mío. ¡Oh! en ese cuarto donde hemos estado dos horas mortales, hace un calor insoportable.

Y el inquisidor, según su antigua costumbre, sacó su pañuelo para abanicarse.

La que había sido llamada con el título de duquesa, se quitó el manto, y entonces se presentó la arrugada y maliciosa fisonomía de la de Terranova, descompuesta por las sensaciones que la dominaban.

Los tres cortesanos se miraron en silencio antes de hablar una palabra, como si aquellas miradas fuesen un preludio de sus sentimientos. En seguida, y cuando se hubieron sentado, preguntó Eguía:

—¿Habeis oido toda la conversación?

—Sí,—contestó la de Terranova con su malicicia habitual;—nos ha edificado extraordinariamente.

—No os chanceeis, duquesa, no os chanceeis,—replicó el inquisidor general enjugándose la frente.—Es una desgracia lo que nos sucede.

—Bien puede ser, pero en verdad que ese comendador es el hombre más salvaje que he conocido,—añadió la duquesa acabando de hacer tiestos con sus chapines de raso, los fragmentos de los floreros que poco antes dejara caer Eguía.

—Es un cernícalo,—murmuró Eguía.

—¡Nade menos que desechar el amor del rey para su hija!—exclamó el inquisidor;—este es un caso, como decimos nosotros cuando oimos la confesión de un relapso, que *caret exemplo in annalibus humanitatis* (1).

—¡Oh! sí, sí.

—¿Y qué hacer?—observó Eguía que nunca des-

(1) No tiene ejemplo en los fastos de la humanidad.

aprovechaba el tiempo, aun en las ocasiones más comprometidas.

—No lo sé,—contestó el inquisidor encogiéndose de hombros.

—Por mi vida que nuestros proyectos van viniendo á tierra en vez de ir perfeccionándose,—replicó Eguía en tono de reconvención.

—¡Quién había de creer en esa tenacidad incomprensible, en esa resistencia espartana!

—Es cierto,—dijo la duquesa,

Los tres volvieron á mirarse de nuevo como si buscasen en sus miradas la esperanza que faltaba en sus corazones.

—¿Con que tenemos que desistir de nuestro plan? —preguntó el inquisidor;—¿con que el duque de Medinaceli ha de seguir siendo ministro á despecho de todos los buenos españoles, y todo porque un maldito hidalgo no quiere admitir la suprema honra de que S. M. requiebre á su hija... Vamos, esto es para desesperarse... ¿Sabeis, señor Eguía, que hace mucho calor en vuestro despacho?

El inquisidor volvió á hacerse aire.

—¡Qué quereis!—contestó el cortesano meditando.

—Y vos duquesa ¿qué decis á esto?

—Que en mis tiempos no habia tanta severidad en las costumbres. ¡Cuántas hubieran deseado no una palabra sino una mirada del rey!

—Ved aquí una deducción filosófica por la cual se prueba que hemos degenerado.

—Señores, toda esta conversación es inútil,—exclamó Eguía saliendo de su abatimiento; —lo que debemos hacer es pensar.

—¿Y qué hemos de pensar?—preguntó la de Terranova.

—El modo de conseguir nuestra empresa.

—Yo no encuentro medio.

—Ni yo.....—contestó el inquisidor moviendo el pañuelo con más precipitación que nunca.

—Está visto,—se dijo Eguía interiormente,—estas gentes son unas nulidades completas; no sirven para nada.

Luego que pasó este breve diálogo, prosiguió pausadamente.

—Yo creo, que aún no hemos perdido terreno.

—¡Cómo!—gritaron los dos oyentes brillando en sus ojos la alegría.

Eguía se sonrió con malicia.

—Hemos sido unos torpes,—dijo golpeándose la frente.

—¿Por qué?—preguntó el inquisidor.

—¿Quién nos manda contar con el padre pudiendo dirigir nuestros tiros á la niña?

—Diablo, eso es un plan muy difícil.

—No importa.

—Enriqueta está rodeada de dueñas y mayordomos y no tan fácilmente puede uno aproximarse á ella.

—No le hace,—contestó Eguía,—si no hay caminos se buscan. El rey está vivamente impresionado por

esa jóven, y sería capaz de desterrar al duque con tal que ella se lo suplicase.

—¿Con que S. M. se encuentra en ese estado?—preguntó la duquesa.

—Sí.

—¡Esto es magnífico!

—¡Ese amor es providencial!—añadió el inquisidor.

—Yo no ceso de inflamar su corazón con descripciones vivas y animadas, y solo ansía poder inclinarse á las piés de Enriqueta.

—Entonces tenemos andado la mitad del camino. Ahora resta recorrer lo que falta.

—Eso se consigue con el tiempo, con la astucia, con la paciencia,—prosiguió Eguia —El asunto es harto delicado y debemos manejarlo con la suficiente calma para no precipitar los acontecimientos hasta el caso de comprometernos En primer lugar es menester oponernos á una cosa.

—¿A cuál?—preguntaron el inquisidor y la de Terranova.

—Evitar á todo trance que el rey consienta en dar permiso al comendador para que entre su hija en el Sacramento.

—¿Pues no decís que el rey está perdidamente enamorado de esa jóven?

—Sí; pero esto no es un inconveniente para que lo dé. El rey pudiera ser sorprendido por la reina; la reina tiene un grande dominio sobre su esposo, y él

con el fin de ocultar sus sentimientos autorizaría el permiso.

—Diablo, aguzais las ideas de un modo ingenioso, —observó el inquisidor.—Pero se me ocurre una dificultad.

—Decidla.

—¿Podría el comendador interesar á la reina María Luisa?

—Sí.

—¿De qué manera?

—Por medio de la reina madre. Creo no se os ocultará,—prosiguió Eguía mirando á la duquesa,—que la suegra y la yerna están en la mejor armonía.

—Es cierto,—murmuró la de Terranova poniéndose encendida por la cólera,—pero mientras yo sea camarera mayor, os aseguro que no habrá mucha intimidad entre ambas magestades.

—¿Intentaríais indisponerlas?

—Dios me libre; pero como la reiua madre no me quiere mucho, y en su consecuencia está trabajando para derribarme de mi puesto, cosa nunca vista en palacio, debo y tengo derecho para explicarme así.

La duquesa ahogó cuanto le fué posible la cólera que tan amenudo la dominaba por dedicarse al asunto principal que los tenía reunidos.

—Calmaos,—le dijo Eguía;—ocupémonos de lo presente y dejemos esas cuestiones secundarias que se rastrean por entre el polvo de palacio.

—Estoy á vuestra disposicion, amigo mio,—contes-

tó la dama cambiando su gesto adusto por una sonrisa.

Entonces os habreis hecho cargo de lo que acabo de decir.

—Perfectamente.

—¿Y qué debemos hacer?

—Prohibir á todo trance que el comendador se acerque á María Luisa ó á doña María de Austria.

—Está bien pensado, señora.

—Yo ofrezco por mi parte intervenir con S. M. la reina, para en un caso evitar este incidente.

—Yo haré lo mismo con la reina madre,—dijo el inquisidor.

—Cuidado, cuidado con lo que decis, —añadió Eguía; —la reina madre, según tengo entendido, se ha comprometido á ser la madrina de Enriqueta.

—¡Oh! Eso es mucho honor para esta joven: sin embargo, bien se puede retrasar el asunto.

—Cabalmente; es lo que interesa.

—¿Cuánto tiempo necesitareis para que nuestra heroina caiga aprisionada en los brazos de...

—Según y conforme.

—Pero á un cálculo aproximado, ¿no podríais decirlo?

—Unos quince á veinte días.

—¡Ah!

Aquel triunvirato quedó perplejo por un instante.

—Vamos, vamos, señor Eguía, veo que teneis un

talento admirable, una penetración digna de la mayor alabanza,—exclamó el inquisidor general restregándose las manos de gusto.

—¡Con que unos quince á veinte días!—prorrumpió la marquesa sacando un abanico para hacerse aire. ¡Oh! ¡Cuánto tarda la felicidad de esa joven! Pero permitidme que se me ocurra una dificultad.

—Podeis decirla. Siempre es una satisfacción para mí el que mis amigas me adviertan aquello que ha pasado desapercibido en mi cabeza.

—Suponiendo el que todas nuestras tramas salgan á las mil maravillas, ¿cómo Enriqueta, una joven que no tiene experiencia en los negocios públicos, y que apenas conocerá los hombres que dirigen los destinos del pais, ha de inspirar en el corazón del rey nuestros propios deseos, nuestras opiniones y hasta nuestros proyectos? Porque yo creo que nuestra coalición no es otra sino valernos de esta joven como de un escabel para derribar al duque de Medinaceli.

—Teneis razón,—contestó Eguía,—ese es nuestro objeto principal y á él van dirigidos nuestros tiros. Vos por opinión, ó por otros fines que dilaten más el horizonte de vuestra ventura; el inquisidor por otras miras, y yo por el bien de este país desgraciado, vamos caminando á un fin cuyo objeto es regenerar la esquilmada nación que ha caído en manos del indolente duque de Medinaceli. Separado el condestable de nuestra alianza, solo nosotros seremos los árbitros. Ahora, contestando á vuestra pregunta, os diré que

nos importa poco al principio que Enriqueta no sepa ni la misión que lleva ni cual es el papel que se le ha destinado. Arda la llama de amor; inflámense en ella ambos corazones y después yo buscaré el medio de hablarla. Me haré confidente de los dos, y esto será lo bastante.

Los ojos de Eguía despidieron un resplandor sombrío, como si el foco de luz que brilló en ellos predijese cosas funestas para el porvenir.

La duquesa y el inquisidor estaban admirados.

—Todo eso es sublime,—exclamó el último.

—En honor de la verdad, no le encuentro esa sublimidad que vos le hallais. Yo no busco sino un medio; poco importa que sea malo con tal que nos conduzca á un resultado bueno.

—Esa máxima es digna de todo un hombre de Estado,—exclamó la duquesa.

—Me haceis demasiado favor, querida mía.

Esta volvió á abanicarse.

—Ahora permitidme os haga otra pregunta.

—Estais en vuestro derecho,—contestó Eguía

—Pongámonos en el caso de que todo sale perfectamente,—observó la astuta duquesa con su maliciosa sonrisa;—demos por efectuado cuanto habeis espuesto, ¿pero cómo vais á convencer á Enriqueta, joven frenética por la religión, á que admita un galan, aunque este galan sea el rey?

—¿Y me haceis vos esa pregunta? ¿Vos que sois mujer y conoceis el corazón de esta parte del linage humano?

—Es que todas las cosas tienen sus excepciones.

—Menos esta, amiga mía. El corazón de las mujeres siempre será una esponja más ó menos porosa que recibe con avidez el jugo del amor y de la galantería. Pero dejando á un lado esta convicción moral y de la cual no pienso utilizarme, os diré que poseo magníficos resortes para hacer que el rey se acerque á nuestra heroina.

—¡De veras! -exclamó el inquisidor general.

—¿Entonces sereis mágico?—repitió la de Terranova.

—Ni me chanceo, ni soy mágico,—contestó Eguía resplandeciendo en sus ojos una idea profunda y misteriosa.—En la vida del individuo hay episodios más ó menos grandes, más ó menos útiles que sirven de un modo prodigioso para el porvenir. En estas frases, que en la apariencia no quieren decir nada, está encerrado todo mi secreto.

—Entonces me afirmo más en mi opinión,—insistió la duquesa.

—No permita Dios que os ratifiqueis en esa idea,—contestó el cortesano sonriéndose;—advertid que está delante el inquisidor general y pudiera darle la piadosa intención de mandarme á sus hogueras tan solo por esa sospecha.

—¡Oh! ¡oh!—murmuró el alto funcionario;—vos, amigo mío, no perteneceis al fuero común.

—Pero quereis que pertenezca al gremio de los mágicos. Amigos, yo respeto mucho la Inquisición.

Estas ligeras chanzas infundieron más confianza tanto en el corazón de la duquesa, cuanto en el severo inquisidor.

—Dejemos las frivolidades por lo positivo,—dijo este agitando su pañuelo.—Por vuestro lenguaje, por vuestra serenidad, y sobre todo por vuestro buen humor, conozco que no hemos perdido terreno con la solemne repulsa del comendador. Descubro en vuestros ojos la luz de la esperanza, y esto inunda mi pecho de alegría. Vamos; hacednos al obsequio de aclararnos nuestros planes.

Tanto éste como la dama prestaron atento oido.

—Voy á complaceros,—contestó Eguía.—La señora duquesa de Terranova principió á sostener la tesis de que Enriqueta, joven fanática por la religión, son sus mismas palabras, no consentiría un amante de ninguna clase.

—Sí.

—Yo traté de defender lo contrario esplayando una teoría general. ¿No es así?

—En efecto.

—Puestos en el caso de arrostrarlo todo, y viendo que nuestra cuestión iba á seguir los trámites de unas convulsiones teológicas, cedí á una chanza, la cual nos ha hecho perder el hilo de nuestra tarea; por lo tanto volvamos á ella.

—Volvamos,—contestaron gravemente los dos oyentes.

—En primer lugar,—prosiguió Eguia,— debo de-

ciros que Enriqueta de Ponzoa está enamorada.

—¡Enamorada y va á meterse monja!—exclamó la duquesa.

—Ved ahí una de las anomalías de la suerte.

—¿Y de quién?

—De un joven y valiente caballero. Pero esto no es del caso.

—Sí, sí,—observó el inquisidor,—vamos á nuestro negocio.

—No pudiendo diferir la autorización que el rey concederá para que entre monja sino unos quince ó veinte días, tenemos que aprovechar este tiempo, tanto para evitar el que siga el comendador con el afán de encerrarla en un convento, cuanto para hacer que S. M. logre todos sus deseos. Para esto último yo buscaré medios aprovechando en nuestra beneficio el reciente amor de la niña hacia ese caballero que por fortuna se halla lejos de Madrid.

—¡Esa es una intriga admirable!

—Es preciso adoptarla. El rey hará el papel del verdadero amante, para cuyo fin usará el uniforme de capitán de guardias; sobornaré el portero de la casa del comendador, y si la joven es tan incauta que se deja seducir por la suave perspectiva de una entrevista amorosa, entonces hemos triunfado. ¿Cómo tendrá valor para desairar á S. M. luego que lo conozca?

—De ningún modo,—contestó la duquesa con la mayor alegría.

—Veo que sois un sabio, querido,—exclamó el inquisidor.

—Conseguido esto y logrado el triunfo, el comendador tendrá que sufrir el golpe; yo me haré el confidente de estos amores, como os lo tengo dicho, y entonces... ¡pobre duque!

—¡Oh! es verdad, ¡pobre duque!—repitió la de Terranova haciendo un gesto de desprecio.

Era consiguiente que después de esta edificante conversación se llenasen sus rostros de la más viva alegría.

Aquel triunvirato había llegado al punto más elevado de sus ilusiones y esperanzas.

Después que cada cual hubo medido, con la elasticidad que en estos casos tiene el pensamiento, lo poco que les quedaba por recorrer para empuñar acaso las riendas del gobierno, se miraron de nuevo como si dudasen de la felicidad que les esperaba.

—Creo,—dijo el inquisidor general, después de aquel momento de desahogo,—que puestas las cosas en el estado que nos prometemos, estamos ya en el caso de entendernos.

Esta última frase era demasiado significativa para que no dejase de alarmar á los demás.

—¡Cómo en el caso de entendernos!—Contestó Eguía fingiendo que no comprendía bien.

—La cosa es clara. Después del triunfo el campo será nuestro. Tendremos que repartirnos el botín.

—¡Ah! ¡ah!

—El condestable por su ceguedad, y el padre Relux por sus escrúpulos, están excluidos de las ventajas de la victoria.

—Por supuesto,—contestó la duquesa;—nada de partícipes en un asunto donde sólo nosotros hemos trabajado.

—Bien,—observó Eguía pálido á causa de su descomunal ambición.—Entendámonos, pues. ¿Qué deseais vos, inquisidor?

—Yo deseo una cosa que esté en armonía con mi carácter y posicion. Supongamos vacante la presidencia, después del rey del consejo de Castilla...

Eguía respiró poderosamente.

—La tendreis,—exclamó trémulo de emoción.—Vos, sentado en ese tribunal universal á donde van á dormir hasta ahora los negocios más grandes, hareis que todo adquiera movimiento, vida y agitación. Impulsador de los asuntos más difíciles, sereis por precision el compañero de trabajos y de glorias de un ministro, agil, activo; atrevido en las resoluciones que lo requieran, y mesurado en las que por su gravedad necesiten una detenida reflexión y un prolongado estudio. Vos, duquesa, asegurada en vuestro puesto de camarera mayor, y convencida de encontrar un firme apoyo en nosotros, sereis la dueña de las conciencias del rey y de la reina, puesto que teneis talento para conseguir tal objeto. Esto así, y colocado el uno al frente del consejo, y vos en el interior del palacio, solo falta que busquemos un hombre que reemplace al

duque de Medinaceli; un ministro que sin tener el abandono de éste, ni la adusta severidad del condestable, pueda marchar en perfecta armonia con los poderes que representeis.

—Ese ministro sereis vos,—contestaron el inquisidor y la duquesa.

—¡Yo! es verdad; yo lo seré, pues me creo con fuerza suficiente para regir los destinos de la España y salvarla de las catástrofes que la amenazan,—exclamó resplandeciendo en sus ojos la ambición más desmedida.

Los tres se miraron con indecible satisfacción. Nada más tenían que decirse.

Como habían terminado todas las materias de la conversación, la duquesa tomó el manto para rebozarse en él. El inquisidor se puso su birrete negro

—Necesito vuestra casa para confeccionar los planes que nos faltan, duquesa,—prosiguió Eguía,

—Ya sabeis que está á vuestra disposición,—contestó ésta.

—Bien, bien. Ahora separémonos; nuestra permanencia en este sitio pudiera hacerse sospechosa. Yo marcho á ver al rey y prevenirlo para que contemporice con el comendador en el caso que éste se le presente.

Aquel triunvirato volvió á pronunciar y repetir lo que ya anteriormente habían dicho, separándose en seguida con la cabeza llena de esperanzas y el pecho inundado por la ambición.

CAPITULO IV

En el que el comendador no sabe lo que le pasa ni lo que le va á suceder.

Luego que Eguía se vió solo corrió á presentarse al rey, con el fin de instruirle en lo que habia pasado con el comendador, cuidando de desvanecerlo, presentándole el hecho como le pareció más conveniente, para que la escrupulosa conciencia de S. M. no se alarmase.

El rey estaba triste en aquella ocasión; conocía que su pecho ansiaba la realización de uno de aquellos extraños sueños que había concebido entre la soledad de su alcázar, puesto que, jóven y enfermizo, apenas sabía esos ejercicios caballerescos tan necesarios en un príncipe como debe ser en ellos el don de gobernar.

Desde que por insinuaciones de su funesto consejero trató de lanzarse á la senda de un amor extraño á su caraster y educación, olvidó la caza, única pasión de su cuerpo, donde encontraba momentos de solaz y

recreo, y guiado por un capricho más bien que por una pasión verdadera, se dejó conducir por su funesto consejero, mientras que él, autómata de las instrucciones que recibía, solo pensaba en conseguir sus esperanzas.

Luego que oyó de Eguía la desfigurada narración, por la cual desairaba don Fernando Ponzoa la alianza que se le ofrecía, y cuando el cortesano supo herir su orgullo y amor propio en términos de hacerle olvidar la justicia y la razón, no pudo menos el rey de sentir que sus deseos se habían aumentado á la manera de los del niño, que son más tenaces, cuando más obstáculos encuentra en conseguir lo que apetece.

—¡Ah! —murmuró Carlos, extraviado por las descripciones de Eguía:—el comendador está loco.

—Y no es eso lo peor, señor, —observó el consejero con una risa tan falsa como sagaz;—su descaro y desobediencia han llegado hasta el caso de fingir una historia para evitar lo que él llama deshonor.

—¿Qué historia ha fingido?

—La de que trata de meter monja á su hija.

El rey se puso sumamente pálido al oir el golpe más astuto que le preparaba Eguía.

—¡Monja dices!....

—Sí; pero no se alarme V. M. Esto es un subterfugio como otro cualquiera. Regularmente vendrá á pediros permiso para obligar á vuestra Magestad que retroceda en su empeño, acaso con la intención de sacar mejor partido luego que conozca vuestro amor.

—Todo puede ser,—murmuró el rey.—¡Oh! ¿pero estás seguro que intenta hacer á su hija religiosa?

—Segurísimo. A mi modo de ver es una comedia, un lazo, un medio de abrirse el camino de la fortuna.

Carlos quedó inmóvil é indeciso en el asiento que ocupaba.

—Esto es muy delicado,—dijo moviendo la cabeza

—Pero también su hija es muy hermosa,—contestó Eguía pensentándole una idea nueva para distraerlo.

—¡Ah! es verdad; mas no tengo corazón para obrar, desmayo al primer esfuerzo.

—Yo trabajaré por V. M.

—Y si viene á verme el comendador, ¿qué he de hacer?

—Se contemporiza: se le habla en términos ambigüos, donde vea la luz y la sombra al mismo tiempo; se le halaga y se le repele. Mi plan es que V. M. lo confunda para que no precipite ningún acontecimiento que pueda comprometernos. Es oportuno dejarle la esperanza por un lado y la desesperación por otro.

—Es muy sagaz, Eguía; seguiré tus instrucciones.

—Son las únicas que convienen á V. M.

Mientras esta conversación tenía efecto en una de las habitaciones reservadas del rey, algunas horas después de lo que había ocurrido en el despacho de la secretaría de Estado, el comendador recorría todo Madrid comprando todo lo necesario para que su hija entrase en el Sacramento lo más pronto posible. Vi-

sitó de nuevo á la abadesa, con el objeto de convenir en un día más cercano que el tratado anteriormente para efectuar la ceremonia; desde allí pasó al palacio de Uceda para ponerse de acuerdo con doña Mariana de Autria, sobre el artículo de la toma de hábito, y por último regresó á su casa para predicar un sermón á su pobre hija, víctima de la tiranía de un padre por un lado, y por otro juguete y escabel de tres ambiciosos cortesanos que apenas conocía.

Pero aquel día ere fatal en todos conceptos para la impaciencia del comendador.

El confitero y repostero á quien se habían dado las órdenes convenientes para que dispusiesen un magnífico refresco, dijo que necesitaban diez días, por lo menos, para confeccionar sus compotas, sus almendrados y demás confites.

La abadesa manifestó que habiendo muchos dias feriados á la semana no era posible, sin faltar á lo prescrito en el ritual romano, hacer la toma de hábito hasta dentro de unos doce días; pues decía la buena señora, con mucha razón y formalidad, que siempre se tardaría en adornar la iglesia con todo el lujo y aparato que requería la ceremonia, unos tres ó cuatro días ó más de la semana indicada.

La reina madre hizo presente que no podría verificarse la función hasta que regresase á la córte el arzobispo de Toledo, el cual estaba nombrado por ella para que oficiase en aquel solemne día.

El comendador salió dado á los diablos con tantos

obstáculos, y Enriqueta fué la que sufrió con la paciencia de una santa el mal humor de su padre, convertido en una homilia que duró dos horas.

—No hay otro camino; mañana me presentaré al rey; le hablaré con la energía de mi corazón y de mis convicciones, decía para sí, al mismo tiempo que enjaretaba á su hija parte de su desaliñado discurso. No hay más remedio que conmover el corazón de S. M. y que se libre la única joya que el cielo me ha concedido de la deshonra que la amenaza.

Acto contínuo derramaba una mirada sobre ella; la veía hermosa y deslumbradora como un angel, y maldecía interiormente aquel esplendente capricho de la naturaleza.

—¡Si fuera fea!... ¡Si fuera fea!—se repetía interiormente.—¡Pero es tan interesante que no dudo que el rey esté enamorado! Es el retrato de su madre. ¡Ah! Yo me voy á volver loco.

Cansado de pensar por un lado y de hablar por otro, se levantó de repente cuando más despechado se encontraba, lanzó una mirada foribunda sobre Enriqueta porque tenia la desgracia de ser hermosa; y sin ver á la dueña, que estaba en la puerta con la boca abierta, le dió un empellón, la echó á rodar y saltó por encima para ir á encerrarse en su cuarto.

Allí se tiró contra un sillón y pasó la noche vertiendo lágrimas de despecho, tanto por el temor de ver su honra macillada, cuanto por el furor imponente que lo consumía. Allí pasó la nocho luchando con

su corazón y su conciencia; solo, desesperado, envuelto en un cúmulo de pensamientos atormentadores, puesto que todo parecía oponerse á su voluntad.

La aurora lo sorprendió de aquel modo.

Después de que el sol entraba por los abiertos balcones de su habitación, llamó á su mayordomo tirando de una campanilla.

Este acudió al momento; pero así que vió el estado de su amo y las terribles huellas del padecimiento, impresas en su semblante, quiso preguntarle; pero la contestación fué tan brusca, que el pobre hombre quedó anonadado y confundido.

Pasado aquel primer arrebato, pidió ropa y agua, y se informó de la hora.

Eran las ocho de la mañana y esto aumentó su irritación.

Le quedaban por lo menos cuatro horas para presentarse al rey.

Aquellas cuatro horas debían pasarse rabiando y pateando. En vano tardó en peinarse y en lavarse; en vano quiso leer en la historia de Méjico, escrita por Solís recientemente, una de sus bellas páginas, último suspiro de la literatura castellana; el libro rodó sobre la mesa; le sirvieron el desayuno y no le probó; quiso escribir y rompió una porción de papel.

Solo miraba al reloj como si en él tuviese reconcentrada toda su imaginación, todas sus esperanzas y deseos.

A las diez ya estaba vestido y dispuesto. Le quedaban dos horas.

¿Qué hacer hasta entonces? No lo sabía.

Fuéle preciso esperar de nuevo, pero no pudo; mandó disponer el carruage, y después de comunicar al portero la orden de que no permitiese á nadie la entrada, subió al vehículo y éste tomó la dirección del campo.

El día era sereno y apacible; pero ni el aire primaveral que se respiraba, ni el perfume de la naturaleza, ni el aspecto de los agrestes paisages que entonces rodeaban á Madrid, pudieron tranquilizarlo.

A las once y media ya estaba de vuelta y se apeaba en la puerta del alcázar real.

Subió las escaleras con el corazón palpitante, la mirada sombría y la frente arrugada. Víctima de un pensamiento y de una preocupación, marchaba con la duda en el alma que es uno de los mayores tormentos.

Así llegó á las primeras antesalas. Allí tuvo que esperar, confundido con los demás cortesanos, hasta encontrar una ocasión para anunciarse. Recibió felicitaciones de unos, sarcasmos de otros, pues como no acostumbraba á frecuentar el palacio y todos sabían lo muy adicto que era á la reina madre, no dejó de causar sorpresa y novedad una aparición tan exótica en medio de aquellos aduladores.

Por último, al cabo de tres cuartos de hora pudo lograr ser introducido en la cámara del rey.

Carlos estaba sólo. Sentado en un magnífico sillón y más pálido que de costumbre, esperaba con inquietud el resultado de la entrevista que iba á tener. Se veía por vez primera impulsado á la senda del artificio, para engañar sin él saberlo casi la severidad de un padre, y á pesar de haber sido aleccionado perfectamente por Eguía, temblaba de emoción ante la escena que se preparaba.

El comendador no pudo dejar de extremecerse al ver al rey. Toda su sangre circuló violentamente, dándole terribles punzadas, y su furor se disipó á los piés del monarca. Quedaba el hombre dominado de nuevo por la frialdad de la razón.

Carlos principió á fingir.

—¡Oh! buenos días, comendador,—dijo con voz trémula, haciendo señal para que se acercase.—Lo poco que favoreceis la corte me hace conocer que no estais muy bien con ella, y por lo tanto no dejo de extrañar vuestra repentina aparición. Acaso os agrade la tranquilidad doméstica más que este mundo bullicioso y deslumbrador, donde unos á otros se empujan para conseguir un poco de honra y de fortuna. ¿Qué es lo que deseais de vuestro rey? Hablad; tendré una satisfacción en complaceros.

El tono dulce y benévolo del monarca al mismo tiempo que tranquilizó en parte al comendador, no dejó de aturdirlo y hacerle sospechar algún lazo.

—Señor,—contestó inclinándose;—la honorífica distinción con que V. M. me ha recibido compensa

los días de soledad que sufro lejos de la corte. Ageno á las cosas políticas, y falto de consejo, me alejo de ellas lo más que puedo, pues de otro modo sería un mueble inútil que estorbaría á las demás: pero conociendo la benignidad de vuestro corazón, y al mismo tiempo queriendo llenar un deber, vengo á besar vuestras reales plantas, y á solicitar de V. M. un favor.

—¡Un favor! Muy grato me será el poderos servir. Decid lo que querais.

Don Fernando principió á concebir la esperanza de que conseguiría el permiso.

—¡Oh! es una cosa sumamente trivial,—dijo inclinándose de nuevo.

—Sea lo que sea, el deber de un rey es oir á sus súbditos.

El comendador tragó saliva por algunos momentos, no sabiendo cómo explicarse, hasta que al fin exclamó:

—Señor, desde que tuve la desgracia de quedarme viudo. .

—¡Pues qué!—exclamó el rey sonriéndose:—¿llamais desgracia á lo que nuestro poeta Quevedo llama felicidad?

—V. M. está de buen humor por lo que veo.

—Hay ocasiones, Penzoa. Nosotros los reyes tenemos que alternar precisamente con el sentimiento y la alegría, con el dolor y el placer. Pero volviendo á Quevedo, recuerdo que compuso un célebre soneto á un marido hastiado al tercer día de su boda.

—En efecto,—contestó el comendador;—si mi memoria no es infiel creo que principia de este modo:

Antiyer nos casamos: hoy quería
Doña Pérez, saber ciertas verdades.

—Justamente,—exclamó Carlos golpeando las manos.—He sacado á cuento el soneto, porque á vos os sucede lo contrario.

—¡Oh! sí señor,—replicó don Fernando teniendo que alternar en aquella clase de broma;—para mí fué una pérdida irreparable el quedarme sin esposa.

—¿Y bién que ibais á decirme?

El comendador se puso serio y el rey perdió la risueña expresión de su fisonomía.

—Desde que tuve la desgracia de quedarme viudo, me ví obligado á entender exclusivamente de los negocios domésticos, sustrayéndome como era consiguiente de la córte.

—¡Hola! ¡hola!—le interrumpió el rey,—eso es mucho decir, señor de Ponzoa.

—¡Es la pura verdad!

—¡Cómo! ¿La pura verdad cuando según he oído frecuentais muy comunmente los salones del palacio de Uceda?

Esta especie de reconvención no dejó de turbar al padre de Enriqueta.

—Señor, á V. M. consta que los salones del duque de Uceda, actual morada de la reina doña Mariana de Austria, son una soledad ó un retiro.

—Caballero, estais equivocado,—contestó Carlos

interrumpiéndole y arrugando el entrecejo; —allí existe otra córte distinta de la mía.

—Malo, —murmuró para sí don Fernando inclinándose cuanto pudo.

—¿Negareis lo que acabo de decir?

—Dios me libre; V. M. es infalible en sus palabras como Salomón en sus sentencias.

—En este caso estamos conformes. Soy amante de la equidad y de la justicia. Seguid vuestra narración.

El comendador no pudo menos de extremecerse al oír esta orden. Iba á llegar á lo más delicado del asunto y el rey parecía hallarse dominado por el mal humor. Pero en aquella mortal incertidumbre en que tan pronto veía un rayo de esperanza como una obscuridad impenetrable, se decidió á arrostrar el todo por el todo.

—Decía á V. M., que abrumado por los negocios domésticos, solo, sin una esposa que haga mi estado más soportable, me veo con una hija á quien debo darle una ocupación honrosa y digna de su clase.

—¿Con que teneis una hija?—preguntó el rey con voz trémula y poniéndose pálido.

—Quiere disimular y no puede, —se dijo Ponza interiormente mordiéndose los labios.—¡Oh! si señor, —prosiguió en voz alta ocultando su terror.

El rey y el comendador se miraron por un momento.

—¿Y qué ocupación quereis darle?—preguntó el primero repuesto de su sobresalto.

—En otra época y en otras circunstancias no hubiera consentido en la que ella por un exceso de fé y religión quiere adoptar: pero conociendo que en medio de la corrupción que mina la sociedad no hay senda más saludable que la de consagrarse al servicio de Dios, he resuelto que entre de monja en el Sacramento.

—¡Monja!

—Es su vocación, y por lo tanto, vengo á pedir permiso á V. M. para que consienta su entrada en el convento.

Dichas estas palabras, el comendador esperó con la cabeza recogida sobre los hombros el fallo de la voluntad soberana.

—Muy grande es mi satisfacción al concederos el permiso que me habeis pedido, —dijo el rey.

—¡Oh! ¡consiente V. M.!—exclamó don Fernando queriendo arrojarse á los pies de Carlos.

—¿Y por qué no? ¿Qué vida más dulce más tranquila, más retirada, que la de esas mujeres puras y cariñosas que hacen el sacrificio de su existencia, por conseguir la eterna bienaventuranza? Creed comendador que me agrada sobremanera esa determinación. Sí os confesaré con franqueza, que tan amigo como soy de que se aumente el rebaño de las escogidas del Señor, tan contrario soy á que se abuse de los estatutos de las órdenes religiosas.

—En cuanto á esos pensamientos no pueden menos de honrar altamente á V. M.

—Figuraos, pues, que muchos padres y muchas jóvenes se dejan llevar de un entusiasmo religioso mal entendido, y sepultan ó se sepultan á una edad en que la razón aún no ha podido distinguir lo que le conviene. De aquí nace el que se entibie la fé luego que han pasado los momentos de fascinación, y se encuentren arrepentidas, víctimas de una locura ya irremediable. Esto es lo que no me agrada.

—Y en eso tiene V. M razón sobradísima,—contestó don Fernando loco de alegría.

—Por lo tanto yo supongo que vuestra hija tendrá la edad conveniente para el caso.

—Diez y siete años.

—¡Cómo diez y siete años! ¿Tan jóven es?

—Tiene el tiempo marcado para poder entrar de novicia.

—No importa,—exclamó Carlos abriendo sus ojos desmesuradamente.—Esa edad es la más opuesta para vestir el hábito de religiosa.

El comendador quedó inmóvil como si no supiese lo que le pasaba.

—Señor, ¿es un inconveniente tener esos años?—preguntó temblando.

—Inmenso. Nunca consentiré daros mi permiso mediando esa circunstancia.

La voz del rey fué tan enérgica, que el pobre don Fernando devoró en silencio su rabia, cayendo de pronto desde la más alta alegría á la más profunda desesperación.

— ¡Con que es decir, —murmuró sordamente, como el hombre que contiene su furor; —con que es decir, repito, que mi hija no puede ser monja porque tiene diez y siete años! ¡Con que tengo que esperar á que el tiempo, tardo siempre para un corazón sediento de reposo y tranquilidad, llene ciertos requisitos previstos por los estatutos religiosos, y que solo han alarmado á V. M. para que mi hija se acoja al templo del Señor! Dispénseme mi rey si le pongo estas objeciones, pero los desengaños, la experiencia, y el exacto conocimiento del mundo, me obligan á expresarme de esta manera. Yo tengo una hija, á quien idolatro con toda la fuerza de mi alma, y acaso con toda la rudeza de mis costumbres, Ella anhela y yo apetezco que un convento sea el escudo que la proteja contra la tentativa del demonio, porque créalo V. M., hay un espíritu maligno que inflama los corazones, enciende la sangre, ciega á las criaturas, y las impulsa no á la senda de la dicha y del placer, sino á la torcida vereda de la perdición.

El comendador pálido, los ojos inflamados por la cólera, extendía un brazo, agitaba una mano convulsivamente, y uno de sus dedos señalaba al rey como si el fuera el genio del mal que hubiese que temer.

Carlos se estremecía; una sombra lívida se fué dilatando por su semblante, y acaso hubiera sucumbido ante la entonación de don Fernando si en aquel momento no se hubiese levantado una cortina que se hallaba á las espaldas de éste y se presentara Eguía ha-

ciendo señas al rey con el fin de tranquilizarlo.

En efecto, Carlos volvió á su ser natural.

El comendador quedó doblemente pasmado con tan ruda variación, pues no había visto al cortesano.

—Veo que os poseeis demasiado, y sentiría que vuestra hija padeciese de esos arrebatos,—dijo el rey como si nada hubiese ocurrido.—Al prohibir que esa joven entre en un convento, no llevo otro ánimo si no hacer un bien del que mañana ó el otro me dareis las gracias. Con todo, no quiero ser un obstáculo á vuestros deseos. Puesto que es vocación de ella, desearía hablarla y convencerla de mis intenciones.

Una insinuación del rey, es una voluntad que debe cumplirse. Esta máxima pasó por la mente do don Fernando como una centella.

—Mucha honra sería para una pobre muchacha el favor con que V M. quiere distinguirla, pero ya conocerá el embarazo que le causaría esta predilección.

—No importa, quiero ver á vuestra hija;—contestó Carlos, lanzando una mirada extraña.

El comendador quedó aterrado con semejante respuesta.

—¡Oh! no es oponerme al deseo de V. M; es.....

—Entonces, y despues que le haya hablado,—prosiguió el rey interrumpiéndolo,—veré si es conveniente permitir su entrada en el Sacramento. ¿Habeis buscado padrino?

—Sí, señor.

—¿Quién es?

—El condestable de Castilla,—prosiguió temblando.

—¡Y madrina?

—También. Es la digna madre de V. M.

—Habeis caminado muy de ligero en ese asunto,—observó Carlos arrugando el entrecejo.

—Es que yo confiaba en que V. M. no se opondría.

—Ya os he dicho el motivo de mi oposición. Teniendo un fin laudable en este asunto, cometería un error si consintiese en vuestra solicitud. Además, y hablando en confianza, ahora hago memoria, querido comendador, de haber visto á vuestra hija algunas veces en la córte.....

—¡Oh! nada de extraño tiene, señor,—replicó don Fernando aturdido

—¿No es una joven de airosa estatura?

—Tiene una estatura regular,—contestó Ponzoa queriendo disminuir los dones de Enriqueta.

—¡Ojos negros, hermosos, brillantes?....

—Malo, malo,—murmuró el comendador para sí; no cabe duda que la ama.

—Contestadme,—exclamó el rey con tono imperioso.

—Son regulares; ojos indignos de llamar la atención

—¿El cutis es blanco, trasparente, nacarado?.....

—Todo al contrario, señor.

—¿Boca y nariz de una pureza inconcebible?

—La boca es grande, la nariz dilatada, gruesa, un poco encendida.....

—¡Por nuestra señora de Atocha que estais diciendo mil disparates!—exclamó el rey dando un golpe en la mesa con una mano.—Estais mancillando la belleza de vuestra hija de un modo singular. Afortunadamente soy buen fisonomista y recuerdo en este instante sus detalles.

—¿Con que recuerda V. M. esos detalles?

—Sí: ¡oh! y en verdad que vuestra hija tiene un rostro más bien para llamar la atención de una córte y ser el ornato de ella, que para encerrarlo bajo una toca Quiero ver, pues, á vuestra hija.

—Soy perdido,—se dijó interiormente el comendador extremeciéndose al oir estas palabras.

—¡Oh! ¿qué teneis?—le preguntó Carlos al notar el temblor que circulaba por su cuerpo.

—Nada, señor; acaso la satisfacción..... el placer..... la alegria que me causa ese deseo de V. M.,—contestó desplegando una sonrisa que á fuerza de ser forzada era horrible.—Pero vuelvo á repetir que mi pobre hija agena al trato y miramiento que debe dar á V. M., acaso cometa mil torpezas. Yo espero por lo tanto que desista de ese empeño.

—¿Y por qué?

—Ya he tenido el honor de ponerlo en su conocimiento.

—Eso parece una excusa más bien que un motivo,—observó Carlos contrayendo su rostro y sintiendo herido su amor propio.

El comendador temblaba de cólera y de miedo.

Ambos sentimientos venían á estrellarse contra su corazón como las olas de dos mares encontrados y opuestos ¡Qué hacer en aquel momento? Si consentía, su deshonra estaba consumada; si se negaba caía sobre él todo el furor de la magestad ofendida. Sufría horriblemente, pero los gritos del honor eran más imperiosos.

Después de estos momentos de lucha, y decidido á arrostrarlo todo, se fué irguiendo poco á poco, hasta que su mirada ardiente y severa, su rostro iracundo y su ademán altivo, hicieron conocer al rey que el súbdito levantaba la cabeza dispuesto á resistir á las exigencias del monarca.

Carlos quedó al pronto pasmado.

—Señor —dijo el comendador;—en la sabiduría que distingue á V. M. conocerá que cuando un padre pone algunos óbices á los deseos de un rey, es porque la religión, el deber y la conciencia le obligan portarse de este modo. Si yo consintiese que visitáseis á mi hija; si yo engreído con tan alto favor me dejase deslumbrar como otros muchos lo harían, estamparía en mi frente un sello que jamás podría borrar; una marca donde llevaría escrita una nota infamante que amargaría el resto de mi existencia. Acaso este idioma parezca á V. M. demasiado atrevido, pero jamás he sabido adular.

—¡Con que es decir que os oponeis directamente, —exclamó Carlos irritado,—á que yo visite á vuestra hija! Caballero, esa honra hubiera sido demasiado grande para vos.

—Lo conozco, pero no la considero conveniente.

—¿Por qué causa?

—¿Acaso no se acuerde V. M. de un leve incidente que sucedió no ha muchas noches?

—Decidlo.

—Creo tendrá en memoria que en el baile de la marquesa de Villouraz tuvo una entrevista con una joven...

—Ya, ya; con vuestra hija,—contestó el rey trémulo de emoción.

—Es cierto Esta se desmayó, cayendo por desgracia en vuestros brazos.

—¡Por desgracia decís!

—Sí, señor. La curiosidad atrajo á aquel sitio á esa multitud desocupada que invade todos los salones, que lo mismo se mofa de la desgracia agena que de la propia, y que tiene por pasto diario la caritativa intención de murmurar con razón ó sin ella todo lo que se presenta. Pues bien, porque mi pobre hija tuvo la *desgracia* de caer en vuestros brazos, se murmuró en la corte, se habló en todos los salones de la inesperada aventura, y se dijo. . ¿Ignora V. M. lo que se dijo?

La frente del comendador estaba bañada de sudor, y el rostro del rey se hallaba desfigurado.

—Lo ignoro,—contestó éste.

—Pues se dijo que mi hija tenía relaciones secretas con V M: se dijo que entre el uno y el otro existía un amor impuro, reprobado por la religión; se

hincó el diente sin piedad á la conducta irreprensible de una infeliz doncella que aparecía al mundo por primera vez. Pero es propio de la condición humana que seamos crueles con nosotros mismos, y era preciso que mi hija sufriese esa ley de la sociedad, que se llama envidia y murmuración; era menester crearle una historia para que le hiciese cobrar un nombre infamado, como el que llevan la mayor parte de impuras cortesanas, que viven entre el abandono y el libertinaje, haciendo un consorcio horrible con el deber y la prostitución, con el honor y la licencia, con el descaro y el pudor. Por esta causa me opongo á que V. M. visite á mi hija. Quiero mejor el aislamiento á una honra que me costaría lágrimas de pesar: quiero mejor el olvido de mi rey que una visita suya, no porque yo la desaire, sino porque el deber así lo ordena, así lo manda. Además, mi hija no es de este mundo, señor; mi hija pertenece á Dios, única esperanza que le queda luego que yo falte de la tierra.

Carlos volvió á sentir en su interior la voz del remordimiento al oir la noble resistencia de aquel padre desconsolado; quedó inmóvil como si nuevas ideas acudiesen á variar su pensamiento, pero de nuevo volvió á aparecer en la puerta el funesto cortesano, y el rey desatendió con espanto la voz de la conciencia.

—Os alarmais sin motivo, —dijo sonriéndose. —Esos temores y esa relación artísticamente exagerada, no pasan de ser ridiculeces pueriles que sientan mal á un hombre de vuestro carácter.

—¿Qué está diciendo V. M.?

—Lo que siento. ¿Qué importan algunas habladurías de baja condición si el alma está pura y la conciencia tranquila? ¡Oh! Con eso que me habeis comunicado siento deseos vehementísimos por tratar á vuestra hija

—Pero...

—No os opongais; yo lo quiero y basta. Además me encargo de su suerte... de su felicidad. Si conviene que sea monja lo será .. Si no...

—¡Qué!—exclamó aquel padre lleno de angustia.

—Entrará al servicio de la reina.

Una roca que se hubiese desplomado sobre el comendador no le hubiera causado más agitacion.

—Señor, señor; mi hija no es para eso.

—Callad, no repliqueis.

—No puedo callar; mi hija quiere ser monja, y lo será, —dijo don Fernando con el acento de la desesperacion.

—No digo que no, si le conviene,—contestó Carlos con una frialdad insultante; —pero antes es menester que yo sondee su corazon. Mientras tanto, retiraos; queda pendiente este asunto hasta que os avise, pues veo que vos, por una exageración ó un fanatismo mal entendido, quereis privarnos de una preciosa joya que sería el ornato de nuestra corte. Con que hasta otro día, querido comendador. ... hasta otro día.

Las palabas del rey se clavaron como puñales en el pecho de don Fernando; quiso replicar, pero el monarca le habia vuelto las espaldas.

Apretó los puños de coraje, rechinó los dientes ya que no pudo morder, y lanzando una postrera mirada de odio y locura hacia Cárlos, salió de la estancia con el frenesí de la rabia en su corazón.

— Será monja á tu despecho,—murmuró luego que llegó á la escalera;—entre Dios y el rey, Dios es primero.

El joven monarca corrió hacia Eguía al punto que salió Ponzoa.

—Ese hombre es un romano,—dijo cayendo en un sillón;—me ha hablado de un modo que me ha hecho conocer mi deber. Ahogaré mi amor .. no quiero perjudicarle.

—Ese hombre sabe fingir admirablemente. Repele á V. M. para imponerle condiciones más grandes, luego que consienta,—contestó Eguía.

—No puede ser; me ha hablado de tal modo.....

—Señor, teneis muy poca experiencia.

—¿Pues qué debo hacer?

—Ya que el comendador exige más, como lo prueba su resistencia, no piense V. M. en él y solo piense en su hija.

—¡Cómo!

—Eso corre de mi cuenta. Ya burlaremos la sagacidad de ese hombre que la echa de caballero antiguo.

CAPITULO V

Soborno, carta y escala.

Considerado por el astuto don Gerónimo Eguía, que de ningún modo se podía vencer la ruda entereza del comendador, para cumplir lo que acababa de prometer al rey, conoció que debía principiar un nuevo plan de operaciones que le asegurase la victoria, con el objeto de conseguir por este medio el difícil y elevado puesto de ministro universal.

Era preciso adoptar la senda espinosa y áspera de entenderse directamente con Enriqueta, engañarla por medio de una falsa apariencia, vencer los muchos centinelas que la custodiaban, y lo que es más, llegar hasta su mismo gabinete, sin que el comendador comprendiese nada de lo que pasara

Para un hombre dominado por la ambición no hay camino que le parezca difícil, con tal de lograr su ob-

jeto. Le ciega la avaricia y no ve á la virtud que se aparta llorando de su lado.

Eguía montó en su coche, voló, si es que los coches de aquel siglo podían volar, hacia la morada de la duquesa de Terranova, y allí, después de otra larga conferencia se convino en el modo y forma de llevar el plan adelante.

A la tarde Eguía estaba delante de un espejo vistiéndose un uniforme de guardias. Se colocó el tahalí, se puso en orden inverso una bonita bandelera floreada, sin los numerosos colgantes que se usaban en ella para contener las cargas del mosquete ó del fusil, y después de ver si la espada se hallaba pronta á salir de la vaina, se colocó los bigotes en otra forma, recogió el cabello para atrás y se encasquetó un espacioso castor que le cubria gran parte del rostro.

Con tan nuevo atavío y cierto porte marcial que supo dar á su persona, se lanzó á la calle cuando el sol principiaba á declinar. Después de pasar por el lado de dos ó tres amigos con el objeto de ver si era conocido, y satisfecho de que podía pasar por un oficial de la guardia más bien que por un futuro ministro de España, se dirigió á la calle de Santiago con el fin de buscar la casa del comendador don Fernando de Ponzoa.

Al cabo de andar de un extremo á otro se encontró en frente de dos casas magníficas, cuyas fachadas se confundían por su semejanza.

Se informó de cual era la que pertenecía á don

Fernando, y desde luego se introdujo en el zaguan, silbando un aire muy favorito entre el pueblo de aquella época

Ya iba á principiar á subir la escalera, cuando salió del hueco que ésta formaba un hombre escuálido, no muy bien vestido y cuyo rostro macilento demostraba una larga abstinencia.

Era el portero del comendador, el cual á causa del mal genio de éste, hacia una quincena de días que estaba ayunando á pan y agua.

—¿A dónde vais, señor militar?—preguntó embistiéndose a él como un perro sobre su presa.

Eguía le dió un empujón, rechazándole como una pelota.

—¡Eh! dejadme pasar,—dijo con mal modo.

—¡Cómo que os deje pasar! Soy el portero y os lo prohibo solemnemente, á menos que no arrolleis mi individualidad.

—Bién, la arrollaré.

—Daré voces.

—Os echaré mano al pescuezo.

—Llamaré al mayordomo y os arrojarán de la casa.

—Apalearé á todos los que vengan.

—Caballero, os prevengo que estais en casa del comendador de Santiago don Fernando de Ponzoa.

—Y yo os advierto que estais hablando con un capitán de las guardias del rey.

El tono brusco y altivo de Eguía intimidaron al cancerbero de la casa.

—Pero caballero, haceos cargo de mi posición, exclamó éste con acento suplicante; me está prohibido que consienta la entrada á ninguna persona.

—Esa consigna no reza conmigo. Yo vengo á visitar á la señorita Enriqueta.

—¡A la señorita Enriqueta! Imposible.

—Pues no lo será. Vengo de parte de su novio, el conde de Rivadelo, para prevenirle su próximo regreso. ¡Diablo! No pongais esa cara de acólito. ¿Creeis que ignoro que vos érais el confidente de esos amores?

—¡Un novio! ¡yo el confidente! —exclamó el portero aterrado ante aquella inesperada acusación —Pero ¡Dios mio! no lenvanteis tanto la vos. Si el comendador lo oye puede figurarse que es verdad, y sería capaz de meterme en el cepo que tiene para castigar á sus monos.

—¡Que no levante la voz! —contestó Eguía alzándola más.—Ahora mismo voy á alborotar la casa, y á decirle á vuestro amo....

—Este demonio me vá á perder,—dijo el portero,—¡Oh! callad, callad.

—Callaré; pero es con la condición de que me confeseis que vos habeis sido el intermediario de los amoros de vuestra señorita con mi amigo el conde de ...

—¿Pero cómo quereis que confiese lo que no he hecho?

—¡Oh! sois un bribón; voy á subir y á manifetar al comendador lo que pasa.

El portero viéndose perdido, se afianzó á los fal-

dones de la casaca militar de Eguía, dispuesto á consentir en aquel embuste, antes de sufrir la tremenda mirada de su amo.

—Deteneos; no molesteis la paz del hogar doméstico. El comendador se halla en estos días atacado de un acceso de furor, y sería capaz de echaros á la calle, y á mí colgarme de los pies si oyese nuestra conversación.

—No puedo; tengo que ver á la señorita Enriqueta.

—Nunca lo conseguiríais, creedme; sé lo que sucede en esta casa.

—Entonces gritaré en el portal.

—¡Dios mio! peor.

—No será peor, porque yo haré ver á vuestro amo quién sois.

—Todo es inútil, todo.

—Entonces queda un recurso.

—¿Cuál?

—Que vos seais el confidente de mi misión.

—¡Yó! Guárdeme el cielo de tal cosa.

—Entonces voy á subir.

—¡Ay!.... ¡ay! deteneos,—prosiguió el portero volviendo á tirar del justacon;—haré lo que gusteis.

—Bien, consiento; no te pesará. ¿Yo creo que estás bastante pobre?

—No estoy rico,—replicó el guardian de la casa modestamente.

—Hablas con cierto orgullo que me pasma. Es el orgullo del hambre

—¡Pchs!—contestó el portero ruborizándose; los

tiempos están malos; el comendador está dado á los diablos hace algunos días, y como acontece regularmente en la casa de todos los grandes de la época que la cocina está exhausta, nosotros ...

Eguía no pudo menos de sonreirse al par que le interrumpía

—¡Bah! yo me encargo de proporcionarte lo que necesites, con tal que favorezcas mis intenciones. Mi amigo el conde sabe que tratan de encerrar á Enriqueta en un convento, y quiere verla por última vez. Nada más justo. ¿Consientes en favorecerme?

—Consiento.

—Pues toma el primer galardón al que te has hecho acreedor,—dijo Eguía poniéndole en la mano una pequeña bolsa de malla, por entre las cuales se descubrían algunas monedas de plata.

El portero hubiera dado un grito de alegría, sino temiese llamar la atención de los que pasaban por la calle y de los que estaban dentro de casa.

—¡Plata! Esto es mucho para mí.

—Tendrás más si me sirves con fidelidad.

—Con toda mi alma,—contestó el guardian de la casa, no sabiendo distinguir si aquello era un sueño ó una realidad.

Eguía había conseguido su primer objeto, y trató desde luego el retirarse de aquel sitio, temeroso de que le conociese alguna persona.

Después de otras palabras que mediaron entre los dos dijo el cortesano:

—Si quieres hacer tu fortuna ya lo sabes, esta noche te espero en la calle de Leganitos, en casa de la duquesa de Terranova, mi parienta, donde resido en la actualidad.

—A las ánimas me tendreis á vuestra disposición,—contestó el portero haciendo una reverencia que duró dos minutos.

Cuando levantó la cabeza, el militar había desaparecido.

Entonces se incorporó del todo; la reflexión árida y seca, acudió á reemplazar aquel momento de entusiasmo que había experimentado, y principió á luchar entre el cumplimiento de su deber y lo que la suerte le proporcionaba.

Hubiera sido un acto de virtud heróica si nuestro portero se atreviera á resistir una tentación en que no solamente mediaban magníficas monedas de plata, sino otras promesas de gran valía. Acaso se le presentaba esa ocasión, que el hombre encuentra en la vida una vez tan sola; acaso estaba próximo á vivir independiente sin temer los castigos y penitencias de su amo, por lo que después de pasar repetidas veces la vista por las monedas, conoció que no tenía el arrojo suficiente para ser fiel á su obligación.

Esperó á que diesen las ánimas, cerró las puertas del palacio, y sin pensar en otra cosa más que en la venturosa estrella que se presentaba en su horizonte, salió por el postigo, practicado en la puerta misma, y

se dirigió á la calle de Leganitos, según las instrucciones recibidas por la tarde.

Poco trabajo le costó encontrar la casa de la duquesa de Terranova. Nuestro héroe fué recibido por los criados como una persona de distinción ó un antiguo conocido. No había puerta que no se franquease á su paso; las dueñas se inclinaban, las doncellas se sonreían y todos parecían marchar de consuno para deslumbrar y desvanecer al escuálido portero.

Este creyó que soñaba ó que había sido trasportado á un palacio mágico. De vez en cuando llevaba la mano á la bolsa temiendo se hubiese evaporado, y aunque la encontraba en su sitio volvía de nuevo á tentarla por si se le escapaba de entre los dedos.

Al cabo de atravesar algunos salones llegó á un precioso y elegante gabinete, cubierto de ricas tapicerías, y adornado con hermosos espejos y arañas.

En el fondo de la suntuosa estancia se descubría una mesa llena de ricos manjares y delicados vinos que brillaban en el seno de grandes botellas de cristal. Variados ramilletes de flores á la par que servían de adorno, derramaban un delicado perfume que contrastaba con el olor apetitoso de las viandas, la cuales parecían estar dispuestas de antemano para obsequiar algún huésped.

Detrás de la mesa y en un espléndido camapé de terciopelo amarillo con rematés dorados, estaban sentados la duquesa de Terranova en trage de casa, y don Gerónimo Eguía con su uniforme de Guardia.

El portero quedó desvanecido; quiso llevarse las manos á los ojos temiendo que le engañase la vista: pues dudaba de la realidad. Después de verter una mirada en la que abrazó todos los objetos, descendió á las particularidades y no pudo menos de fijarse en la mesa donde se reconcentraron sus más vehementes deseos.

Tenía hambre; un hambre terrible, hija de los ayunos á que habia estado condenado, se acordó que no había comido en todo el día sino una escasa refacción de pan y potage, y sin notar que lo estaban espiando, estiró el pescuezo cuanto pudo, con el fin de aspirar el aromático perfume que exhalaban los manjares, ya que no le fuera dable caer sobre ellos como un lobo hambriento sobre su presa.

La duquesa y Eguía no pudieron dejar de reirse.

—¡Hola, amiguito!—dijo el consejero levantándose y poniendo la mano sobre el hombro del recien llegado.

Este dió un salto como al que sorprenden *in fraganti*, cometiendo algun delito.

—¡Oh! buenas noches, señor,—contestó haciendo media docena de ridículas cortesías.

—Veo con satisfacción que habeis sido puntual.

—Yo nunca falto á lo que ofrezco.

—Ya... ya. Pero como estábais tan distraído no he considerado prudente venir á saludaros hasta ahora.

—¡Yo distraido! ¡Ah! perdonad: esta mesa y esos manjares tienen la culpa.

—Lo había adivinado,—contestó Eguía sonriéndose

de nuevo.—Advierto que no sois insensible á un espectáculo de esta naturaleza donde los sentidos disfrutan anticipadamente de los goces del festín.

—Decís perfectamente, caballero.

—Entonces si es que no teneis mucha prisa vais á cenar conmigo. Como buen militar me gusta ser franco con todo el mundo, y ya que esta tarde he tenido la satisfacción de conoceros, hablaremos del asunto que os dije, mientras despachamos estas viandas.

El portero dió un salto más bien de asombro que de alegría. ¡El, un miserable criado sentado en la mesa de un gran señor! Esto superaba á sus esperanzas y futuros ensueños. Entonces principió á meditar que él había nacido para grandes destinos y no para correr y desechar los cerrojos de una puerta, y que cansado el cielo de sus prolongados infortunios le enviaba el momento de la reparación por caminos tan inesperados como brillantes.

El hambre que le dominaba le hizo atender como debía á la galante insinuación del consejero.

—¡Oh!—dijo;—sois sumamente magnánimo con un infeliz: mi estómago particularmente agradece vuestro ofrecimiento, y en su virtud acepto el convite.

—¡Bravo! Sois como yo os había concebido. Bien es verdad que mi amigo el conde me había instruído anticipadamente de vuestros méritos y demás circunstancias.

El portero quedó pasmado con semejante contestación.

—¿Decís que os había informado de mis méritos el conde...?

—Sí.

—¡Oh! ¡Si estaré soñando!—pensó interiormente.

—¡Qué! ¿dudais?

—No, señor, no dudo; lo decís vos y esto es bastante.

—Lo dice el conde, ó lo que es lo mismo el novio de la señorita Enriqueta.

—¡Ah!—exclamó el portero no sabiendo lo que aquello quería decir.

—Pero sentémonos á la mesa; esta señora es mi parienta la duquesa y nos acompañará mientras dura nuestra entrevista.

El portero hizo otra media docena de cortesías á la venerable dama.

La de Terranova contestó:

—¡Oh! es bastante que hayais pisado mi casa para que os tienda mi mano protectora. ¿Sin duda sereis una de las víctimas del comendador de Santiago?...

—¡Cómo una víctima, señora!

—Sí, porque según la opinión más extendida, creo que trata á su servidumbre á pan y agua la mayor parte del año.

—Algo hay de eso.

—Yo creo que hay mucho.. Vos estais muy flaco.

El portero miró su enjuta y macilenta persona y contestó lánguidamente:

—Sí señora, estoy muy flaco.

—Descuidad; mi pariente el capitán y yo, os pondremos rollizo como un cebón.

Esta oferta desvaneció al pobre criado.

—¡Pero Dios mío! ¿qué he hecho yo para merecer tantos favores?

—¡Ahí es poco!—exclamó Eguía, que en aquel instante acababa de colocar algunas sillas al rededor de la mesa.—¿No os acordais de los muchos favores que habeis hecho al conde de Rivadelo?

—¡A mí me han tomado por otro! se dijo interiormente. Disimulemos.

—¿Habeis echado en olvido las muchas cartas que habeis entregado á Enriqueta?

—¡Oh! no... no. Pero... la sorpresa... la...

—Pues... comprendo, amigo mío,—prosiguió Eguía mirándolo;—sois un hombre de mucho mérito; teneis una inteligencia admirable; una sagacidad digna de la mayor alabanza...

—¡Yo!

—Sí; no la echeis de modesto. Pero sentémonos á la mesa; veo que vuestros ojos toman una dirección oscilatoria, y esto me prueba que vuestro estómago va perdiendo el equilibrio.

El portero no esperó segunda orden; se hallaba en uno de esos períodos en que el hambre domina los demás sentimientos, y ya apenas tenía fuerzas para permanecer en pie. Dispuesto á favorecer en cuanto pudiese, las intenciones buenas ó malas de aquel extraño protector que le deparaba la suerte, y conocien-

do que la honrosa profesión de confidente era un medio para hacer fortuna, no titubeó en adherirse á aquel conde, de quien se le hablaba como de un antiguo conocido, aunque fuese uno de los mayores libertinos de la época.

El primer plato reanimó sus desfallecidas fuerzas, y la primera copa de un exquisito vino dió vigor al corazón, y movimiento á la lengua.

—¡Magnífica cena! se repetía interiormente; ¡exquisito licor! Bien puedo servir á estos señores que tan espléndidamente me cuidan: luego... por otro lado me cuidará la señorita Enriqueta, en términos que en poco tiempo seré la persona más importante de sus asuntos amatorios.

Eguía y la duquesa dejaron que el portero aplacase el hambre algún tanto. Luego que éste principió á comer con más lentitud, y cuando su atónita mirada comenzó á vivificarse con el resplandor que le comunicaba las bebidas, le preguntó la duquesa:

—¿Tuviérais la bondad de decirme vuestro nombre?

—Lesmes, señora.

—¡Jesús! Teneis un nombre poco comun....

—Pues bién, señor Lesmes,—dijo Eguía interrumpiendo á la duquesa —¿Quereis que nos entendamos?

—¡Oh! sí señor; estoy dispuesto á cuanto me mandeis.

—Esa respuesta es digna de vos. Sois el espejo de los porteros. Esta tarde os dije que iba á visitar á la señorita Enriqueta de Ponzoa de parte de mi amigo

el conde de Rivadelo; vos me lo prohibísteis, y por lo tanto es preciso que hagais lo que yo iba á hacer.

—Muy bien,—contestó Lesmes bebiendo otra copa: —estoy dispuesto á recibir vuestras instrucciones.

—¿Yo espero que no me engañareis?

—¡Qué disparate!

—Así lo creo; sin embargo, os notificaré las ventajas que encontrareis si sois fiel en vuestra comisión, y los perjuicios que os esperan si faltais á ella. En primer lugar, y portándoos honradamente, recibireis en tres ocasiones distintas cien monedas de oro, doblones de buena ley.

El portero dió un salto de asombro y de estupor.

—En segundo lugar se os dará un destino muy distinto al que ejerceis en la actualidad, el cual os asegurará una cómoda subsistencia muy contraria á la que disfrutais en casa del comendador de Santiago; pero si revelais algo del cometido que os confíe, sabed que puedo haceros enganchar en mi regimiento y entonces os daré algunas excelentes carreras de baqueta.

—¡Oh! Dios me libre; estoy por lo de las monedas de oro,—contestó el portero ébrio de alegría.

—Pues escuchadme: Es preciso que mañana á más tardar quede esta carta en poder de la señorita Enriqueta,—dijo Eguía sacando de una bolsita una preciosa carta perfumada.

—Nada me será más fácil,—contestó Lesmes,—todos los días entro en su habitacion para recibir sus órdenes.

—Bien, muy bien; cuando he dicho que sois un personaje admirable es porque no me equivoco. La carta, como presumireis es del conde de Rivadelo. El desgraciado amante se encuentra aburrido; ha sabido que el comendador trata de meter monja á su hija, y él le suplica que le conceda una entrevista antes que las puertas del convento se interpongan entre los dos. Para no llamar la atención de los extraños, el único medio que existe para que se vean, es usar de una escala, la cual se colocará á media noche en uno de los balcones de la habitación de Enriqueta, y así podrán disfrutar de ese único y supremo instante que les queda en la vida. Vos, señor Lesmes, sereis el portador de la carta cuya contestación traereis, --prosiguió Eguía; —después os entregaré la escala para que vos la pongais á disposición de vuestra señorita. Esta es la comisión que os confio; ya sabeis el castigo y la recompensa. Todas las noches podeis venir á darme parte de vuestros adelantos. y al mismo tiempo disfrutareis de la cena de un capitán de la guardia del rey.

El portero se guardó la carta y después que hubo recibido una nueva bolsa bien repleta, regresó á su casa con el corazón lleno de alegría.

La comisión que le había sido encargada era tan fácil que no titubeó en aceptarla en todas sus partes, pues era tan nulo el papel que representaba entre la servidumbre del comendador, que de ningún modo podía infundir sospechas.

—¡Oh! —se decía revolviéndose en su mezquino lecho; cenando con duquesas, embajador de un conde á quien no conozco, pero que él se empeña en conocerme, intérprete fiel de unos sentimientos magnánimos, y luego después con una espectativa brillante, con el bolsillo lleno de duros.... ¡Ah! ¡esto es más de lo que pudiera soñar en toda mi vida!

Se durmió por último, y á la mañana siguiente penetró en las habitaciones de la señorita, dispuesto á dar el primer paso para asegurar su fortuna.

Luego que encontró una ocasión se acercó á la hermosa Enriqueta con el fin de pedirle sus órdenes, y al mismo tiempo hacerla la entrega del falso y funesto escrito redactado por Eguía.

Esta lo tomó consentida que sería alguna petición de las muchas que constantemente se le dirigían.

¡Cuál fué el asombro y el temblor de aquella inocente criatura cuando examinó la firma! Sus pasadas ilusiones, las marchitas flores de su esperanza, los dulces recuerdos de una época muerta, ya en el abismo del tiempo, todo brotó de pronto en su corazón con la fuerza de un torrente.

Era preciso devorar aquél escrito querido. Se puso á leerlo.

—«Enriqueta, —decía, —aprovecho la ocasión de »que parte para España un amigo mío, y con él os »mando este recuerdo de mi amor, esta única expresión »de mis sentimientos. Durante mi ausencia he sabido »una noticia que me ha colmado de amargura. ¿Será

»verdad, Dios mio, que estais próxima á sepultaros en »un convento? ¡Será verdad que no nos volveremos á »ver sobre la tierra, y mi amor, mi felicidad, mi pos»trera dicha, han de perecer como una de esas flores »que apenas nacen principian á marchitarse! ¡Oh! lo »presiente mi corazón; es cierto: voy á perderos para »siempre.

»Existe un fuego devorador que me consume; obs»táculos que aun todavía no he podido salvar me de»tendrán algunos días en suelo extranjero; ha sido tan »terrible el dolor de mi alma que tengo que dejar á »una mano extraña estender estos caractéres hijos de »mi desesperación. Perdonad, Enriqueta, pero hay »momentos en la vida en que se paraliza todo nues»tro ser. Sin embargo, en medio de mi tormento des»cubro un escaso rayo de esperanza.

»Si es cierto que vais en definitiva á huir del mun»do, deteneos algunos dias, ínterin llego á esa capital. »Quiero veros por última vez, y no creo que seais tan »cruel que rechaceis esta súplica infortunada. He con»cebido un pensamiento atrevido. Al portador de esta »carta he dado instrucciones y desearía que vos acce»dieseis á ellas. Conociendo el carácter de vuestro pa»dre, el único medio que encuentro para caer á vues»tros pies y daros mi postrer adiós, es fijar una esca»la en vuestro balcón la noche que llegue á Madrid y »subir á deshora á vuestras habitaciones. ¡Oh! no me »negueis el último consuelo que me resta; no temais »nada de un desgraciado; mi afán es tan solo regar

»con mis lágrimas el pavimento que habeis hollado »con vuestros pies. Adiós, Enriqueta; dentro de diez »ó quince días estaré cerca de vos... No desecheis mi »deseo y contestadme vuestro parecer por el mismo »conducto. Adiós.

El capitán Bruñ.

La contestación de este fingido escrito fué conforme á los deseos de Eguía.

La pobre Enriqueta principió á esperar; el portero le entregó una escala de seda y... ¡Ahí quedó el lazo tendido para que cayese sobre ella el deshonor!

¡Desgraciada niña!

CAPITULO VI

Suspiros del alma.

Los días, esa cadena de flores y de nieblas como diría un poeta de aquellos tiempos, corrieron silenciosos sobre aquellos corazones lacerados.

Cada cual esperaba el resultado de un plan; cada cual contaba los minutos con la avidez de la ansiedad; cada cual soñaba con la esperanza y con el infortunio.

Elena de Gorbea, Diana de Clerambaut, Enriqueta Ponzoa y Margarita de Villouraz, esperaban.

La primera aislada, en una casa extraña; pero había aceptado la hospitalidad de la condesa de Bermellar, ó más bien en la casa de su verdadero amante, tenía á cada momento objetos que alimentasen sus ilusiones, oía nombres y evocaciones dulces que aumentaban más los delirios de su mente

y los vagos extravíos de su razón, y de este modo iba creciendo su frenesí amoroso sin que la voz del deber siempre adusta é inexorable, la pudiese separar de la senda de amargura donde el destino la había precipitado.

Hacía mes y medio que Luis Alban se hallaba fuera de Madrid, y ninguna noticia suya vino á consolar los angustiados corazones de la madre y de la huérfana. Cada día que pasaba era un motivo constante de sobresalto y esperanza.

Cualquier rumor que se escuchaba en la calle, las pisadas de algún caballo que transitase por las puertas del palacio de Bermellar infundían la alarma en el seno de aquella familia, pero el desengaño era lo que resultaba en último término.

Una noche Elena se había retirado á su habitación después de dejar acostada á la condesa de Bermellar.

El insomnio era uno de los muchos tormentos que habían acudido á mortificarla. Reclinada en un sillón y cerca de una mesa, donde una lámpara de plata vertía sus azulados rayos, dejaba libre á su pensamiento para que vagase en las esferas de lo ideal.

Estaba en frente de un balcon abierto, por el cual entraban las húmedas ráfagas de una brisa primaveral; percibíanse los últimos rumores de la población.

Las estrellas sembraban el firmamento con mil chispas de oro.

El blanco seno de Elena medio cubierto con el descuidado abandono de su traje se alzaba levemente

á impulso de sus sensaciones, y sus ojos bañados en lágrimas se perdían en la bóveda inmensa de los cielos como si fuesen á buscar allí la esperanza que le faltaba en la tierra.

Cuando más dominada se hallaba en aquella contemplación, un ruido lejano al principio vino á herir sus oidos. Una agitación extraña se apoderó de su pecho, y como arrastrada por una voluntad desconocida corrió al balcón.

Al pronto no distinguió nada, pero sí percibió la lenta marcha de un caballo; después descubrió un ginete que bajando por la calle de Santiago se dirigía al palacio de Bermellar.

No dudó que el aparecido era Luis Albán.

— ¡Oh! Era él.

Quiso levantarse, pero le faltaron las fuerzas; pretendió llamar, pero su lengua quedó inmóvil; sintió el movimiento que existía en toda la casa de Bermellar y los gritos de gozo que resonaban en ella y un dulce encanto de lo que le pasaba esperó, y en verdad que no esperó en balde.

Fuera porque algún criado oficioso le informase de que Elena estaba en su casa bajo la protección de la madre, ó ya él lo adivinó por un presentimiento de su corazón, se dirigió á la estancia donde ella se encontraba.

—¡Luis!—exclamó Elena revelando sin pretenderlo el inmenso amor que le tenía.

El joven se descubrió, dió algunos pasos y mirando tristemente á la joven

—¡Señorita!...—contestó tímidamente.—¡Vos aquí!

Los dos quedaron mirándose por algunos momentos.

—¡Qué tempestad había marchitado la fisonomía del joven caballero!... Estaba sombría, atezada por el sol de Italia. Parecía existir en ella una determinación irrevocable.

Después de un instante de fluctuación en que el uno y el otro no tuvieron voces para alterar el silencio,—dijo Albán.

—¡Oh! ¿estábais rezando?

—No rezaba. Mi alma y mi corazón se hallaban en otra parte,—contestó Elena.

—¡Dios mío! ¿Tendría la dicha de que pensárais en mí?... ¡Ah! perdonad. Me he dejado conducir por una idea irrealizable. Solamente he venido á veros y saludaros. Me hubiera sido imposible descansar sin hablar un momento con vos.

—Gracias.

—Además me era preciso. Debo llenar un terrible deber, y la ocasión no puede ser más favorable.

—¡Qué decís!

Luis lanzó un suspiro.

—Acaso mis sentimientos vengan á alterar estos instantes,—dijo inclinando la cabeza,—pero en el trascurso de mes y medio que he estado lejos de Madrid he meditado mucho; he luchado con todas las fuerzas del honor en contra de mí mismo; he buscado la muerte sin encontrarla en ninguna parte, porque

como ya sabeis hace mucho tiempo que sufro de un modo cruel, Elena. ¿Sabeis lo que es haber perdido la esperanza?

Esta se extremeció; comprendió el dolor de Luis y sus ojos se inundaron de lágrimas.

—¡Oh! ¿y la habeis perdido?

—La he perdido. Sin duda comprendereis lo que quiero decir..... nada más cierto Yo he buscado entre la soledad de mi existencia ese rayo consolador que dá vigor al alma y no lo he encontrado; yo he querido vencer una preocupación insensata, y la voz de mi corazón se ha opuesto; yo he ansiado un bien supremo: y el deber, la amistad, el honor y la religión me lo han prohibido. He perdido, pues, la esperanza. Una vida, sin esta lejana luz que nunca se toca, se asemeja á la muerte, he dicho mal, se asemeja al infierno, porque en la muerte se halla el descanso y aquí no le hay. ¿Qué debo hacer, pues? No hay sol en mi horizonte, no hay ocaso en mi carrera; nada más que una noche contínua, perenne, desesperada. Esto así, mi único afan, debe ser buscar el término de todos mis males, la calma de esta tempestad que me abruma.

Su rostro estaba al parecer tranquilo, su voz no manifestaba la alteración de su espíritu, sino la conformidad de un hombre resignado á los golpes de la adversidad.

Elena quedó muda de terror.

—¡Dios mio! —exclamó ésta por último;—apenas he comprendido lo que habeis querido decir, y sin embar-

go me habeis hecho temblar. Luis, vuestro corazón se engaña; fatigado tal vez por una quimera, pretendeis amargar vuestra vida con lo que apenas es digno de aprecio. ¡Ah! volved en vos. Podeis ser feliz.

—¡Felíz yo! ¡Amarga ironía! Elena,—exclamó el joven como cediendo á un arrebato irresistible,—yo no puedo ser felíz; yo tengo que arrastrar el peso de la fatalidad, mientras vos no me pertenezcais. Elena, ¿habeis olvidado mi amor? ¿habeis olvidado aquellos momentos de escasa dicha en que loco, frenético, im pulsado por una fuerza poderosa os declaré lo que pasaba en mi alma?

—No, no; pero Dios mio, eso es imposible.

—Esa es la palabra maldita; el antemural que nos separa. Perdonad,—prosiguió el joven reponiéndose;—no he sido dueño de mí; hay momentos en que el sentimiento domina la razón y este ha sido uno de ellos. Es imposible... decís bien: no podemos ser el uno del otro. Vos perteneceis á Leoncio; al digno joven que puede haceros mucho más felíz que yo.... ¡Ah! he sido un insensato cuando he venido á sembrar de espinas la hermosa senda de flores de vuestro destino.

—¡Cruel!—contestó Elena dominada por su amor;—quereis matarme más bien que darme un consuelo. ¿Creeis que yo no sufro? ¡Ah! Luis, mis labios se resisten al pronunciar estas palabras, pero me ahogaría de pesar sino os las dijese. ¡Oh! yo os amo todavía; yo á pesar de vuestra ausencia he conservado el fuego que encendísteis en mi corazón, como una llama sa-

grada que existirá perennemente en él. Sé que no puedo perteneceros; seré de Leoncio, pero mi alma será vuestra...

—¡Oh! callad, callad. Leoncio es vuestro *hermano*, será vuestro esposo luego que regrese de América, y además es mi amigo, es también mi *hermano* de armas. Profanamos las leyes del honor con estos pensamientos.

Elena derramaba abundantes lágrimas. Albán, rígido é inmóvil como una estátua, devoraba en silencio toda la amargura de la desesperación.

—No me puedo olvidar de mis deberes,—contestó la joven luego que pasó aquel momento.—En mí lo mismo que en vos, existe ese sagrado principio de delicadeza que es el único que me dá fuerzas para resistir tanto. Además, dentro de pocos días mis dos hermanos habrán regresado á España...

—Es verdad; entonces...

—No prosigais; ¿á qué derramar mayor cantidad de veneno en nuestros corazones?

—Debo seguir; no temais que altere con sentimientos exagerados lo que me resta por hablar. El dolor más sublime es el que no se expresa con el lenguaje.

—Bien, hablad.

—Lo que iba á decir,—prosiguió Albán sumamente pálido,—es que luego que vengan vuestros hermanos os casareis. Acaso permaneciendo yo en Madrid pudiera ser un estorbo, sino para vuestra felicidad, para

la felicidad de Leoncio. Quiero que ni mi nombre siquiera enlute los días que os aguardan. Si es cierto, como no dudo, que me amais, mi presencia sería para vos un martirio contínuo. Además el amor es egoista, y yo sufriría un constante tormento viéndoos en los brazos de otro ser. Para que esto no suceda he tomado una determinación irrevocable.

—¿Cuál?

—Separarnos.

—¡Dios mío!—exclamó Elena tapándose el rostro con desesperación.

—Sí; es menester separarnos para siempre,—prosiguió Albán con espantosa calma.—Por vos voy á dejar á mi pobre madre, á quien idolatro con toda la veneración que se merece; voy á dejar el suelo que me vió nacer, la casa donde me he criado, y cuantas afecciones cariñosas me ligan á España. Es preciso. Ya conocereis que no podemos permanecer el uno junto del otro.

—No, no,—gritó Elena cayendo á los piés de su joven y generoso amante;—no os vayais; yo seré la que huiré ó moriré en cualquier rincón de la tierra con tal que seais feliz. Además, luego que venga mi hermano le contaré la verdad. Martín tiene nobles sentimientos.. Leoncio tambien accedería ..

—¡Imposible! ¿Y el juramento que hizo vuestro hermano en la cabecera del lecho de vuestro padre moribundo?

Elena dió un pequeño grito.

—¡Ah! es verdad.

—¿Y el amor inmenso que os profesa Leoncio?

La joven quedó anonadada; acababa toda su esperanza.

—Decís bien,—contestó incorporándose.

—Ya lo veis; es preciso separarnos,—replicó Luis con siniestra amargura.

—¿Y cuándo? No será pronto...

—Muy pronto. Luego que consiga una pretension de S M.

—¡Oh! ¿y á dónde vais á ir?

—A' Italia. Pienso incorporarme á uno de los cuerpos que hacen la guerra á los franceses. Esta vá á tomar un incremento espantoso, y espero que allí encontraré el término de mis pesares. Saldré el primero al frente del enemigo, no para hacer un alarde de valor, sino para buscar una bala certera que atraviese mi pecho. Voy á buscar la muerte, ó mejor dicho el descanso. Vos me hicísteis concebir la vida; vos me haceis ahora concebir la muerte como el sueño tranquilo que ansía el cansado peregrino. De cualquier modo, siempre sereis vos la única imágen que me acompañe en mi destino. Fantasma soñada de una dicha que no he gozado, flor que quise llevar á mis labios, en medio del delirio de mi desventurado amor, vos Elena idolatrada, sereis aun la estrella solitaria que ilumine la noche de mis esperanzas.

Y el desgraciado Luis cayó á su vez de rodillas delante de Elena, porque era tan inmenso su amor,

tan profundo su sentimiento, que no pudo sostenerse en pie.

Esta quiso levantarlo, y entonces las manos del uno y del otro se juntaron con un movimiento convulsivo.

—Alzad,—dijo ella; —estais desgarrando mi corazón, pero es preciso. Vais á interponer un abismo que nos separe, una eterna noche que nos sepulte en sus sombras... bien. Será la voluntad de Dios y me conformo.

—No es decir por esto que exista entre nosotros una separación completa. Quedarán nuestros pensamientos para que se busquen en esas bóvedas azules que proclaman la magestad de Dios. Quedarán esas miradas melancólicas que revelan un drama sombrío para que busquen en la frente de los astros otras miradas amorosas y tiernas. Vos en la ventana ó balcón de vuestra morada, y yo en la tienda de los campamentos, consultaremos de noche ese cielo y esas estrellas, únicos y sublimes objetos que pueden comprender nuestro amor. Si muero, acaso oigais en el suspiro de la brisa mi última despedida.

—¿Y si yo muriese?

Luis se extremeció.

—¡Si vos muriéseis! No; no debeis morir. Conservaos para Leoncio.

—¡Oh! no hablemos de esto.

—Es indispensable. Acaso sea otro mi destino, porque hay infortunios tan grandes que son respetados

hasta por la muerte. Entonces dejaré la espada, y á imitación de otros grandes varones, me sepultaré en la soledad de un monasterio, de los muchos que pueblan las campiñas de Italia. Me dedicaré entonces á rezar por vuestra felicidad y á escavar con mis manos el oscuro sepulcro donde más tarde se depositará mi cuerpo. Esta será mi vida.

—¡Ah!—exclamó Elena; —pero aun todavía aguardareis...

—¿Qué?

—La llegada de mis hermanos.

—Tal vez no; me será bastante el saber que han desembarcado con felicidad.

Elena estrechó sus manos con desesperación.

—¿Y mientras tanto?

—Pediré al duque de Medinaceli una entrevista para conseguir mi empeño.

—¡Oh! no lo conseguireis.

—¿Por qué?

—Porque el rey no querrá separarnos de su lado, —contestó Elena con cierta alegría.

—Entonces me iré sin su permiso.

—¿Luego es irrevocable vuestra determinación?

—Lo es; ya solo debemos vernos una vez tan sola.

—¡Oh!

—Sí, una vez tan sola, Elena; lo demás sería exponernos á perder la razón y á olvidarnos de nosotros mismos. Yo os avisaré anticipadamente; vendré á vuestra habitación, y nos despediremos para siempre

como se despiden dos hermanos, como se separan dos esposos, cuando uno de ellos va á morir. Mientras tanto no me olvideis. Acordaos de un desdichado que os amó con toda la grandeza de su alma, con toda la energía de su corazón: acordaos de quien os profesó un amor puro é inmaculado, cuyo fuego lo conservará mientras le dure la existencia... Su último suspiro y su última palabra serán vuestro nombre y vuestro recuerdo... Adios.

—¿Qué, os marchais ya?

—Sí; ¿qué he de hacer á vuestro lado? ¡Oh! no me detengais con vuestra voz y vuestra mirada, —exclamó Luis loco de sentimiento.—Moriría de pesar ó cometería cualquier acción repugnante si permaneciese más tiempo cerca de vos. Dejadme, pues, que vaya á devorar en el silencio este torbellino de amor, este volcán inextinguible que me abrasa. Elena, por vos, por mí, por mi padre, por Dios, separadme de este sitio y olvidadme para siempre.

—¡Oh! yo no puedo olvidaros,—contestó la joven vertiendo abundantes lágrimas; —yo os conservaré en el corazón como una imágen bendita á quien se le consagra toda clase de cariño. ¿Pero no hay más remedio que separarnos?

—No hay otro camino.

—¿Y cuándo llegará este instante terrible?

—Muy pronto.

—¡Ah! bien;—exclamó Elena poseida de una especie de delirio.—Luis, una voz secreta me dice que no

seré esposa de Leoncio; de cualquier modo en medio del desgraciado destino que nos aguarda, sabed que desde ahora hasta el último aliento de mi vida, perteneceré á vos con la voluntad, ya que no puedo perteneceros de derecho... Ahora partid hasta que llegue el supremo instante de nuestra despedida... Adios, Luis; conservad mi memoria como yo conservaré la vuestra.

—¡Adios!—contestó Albán llevándose la mano al corazón.

Por un momento se miraron como pasmados de haber tenido fuerzas para sobrellevar aquella escena. Luis hizo un ademán de despedida, en la que estaban reconcentrados todos sus deseos y sufrimientos, y salió.

Elena cayó á plomo sobre el sillón donde antes estuvo sentada, como un autómata que pierde el movimiento...

El dolor la reducía á un estado de insensatez.

CAPITULO VII

Incertidumbre

Después de la escena antecedente volvieron á correr los días, hasta que luchando unos y otros entre el temor y la esperanza, se cumplieron los dos meses en los que debían presentarse los tres jóvenes que marcharon á América y el que se dirigió á los Paises Bajos.

Eguía, como todos los que estaban unidos por algún resorte á los mencionados aventureros, aguardaban con mortal inquietud el desenlace de su vuelta, pero llegó el día del plazo y no parecieron.

—¡Diablo!—decía el cortesano á la duquesa de Terranova.—¿Sabeis que es peligroso retardar un día nuestra intriga?

—¿Por qué?

—Porque de un día á otro se presentará el capitán Brun y podrá desbaratar nuestros planes.

—Teneis mucha razón.

—Además, ya sabeis que el comendador sin guardar consideraciones al rey se da prisa por encerrar á Enriqueta en el Sacramento, y el día menos pensado nos podremos encontrar el nido sin pájaro.

—No puede ser eso,—observó la duquesa. En todo caso, Lesmes el portero nos avisaría al instante. ¿Sabeis que es un hombre muy útil el tal Lesmes?

—¡Oh! mucho; sin él saberlo nos ha hecho servicios importantísimos.

—Nada menos que haceros ministro y á mí asegurarme en el puesto de la camarera mayor. Y hablo de esta manera porque ya encuentro seguro nuestro triunfo.

—Todo está dispuesto; la escala la tiene Enriqueta; esta, al menor aviso, la suspenderá del balcón. Solo falta vencer la repugnancia que profesa el rey á esta clase de aventuras. ¿Podreis creer, duquesa, que tiembla como un niño cuando le digo lo que hay que hacer para conseguir á Enriqueta?

—No lo dudo; S. M. ha sido educado de un modo muy contrario á su clase, y de aquí el que resulten estos incovenientes. Pero creo que los vencereis.

—¡Oh! en cuanto á eso nada hay que temer,—contestó Eguía con orgullo.—Ahora lo que nos resta es ponernos de acuerdo.

—Estoy conforme.

—¿Cuándo creeis oportuno que llevemos nuestra intriga á su complemento?

—Soy un poco torpe y no sé contestaros con exactitud.

—Entonces me explicaré yo

—Hacedlo,—dijo la duquesa abanicándose.

—Puesto que de un día á otro debe regresar el conde de Rivadelo, me aferro en lo que os he dicho anteriormente.

—Pero el objeto es marcar un día, una hora, una ocasión.

—Eso es en lo que justamente pensaba,—contestó Eguía golpeándose la frente.

—¿Y bien?....

—¿Os parece que mañana á las doce de la noche?....

—No habrá tiempo....

—Siempre hay tiempo cuando se aprovecha. Dejarlo para más tarde, sería exponernos á perderlo todo.

—Si lo juzgais así, estamos conformes. ¿Pero y el rey?

—El rey seguirá mis consejos últimamente: él ama y desea, pero tiene miedo. Ese miedo desaparecerá.

—¿Estais seguro?

—Seguro.

—Teneis, querido amigo, un talento superior. Vamos á otra cosa.

—Decid.

—Es menester avisar á Enriqueta haciéndole creer que el famoso capitán B.ún acaba de llegar.

—No; esa noticia se la comunicará mañana, previniéndole que no deje de poner la escala.

—Teneis razón.

—Esta noche instruiremos á Lesmes y todo quedará dispuesto.

—¿Para mañana á las doce de la noche?

—Sin falta alguna, querida duquesa.

—¡Oh! ¡oh! —dijo ésta soltando una sonrisa de ambición,—¿qué vá á ser del duque de Medinaceli?

—Ya graduareis el chasco que le espera. Pero ahora que me acuerdo, —prosiguió Eguía dirigiéndose á una silla donde tenía su sombrero;—dispensadme, duquesa, si me retiro.

—¿A dónde vais tan pronto?

—A palacio. El rey me aguarda á las once y son las once y cinco minutos.

—Si es así, no quiero deteneros.

—Ya hemos hablado todo lo que teníamos que hablar. No olvidaros de prevenir al señor inquisidor de lo que pensamos hacer.

—Descuidad. ¿Luego nos veremos en el alcázar real?

—Será lo probable..... Adios, mi apreciable camarera.

—Adios mi futuro ministro.

Y los dos se hicieron un par de profundas reverencias, hasta que Eguía salió del salón que ocupaban.

El coche del *futuro ministro*, según la enfática expresión de la duquesa de Terranova, partió con velocidad, y en breve llegó al palacio.

Eguía descendió de él rápidamente y trepó por unas escaleras secretas con la ligereza de un joven de veinte años. Al cabo de haber cruzado algunos salones solitarios llegó á la puerta de una cámara y dió algunos golpes en ella.

De allí á breve rato, un ugier del servicio de S. M. le franqueó la entrada, penetrando en seguida en el despacho de Carlos II.

Este se hallaba sentado en sillón desde muy de mañana. El duque de Medinaceli se encontraba en pié al otro extremo de la mesa que servía para que S. M. firmase. Los dos parecían fatigados, y una mortal ansiedad se retrataba en sus pálidos semblantes.

Eguía puso el suyo con arreglo á las circunstancias. Hábil cortesano y astuto político, graduó con un golpe de vista lo que pasaba, y se dirigió á inclinarse ante su amo con la tristeza en el rostro y la alegría en el corazón.

—Dios te guarde Eguía,—exclamó Carlos con el acento lánguido de un hombre cansado;—te aguardábamos con ansiedad, pues aunque la conferencia que el duque tiene en la actualidad conmigo es reservada, no por eso estás excluido de ella.

—Señor,—contestó el cortesano,—bien sabe V. M. que mi mayor satisfacción es complacerle con las débiles luces de mi entendimiento y con las fuerzas de mi corazón. También consta al señor duque, que soy uno de sus mejores amigos, y aunque mi consejo sea pobre, siempre está á su disposición.

El rey desplegó una sonrisa de agradecimiento, y Medinaceli se inclinó con galantería.

—Ya lo sé, amigo mio,—dijo este último.—Hablaba con S. M. de un asunto de suma importancia, y del cual puede estribar la felicidad ó la desgracia de la monarquía.

—¡Oh!

—¿Bien recordareis que hace dos meses justos que S. M. se dignó conferir unas comisiones importantes á cinco jóvenes caballeros?...

—Sí; sí. . recuerdo perfectamente,—contestó Eguía interesándose en el asunto.

—Hoy se cumplió el plazo y sólo uno de ellos ha regresado.

El cortesano se extremeció temiendo que éste fuese el capitán Brun.

—¡Ha regresado uno!—preguntó disimulando cuanto pudo.

—Sí; el joven conde de Rivadelo,—replicó el duque.

Eguía respiró.

—¿Y los demás?

—No se han presentado.

El rey se llevó una mano á la frente como para recoger las extraviadas ideas que lo martirizaban.

—Y bien, duque,—dijo por último,—yo opino que debemos tomar algunas providencias con respecto á averiguar alguna cosa.

—Eso es lo que iba á tener el honor de poner en conocimiento de V. M.

—Con respecto al conde de Rivadelo nada tenemos que pedir; ha llenado de un modo heróico su comisión y es menester recompensarlo.

—Es cosa muy justa,—replicó Eguía.

—Según la relación que os ha hecho,—prosiguió Carlos, mirando á Medinaceli,—creo que ha estado expuesto bajo el puñal de asesinos pagados; pero la fortuna y el valor han triunfado en esta parte, consiguiendo que la capital de Monferrato no quede en poder de los franceses, si bien será probable que sucumba á las fuerzas de Bouflers.

—Sí, señor. El conde de Rivadelo ha cumplido su comisión como un noble y digno caballero; ha conseguido por medio de Hércules Mattioli que la Francia se vea burlada. ¿Pero qué adelantaremos si lo más principal no lo alcanzamos?

El rey se puso pálido.

—Señor,—prosiguió Medinaceli con voz entrecortada;—si los tres jóvenes que marcharon á América han perecido; si esos cuarenta millones que debíamos recibir hoy mismo no llegan á nuestro poder, nos veremos en la terrible necesidad de licenciar los nuevos regimientos creados para sostener en la Flandes y en la Italia la gloria española y el honor nacional. En vano habremos trabajado para interesar por nosotros al valiente Guillermo de Orange; en vano el conde de Melgar podrá resistir en Milán, ni el príncipe de Chimay en el Luxemburgo. ¡Oh! carecemos de dinenero; nuestro crédito desaparecerá por completo, y

nadie se atreverá á prestarnos la más pequeña cantidad ni en España ni fuera de España. Esta es nuestra verdadera situación.

El duque enmudeció como aterrado de lo que acababa de decir. Y por cierto que hay verdades que aterran. El rey quedó con la cabeza inclinada

—¿Y qué remedio nos queda?—preguntó á su ministro con ojos espantados.

—No encuentro ninguno.

—¿Pero no habeis mandado agentes á los puertos principales para que se informen del paradero de la *Estrella?*

—Esta mañana han partido.

—Entonces no desesperemos aun,—contestó el rey con cierta confianza que brilló en su rostro.—¡Qué sabemos los peligros que esos tres jóvenes habrán tenido que salvar! ¡Y cómo es posible que ellos tengan poder para sujetar á su voluntad la fuerza de los vientos y la furia de las olas?

—Tiene razón V. M.,—contestó el duque;—esta mortal incertidumbre que nos consume... Pero ¡ah! —exclamó golpeándose la frente.

—¿Qué os sucede?

—Recuerdo una circunstancia.

—¿Cuál?

—El día que dí mis instrucciones á los cinco jóvenes, los tres destinados á América me dijeron estas palabras que conservo en mi memoria;—«*Si cumplido el término de dos meses no nos hemos presentado en nin—*

gún puerto de España, es señal de que hemos perecido; pero aguarde V. E. ocho días más, término infalible, con el cual sabreis el verdadero resultado de nuestra expedición».

—Entonces,—exclamó el rey,—no hay que perder la esperanza. El dicho de esos caballeros es para mí como una profecía.

—También recuerdo otra circunstancia,—prosiguió el duque.

—Decidla.

—En caso de que les ocurriese algún peligro, me ofrecieron echar al mar un gran número de cajas de lata, forradas de corcho, con el fin de que sobrenadasen, para comunicar por este medio la desgracia á que estuviesen expuestos.

—Esa precaución es muy importante,—dijo Eguía que hasta entonces había permanecido en silencio.—Debo, pues, decir que si bien hay fundamentos para temer, no los hay para desesperar. Una embarcación no puede medir las jornadas como se pueden medir en tierra; esto es muy sabido, y creo por lo tanto que sólo una incertidumbe mortal, hija de las grandes acciones que hay que vencer, es la que hace sufrir á V. M. y al señor duque.

—En efecto,—contestó Carlos más tranquilo.

—¡Oh! teneis razón; es una incertidumbre cruel que agita el corazón, arrebata el sueño y hace extremecer al menor ruído. Si no parecen ¿qué se diría de mi administración? Mis enemigos culparán al ministro

de todos los males de la monarquía, me echaran en cara abusos que no he cometido, me inculparán de faltas que tienen su origen en años ateriores, y como generalmente acontece no me harán ni la debida justicia ni los debidos cargos, cuando tenga que hacer patentes todos los actos de mi plan de gobierno.

—En cuanto á eso, vivid tranquilo,—dijo Carlos; —la confianza del rey os escuda y es lo suficiente.

—¡Oh! señor,—prosiguió Medinaceli;—la suma bondad de V. M. me envía palabras consoladoras que borran de mi corazón todos los temores que mis enemigos pudieran infundirme. Sé que merezco su confianza, y ésta es la mayor recompensa que puedo desear. Pero debiendo pagar á V. M. todos los beneficios que me prodiga, no encuentro otro medio sino anhelar el regreso de esos cuatro jovenes que deben traernos acaso un porvenir de gloria.

—Eso depende de Dios; confiemos, pués.

Eguía no escuchaba con complacencia aquel diálogo; pero sabía por práctica que muchas de estas conversaciones son precursoras de la caida de un ministro, y se consoló al punto, sin perder la ocasión de trabajar en favor de sus tenebrosas maquinaciones.

—En cuanto á la vuelta de los tres caballeros que marcharon á América,—dijo,—no encuentro nada de particular que se tarden, por las razones que dejo explicadas; pero sí me choca que no haya parecido el que fué destinado á los Paises-Bajos y al Luxemburgo.

—¡Quién! ¿El conde de Rivadelo?

—Justamente,—contestó Eguía sintiendo que su sangre corría á borbotones á estrellarse contra su corazón.

—Si no ha muerto, vendrá.

—¿Cuándo?

—Hoy, ó á más tardar mañana.

El consejero á pesar de su serenidad, sintió que le picaba todo el cuerpo.

—Es probable,—murmuró al mismo tiempo que se decía interiormente:

—Está visto: no se puede perder un instante.... Si el conde viene, todo se ha perdido.

—El conde de Rivadelo,—prosiguió Carlos,—es un valiente caballero, y léjos de haber perecido, habrá triunfado. Esa es mi convicción. Lo confieso; á pesar de que mi espíritu apenas tiene poder para concebir esas grandes luchas del esfuerzo humano, creo que esos cinco caballeros habrán salido triunfantes en las empresas que se les confiaron. A veces, y creedlo señores, á veces tiendo una ojeada sobre mi destino, y yo no sé por qué convicción profunda ó extraña inspiración los veo luchar delante de mí como los únicos paladines de la fidelidad, como las únicas esperanzas de mi vida y de mi reinado.

—Bien puede ser,—contestó Medinaceli,—pero estoy en el caso de amenguar esas esperanzas.

—¡Cómo!

—Debo hacer presente á V. M. que el alferez Albán

al dia inmediato de haber llegado á esta corte, se me presentó con una extraña solicitud.

—Ya creo haber dicho que es menester recompensarle,—dijo el rey.

—Lo que solicita es muy distinto de una recompensa.

—¡Qué decís, duque!

—El alferez Albán me ha pedido como único favor que le conceda V. M. el pase á uno de los regimientos de Italia con el fin de verter su sangre por su rey, luego que principie la guerra. En vano le hice algunas objeciones en contra de su proyecto; conocí que estaba decidido.

—Yo no puedo admitir semejante pretensión. El alferez Albán, como sus demás compañeros, formarán parte de mi servicio, mucho más cuando aquí en España tendremos que hacer dentro de poco.

—¿Alude V. M. á la invasión que piensan hacer los franceses en Cataluña?

—Sí.

—He recibido noticias algún tanto alarmantes,—dijo Medinaceli.

—Contadlas,—replicó el rey haciendo un esfuerzo sobre sí mismo.

—Ya consta á V. M. que en la memoria presentada en el Haya por el embajador de Luis XIV se pretende por éste una especie de indemnización, porque no se le ha querido entregar el Luxemburgo. Quiere la posesión de las ciudades de Courtray y Dixmuda

con todo el territorio que les corresponden, ó bien un equivalente en Navarra ó Cataluña.

—Sí,—contestó Cárlos quedando en su habitual indolencia.

—El equivalente es gran parte de la Cerdanía y todo el territorio que se extiende hasta Gerona, ó bien por el lado de Navarra las ciudades de Pamplona y Fuenterrabía con los lugares y villas que le son anejos.

—Bien, todo eso lo sé,—replicó el rey levantando la cabeza con dignidad;—el rey de Francia sabe que yo no puedo consentir en esa desmembración sin degradar mi nombre y sin envilecer la España. ¡Oh! así se lo he manifestado; así se lo he escrito por medio de mis embajadores; pero Luis XIV escudado con su fuerza no reconoce otro derecho que la ley de la espada. Antes me arrancarán la corona á pedazos, ántes pisotearán mi cadáver, que consentir en ese deshonroso tratado. Las naciones de Europa espantadas por el miedo, no levantarán el grito en favor de una causa justa, santa y legítima; Dios para poner á prueba este desgraciado país, le mandará estos y otros azotes; pero quiero sucumbir en las ruinas sin manchar mi nombre, antes que firmar mi afrenta y mi eterno remordimiento con autorizar esa infame usurpación.

Carlos al pronunciar estas palabras se había ido enardeciendo, sus ojos naturalmente lánguidos brillaron de pronto como un relámpago de indignación que dió una imponente belleza á su semblante; se levantó

magestuosamente y los colores de un furor heróico aparecieron en su mejillas.

¡Ah! ¡cuán poco había de durar aquella chispa de genio!

Por un momento su rostro y su cuerpo se estremecieron con fuerza convulsiva; después una palidez intensa inundó su fisonomía; de sus ojos brotaron dos lágrimas, y en seguida cayó de nuevo en su asiento, sin fuerzas y sin acción.

Los dos espectadores de esta escena dolorosa guardaron un silencio profundo.

Después de un largo rato de quietud, Carlos volvió á mirar á los dos cortesanos.

—Me he enardecido,—dijo con lentitud; —lo conozco: hay afrentas tan grandes que hacen morder al ser más pacífico, y esta que Luis XIV pretende gravar en mi frente es intolerable. En las críticas circunstancias que atravesamos, veo que una tercera guerra encendida en el interior de la España, puede atraernos dobles males; pero yo no debo permitir un abuso, un robo, una desmembración escandalosa. Por lo tanto es menester pelear.

Medinaceli se puso pálido como la muerte.

—¿Con que está vuestra Magestad por la guerra?

—Lo estoy.

—Y yo también; pero ¡Dios mío! ¿dónde hallar recursos? ¿dónde encontrar soldados?

—Confiad en la Providencia.

—Yo nunca pierdo la esperanza, señor,—contestó

el ministro con dignidad.—Yo repugno ese manifiesto insultante con el que se nos quiere obligar á un tratado oneroso que en el sentir de su autor es imposible; pues si hubiera sabido que nos íbamos á conformar, mayores fueran sus exijencias. Pide lo que no podemos conceder, y lo que sabe Luis XIV que no podemos darle; buscando por nuestra negativa un motivo al parecer justo y plausible para declararnos la guerra. Esta es la verdad, señor. A estas horas tiene Francia hechos los preparativos de la campaña; el mariscal de Belfonds, reune en las inmediaciones de Bayona, un cuerpo de ejército para penetrar por Roncesvalles, mientras Crillon se dispone para entrar por Cataluña.

—¿Esas son las últimas noticias?

—Sí, señor.

Carlos afectaba estar tranquilo; pero Eguía que conocía profundamente el corazón del rey, calculó lo mucho que sufría.

—Este maldito duque va á desbaratar mis proyectos con esas noticias;— se dijo interiormente mordiéndose los labios —Es menester buscar un medio para concluir esta conferencia.

Trascurrido algún tiempo, con una silenciosa perplejidad, en el cual apareció en el rostro de Carlos todo el tormento que devoraba su alma exclamó:

—¡Con que la guerra es inevitable! ¡Con que hemos de sostener esta tercera lucha, sin que se reconozca la justicia de nuestro derecho!

—Así parece,—murmuró el duque inclinando la cabeza.

Carlos enmudeció abrumado por todo el peso de la fatalidad, y cerró los ojos como horrorizado del abismo que tenia delante.

Eguía aprovechó aquellos momentos para trabajar en sus planes.

—Señor duque,—dijo acercándose en términos que el rey no pudiera oirlo;—S. M. se encuentra muy fatigado como conocereis; ese cúmulo de noticias desastrosas que le estais refiriendo, comprimen de tal modo su espíritu, que es facil pueda sobrevenirle un mal. Sería lo más conveniente que concluyéseis la audiencia con cualquier motivo.

—Teneis razón, Eguía; pero ya conocereis que mi deber.... .

—¡Ah! sí; pero la salud del rey es primero.

—¿Qué hablais?—preguntó Carlos levantando la cabeza.

—Señor,—replicó Eguía sin desconcertarse.—Me decía el duque que tenía que despachar mil asuntos y esperaba que V. M. le concediese permiso para retirarse.

Medinaceli oyó con enfado aquella aparente oeciosidad; pero no le pareció prudente desmentirla.

—¿Con que me dejais duque?—preguntó el rey.

—Sólo espero que V. M. autorice mi marcha.

—!Oh! sí: podeis retiraros.

El duque se inclinó.

—Escuchad,—prosiguió Carlos;—os ruego encarecidamente que me aviseis á cualquier hora del día ó de la noche, luego que tengais noticia de los cuatro jóvenes que estamos esperando.

—Complaceré en un todo á V. M.

—En cuanto á lo de Cataluña...

El rey se detuvo.

—Señor,—exclamó Eguía al notar la incertidumbre de su amo;—el duque tiene suficiente talento para oponer los medios más convenientes, con el fin de contener el mal. Todavía no se ha declarado la guerra y acaso...

—No, Eguía,—contestó Carlos volviendo á erguir su cabeza con dignidad.—No estamos en el caso de que nos declaren la guerra, sino declararla nosotros. Dios está al lado de la justicia; la justicia es de España; pobres ó ricos, mi deber es no consentir esta violación escandalosa. Señor duque, que hoy mismo se declare la guerra á la Francia.

Tan noble fué el ademán del rey, que Medinaceli inclinó la cabeza en ademán de obedecer.

De allí á poco salió, y Eguía quedó al lado de Carlos como un demonio encarnado dispuesto á infundirle los sentimientos más funestos.

CAPITULO VIII

El genio del mal

Depués de aquel momento de entusiasmo en que daba una orden suprema á su primer ministro, el rey cayó en la postración que demostraba su carácter pusilánime.

Apoyó un codo en uno de los brazos del sillón, y su cabeza se inclinó con pesadez sobre una mano.

El consejero, inmóvil y mirando al rey con cierta piedad no muy cristiana, esperó que pasase aquel período doloroso, y sin pensar en los horrores que había descrito Medinaceli, solo se ocupó en disponer una de esas introducciones de sonoras palabras que le eran tan peculiares, y con las cuales predisponía del ánimo del monarca á su antojo.

La péndola do un reloj marcaba con su constante movimiento la marcha de los instantes, y aquel soni-

do, único que alteraba la quietud de la cámara real, estallaba periódicamente como un golpe estridente y monótono.

Así pasó media hora.

Eguía calculó por último que debía romper un silencio tan dilatado; y aunque era una falta de etiqueta hablar antes que el monarca, no temió alterar aquella regla en virtud á que en la sencilla frase que había encontrado para principiar el diálogo, encerraba un interés que podía dispensarle de su atrevimiento.

—¿Está indispuesto V. M.?—se aventuró á decir con timidez.

Carlos levantó la cabeza como si le sorprendiese la voz que acababa de escuchar.

—¡Ah! ¿eres tú? Ignoraba que estuvieses á mi lado.

—Señor,—contestó el cortesano en tono sentimental;—yo siempre estoy al lado de mi rey, aunque éste no fije en mí su mirada. Siempre colocado de centinela para velar por su tranquilidad y descanso, soy como un perro fiel que á todas partes le sigo.

—Conozco tu adhesión.

—En las actuales circunstancias no es mi adhesión sola la que me obliga á sentir. Mi alma se entristece viendo cómo turban lentamente los momentos felices de V. M.: cómo ahogan, acaso con temores exagerados, los generosos sentimientos de su corazón. No quiere bien á V. M. quien lejos de distraerle le pinta un

cúmulo de desgracias las más lejanas y tal vez las más irrealizables que se presenten en su reinado.

—¡Qué dices! —exclamó el rey mirándolo con asombro.

—Lo que como súbdito leal no debo ocultar á mi rey. Os veo, señor, postrado bajo el peso de plomo de quiméricas incertidumbres; estudio en silencio los fatales efectos que producen en vuestro interior los dolorosos cuadros que os pintan con la mejor buena fé, pero cuyos resultados alteran notablemente la salud de V. M., y esto no lo puedo consentir. El pensamiento libre y vigoroso de un rey nunca debe decaer en la postración por grandes que sean los vaivenes de los acontecimientos; el alma debe elevarse á otras regiones; dejar que la responsabilidad pese sobre el ministro inmediato, y él, joven, ardiente y apasionado, lanzarse á esos ejercicios caballerescos de la caza ó de la guerra, del amor ó del entusiasmo. ¡Ah! ¿se ha olvidado V. M. que el aire de una habitación marchita y seca el corazón del hombre?... ¿Que un palacio es á veces un sepulcro? ¿Que un libro mata el pensamiento más bien que lo desarrolla? ¡Oh! Yo os veo, señor, caer abatido, cuando la sonrisa de la juventud asoma á vuestros labios; veo que el grave cargo de los negocios os abruma demasiado y os hace olvidar lo que debeis á vuestra persona; que habeis abandonado el ejercicio corporal, tan conveniente á la salud, por dedicaros á la gobernación del reino... No es mi ánimo combatir esta conducta, pero quiero reclamar

para V. M. más desahogo, más tranquilidad. Los exagerados temores del duque de Medinaceli...

—¡Exagerados!

—Sí, señor, es una palabra que no retiro. Los exagerados temores del duque de Medinaceli vienen á marchitar vuestra alegría, á aplacar vuestros deseos, á entorpecer vuestras acciones, y lo diré por último, á matar vuestros sentimientos.

—¡Ah! no digas eso; el duque es un súbdito leal.

—Dios me libre de decir lo contrario. Es un gran ministro, pero padece de aprensiones.

—¿De aprensiones?

—Así lo creo.

—¿Luego dudas en la posibilidad de la guerra de Cataluña?

—No dudo, pero la veo muy distante.

—¿Sí?

—Sí, señor.

—Eso es un error. ¿No has oido mi orden?

—¿Y qué? V. M. para reunir un ejército en Cataluña necesita tiempo. El rey de Francia, á pesar de tener numerosos soldados, necesita tiempo también. Por lo tanto me afirmo en mi opinión. Contando con ese tiempo, puede cambiar el aspecto de los negocios; pueden revivir los amortiguados ánimos de los españoles; podemos encontrar dinero y con él arrancar de la fatal postración en que yacen al comercio, á la industria y la agricultura. Además una guerra nacional no es temible, pues aunque todas sean derrotas siem.

pre se triunfa, puesto que el espíritu de independencia del país concluye por vencer á los mismos vencedores; una guerra es conveniente muchas veces, pues con ella suele desarrollarse un germen de fecundidad. Ya debe conocer V. M. que no hay motivos para que se aflija y le aflijan con nuevas espectativas.

—Pero tampoco hay motivos para que me alegre.

—En eso estamos conformes.

Semejantes las palabras de Eguía á los rayos del sol cuando vivifica á la mustia planta abatida por el frío, así cayeron sobre el rey para volverle la animación que había perdido á causa de los temores pasados.

—¡Ah! —murmuró Carlos respirando con fuerza, después de un rato.

—¡Qué es eso? Veo que V. M. se anima.

—Estoy más tranquilo, Eguía; tus palabras me hacen respirar con mayor energía.

—Me alegro, señor. Eso indica que sabeis sobreponeros á las pinturas tristes.

—Es que mi espíritu sucumbe, no de inercia, sino de dolor.

—¿Pero ya felizmente han pasado los temores de vuestra magestad?

—Los temores no pasan, porque existe la causa que los produce. La guerra es inminente.

—¡Oh! no lo dudo, pero será ventajosa.

—¿Lo crees así?

—Me figuro que lo he dicho á V. M. anteriormente.

—Siempre esa opinión será un consuelo, pero no una prueba.

—Las pruebas no se pueden dar en un asunto que está por venir, pero tenemos las lecciones en lo pasado.

—¿Para qué?—preguntó Carlos con asombro.

—Para aprender.

El rey inclinó la cabeza.

—¡Ah! tienes razón,—dijo tristemente.

—V. M. debe conocer que la experiencia es la madre de todas las cosas útiles; es un libro viejo donde todo se aprende.

—Es verdad.

—Además, solo los hombres desengañados pueden leer en él. La experiencia es la filosofía de los años. Conocedor de ella, veo con dolor que V. M. se consume devorado por fantasmas que no existen.

Los ojos de Eguía brillaron en aquel momento con siniestro resplandor.

—Dar al tiempo lo que es del tiempo,—contestó con fingida ingenuidad.

—No comprendo bien.

—Entonces me explicaré mejor. V. M. es un joven, muy joven aun.

—¿Y qué?

—V. M. no ha llegado á la edad de los desengaños.

—Pero he llegado á la edad de la desgracia. La desgracia es una experiencia anticipada, un libro que

enseña lo que la imaginación apenas se atreve á sondear.

—Convengo en ello: pero el corazón humano, y mucho más el corazón de un rey, debe hacerse superior á estos accidentes de la vida. Sería menguado el espíritu si sucumbiese en esa primera lucha que se entabla con el destino, al entrar por las puertas de la juventud.

—¿Y qué he de hacer para resistir estos embates de la existencia? —preguntó el candoroso Carlos.

De nuevo volvieron á brillar los ojos de Eguía.

—¿Qué ha de hacer V. M.?

—Sí.

—La cosa es muy clara.

—Dila.

—Todo se halla resumido en esta palabra: —*Divertirse.*

—¡Divertirme! Esa es tu tarea de siempre.

—Y lo será mientras V. M. se digne dispensarme su confianza.

La respiración del rey principió á agitarse notablemente.

—Bien... ¿Pero cómo?... Ya pasó la época de los bailes.

—Todo no está encerrado en esto. Yo no propongo á V. M. una diversión material.

—¿Pues de qué modo?

—Una diversión que halague al alma, que ensanche el corazón, que destruya las preocupaciones que le dominan.

—¡Ah! te comprendo.

—¿Me entiende V. M.?

—Sí; pero eso es. . imposible.

—Señor esa palabra no existe para un rey.

—Pero existe para mi conciencia.

El consejero se mordió los lábios; con toda la astucia de su infernal estrategia había separado á Carlos de los temores que le infundiera la conversación que acababa de tener con el duque, y principiaba á engolfarlo en el abismo de otras ideas más groseras.

La pobre víctima se defendía torpemente de aquel sagaz enemigo.

El diálogo continuó, pues el rey sentía un vago deseo en su corazón que lo impulsaba á marchar adelante.

—V. M.,—dijo Eguía,—no conoce lo que le conviene. Dios me guarde de marcarle una senda en con tra de sus deberes, pero Dios me libre también de ser uno de esos mudos cortesanos que se plegan á los caprichos, sin comprender ó sin pensar en los perjuicios que puede acarrear su culpable condescendencia.

—¿Luego me aconsejas una cosa que te parece saludable?

—Sí, señor.

—¿Y por qué lo crees así?

—Por la única razón de que mis años, mis estudios y mis observaciones me lo han demostrado. Coloque V. M. dos flores de igual hermosura, una encerrada en una habitación sin aire y sin sol, y otra ex-

puesta á las influencias de la naturaleza. La que parece más guardada y más conservada, palidecerá al instante, perderá su explendor, mientras su compañera multiplicará su belleza extraordinariamente.

—¡Oh! es cierto.

—Pues bien, la flor escondida es V. M. Escoja, pues.

—¿Y qué debo escojer?

—La nueva vida que le presento. Una vida llena de novelescas aventuras, de amores...

—¡Oh! ¿vuelves á hablarme de lo mismo?

—¿Y por qué no?

—Pero eso es irrealizable. Ya conocerás que he hecho más de lo que debía. Expuse á un pobre padre á la desesperación.

—A quién, ¿á don Fernando de Ponza?

—Sí.

—La bondad del corazón de V. M. es muy grande. Lo que desea el comendador es que galanteeis á su hija.

—¿De veras?

—Es como lo digo. Los hombres fingimos más de lo que debemos.

—Lo conozco.

—Por esta razón espera.

—¿Y qué espera?

—Que V. M. se haga dueño del corazón de Enriqueta.

—¡Oh! No me hables de ella. Aun me extremezco cuando recuerdo su hermosura.

Carlos se levantó atosigado por las palabras del implacable consejero, y principió á pasearse por la cámara. La imágen seductora de la infeliz Enriqueta se le presentaba como un ángel ardiente, como una visión de fuego.

Eguía conoció lo que pasaba en el corazón de su amo y se dispuso á no ceder hasta conseguirlo todo.

—Observo que V. M. se engaña á si mismo,—dijo pausadamente. ¿Por qué esa incertidumbre? ¿Por qué ese temor?

—¡Ah! déjame; yo no debo pensar en ese sueño.

—Eso es un error.

—¿Por qué?

—Porque ella piensa en V. M.

—¡Ella! —gritó Cárlos poniéndose la mano en el corazón para contener sus latidos.—¡Ella piensa en mí! ¿Luego sabe que yo?.... ¡Oh! Eguía, me estás asesinando.... ¡Cómo es posible, cuando solo la noche del baile le dije lo que me pasaba, y ella me tomó por otro!

—¿Y qué? V. M. no conoce el corazón de las mujeres.

—Pero tenía otro amante según comprendí.

—Un amante vulgar no puede compararse con un rey.

—No es vulgar; es....

—Ya lo sé.... El conde de Rivadelo, mejor dicho el capitán Brun.

—¡Y me lo dices así! El conde de Rivadelo es dig

no de toda mi consideración. Yo no puedo robarle un corazón que es suyo.

—Señor, —exclamó Eguía, atacando de nuevo aquel obstáculo. Eso es un ercrúpulo de la edad media. Los reyes no están sujetos á estas consideraciones. El conde os sirve y vos lo recompensais. Nada más hay por medio.

—Sí; pero me cuesta trabajo...

—Bien; quiero admitir esta generosidad de vuestra majestad.; pero mediando como media la circunstancia de que Enriqueta se acuerda más de vos que del conde, nada hay que hablar. Si hay alguna falta es por parte de ella.

—Pero ¡Dios mio!—murmuró el rey pálido de emoción;—¿es cierto que ella se acuerda de mí?

—No lo dude V. M.

—¡Oh! Esto es más de lo que yo había imaginado.

—¡Cómo! ¿Hasta ahí habían alcanzado vuestras ilusiones?

—Si me atreví á avanzar á más, lo deseché como una quimera.

Eguía desplegó una equívoca sonrisa que alarmó la sensibilidad de Carlos. En aquella sonrisa le pareció descubrir una esperanza llena de perfumes y deseos.

—V. M. es muy candoroso,—dijo componiéndose la gola de encaje que le adornaba.

—Pues qué, ¿debo pensar en otra cosa?

—¿Quién lo duda?

—¡Ah! me haces temblar. Yo no sé lo que me sucede, que mi corazón se estremece sin querer. Escucha; desde el día que ví á Enriqueta en su coche la amé y la adoré con frenesí... Mi timidez ha sido más superior que mis deseos, y tú quedaste para facilitarme la entrada por la puerta de la felicidad. ¿Qué hay, pués, habla?

—Que esa puerta está abierta para cuando vuestra majestad guste pasar por ella.

El rey oyó aquellas palabras sintiendo un extremecimiento nervioso, hijo de una voluptuosidad tímida candorosa y cuajada de extrañas ilusiones. Su respiración apenas pudo salir por un momento y cerró los ojos como si luchase con sus terrores de niño y sus deseos de hombre.

—¡Qué estás diciendo!

—La verdad,—contestó Eguía regocijado, viendo que iba á triunfar por último.

—¡Oh! Apenas acierto á creer... ¿Con que puedo aspirar á todos los favores?

—A todos.

Carlos imdulsado ya, más bien por el instinto que por el corazón, desplegó una sonrisa insensata.

—Vencí,—se dijo Eguía por último.

Era consiguiente que se transfigurara la naturaleza del rey. Su timidez, su delicadeza, sus escrúpulos, todo había cambiado de forma al funesto aliento de aquel hombre fatal. Brillaba en él ese primer esplendor de una esperanza carnal que ennegrece la frente

y marchita el rostro con un colorido medio lívido, medio sangriento. Seducido, embriagado con un aroma amoroso, dejaba escapar sus hasta allí comprimidos sentimientos, manifestando ese deseo salvaje de la naturaleza, donde sólo estaba representada la ansiedad, pero nunca el amor.

El plan de Eguía era embrutecer el espíritu en un lago de deleites; enervarlo en los brazos de una cortesana; perderlo bajo la suave presión de unos besos impuros. El rey cayó en el lazo con la candidez del niño, y puesto que le ponían en la mano la copa de los placeres, era preciso apurarla.

—Estoy medio loco, Eguía,—murmuró Carlos;—he olvidado á la reina... y sin embargo, ningún remordimiento fatiga mi corazón.

—Vuestra majestad no ha olvidado á la reina, cumple sólo con un deber, pues aunque parece repugnante la senda que se le presenta, es la verdadera para romper las cadenas que le oprimen.

—¡Oh! así lo comprendo, y por eso sigo adelante. Pero dejemos cosas que pueden entristecer. Háblame de Enriqueta, de ese sueño de mi vida, de esa esperanza que creía irrealizable, de esa mujer que poco á poco ha ido conquistando un imperio casi absoluto sobre mi corazón.

—¿Qué quiere V. M. que le diga sino que le espera?

—¡Cómo que me espera!—gritó el rey volviéndose á él repentinamente.

—No hay cosa más natural.

—¿A dónde?

—En su casa.

—¡Pero cómo, cuando yo no le he mandado ningún recado?

—Yo he sido quien he facilitado los medios.

—¡Oh! me estás haciendo delirar. ¿Lo sabe su padre?

—Es probable, pero no parece iniciado en el asunto.

—¿Y cuándo me espera?

—Mañana á la noche.

—¿A qué hora?

—A las doce en punto.

El rey cayó jadeante en su sillón no pudiendo sostenerse en pie. Estaba tan cercana aquella suprema ventura y era tan grande su timidez, que exclamó:

—¡Oh! no puedo... no puedo... No tendré valor.

Eguía arrugó ligeramente el entrecejo.

—¡Cómo no puede V. M.!—dijo mirándole fijamente.

—Me faltarán las fuerzas... ¡Oh! Enriqueta... Enriqueta...

—¿Retrocedería ahora V. M.?

—No: tampoco me determino á ello.

—Dejaos llevar por los acontecimientos.

—Bien.

—Ellos os harán tocar en la más suprema de las dichas.

—¡Ah!

—Todo se reduce á un poco de serenidad. Los que no están avezados á esta clase de aventuras, tiemblan. Los hombres prácticos, se ríen.

—¿Y qué debo hacer?

—En primer lugar concurrir á la cita.

—¿Y cómo salir del palacio?

—Muy fácilmente. Por la escalera secreta del padre de V. M.

—¿Y si la reina lo sabe?

—No lo sabrá.

—¿Por qué me lo aseguras?

—Porque la duquesa de Terranova no permite que S. M. se acueste tarde.

—Bien; pues supongamos que salimos á la calle.

—En la calle nada debemos temer.

—¿Y si nos descubren?

—¿Quién?

—Alguna ronda.

—Yo haría que no tropezásemos con ninguna.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor.

—Entonces corriente. Ya en la calle solo nos resta llegar á casa de Enriqueta.

—Justamente.

—¿A dónde me espera ella?

—En su habitación.

—¡Oh! ¡esto es la suma felicidad!—murmuró Carlos fuera de sí.—¡Con que en su habitación! Eguía; cada una de tus palabras son lenguas de fuego que se

me clavan en el pecho. ¡Es decir que ella se asomará á una ventana!..

—No, señor.

—¡Cómo que no!—preguntó el rey con seriedad.

—Os espera adentro.

—¡Ah! entonces no la veré.

—Sí, señor.

—¿Y cómo?

—Subireis por medio de una escala.

—¡Ay! ¡ay! eso es muy expuesto.

—Es una ascensión muy fácil.

—¿Estará la escala puesta?

—Sí, señor.

El rey tuvo que llevarse la mano al pecho para contener los latidos de su corazón; Eguía estaba lleno de placer.

—¡Oh! ¡quién había de creer esa felicidad! Vamos, tranquilízate, corazón,—exclamó Carlos oprimiéndose el suyo con trémulas manos.—No lo extrañes, Eguía; es mi primera aventura.

—No lo extraño, señor, y en prueba de ello yo serviré á V. M. hasta que lo deje al pie de la escala.

—Sí, sí; no me abandonarás.

—Regularmente, luego que trepeis al balcón de la joven,—observó el consejero,—os faltarán las palabras, pues la emoción será más grande que vuestra voluntad.

—¡Oh! sí. Este será un apuro.

—Y una ventaja.

—¿Por qué razón?

—Porque también la niña es muy corta de genio, querrá hablar; tal vez intente hacer alguna debil resistencia, por consideración al nombre que lleva, y al fin se desmayará ó fingirá desmayarse. Ya conocerá vuestra magestad cuántas ventajas se pueden sacar de una niña que se desmaya.

—¡Oh! es decir...

—Ya debe V. M. comprenderme.

—Sí, sí, te comprendo; pero eso será una violencia, pues me valdré de una circunstancia que me dejará la casualidad, no de la que me proporciona el amor.

—Señor, sois muy inocente,—contestó Eguía sonriéndose.—Ese desmayo es una estrategia femenina.

—¿De veras?

—Ninguna mujer concede de un golpe el sacrificio de su honor.

—¡Ah!

—Para evitar confesiones y ciertos escrúpulos, hijos de la situación, se adopta el medio de desmayarse; el hombre entonces libre para obrar, árbitro de una hermosura consagrada para él sólo, delante de un cuerpo inerte y lánguido que se doblega al soplo del amor como un clavel al beso de una brisa primaveral, obra por su propia cuenta, hasta que la dicha corona sus esfuerzos. Esta es la táctica que debe seguir vuestra magestad.

—Y en verdad que es una táctica admirable.

—¿Con que está dispuesto V. M.?

—Lo estoy.

—Os ruego que no retrocedais. Perdida esta ocasión acaso no se presentaría otra.

—No retrocederé,

El rey al cabo de un gran rato pudo hacerse superior á sus sentimientos.

—Vamos, he sido un niño, —murmuró;—he temblado, Eguía, he temblado; no se si de miedo ó de placer. ¡Oh! ¡quién había de pensar que mañana!....

—Sí, señor; mañana logrará V. M. lo que tanto ha deseado. Todo temor es inútil; el atrevimiento es el que corona estas aventuras con el éxto más glorioso; y vos, señor, rodeado con el prestigio de vuestro nombre y de vuestra fortuna, llevareis siempre la victoria por delante Acaso esta joven la eche de gazmoña; acaso quiera ablandaros con fingidas lágrimas. Esto es más agradable al fin de la lucha, pero al principio no haceis caso de ellas.

—Bien, seguiré tus consejos.

—No tema S. M. tampoco á la escala.

—Es que nunca he subido por ellas

—Es decir, que mañana á la noche os daré la primera lección, De este modo se desarrollará vuestra fuerza; habrá energía en vuestra voluntad, poder en vuestros deseos; salvareis de un golpe esa barrera de preocupaciones que hasta aquí han rodeado á V. M., y dentro de poco tiempo podreis regir vuestro reino. Dejad en tanto al duque de Medinaceli que lleve á cabo los grandes proyectos que se esperan en la vuel-

ta de esos jóvenes. Vos tendreis vuestro aprendizaje en la escuela del amor. Después pasareis á practicar el ejercicio de la caza, como un simulacro de la vida activa y enérgica que debeis seguir; se desarrollará en vuestro cuerpo la sabia fecunda de vuestros antepasados, y tal vez lleguéis á inmortalizaros como Cárlos V en las batallas y Felipe II en el consejo.

Aquel pérfido lenguaje hirió todas las fibras del rey; se estremeció de entusiasmo como el caballo al oir el clarín del combate; pero aquel entusiasmo era un rayo falaz sin luz propia que lo vivificase

—¡Oh! me mueves á la vida,—exclamó,—solo temo en estas cosas faltar á la reina.

—No hay falta cuando los fines son saludables.

—Ese consejo lo he oido algunas veces en los labios de mi confesor.

—Es un axioma antiquísimo. ¿Está contento V. M.?

—Sí.

—¿Espero que no retrocedereis?

—¡Retroceder yo!.... Amo mucho á Enriqueta. Pero es preciso que la corte no sepa nada; pues si mi esposa trasluciese algo, sufriría mucho.

—Descuide V. M. Nadie será testigo de lo que vamos á hacer.

—Se me ocurre otra dificultad,—exclamó Cárlos llevándose el dedo á la frente.

—¿Cuál?

—¿Estás seguro que el comendador no se meterá en nada? Ese hombre me aterroriza.....

—Seguro

—Entonces hasta mañana á la noche,—dijo el rey.—Necesito descansar. Tantas emociones me han fatigado.....

—¿A qué hora debo venir?

—A las diez.

Carlos se levantó para dirigirse á sus habitaciones interiores. Eguía le acompañó hasta la puerta.

S. M. desapareció con el rostro lleno de una insensata alegría y el corazón impregnado de una esperanza voluptuosa.

—Lo que es ahora muy poco me queda para ser ministro,—dijo Eguía para sí, mirándose en un espejo.—Vencida la niña todo será fácil... me haré su intérprete y... ¡Oh! vamos á ver á la duquesa de Terranova.

CAPITULO IX

Fulgur Spei.

Casi al mismo tiempo que se iba estrechando el bloqueo en torno de la infortunada Enriqueta de Porzca, y á la misma hora que Eguía acababa de fascinar á Carlos II para robar de un modo infame el honor de una joven, un carruaje de excesivo lujo, tirado por dos magníficas mulas, corría á lo largo de la calle Mayor y penetraba en la de Santiago con una rapidez extraordinaria.

La pacífica y honrada muchedumbre que transitaba de una parte á otra, no acostumbraba á ver los coches correr con tanta velocidad, no dejó de lanzar una curiosa mirada al fondo del espacioso vehículo, descubriendo en él una dama reclinada tristemente.

La dama era muy hermosa, y aparentaba pertenecer á la alta grandeza por el modo que tenía de ir

cubierta con su manto de seda, entre cuyos pliegues parecía ocultarse.

Por último, el carruaje fué á detenerse precisamente en la puerta de la señora condesa de Bermellar.

El lacayo que ocupaba la trasera descendió con rapidez, llegó á una de las portezuelas, por la cual asomó una mano blanca y trémula, dejando caer un billete. Al mismo tiempo se oyó una voz pura y argentina que pronunciaba estas palabras:

—Para la señorita Elena de Gorbea.

El lacayo hizo una señal de respetuosa inteligencia y entró en el palacio de Bermellar.

Elena permanecía en su habitación, pues aun era muy de mañana para reunirse á la señora condesa, la cual en aquella hora acostumbraba ir á misa. Estaba devorada por una mortal inquietud, no solamente porque en aquel día se cumplían exactamente los dos meses de la partida de sus hermanos, sino porque también, y para complemento de su desgracia, acababa de recibir un recado de Luis, pidiéndole una última entrevista en la media noche del inmediato día.

La desgraciada niña estaba abrumada de dolor, cuando una doncella que tenía á su inmediato servicio penetró en la estancia con un papel en la mano.

—Señorita,—dijo al verla tan abatida.

—¿Qué hay?—preguntó Elena alzando la cabeza.

—Un lacayo acaba de entregarme este billete para que lo ponga en sus manos.

La joven se extremeció creyendo que aquel papel tendría alguna relación con sus sentimientos, y se apresuró á desdoblarlo.

La mano de una mujer había trazado estos mal seguros renglones con perfiles delicados.

—«Señorita: teniendo un inmenso interés en ha»blar con vos tan solo un momento, espero seréis tan »bondadosa que me concedereis el honor de pasar á »veros reservadamente.

»Aguarda vuestra contestación en la puerta de »esta casa, quien desea ofreceros su amistad y su res»peto

Diana de Clerambaut».

Elena no supo explicarse lo que aquella carta significaba; conservaba una vaga idea de haber oído el nombre de la dama que la firmaba, pero no sabía ni podía adivinar el objeto de una visita tan misteriosa. Sin embargo, estaba en el deber de acceder á la petición que se le hacía, y no titubeó en decir á su camarera estas palabras:

—Decid á quien os ha entregado este billete, que su señora puede pasar cuando guste á mi habitación.

La sirvienta salió rápidamente, y Elena, después de haberse cubierto con un manto, corrió á recibir á la desconocida dama que encontró en la escalera.

Era la vez primera que ambas se habían visto, y no pudieron dejar de admirarse de sus respectivas hermosuras.

El rostro de Diana estaba impregnado de melancolía y dolor como el de Elena; había en sus ojos el incierto brillo de algunas lágrimas rebeldes que hacían esfuerzos por salir afuera, y que la mariscala devoraba como una ofrenda de su padecer. Las dos leyeron en sus rostros todo un poema de sufrimientos, todo un mundo de desolación. Pálidas, como esas estátuas de alabastro que representan los dolores de las hijas de Niove, parecieron comprenderse á primera vista.

Y en efecto, hay ciertos sentimientos simpáticos que se unen al punto que se encuentran, sin necesidad de expresar con palabras lo que se dicen por medio de rápidas afecciones.

Elena tendió la mano á la mariscala, como si fuese una amiga antigua, y sin que ninguna de las dos pronunciase una palabra llegaron á las habitaciones de la primera.

—Perdonad,—dijo Diana cayendo en un sillón;—acaso os parezca extraña mi visita, pero he querido arrostrar la vergüenza de venir á veros, más bien que luchar á solas con mi incertidumbre.

—Cualquiera que haya sido vuestro pensamiento al pisar esta casa, no debe causaros sonrojo de ninguguna clase. Mi mayor deseo será el complaceros.

—¡Oh! sois muy bondadosa y me dais la confianza que me faltaba,—contestó la mariscala dejando caer su manto.

Las dos jóvenes se miraron de nuevo, esparciendo

por sus labios una trémula sonrisa. Después de un instante de silencio.

—Y bien, señora,—preguntó Elena para vencer de un todo la timidez de la dama desconocida,—¿en qué puedo serviros? Sabed que cifraré mi ventura en acceder á lo que me demandeis.

—Así lo creo. Vuestro rostro, espejo fiel del alma, me revela vuestra suma bondad. Acaso os choque el motivo de mi venida, porque no todos comprenden lo que sufre un corazón, aunque en la apariencia se presente tranquilo.

—Sea cualquiera la causa que os induce á expresaros de este modo, yo respeto y casi adivino lo que quereis decirme...

—¡Ah!—exclamó Diana juntado las manos;—vengo á saber noticias de vuestro hermano.

—¡De mi hermano!—contestó Elena extremeciéndose;—no tengo ninguna.

—¡Dios mío!—Hoy hace justamente dos meses que partieron para América.

—¿Lo sabeis?

—Sí, señora; y sé también que hoy es el día que señalaron para su regreso.

Diana no pudo ocultar dos lágrimas que brotaron de sus ojos. Sabedora de la terrible persecución que habían sufrido, creía más bien en la muerte de los tres aventureros que en el milagro de su vuelta.

—¿Por qué llorais?—preguntó Elena temblando.—¿Sabeis acaso alguna noticia fatal?

—No; pero interesada vivamente por la felicidad de Martín, no he podido menos de venir á informarme de vos.

Elena conoció que en el corazón de aquella mujer existía un sentimiento mucho más poderoso que una afección de amistad.

—¡Ah! señora,—contestó tambien derramando lágrimas,—no puedo dejar de agradeceros ese dolor que os aflige, con respecto al destino de mi hermano. Cada momento que transcurre, cada rumor que suena, cada minuto que se desliza, cada hora que pasa, son nuevos tormentos que vienen á posarse en mi corazón. Es un martirio anticipado que no puedo resistir, pero que lo ansío con todas las fuerzas de mi alma. ¡Oh! ¿qué será de mi pobre hermano?

Diana, á pesar de haber perdido la esperanza, no quiso apagar los últimos resplandores de la que alimentaba á la joven.

—¡Qué sabemos!—murmuró.—¡Acaso aparezca hoy en Madrid! Acaso los vientos, las tempestades ú otros peligros lo hayan detenido en el Océano.

—¿Y qué otros peligros puede haber?—preguntó Elena fijándose en esta última frase de la mariscala.

—¡Oh! ¿ignorais que el mar está cuajado de piratas?

Y al decir esto, la marca de la desesperación se pintaba en su semblante, como si éste revelase lo mucho que padecía

—Señora,—esclamó Elena,—yo no sé que es lo que descubro en vuestas palabras que me hacen tem-

blar. Acaso la compasión sella vuestros labios y me dejais flotar en un caos de incertidumbre á cada cual más horribles. ¡Oh! si es así, descorred de una vez el velo que oculta á mis ojos el fondo de una verdad siniestra. Decidme lo que ha sido de mi hermano...

—¿Cómo quereis que os lo diga, cuando yo vengo á preguntaros?

—¡Dios mio; y que puedo yo deciros!

—Ya lo veo; es una doble desesperación; una agonía anticipada; un dolor irresistible. Dispensadme que me exprese así. Conocí á vuestro hermano cuando ya se habia lanzado á esa senda de peligrosas aventuras.... ¡Oh! ¡yo tambien estaba colocada en el camino de la fatalidad, y no me era dado retroceder!... Sin embargo, si él hubiese querido.....

Aquellas obscuras frases eran un compendio de amor que Diana no podía ocultar.

—¿Con que tanto os interesa mi hermano? —pregunto Elena.

—¡Oh! mucho Había entre los dos una simpatía inestinguible. Seré franca con vos, señorita. Conocí á vuestro hermano y le amé. Encadenada á un destino maldito, tenía que olvidarlo todo para dedicarme á la única pasión que se engendraba en mi alma. Gloria, honor, porvenir, todo lo desprecié por él, porque él era para mí más que los vanos oropeles del mundo. Había sido ambiciosa y maldije la ambición; me había comprometido en asuntos políticos y odié la política; me había dejado conducir por un huracán y me

detuve. No temí á la muerte, ni á los peligros de mi posición, porque toda mi alma se resumió en Martín. Acaso os canse con esta relación, pero nosotras las mujeres no sabemos disfrazar nuestros sentimientos. Hacemos gala de la verdad, con un orgullo que nos halaga. Supe el viaje que iba á emprender, y no os ocultaré tampoco que en este viaje jugaba su existencia por un fanatismo, más bien por una exijencia del honor. La noche de su marcha lo salvé de un peligro á costa de mi vida; pues hay en mi carácter tal fuerza de voluntad, tal enerjía, que muchos hombres quisieran tener semejantes dones He pasado dos meses llenos de dolor, de esperanzas é incertidumbres; cualquier rumor ha producido en mi pecho una tempestad de sentimientos encontrados, y desde el fondo de mi casa he contado las horas, los días y los meses con mortal inquietud. Hoy que es el día de la fatalidad ó de la ventura, no he podido contenerme y he venido á voros. Tal vez os afecte con la rudeza de mis confesiones, pero quiero más bien exponerme á vuestro desprecio que seguir sufriendo en la soledad los mayores tormentos de la vida.

Diana estaba hermosísima al acabar de esplicarse de aquella manera. Elena se arrojó en sus brazos confundiendo sus lágrimas con las de la mariscala, pues ella tambien sentía la misma inquietud. Eran dos esperanzas perdidas en un abismo de dolores.

—¡Oh! yo tambien sé lo que es sufrir... yo tambien sé lo que es amar. Bendita sea la hora en que habeis

llegado á esta casa, pues me habais hecho comprender que es más grande resistir los padecimientos humanos que dejarse abatir por ellos. ¡Oh! Ya que he tenido la dicha de conoceros, unámonos para llorar juntas, en caso que no parezca mi hermano. Nos serviremos de apoyo para no caer.

—Sí, acepto vuestra oferta; lloraremos juntas, pero esperemos aún.

—¿Aguardais algo?

—Espero algunas noticias. Colocada en una posición estraña á mi sexo, falto á ella por mi amor; se que estoy espiada, perseguida por agentes misteriosos, pues mi conducta ha hecho sospechar que falto á mis deberes..... Poco me importa. Tengo celosos encargados en la mayor parte de los puertos de España, y ellos me avisarán de lo que ocurra.

—¿Entonces cómo podré saber?...

—Escuchadme, Elena; acaso sea difícil que nos volvamos á ver en algún tiempo; pues como os acabo de decir, me celan y me espían. Este es el abismo de mi existencia. Me expondría á morir si diese motivo de una sospecha, y ved aquí la razón por lo que vengo hasta disfrazada en este instante. Dispensad que no descorra el tupido velo que envuelve mi vida. Acaso algún día..... si vuelve vuestro hermano..... ¡Oh! veo que me he separado de lo que os iba á decir. Si la fortuna ó la desgracia me trae alguna noticia que pueda interesaros, os buscaré.

—¿Y cómo si estais espiada segun decís?

—Atropellaré por todo. Vendré á veros de noche.

—¿De noche?

—Sí.

—¿De qué modo? Las puertas de esta casa se cierran temprano, y entonces seríais más conocida cuando las abrieran.

—Poco importa; las puertas no hacen al caso. Cuando vuelva á visitaros vendré vestida de hombre.

—Pero ¡Dios mío! no esponeros por mí.

—Es preciso. Quiero romper la cadena que oprime mi destino. Martín es el único que puede salvarme. Si, desgraciadamente su viaje tiene un término fatal. el mío será breve y pronto. Sin él no quiero nada en el mundo: esta es mi determinación.

—Me aterran vuestras palabras.

—En efecto, hay en ellas un mar de misterios malditos. Elena, —prosiguió la mariscala poniéndose en pié, y acercándose á la trémula joven que la miraba con asombro. —Sois la hermana del hombre que más adoro en la tierra, y no temo en deciros ciertas palabras que jamás han salido de mis labios. ¿Veis este anillo?

—Sí, —contestó.

La mariscala enseñó una flor de lis de brillantes engarzada en un círculo de oro, la miró con cierto terror instintivo y practicó un movimiento como si el rico anillo le quemase no solamente el dedo donde estaba colocado, sino la mano donde estaba el dedo.

—¡Oh! aquí teneis un talisman desventurado: este

es el amuleto de la fatalidad; el eslabón de la desgracia. Este anillo pierde á vuestro hermano, nos hunde á todos en un abismo, nos arroja á un volcan.

Los ojos de Diana estraviados por el resplandor de una llama sombría, quedaron fijos é inmóviles contemplando la terrible alhaja.

Elena no comprendía, pero temblaba.

—Este anillo,—prosiguió la mariscala,—resume todos los secretos de mi vida; marchita todas mis más dulces esperanzas; me hace caminar por el borde de un precipicio. Solo vuestro hermano puede romperlo. Pero os estoy hablando sin que me comprendais. Apareceré para vos como una mujer extraña, tal vez como una loca... El amor tiene la culpa. Quiero vivir para amar; pero esta vida que ansío la veo cubierta de negras nubes. Ved, pues, si debo desear la vuelta de Martín.

Elena quedó aterrada, pero la bondad de su corazón la condujo á consolar á aquella mujer desgraciada. Además quería sondear por medio del abismo de contradicciones que había visto brotar de los labios de Diana.

—Me habeis asombrado, me hablais de esa alhaja como de un instrumento de perdición para mi hermano.

—Lo es.

—¿Entonces cómo es que aguardais su vuelta?

—Confío en su valor; en ese heroismo invencible que domina su alma Esta es mi única esperanza. Solo corazones como el de vuestro hermano pueden resistir la fuerza misteriosa de este anillo.

—¡Ah! ya adivino Hay una lucha terrible. He oído hablar de un hombre que siempre está opuesto á los planes de mi hermano y sus amigos. A ese hombre lo he visto una sola vez... y me extremezco cuando su imagen pasa por mi memoria.

—Sé de quien hablais.

—¿Lo sabeis?

—Sí; ese hombre es el esclavo de este anillo.

—¡Luego entonces vos!...

—¡Oh! yo... yo. Callad; yo soy un angel caído de un infierno.

Aquella revelación era terrible. Elena apenas podía respirar.

—¡Dios mío! —murmuró; —tened compasión de mi hermano.

—Sí, sí; rogad al cielo porque vuelva; yo también me arrastro al pie de un altar todas las noches para implorar su regreso á la Divina Providencia; yo también lloro con la fuerza de la desesperación una esperanza tal vez perdida. Pero dejemos esto. Estamos ultrajando al cielo acaso en el momento en que tiende una mirada compasiva hacia dos mujeres desventuradas. He llenado vuestra alma de terror, porque me he expresado de un modo brusco, como las circunstancias que nos rodean... ¡Ah! culpad sólo á mi infortunio.

Elena tendió hacia su nueva amiga una mirada dolorosa.

—No me extraña vuestra desesperación, —dijo casi

sosteniéndola sobre su pecho; —me extraña tan sólo vuestro lenguaje.

—Dichosa vos que no le comprendeis.

—Por lo demás, siento hacia vos un cariño sincero, una compasión inmensa. Amais á mi hermano, y este es un vínculo que me une á vos y me hace participar de vuestros dolores y sufrimientos. Cualquiera que sea la historia de vuestra existencia; cualquiera que sea la fatalidad que os impulsa, compartirla conmigo; yo os ayudaré á hacer frente á ese cúmulo de tempestades que no nos es dado destruir. Yo también soy desgraciada como vos; tengo misterios que devorar y sonrisas que fingir. Ya veis que no estais sóla en la senda de los padecimientos humanos.

—¿Con que vos también sufrís?

—También sufro, tambien lloro.

—¡Oh! Dios nos une por dos caminos; por el amor y por la desgracia.

—Sí; solo nos restan algunas horas de esperanza, y es menester sufrirlas con dignidad, —murmuró Elena con entrecortada voz; —esperemos que trascurran, como se esperaba la llegada de una tormenta. Acaso de un momento á otro, ya que teneis tanta fe en el valor de mi hermano, lo veamos aparecer, y entonces todo cambiará.

—En efecto, esperemos; yo por mi parte vuelvo á mi casa con el objeto de aguardar noticias. Si hoy recibo algunas, vendré á veros esta noche; sino, luego que las tenga.

—¿Y qué he de hacer yo?

—Esperarme en esta misma habitación. Las sombras deben ocultar mis movimientos. Si os traigo una noticia feliz romperé el pacto que me liga á este anillo fatal. Entonces si vuestra felicidad puede pender de mi mano, yo la traeré sobre vuestro corazón como una prenda de reconocimiento y de gratitud. Si por desgracia la noticia es triste y desconsoladora, uniremos nuestro destino como dos infortunios que se juntan para no separarse jamás. Adios, Elena; mi permanencia se va haciendo peligrosa y debo alejarme de vos. Perdonad á una mujer desventurada que ha venido por vez primera á ofreceros su corazón destrozado y una amistad sin límites. Yo soy así. Envuelta en sombras y claridad; angel y demonio quiero perder estas dos aureolas para ser únicamente de vuestro hermano. En esto cifro mi ventura.

—Dios quiera que lo consigais. Pero antes de retiraros repetidme vuestro nombre, para que lo conserve como un dulce recuerdo de amistad.

La mariscala no titubeó en pronunciarlo.

—¿Qué deseais más? -preguntó por último.

—Deseo vuestro cariño y vuestros recuerdos, —contestó Elena abrazándola.

—Serán vuestros constantemente. No olvidaros de lo que os he dicho.

—Lo grabaré en mi memoria.

—Acaso esta noche ó mañana nos veamos. Entraré en vuestra habitación por una escala.

—¿Y cómo he de saber vuestra visita?

—Ya buscaré algún medio. ¡Ah! no dejeis de esperarme.

—Bien, os aguardaré desde esta misma noche.

—Sí. Adios, Elena.

—Adios, Diana.

Las dos mujeres unieron sus labios y mezclaron sus lágrimas por un momento.

La mariscala se desvió de aquel cariñoso lazo, y cubriéndose con el manto salió con velocidad. Después de un momento el estrépito del carruaje indicó que se alejaba de aquel sitio.

CAPITULO X

Las dos escalas

Pasó aquel día entre la impaciencia y el temor. Ni el capitán Brun ni los tres jóvenes que habían marchado á América vinieron á alterar las intrigas de unos, la inquietud de otros y el dolor de los más interesados.

Con el día siguiente se renovaron las esperanzas; pero todo fué muriendo á medida que las horas trascurrían.

De este modo llegó la terrible noche en que Eguía iba á conducir al rey á la habitación de Enriqueta de Ponzoa.

Con la astucia y sagacidad que le caracterizaba instruyó á Lesmes perfectamente; este llevó á la hija del comendador una segunda carta, en la cual se señalaba la entrevista del falso amante á las doce de la

noche, y la pobre Enriqueta, agena de la trama que se seguía aguardó entre una mezcla de terror y placer el momento supremo de dar el último adios al idolatrado conde de Rivadelo.

A las ocho de la noche Lesmes recibió la postrera consigna en casa de la duquesa de Terranova.

Todo estaba preparado. Eguía marchó á palacio; el portero se retiró al zaguán de la casa del comendador y se puso á acechar por la regilla del postigo; Enriqueta se retiró más temprano á sus habitaciones, y esperó la hora para dejar caer la escala que le había sido entregada. Temblaba de emoción y de alegría.

La calle de Santiago estaba solitaria. Una oscuridad profunda ocultaba sus tortuosos ángulos y confundía la fachada de los edificios. Algunas nubes volaban por el cielo, empañando la brillantez de las estrellas; solo algunos mugidos del aire se dejaban oir por entre las encrucijadas de las esquinas inmediatas.

Se advertían dos balcones por los cuales salían los resplandores de las luces. El uno era perteneciente al palacio de Bermellar, el otro correspondía á la casa de don Fernando de Ponzoa. ¡Contraste sin igual! En el uno aguardaba Enriqueta la dicha de ver á su amante. En el otro esperaba Elena la noticia de una desgracia y la hora en que Luis debía entrar en su habitación con el fin de despedirse de ella para siempre. ¡Qué abismo había entre aquellos dos corazones!

Casi al mismo tiempo que en las primeras horas de la noche se disponían unos y otros para ver cum-

plidos sus deseos, y cuando contaban en los latidos de su corazón la pesada carrera de las horas, entraban por la eminencia donde hoy se levanta la puerta de Alcalá, dos hombres montados en sus correspondientes caballos.

Iban despacio como si el cansancio los abrumase; caminaban envueltos en sus capas y sombreros, y no era facil distinguir sus figuras perdidas en la oscuridad.

El que marchaba á la derecha se distinguia por cierta superioridad que le separaba de su compañero. Ninguna persona encontraban en su tránsito, y mientras atravesaban los campos incultos que existían antes de llegar al Prado de San Gerónimo, podían hablar y entenderse sin que ningún profano oído llegase á escucharlos.

Hé aquí el diálogo que principiaron:

—Juan,—dijo la voz del que iba á la derecha.

—¡Oh! ¡oh! —contestó el otro;—aquí estoy á la orden de su señoría.

—Calla, imbécil; quisiera arrancarme los bigotes de coraje.

—¿Por qué, señor?

—Porque he faltado á mi palabra. ¡Ah! Por tu culpa he perdido venticuatro horas. Te empeñaste en economizar dinero no comprando los caballos que nos hacían falta, y el resultado es... ¡Oh! no sé como te dejo que entres pacíficamente en Madrid.

—¡Pero señor conde!...

—Pero señor diablo.

—Es que mi deber es economizar. En caso de haber falta, los caballos serán los culpables. Me parece que venir de Luxemburgo en unos ocho días es más de lo que debísteis pensar.

Este diálogo que se repetía por la vigésima vez entre los dos pasajeros, dará una idea á nuestros lectores sobre quienes eran los que á tales horas y en tan críticos momentos llegaban á Madrid.

Eran, pues, el capitán Brun y su inseparable mayordomo Juan Palomino.

Después de una breve pausa, preludio bonancible de que la conversación iba á continuar con más tranquildad, se le oyó decir al primero.

—Al fin y al cabo por más que rabie ya no hay remedio. He faltado á mi promesa, si es que se puede considerar como una falta un retraso de veinticuatro horas

—¡Qué disparate, señor!—contestó el bueno de Palomino, que tocaba el término de dos meses de peligros con el corazón lleno de alegría.—¡Falta cuando hemos corrido como unos desesperados! Al fin vos estais acostumbrados á cabalgar, ¡pero yo!... ¡yo que solo me había montado en la grupa del libro de caja para sumar las partidas de ingreso!... Y luego después, peligros en todas partes, puñales en todos los pueblos, pistoletazos en todos los caminos, asaltos en las posadas, miedos y recelos de todas las personas... ¡Oh! esto no es vivir.

—Pero de todo hemos salido perfectamente.

—Eso sí, vive Dios; os habeis portado como un caballero de la mesa redonda, y creo que S. M.....

— Chitón; no hables tan alto: vamos á entrar en la villa y no conviene hablar demasiado.

Palomino hizo un movimiento como si se tragase algunas palabras que le quedaban por decir; pero variando de parecer á causa de una idea que acababa de cruzar por su imaginación.

—¡Ah!—murmuró por último;—los consejos de la ancianidad son dignos de ser atendidos, señor. Ahora que regresamos al hogar doméstico, después de una expedición peligrosa, bueno es que os dediqueis al cuidado de vuestros bienes, al fomento de vuestro caudal, y dejeis estas aventuras á otra clase de hombres que pretendan medrar entre las estocadas y los pistoletazos. Vos estais llamado á otro destino. Vuestra posición, vuestra fama y vuestra nobleza, os brindan un descanso apacible y una quietud encantadora, consumiendo las rentas que os dejaron vuestros padres. Yo, en vez de correr en posta, pondré la administración de vuestra casa en un estado brillante, y creo que de este modo lograremos pasar una vida feliz y sosegada.

—Eres admirable para describir cuadros familiares, Palomino,—contestó el capitán;—confieso que á veces me arrastran y deslumbran, pero mi deber se antepone á tus deseos. Solo una circunstancia pudiera hacerme aceptar tus ideas.

—¿Cuál, señor?—contestó el mayordomo con ansiedad.

—¡Cuál!—replicó el conde repitiendo maquinalmente aquella palabra.—¿Te has olvidado que estoy enamorado?

—¡Ah!

—Y que solo en el caso de que pudiera casarme?...

—Eso, eso;—repitió Palomino con entusiasmo;—compredo lo que quereis decirme.

—¿Sólo entonces me consagraría á esa vida que me describes?

—¿Y por qué no os casais? Un señor de vuestro rango encuentra todos los caminos expeditos.

—¡Por qué no me caso! Pues no sabes...

El conde se detuvo; un pensamiento sombrío acababa de cruzar por su imaginación.

—¿Qué os ha pasado, señor?—preguntó Palomino.

—¡Oh! nada... Pensaba en ella.

—¿En qué *ella?* porque dicho aquí para los dos yo os he conocido muchas ellas.

—Enriqueta de Ponzoa.

—¡Bah! Y es eso lo que os entristece? Os prometo que mañana iré á visitarla; le anunciaré vuestro regreso, aunque se opongan todos los monos y todas las dueñas que guardan aquella maldita casa, y hasta le hablaré de vuestro pensamiento sobre contraer matrimonio...

—¿Estás dado al diablo?

—¡Oh! no, señor. Ya vereis, ya vereis la que voy

á armar. Vuestra adorada se aterrará á la última frase de mi peroración; le explicaré las probabilidades de una boda entre vos y ella; vendrán las dueñas, el comendador y todo el mundo, y después de discutir, alborotar y suplicar, cerraré las condiciones del tratado matrimonial con las debidas solemnidades.

—¡Pero hombre! ¡yo no te he autorizado!...

—¿Y qué? Yo quiero que seais feliz; que dejeis para siempre estas malditas aventuras; que os dediqueis á pensar en lo que os conviene, y sobre todo quiero que os caseis. ¡Oh! ¿no será una dicha ver á los futuros y venideros condesitos, chillar, llorar, jugar y correr detrás del viejo Juan Palomino? ¿No será una ventura veros al lado de una joven, noble como vos, hermosa, tierna y compasiva, visitando vuestros estados en vez de dejar el pellejo en estas endiabladas expediciones?

—Te estoy dejando delirar,—contestó el capitán,—Todo eso es imposible.

—¡Imposible!—gritó el mayordomo con el acento del terror.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque Enriqueta de Ponzoa no es para mí.

—¡Diablo! ¿pues no os ama?

—Mucho.

—¿Y vos á ella?

—También.

—Entonces no comprendo....

—¡Ah! no necesita el asunto muchas explicaciones.

Enriqueta está destinada á ser monja, y acaso á estas horas haya entrado en un convento.

Palomino se golpeó la frente con rabia.

—¡Maldita circunstancia! Pero tal vez no haya profesado todavía.

—No puede haberlo hecho. Ha trascurrido poco tiempo.

—Entonces...

—Entonces, —repitió el conde con acento melancólico y como si pretendiese desechar un pensamiento terrible.—Entonces sería capaz de romper las puertas del convento, llegar á su celda, arrancarla de la soledad del claustro y huir con ella á paises donde nadie pudiese turbar nuestra felicidad.

—¿Y la Inquisición?

—Poco me importa.

—¡Pero huir otra vez! Señor, estoy en contra de los viajes.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Dejarlo todo á mi cuenta. Mañana me presento solemnemente á pedir al comendador la mano de su hija.

—Te echará á puntapies por las escaleras.

—Respetará la representación de que voy investido. Nada de medidas extremas. Yo encuentro en los guarismos la solución de todas las cosas como vos la encontrais en la punta de su espada. Así que presente al señor de Ponzoa una fila de números que figuren una dote de ciento ó doscientos mil escudos, capitulará más que de prisa.

—¿Pero estás decidido á llevar adelante ese proyecto?

—Lo estoy. Yo espero que no os opondreis.

—¡Oponerme yo! Todo al contrario; te autorizo para que lo lleves adelante.

Palomino sacudió la lengua en tales términos que formó dos ó tres chasquidos con ella en tanto que penetraban por las oscuras calles de la capital.

Después de algunos momentos de silencio llegaron á la Puerta del Sol. Todo estaba desierto.

El conde se detuvo.

—¿Por qué os parais? —preguntó Palomino.

—Voy á echar pie á tierra,—contestó el capitán.

—¿Pues no vamos á casa?

—Tú sí irás. Yo voy á dirigirme á palacio.

—Ya es muy tarde; las puertas estarán cerradas.

—Entonces me dirigiré á la calle de Santiago para saber lo que ha sido de Enriqueta durante los dos meses de nuestra ausencia.

—También es tarde.

—No importa. Mi amor y mi impaciencia es superior á todo.

—¿Con que es cosa hecha?

—¿Qué?

—Lo del casamiento.

—¡Oh! sí. Estoy decidido. Espérame en casa y hablaremos cuando regrese á ella.

Juan Palomino tomó las riendas del caballo de su amo, y después de algunas indicaciones pacíficas, que

le parecieron oportunas, se dirigió por la calle de la Montera, mientras la gallarda figura del conde se perdía en el tenebroso fondo de las calles.

Todo aquel que de regreso de una arriesgada expedición vuelve á pisar el suelo de su país natal, y espera ver á las personas más amadas, sabe lo que se experimenta y lo que pasa en el corazón.

El capitán Brun, más bien que el ir á palacio pensó dirigirse á la calle de Santiago para ver si por medio de alguna circunstancia imprevista lograba saber algo de Enriqueta ó inquirir algo de su destino. Su pecho se agitaba entre el temor y la esperanza, y apenas si tenía aliento para respirar.

¡Oh! era tan inmenso su amor, había tanta incertidnmbre en su alma, que se extremecia bajo la impresión de cualquiera idea funesta.

De pronto se detuvo. Oyó la campana de un reloj que tocaba las once de la noche. El impaciente amante maldijo aquella hora importuna y tardía, y casi estuvo á pique de retroceder y dejar para el siguiente día la visita ó el reconccimiento que iba á practicar.

Con todo, una fuerza imperiosa, una voluntad más grande que su razón, le hizo avanzar. Siempre queda en el alma un resto de esperanza que no se disipa hasta que se ha tocado realmente el desengaño.

La noche iba perdiendo en aquel instante algo de su oscuridad. Asomaban por el Oriente los primeros y pálidos resplandores de una luna menguante, bañándose las torres y los aleros de los tejados de un

débil reflejo que iba presentando los extensos perfiles de las calles, y aun de la corte entera, como si los iluminase una luz fantástica.

De este modo llegó á la deseada calle de Santiago.

Sus ojos buscaron inmediatamente la casa del comendador. Su corazón latió con violencia extraordinaria, pues descubrió un balcón abierto por el cual salía el resplandor de una luz.

Aquel balcón pertenecía á las habitaciones que ocupaba su amada... ¡Oh! la fortuna le favorecía. Tal vez encontraría algún medio para hacer notar su llegada.

En dos saltos atravesó la calle y se detuvo en la puerta del comendador. Percibía una cosa pendiente del barandajo, pero la emoción, la inquietud y la esperanza, no le permitieron fijar su vista en aquel extraños objeto.

Ya iba á dirigirse á otro punto para ver si podía lograr su deseo, cuando notó que una mano le tocaba en un hombro.

El conde era hombre de valor, y en vez de atribuir á un prodigio semejante suceso, se volvió rápidamente para ver de adonde provenía el osado brazo que parecía llamarlo ó detenerlo.

—¡Chitón! —dijo una voz en aquel momento.

El capitán conoció que tanto la voz que había sonado, como la mano que le tocara en el hombro, acababan de salir por un ventanillo practicado en la puerta de don Fernando de Ponzoa.

Esta aventura tan singular é inesperada, que en otra circunstancia hubiera castigado el conde de una manera escandalosa, le pareció del mejor agüero para informarse de Enriqueta... Obedeció la orden y se acercó más.

Entonces distinguió la fisonomía de un hombre al lado interior del ventanillo. Era el portero Lesmes, que por una de esas casualidades que parecen providencias, había tomado al verdadero capitán por el que esperaba.

—Chitón, -volvió á decir el portero;—¿No sois el conde Bermellar?

Este asombrado con tal pregunta, creyó que el cielo le deparaba aquella suerte que no sabía esplicarse y no titubeó en contestar.

—Sí, yo soy.

—Habeis venido más temprano de lo que yo creía... No son las doce,—prosiguió Lesmes.

—¿Y qué?

—Que la señorita Enriqueta no estará aun prevenida.

El capitán hubiera lanzado un grito de extremada alegría.....

—¡Con que me está esperando? ¡Dios mío! ¡Esto es para volverse loco! ¿Quién os ha dicho?.. Vaya, vaya... esperad. Me habeis sorprendido del modo más agradable que podia imaginarme y apenas puedo coordinar las ideas.

—Todos los enamorados son así,—contestó el porte-

ro filosóficamente.—¿Habeis olvidado la comisión que disteis á vuestro amigo antes de vuestra llegada?

—¡A mi amigo!

—Sí.....

—Este hombre me hace delirar.

—Veo que habeis perdido la memoria. Pero yo os ayudaré á recuperarla.

El capitán temblaba de sorpresa y emoción; eran tan violentas las peripecias de aquella aventura, que creyó estaba soñando.

—Bien, entendámonos,—dijo al portero.—¿Con que un amigo avisó mi llegada? ¡Ah! Ya caigo,—murmuró para sí;—habrá sido algún buen oficio de mis compañeros que habrán regresado á Madrid antes que yo.

Esta idea le tranquilizó. ¿Y qué otra más natural podía ocurrírsele?

Lesmes contestó afirmativamente.

—¿Y quién es ese amigo? ¿Le conoceis?

—Es un bravo capitán de granaderos.

—¡Ah! ya comprendo. Proseguid.

—El fué quien me entregó la carta.

—¿Qué carta?—volvió á preguntar el conde con el mayor asombro.

—La que vos le escribisteis á la señorita desde el extranjero.

—¡Yo!

—Vos. ¿Habeis vuelto á perder la memoria?

—No, no; es que la emoción me mata, amigo mío.

¡Amo tanto á la hija del comendador!.... Pero vos ¿quién sois?.... decid.

—El portero.

—¿Y me estáis esperando?

—Dale; ya os lo he dicho.

—¿Y también vuestra señorita?

—También.

—¡Oh! ¡oh! esto es una felicidad inconcebible..... Pero no; mis amigos lo han hecho todo.

—En efecto; teneis unos amigos excelentes.

—¿Luego son ellos?

—Sí.

—Vamos, señor portero, dispénseme; estoy loco de alegría. ¡Quién había de creer!.....

—Ya lo veis; todo lo ha vencido mi astucia y el deseo de complaceros,—contestó Lesmes.

—¿Con que sois vos al que debo estos favores?

—Justamente.

—Tomad, amigo, tomad.

—¿Qué me dais?

—Una corta muestra de mi gratitud.

Y el conde deslizó en la mano del portero una bolsa con monedas de plata.

—Gracias,—contestó Lesmes aceptando el galardón.

—Ahora lo que necesito,—prosiguió el conde;—es ver á vuestra señorita.

—Eso depende de vuestra mano.

—¡Cómo!

—¿Pues no está echada la escala?

—¡Qué escala!

—Toma; la que por ruegos vuestros entregué á la señorita Enriqueta.

—¡Eso también! —exclamó el conde estupefacto.

—También, —repitió Lesmes.

—¿Con que hay una escala?... ¡Oh! y ¡puedo subir á la habitación de Enriqueta!...

—Sí.

—¡Y ella me espera!

—Pues es claro.

—¡Oh! voy corriendo... ¡Dios mío, qué he hecho yo para merecer esta felicidad!

Y el capitán Brun se dispuso á correr. Lesmes conoció su intención y le dijo:

—¡Eh! señor capitán, deteneos un momento. Debo haceros algunas observaciones.

—Habla pronto.

—Cuidado con el señor comendador. ¡Si él supiera algo!..

—No temas. Yo te protegeré en un caso.

—Os advierto también que aoecheis por la calle.

—No hay nadie.

Ya debeis conocer que ninguna persona debe enterarse de vuestra subida al cuarto de la señorita.

—¡Ah! descuidad.

El capitán que se hallaba encajonado bajo el dintel de la puerta, iba á terminar esta conversación, cuando distinguió un embozado que avanzó con paso

cauteloso, escudado por la sombra que producía el muro casi arruinado que formaba la acera contraria de la calle.

Mientras él saboreaba la más dulce de las ilusiones y la más grata de las esperanzas, el desconocido se situó en frente de los balcones del palacio de Bermellar, dió una palmada y al punto se asomó una joven.

El capitán se hizo cargo de esta escena, deseando que tuviese un término inmediato, pues su impaciencia iba creciendo como una marea.

La luna en aquel instante supremo, principió á asomar su pálida frente al través de los árboles que se elevaban al otro lado del muro, y sus trémulos rayos llenaron la escena de una tibia claridad.

Era evidente que los momentos debían aprovecharse.

El desconocido que se había presentado tan intempestivamente hizo algunas señas á la dama del balcón; esta deshizo un cordón de seda, y el capitán distinguió claramente que el embozado ató al cordón una escala, y en breve quedó esta sujeta al indicado balcón.

—Callad, no hagais ruído,—dijo el conde al portero.

—¿Qué pasa?—preguntó éste.

—Hay un hombre en la calle; se acerca á la casa y echa una escala.

—¿Entonces son dos escalas?

—En efecto; ahora distingo la que pende del balcón de Enriqueta. ¡Oh! voy á trepar por ella.

—Esperad un momento. Dejad que el desconocido suba por la suya; de otro modo nos expondríamos.

—Teneis razón, esperaré.

De allí á pocos momentos los ardiertes ojos del capitán notaron que el hombre aparecido principió á trepar por la escala del palacio de Bermellar.

—¡Oh! también es feliz. Allí arriba le espera el amor,—murmuró el conde frenético de placer.

El desconocido llegó al balcón y el conde vió abrazarse aquella pareja al parecer afortunada.

¡Pero qué distinto sentimiento se expresó en aquellas dos personas que se acababan de reunir!

—¡Diana!—exclamó Elena besando el rostro de su amiga.

—¡Oh! venid; la desgrcia nos persigue,—contestó la otra.

Las dos se escondieron al fondo de la habitación y no se acordaron de retirar la escala. ¡Tan grandes eran sus temores y desesperación!

Luego que el capitán se vió sólo en la calle, exclamó:

—Lo que es ahora me toca á mí.

—¿Es ya ocasión?—preguntó el portero.

—Sí.

—¡Oh! pues felicidad y ventura,—dijo Lesmes haciendo una significativa reverencia.

—Bendito seais, Dios mío,—exclamó al tiempo mismo que subía rápidamente;—vuestra providencia es más grande de lo que yo había creído hasta ahora.

¡Oh! Enriqueta, Enriqueta, pronto estaré á tus pies para decirte lo que te adoro.

Luego que llegó á lo alto recogió la escala y penetró resueltamente en aquella mansión sagrada que le franqueaba la fortuna.

La calle volvió á quedar solitaria, un reloj lejano tocó las doce de la noche, y al mismo tiempo aparecieron por el fondo dos hombres perfectamente encubiertos.

¡Eran el rey y don Gerónimo Eguía!

CAPITULO XI

En el que no se sabe si será monja ó si será casada.

El conde de Rivadelo cayó á los pies de Enriqueta no comprendiendo aun el modo con que había logrado aquella impensada felicidad.

La joven se hallaba tan conmovida que apenas tuvo aliento para hacer á su amado una señal de prudencia con el fin de no causar ningún ruido

Sus miradas, sus actitudes, sus corazones, sus entrecortados suspiros, revelaban lo grande de aquella escena providencial. Usamos de esta palabra porque es así. Enriqueta estaba libre y su honor no sería manchado.

Después que fueron calmándose las primeras sensaciones, luego que se tranquilizaron de la emoción que habían sentido, acudieron las palabras á los labios para revelar lo que sufrían y gozaban en aquellos supremos momentos.

—¡Enriqueta! —exclamó el conde besando la orla de su vestido,

—¡Oh! alzad,—murmuró ésta, mirándolo con asombro y cariño.—Yo no se como he tenido valor para consentir en esta peligrosa entrevista. Pero es la última vez y debo aceptarla.

Un suspiro doloroso se escapó de los labios de la joven.

—¡Por la última vez! —repitió Rivadelo con el acento de la desesperación y mirando á Enriqueta con el gesto de la duda.

—Sí; ¿olvidais que mi porvenir es un convento; que ese porvenir está delante de mis ojos y que mañana tal vez sea arrancada de este mundo, para ir á perecer en el fondo de un claustro?

—¡Oh! —exclamó el conde lanzando un rugido; —no, no. Eso es imposible Yo no puedo consentir que vuestra voluntad sea violentada hasta ese extremo. Dios me ha librado de los peligros de una espedición arriesgada, para que venga á la hora suprema de vuestra salvación.

—¡Dios mio! bajad la voz. No os exalteis de ese modo, —dijo la joven juntando sus manos.

—Os obedeceré,—contestó el capitán Brun, resignándose ante aquel dolor. Por un momento me he dejado arrastrar por un miedo irrealizable. ¡Oh! no creo que vuestro padre sea tan cruel que pretenda vestiros con un traje que profanaríais, sino con una pasión material, á lo menos con un extravío del pensamiento.

En los escasos instantes que he podido hablar con vos, he comprendido que erais víctima de un fanatismo religioso, ó de una preocupación insensata. Pero me considero con derechos para salvaros de ese abismo.

—¿Qué vais á hacer?

—Enriqueta, acabo de llegar del corazón de la Europa, y mi primer pensamiento ha sido venir á veros. Una idea santa, un objeto supremo, una determinación irrevocable ha guiado mis pasos. Sí, es verdad, como no dudo que he sabido inspiraros un amor puro y duradero como nuestra existencia; si me amais con esa abnegación profunda que siento aquí en mi corazón, de una manera indeleble; si es que soy digno de que depositeis en mí vuestra fé y vuestra confianza, quiero que me deis una prueba más.

—Y bien, ¿qué exigís de mí? Todo lo he arrostrado por vos. Os he admitido en mi habitación en el silencio de la noche de un modo en que mi honra pudiera sufrir mucho.

—Es un sacrificio que no olvidaré jamás. Pero ya que estamos en el crítico instante de decidir sobre nuestra suerte, sobre nuestro porvenir, sobre nuestras esperanzas, es menester que nos entendamos.

—Hablad, pues,—respondió la joven subyugada, por aquel acento varonil.

—Enriqueta; contestadme en nombre de Dios. ¿Quereis ser monja?

La pobre niña se estremeció á esta pregunta. Una palidez repentina cubrió la ligera púrpura que enro-

jecía su semblante desde que entró el conde. Quiso hacer un esfuerzo, pero el pudor cerró sus labios.

—¡Ah! respondedme,—instó el capitán.—Vuestro corazón es incapaz de engañar.

—No quiero ser monja,—dijo por último inclinando la cabeza.

—Pues no lo sereis, os lo juro.

—Debo obedecer á mi padre.

—Entonces no me amais. Al consultar vuestras inclinaciones, no he tenido más pensamiento que arrancaros de una opresion indigna, para haceros mi esposa. No tembleis, Enriqueta, al escuchar esta palabra. Mi afan no es otro sino investiros con el sagrado título que Dios concede á los que se aman como nosotros. Ha llegado el instante y es menester obrar. De lo contrario os perdería para siempre y nuestra desesperación sería eterna. ¡Oh! no. En valde hubiera corrido en ocho dias multitud de leguas con el fin de arrancaros de la tiranía que pesa sobre vos. Mi nombre, mi título y mi fortuna, son bastantes para escudaros contra la insensata preocupación de vuestro padre, si este por desgracia intenta oponerse á nuestros proyectos.

Enriqueta cayó anonadada en su asiento; el capitán estrechó las manos de su amada entre las suyas.

—¡Oh! no guardeis silencio,—prosiguió el capitán casi delirante.—La noche nos hace traición; las horas que trascurren nos roban preciosos momentos que debemos aprovechar Enriqueta... ¿Quereis ser mi esposa?

—Dejadme, dejadme,—contestó repeliéndolo dulcemente.—¡Qué puedo yo deciros! La voluntad de mi padre es invencible y no tengo otro porvenir sino el convento que me aguarda. ¡A qué pensar en esas fugaces ilusiones que destrozan el corazón y el espíritu! No pensemos sino en darnos el último adios... El adios de la despedida. Sea este el perfume de nuestro pensamiento que se remonta al cielo... En él nos volveremos á ver.

El acento doloroso de Enriqueta, sus lágrimas, su actitud, revelaban la lucha de su interior. Consideraba casi omnipotente la voluntad de su padre, y apenas se atrevía á fijar su atención en la atrevida y dulce esperanza que acababa de presentarle el conde de Rivadelo.

Este inclinó la cabeza cuando conoció lo que pasaba en aquel corazón.

Todo había sido brusco, repentino, inesperado. Era menester dar lugar á la reflexión, luz de vida y de consuelo en medio de aquel océano tenebroso.

Los dos jóvenes se volvieron á mirar como implorando cada cual menos dureza en la suerte, más grandeza en el alma y menos obstinación en el destino,

—Lo veo,—murmuró por último el capitán;—vos no me amais. Eso que habeis sentido por mí ha sido una ilusión rápida y deslumbradora de vuestra vida. Nada más. Yo venía soñando en la felicidad, y solo he encontrado el desengaño. ¡Humo ligero arrastrado por el viento de la desdicha! ¡Ah! perdonadme, Enri-

queta. Me quejo delante de vos porque me ahogaría si enmudeciese. Hay momentos que el lenguaje es el único desahogo del dolor.

—¡Oh! ¿y qué quereis que os diga? —preguntó la joven mirando la hermosa fisonomía de su amante, con los ojos arrasados en lágrimas. ¡Qué puedo decir y hacer cuando me arrastrarán á la fuerza al pie del altar!

—Enriqueta, —replicó el capitán, —decidme si quereis ser mi esposa...

—Quisiera serlo si Dios...

—¡Oh! callad; comprendo el estado de vuestra alma. Yo os juro por ese cielo que se descubre desde aquí, tachonado de estrellas, por esa luna que se eleva desde el fondo del horizonte, por esos astros que coronan la obra del Omnipotente, que no sereis de nadie sino mía.

—¡Oh! ¿qué vais á hacer?

—Voy á presentarme á vuestro padre. Si este no quiere atender mis súplicas acudiré al rey...

—¡Al rey! —replicó Enriqueta. —No, no; ya sabeis lo que pasó la noche del baile de la marquesa de Vi-Villouraz.

—Entonces, sino encuentro una voz que atienda á mi voz, romperemos las trabas que nos unen á la sociedad, os arrebataré de esta casa donde se consume vuestra vida entre el temor y el rigorismo, y huiremos á cualquier parte... ¿Y á qué huir? Corramos á un templo donde un sacerdote bendiga nuestro amor,

y desde allí os conduciré á mi castillo de Rivadelo que estará dispuesto para recibiros. Es preciso que seais mi esposa.

—La sublime exaltación del joven caballero se comunicó á su adorada por medio de esos rayos invisibles que existen entre los seres que se aman. Se miraron con la efervescencia del delirio, y sostenidos por aquel porvenir encontraron la calma que hasta allí les había faltado.

—Pero Dios mío,—murmuró Enriqueta,—esa determinación pudiera acarrearos la desgracia ó la fatalidad... Dependeis del rey.

—¿Y qué? Le he servido y me ha recompensado. Mi brazo será suyo, pero mi corazón á nadie pertenece sino á vos.

—¿Acaso os opongais?...

—Nada os cause temor; estoy decidido á todo. Si desgraciadamente hubiéseis entrado en un convento antes de mi regreso, pensaba penetrar en él á viva fuerza, escalar sus muros, romper sus puertas y recorrer sus crugías hasta llegar cerca de vos.

—¡Oh!

—Hubiera hecho más, aunque la Inquisición tratara de oponerse...

—No, no; me haceis temblar, conde.

—¿Es decir que estais decidida á no entrar en el convento?

—Lo estoy, sí. Pero si me obligan tendré que sucumbir.

—No llegará ese caso. Yo creo que vuestro padre no desatenderá la súplica de un caballero, y mucho menos de un hombre que os adora con toda la energía de su corazón.

—No os confieis.

—Dejadme siquiera que sueñe y goce en este momento. ¡Oh! Me habeis hecho concebir una felicidad sin límites, Enriqueta. Es esa sublime ilusión que se apodera del corazón de los bien aventurados, cuando meditan en otra dicha más dulce, en otras horas más apacibles. Si he tenido valor y energía para hacer frente á multitud de asesinos; si he podido salir triunfante de la arriesgada empresa que me fué encomendada, ha sido tan solo porque no he cesado de invocar vuestro nombre. El ha sido quien me ha defendido, y á vos debo mi sangre, mi corazón y mi existencia.

El capitán Brun, cada vez más ilusionado, cayó otra vez á los pies de su amada.

Hay en esas horas perfumadas de la noche, en ese solemne sueño de la naturaleza, un soplo de amor que reina sobre las almas apasionadas para envolverlas en una nube de goces y esperanzas, de delirios y perfumes.

Enriqueta se había olvidado hasta de sí misma Escuchaba aquél lenguaje como una casta armonía que el cielo le enviaba en medio de su abandono y soledad. Sus miradas iban á confundirse y á perderse en el golfo de luz que despedían los ojos de su amante. Estallaban sus suspiros y sus quejas como un blando

murmullo que se pierde en la lontananza del pensamiento.

Así se deslizaron los instantes.

La luna penetraba por el balcón abierto y prestaba sus trémulos rayos á una escena tan tierna y tan pura. Los dos amantes se comunicaban más bien con el lenguaje del alma que con el idioma vulgar, lo mucho que sufrían, lo mucho que esperaban y todo cuanto se prometían del porvenir.

Era un sueño delicioso que ninguno de los dos se atrevía á interrumpir.

Ya se habían dicho cuanto la ausencia y el temor les prohibiera decir anteriormente: habían formado un plan decisivo para su futura felicidad; se habían creado un castillo de ilusiones, y casi dormidos en sus proyectos sólo pensaban en devorarse con la vista.

Acaso les hubiese sorprendido la aurora en su inocente ocupación si al sonar la una en un reloj lejano no se hubiesen sentido precipitados pasos en la alcoba inmediata.

A tan inesperado ruido, Enriqueta quedó sobrecogida de terror, y el capitán se puso de pié.

—¡Dios mío! —exclamó por último la joven.—Nos van á sorprender... Huid... huid en nombre del cielo.

—No habrá tiempo tal vez...—dijo Brun precipitándose al balcón.

—Se acercan... ¡Oh! venid, venid. Ocultaos detrás de este cortinaje. No es posible vuestra evasión.

El capitán se dejó conducir, no por temor, sino

por no comprometer á su amada, y quedó envuelto entre los anchos pliegues del flotante damasco.

Apenas Enriqueta había tenido tiempo para sentarse, cuando entró la dueña que ya conocen nuestros lectores.

—¡Hola! ¡hola! ¿Qué es esto, señorita?—exclamó.—¡La una de la noche sin haberos acostado y con el balcón abierto! ¡Qué modo es este de alterar las reglas de la casa! ¡Jesús! ¿Quién había de pensar?..... Vamos, ¿qué estabais haciendo?

Enriqueta escuchó aquella reprensión no sabiendo si tendría fuerzas para contestar.

—Estaba mala,—murmuró sordamente.

—¿Y cómo es que no habeis llamado? Pero ¡Dios mío! ¡es verdad! ¡Estais pálida, temblando, y á todo esto con el balcón abierto! Voy á llamar á vuestro padre.

—No hagais tal, dueña mía. Me siento mejor y ya podré acostarme.

La dueña estaba terriblemente fea. Lanzaba miradas recelosas á todas partes, como dudando de lo que Enriqueta le decía, y lanzaba sordos refunfuños como si tratase de olfatear algo de la escena que había pasado anteriormente.

Aplacados sus recelos, se volvió á su señorita.

—Al fin y al cabo,—prosiguió aquella Medusa,—me alegro que esteis levantada.

—¿Por qué?—preguntó Enriqueta extremeciéndose.

—Habeis de saber, hija mía, que vuestro padre me

dió una orden para vos antes de que se acostara. Yo fuí á rezar mis devociones y eché en olvido el encargo. ¡Oh! el asunto es harto delicado, y ved la razón por lo que he venido.

—Y bien, ¿qué órden es esa?

—Que os dispongais para entrar mañana en el Sacramento.

La cortina se agitó violentamente.

Enriqueta no pudo contener un grito.

—¿Qué es eso?—prosiguió la dueña sorprendida. ¡Parece que os ha causado sensación la noticia! ¡Oh! no tengais cuidado, hija mía. Vais á ser el embeleso del convento. ¡Qué hermosa estareis con vuestros hábitos de novicia! Y luego después, ¡qué vida tan santa! ¡qué existencia tan tranquila!..... Os envidio esa felicidad.

—¡Con que mañana!—repitió Enriqueta no sabiendo lo que le pasaba.

—Sí; es la órden terminante de vuestro padre. Ya veo que os extasía la nueva, os devora la impaciencia. Más calma; no es menester que cruceis las manos y levanteis los ojos al cielo. Lo mejor que debeis hacer, ya que sabeis esta noticia, es que os acosteis y me aviseis si os repite la indisposición. Ante todo es preciso que eviteis el sereno de la noche..... Voy á cerrar el balcón.

La dueña se lanzó precipitadamente á ejecutar lo que acababa de decir.

Enriqueta no se acordó que la escala por donde

había subido el capitán estaba arrollada sobre el barandaje del balcón.

La dueña fijó los ojos en aquel objeto no sabiendo lo que era.

—¡Qué es esto!—exclamó tomándolo.—Pero ¡Dios mío!..... ¡Qué es lo que veo! ¡Una escala!..... ¡Una escala pendiente del balcón! ¡Oh! esto es muy significativo, señorita. ¿Qué es lo que ha pasado aquí?

La joven se arrojó con rapidez hácia donde estaba la vieja.

—¡Oh! gritó desesperada;—compasión en nombre del cielo.

—¡Bién!..... ¡muy bién! Habeis aprovechado admirablemente mis lecciones. Vamos, señorita, ¿qué es lo que ha pasado aquí.

Enriqueta cayó al suelo anonadada, pero en el mismo instante, descorriéndose el cortinaje, tras el que estaba oculto el capitán Brun apareció este.

—Voy á contestaros,—dijo este con acento reconcentrado por la cólera.

—¡Dios mío! ¡un hombre!—gritó la dueña haciendo aspaviento.—Esto es un abuso escandaloso!..... Voy á avisar al señor comendador..... Pero, calla..... ¡Sois vos!..... ¡El capitán á quien debo la vida!..... ¡Oh! ¡oh! ya me sospechaba..... Pero caballero, estoy en el caso de llamar. Mi fama y mi honra se encuentran altamente comprometidas. Con que..... ¡Ah! no quiero pensar en la espantosa verdad que....

—Señora,—dijo el capitán acercándose,—puesto

que me habeis conocido estamos en el caso de entendernos.

—¡Entendernos!—exclamó la vieja como si se hubiese quemado.—Imposible. Sois responsable de una profanación maldita. Vaya..... vaya, señorita. ¡Quién había de figurarse.....

—¡Oh! ¡perdón, perdón!—murmuró Enriqueta, cayendo de rodillas y juntando las manos.

—Alzad,—dijo el capitán con dignidad.—Sois pura, sois honrada, y no debeis humillaros de ese modo. Dueña, estais en el caso de avisar al comendador si os parece. Aquí esperaré. Todas las consecuencias caeran sobre vos.

—Señor capitán .....—contestó la vieja, no sin pensar, ni detenerse;—en parte teneis razón. Pero..... es que..... ¡Oh! ¡yo estoy soñando! Este lance, además de haber alarmado mi pudor, me pone en el terrible conflicto de que voy á aparecer como una cómplice..... ¡Con que es decir que amais á mi señorita!..... Torpe de mí que no lo he comprendido. Pero este amor es imposible..... Ya sabeis.....

—¿Y qué? Mañana me presento al comendador á pedir la mano de vuestra señorita.

—¡Mañana! ¡Jesucristo! primero consiente el señor que lo ahorquen.... .

—Entonces tomaré mi partido,—contestó el capitán con energía.—Enriqueta, prosiguió mirándola; si no fuera porque ofendería vuestro buen nombre, ahora mismo os sacaría de la casa de vuestro padre; pero

quedan muy pocas horas para que sea de dia..... Vos, dueña, haríais muy mal si ofendiéseis ni aun con el pensamiento á vuestro señora. La amo, y ella me ama; este es todo el secreto. Estais en el caso de optar entre nuestro partido ó el partido del comendador. Escojed.

—¡Yo!..... ¡Oh! esto es una perdición..... Con todo, lo sucedido no tiene remedio..... Me decido..... Soy vuestra. De algún modo os pagaré el beneficio que me hicisteis cuando me salvásteis la vida.

—La dueña no tenía otro recurso, y como buena vieja no dejó de contemporizar.

Enriqueta se animó completamente, y en pocas palabras se puso la digna protectora de aquellos amores al corriente de la historia de estos.

El capitán con su peculiar lenguaje acabó de fascinar á la dueña.

—¡Oh! ¡oh! me habeis pescado,—murmuró ésta.—Me habeis hecho faltar á veinte años de una vida irreprensible; pero ya que mi señorita no quiere ser monja bueno es que sea casada.

—Todo depende del día venidero,—contestó el capitán.—Ahora hacedme el obsequio de aceptar este anillo en premio de vuestro celo y en memoria de nuestra alianza.

La dueña hizo una reverencia y aceptó la alhaja que Brun le ofrecía, diciendo estas palabras:

—Gracias; siempre dais muestras de cautivar los corazones.

—Me retiro, —dijo el conde.

—Sí, sí; vuestra estancia nos compromete. Mañana será el día de la victoria ó de la desgracia.

—No lo olvido.

El capitán Brun, miró con toda la ansiedad de su amor á Enriqueta, y se deslizó por la escala.

Daban las dos de la madrugada. La dueña miró á la calle y la vió desierta.

—¡Ah! picarilla, —dijo volviéndose á su ama al tiempo que cerraba el balcón. ¡Como me habeis engañado! ¡Dios quiera que vuestro padre no os arrastre á la fuerza hasta el convento!

CAPITULO XII

Donde es conveniente que el rey quedo en el aire, mientras se saben otras cosas interesantes.

¿Pero qué había pasado á los demás personajes que se hallaban convocados en la calle de Santiago, durante las dos horas que el conde de Rivadelo disfrutaba de una felicidad que no se había preparado para él?

Para dar una respuesta á esta pregunta tenemos que volver al punto de partida; esto es, al momento solemne en que sonaron las doce de la noche.

No bien la mariscala de Clerambaut por un lado y el conde por otro acababan de trepar por las escalas que pendían de los balcones, aparecieron, como dejamos dicho, el rey y Eguía en el fondo de la calle.

No acostumbrado Carlos á aventuras de aquella especie, temblaba como un azogado, á pesar de que su consejero le iba inspirando las ideas más voluptuo-

sas, para inflamar aquel corazón débil y aquella naturaleza enfermiza.

Eguía por su parte tenía la imaginación demasiado exaltada con las peripecias de lo presente y los brillantes resultados del porvenir, para reconocer excrupulosamente todos los detalles de la escena.

Avanzaron entre la oscuridad y ocultándose de los primeros rayos de la luna, que principiaban á bañar con un tinte pálido las casas inmediatas, extendieron la vista para descubrir la escala que aguardaba al rey.

De este modo se deslizaron en silencio hasta que el temblor de Carlos II alarmó demasiado á su consejero.

—¿Qué tiene V. M.?—le preguntó deteniéndose.

—Estoy temeroso,—murmuró Carlos.

—¡De qué? Duda un rey de su prestigio en el momento de acometer una empresa?

El rey inclinó los ojos ante aquella especie de reconvención.

—No dudo, no; pero es mi primera aventura y...

—Señor, lo que vais á hacer es un asunto muy común. La historia privada de vuestros antepasados se halla cuajada de escenas de este género.

—Sí; pero ellos estarían acostumbrados.

—Siempre principiarían por donde principia V. M.

A esto argumento el rey enmudeció; procuró embozarse en su capa cuanto pudo y dió algunos pasos hacia adelante.

—Tienes razón; conozco mi pusilanimidad,—dijo extendiendo una mirada á lo largo de la calle.—¡Oh! á veces pienso...

—¿En qué, señor?

—En que sería más conveniente volver á palacio.

Eguía se mordió los lábios y tembló porque se destruyese su empresa.

—¡Volver á palacio!—exclamó el consejero.—¿Así olvida V. M. á la hermosa joven que en este momento le estará aguardando?...

—¡Enriqueta!—dijo el rey como si este nombre hubiese inflamado su sangre. ¡Oh! vamos allá.

El cortesano respiró de nuevo y avanzaron en silencio.

Desde el sitio que ocupaban, veían ya, gracias á los rayos de la luna, la casa ó palacio de la condesa de Bermellar, cuya fachada tenía una semejanza completa con la del comendador.

Eguía vió una escala pendiente de un balcón; vió también que de este balcón salía una luz, y alucinado por el afán de que el rey acabase de luchar consigo mismo, no le dió lugar para pensar en aquel cambio de domicilios, que salvaban el honor de Enriqueta.

—Señor,—dijo Eguía señalando con el dedo,—allí está la escala.

—¿Dónde? ¿dónde?—preguntó Carlos sintiendo hervir su sangre con un fuego desconocido.

—Miradla.

—¡Oh! sí, ya la veo. Pero ¡Dios mío! ¡que alto está el balcón!

—¿Eso qué importa?

—¡Qué importa! Y si me mareo en medio de mi ascensión; si la escala no está segura ..

—Señor, vuestra imaginación exajera los peligros. Pensad únicamente en la hermosa mujer que os espera con la ansiedad del amor y la felicidad; en las dulces horas que vais á pasar en sus brazos.

—¡Oh! calla; estás inflamando mi corazón y creo que voy á perder la cabeza.

—Nada tema V. M.

—No temo nada ya; un deseo invencible subyuga mi espíritu y no puedo retroceder. ¡Oh! vamos.

Carlos con el ardor febril en que se consumía su sangre, avanzó hasta colocarse bajo el muro que se hallaba en frente de la casa de la condesa de Bermellar.

Habían pasado por junto la morada del comendador de Santiago, y bien fuera porque no sabían distinguirla, bien porque el amor cegaba al uno y la ambición desvanecía al otro, ó ya, y es lo más probable, porque viesen la escala pendiente del balcón, es lo cierto que no titubearon en acercarse.

Lo único que extrañó Eguía fué que el portero Lesmes no estuviese en la ventanilla. ¿Pero qué falta hacía allí, cuando veía cumplidas todas sus órdenes y exigencias?

El rey había cesado de temblar de miedo; pero

temblaba de emoción. Se habían despertado en él esos instintos de la naturaleza que embrutecen la razón y la embotan bajo el poder de extremecimientos sensuales.

Era el primer delirio de la juventud, en el momento que se va á lanzar al golfo de los placeres.

Eguía se sonrió con satisfacción.

—¿Con que está decidido V. M.?—preguntó por último.

—Sí, lo estoy.

—Eso es lo que os conviene.

—Lo único que deseo es que me instruyas.

—¿En qué?

—En lo que debo hacer.

—Señor, nada.

—¿Cómo nada?

—He dicho mal: muy poco.

—Pero, esplícate.

—Luego que subais y monteis en la baranda, correis á hincaros de rodillas delante de vuestra dama.

—¡Yo!—exclamó el rey extrañando aquella especie de humillación.

—La magestad de un rey no se empaña cuando se inclina ante la hermosura.

—¡Ah!

—Después.....

—¿Qué?

—Después es probable que ella dé un pequeño grito y se desmaye. Ya espliqué á V. M. en otra ocasión la teoría de los desmayos familiares.

—Sí, sí... . me acuerdo. ¿Con que nada más?

—Nada más.

—¿Y si no se desmayara?

—Entonces usad de todos los medios, de toda la elocuencia, de toda la galantería de un rey.

—Ya, ya.

Hubo una buena pausa en aquel diálogo rápido y febril. Carlos temblaba y su mano quería repeler los fantasmas voluptuosos que lo rodeaban. Miró al balcón donde creía encontrar la dicha y midió la extensión que lo separaba de él.

La escala quedó en sus manos.

—Subid, señor, ya es hora;—exclamó Eguía empujándolo.

Pero estaba delante del peligro y se extremeció: su conciencia volvió de nuevo á atormentarle con punzadas horribles; pensó que iba á cometer un pecado y quedó lívido como un cadáver.

—¿Que suba dices?..... ¡Oh! no se lo que me ha pasado,—dijo retrocediendo.

—¿Qué es eso señor?

—¡Oh! no puedo, no puedo. ¡Sabes tú lo que voy á hacer! ¡Y mi esposa, y la religión!

—Ni la religión ni vuestra esposa sabrán esta ligereza disculpable en un joven.

—Pero la sabrá Dios.

Eguía tembló ante tan solemne verdad, que si bien no le intimidaba, sabía lo que aterraba al rey. Fuele preciso recurrir á sus últimas trincheras para vencer aquella timidez natural.

—Señor, —dijo con acento grave,—no quiero impulsar á V. M. á una senda que encuentra tan rodeada de tinieblas. Volvamos á palacio. Llevaría sobre mi corazón una marca de eterno pesar si turbase su conciencia con unos consejos útiles, pero que en vuestro concepto son fatales. Dejemos á esa pobre joven entregada al abandono y á la desfallecida esperanza que le habíamos hecho concebir..... Siempre habrá tiempo para que digan que no habeis sabido ser galante con una dama.... .

El rey sintió al oir estas palabras todo el veneno de aquel deseo que había concebido. Olvidó al cielo y descendió á la tierra.

—Dices bien; ella, ella me acusará.

—¡Ella tan hermosa y tan seductora!

—¡Oh!

Y Carlos lanzó un rugido.

Después de un largo silencio en que volvió á luchar con su conciencia y con su amor, dijo con voz enronquecida.

—Ya está resuelto.

—¿Qué?

—Voy á subir. No la puedo olvidar..... La amo, la deseo, y estoy decidido á todo.

—Bien, señor, es decir.....

Carlos no contestó, se arrolló del mejor modo que pudo la capa que le cubría, y trémulo, desvanecido, delirante, puso el pie en el primer travesaño de la escala.

—¿Eguía, donde me esperas?—dijo sordamente.

—Aquí.

—¡Oh! no te separes de este sitio.

—No me separaré.

—Procura esconderte si pasa alguna ronda.

—Descuide V. M.

El rey no dió contestación y principió á subir con esa intrepidez que comunica el deseo, la impaciencia y el temor.

Su corazón palpitaba en tales términos, que parecía iba á estallar. Sacudimientos nerviosos recorrían todo su cuerpo, y de este modo fué ascendiendo hasta que se halló á dos varas del balcón.

Entonces oyó un ruido extraño que sonó dentro del cuarto que él suponía ser de Enriqueta de Ponzoa.

Se extremeció de nuevo y se detuvo. Miró hácia arriba y vió que la luz se había apagado.

—¡Ah! quiere recibirme á oscuras.—murmuró para sí. La vergüenza y el pudor la habrán obligado á adoptar este recurso.

En seguida subió los pocos escalones que quedaban y fué á montarse en el barandaje.

Ahora para la mayor inteligencia de estos aconte-

cimientos, dejemos á S. M. ccn el pie levantado, la mirada fosforescente y el rostro encendido, y pasemos á explicar qué clase de ruido era aquel que había oido al tiempo de llegar á la altura del balcón.

CAPITULO XIII

El tubo de hoja de lata

Retrocedamos.

Antes que Carlos II penetrase en la habitación de Elena de Gorbea, es preciso referir á nuestros lectores la conversación que había mediado entre esta desgraciada joven y Diana de Clerambaut, y la causa del ruido que había sorprendido al rey cuando llegaba al término de su ascensión.

La mariscala escudada con un gracioso disfraz de hombre, cayó en los brazos de Elena, y estrechadas la una contra la otra, fueron á caer en un espacioso sofá que se hallaba en frente del balcón.

Ninguna se atrevía á romper el silencio. Era una conferencia decisiva, donde el corazón y el espíritu se estremecian antes de comprender una palabra; donde el movimiento convulsivo de las dos, sus anhelosas

respiraciones, sus ojos bañados de lágrimas, sus miradas elocuentes y suspiros entrecortados, revelaban lo mucho que sufrian y la ansiedad que las dominaba.

Elena miró á su nueva amiga para ver si adivinaba en su rostro la noticia que le traía, y no dejó de estremecerse al contemplar el sublime dolor que en él estaba retratado. Su sangre se agolpó al pecho y sus fibras se conmovieron con una fuerza nerviosa que no pudo reprimir.

—¡Dios mío!—exclamó por último rompiendo las trabas que ligaban su lengua;—algo de terrible se esconde en vuestra alma..... Yo no sé porque tiemblo, y sin embargo, un presentimiento fatal ahoga mi voz y cubre mis ojos de lágrimas..... ¡Oh! ¿qué noticias me traeis de mi pobre hermano?

Diana inclinó la cabeza y abrazó convulsivamente á Elena.

—¿Qué es eso? ¡llorais!—prosiguió ésta juntando sus manos en actitud suplicante.

—¡Oh! sí... sí... lloro,—contestó la mariscala con desesperación.

—Pero en nombre del cielo no me martiriceis Decidme lo que sepais.

Diana en vez de contestar principió á verter un torrente de lágrimas. Hay en el silencio solemne y en el dolor mudo de una mujer cierta grandeza que aterra y cierta majestad que diviniza.

Elena quedó herida por un espantoso estupor.

Ninguna de las dos habían podido correr un velo

sobre sus sentimientos; estos eran superiores á cuanto habían imaginado, y de aquí el que dejasen flotar sus pesares sin que ellas tratasen de ocultarlos.

—Mirad,—murmuró la mariscala después de un momento de reposo;—es preciso que os prepareis para recibir una noticia dolorosa... Fiel á mi palabra vengo aquí impulsada por la rapidez de los acontecimientos y la pena que destroza mi corazón. ¡Oh! Dios, que sabe la verdad de todas las cosas, me da fuerzas para esta escena terrible.

La desgraciada Elena temblaba llena de espanto y angustia.

—¿Luego habeis sabido de Martín?—preguntó con inmortal inquietud.

—Sí.

—¡Oh! habladme; acaso una desgracia...

—El cielo es el único que puede daros una contestación.

—¡Pero entonces qué es lo que quiere decir vuestro lenguaje! Diana, tened compasión de mí.

—¡Oh! voy á romper el secreto que me ha impulsado á vestirme de este modo y llegar hasta vuestra morada.

—Hablad pronto

Las dos jóvenes se miraron de nuevo y se estrecharon como si se viesen amenazadas por un peligro cercano.

—Escuchadme,—dijo la mariscala enjugando el llanto que corría por sus mejillas.—Ya sabeis que te-

nía agentes en todos los puertos de España, con el fin de que me diesen noticias, luego que las tuviesen de la *Estrella*, que es el buque donde debe regresar vuestro hermano.

—En efecto.

—Hace como dos horas que el hombre que tenía encargado en Cádiz, ha vuelto á la corte y me ha traido noticias.

—¿De qué clase?

—No las sé, Elena; pero un fatal presentimiento enluta mi corazón.

—¡Por qué, Dios mío!

—En primer lugar, el destino de la *Estrella* es muy problemático. Los muchos buques y galeones que han venido de América, no dan ninguna noticia acerca de su derrotero.

—¡Oh!

—Ultimamente,—prosiguió Diana temblando;—una violenta tempestad ha conmovido el Océano, y segun cuentan, han perecido muchos barcos....

—Pero esto no es una noticia definitiva,—dijo Elena reviviendo bajo un soplo de esperanza.—La *Estrella* no puede haber naufragado, y tal vez se haya salvado su tripulación; acaso por esta circunstancia se habrán retardado algunos días.

—No.

—¿Por qué? ¡Oh! me estais asesinando.

—Dispensad, amiga mía, pero hay otras cosas que temer.

—¡Qué!

—No tengo valor, y sin embargo es preciso, —exclamó Diana como si hablara consigo misma.

—¿Pero de qué no teneis valor?

—De romper el secreto que envuelve el destino de vuestro hermano.

—¿Pero está en vos el hacerlo?

—Sí.

Elena se estremeció y miró con espanto á su hermosa compañera.

—¡Oh! pues salgamos pronto de este conflicto. Así sufrimos doblemente.

—Teneis razón. Pero antes pongamos en Dios nuestra confianza.

Sin embargo, tal vez que nuestros temores sean exagerados.....

—No, no. Mi corazón no me engaña; siento un peso de plomo que enerva mi energía, que estravía mi corazón.

—Pero dejemos palabras inútiles,—dijo Elena;—referid las noticias que sepais.

—Las noticias están aquí,—contestó Diana, sacando del seno un pequeño tubo de hoja de lata encerrado dentro de una caja de corcho, cuyas junturas estaban cuidadosamente cerradas con pez.

Aquella caja despedía ese olor acre y agradable que imprimen las aguas saladas del mar.

Elena miró por un instante con una curiosidad dolorosa efectos que presentaba su amiga.

—¡Oh! ¿qué es eso?—preguntó con terror.

—Una caja arrojada por el mar en las playas de Cádiz, después de la borrasca que os he noticiado. Mi emisario pudo hacerse de ella y la abrió. Existia, y aun existe dentro, este tubo de hoja de lata, cerrado herméticamente; como vereis, un pequeño cordon está rodeado á él y sujeta este papel. Leedle.

Ana lo tomó y leyó estas palabras —*Destino de la Estrella.*

Entonces dió un grito... .. la mano que habia trazado aquellos caracteres era la de un hombre á quien habia casi olvidado ... ¡Era la letra de Leoncio!

Un segundo pensamiento cruzó por su mente con la rapidez del rayo. Acordóse que al tiempo de despedirse de sus hermanos, estos le habian dicho que en el extremo de un lance peligroso arrojarian al mar unos tubos de hoja de lata, por los que se pudiera saber el resultado de su expedición.

Era lo bastante para que se aniquilase su espiritu, y ansiase saber el resultado en medio de la más terrible angustia. ¡Lucha horrorosa donde la incertidumbre dominó su alma y le hizo ver un abismo de dolores y sufrimientos!

Muchas veces el exceso del mismo padecer sepulta la materia en una atonía, doble más grande que el sentimiento. Elena, á pesar de estar lívida por la emocion que esperimentó, pudo fijar sus ojos en su amiga como pidiéndole de un modo suplicante rompiese el secreto que envolvia la suerte de su hermano.

Diana adivinó su mirada, pero no tuvo fuerza para obrar.

—¡Oh! —murmuró por último;—¡será cierto, Dios mio, que nos aguarda una noticia terrible! ¡Va á perecer aquí la dulce esperanza de mi corazón, y de nuevo me veré lanzada á ese abismo sin fondo, donde la fatalidad me ha condenado!

—¿Pero no sabeis lo que contiene ese tubo?

—No, no he tenido valor para romperlo..... ¡Oh! vos no sabeis lo que es un temor grande, inmenso, infinito, Vos no sabeis lo que es extinguirse la luz del consuelo y caer de golpe en la noche de la desgracia. Para mí todo se halla reconcentrado en el amor de Martin. Sin él la vida cambiaría de formas y de colores y..... ¡ay de mí! ¡cuánta desesperacion, cuanto martirio me habia de costar la pérdida de vuestro hermano!

Era tan expresiva la dolorosa entonación de la mariscala, que Elena olvidó por un momento las noticias contenidas dentro del tubo para dejarse conducir á otros horizontes llenos do incertidumbre.

—No hableis así, Diana, —dijo la hermosa joven;— yo también sufro más que vos, y sin embargo, sólo debo pensar en mi hermano.

—¿Con que vos amais también?

Elena no contestó: inclinó su cabeza como si el peso de un abatimiento profundo hubiese caido sobre ella.

Diana comprendió aquel silencio sublime.

—¡Pobre corazón! ¡pobre niña que principia á vivir y ya es víctima de ese tormento de la existencia! ¡Ah!

¡qué sería de vos, si como yo hubiéseis perdido la esperanza!

—¿Y quién os ha dicho que la tenga?—contestó Elena alzando su pálido semblante.

—¡Vos también!

—¡Ah! en todas partes braman los huracanes. Sin embargo, vos estais esperando aun..... ¡Quién sabe!.....

—No..... no..... Vuestro hermano no es para mí.

—Con todo; siempre os queda un escaso crepúsculo que ilumine vuestros pasos..... pero yo.....

—¡Dios mío! me haceis estremecer. ¡Vos, libre, hermosa y tan joven; vos, á quien ningún lazo fatal une al destino!.....

—¡Qué sabeis!..... Diana. ... No me pertenezco.

Estas palabras incomprensibles para la mariscala la hicieron mirar con asombro á su amiga.

—¡Oh!

—Nunca podré llamar con el nombre de esposo al hombre que amo. Barreras insuperables me separan de él, y sin embargo.....

Elena se detuvo..... En aquellas palabras parecía que se encerraban secretos misteriosos que hicieron temblar á la mariscala. Esta la interpretó de un modo extraño.

—No os detengais,—dijo sordamente.—Quiero que nuestras almas se identifiquen hasta lo último. Me dejais entrever cosas nuevas y anhelo saber el estado de vuestro corazon. ¿Acaso no seais correspondida?....

—¡Oh! desgraciadamente lo soy..... Ese es mi secreto.

—¿Entonces que es lo que se opone á vuestra felicidad?....

—Todo..... Mirad, Diana, mi corazón se encuentra en tal estado que me habeis hecho faltar al objeto principal de nuestra entrevista..... Me he olvidado de mi hermano..... y hasta de mí misma, luego que me habeis hablado de un pensamiento que se abriga aquí en mi corazón como una llama devoradora .... ¡Oh! dejemos esto..... Apuremos la amarga bebida del dolor con las noticias que vamos á saber. Vos os consolareis con las lágrimas..... pero yo.....

—¡Oh! desahogad vuestras penas en el corazon de una amiga.

—Imposible..... no hay palabras que puedan mitigarlas. Pasarán los momentos, correrán las horas; vos, Diana, tendreis tiempo para llorar, pero yo iré á aumentar mis sufrimientos.

—¡Cómo!

—Seré franca con vos. Espero la llegada de la persona á quien idolatro.

—¿Acaso yo os esté importunando?

—No; aun no debe venir..... Pero dejemos esto..... y pensemos en el destino de la *Estrella*. ¡Pobre Martin! ¡Pobre Leoncío!..... ¡Ay hermanos mios!

Elena se acordaba por última vez del infortunado poeta que tanto la amaba.

Diana tomó el tubo de lata con trémula mano.

—Sí, sí; rompamos este secreto; seria morir si dilatáseis por más tiempo nuestra ansiedad.

El manto que cubría á la mariscala había caido hacia sus espaldas y permitía ver el bello trage de hombre con que iba vestida. Sacó de su cinturón un agudo y corto puñal y lo clavó en la tapadera de lata, la cual saltó á los pocos esfuerzos.

Dentro del tubo había un papel enrollado. Los ojos de las dos jóvenes estaban fijos en aquel escrito.

Era el momento supremo, en el cual se iba á descorrer el velo del misterio ante aquellos corazones ardientes y poseidos de pesar. Ni la una ni la otra desplegaban sus labios; pálidas, contraidas, la mirada fija é inmóvil en el funesto manuscrito, y sin respirar apenas.

Fué necesario toda la decisión de Diana para desenrollar el papel. Bien es verdad, que en estos instantes, no hay dolor más sublime que el qne no da señales ex erlores de sentimiento.

La mariscala leyó con voz entera estas palabras:

AL REY DE ESPAÑA

«El bergantín Estrella acaba de llegar á la altura »del cabo de la Restinga en la isla de Hierro. Es de no»che, y una fragata francesa que nos persigue desde »nuestra salida de España, ha logrado alcanzarnos. »Tiene la misión de destruirnos. ... Hace dos horas que »nos batimos encarnizadamente. Acaba de levantarse »una horrorosa tempestad..... El huracán nos arrastra

»sobre las costas de Africa..... Estamos desmantela-»dos .... Regularmente prenderemos fuego á la Santa »Bárbara..... No hay más remedio..... Los cuarenta »millones morirán con nosotros .... Saludan á V. M.—*El capitán Rangel, Martin Gorbca y Leoncio Villaper.*»

Trascurrió un instante de espantoso silencio. Era el precursor del inmenso dolor que iba á desplegarse en aquellas almas tan ulceradas y conmovidas.

El manuscrito que Diana acababa de leer, era el postrer grito de tres hombres indomables, resistiendo hasta el final esfuerzo la encarnizada persecución de Asima. La mariscala comprendió la parte que ella tenía en aquel desastre. Los remordimientos y la desesperación subieron á su garganta para ahogarla.

Para ella no había esperanza: conocía el carácter de aquella lucha, y sabía que no podían existir treguas entre el fatídico enviado de Luis XIV, y los tres valientes emisarios de la España.

Dió un grito porque no podía hablar.

—¡Oh! ¡mi hermano ha muerto! —dijo Elena vacilando.

La desgraciada niña sintió que sus ojos perdían la luz, que sus pies no encontraban terreno donde apoyarse, que sus fuerzas la abandonaban repentinamente, y que su cabeza se inclinaba con languidez.

Diana la vió fluctuar como una flor, herida por la segur del jardinero, corrió hacia ella, pero ya era tarde... Cayó al suelo desmayada.

Al tiempo de su caida habia tropezado violentamente con una mesa donde se hallaba la bugía que prestaba luz á la habitacion, y ésta rodó por el suelo apagándose al punto.

Tal fué el ruido, que detuvo al rey cuando estaba ya cercano al balcón.

La mariscala quiso socorrer á su amiga, pero temió por sí misma; temió porque fuese sorprendida en aquel trage, con el cual podía librarse de la inspección de los espías que siempre iban persiguiéndola; temió que su corazón no tuviese fuerzas para resistir la tremenda noticia que acababa de saber, y á pesar de su inmenso dolor conoció que debía huir; descender rápidamente por la escala, y esconderse en el fondo de su casa para devorar las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

¿Pero cómo había de abandonar á su nueva amiga?

Entonces ocurrióle una idea de inmediatos resultados.

Había notado que junto al balcón, y en el ángulo formado por las paredes, pendía un tirador de seda que se comunicaba con una campanilla para llamar.

Derramó una ojeada en torno de la habitación para buscarlo, y pudo descubrirlo por la escasa claridad de la luna que penetraba en la estancia.

Diana no perdió un instante, corrió hácia el cordón, pero cuando ya iba á llamar, dió un grito y retrocedió asombrada.

CAPITULO XIV

La hora maldita.

¿Por qué retrocedía de aquel modo?

¡Ah! cuando la mariscala de Clerambaut iba á auxiliar á su amiga alborotando la tranquila casa de Bermellar á fuerza de campanillazos, advirtió que un hombre subía por la escala y montaba intrépidamente en el barandage del balcón.

Entonces fué cuando lanzó aquel pequeño grito, hijo de la sorpresa y del temor. Acordóse del enigmático amante de Elena y no dudó que éste sería el genio misterioso de quien poco antes se había hablado en términos tan oscuros. Persuadida de tal convicción, se replegó temblando al ángulo más tenebroso de la estancia.

Carlos se había detenido en el balcón; su pecho latía con esa emoción imperiosa que producen los deseos. Vió la estancia sin luz, y no dudó que se pretendía ocultar en las tinieblas el rubor de una primera entrevista y de una confianza ilimitada. Con todo;

el rey era tan tímido que no sabia cómo principiar á manejarse. Afortunadamente aquella oscuridad le infundia valor.

Diana en tanto se iba replegando al fondo de la estancia, con el fin de ocultarse en una alcoba inmediata.

Carlos habia sentido el grito de ésta, y no dudó que Enriqueta le aguardaba con inquietud y ansiedad.

En aquel instante en que luchaba consigo mismo, dejó que la luna hiriese su rostro y su gallardo traje de capitan de guardias, con que Eguía lo había adornado.

La mariscala se estremeció al conocerlo.

—¡El rey!—exclamó retrocediendo rápidamente.

Aquel ruido y aquella palabra, arrancada al miedo y al espanto, animaron á Cárlos y le dieron la osadía de que hasta allí había carecido.

Diana quedó temblando, no sabiendo qué hacer en una situación tan inesperada y terrible.

Cuando vió al monarca dar un paso hácia adelante, no dudó que éste seria aquel amante á quien Elena no podía dar el dulce nombre de esposo, como ella habio dicho anteriormente.

¡Oh! todas las circunstancias la perjudicaban.

La desventurada joven seguía insultada. Su inerte y hermoso cuerpo tendido á lo largo de la alfombra se delineaba vagamente como un perfil ideal, como una sombra maravillosa, donde el abandono y la her

mesura habian formado un conjunto lleno de seducciones y atractivos.

La acalorada imaginación de Carlos se dejaba conducir por la vehemencia de su edad y de su sangre. Su razon se iba entorpeciendo lentamente, como si una marea desconocida fluyese de su corazon á su cabeza y de su cabeza á su corazon. Su vista dilatada y esparcida por aquel golfo tenebroso, teñido de un escaso crepúsculo, ansiaba percibir la interesante figura de Enriqueta.... Pero estaba deslumbrado; la matèria era superior al espíritu; su delirio le aconsejaba avanzar hacia el idolatrado objeto que creía estrechar en sus brazos, y suspirar por el complemento de una aventura, donde todos iban á sufrir un cruel engaño.

Ya no era aquel niño tímido, ni aquel joven trémulo que retrocedía ante el más pequeño inconveniente. Era el hombre que corre desenfrenado tras el fantasma de un goce mundanal; era el ser que se olvidaba de sus deberes por saborear un ensueño donde se hallaban reconcentradas todas sus ilusiones del momento; era el amante convidado al festin de la voluptuosidad, sin pensar ni en el pasado, ni en el presente, ni en el porvenir.

Solo veia un objeto, solo le conducía una luz.

Diana esperaba el resultado de aquella aventura con el corazón henchido de sentimiento. Le parecía adivinar las intenciones del rey, pero creia que Eleno era cómplice.

Carlos llegó por último al centro de la habitación

y pudo distinguir al ligero resplandor de la luna una mujer tendida ó recostada en la alfombra.

Creyó que era Enriqueta; creyó que las sensaciones de la noche y su proximidad la habian hecho sucumbir en uno de esos lánguidos desmayos que son los mejores intérpretes del amor. Devoró con la sed del sensualismo las formas encantadoras de la pobre Elena y recordó los consejos de Eguía.

El velo que no permitia á sus ojos ver claramente la funesta equivocación, se hizo más espeso á causa de las sensaciones que tubaron todo su cuerpo ... Dió otro paso adelante.

Elena se hallaba sin saberlo en el peligro más grande, en el lance mas comprometido de su vida.

Diana volvió á juzgar el silencio y quietud de su amiga como una complicidad anticipada con su regio amante.

—¡Oh! ¡qué hermosa está!—murmuró el rey fijando sus ojos en aquel cuerpo, en aquella cabeza y en aquel conjunto encantador.—Apenas la luna me deja ver estas maravillas..... apenas mi corazón tiene fuerzas para respirar..... ¡Genio, belleza!..... ¡juventud! ¡Ah! vosotros sois la antorcha de la vida; la luz de la felicidad; el sueño de la esperanza.....

Y como si la mano del amor cayese sobre su cabeza, inclinó su cuerpo y dobló las rodillas á los piés de la infeliz jóven.

—Me espera,—murmuró para sí, completamente embriagado;—el sueño de la voluptuosidad ha cerrado

sus párpados, y se entreabren las puerta de un paraiso..... Enriqueta, se atrevió á articular por último, de un modo blando y cariñoso.

La mariscala no oyó este llamamiento. Lo había pronunciado de un modo muy bajo.

Viendo Carlos que no recibia contestación, juzgó el silencio como un consentimiento tácito para robar el resplandor virginal de la frente de Elena.

Sus lábios estamparon en ella un trémulo beso.

Como si el pudor de la jóven se resintiese á tan impuro contacto, circuló por su cuerpo un ligero temblor convulsivo.

—Tiembla,—continuó el rey cada vez más ofuscado por su delirio.—¡Oh! Yo tambien tiemblo.... Es nuestro primer amor y nuestros cuerpos se estremecen.

Un huracan de deseos impetuosos pasaron en este momento por el corazón del rey; habia puesto una de sus manos sobre el casto seno de la joven, cuyo calor inflamó su sangre y crispó su rostro con la vehemencia del éxtasis. Miró de nuevo á la encantadora niña; su ilusion le hizo ver las facciones de Enriqueta, y ....

No podemos, ni el decoro nos permite continuar.

El rey, perdió la raz'n..... ¡Elena quedó deshonrada!

Aquella desventurada joven sufrió por una hora las vehementes caricias del rey, sin que diese señales de vida. De vez en cuando su naturaleza parecía revelarse contra aquel abuso de la casualidad, que la en-

tregaba á los arrebatos de un amante engañado; á veces parecía desviar su hermosa cabeza de loe besos impuros que marchitaban la brillantez de su colorido y la radiante dulzura de su fisonomía.....

¡Ah desgraciada!

Diana no habia presenciado aquel espectáculo, porque su pudor le habia hecho desviar los ojos de una escena tan repugnante. ¡Lloraba por Martin!

Luego que el rey hubo satisfecho sus deseos, volvió á cubrirse con su capa y miró á su víctima con todo el cariño que infunde la galantería en estos casos.

Acercóse á ella; cubrió su rostro de repetidos ósculos y deslizó estas palabras á su oido como si la joven pudiese oirlas:

—Hasta mañana.

En seguida se retiró lentamente, montó en la baranda del balcón y bajó por la escala.

Daba la una y media en un reloj apartado.

En aquella hora maldita quedaba una joven deshonrada para siempre..... Era pura á los ojos de Dios ¡pero ay!..... estaba manchada á los ojos de los hombres.

Luego que Carlos llegó al término de la escala, encontró á Eguia, que, inmóvil en su sitio, aguardaba con afan el resultado de la aventura.

—¿Qué tal, señor?—preguntó con afan.

—¡Oh! no me hables..... Enriqueta me ha hecho feliz,—contestó el rey.

—Ya se lo dije á V. M.,—replicó el funesto consejero restregándose las manos con alegría.

—Te contaré todo..... todo..... Jamás soñé tanta ventura.

—¿Cómo os ha recibido?

—Desmayada desde el principio hasta el fin.

—Esto es muy recomendable. Mañana un gran regalo, y tanto el comendador como la niña se rinden del todo.

—Muy bien pensado; tú serás el portador. Ahora vamos á palacio.

—Esto es ser ya ministro,—se dijo interiormente el consejero siguiendo al rey y ocultándose ambos por las calles inmediatas.

Mientras que había mediado esta conversación al pié de los balcones de Bermelló, Diana había salido de la penosa situación en que se encontraba. Corrió hacia la pobre víctima, creyendo que estaba restablecida y la encontró desmayada aún.

—O finge estarlo, ó lo está realmente,—dijo poniendo una mano sobre su corazón que apenas latía.... Sin embargo, avisemos tocando la campanilla, y huyamos por la escala..... ¡Oh! ¡cómo se engaña el corazón!..... ¡Yo que la creía tan pura..... y es la concubina del rey.....

La mariscala derramó sobre la joven una mirada medio amenazadora, medio compasiva.

—No quiere á su hermano,—prosiguió.—¡Ah! Yo verteré lágrimas, para que no se queje su sombra de

que nadie en la tierra se ha acordado de él..... ¡Martin!..... ¡Martin, yo bendeciré tu memoria, mientras tu hermana te deshonra!

Envolvióse en su capa; tomó el tubo de lata y el manuscrito, tiró del cordón de la campanilla, y descendió rápidamente por la escala.

Cuando llegó á la calle, la agitó para que los garfios que la unían al balcón se desprendiesen. Conseguido esto, para evitar cualquier sospecha que pudiera perjudicarla, se ocultó entre las sombras que se extendían por la inmediata calle de los Milaneses.

Sola la pobre Elena quedaba medio muerta en su habitación.

Sólo una mujer sabía el terrible secreto de su deshonra.

CAPITULO XV

Dolor y esperanza.

La doncella que estaba al inmediato servicio de la infeliz Elena, corrió rápidamente luego que sonó el llamamiento de Diana.

Abrió la puerta y no pudo dejar de sorprenderse al ver á su joven y hermosa señorita tendida en el suelo, inmóvil como una muerta, y con el traje en un completo desórden. Su primer pensamiento fué el de retroceder, pero luego impulsada por esa influencia caritativa que nos hace socorrer á nuestros semejantes, la hizo avanzar para prestar los auxilios necesarios á la infeliz joven.

La sirvienta la enlazó con sus brazos después de haber dejado sobre la mesa la lámpara con que se había alumbrado, y la colocó en el sofá, donde poco antes estuvo Elena sentada con la mariscala.

Bien fuera efecto del movimiento que había reci-

bido, bién porque su naturaleza volvía á recuperar su imperio, hizo un pequeño ademán para sacudir aquellas pesadas ligaduras que la encadenaban. Carecía de fuerzas; su errante imaginación principió á buscar el orígen de la mortal atonía que la sujetaba; sus lábios se entreabrieron para dejar salir un suspiro doloroso, especie de quejido que se dilató en la cabidad de su pecho como si un puñal se hubiese clavado en su corazón; un sudor copioso bañó su hermosa frente, convada con suavidad cual una concha de nácar, y sus narices se dilataron para dar paso al aire comprimido de sus pulmones.

La sirvienta se apresuró á rociar con agua fresca el pálido rostro de Elena, y aplicó un pomito de esencia para que lo respirase.

En aquel momento apareció en la puerta Luis Albán.

Venia á despedirse de la mujer á quien tanto amaba y á cumpir la cita que había pactado con ella.

La criada dió un grito, pero así que conoció al joven conde, se tranquilizó.

Luis corrió al lado de Elena.

—¡Oh! ¿qué es lo que ha pasado aquí? preguntó admirado al ver el estado en que ésta se encontraba.

—No lo sé, contestó la sirvienta. La señorita acaba de llamar, y cuando he llegado á esta habitacion me la he encontrado insultada.

Luis miró á todas partes, vió la bujía hecha pe-

dazos en el suelo, y después de un momento de terrible ansiedad volvió á preguntar de nuevo:

—¿Habeis abierto el balcón?

—No; estaba así cuando yo he entrado.

Luis corrió hacia él.

—¡Oh! qué loco soy,—exclamó midiendo su altura;—había creido en una cosa imposible....

En seguida acercándose al sofá esperó que Elena volviese en sí del todo.

Elena pareció revivir bajo el contacto de la mano de Albán, y abrió los ojos por último, pero sin ver los objetos ni las personas queridas que la cercaban.

Su pensamiento envuelto en un fondo de tinieblas, quiso buscar el origen de aquel mal, pero nada pudo conseguir. ¿Comprendía algo del horrible sueño que por espacio de dos horas había dominado su corazón?

Acaso un vago recuerdo de la causa de su insulto; tal vez un presentimiento doloroso del atentado que habían cometido con su persona; la voz del pudor resentido; el instinto de la naturaleza ultrajada, ó el malestar consiguiente á su situación, le hicieron comprender que un sufrimiento misterioso era la herencia de su sueño.

Volvió en sí completamente.

—¡Luis!.... ¡Dios mio!.... ¡Oh! ¿qué es lo que me ha pasado?—exclamó con voz débil.

—Elena..... Elena..... calmaos; soy yo que estoy á vuestros piés,—dijo el joven con toda la efusión de su alma.

Se llevó la mano á la frente, como si en este primer movimiento quisiese recuperar la razón estraviada, la idea fugitiva, el pensamiento dominante de su mal.

—Retiraos,—prosiguió Luis dirigiéndose á la criada;—debo hablar reservadamente con vuestra señora.

La joven obedeció, y los dos amantes quedaron solos.

—¡Ah! ¿estais aquí, amigo mío?—dijo Elena extendiendo una de las manos.

—Sí, ya os lo he dicho; estoy á vuestros pies.

—Alzad. ¿Por qué esa postura?

—¡Oh! ya sabeis que os adoro.

—Lo sé.

Los dos jóxenes enmudecieron. La una se hallaba tan lánguida, había tal confusión en su cerebro, que necesitaba tiempo para recoger sus ideas. El otro luchaba consigo mismo para hacerse superior al dolor y al sufrimiento, que iba á producir en su alma aquella postrera entrevista.

Luis estaba preparado para volver á Italia.

Acercose á su amada como quien se aproxima á un objeto que se pierde para siempre.

—¿Estais mejor, Elena?—le preguntó con acento cariñoso.

—Sí,—contestó la desgraciada;—mi cabeza va sacudiendo el pesado vapor que lo ha invadido..... Voy sintiendo la vida que se apodera de mi corazón y me vuelve la tranquilidad. ¡Oh! ¡Dios mío! ¿Qué es lo que

me ha pasado? Un dolor agudo se extiende por todo mi cuerpo, y su causa me es desconocida....

—Elena, ¿quereis que se llame algún médico?

—Gracias, amigo mío..... Me siento más aliviada... ¡Yo no sé lo que me ha ocurrido! ¿Quisierais ayudar á mi memoria?

—¿A qué?

—A buscar el orígen de su mal... No recuerdo nada.

Elena se volvió á pasar la mano por la frente.

Sería imposible retratar su abandono y su belleza descolorida y marchita. Su rostro dejaba ver el giro de algunas azuladas venas, que se descubrían bajo su cútis transparente. Parecía una estatua de cera animada con una vida extraña. Sus ojos estaban medio cerrados, y sin embargo brotaba de ellos una luz fantástica; indecisa y fugitiva: era la errante luz de su existencia que volvía á apoderarse de su cuerpo.

Por otro lado su cabellera desaliñada y descompuesta se dividía en grandes bandas que caían en espirales á los dos lados de su frente; su seno medio descubierto aún á causa de la horrible violencia cometida por Carlos II, dejaba ver el principio de un pecho levemente abultado, y cuya blancura tenía el explendor mate del alabastro.

Tal estaba aquella desdichada criatura.

Luis cubrió con un velo los peligrosos tesoros que tenía á su vista, y después de sentarse al lado de su amada, la contempló en silencio con todo el arrobamiento del amor y toda la pureza de sus ideas.

—¡Oh! contestadme, Luis,—prosiguió la joven alzando la cabeza;—¿decidme lo que me ha pasado?

—Habeis estado insultada,—contestó su amante, deseando por su parte averiguar el orígen de aquel accidente.

—¡Insultada yo!

—Sí.....

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. Hace un cuarto de hora que acudí á la cita que anteriormente habíamos convenido, y os encontré sin sentido en los brazos de vuestra doncella!

—¡Dios mío! esto es inexplicable..... ¿Qué hora es?

—Las dos.

—¡Las dos! ¡Oh! no: eso es imposible..... Lo más que pueden ser son las doce y media.

Luis comprendió que desde esta hora había estado desmayada.

—¡Ah!—murmuró;—estais en un error: eso os probará el tiempo que ha durado vuestro insulto.

—En efecto..... teneis razón,—dijo Elena extremeciéndose.—¿Con que he estado hora y media sin saber lo que ha sido de mí?

—Así parece.

—La joven se pasó las manos por los ojos como si quisiera atravesar el sombrío período de su sueño. Pero un caos impenetrable fué lo que pudo descubrir.

—Ayudadme, Luis...., iluminad mi razón.....

—¿Qué quereis que os diga?

—Alguna cosa por la que pueda sacar una conjetura.

—Bién; os ayudaré. ¿Os acordais de haber oido las doce y media?

—No....

—¿Pues que estábais haciendo antes?

Elena se detuvo.

—Esperad,—dijo reflexionando.—¡Ah! ya recuerdo... os estaba aguardando. Deseaba el momento en que os presentásseis para llorar á vuestro lado..... daros el último adiós. ... Sí..... el adiós de despedida.

Luis suspiró al oir aquel lenguaje. Se sobrepuso y continuó:

—¿Y después?

—Después..... después me acuerdo que me senté en este sofá y ví salir la luna á través de esos árboles que se descubren por el balcón. Pensaba en vos, Luis mío..... Consideraba todas mis dichas, como la flor agostada cuyas hojas son arrancadas una á una por el viento: os veía partir y arrastrar una vida errante por medio de los campamentos de Italia, donde pensais dirigiros. Esta era mi ocupación.

La frente del joven se bañó de sudor al oir el dulce y tranquilo acento de su adorada expresándose de aquella manera.

—Bien.... comprendo lo que vos sufriríais; comprendo vuestro dolor..... ¡Sería tan feliz que vuestro desmayo hubiera nacido de la exageración de este sentimiento!

—Voy á recordarlo.....—contestó Elena oprimiéndose las sienes con las manos. —Esperad..... ahora recuerdo... ¡Ah!.... sí, no me engaño..... no es ilusión...

La joven dió un grito que hizo temblar á Luis. acababa de acordarse de la visita que le había hecho la mariscala de Clerambaut y de las noticias que esta le había traido.

En medio de su desvarío se acordó también que no debía revelar nada que pudiera comprometer á su amiga.

—¡Dios mío! ¿qué es lo que teneis?—exclamó Luis sosteniendo la desfallecida cabeza de su amada.

—¡Ah! ya lo recuerdo todo,—dijo ésta con desesperación, mientras un torrente de lágrimas brotaba de sus ojos.

Aquel llanto cuyas gotas encendidas caían sobre las manos de Albán; el temblor convulsivo que de nuevo se apoderó de ella le hicieron temer por la vida de su amada.

—Bién, depositad en mi seno vuestros pesares,—dijo con ternura.

—¡Oh! ¿qué quereis que os diga? Luis, mis hermanos ha perecido.

Un rayo que hubiese caido á los pies del joven no le hubiera asombrado tanto.

—¡Qué decís! —exclamó con fuerza convulsiva. ¡Martín!.... ¡Leoncio!.... ¡el capitán Rangel!

—Sí..... han muerto, á no haberles salvado la Pro-

videncia,— repitió Elena oprimiendo su pecho con las manos.

—¿Pero queda alguna esperanza?

—Ninguna al parecer.

—¡Y por dónde habeis sabido esa terrible noticia?

—Por un tubo de hoja de lata, arrojado al mar en las costas de Cádiz.

—¡Ah! es verdad,—dijo Luis acordándose de que este habia sido el medio que ellos habian comunicado al duque de Medinaceli,—en caso de un peligro..... Hablad.... hablad, Elena. .. Comprendo la grandeza de vuestro dolor y adivino el orígen de vuestros desmayo; pero mi alma no puede resistir esa nueva.....

—¡Qué os puede decir sino que los hemos perdido.

—¡Pero cómo! Vos sabreis algunos detalles .... Acordaos en nombre del cielo.

—Sí; el aviso fué arrojado al mar en una noche de tempestad. Decian que una fragata francesa los perseguia desde su salida de España.....

—¡Ah! maldición; esa es la fragata que había anclada en el puerto de Barcelona. ¿Sabeis Elena quién iba allí?

—No.

—Iba el demonio; el hombre fatal que se nos apareció el dia que os descubrí mi corazón.

—¿Asima?

—Sí.

Elena inclinó la cabeza sobre el pecho de su amante con el delirio del dolor y la violencia de la deses-

peración. Aquellos dos jovenes tan puros y tan hermosos, revelaban los más sublimes sentimientos y los más grandes rasgos del infortunio y de la adversidad.

—No nos detengamos,—prosiguió Luis con esa agitación sorda que subia de su corazón como las olas de un mar tempestuoso. Proseguid:

—La fragata consiguió alcanzarlos á la altura de la isla de Hierro.

—¿Y qué?

—Principiaron á batirse.... Dos horas hacía que estaban luchando.....

—¿Y no vencieron?

—No; despues, como si cortasen un período, anunciaban que estaban desmantelados.

—¡Ah!

—Y luego..... ¡oh, Dios mio!

—Hablad; me estais matando.

—Luego decian que prenderian regularmente fuego á la santa Bárbara.

—¿Nada más?

—No; acababan diciendo que ya no había remedio.

Elena quedó sepultada en el más profundo dolor. Luis estuvo por un instante luchando con la incredulidad que existe en el corazón de los valientes.

—¡Oh! imposible.....—murmuró paro sí..... Ellos no pueden haber perecido.....

—¡Qué decís!—esclamo Elena alzando la cabeza.

—Que vuestros hermanos no han muerto..... Ellos

habrán luchado hasta lo último, y quién sabe si después....

—¿Luego conservais esa esperanza?

—Sí.

—Pero mientras tanto nos matará la duda y la incertidumbre.

—No; ya tendreis noticias suyas.

—¿De qué manera? ¡Oh! me estais dando la vida.

—Elena,—dijo Albán con acento grave y solemne;—antes de separarnos en Barcelona hicimos el juramento de auxiliarnos y defendernos mútuamente. Debemos correr los unos en pos de los otros para tendernos la mano. Yo, en cumplimiento de este deber ya no parto para Italia.

El rostro de Elena brilló con cierta alegría melancólica que llenó de consuelo el corazon del joven.

—¿A dónde vais, pues?—preguntó juntando sus manos.

—A Cádiz. Marcho al socorro de vuestros hermanos.

¿Cuándo?

—Esta misma noche. Ese es el deber que me imponen el honor y la amistad. Sí, lo que no espero han muerto, yo os traeré la noticia; mientras tanto vivid tranquila. Hay una cláusula en el pacto que hicimos los cinco amigos que partimos á distintas tierras, en la cual se recomienda que los que volvamos de nuestras misiones llevemos el último pensamiento y el último suspiro del moribundo á la mujer que ama. Si yo tengo

la desgracia de ser el portador de las postreras palabras de Leoncio; si con su muerte se trasforman las pesadas cadenas de nuestro destino, entonces..... ¡Oh! no quiero proseguir. Sería una sacrílega esperanza que deshonraría mi corazón eternamente.

Elena comprendió todo el valor en aquella frase.

—Sois muy generoso Luis,—dijo estremeciéndose;—habeis nacido para otra criatura que pueda igualarse á vos en sentimientos y en grandeza. Conozco que toda idea es en vos un claro fanal donde el humor brilla de un modo radiante. ¡Ah! Yo siento lo mismo que vos y me desespera la pérdida de mis hermanos. Estas lágrimas son las pruebas de mi pesar. No, no quiero una felicidad que estribe en la desgracia de un ser infortunado..... El ha sido mi compañero, mi amigo, y debe ser mi esposo, en caso de que la Providencia tienda su mano reparadora en favor de él y de Martin.... Pero si la fatalidad hubiese sido tan grande, que nuestra escasa esperanza se convirtiese en humo..... entonces.....

—Entonces,—contestó Luis,—en vez de ir á Italia me detendré á vuestro lado. Elena, no prosigamos, es una profanación alimentar esta idea. Pensemos en vuestros hemaanos, pero pensemos en que viven, en que vuelven triunfantes y en que os estrechan contra su corazón. Si tengo la dicha de encontrarlos, volveré á gozar de vuestra felicidad, la última que disfrutaré en este mundo.

La voz del joven era segura como su voluntad.

Elena lo miró, no sólo con el entusiasmo del amor, sino con admiración.

—¡Oh! si así lo quereis; si ese es vuestro deber, partid. Sea nuestro amor el último término de nuestras esperanzas. Yo esperaré primero en el cielo, luego en vos.

Los dos amantes se estrecharon las manos con un movimiento convulsivo. Buscáronse con los ojos como si sus nobles deseos pasasen de unos á otros entre aquellas radiantes chispas de enagenación; sus respiraciones templadas y cariñosas se mezclaron en un hálito puro que se extendió por sus semblantes como un beso perfumado..... Acaso era la última vez que se veían en la tierra.

—Elena,—dijo Luis con la voz conmovida;—conozco en vuestro semblante que estais padeciendo mucho. Vuestra naturaleza rendida por el insulto que habeis sufrido, necesita descanso. Debo retirarme. Además, la noticia de vuestros hermanos me impone el deber de marchar al momento á su socorro..... Es menester que nos separemos.

—Haré lo que gusteis: debo ahogar los deseos de mi corazón, pero no olvidaros de una mujer desgraciada. Cualquiera que sea el destino que nos depare el cielo, conservad mi memoria como yo conservaré la vuestra. Sea éste un consuelo que reservamos en medio de nuestra soledad y desamparo.

—Jamás os olvidaré,—contestó el joven:—si está decretado que huya de vos para siempre; si he de so-

brellevar una existencia dolorosa, bien entre el ruido de las batallas, bien en la calma de un claustro, conservaré vuestra imágen como un talismán sagrado. Adios, Elena..... única y postrera esperanza de mi felicidad; sueño fugitivo del que despierto para siempre..... Sed dichosa..... este es mi mayor deseo.

Estas palabras dichas con toda la expresión del sentimiento, hicieron que el uno y el otro se estrechasen como si una potencia invisible los acercase en aquella despedida.

—¿Pero no volveremos á vernos?—preguntó ella con mortal inquietud.

—Sí, volveremos á vernos; pero será por un instante. Entonces no tendré lugar para desahogar mi corazón como ahora lo hago.

—¿Y cuándo será esa entrevista?

—Cuando vuelva con vuestros hermanos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! - gritó Elena cayendo de rodillas.—¡Por qué soy tan desgraciada!

En el corazón de la infeliz habían cruzado dos sentimientos encontrados; dos deseos opuestos y á cada cual más vehementes, dos voluntades irresistibles. Era esa lucha de la naturaleza y del amor en la que anhelaba ya la vuelta de sus hermanos; ya que Luis volviese para ser su esposo.

Esto no podía ser sin la muerte de Leoncio.

—¡Oh!—prosiguió el joven comprendiendo la lucha que destrozaba el corazón de Elena; —no prolonguemos

nuestra entrevista. Estamos degarrando nuestras entrañas.

—Sí, sí; huid, Luis..... mi pensamiento se extravía y se hace cómplice de un deseo criminal. No quiere Dios que seamos el uno del otro.

Elena se incorporó con magestad, miró al cielo por el abierto balcón como demandándole fuerzas en aquel terrible lance, y después de señalar á la puerta:

—Partid, —prosiguió con una voz débil: — separémonos.

—Sí..... Adios.

El joven con la vista extraviada, el rostro descompuesto, temblando de emoción y dominado por la severidad de sus sentimientos, se lanzó hácia donde le señalaba su amada. Pero al llegar al umbral de la puerta se detuvo.

Allí volvieron á mirarse. Aquella mirada no tenía significación en el largo catálogo de los padecimientos humanos.

Elena con las manos extendidas, estuvo indecisa para arrojarse hácia él y detenerlo. Luis adivinó aquel parosismo del dolor y dominó su desesperación con una calma aparente.

Retrocedió con la imponente rigidez de una estátua.

Cuando ella alzó los ojos estaba sola en su habitacion.

Entonces sintió que su cuerpo y cabeza sufrian dolores agudísimos; unió sus párpados como si quisiera evocar

con el pensamiento un recuerdo confundido entre las tinieblas de su desmayo; se puso la mano sobre su corazón, é interrogó al cielo sobre la causa de aquel malestar insoportable.

Por un momento se olvidó de Luis; su alma pura se resintió por un instinto que ella no pudo comprender y esplicarse, de que su naturaleza acababa de sufrir una alteración espantosa y quiso sondear el secreto que ella no adivinaba..... ¡Era imposible!

Así fué aquella noche tan pródiga de aventuras y tan llena de casualidades.

CAPITULO XVI

En el que el comendador se convence de que es más terrible la duda que la realidad.

Mientras el alferez Luis Albán caminaba aceleradamente hácia Andalucía, el capitan Brun, su digno compañero, se preparaba á prensentarse en casa del comendador con el objeto de pedir solemnemente la mano de Enriqueta.

Aquella noche no durmió á pesar de estar rendido de cansancio. Palomino tuvo que hacerle el duo en medio de sus esperanzas, dando aquel tiempo por muy bien empleado, con tal de no tener que abandonar más los lares domésticos. Se habló de la dulzura de la vida rural, pues el capitan tenía magníficas posesiones campestres, de la felicidad conyugal; del aumento de las riquezas de la casa y de otras mil cosas que no solamente embelesaron al amo, sino al criado.

Este hizo un estado demostrativo de los fondos y existencias que había encontrado, y desde luego

aseguró muy formalmente de que no solo había para cubrir el dote, sino tambien para los brillantes regalos de boda y demás gastos matrimoniales.

Discutido y sancionado el proyecto solo había que esperar á que pasasen las horas y de esto modo lo sorprendió el día.

Palomino, á fuer de buen madrugador, se agarró á sus libros de cuentas para acabar de enterarse del estado de los negocios de la casa, mientras su amo prosiguió agitando en su cabeza los mil proyectos de felicidad que le sonreian desde su regreso á Madrid.

Con todo, antes de dedicarse á sus asuntos particulares, pensó que debía presentarse al duque de Medinaceli y dar parte del resultado de su comisión. Para concluir pronto se arrojó del lecho, se vistió, tomó algun alimento, y dando las últimas disposiciones á su fiel mayordomo, se plantó en la calle

En tanto que el conde de Rivadelo iba á cumplir un deber de militar y de caballero trasladaremos á nuestros lectores á la casa de don Fernando de Ponzoa.

Desde muy de mañana un movimiento inusitado alteraba las costumbres patriarcales de aquella sombría morada; el comendador reclinado en un espacioso sillón deseaba á todo trance que aquel día se abriesen para su hija las puertas del Sacramento, pues este era el único medio para salvarla del amor del rey. Todo estaba preparado; la ceremonia se haría sin grande aparato, para no despertar la curiosidad pú-

blica; la reina madre llevaría solamente un corto número de convidados, gente de la vieja corte adherida á sus deseos, y solo varios obispos y cortesanos vendrían á la morada de la nueva esposa del Señor para conducirla al último asilo de su existencia.

La dueña recibía constantemente órdenes que tenía que cumplir so pena de hacerse sospechosa, y Enriqueta se vistió con esa esplendidez exquisita, que después se arroja al pie del altar y se muda por una pobre toca y una humilde saya. Su corazón sentía el terrible peso de aquellos adornos; temblaba por el sombrío desenlace de las escenas que se iban á suceder, y hubiera dado su vida por evitarlas.

Trémula como una víctima arrastrada al suplicio; pálida como la imágen del dolor, recibió la orden de trasladarse al salón principal de la casa donde la esperaba su padre.

Enriqueta tuvo que obedecer.

Cuando entró en una gran sala, estancia solemne dedicada á las ceremonias de familia, descubrió la severa figura de su padre sentado en un sofá.

La infelez jóven avanzó pausadamente, grave y melancólica como su pensamiento. Miróse por casualidad en un grande espejo y se estremeció. El traje y las joyas que la cubrían era una profanación inmensa, un sarcasmo horrible, una pasadilla insoportable.

El comendador percibió aquel movimiento y se apresuró á llamar la atención de la jóven.

—¿Estais prevenida, hija mia?—dijo con un timbre

de voz seguro y medio dulcificado por una emoción paternal.

—Siempre estoy dispuesta á abedeceros,—contestó Enriqueta inclinándose.

—Ese es el eterno deber de los hijos para con los padres; pero no ha sido de este género mi pregunta. Cuando se trata de un acontecimiento que formará época en vuestra vida; cuando vais á cambiar vuestra investidura mundanal por un retiro dulce, tranquilo y sosegado; cuando estais próxima á dejar el hogar doméstico para siempre, vuestras memorias, vuestros goces y vuestro padre, debo consultar vuestro corazón. Yo sé, hija mia, que sois obediente y que amais la santa soledad que voy á proporcionaros; me consta que el más grato consuelo del alma no existe aquí sino al lado de Dios; es decir, en ese puerto de refugio donde os esperan con ansiedad. Pero antes que confirmeis vuestros votos debo saber hasta donde llega vuestro celo por el estado religioso.

—¡Padre!....

—¡Oh! no os detengais; los convidados llegarán pronto y entonces no podreis depositar en mi corazón esas confianzas postreras que acaso preocupen vuestra mente. Yo conozco, Enriqueta, que el mundo os habrá brindado con falsos atractivos; vuestro corazón se habrá dejado fascinar alguna vez por apariencias engañosas; pero ya conocereis que estos son relámpagos tempestuosos que pasan por la atmósfera de nuestra vida y no la purifican. En estos momentos solem-

nes, os hablo así como padre y como amigo. Evoco las memorias pasadas, el nombre de vuestra madre y el honor de vuestra casa para que os sirvan de sosten en la existencia que os espera.

La voz del comendador estaba conmovida algún tanto, pues á pesar de la severidad de sus ideas era padre y se hallaba próximo á separarse de su hija para siempre.

Enriqueta temblaba y no tenía valor para desplegar sus lábios.

Don Fernando tomó á su hija de la mano y la condujo cerca de sí.

—Siéntate á mi lado,—prosiguió con cariñosa entonación;—anhelo estrecharte contra mi pecho y bendecir en silencio el juicio precóz con que Dios ha querido favorecerte. ¡Oh, hija mia! Deja que por última vez bese tu frente pura; deja que goce en tu conformidad. Ya moriré tranquilo. Escudada tú en el pacífico retiro que mi solicitud te ha preparado, puedo elevar mi esperanza hácia la eternidad. A lo menos tendré un ángel que ruegue por mí.

La desgraciada niña se arrojó al seno de su padre y lo inundó de lágrimas.

Habia en aquel grupo, en aquellos caracteres, que no parecían comprenderse, una especie de convulsión y de sentimientos inexplicable.

—Sí, sí, llora;—prosiguió el comendador:—yo también lloro.

—¡Padre mío!—articuló Enriqueta.

—¡Oh! no seamos exagerados; yo iré á verte todos los días

Don Fernando volvió á revestirse de su carácter severo; enjugó dos gruesas lágrimas que habían corrido por sus mejillas, y ya iba á separarse del lado de su hija, para no ceder á un nuevo enternecimiento, cuando un mayordomo anunció á los convidados.

Eran las diez de la mañana. Mientras el comendador salía á recibir los nobles caballeros que le iban á favorecer en la recepción de su hija, ésta sintió el repique de las campanas del Sacramento, que anunciaban la temible ceremonia. Enriqueta quedó anonadada. Acordóse del conde de Rivadelo como la única esperanza que le quedaba en el mundo; éste no venía cual lo había prometido en la noche anterior, y una hora de retraso era para ella la pérdida de todas sus dichas y esperanzas.

La dueña vino á colocarse á su lado cubierta de su gran toca negra, y de su mejor traje del mismo color.

—¿No ha parecido?—preguntó ésta por lo bajo á su educanda.

—No.

—Animo, hija mía, ánimo. El conde es el único caballero de la época..... Por eso he consentido en que le ameis. Tengo una confianza completa en que no dejará de venir.

—¿Estais segura?

—No lo dudeis; es el espejo de la nobleza.....

¡Oh! ¡cómo daba cuchilladas en la calle del Arenal.

—Yo no sé si tendré valor para resistir.

—¡Bah! no tengais cuidado. De monja ó casada no podeis pasar. Los dos estados son dignos del aprecio de Dios, y gracias á mi celo y cuidado podeis presentaros con vuestra frente limpia como un sol.

—Gracias; me estais devolviendo la vida,—murmuró Enriqueta.

—¡Chitón! Allí vuelve vuestro padre. Haceos la remolona hasta que venga el conde á pedir vuestra mano.

El comendador recibió á los criados con extremada finura. Eran todos unas excelentes caricaturas de la córte de Felipe IV. Los cumplidos y las frases más halagüeñas cayeron sobre la trémula Enriqueta, la cual respondía tímidamente á los retruécanos gongorinos de aquella turba de antiguos cortesanos.

Uno de ellos indicó que la reina doña María no tardaría en llegar al Sacramento. Esta noticia hizo á don Fernando disponer la marcha.

Los coches estaban dispuestos en la puerta principal.

—Hija mía, ya es hora, —dijo el comendador dirigiéndose á Enriqueta; —¡Oh! vamos á correr al sagrado asilo que te amparará de las tempestades humanas. Lleguemos pronto á la dulce mansión donde te esperan tus compañeras con cánticos de alegría; volemos...

Aquí llegaba aquel discurso paternal, cuando abriéndose la puerta del fondo, apareció el mayordomo y anunció en voz alta é inteligible.

—El señor don Guillermo Lorenzo de Vargas, conde de Rivadelo.

Este nombre desconocido para aquellos viejos palaciegos de una córte antigua; el pequeño grito que exhaló Enriqueta; una vaga reminiscencia de aquel título histórico y tradicional, todo esto hizo extremecer al comendador. No sabía si sería algún convidado por parte de la reina madre, ó algún caballero que vendría á tratar con él de negocios particulares. No recordaba, sino de un modo incierto, el nombre del sujeto anunciado, aunque bien le constaba pertenecía á lo más ilustre de la nobleza

En tal perplegidad mandó que pasase adelante.

Los convidados volvieron la cabeza; el comendador miró con afán; la dueña echaba en su interior mil piropos al ilustre caballero á quien debía la vida, y Enriqueta, próxima á desmayarse, apenas tuvo valor para dirigir una rápida ojeada hácia donde iba á presentarse su amante.

En breve quedó satisfecha la curiosidad general.

El conde de Rivadelo se dejó ver en el gran salón de don Fernando, sin insolencia y sin timidez. Un gracioso y elegante traje de capitán ceñía su elegante cuerpo: sus botas cubiertas en el extremo superior por anchos encajes, caían rizadas hasta el pié, en cuyo talón brillaban grandes espuelas de plata sobredorada: su castor se hallaba cubierto de hermosas plumas, y la gorguera que rodeaba su cuello era de un encaje de Flandes, de lo más rico y elegante.

En cuanto á su expresiva y hermosa fisonomía, cabeza arrogante y cabellera artísticamente peinada, nada dejó que desear, como tampoco la mezcla medio profana de las modas francesas y españolas que se observaba en su traje.

El comendador y sus convidados se convencieron, de que si bien le habían visto alguna vez, unos en palacio y otros en la calle, no pertenecía al gremio severo de la córte de doña Mariana, y por consiguiente tampoco tenía el honor de haber sido llamado para que asistiera á la recepción de Enriqueta.

Don Fernando se dirigió al joven, el cual se detuvo en medio del salón

—¿Me buscábais caballero?—dijo con la altivez que le convenía adoptar en ciertos casos.

El capitán conoció que la pregunta era bastante impertinente, y aunque sabía que era el padre de su amada no titubeó en contestar.

—Si sois el señor don Fernando de Ponzoa, comendador de la órden de Santiago, os diré que sí.

—¿En que puedo complaceros, caballero?

—Tenía que hablar con vos.

—Mucho siento no poder daros gusto. Reunido para una ceremonia de familia, debo partir en este momento con estos señores que me están esperando.

El capitán desplegó una triste sonrisa y contestó.

—Afortunadamente venía á eso mismo.

—¡Cómo! ¿estais convidado?—preguntó el comendador, mientras su pobre hija temblaba en el sofá.

—No señor; no estoy convidado. Don Fernando, no teniendo nada de misterioso el objeto que me conduce á vuestra casa, y como quiera que las circunstancias son solemnes y decisivas, estoy en la precisión de no permitír que salgais sin haberme oido.

Todos miraron con asombro al caballero que así se explicaba.

—¿Qué derechos teneis para hablar así, —preguntó don Fernando arrugando el entrecejo.

—No tengo ningunos; pero mi nombre os servirá de suficiente garantía para que me concedais nada más que un momento de audiencia.

—Si es un momento, os escucharé,—replicó el comendador afectando una calma que no tenía.

El capitan Brun había sabido despertar una viva curiosidad, no solo en el señor de Ponzoa, sino en todos los circunstantes. Sin faltar al respeto ni á la consideración, miró á Enriqueta con una inefable esperanza, mientras su padre le ofrecía un asiento

—Perdonad, señor,—dijo el conde, si me atrevo á repetir mi nombre y mi título antes de deciros el objeto de mi visita. Me llamo Guillermo Lorenzo de Vargas, soy conde de Rivadelo; capitan del regimiento de granaderos de la guardia de S. M. ; merezco la confianza del rey, y....

—Me es bastante, —le interrumpió don Fernando;— estais autorizado para explicar vuestro pensamiento.

—Voy á complaceros, continuó Guillermo con la mayor sangre fria. Sabido ya mi nombre, puedo ex-

plicarme con claridad. Caballero, vengo á pediros solemnemente la mano de vuestra hija.

Una esclamación general, un grito unánime, resonó en el salón. El conde sin perder su serenidad volvió á mirar á Enriqueta para infundirle toda la confianza que él tenía.

El comendador lanzó una mirada rápida como un rayo, llena de asombro y terror al mismo tiempo, mudando de color repetidas veces, como si todo aquello fuera efecto de una alucinación.

Por largo tiempo sus lábios trémulos no pudieron balbucear una palabra. Sus ojos pasaron desde su hija al conde y del conde á su hija con toda la fuerza y energía de su despecho. Entonces se acordó de los amores que Enriqueta le había descubierto y se golpeó la frente con loco furor.

Todos esperaban el resultado de aquella extraña escena; todos fijaron los ojos en el comendador; pero éste adoptando una entonación fría y extinguiendo en su rostro la expresión colérica que lo dominaba, contestó por último:

—Caballero; en este instante me iba á dirigir con mi hija y estos señores á la iglesia del Sacramento, donde nos espera S. M. doña Mariana de Austria para ser la madrina de Enriqueta en el acto de tomar el velo de novicia. ¿Yo creo que no tendreis la intención de detenernos?

—Señor comendador, —contestó el capitán con la misma tranquilidad que éste había usado;—he corrido

cerca de cuatrocientas leguas en pocos días para llegar á tiempo de impedir esa ceremonia, no por la fuerza, sino por la convicción. Debo hacer presente que yo amo á vuestra hija; que vuestra hija me corresponde, y sería un capricho inexplicable, por no decir una violencia inaudita, que la arrastráseis á un monasterio en contra de vuestros deberes.

El comendador se mordió los lábios hasta hacerse sangre.

—No han llegado á mis noticias esos amores. Y aunque yo los considero, en caso que existan, bajo un aspecto demasiado pueril, porque mi hija no ha llegado á la edad en que deben apreciarse los sentimientos del corazón, no por eso faltaré al último deber para que nunca se me puedan hacer cargos inmerecidos. Venid, hija mía, —prosiguió mirándola de tal modo, que ésta quedó aterrada.—Espero que vos misma desengañareis á este caballero, ya que es preciso adoptar una determinación por este estilo. Si es que estos señores estorban.....

—De ningún modo,—replicó el conde conteniendo su cólera dentro de una respetuosa reserva;—ya que quereis llevar hasta semejante extremo una verdad que es suficiente, cuando está garantizada por mi palabra, me someto á ella. Enriqueta, decid á vuestro padre que soy incapaz de mentir.

La aventnra iba tomando un interés rápido y progresivo para que la concurrencia permaneciese indiferente en la lucha que se entablaba entre el

amor y el deber filial; entre el temor de un padre y la incertidumbre de un amante.

Enriqueta avanzó hasta colocarse temblando al lado de éste. Don Fernando le lanzó otra mirada terrible como indicándole que no faltase á sus deseos.

—Preguntadle, ya que así lo quereis, —dijo el capitán.

—Debo hacerlo, no porque yo dude de la contestación, sino para tranquilizar mi conciencia del todo. Enriqueta, ¿es cierto que amais al conde de Rivadelo?

Aquella pregunta dicha de un modo que halagó á los convidados, fué impregnada de amenazas á clavarse en el corazón de Enriqueta. Esta no debía titubear: se hallaba al borde de la tumba, ó lo que es lo mismo, de un encierro que equivale á un sepulcro.

—Sí, le amo, padre mío, —contestó cayendo anonadada á sus plantas.

Un nuevo grito de sorpresa resonó en el salón.

—¡Insensata! —exclamó el comendador repeliéndola con fuerza convulsiva.—¡Y eres tú la que te atreves á ponunciar esa palabra en el instante en que te espera el altar; en el momento solemne en que te aguarda la reina! ¡Oh! señores. Nunca creí que mi nombre y mis canas se ultrajasen de un modo tan insolente. Mi hija ha sido fascinada, no es su razón la que habla, sino un vértigo que se ha apoderado de ella.

El capitán Brun se puso pálido como la muerte.

Aquella blancura era precursora de la tempestad que estallaba en su interior.

—Señor comendador,—dijo;—vuestra hija habla con el corazón; no habla ni entiende el idioma del cálculo y del fanatismo.

—Callad, caballero...

—No callaré. Tengo derecho para hablar, y hablaré.

—¿Teneis derecho cuando me quereis robar una hija que he criado para Dios y no para los hombres? Conde de Rivadelo, lo mejor que debeis hacer es salir de esta casa para volverle su antigua tranquilidad. Falto á los deberes de la educación por llenar las obligaciones de un padre. Mi hija no puede perteneceros.

—¿Quién lo impide?

—Yo.

—Vos no podeis impedirlo,—contestó el capitán desplegando una sonrisa violenta.—Seríais demasiado tirano, y yo no creo que seais tan tenaz que querais llevar el asunto al terreno del escándalo. Ya veis que os respeto demasiado, á pesar de que me habeis insultado repetidas veces. Os ha valido el amor que profeso á vuestra hija. Sino...

—¿Qué haríais?

—Os hubiera contestado de otro modo.

La cuestión iba tomando un carácter amenazador. Los cortesanos intentaron interponerse; la dueña corrió á socorrer á Enriqueta, que seguía abrazada á los

pies de su padre; éste estaba frenético de furor, y solo el capitán, pálido y contraido, permanecía sereno en medio de aquel tumulto.

Esperó á que unos y otros se calmasen para hablar.

—¡Oh!—murmuró don Fernando;—nunca creería que hubiese hombres tan insolentes. Caballero, si es un reto lo que provocais, queda aceptado.

—Yo no desafío á quien ni puedo ni debo desafiar, —contestó Brun,—yo vengo únicamente á pedir la mano de vuestra hija; si no me la concedeis y tratais de conducirla á un destino que le repugna, entonces adoptaré otras providencias.

—Bien, adoptadlas; jamás consiguireís mi autorización.

—Entonces acudiré al rey,—exclamó el capitán con calma desesperada;—le contaré vuestra violencia, caballero; pediré una real autorización para sacar vuestra hija del convento donde intenteis encerrarla, y no solo tendreis que obedecer, sino que dareis lugar á que la córte encuentre un motivo de escándalo. Mi deber me impone dar este paso avanzado, si es que intentais llevar adelante vuestro proyecto.

La digna actitud del capitán, su entonación vigorosa, el excesivo dolor de Enriqueta, y sobre todo, la terrible amenaza que el caballero acababa de fulminar, pusieron al comendador pálido y trémulo.

El capitán era muy capaz de quejarse en forma á Carlos II, y entonces se descubría sin remedio la aventurada determinación del señor de Ponzoa.

Todos estos pensamientos cruzaron por su imaginación con la rapidez del rayo, y conoció que se perdía sin remedio si el rey llegaba á entender que había forzado la voluntad de Enriqueta, y la había hecho entrar en el Sacramento sin su permiso.

El comendador quedó hecho una estátua. Los cortesanos se miraban unos á otros con asombro, y trataron de retirarse para no ser importunos en aquella cuestión de familia. Enriqueta fué conducida al sofá por la respetable dueña, la cual le deslizó estas palabras al oido.

—Animo, señorita; vuestro padre tendrá que ceder, y ya os veo adornada con la corona nupcial.

Don Fernando volvió de su sorpresa así que percibió el movimiento de los convidados.

—¡Qué! ¿os retirais, señores?—preguntó con precipitación.

—Vamos á prevenir á S. M. la reina doña Mariana que no asista á la ceremonia,—dijo uno de aquellos caballeros.

Esta contestación tenía algo de burlona

—¿Por qué razón?

—Porque regularmente no tendrá efecto. Además, debemos dejaros solos para que acabeis de arreglar este asunto de familia.

El comendador inclinó la cabeza, y los cortesanos después de algunas reverencias se deslizaron por la puerta principal del salón.

Solo el capitán quedó enfrente de don Fernando,

mientras éste luchaba con sus opiniones. Después de meditar largo rato, conoció que iba á cometer una violencia horrible con su hija, y que no debía oponerse á la petición que se le acababa de hacer por tres razones poderosas. Primera, porque Enriqueta parecía estar vivamente enamorada del conde de Rivadelo, por cuanto había tenido el valor de confesarlo: segunda, porque el caballero pertenecía á una de las más distinguidas familias de la nobleza; y tercera, porque de este modo podía salvarla del amor del rey sin él comprometerse

Estas tres circunstancias principiaron á inclinar el ánimo á favor de los dos jóvenes. Hizo un esfuerzo para anteponer su amor de padre á sus miras futuras, y sin mostrar en su fisonomía las nuevas ideas que habían brotado en su corazón, levantó la cabeza para calmar la violenta borrasca que agitaba á unos y á otros.

Pero en el mismo instante en que sus labios se entreabrían con este fin, apareció el mayordomo en el fondo del salón, diciendo con voz clara:

—Don Jerónimo Eguía solicita el honor de pasar en nombre de S. M el rey.

A este nombre y á este anuncio el comendador se extremeció con rapidez. Creyó que su plan habia sido descubierto y que le venían á buscar para recibir un castigo en pago de la desobediencia que trataba de cometer. Con la prontitud que exigían las circunstancias, y dispuesto á descoyuntar la órden de Carlos,

pues no dudaba que sería esta una prohibición absoluta para que llevase á su hija al Sacramento, se acercó al conde de Rivadelo y exclamó con aparente dignidad:

—Caballero; he meditado vuestra petición; he conocido que Enriqueta aprecia más vuestra mano que el velo sagrado de las vírgenes del Señor; me rindo, pués, á los deseos de ambos... Ya trataremos de convenir y arreglar este asunto.

Y volviéndose en seguida hácia el mayordomo que aguardaba con respetuosa postura la contestación de su amo.

—Decid al caballero Eguía que puede pasar cuando guste, —prosiguió con ademán tranquilo.

El capitán, Enriqueta y la dueña expresaron vivamente la alegría que les causaba la resolución de don Fernando; pero esta alegría tuvo que disimularse al ver entrar en el salón al fatal consejero del rey.

Eguía practicó risueñamente algunas de aquellas profundas cortesías en que nuestros mayores empleaban un estudio prolongado; miró con una ojeada todos los personajes de la escena, y avanzó después, no sin volver á inclinarse delante de Enriqueta como una ovación particular de su preferencia á las damas.

—Puedo considerarme sumamente dichoso,—dijo desplegando una sonrisa puramente cortesana; —vengo en nombre de S. M. á felicitaros, bella Enriqueta, y á tener el honor de presentaros una corta ofrenda que el rey os consagra.

El comendador se puso terriblemente pálido, y Guillermo Brun no dejó de oir con extrañeza aquel preámbulo singular.

—¿De cuando acá datarán las relaciones del rey con mi adorada?—se preguntó acordándose de la aventura del baile de la marquesa de Villouraz.

—¡Oh! ¡oh!—prosiguió Eguía reparando en el conde.—¿Estais ya de vuelta, mi valiente capitán? ¡Sin duda habreis pasado los trabajos de Hércules ó los de Persiles ó Sigismunda? Cuando el rey sepa vuestro regreso va á prevaricar de alegría. Y á propósito, ¿cómo es que no os habeis presentado?

—Pensaba hacerlo esta noche.

—Sin embargo, vuestro primer deber hubiera sido ir á palacio.

Esta observación dicha con un tono dulce y agradable, enrojeció las mejillas del capitán. El comendador encontró en este diálogo una circunstancia para prevenir el golpe que creía le esperaba y se apresuró á decir:

—El señor conde ha venido á honrar mi casa antes de presentarse al rey, porque trata de casarse con mi hija.

Eguía abrió los ojos desmesuradamente y dió un puequeño salto.

—¡El conde trata de casarse con vuestra!...—exclamó;—¿de cuando acá esa pintoresca novedad?

Al mismo tiempo que el cortesano pronunciaba estas palabras, pensó que tal acontecimiento le hacía

inaccesible el camino que trataba de abrirse hasta ser el confidente de Enriqueta. Su inmensa ambición tembló por un momento y conoció que era menester jugarlo todo para conseguirlo todo.

Eguía recuperó su astucia y sangre fria.

—En verdad que es cosa admirable y mucho más en las circunstancias presentes

—¡Cómo!—contestó el capitán asombrado más bien que colérico por el acento del cortesano

—¡Ay, amiguito! dijo éste acercándosele al oido; —estais en la senda de la dicha..... Vuestra futura esposa merece la predilección del rey y.....

Tal reticencia y tales palabras hicieron que el conde quedase inmóvil, petrificado, cubierto de sudor. Aquello era un misterio horrible.

Eguía aprovechó las circunstancias y avanzando hasta el lado de Enriqueta, sacó de un bolsillo un precioso estuche de terciopelo, bordado de oro.

—Tengo la ventura,—dijo,—de presentaros esta primera demostración del cariño que os profesa S. M.

—¡Dios mío!—exclamó la joven mirando á su padre y no sabiendo qué significaba aquel obsequio inesperado.

—Finge admirablemente —dijo Eguía para sí, contemplando el aspecto de la joven.

Pero el comendador avanzó lleno de cólera reconcentrada.

—¿Qué estais haciendo, caballero?—preguntó con voz trémula.

—¡Oh! vuestro padre se acerca,—prosiguió el consejero bajando la voz;—esta noche á la una. No lo olvideis.

Enriqueta dió un grito; tales palabras ofendían su honor, aunque no las comprendía. A este grito el capitán y don Fernando acudieron llenos de estupor hácia la trémula Enriqueta; pero Eguía queriendo acabar de una vez, y siempre con la sonrisa en los lábios, se dirigió al comendador, le tomó de una mano y separándolo un poco:

—¡Demonio!—dijo;—¡no parece sino que tratais de haceros el tonto! ¿Ignorais que vuestra hija tuvo el honor de recibir anoche al rey en su misma habitación?

El rugido que exhaló aquel padre al oir esta noticia; la chispeante mirada que lanzó á Enriqueta y al fatal cortesano; la duda espantosa que brotó en su corazón y la tirantez nerviosa de su fisonomía, hicieron conocer á todos que las palabras dichas por Eguía debían contener un secreto terrible y doloroso.

El comendador no pudo hablar al pronto; pero dirigiéndose al estuche de terciopelo que estaba en el sofá, lo tomó con mano convulsa y estuvo indeciso de arrojarlo al suelo y pisarlo hasta hacerlo añicos.

—Tomad,—exclamó arrojándolo á los pies de Eguía;—llevaos esa prenda de infamia que deshonra mi nombre y mi casa. ¡Oh! quereis escarneceros con el honor de mi hija!.... Volved á vuestro amo y decidle el uso que he hecho de su recuerdo.

—Cuidado, caballero, que este es el regalo del rey. ...—replicó el cortesano admirado de aquel ademán y aquellas palabras.

—Yo lo desprecio como os desprecio á vos... . Idos.

Nunca fué más noble la actitud de don Fernando. Eguía conoció que había perdido el tiempo y se inclinó á recoger el estuche que estaba en el suelo.

—A mí me corresponde llevarlo al rey,—exclamó el capitán avanzando noblemente y guardándolo en su pecho.—¡Oh! veo que se trata de jugar con la honra de una joven á quien amo más que á mi vida. Señor comendador, yo os juro que limpiaré su nombre de toda mancha que hayan querido imputarle..... Señor Eguía, vamos á palacio.

—¿Estais loco, querido Rivadelo?—preguntó el cortesano, queriendo disfrazar su aturdimiento con una sonrisa.

—Vamos á palacio,—repitió el conde oprimiéndole por un brazo y saliendo con él del salón.

CAPITULO XVII

El regalo del rey.

En tanto que el comendador devoraba en silencio las imprudentes palabras que le había dicho al oido el consejero de Carlos II padeciendo entre la duda y la realidad horribles tormentos, y mientras la pobre Enriqueta derramaba abundantes lágrimas sin comprender que ella era la víctima de una intriga ó un acontecimiento inesplicable, el conde de Rivadelo conducía al cortesano con la febril rapidez de la desesperación por las escaleras de la casa de Ponzoa.

—Vamos despacio, amigo mío,—exclamó Eguía por último.—Todos los enamorados quereis sacar las cosas fuera de quicio. ¿Qué diablos es lo que teneis? Entendámonos, querido conde

—Eso es lo que deseo,—contestó el capitán.

—Pues para hacerlo con alguna comodidad subiremos á mi coche.

—Me importa poco con tal de que vayamos á palacio.

Eguía enmudeció por un momento, pues le constaba que hay cóleras que se disipan rápidamente como las nubes de verano. Así que llegaron á la puerta se apresuró á ofrecer en su inmenso carruage el asiento de preferencia al conde.

Colocados los dos en el interior y puestos en marcha, volvióse á entablar el interrumpido diálogo. La palidez que iba impresa en el semblante del conde no dejaba de causar recelos á Eguía, el cual por su parte pensaba en un medio para desacreditar á Enriqueta ante sus ojos y para no proporcionar al rey una entrevista que pudiera causarle disgustos ó remordimientos.

—Caballero,—dijo el capitán con voz concisa;—dejémonos de rodeos inútiles. Vuestra visita en casa del comendador me ha hecho comprender que el rey trata de conquistar el aprecio de Enriqueta de Ponzoa por medio de regalos; Enriqueta va á ser mi esposa y nunca podré consentir que su nombre sea el pasto de las murmuraciones cortesanas.

—Habeis acertado en parte, amigo mío,—contestó Eguía.

—¡Cómo en parte! ¿No me digísteis que Enriqueta merecía la predilección del rey?

—Sí.

—Entonces creo me he explicado con claridad.

—Pero no con la bastante,—respondió el cortesano desplegando su maliciosa sonrisa.

Rivadelo se enjugó el sudor que brotaba de su frente

—Bueno,—prosiguió con más precipitación;—es decir que no habré dado la debida latitud á mis ideas ó no habré adivinado el fondo de la cuestión

—Eso mismo.

—Pues respondedme. ¿Qué significa esa palabra *predilección*?

—¿Ignorais la lengua castellana?

—No; pero hay expresiones que tienen doble sentido.

—En ese caso la palabra *predilección* puede comprenderse por afecto, cariño, interés...

—Y amor también, ¿no es eso?—le interrumpió el conde lanzando una mirada inflamada como el rayo.

—Cabalmente,—contestó Eguía, sin inmutarse.

Los dos guardaron por un momento silencio.

—¿Con que el rey está enamorado de Enriqueta de Ponzoa?—preguntó el capitán con una sonrisa expresiva.

—Sí.

—Bien; entonces yo espero que S. M. así que me oiga desistirá de una cosa imposible.

—¿Pero intentais ver al rey?

—Pienso devolverle su regalo.

—Conde, esto es muy serio y yo creo que no come-

tereis ninguna calaverada. Los pensamientos y las intenciones de los reyes deben respetarse, y si vos, guiado por unos celos insensatos, vais á despertar el león en su cueva, guardaos de él.

—Nada temo; nunca he retrocedido. Además, acabo de servir al rey como ningún otro español lo haría. Yo no soy cortesano; soy militar; yo no soy de esos palaciegos que rien porque el rey se rie, que hablan porque el rey habla, que aplauden porque el rey aplaude. Estos son polichinelas y yo soy hombre, caballero. Ante el lenguaje de la razón, del honor y de la justicia, los monarcas doblan la frente. Vamos á palacio.

Eguía conoció que el conde comprendía su dignidad y no pudo menos de avergonzarse. Con todo, era preciso domeñar aquella voluntad de hierro por medio de un golpe que la detuviese.

—Opino como vos, aunque no tan absolutamente. ¿Qué adelantaríais con ese golpe teatral en cosas que ya no tienen remedio?

—Adelantaré lo que todo hombre de honor consigue cuando aboga por una causa justa y santa.

El cortesano desplegó una sonrisa equívoca.

—Conde, estais alucinado, —dijo.

—¿Por qué?

—Veo que no quereis comprenderme.

—¡Que no quiero comprenderos! ¡Ah, demasiado! Vos quereis hacerme retroceder con terrores infundados, para que vuestro amo tenga el camino libre, con

el fin de labrar el deshonor de una joven. Ya veis que lo conozco y sufro cuando he tenido la paciencia de no daros una estocada para deteneros en vuestra carrera de negociador.

Eguía se puso pálido al oir la entonación amenazadora del conde

—¡Ah! caballero; habeis perdido la brújula con vuestros dos meses de ausencia y hablais de la virtud, como pudiera hacerlo un monje de la edad media. Pero si yo os dijera con la ingenuidad que me caracteriza que vais á hacer un papel ridículo...

—¡Caballero!

—No os enfadeis; oidme con cachaza.

—¿Y por qué?

—Porque Enriqueta ama al rey. Ved aquí la verdad del negocio.

Rivadelo hizo un brusco movimiento y llevó la mano á la empuñadura de su espada. Eguía permanació frio ó indiferente, deteniendo con su calma filosófica al genio ardiente del enamorado caballero.

—¡El rey amado por Enriqueta!—exclamó.—Eso es imposible; eso es un ardid que me pagareis con todas las gotas de vuestra sangre... ¡Oh! me habeis puesto loco y...

—Cuidado; volved en vos, mirad que la justicia anda lista y sentiría en extremo que os echase el guante.

—Poco me importa la justicia. Ahora lo que interesa es que me pongais al corriente de todo,—prosi-

guió el conde serenándose en la apariencia. Sin duda alguna me dareis una prueba que me aclare esta horrible incertidumbre.

—No tengo inconveniente en ello,—contestó Eguía tranquilizándose á su vez.

—¡Oh! decidla pronto. De lo contrario ú os mato, ó me mato yo; hé aquí mi modo de pensar.

—Ni lo uno ni lo otro. Las mujeres son frágiles en el culto de la fidelidad y no merece la pena, ni de que os mateis, ni de que yo muera sacrificado por vuestro insensato furor.

—Dejaos de palabras y dadme esa prueba.

—Vos la teneis.

—¡Yo!

—Sí; la mejor es el regalo contenido dentro del estuche que me habeis arrancado.

El conde fuera de sí llevó sus manos á la caja de terciopelo y la abrió con rapidez. Un corazón de oro orlado de brillantes fué lo que se presentó á su vista. Aquel símbolo significativo del amor real le hizo estremecer y lanzar una imprecación terrible.

—Esto es infamo; esto es inconcebible. Yo no puedo dudar de Enriqueta, y sin embargo no puedo concebir tanto descaro por parte del rey á no haber mediado antes algún favor.

—Creo acabareis por convenceros,—dijo Eguía con su imperturbable calma.

—Pero..... ¿cómo? ¿Teneis más pruebas?

—Sí.

—¡Oh! decidlas; decidlas.

—Caballero, hay cosas reservadas en las que ningún hombre de honor debe mezclarse.

Un zumbido de cólera y de celos atronó la cabeza del conde; su corazón quiso hacerse pedazos, y sus ojos despidieron una llama sangrienta. Estaba en el colmo de la zozobra y desesperación.

—¿Y bien?—murmuró con sordo acento;—cuando es preciso descorrer de una vez el negro velo de estas horribles verdades ó suposiciones, no se puede retroceder. Habeis avanzado mucho para intentar una reserva alarmante. Hablad.

—¿Qué quereis que os diga?

—Esas cosas que no se deben revelar.

—¡Ah! conde, ¡cómo os compadezco!

—Hablad,—volvió á decir esto de un modo brusco.

—Os complaceré; pero es con una condición.

—¿Con cuál?

—Con la de que sereis prudente y guardareis el secreto.

—¡Oh! Me estais haciendo sufrir los mayores tormentos. Hablad,—volvió á repetir como si estallasen en su cabeza cien truenos á la vez

—Pues, amigo mío: Enriqueta de Ponzoa no solo ama al rey sino que le pertenece.

El conde dió un salto y se arrojó sobre Eguía para ahogarle entre sus brazos.

—Mentira, miserable,—gritó como un furioso.

—Conde, conde,—murmuró éste;—cuidado que he-

mos llegado á palacio, y estas locuras van á llamar la atención general.

—Mentira,—volvió á gritar, sintiendo que su sangre, su vida y su alma querian salir fuera de su cuerpo.

—¿Queréis convenceros de que no os engaño?—respondió el consejero.

—Sí.

—Mirad ese corazón de oro, bordado de brillantes.

El capitán bajo los ojos y los fijó en la hermosa alhaja que oprimía con sus manos.

—Ahora,—continuó Eguía;—apretad ese rubí que existe en la parte superior; es un resorte; dentro encontrareis una prueba que os hará creer como á Santo Tomás, esto es después de haber visto y tocado.

El conde practicó las instrucciones que acababa de recibir, y el corazón de oro se abrió en dos mitades, dejando ver un brillante receptáculo cubierto con dos regillas del mismo metal Debajo de una de ellas había un papel perfumado y cuidadosamente envuelto en una telita de raso azul bordado de hilo de plata.

—Tomad y leed ese papel,—prosiguió el consejero. —Luego que esteis convencido espero desistireis de presentaros á S. M., y confío me devolvereis el regalo para que lo entregue á Enriqueta.

El conde no oyó estas palabras; era tan grande su preocupación, que solo pensó en sondear aquel nuevo misterio. El papel era un billete concebido en estos términos:

«Enriqueta: anoche me hicísteis feliz al concederme por primera vez todos los tesoros de vuestro »amor. Yo espero me habreis perdonado que me va»liese del nombre de un digno caballero para llegar »hasta vos. Culpad á mi cariño. Esta noche á las »doce tened pediente la escala, puesto que desde esta »hora hasta cerca de las dos tuve la gloria de teneros »en mis brazos Adios, recibid toda la efusión de mi »cariño.—*Carlos*».

Esta carta iluminó la imaginación de Rivadelo. Acordóse de la aventura de la noche anterior, y comprendió que valiéndose de su nombre habían tratado de engañar á la inocente Enriqueta. Esta se hallaba pura, por cuanto él había tenido la felicidad de permanecer todo el tiempo marcado en la carta al lado de su amada. ¡Qué le importaba lo demás?

Sin embargo, era preciso volver todo su explendor al nombre de su futura esposa; averiguar hasta lo último los cabos misteriosos de aquella intriga, que iba á robar la honra á una doncella engañada; castigar de un modo terrible al cómplice ó complices de semejante trama y sobre todo hacerle ver al rey su ingratitud para un fiel vasallo; su error sobre una creencia fatal y denigrante; su mal comportamiento para con una joven inocente y virtuosa.

Las negras nubes que sondeaban su frente se disiparon con rapidez: sus ojos, si bien resplandecían con el fuego de la venganza, perdieron la sangrienta expresión de la cólera. Una determinación inmutable se

pintó en su fisonomía. El cortesano se estremeció ante aquel cambio repentino.

—¿Estais persuadido de lo que os he dicho?—preguntó mirándolo con asombro.

—Sí; acabo de comprender hasta donde llega el poder de la mentira, caballero, - contestó Rivadelo con gravedad. —El rey y vos me debeis una de esas explicaciones que no tienen otro término sino un combate á muerte. Enriqueta de Ponzoa, no pudo estar en los brazos del rey de doce á dos de la madrugada, por cuanto durante ese tiempo estuvo á mi lado. Todo es una infamia. No temo á la ley; no temo al sagrado respeto que infunde la persona del monarca, cuando Dios me dá fuerzas para sacar mi espada en favor de un honor ultrajado, de una inocencia mancillada. Mi nombre ha servido de pretexto para engañar, y debo volver por mi nombre. Lo acabo de comprender todo. Por lo tanto, vos que tan solícito habeis estado para servir al rey en esta preciosa intriga, es necesario que me pagueis con toda la sangre de vuestro cuerpo. Ved aquí el resultado de todo. Os mataría ahora mismo, pero estamos ya en el patio de palacio y debo ocuparme del rey. Después os buscaré en vuestra habitación, iremos á las tapias del Buen-Retiro y allí acabaremos nuestra cuenta.

Eguía se fué poniendo terriblemente pálido al oir aquella voz pausada y penetrante que caía sobre su cabeza.

—Caballero, tomais la cuestión de un modo que no

puedo admitirla. Me proponeis un desafío, y estos se encuentran prohibidos.

—¿Qué quereis decir con eso?

—Que no me batiré.

—Poco me importa; cometeré en vuestra persona un asesinato,—dijo el conde dispuesto á salir del coche que se había detenido al pie de la escalera del alcázar. —Creo no os escapaieis, señor Eguía.

—Pero diablo ¿dónde vais?

—Ya os lo he dicho, á ver al rey.

Eguía quedó anonadado y no tuvo valor para detenerlo. Metió el regalo del rey dentro del estuche y abriendo una de las portezuelas se lanzó rápidamente por las escaleras.

—Cochero, á escape, á escape,—exclamó el consejero cruzando por sus ojos una llama diabólica;—llevadme al vuelo á casa del inquisidor general..... ¡Oh! —pensó para sí, arrojándose al fondo del coche;—ese demonio es capaz de matar al rey y matarme á mí; pero antes que tal haga, el inquisidor avisará al corregidor y éste lo alojará en la cárcel de córte, mientras las cosas toman otro aspecto.

CAPITULO XVIII

El rey y el soldado.

El conde de Rivadelo se detuvo en la primera meseta para hacerse superior á los sucesos extraordinarios porque estaba atravesando. Su deber de caballero le imponía tomar una venganza ruidosa, y su deber de súbdito leal lo colocaba en el caso de guardar un secreto profundo de todo lo que acababa de saber.

Mas teniendo un espíritu noble, una justa indignación, un alma vigorosa, incapaz de arredarse ante los mayores acontecimientos, conoció que debía presentarse al rey con la dignidad del hombre ofendido y con la independencia de un soldado á quien sus servicios le daban derechos para explicarse con claridad.

Franco por naturaleza, valiente por la sangre que circulaba en sus venas, genio impetuoso, pero magnánimo, carácter incapaz de adular, pisaba con la confianza de su prestigio, de su nombre y de sus mé-

ritos, aquel alcázar silencioso, cuyas paredes y pavimento ocultaban invisibles espinas, que debían lastimarle forzosamente.

El conde respiraba aquel aire extraño, que encerraba para él partículas venenosas, y de este modo llegó á los primeros puestos de guardias. Allí conversó con algunos amigos y compañeros, y penetró en las antecámaras invadidas por esa polilla eterna de cortesanos que pueblan estos salones con la misma gravedad que los mochuelos las ruinas de una iglesia.

Su traje, su arrogante figura, su fama que ya anticipadamente había circulado por todas partes, y sobre todo su nombre aristocrático, le proporcionaron un recibimiento favorable entre aquella bandada de murmuradores, burlones cronistas de lo pasado, é incansables apologistas de lo presente. El capitán encontró en todos los rostros sonrisas afectuosas, miradas llenas de malicia; palabras cargadas de adulación; falsedades disfrazadas con relumbrantes ofrecimientos; ecos de una protección que ni quería ni necesitaba; voces de una ambigüedad exquisita; epígramas y diatrivas bajo aquel disfraz de cortesanía y elegancia, y ademanes que ocultaban la envidia de unos, el rencor de otros y la ambición de todos.

Después de sufrir algunas dilaciones, el conde atravesó por medio de la concurrencia y se acercó al ugier de servicio. En su pálida frente, en sus ojos inflamados por una emoción extraña para la curiosa muchedumbre, en su semblante contraido, conocieron

que el corazón del caballero rebosaba de un sentimiento más superior que el que se abrigaba en sus almas relajadas.

—Tengo necesidad de ver al rey,—dijo el capitán al ugier.

—Está despachando en la actualidad con el señor duque de Medinaceli,—contestó éste.

—No le hace; tened la bondad de anunciarme.

—Me está prohibido. En vano quisiera complaceros.

—Entonces me anunciaré yo. No sé esperar,—contestó el conde desviando al ugier.

Este iba á oponerse, pero el capitán levantando la cortina que caía al otro lado de la puerta, se encontró en frente de Carlos II y su ministro.

—¡El conde!—gritó el rey con rostro placentero.—¡Oh! entrad, entrad; estábamos hablando de vos.

El ugier que en cumplimiento de su consigna corría detrás de el capitán, se quedó hecho una estátua al oir las palabras del monarca.

—Retiraos,—prosiguió éste dirigiéndose al funciocionario;—con este caballero no se entiende la orden que teneis recibida.

La cortina volvió á caer y Rivadelo quedó inmóvil, mudo, rígido delante de su encumbrado rival.

Carlos notó aquella extraña inmovilidad, mas prosiguió de este modo el curso de sus ideas.

—En este instante pensaba mandar que os llamasen, conde de Rivadelo. El señor duque me acaba de

referir el brillante resultado de vuestra comisión, y los inmensos peligros que habeis tenido que salvar para saber el estado en que se encuentran nuestras plazas del Franco Condado. Tanto vos como el señor marqués de Villouraz habeis sabido conseguir cuanto deseábamos en los tratados de alianza, canjeados con el príncipe de Orange, y espero que muy pronto recuperaremos las ciudades que nos han sido arrebatadas por la insaciable avaricia de Luis XIV.

El capitán no contestó, aunque se inclinó profundamente.

—Vamos, acercaos, valiente caballero,—prosiguió Carlos;—con hombres como vos, pronto conquistaríamos nuestra antigua preponderancia. ¿Por qué guardais silencio? ¿Por qué no os acercais á vuestro soberano?

—Señor,—contestó el conde despidiendo una mirada llena de noble altivez;—dispénseme V. M. si no contesto á esas preguntas.

—¿Pues qué quereis?

—Que V. M. me conceda media hora de audiencia.

—Si no es nada más que eso, ya estais servido, querido capitán,—prosiguió Carlos desplegando una amable sonrisa.

—¿Acaso mi presencia sea importuna?—preguntó Medinaceli disponiéndose á salir.

El conde no contestó.

—¿El señor duque pregunta si su presencia será un estorbo en esta entrevista?—interrogó el rey.

—Tengo que hablar en secreto con V. M.,—contestó el conde de un modo severo.

El duque comprendió aquellas expresiones y se despidió.

Luego que el monarca y el vasallo se encontraron solos, el primero adivinó que pasaba algo de extraordinario en el corazón del valiente caballero, y cruzó por su mente un presentimiento doloroso, como si se acusase de alguna culpa grave. El conde por su parte avanzó hácia donde estaba el rey con paso firme y seguro.

Este se sentó.

—Creo que podeis hablar, conde,—dijo Carlos después de lanzar una prolongada mirada sobre él.—¿Qué deseais?

—Señor,—contestó el capitán,—vengo á pedir justicia á V. M.

—¿Acaso habeis sorprendido á vuestro regreso algún abuso suficientemente grande para que imploreis de mí un atributo que corresponde á los tribunales?—preguntó el rey con asombro.

—Sí, señor; es un abuso que solo V. M. puede evitar.

—Siendo así podeis denunciar el hecho,—dijo con un acento sincero.

—El hecho es de inmensa importancia y de infinita trascendencia. En nuestras leyes debe estar marcado el castigo. Pero antes de pasar adelante creo de mi deber manifestar á V. M. que si por una de esas fa-

tales circunstancias que ligan á los hombres y enfrenan hasta el mismo poder de los reyes, no encuentra eco ni voz en su pecho, me veré en la dura y terrible precisión de preparar por mi mano la pena del culpable.

—Conde,—contestó el rey con seriedad;—no hay barreras que puedan detener la justicia de los reyes. Cualquiera que sea el delito, y cualquiera el delincuente, sufrirá el castigo á que se haya hecho acreedor. La ley no respeta ninguna consideración humana y no permite tampoco que nadie tome á su cargo sus facultades Por lo tanto producid la queja y sereis atendido.

El rey esperó que el conde desplegase sus lábios.

—Señor, siendo así espero que me diga V. M. el castigo que merece aquel que trata de deshonrar á una mujer.

Carlos se extremeció; pero reponiéndose al punto contestó:

—Si el acto no ha sido consumado, la pena varía, según los medios empleados por el delincuente; si se ha llevado á debido efecto, entonces la justicia lo juzga y la justicia responde de él.

—Pués hé aquí el delito que vengo á denunciar á mi rey. El hecho no ha sido consumado, pero se supone por medio de circunstancias incomprensibles, que ha sido llevado al efecto debido. El medio ha sido una suposición de personas para sorprender á una joven incapaz de faltar á sus deberes.

—Conde, —contestó el rey extremeciéndose de nuevo;—como conocereis, ese asunto es muy delicado, y si se ha de elevar al conocimiento de un tribunal para que caiga sobre el culpable el castigo merecido, se necesitan pruebas. Pruebas grandes, evidentes y claras que ilustren de un modo irrecusable el abuso de fuerza.

—Señor, las tengo.

—¿Las teneis?—respondió Carlos poniéndose en pié y sintiendo su frente bañada de sudor.—¿Luego vos sois la persona ofendida?

—Soy la que reclama justicia en nombre de la ofensa.

—Acaso alguna hermana.....

—No; yo no tengo hermanas..... Pido que se devuelva la honra vilipendiada á una mujer á quien amo con toda la energía de mi corazón.

—¡Ah!

Carlos tembló al oir aquellas palabras. Acababa de recordar que él había abusado en la apariencia del nombre del conde de Rivadelo para lograr los favores que creía haber alcanzado de Enriqueta de Ponzoa, y aunque estaba persuadido de que sólo usaba de aquel nombre para ocultar á los profanos su persona, creía que la hija del comendador no estaba en este engaño

Entonces miró y contempló en silencio la marmórea fisonomía del conde y la sombría nube que oscurecía su rostro. Principió á temblar.

—Repito, caballero, —dijo, —que estos asuntos son muy delicados, puesto que siempre padece la honra de una mujer cuando esta se expone á la duda ó comentarios de los curiosos. Reflexionad por lo tanto que no debeis de tocar el fuego por si sois víctima del incendio. Si es cierto que esa mujer nada tiene que echarse en cara, y si vos estais persuadido de su inocencia, deteneos; es un consejo de amigo, pues debo daros este nombre en pago de vuestros servicios.

—Señor, yo no busco la amistad, sino la justicia; yo no busco al hombre, sino al rey. Pido que se le devuelva el honor á una joven, que ha sido infamemente calumniada; pido que sea castigado el culpable, ó de lo contrario me veré en la terrible necesidad de ser el vengador de tan doloroso ultraje. Jamás hubieran pronunciado mis lábios los servicios que he prestado á V. M. á no mediar esta ocasión solemne; pero debo recordarlos para que sirvan de apoyo á mi pretensión. Como militar, como caballero y como español, he sido pródigo en derramar mi sangre por mi rey. Antes de las últimas aventuras que me han hecho acreedor á su real aprecio, combatí en las campañas de Italia. Despues favorecido por V. M. hasta el extremo honroso de mandarme á Flandes y á la Alsacia para explorar el estado del ejército francés y detenerlo en las márgenes del Mosella, partí con el entusiasmo en mi corazón y con la esperanza de volver al término de los dos meses con el fin de solicitar de V. M. la autorización para casarme. He vuelto, señor;

pero en vez de pediros un permiso, que hubiera hecho mi felicidad, vengo á pediros justicia. Durante mi ausencia se ha jugado con la honra de la joven á quien amo, y necesito un reparación. ¿Pero cómo se ha jugado, señor? Por medio de una intriga infame en la que el delincuente parece tener parte, aunque lo repugna mi corazón el creerlo así. Han querido suponer mi nombre y mi persona para consumar la deshonra de esa joven; han querido engañar el amor candoroso de una degraciada criatura. V. M. debe conocer que esto necesita una pronta justicia ó una ruidosa venganza. ¿A qué debo atenerme?

Al concluir estas palabras el conde de Rivadelo se cruzó de brazos delante del rey, el cual retrocedió algunos pasos temiendo la furia reconcentrada de aquel hombre.

Carlos estaba mudo, petrificado, crispado de espanto. Su conciencia se revolvía contra él para atarazarle el corazón, aunque su orgullo de rey no le permitía humillarse ante aquella justa acusación que se le hacía. Afectó oir en silencio, y después de un gran rato en que siempre veía enfrente de sí la figura del conde, contestó:

—El sentimiento es muchas veces exagerado, y yo creo que vos mirais este asunto con demasiado calor, conde. Decidme quién es el culpable.

—V. M. sabe quien es el culpable.

—¡Yo!

—Señor; los soldados no sabemos hacer uso de ese

lenguaje palaciego que extravía la imaginación de los reyes. Somos francos por naturaleza, lo mismo que somos valientes por condición. Yo no se adular, sino decir la verdad sin rodeos, sin estudios y sin flores. He dicho que V. M. sabe quien es el culpable y me sostengo en ello.

—¡Conde!—exclamó el rey con acento severo;—vuestra razón se extravía.

—Señor,—contestó Rivadelo al oir aquel timbre de voz verdaderamente real;—veo que V. M. no quiere oirme; pero mi honor me impulsa á seguir adelante. Antes que todos los respetos humanos está Dios; antes que el rey está la conciencia; antes que el deber está la virtud. No puedo acudir á ningún tribunal, porque no me escucharian; no puedo elevar mi acento delante de ningún juez, porque me tendrían por loco. El culpable se encuentra sobre los tribunales y los jueces; está escudado con su nombre, con su gerarquía y con su fuerza; el culpable, señor, no se halla sujeto ni al rigor de las leyes, ni á la potestad de la inquisición, y de aquí el que acuda á V. M. fuente y origen de la justicia.

—Y bien, conde,—murmuró Cárlos;—ese culpable que decís, estando á tanta altura, no puede ser otro más que el rey. El rey es inviolable,

—¡Oh!—contestó Rivadelo dando un paso adelante;—el honor de una mujer es inviolable también. ¿Conoce V. M. á Enriqueta de Ponzoa? He aquí la víctima. ¿Conoce V. M. al conde de Rivadelo? ved al amante.

¿Conoce V. M. á Cárlos II rey de España? ese es el culpable.

El rey dió un pequeño grito de terror y asombro. Se hallaba enfrente de un acusador inexorable, que por un fatalismo inexplicable acababa de descubrir sus secretos amores. Revelóse en él la naturaleza de hombre y no pudo menos de temblar á causa de su carácter pusilámine; pero acordándose que era el rey, que ante él todo el mundo doblaba la cabeza, y que nadie tenía derecho para censurar su conducta, lanzó al conde una de esas miradas omnipotentes, bajo cuyo resplandor sucumbía el orgullo, el descaro y la insolencia.

—Os he dejado delirar por algún tiempo, en atención á los méritos que habeis contraido por mi nombre y por mi causa,—dijo con voz solemne. —Pero si en adelante seguís faltando á las consideraciones que debeis á mi rango; si quereis sondear los actos de mi vida, actos que no os pertenecen, entonces, caballero, llamaré á mi servidumbre y sereis castigado por vuestra insolencia. Idos.

El conde á pesar de esta orden permaneció inmóvil enfrente del rey.

—Idos,—repitió volviéndole la espalda y dirigiéndose á una puerta.

Pero el conde avanzando con rapidez cortó el paso al monarca.

—No; no me iré,—dijo deteniéndolo; —estoy decidido á morir, pero no á ceder. Rey de España,—pro-

siguió haciendo vibrar su voz con fuerza;—si el más fiel de vuestros vasallos viene á pedir justicia y se le amenaza con un castigo; si un soldado que ha vertido muchas veces su sangre por V. M. acude á implorar que se borre de un modo digno la infame mancha que pesa sobre una señora y no se le escucha; si un noble llega á vuestros pies para que se le atienda y se le vuelve las espaldas, entonces, señor, el vasallo se subleva, el soldado amenaza y el noble insulta. Señor, no saldreis de esta habitación sin que volvais á Enriqueta de Ponzoa, no la honra que creeis haberle quitado, sino el buen concepto que se merece

—¡Que decís!—exclamó el rey cayendo en un sillón sin comprender lo que pasaba.

—Digo, señor, que el eco de mi voz hace evtremecer á V. M. en tales términos, que lo sujeta en ese asiento en vez de huir. ¡Oh! no saldreis de esta cámara sin oirme.

—Callad, conde estais abusando de mi bondad.

—Y no cederé un instante hasta que V. M. me devuelva la honra que por fortuna solo habeis calumniado en vez de manchar; no cederé hasta que exhale el último suspiro muerto á vuestros pies ó se me conduzan á una prisión por falta de respeto. Pero antes acudiré á mi espada, y sabré defender no mi nombre, no mi vida, no mi honor, sino el nombre, la vida y el honor de Enriqueta de Ponzoa. Hay para todas las acciones humanas un lugar donde se las juzga y un juez que las sentencia ó las ensalza. Este juez manda

la venganza ó la reparación por medio de una Providencia siempre vigilante, y él es quien me envía. Ya he dicho á V. M que amo á Enriqueta; Enriqueta está pura, pero complicacaciones inexplicables para mí, la hacen aparecer culpable. Enriqueta en vez de ser víctima en una tentativa de mal género, se ha salvado por una de esas circunstancias prodigiosas que vienen del trono de Dios; Enriqueta en vez de caer anoche á las doce en los brazos de V. M., estuvo conversando conmigo sobre la inefable dulzura de nuestro amor hasta la madrugada; pero su nombre y su honra circula en los labios como si fuera ya una de esas queridas que pertenecen al rey por el nuevo orgullo de pertenecerle, y esto es lo que jamás podré consentir. V. M. seducido tal vez por una apariencia engañosa, le ha remitido un regalo en cuyo seno se encierra una carta insultante. Enriqueta, señor, no es vuestra cómplice; no pudo hacer feliz á V. M. como se supone en este escrito, porque en los momentos supremos de esa escena repugnante, soñaba á mi lado en una felicidad santa, en un porvenir envidiable. V. M. ha debido tener en sus brazos el fantasma de una mujer, acaso la imagen anticipada de su remordimiento; pero nunca á Enriqueta de Ponzoa. Dios y no la casualidad, es quien ha arrastrado hacia vos ese espectro voluptuoso que se os ha aparecido entre las tinieblas.

El conde se hallaba tan conmovido al decir estas palabras, era tan imponente su acento y tan superior

su ademán, que el rey quedó anonadado por un momento. Veía descubiertos todos sus secretos por un hombre temible, y lo que es más, que le negaban la existencia de su felicidad de un modo tan terminante, que principió á dudar hasta de sí mismo.

—Conde; estais delante de vuestro rey, y no teneis derecho para juzgarle,—dijo con asombro.—Ese regalo que ha llegado á vuestras manos, de un modo inexplicable para mí, es el secreto de un rey, y los secretos de los reyes son tan inviolables como los sepulcros. Ya que tan imprudentemente habeis querido arrancar el velo del decoro, debo deciros que el amor de un monarca lejos de envilecer, ennoblece; en vez de manchar, purifica. Conde de Rivadelo, cualquiera que sea vuestra opinión sobre la existencia real ó ficticia del amor que me profesa Enriqueta de Ponzoa, ni estoy en el caso de impugnarla ni de conformarme con ella Mi carácter y mi dignidad no deben daros explicaciones; por lo tanto os mando que os retireis.

Carlos haciendo un esfuerzo sobre su debil organización se puso de pie, y con un ademán de irresistible autoridad señaló la puerta. El conde lívido, con los labios apretados nerviosamente, la mirada inflamada y casi ahogada por el despecho, conoció que toda su razón se estrellaba á los pies del rey; encontró en las palabras que acababa de oir toda la frialdad del insulto y toda la insolencia del desprecio, y no pudiendo contener la desesperación y el furor que le

dominaban, exclamó con la violencia comprimida de su corazón:

—¡Con que se niega V. M. á devolver una honra usurpada inícuamente!

—Conde, retiraos.

—¡Oh! no me retiraré, señor,—exclamó Rivadelo dando salida á toda su indignación;—á un soldado que ha derramado copiosamente su sangre y se ha expuesto mil veces á perder la vidapor V. M., ¡no se le despide de este modo. No saldré de aquí sin que todo el mundo sepa el abuso que se hace del honor de una joven desgraciada. Sé que va á recaer sobre mí todo el odio de V. M., pero nada temo. Tengo en mi poder una prueba que destruiría cualquiera tentativa que se haga en contra de Enriqueta de Ponzoa; y esa prueba es este regalo,—prosiguió sacando el estuche de terciopelo donde se encerraba. Lo llevaré en la mano pidiendo justicia, y á no ser que me corten la lengua para que enmudezca, se sabrá que S. M. el rey de España, Carlos II, ha faltado á los deberes del honor, de la equidad y de la gratitud.

—Conde,—gritó el rey;—si dais publicidad á ese secreto os espera la Inquisición.

—Señor: llevo una espada para sustraerme de ese tribunal.

—Esa espada está deshonrada,—contestó Carlos II. —Habeis faltado á vuestro monarca y la habeis manchado. Ya no sois militar. Desde este momento no perteneceis á mi ejército.

El conde tembló de ira: se repuso y sacando su espada con dignidad.

—Señor, —dijo, —no quiero ceñir por más tiempo un acero puesto que V. M. me separa de mi carrera. Dejo el sable del soldado; pero usaré del estoque del noble. Tomad,—prosiguió acercándose al rey: —no quiero un arma envilecida, aunque es la que ha defendido muchas veces el nombre de V. M.

Este examinó aquel movimiento, y como arrepentido de haberse dejado arrastrar por un sentimiento de ira, retrocedió con la palidez de la sorpresa y el temblor del delincuente.

En el mismo instante que esto se efectuaba, se abrieron estrepitosamente las puertas de la cámara real y aparecieron en ella don Jerónimo Eguía, el inquisidor general, el corregidor, algunos religiosos y jueces del santo oficio, rodeados de la sombría magestad de aquel tribunal.

Detrás brillaban las picas de algunos alabarderos.

Todos hicieron un movimiento de horror creyendo que el capitán iba á asesinar al rey. Este no tuvo valor para desmentir aquel fatal convencimiento. Eguía, que parecía haber estado aguardando aquella solemne ocasión para presentarse con el negro aparato de la justicia, hizo un ademán á sus secuaces, y exclamó con voz agitada:

—Prended al traidor. Va asesinar al rey.

A este grito profundamente estudiado todos se lanzaron sobre el conde, el mismo Carlos volvió ate-

rrado la cabeza creyendo que el furor de éste había llegado á su colmo y trataba de cometer aquella acción horrible.

Hubo un momento de tumulto y de inexplicable desorden. Rivadelo, atacado bruscamente por la espalda, no pudo revolverse con prontitud y quedó sujeto por los soldados.

—Señor,—gritó,—mandad que me pongan una mordaza ó de lo contrario no podré callar.

—Llevadle... llevadle,—contestó Carlos cayendo temblando de nuevo en un sillón y deseando no verlo delante de sí

El inquisidor general se acercó al rey y le preguntó al oido de qué modo le parecía que se tratase al nuevo preso.

—Queda á vuestro cuidado,—contestó Carlos.

Rivadelo arrojó su espada á los pies del rey.

—Ahí tiene V. M. la prueba de mis crímenes,—exclamó de un modo irónico, al mismo tiempo que era conducido por los soldados fuera de la regia estancia

El rey se extremeció; comprendió el pensamiento de aquel valiente joven, pero no tuvo valor para mandar que se pusiese en libertad.

Luego que se vió solo llamó á Eguía.

—Arrancad el regalo de Enriqueta al conde de Rivadelo,—dijo Carlos pálido como la muerte así que entró el consejero.—Os prohibo que me hableis más de este asunto..... No quiero saber nada..... Por lo

visto habeis abusado de mí hasta lo sumo, caballero.

—¡Cómo señor!

—¿Cómo? La mujer de anoche no era ella. El conde estuvo á su lado; luego yo ciego y engañado creía en una dicha que no ha existido.

—¡Con que no era ella!

—No; me habeis engañado.

—Señor..... —murmuró Eguía temblando.

—Silencio,—exclamó el rey con ademán solemne: —ni una palabra más. No quiero amor; no quiero una dicha equívoca; no quiero perder un valiente caballero por conquistar una hermosura. Habeis llenado mi corazón de angustias y mi alma de remordimientos... ¡Basta ya!

El rey miró de un modo terrible á su funesto consejero, y despues de un momento de incertidumbre salió de la estancia con la helada magestad de un aspectro

Eguía no supo lo que le pasaba; su intriga quedaba hecha pedazos en aquel instante.

El resultado, era una joven deshonrada y un valiente encarcelado.....

Porque en efecto, el conde de Rivadelo fué conducido á la cárcel de corte.

CAPITULO XIX

El regreso.

Ya es tiempo de que volvamos los ojos hácia los tres indomables jóvenes que dejamos en las aguas de Cartagena entre las detonaciones de un combate marítimo, entre los alaridos de los filibusteros y gritos de triunfo de los defensores de la plaza.

¿Qué destino le había reservado Dios á aquel hermoso y ligero bergantin, cuyas blancas velas infladas hácia la proa se agitaban al impulso de las brisas americanas? ¿Qué había sido de la valiente *Estrella,* cuya quilla cortaba en anchos arrecifes las ondas del Océano?

Seguir entre las cenicientas brumas de los mares á una embarcación elegante y atrevida; verla dormirse entre el blando murmullo de las olas, ó bien correr

con ella bajo el impetuoso azote de una tempestad; estudiar sus prolongadas abordadas, especie de geometría inmensa cuyas figuras se trazan en el ancho plano de las aguas; medir su carrera diaria; sentarse en una de sus carronadas, mientras la noche tiende sus sombras sobre el buque; verlo con la proa dirigida hácia alguna estrella que parece bañar su húmeda cabellera en los promontorios de las espumas; oir las conversaciones de los tripulantes; escuchar sus esperanzas y extremecerse al soplo del viento ó al aspecto de la nube que se destaca como un disco de hierro, ó gigante de sangre en algún punto del horizonte; todo es para nosotros uno de los espectáculos más grandes y sublimes, más solitarios y expléndidos que el hombre y la naturaleza, unidos á un tiempo, han podido combinar.

Los tres nobles jóvenes que corrían sobre la *Estrella,* triunfantes de tantos peligros y que volvían al seno de sus hogares conduciendo los cuarenta millones, debieron disfrutar de estos momentos de melancolía profunda é íntimo regocijo que se quedan impresos en el alma para no borrarse jamás.

Mil veces con la vista fija al Sur, pues habían tenido que dirigirse al norte para hacer su viaje con más rapidez; mil veces, repetimos, interrogaron los límites del cielo y del mar para ver si se descubrían el espectro de aquella fragata que quedaba casi hecha pedazos en el puerto de Cartagena, temiendo verla aparecer de nuevo. El maestre Pablo Avendaña,

aprovechaba de un modo prodigioso hasta el más ligero soplo de brisa, deseando dejar aquellas tórridas latitudes por las templadas de Europa; la tripulación iba contenta, y según la carrera de la *Estrella* se podía graduar que llegarían á España á la época del plazo prefijado.

¡Ah! ¿qué habría sido de Asima? ¿Habría sucumbido de resultas de la herida que le hubo de causar el capitán Rangel?

Todo era perplegidad; sin embargo, nuestros jóvenes adelantaban de una manera prodigiosa.

Una mañana al tiempo de salir el sol descubrieron en el fondo unas manchas negras, especies de sombras que se elevaban como masas volcanizadas.

Eran las Canarias; era ese expléndido archipiélago que la Providencia ha colocado en medio de los mares como una de esas mansiones hospitalarias que sirven de descanso á los viajeros. Las Canarias son el jardin del Océano. Allí se extendía la redonda Palma en otro extremo se veía á Fuerte-Ventura y Lanzarote, próxima ya á las playas africanas: en medio resplandecía por su inmenso cono el gigantesco Teide, volcan que refleja en sus nieves la lumbre de las llamaradas; más abajo estaba la isla de Hierro, por cuyo extremo oriental debían pasar dentro de breves horas.....

Todos los corazones latieron de alegría; respiraron la brisa matutinal como si estuviese envuelta en los perfumes de la patria y miraron por largo tiempo

aquellas verdes riberas que les anunciaban las de España.

De pronto, como si la mano de Dios hubiese caido sobre la *Estrella,* quedó inmóvil, columpiándose apenas; las velas quedaron pegadas á los mástiles; las jarcias quedaron temblando con la flojedad de la pereza; el mar dejó de mugir y todo quedó en reposo.

El viento había cesado. El sol rojo y encendido se cubrió en un vapor caliginoso: el cielo perdió su azul y se llenó de un color plomizo y cárdeno.

Eran los indicios de una tempestad.

El maestre Pablo dió la señal de alarma y previno á la tripulación á recibir el chubasco. Era la primera desgracia que habían tenido desde su salida de América.

De allí á media hora se iniciaron algunas bocanadas del Sur; ráfagas ardientes que pasaban con un silbido doloroso y que iban á perderse en el fondo del mar.

La *Estrella* avanzó, merced á este aire, algunas millas. A medida que se acercaba á las Canarias el mar y el cielo se pusieron más opacos; el sol se fué perdiendo en un golfo de amontonados vapores, hasta que estalló uno de esos truenos tropicales que invaden toda la extensión del firmamento.

Un pálido relámpago brilló al mismo tiempo, y tanto la detonación como la corriente eléctrica fueron á perderse en el fondo del occidente.

Fascinada la tripulación siguió el resplandor sul-

fúrico de la tempestad, y ¡cosa extraña! al mismo tiempo que el trueno y el relámpago parecían sepultarse en el Océano, vieron á su azulada luz la sombra de una grande embarcación que avanzaba bajo el aliento de una potestad desconocida.

Todos quedaron petrificados, mudos, absortos y sin poder proferir una palabra. ¿De dónde salía aquella nave? ¿Qué mares la habían abortado? ¿Qué hombres la conducían?

Un segundo relámpago vibró sobre el misterioso buque.

—¡Es la *Sirena!* —gritaron todos á un tiempo como si en ella hubiesen visto una sombra de otro mundo.

—¡Es la *Sirena!*—repitió el maestre Pablo;—pero la tempestad viene en nuestro auxilio.

En efecto, como si las palabras del experimentado piloto hubiesen sido una profecía, se cumplieron puntualmente.

Reventó la borrasca. Una manga inmensa se estendió desde el fondo del Africa, y ocultó el sol y el cielo entre los grandes pliegues de nubes de color leonado: las mugidoras ráfagas del huracán pasaron de pronto sobre los mástiles de la *Estrella* como cien torbellinos; el trueno y el rayo volvieron á estallar en la atmósfera, y el mar, revuelto, impetuoso, indomable, se levantó como un sin número de montañas verdosas y sombrías, que avanzaban á estrellarse contra el bergantin.

El maestre Pablo tomó la caña del timón y orde-

nó algunas maniobras importantes. No pudiendo seguir la dirección que le marcaba el viento, tuvo necesidad de recoger todas sus velas para no desviarse del rumbo de España.

El huracan principió á hacerse constante, pero sin perder su fuerza.

La *Estrella* se veía detenida por vez primera sin poder adelantar.

Los tres caballeros que según su costumbre iban en la popa, observaban todos los movimientos de la maldita fragata que los perseguía. Esta parecía haber adelantado extraordinariamente. Más inclinada al sur, corría con la fuerza del viento y podía acercarse al bergantin sin que éste tuviese medios para sustraerse de que le diesen caza.

El piloto conoció esto luego que se hubo enterado de la verdadera posición de la fragata; dejó el timón á un marino experimentado y se acercó á los tres caballeros. Estos lo miraron con ansiedad.

—¿Cuál es vuestra opinión?—le preguntó Rangel mirando alternativamente á la fragata y al piloto.

—Bastante mala,—respondió éste con su natural sangre fría.

—¡Diablo!—exclamaron Martín y Leoncio.

—Digo la verdad.

—¿Pensais que nos alcanzará la fragata?—volvió á preguntar el capitán.

—Sí. El viento la favorece, y á nosotros nos es contrario.

—Entonces no hay más remedio que pelear. A los cañones,—gritó Rangel.

—Más calma,—respondió el maestro Pablo;—la fragata no se pondrá á nuestro alcance haste las cuatro de la tarde y podemos contar con algunas horas.

—¿Y qué?

—Iba á proponeros un recurso; recurso incierto, pero acaso útil en las circunstancias presentes.

—Tened la bondad de comunicarlo,—dijeron los tres expedicionarios.

El maestro Pablo extendió la vista hácia el lado de babor.

—Mirad,—dijo señalando con la mano á las Canarias, cuyas negras rocas se percibían en el fondo del horizonte.—Esas islas nos prometen puertos seguros y proteccion por parte de las autoridades; podemos retirarnos á ellas.

Este consejo hubiera sido admisible en otra cual quiera circunstancia.

—¡Y qué vamos á conseguir con encerrarnos en una bahia, si la fragata seguirá nuestro derrotero, nos cerrará la salida cuando volvamos al mar y se empeñará entonces la lucha que ahora rehusaríamos?

—Ese es un obstáculo,—observó Martín.

—El peor de todos,—añadió Leoncio,—es el tiempo que perderíamos. ¿Cuánto debemos tardar en llegar á España?

—Ocho días si el aire es favorable,—replicó el maestro Pablo.

— Cabalmente, ved ahí el tiempo que nos falta para que se cumpla el plazo de dos meses que nos fué impuesto.

— Es cierto; — contestó Rangel; — no podemos acercarnos á esas islas.

— Entonces estar dispuestos para la lucha.

El piloto se separó para dar las disposiciones necesarias.

Mientras tanto el mar iba poniéndose más grueso y el viento picó de la parte de sudoeste en anchas bocanadas. Este viento puso en movimiento á la *Estrella*, la cual dirigió su rumbo hácia el extremo más meridional de la isla de Hierro, para ver si podía escaparse de la persecución en alas de la borrasca.

Pero todo fué inútil. La *Sirena* recibía el viento de popa, en tanto que el bergantín lo tomaba de bolina, y esta circunstancia aumentaba la velocidad de la fragata.

Era por consiguiente imposible evitar el encuentro.

El capitán Rangel en unión de sus compañeros resolvieron esperar el combate á la altura del cabo de la Restinga, para poder arribar fácilmente á la costa en caso de algún apuro. Adoptado este plan, corrieron hácia la dirección marcada con la impaciencia de los que marchan á un duelo decisivo, dispuestos á verter su sangre ó á salir de una vez victoriosos de aquella encarnizada persecución.

A las cuatro de la tarde sólo algunas millas los

separaban de la isla de Hierro. La fragata se destacaba con todas sus velas y sus jarcias sobre el caliginoso fondo de un horizonte tropical, y continuaba su derrotero hácia el bergantin.

Este quedó inmóvil, presentando la banda de estribor con sus seis cañones dispuestos á disparar luego que la *Sirena* estuviese á tiro

La quietud y el silencio de los tripulantes revelaban una decisión desesperada, cuyo término sería la muerte ó la victoria. Se disponía uno de esos episodios feroces que pasan en lo soledad de los mares, ante la vista de Dios, y donde el crimen y el heroísmo perecen á un mismo tiempo.

La mar y la naturaleza parecían haberse calmado algún tanto; se aproximaba la hora del crepúsculo de la tarde, y aunque en las imensas nubes que cubrían el cielo se conocía que la tempestad continuaría con más fuerza, había un momento de reposo para oir las primeras detonaciones del combate.

La fragata se acercaba cada vez con más ligereza. Ya se distinguía su tripulación, puesta en órden sobre la cubierta ó maniobrando en los mástiles, para ir disminuyendo su velocidad. Los tres valientes de la *Estrella* descubrieron con la ayuda del anteojo una figura alta y siniestra puesta en la proa, y mirando con sangrienta voracidad á esta embarcación.

Entonces se convencieron que Asima no había muerto, pues era él quien parecía comunicarle á la fragata una rapidez infernal.

Leon, Martín y Rangel sintieron ese extremecimiento glacial que se experimenta cuando ponemos la mano en algún insecto repugnante; pero al punto se enardeció la sangre de sus corazones y confiaron en el prestigio y en las victorias que habían alcanzado en contra de aquel funesto personaje.

Los cañones brillaban á la última claridad del día; las mechas ardían en manos de los marineros.

De pronto seis grandes bocanadas de humo precedidas de seis terribles detonaciones, indicaron el principio del combate. Las balas penetraron en el casco de la fragata. Esta pareció extremecerse como si tuviera la sensación de un cuerpo con vida, viró de bordo y descargó sobre la *Estrella* un diluvio de proyectiles que se clavaron en sus flancos con estruendo y pasaron silbando por entre sus jarcias.

Prescindimos de describir esta lucha desesperada, este reto formidable, este choque encarnizado donde las fuerzas, el aliento y la vida de multitud de hombres se dedicaban á exterminarse mútuamente.

La noche principió á ocultar estos horrores, pero con su llegada se desataron los elementos de un modo terrible Todo lo envolvió una densa oscuridad, interrumpida por los fuegos del combate y por las brillantes y azuladas llamaradas de los relámpagos, que rompían las tinieblas para dejar ver golfos de blanca luz en las profundidades del cielo.

Entonces se descubrían las moles imperfectas y dudosas de las embarcaciones, correr una detrás de

otra; ser atacadas por las gigantescas olas, las cuales saltaban hasta los últimos gallardetes, y desaparecer en seguida como unos espectros malditos, evocados bajo los resplandores de la borrasca.

El resultado de aquella lucha desesperada produjo el que Leoncio escribiese, con autorización de sus compañeros, una porción de cartas, las que encerradas en tubos de lata y cajas de corcho se lanzaron al mar.

Ya saben nuestros lectores los tristes resultados que ocasionó una de ellas. El insulto de Elena de Gorbea; el engaño del rey y la deshonra de aquella joven. Leoncio, por una de esas fatalidades inconcebibles de la vida, había sido la causa de aquella desgracia.

¿Pero qué había sido de la *Estrella* después de aquella noche de desolación en que rota, despedazada, corría hácia las riberas de Africa á impulsos del huracán? ¿Se habría despedazado contra alguna roca, ó bien sucumbiría para siempre en medio de los mares y bajo de los fuegos de la *Sirena*? No.

La *Estrella* después de cuatro horas de un combate desesperado se había puesto á alguna distancia de la fragata. Esta se hallaba abierta por todas partes.

El maestro Pablo, siempre con la frente serena, miraba en silencio los destrozos que había sufrido su hermoso bergantín: con todo, el tiempo era muy urgente y no se podía perder un minuto.

Se acercó á los tres caballeros que buscaban en el

fondo la sombra al menos de sus incansables enemigos.

—Dios nos proteja,—dijo en voz baja limpiándose la frente manchada con sangre y pólvora.

—¿Hay alguna esperanza?—preguntaron con ansiedad.

—Sí.

—¿Cuál es?

—Aprovechando la oscuridad de la noche y la fuerza del viento N. O. que nos impulsa hácia Africa, podemos llegar mañana á una de las numerosas ensenadas que su costa nos ofrece. Allí nos será fácil reponernos de las averías de esta noche, y volver á darnos á la vela en seguida.

—¿Pero esa operación nos hará perder algunos días? —preguntó Rangel.

—Muy pocos.

—¡Oh! ¿y nuestra palabra?

—Capitán, no penseis en eso; con el combate de esta noche no podemos llegar á España al cumplir exactamente los dos meses.

Los tres jóvenes hicieron un gesto de disgusto y desesperación, y hasta el mismo sargento Arcabuz, que siempre detrás de su amo había hecho prodigios en aquella noche, golpeó impacientemente la cubierta del bergantín.

—¿Lo considerais como cosa imposible?

—Lo considero. Además, debo haceros una advertencia.

—Hablad.

—Vuestros principales deberes es salvar los cuarenta millones que llevamos á bordo. Exponernos á perderlos y á perdernos nosotros siguiendo el rumbo de España, sería una temeridad.

—Teneis razón,—contestó Leoncio.

—Siguiendo el derrotero que he emprendido nos separaremos de la dirección de la fragata. Los relámpagos han cesado, que son los únicos que pudieran delatarnos. Aprovechemos la oscuridad y mañana estaremos libres.

—Pero esto es huir,—observó Leoncio Villaper.

—Huir es vencer en ciertas ocasiones.

—Bien,—contestó Rangel sometiéndose á aquella ley de las circunstancias;—consiento en vuestro parecer con una condición.

—Decidla.

—La de que estaremos en España en los ocho días después de cumplido el plazo de los dos meses.

—Os lo prometo

La *Estrella* siguió el nuevo rumbo que se le había dado, y á la mañana siguiente se halló surta en una desierta ensenada de la costa occidental de Africa.

Se carenaron precipitadamente todas las averías, se recompusieron las destrozadas jarcias, y después de haberse preparado para nuevas fatigas, se dieron á la vela al cabo de seis dias de inacción y de impaciencia.

El mar continuaba agitado, y tuvieron que perder otros dos días para llegar á una altura considerable y evitar los numerosos escollos de las crizadas costas de Africa.

Tal era la situación de los jóvenes al cumplirse los dos meses justos de su salida de España. Todo indicaba ya un término feliz. El viento impulsaba al bergantín hácia las playas españolas; las ondas espumosas del Océano iban perdiendo el color verdoso de su fondo inconmensurable; las brisas eran más puras y los límites del cielo presagiaban el cambio de la temperatura

Tres días continuaron de este modo. A la mañana del cuarto se descubrieron á proa los primeros promontorios de España como una ligeras nieblas aparecidas sobre las ondas.

Toda la tripulación subió á cubierta, y el sargento Arcabuz improvisó un baile extraño que provocó la risa y el contento de todos.

—Allí está España,—dijo el maestre Pablo, extendiendo las manos como para bendecir aquella tierra querida.

Los tres jóvenes lanzaron un grito de alegría y se abrazaron con efusión.

Volvían victoriosos; iban á estrechar las manos de sus amigos, á contar sus aventuras á sus amantes, á merecer el aprecio del rey y á ocupar una posición brillante y feliz. ¡Ay! ¡Cuántas esperanzas, cuántos sueños, cuántas promesas, animaban aquellos corazones generosos!

La mayor parte del día fué un delirio anticipado de lo que creían encontrar en Madrid.

A medida que avanzaban veían aparecer las montañas azuladas de la Península, notaban la variada ondulación de sus costas, como una ancha cinta agitada por el viento, y ya se figuraban estar desembarcando en Cádiz entre la multitud de curiosos de esta hermosa ciudad.

Pero cuando más entusiasmados estaban con tan hermosa espectativa, notaron con asombro, hacia la parte de proa, que se dirigía hacia ellos una grande fragata.

Más bien por un presentimiento que por una realidad, se extremecieron todos: dirigieron á la aparecida embarcación sus anteojos y conocieron á la *Sirena*, dispuesta á cerrar el camino con un postrer esfuerzo á los que montaban el bergantín.

El ardor de la sangre y la presencia de la patria, inflamaron todos los corazones con el deseo de exterminar á un enemigo tan tenaz.

La *Sirena* corrió hacia la *Estrella* como un ave de rapiña, luego que la descubrió en la extensión de los mares. ¿Pero cómo se hallaba allí cuando la dejamos á popa á la altura de las Canarias?

Cuando el conde del Cisne notó al día siguiente, después del combate, que el bergantín había desaparecido, no dudó que se había separado del derrotero de España, para burlar su persecución por medio de una estratagema. Entonces concibió el proyecto de

cruzar desde la embocadura del Estrecho, hasta el cabo de Santa María, para sorprenderlo en las mismas costas españolas.

El plan tuvo su resultado; la *Sirena* estaba decidida á triunfar ó perecer en aquella postrera lucha, puesto que á no ser así, todos sus esfuerzos serían vanos.

Martín, Rangel y Leoncio, comprendieron esto mismo, y se dispusieron á exterminar y á vengarse de sus contrarios.

Después de una larga conferencia secreta entre ellos y el maestre Pablo, unos y otros se miraron con cierta feroz extrañeza como si en ella tuviesen una esperanza de salvación.

—No hay remedio, —murmuró el capitán Rangel con acento sombrío;—ha sonado su hora ó la nuestra.

—Decid la suya, —respondió el maestre Pablo con ruda confianza.

—¿Estais seguro en vuestro plan?

—Lo estoy: es el único para salvarnos y salvar los cuarenta millones.

—Bien, yo lo comprendo también así. Empeñar un combate sería una empresa desesperada.

Los cuatro se volvieron á mirar.

—¡Oh! sí, —contestó el maestre,—la lucha no la podríamos sostener tanto por la inferioridad de nuestras fuerzas, cuanto por el escaso número de nuestros cañones. Un día de pérdida, cuando esta noche debe-

mos pisar la tierra de España, sería faltar á lo que os tengo prometido.

—Está resuelto,—dijo el capitán Rangel;—solo nos resta esperar que sobrevenga la noche.

—Sin ella nada podríamos conseguir.

Los tres jóvenes permanecieron en la popa observando los movimientos de la *Sirena*, y el maestre Pablo llamó á sus puestos á toda la tripulación.

—A las velas,—gritó con voz sonora.

Todos los marineros se encaramaron por las entenas y las escalas.

—Carga la mayor,—prosiguió en seguida;—largad las correderas.

La *Estrella* pareció engalanarse para aquella postrera lucha, presentando todas sus velas al soplo de la brisa, que apenas agitaba la superficie del mar.

El piloto tomó la caña de manos del timonel é imprimió un movimiento al buque para ser herido por el viento en la banda de babor.

El bergantín se inclinó gallardamente hácia la banda de estribor y principió á cortar las aguas con la rapidez de una flecha.

Esta maniobra, que no era otra sino practicar una grande abordada para separarse de la línea de la *Sirena*, hizo que ésta se pusiese al pairo para observar.

El objeto estaba conseguido mientras llegaba la cercana noche.

—¡Oh!—dijo el maestre Pablo;—ya hemos conseguido nuestro objeto.

—¡De veras?—preguntó el capitán.

—Sí. Tardará dos horas en cerrarnos el paso frente de la desembocadura del Guadalquivir, y entonces ya será de noche: el choque será desesperado.

La fragata después de algún tiempo de observación, viró de rumbo puso la proa hácia las lejanas costas donde desagua el Guadiana. Por este movimiento, tenía precisamente que tropezar con el bergantin en el punto designado por el maestre Pablo,

Todos esperaban con ansiedad: á medida que la tarde iba declinando, la brisa iba picando con más fuerza, dándole un movimiento agitado á las olas. Algunas nubes se aglomeraban sobre las montañas de la península como inmensas moles negras que rodaban con pesadez. El maestre Pablo las miró, y nada tuvo que temer de ellas.

—Todo vá bién,—murmuró con esa febril alegría que precede á un grande acontecimiento;—esas nubes serán nuestro faro.

Sobrevino por último la noche. La *Sirena* estaba á una milla de distancia y aprovechaba los escasos rayos del crepúsculo para alcanzar al bergantin.

Este con la proa hácia Cádiz corría en dicha dirección. Cuando se conoció que ya no podía evitar el encuentro, gritó el maestre Pablo.

—Arriar todas las velas.

La orden fué obedecida, y la *Estrella* desnuda al parecer de sus galas, quedó balanceándose en medio del mar.

Entonces se echó un lanchón al mar, sujetándolo á popa, y al que se transportaron inmediatamente los cuarenta millones; los marineros se ciñeron esos machetes cortos que sirven para los abordajes, especie de cangiares que matan de un golpe, y todos con un silencio imponente prepararon las cadenas y garfios que sirven para aferrar un buque.

La *Sirena* no se veia, pero se notaba el redoble continuado que el viento formaba entre sus anchas velas; de pronto se apareció como una masa negra, ó cual una sombra colosal avanzando entre la oscuridad.

El maestre Pablo afianzó el timón y presentó la proa con el objeto de no descubrir su banda de estribor, y ver si por este medio podía no ser descubierto el bergantin.

Estaban tan cerca, que se oían las voces de los marineros de la fragata.

Esta siguió su rumbo, con dirección á la *Estrella*. Cuando estuvieron á tiro de pistola, el vigía de la *Sirena* dió un grito de alarma.

Pero ya era tarde este aviso. El bergantin se deslizó como una culebra, se pegó á una banda de la fragata y dejo caer sobre ésta sus lazos de hierro.

Al mismo tiempo tres hombres y dos marineros se introducían en el lanchon que iba á popa y se separaban de la *Estrella* con dirección á las costas de España.

La *Sirena* detenida repentinamente en su marcha,

conoció que había caido en un lazo. Su tripulación espantada corrió sobre cubierta para recibir las instrucciones de sus jefes; pero antes que pudieran entenderse saltaron veinte marineros del bergantín al interior de la fragata, y principiaron á sembrar el terror y la muerte.

Asima se arrojó frenéticamente de un extremo á otro, viéndose atacado dentro de su misma embarcación; su voz extrindente llamó hácia sí á los secuaces que le habían seguido, pero aquella voz se perdió en medio de una confusión tan repentina.

Había sonado la hora de la venganza.

Sentíanse los golpes seguros de los marineros de la *Estrella*: en pocos minutos la cubierta quedó llena de sangre y de cadáveres.

El maestre Pablo envió diez marineros de refuerzo y cuyas instrucciones eran terribles. Estos diez tritones saltaron como delfines y se perdieron entre la obscuridad.

Seguía en tanto el combate; los gritos, las imprecaciones, los ayes y los quejidos de los que caían formaban un rumor pavoroso, medio ahogado por los murmullos de las olas. Se luchaba en la oscuridad con desesperación.

El piloto de la *Estrella* contaba los minutos con ansiedad; inmóvil en el timón, atento el oído y fija la vista en aquel drama de sangre, esperaba una señal para llamar á sus valientes marineros. Por los gritos de éstos conocía que el triunfo coronaba sus esfuer-

zos y que el espanto dominaba á sus contrarios.

Así pasó una media hora.

De pronto una densa humareda, cuya causa no era conocida aún, principió á salir por las escotillas de la fragata. Un grito débil al principio, y que enseguida se hizo general, retumbó en toda ella.

—¡Fuego!..... ¡Fuego!..... La *Sirena* está ardiendo.

Los diez marineros que el maestre Pablo había enviado últimamente, acababan de incendiar la fragata durante el combate. Todo acababa de tener un éxito brillante.

En vano Asima y sus tenientes corrieron de un extremo á otro para animar á los suyos y hacer frente á los peligros de que estaban rodeados. La tripulación rendida, diezmada y acuchillada por los marineros de la *Estrella*, huía y se ocultaba.

Entonces el maestre Pablo llamó á los suyos por medio de una bocina; luego que todos estuvieron á su derredor desató las cadenas conque tenía aferrada á la *Sirena*.

—Largad las velas,—exclamó con acento entusiasmado.

El bergantin se abrió en un instante con sus blancos lienzos y se separó de la fragata sin que nadie se opusiese á su maniobra, pues el resto de la tripulación de esta había corrido á extinguir el incendio. Pero ¡inútil tentativa! El fuego devoraba las obras interiores, y pronto sus rojizas llamas asomaron por las ventanas de los camarotes.

El lanchón se unió al bergantín y quedó sujeto á su popa.

—Hemos vencido,—gritó el maestro Pablo á los tres caballeros que iban á remolque. El Océano será el sepulcro de la *Sirena.*

Estas palabras vengadoras fueron arrastradas por la brisa hacia las costas de España. Todos volvieron la vista hacia la embarcación francesa que iba quedando á gran distancia.

El fuego cundía por todas partes; el mar estaba iluminado con sus ardientes llamaradas, y bien pronto presentó un gran foco de luz como si fuese un volcán submarino.

De prontó estalló una explosión terrible y se lanzaron al aire mil torbellinos de fuego. Aquella inmensa llamarada era el incendio de la Santa Bárbara. Su resplandor llegó hasta unas cercanas costas é iluminó una ciudad que se descubría en el fondo.

Un grito de horror y de alegría al mismo tiempo resonó en el bergantín.

—Allí está Cádiz .... ¡Viva España! Tal fué la exclamación de aquellos valientes.

Cuando volvieron la vista al Océano estaba oscuro y sombrío; una grande nube de humo indicaba el sitio donde la *Sirena* acababa de perecer.

Dios había querido iluminar con la última luz de esta embarcación el hogar querido de aquellos perseguidos y esforzados caballeros.

A media noche pisaron la tierra.

Al día siguiente se despidieron del maestro Pablo; lanzaron una mirada de cariño á la hermosa *Estrella*, y después de entregar los cuarenta millones al gobernador de Cádiz para que dispusiese su inmediata conducción á la córte, compraron caballos y se dirigieron á Madrid.

Les quedaba cuatro días del último término.

A la salida de la ciudad se encontraron al desventurado Luis Alban.

Se abrazaron con regocijo y partieron.

En la noche que espiraban exactamente los ocho días que habían pedido de prórroga, después de pasados los dos meses, se apeaban en la puerta del palacio del duque de Medinaceli.

¡Los cinco caballeros habían cumplido su palabra!

CAPITULO XX

La nueva alianza.

Todo Madrid supo al día inmediato el regreso de los nobles caballeros que habían partido dos meses hacía con oscuras y misteriosas instruciones del gobierno. Los más cercanos al rey trataron de romper aquellos enigmas que se habían llevado á cabo con tanta prontitud, pero nadie pudo sondearlos, y solo se contentaron con divagar en mil conjeturas extrañas é inverosímiles.

Solo un hombre que hacía ocho días acababa de perder el favor y la confianza del monarca era el único que sabía estos secretos. Este hombre era don Gerónimo Eguía.

Al principio había creido que los planes del duque de Medinaceli no pasaban de ser un sueño caballeresco, irrealizable en todos conceptos. Se burló interiormente de la ilimitada y atrevida confianza que daba

á los cinco caballeros, y esperó el fin de los dos meses para desconceptuar á su enemigo de un todo, puesto que se hallaba persuadido que ninguno de los enviados cumpliría su misión.

Esta segunda arma que había llevado escondida en los pliegues de su corazón para dar el golpe de misericordia, quedaba anulada con la vuelta de los cinco caballeros y con el feliz resultado de sus empresas. Derrotado por dos veces, quedaba impotente para lo sucesivo. Su intriga había caido á tierra con estrépito; su esperanza se extinguía con el triunfo del duque.

Eguía no tuvo otro consuelo que correr á casa de la duquesa de Terranova para conferenciar con su cómplice sobre el porvenir. Apelaba al recurso del hombre vencido; al desahogo de la desesperación.

La duquesa devoraba todo el veneno de la rabia que se amontonaba en su pecho. Sabía que el duque luchaba en unión de la reina para derribarla del puesto de camarera mayor, y á pesar de la reserva de las circunstancias, no ignoraba que trataban de darla sucesora, bien á su enemiga personal la duquesa de Alburquerque, bien á la marquesa de los Velez ó bien á la del Infantado.

Era lo bastante para que la de Terranova tratase de picar como un víbora siempre que tenía ocasión para ello.

Eguía se anunció en estos momentos de crísis violenta, en los cuales era temible entrar en conferencia con ella; pero Eguía era un confidente muy

esencial, estaba identificado con su causa y poseía la intriga en eminente grado para que dejase de verlo.

Al momento mandó que entrase.

Ninguno de los dos habían tenido tiempo para componer sus rostros, y cada cual comprendió la tempestad que bramaba bajo sus hipócritas sonrisas.

—¡Oh! buenos días, amigo; llegais en la felíz ocasió en que estaba pensando en mi digna amiga la duquesa de Alburquerque.

—Mucho me complazco en ello,—contestó el cortesano inclinándose.—Siempre es digno de un corazón como el vuestro fijar los ojos en una crónica tan respetable como la ilustre duquesa que habeis nombrado.

Y bién, ¿qué ocurre? Vuestro rostro es á veces el espejo de vuestros sentimientos.

Eguía se sonrió conociendo que la duquesa había adivinado la dessesperación que le consumía y dijo en seguida.

—Duquesa, vengo á haceros partícipe de mi satisfacción.

—¡De vuestra satisfacción!

—Sí; hoy es un día de regocijo general.

—¡Pues qué pasa!—exclamó la de Terranova haciendo un gesto expresivo.

—¡Oh! ¿me preguntais lo que pasa? ¿Estais tan atrasada en las noticias de la corte que no habeis oido hablar de cinco caballeros que partieron á distintos paises?.....

—¡Ah!—contestó la mordaz duquesa:—¿son los aventureros de vuestro querido duque?

—Justamente.

—¿Y qué ha sucedido?

—Que ya han vuelto.

—¿Todos?

—Todos.

La de Terranova quiso sonreirse, pero tuvo que dejar de hacerlo. Sabía por experiencia que no hay cosa más fea que una sonrisa forzada.

—No deja de sorprenderme semejante nueva. ¿Habeis sabido el resultado de sus expediciones?

—Sí,—contestó Eguía pellizcándose los lábios.

—Informadme al punto.

—¿Qué quereis que os diga? Tenemos en nuestra época cinco héroes, cinco caballeros andantes, cinco.....

¡Pero han conseguido su intento? Hablad, esto es lo que deseo saber.

—Es claro.

La duquesa dió un salto tan violento que descompuso el magnífico artificio de su peluca y de los numerosos adornos que la componían.

—¡Ay!—exclamó abanicándose.

—Cuidado, duquesa, cuidado; vuestros aderezos de corte van á caer al suelo si seguís así. Respetad la moda, y no ataqueis ese museo de preciosidades que llevais en la cabeza.

—Me ha dado un mareo, caballero; todas las com-

plexiones no están libres de un ataque nervioso.

—Teneis razón,—contestó Eguía;—pero esos vapores pueden disiparse con algún olor. ¿Teneis esencia?

—No, no; me voy tranquilizando. Las noticias repentinas son fatales para las naturalezas delicadas como la mía. En fin, vamos á nuestro asunto.

—Estoy á vuestras órdenes.

—¿Cuándo han venido?—preguntó la duquesa después de un momento de reflexión.

—Anoche llegaron los más principales. Uno de ellos, llegado con anterioridad, está hace algunos días en la cárcel de corte.

—Ojalá hubieran estado todos antes de marchar á sus viajes,—replicó la duquesa.—¿Y qué opinais?

—Opino muy mal,—dijo Eguía.

—¿Para nosotros por supuesto?

—¿Quién lo duda?

La de Terranova hizo otro movimiento que no dejó de alarmar á su cómplice.

—Señora, respetad esos pobres papillotes que no tienen la culpa de los sucesos políticos,—dijo Eguía volviendo á señalar la erizada peluca de la dama.

—¡Oh! dejadme, Eguía; lo que nos pasa es muy terrible.

—¿Qué quereis?—murmuró el cortesano encojiéndose de hombros.

—Medinaceli nos va á aniquilar para siempre.

—No lo dudo.

—Ahora adquirirá doble prestigio en el ánimo del rey; nuestros enemigos se arrojarán sobre nosotros como perros hambrientos, y lo que es peor, seremos la burla de la corte. ¡Qué concepto formarán de vuestro talento!

—¡Y qué idea tan triste no formarán de vuestra astucia!

La de Terranova lanzó una especie de gruñido, y después de herir el suelo con el pie sacudió la cabeza con tanta rabia que se conmovió sonoramente todo el peinado.

Adios, adios,—gritó Eguía extendiendo las manos; —no querais aumentar vuestra ruina destruyendo la pintoresca obra de vuestro tocado. Sería una doble desgracia.

Desentendióse del segundo sentido de las palabras de su aliado, lo miró con extrañeza y preguntó:

—¿Estais seguro de que me arruinarán?

—Segurísimo.

—Sin embargo, sería el primer ejemplo. Una camarera mayor es invariable. Sería faltar á los reglamentos, á la etiqueta, á la práctica y á todo el ceremonial de la corte.

—Señora, todas las cosas tienen su fin, —contestó el consejero con tono de profundo convencimiento.

—Hoy estais muy cruel.

—La satisfacción que experimento me ha puesto en ese caso.

—¡Pero atentar á mi destino!...—volvió á exclamar la duquesa.

—El duque no se para en pequeñeces. Creo que es una de las reformas que trata de hacer.

—¡Oh! no se saldrá con la suya. Acudiré á la reina madre.

—La reina madre no influirá en nada. Además, la reina María Luisa le ha referido que vuestro carácter no está conforme con el suyo; le ha contado que habeis dado pábulo á ciertas hablillas y murmuraciones, y aunque doña Mariana de Austria se ha abstenido de tomar parte en una cuestión tan importante, se declarará enemiga vuestra en venganza de los disgustos que le causásteis en tiempo del ministerio de don Juan.

La palidez que se extendió por la maligna fisonomía de la duquesa fué una prueba de que Eguía había herido hasta el fondo de su corazón.

—Bien, desistiré de este empeño, pero el rey me hará justicia

—El rey se sujetará á la voluntad de la reina. ¿Sabeis lo que la dijo á ésta no há muchos días cuando le propuso María Luisa á la marquesa de los Velez?

—No.

—Si bien se opuso en el fondo, no se negó á la mutación. *Si la conocieras como yo,*—dijo Carlos aludiendo á la marquesa,—*no pensarías así, pues es la mujer más severa del mundo.*

—¡Oh! ¡oh! esto es una esperanza,—dijo la duquesa;—el rey no permitirá mi destitución.

—No os hagais ilusiones. Si bien es cierto que el rey no tiene rencores en contra vuestra, ha prometido vuestra separación.

—¿La ha prometido?

—Sí; no lo dudeis.

—¿Cuándo?

—Hace pocos días. La reina le pidió una gracia y su esposo se aventuró á ofrecerla antes de saber de qué clase era. Esta no era otra sino el que os relegasen á la quietud doméstica. Carlos se sorprendió; hizo ver que el destino de camarera mayor no se quitaba tan fácilmente, pero ya había caido en el lazo

—Vamos, me estais desesperando, Eguía.

—Os estoy pintando vuestro porvenir, duquesa.

—¡Pero será posible que admitan en mi puesto á esa intolerable marquesa de los Velez?

—Acaso pueda más la de Alburquerque.

¡La de Alburquerque! Esa aborrece á los franceses, en tales términos, que cuando los vé dirige los ojos á otra parte. ¡Oh! yo se lo diré á la reina.

—Entonces escojerán una tercera.

¿Cuál?

—La duquesa del Infantado.

—¡Esa vieja impertinente! Eguía, hacedme el obsequio de no proseguir.

—Os estoy presentando las distintas combinaciones que se están preparando en vuestra contra. Es menester convenir que estamos en desgracia.

—Y bien, lo conozco, pero ¿qué debemos hacer?

Eguía miró á su aliada y volvió á pellizcarse los labios. En esta mirada profunda se descubría la luz de la desesperación, pero no el rayo de la esperanza. La de Terranova no encontró más recurso que abrir violentamente su abanico y hacerse aire, pues su rostro estaba enrojecido por la sofocación que experimentaba.

—¿No me habeis oido?—preguntó de nuevo.

—¿Qué quereis que os diga, cuando apenas me recibe el rey?—dijo Eguía adoptando un tono compungido.—Duquesa, nuestras sublimes combinaciones se han destruido con la vuelta fatal del conde de Rivadelo. Ahora más que nunca me encuentro alejado de la silla ministerial; hemos perdido nuestra fuerza, y nuestro enemigo ha recobrado toda la suya. Derrotados en el principio del combate, ¿qué sería de nosotros si intentásemos un asalto desesperado?

Un golpe de tos que acometió á la duquesa, indicó que las tristes plegarias de Eguía la afectaban extraordinariamente.

—¿Con que no hay ningún remedio?—gritó con la vista desencajada por el coraje y por la impotencia.

—No lo encuentro,—contestó el cortesano encogiéndose de hombros.

Pero cuando aquellos dos seres enmudecieron; cuando entregados á un silencio cruel, devoraban con la imaginación las inmensas barreras que el destino levantaba en su contra; cuando se consideraron el uno hundido ya en el descrédito y en el abandono,

y la otra espuesta á ser víctima no de una intriga, porque en verdad sea dicho, nada más justo que su destitución, sino de un castigo merecido; cuando solos el uno en frente del otro acababan de apurar todos los resortes de sus pensamientos, contentándose con levantar los ojos al cielo como si viesen evaporarse en su fondo la dulce esperanza; cuando de nada le podían servir los recuerdos del pasado, la espectativa de lo presente y lo negro del porvenir, para reorganizar sus planes, entonces, abriéndose la puerta del salón, pasó por ella la voz de un criado que anunciaba un nombre.

—El reverendo padre Relux.

La duquesa lanzó un pequeño grito; Eguía dió un salto El padre Relux era una esperanza.

—Decid que pase, duquesa,—exclamó Eguía, como si aquel nombre hubiese agitado todas las fibras de su corazón.

Esta conoció que así debía hacerlo y lo hizo.

El confesor del rey se presentó por último vestido con su modesto hábito de Santo Domingo, y se inclinó profundamente Después miró atentamente, y antes de dar un paso á los dos seres quo estaban dentro del salón.

—Entrad, padre, entrad;—dijo la de Terranova procurando ocultar la turbación que la dominaba.

—Perdonad, señora,—contestó el confesor;—acaso haya interrumpido vuestra conversación, y mi presencia sea importuna en este momento; pero guiado por

una fuerza poderosa, vengo á daros un consejo tomado del libro de los Probervios. «El hermano ayudado del hermano, es como una ciudad fuerte.»

Estas palabras dichas con un acento expresivo, y misterioso, la mirada que despidió el fraile y el sentido oscuro, aunque consolador de su frase, hicieron que Eguía y la duquesa se mirasen con inteligencia.

El padre Relux se sentó modestamente y prosiguió:

—Cuando por todas partes se descubren males inmensos; cuando el enemigo trata de arruinar el pacífico asiento de hombres que en nada intervienen sino en los deberes de su profesión; cuando la justicia es profanada con pretestos indignos y bajo sacrílegas apariencias, debemos invocar ese texto sagrado para que se unan los unos á los otros, con el fin de prestarse el apoyo necesario en las circunstancias actuales.

Este preámbulo asombró á los dos oyentes, pues nunca esperaban una confesión tan clara.

—Creo,—prosiguió el padre;—que me habeis comprendido. Hubo una ocasión, señora que me buscásteis para derribar á un enemigo que se levantaba; hubo otra ocasión, señor Eguía, que me juzgásteis digno de tomar parte en un proyecto para destruir al que ya estaba en lo alto de su pedestal; yo, entonces no accedí, porque no me pareció oportuno el medio, ni digno de mi caráctar. Ahora, por un presentimiento del corazón vengo á este sitio, no á sondear vuestros ánimos porque los conozco demasiado, sino á pro-

poneros clara y sencillamente una nueva alianza. ¿La aceptais?

La rápida declaración del confesor, el ningún arte que había usado para manifestar su pensamiento, la confianza que parecía tener con los dos personajes que le escuchaban, y la gravedad terrible de aquel asunto que se entrevía y se adivinaba, aunque no se había pronunciado, no dejaron de asombrarlos.

El padre Relux aclaraba el horizonte, y tanto la duquesa como Eguía abrazaron su cooperación con el mayor entusiasmo. Sin embargo, antes de contestar rotundamente este último, quiso sondear las intenciones del religioso.

—¿Qué clase de alianza es esa, padre?—preguntó fingiendo una curiosidad que ya estaba satisfecha.

—La alianza del débil contra el fuerte,—contestó el confesor con impaciencia;—la alianza de la razón contra la arbitrariedad, la unión de las tribus de Israel contra los madianitas. Existe un hombre que es menester derribar; existe una fuerza que es preciso destruir. Para esto os he buscado.

—Bien; ¿Quién es ese hombre? —volvió á insistir Eguía.

—El duque de Medinaceli.

Este nombre hizo estremecer aquellos corazones. Miráronse y se comprendieron: la alianza estaba aceptada. Después de un largo silencio en que cada cual meditó profundamente, preguntó la duquesa de Terranova.

—¿Y quién le ha de derribar?

—Yo; —contestó el padre Relux poniéndose en pié y llevándo una mano á su corazón. —Yo soy el único que puedo asestar el arco y la ballesta contra ese ídolo del rey; yo tengo en mi diestra el rayo que puede reducirlo á cenizas, la maza que puede convertirlo en polvo.

—¡Vos!—exclamaron Eguía y la duquesa á un tiempo llenos de admiración.

—Sí .... Yo. Soy el confesor de Carlos II, y mi conciencia medita lo que debo inspirar en su alma. Obcecado el duque influye para derribarme del puesto que ocupo; ¿pero ha reflexionado que con una palabra puedo aniquilar todos sus proyectos? ¡Oh! yo haré ver al rey que la nación le aborrece. ¿Ha pensado que tengo medios para obligar á S. M. á que tome por sí el manejo de los negocios ó que nombre otro ministro más digno de ocupar este puesto? ¡Ah! yo tocaré esos grandes resortes que Dios ha colocado en mis facultades. El negro y pobre manto de un fraile tiene á veces y en ocasiones solemnes más poder que la túnica real y la investidura del magnate.

El padre Relux, después de haber proferido estas palabras amenazadoras, miró á sus colegas. Estos oian con regocijo la tempestad que bramaba sobre la cabeza de Medinaceli.

—Ahora solo espero que me ayudeis, —prosiguió el padre Relux sentándose con humildad.

—Somos enteramente vuestros, —contestó Eguía.

Y la conversación prosiguió en voz baja por más de dos horas con el atractivo del misterio.

¿Qué debía esperarse de aquella nueva y repentina alianza, única esperanza de los unos, y escala de ambición ó punto de conciencia del otro? El tiempo lo dirá. Nosotros, historiadores y novelistas á la par, dejamos á los hechos la explicación de estos verídicos sucesos.

CAPITULO XXI

Una conferencia en el bodegón de las tres flores.

Mientras estas intrigas iban desarrollándose en el silencio y en la oscuridad, los cuatro caballeros recién llegados de Cádiz, fueron presentados al rey por el duque de Medinaceli, con la satisfacción del triunfo y la seguridad de que serían perfectamente recibidos.

Las antecámaras estaban inundadas de cortesanos para verlos de cerca con esa curiosidad envidiosa que domina á esta clase de gentes, pues se sabía desde muy temprano que iban á ser admitidos en la cámara real.

Todos quedaron satisfechos al notar el porte, la juventud y la belleza de los cuatro caballeros.

Carlos II los admitió con gratitud; les habló extensamente, hizo preguntas relativas á la situación de

las provincias americanas, y los despidió con cierta tristeza, que los jóvenes no comprendieron.

Un dolor misterioso y un sentimiento íntimo, marchitaban con una precoz palidez el rostro del rey. Los caballeros no adivinaron que aquellas huellas sombrías eran un remordimiento.

Luego que se vieron solos en casa de Medinaceli, les dijo éste.

—S M. os ofrece un ascenso en vuestra carrera, no en pago de vuestros dignos servicios, sino en prueba del cariño que os profesa. Además me ha encargado os entregue á cada uno mil escudos de oro, cuyos bonos os presento para cuando gusteis hacerlos efectivos en la tesorería real.

El capitán Rangel, por costumbre, por carácter y por autorización de sus compañeros, contestó:

—Aceptamos los dos honores que el rey nos dispensa, señor duque; y no podemos dejar de añadir que sin necesidad de las gracias con que nos favorece, siempre estaremos dispuestos á verter nuestra sangre por él. Es un juramento que hemos hecho. Ahora solo esperamos que nos autoriceis para salir de la corte en el día de hoy.

—¡Cómo! ¿A dónde vais?

—Cuando hace dos meses,—prosiguió Rangel,—nos separamos en Barcelona, antes de partir y en el supremo instante de nuestra despedida, hicimos un voto, hijo de la amistad.

—¿Cuál?—preguntó el duque.

—El de vengarnos mútuamente en caso de que alguno pereciese. El capitán Brun no ha parecido, señal fija de que está expuesto á grandes peligros; nosotros debemos correr á salvarlo como lo ha hecho el alferez Luis Alban al saber nuestros riesgos.

El duque se puso pálido.

—¡Dios mío!—exclamó;—¿ignorais lo que pasa entonces?

Una curiosidad aterradora se apoderó de los cuatro jóvenes.

—Hablad,—respondió Rangel con melancólica entereza.—Acaso esté V. E. instruido y pueda sacarnos de la dura perplejidad que nos domina. ¿Qué ha sido del capitán Brun?

—El capitán está preso,—dijo el duque.

—¡Preso! Vamos á salvarlo,—prosiguió Rangel mirando á sus amigos.—Si se encuentra en poder de los franceses, ó lo libertamos, ó perecemos con él. Señor duque, en nombre de nuestra promesa esperamos de V. E. que nos diga el punto donde está preso para acudir on su socorro.

—¡Oh! no exijais de mi una confesión que me atormenta. Es un secreto y no puedo violarlo.

—Nosotros estamos en el caso de romperlo.

—¡Ah! no hagais tal. Debo ser franco con vosotros. La amistad es más imperiosa que el deber. El capitán se halla preso en la cárcel de corte.

Esta fúnebre palabra resonó en aquellos corazones como un eco sin esperanza.

—¡En la cárcel de corte decís!—exclamaron.—¿Con que ha vuelto? ¿con que ha triunfado como nosotros y el premio de sus servicios ha sido sepultarlo en una negra prisión? Señor duque, descorred ese misterio ante nuestra vista.

Medinaceli refirió sencillamente todo lo ocurrido entre el rey y el conde; pero esta narración estaba desfigurada por las exageradas noticias cundidas por Eguía y por los esbirros de la policía.

Después de un largo tiempo de profunda reflexión, dijo el capitán Rangel.

—En la caballerosidad sin mancha del conde de Rivadelo, no cabe la idea de que tratase de acometer al rey para vengar sus celos ó su amor El rey se ha dejado conducir con una debilidad incalificable, y ha ceñido de cadenas las manos que debiera haber estrechado entre las suyas. Ha habido error por ambas partes; pero nunca se debió considerar al conde como un reo, cuando tan generosamente había prodigado su sangre por el soberano. Nosotros lo comprendemos así, y en este momento volvemos á palacio, no á pedir gracia, sino á pedir justicia. Mientras tanto nos abstenemos de aceptar los favores que el rey ha querido hacernos. No admitiremos ni ascensos, ni dinero, mientras el capitán Brun no se halle en libertad.

Al decir Rangel estas palabras se presentaba con toda la grandeza de su alma, y toda la severidad de sus principios. Medinaceli asombrado de su entonación y de su digno lenguaje, se apresuró á contestar:

—¡Oh! es inútil que deis el paso de presentaros al rey. Dueña la justicia de un reo, no lo suelta sino después de haberlo juzgado. El monarca sufre horribles tormentos desde aquel día: quiere obrar conforme la generosidad de su corazón, pero las preocupaciones de su carácter, el temor de que se divulgue un secreto que cree escondido en muy pocos pechos, y sobre todo el atentado que juzga cometido contra su persona, le hacen no moverse en la actualidad. Es menester dejar correr el tiempo. Yo velo entre tanto. Aunque el corregidor de Madrid es uno de mis más encarnizados enemigos, procuraré sondearlo y.....

—No: no será menester la influencia de nadie mientras nosotros tengamos espadas,—le interrumpió Rangel con una voz violentamente comprimida.—Sabemos lo que es la justicia, y conocemos al mismo tiempo las consecuencias que pueden sobrevenir. Puesto que nuestros servicios no son suficientes para contrabalancear un delito imaginario; puesto que el rey no nos escucharía, apelaremos á nuestra fuerza y al auxilio de Dios.

Al decir estas palabras, Rangel saludó fríamente al duque, y lo mismo hicieron sus compañeros. En vano éste quiso detenerlos ofreciéndoles toda su cooperación en aquel asunto; en vano les instó de nuevo para que aceptasen los bonos y los títulos de sus ascensos; todo fué inútil: en la profunda resolución de aquellos cuatro hombres se notaba que su confianza estaba en ellos mismos.

Luego que se vieron en la calle se miraron con esa expresión muda que es el más elocuente lenguaje del corazón. En vez de venturas encontraban desengaños; en recompensa de sus servicios se les castigaba de un modo cruel. Era muy doloroso el golpe; pero sus almas eran muy grandes.

Sin pronunciar una palabra conocieron que debían tener una de esas íntimas conferencias en las cuales se coordinaban magníficos proyectos, y se enlazaron del brazo instintivamente para buscar una guarida, donde libres de ser acechados pudieran entenderse sobre tan inesperados y tristes acontecimientos.

Al cabo de vagar de aquí para allá encontraron una miserable hostería colocada en uno de esos prolongados sótanos, que después fueron famosamente conocidos bajo el nombre genérico de *Covachuelas.*

El capitán Rangel pidió una habitación apartada, algunas sillas, una mesa y sobre ésta media docena de botellas del mejor vino que se pudiese hallar á mano.

Sus órdenes fueron obedecidas puntualmente, por una joven y linda muchacha, y en breve se vieron encerrados sin que persona alguna pudiese escuchar su conversación.

Martín destapó las botellas y Leoncio preparó los vasos. Seguían en silencio durante estos preparativos, hasta que Albán llenó con el espirituoso licor las anchas copas puestas en orden.

—Bebamos,—dijo Rangel con gravedad.

Todos obedecieron aquella orden con cierta solemnidad imponente.

Después de haber apurado el vino de la primer botella, prosiguió el capitán.

—Cuando esperábamos encontrar un momento de descanso al cabo de tantas fatigas; cuando confiábamos en la gratitud de los hombres más bien que en las mezquinas recompensas que estos nos pudiesen dar, tropezamos con uno de esos cambios de fortuna que es preciso contrarestar á todo trance. Hemos concluido una lucha de gigantes y vamos á principiar un combate de pigmeos, si es que se ha de libertar á nuestro compañero el capitán Brun. ¿Estais decididos á salvarlo?

—Sí,—contestaron unánimente los tres jóvenes.

—Siendo así espero que vos, Albán, desistais de vuestro proyecto.

—¿De cuál?—preguntó este joven poniéndose pálido.

—De vuestro viaje á Italia. De esa expedición repentina y misteriosa que intentábais llevar adelante en esta misma semana.

El caballero conoció el inmenso sacrificio que se le exigía; pero era tan poco egoista, que prefirió suspender su viaje y matar el triste sosiego que creía encontrar en un reino extranjero, más bien que ser inconsecuente á la amistad y á sus juramentos.

—No, no me iré,—contestó con noble sentimiento; —permaneceré á vuestro lado hasta que consigamos triunfar de una injusticia.

—Sois como yo os había concebido,—exclamó Martín;—pero ¿y después?...

—¡Después! no pensemos en eso. *Después* es la palabra del porvenir. ¿Quién es capaz de sondear sus arcanos?

—Algo grande os ha sucedido, Luis,—dijo Leoncio;—vuestro lenguaje es más bien el eco de la desesperación que la voz de la desgracia. Teneis el corazón desgarrado por sentimientos devoradores. ¡Oh! ¡cuánta mudanza en el trascurso de dos meses!

El alférez Albán no respondió, contentándose con beber una copa de vino para ahogar en ella sus sufrimientos.

Todos respetaron el silencio del joven y no se habló más de esto.

El capitán Rangel condujo la conversación al objeto que los tenía reunidos, y esplayó con la claridad que le era propia el único medio que había para salvar al conde.

—Por el carácter que presenta el asunto del capitán Brun, es fácil que la justicia ordinaria pase el procedimiento á la inquisición. El delito imputado al conde es de los que pertenecen á la más alta escala criminal, y por lo tanto su juicio será lento y su castigo público. Tendremos que esperar bastantes días para oponernos con todas nuestras fuerzas á que ejecuten en él una sentencia inmerecida; hé aquí la causa por la que no nos conviene precipitar los acontecimientos, bien escalando el edificio que lo encierra,

bien adoptando otro partido desesperado. Ese es mi parecer.

Todos convinieron en lo que decía el capitán, con esa tristeza profunda que infiere el desengaño en el corazón.

—¿Y por qué no nos hemos de presentar al rey?—preguntó Leoncio.

—¡Oh! no nos escucharía. Nuestra digna conducta le echaría en cara sus faltas y lo irritaría más. Tal es el corazón del hombre.

—Decís bien, —contestó Martín;—estamos aislados, y sólo debemos esperar de nosotros mismos la salvación de nuestro amigo.

—Tal debe ser nuestra común opinión,—replicó Rangel.—Para precaver cualquier descuido ó estar pronto á lo que pudiese ocurrir, nos reuniremos á esta hora todos los días en este mismo sitio. Aquí podremos conferenciar en secreto, progresar nuestros planes ó tomar una resolución repentina, caso que sea preciso. Interin, permanezcamos fieles al rey y cumplamos nuestros deberes como si nada hubiese ocurrido. Tenemos dos juramentos que cumplir. Dios hará que no faltemos á ninguno.

Volvieron á llenar los vasos y volvieron á beber.

—Ahora separémonos,—prosiguió el capitán;—es el primer día que estamos en Madrid, y cada uno de nosotros tiene que cumplir con los deseos de su corazón.

—Es verdad,—contestó Martín.

Leoncio y Albán enmudecieron; pero se pusieron en pie como sus amigos

—Hasta mañana á las doce,—dijo Rangel saliendo; —no olvidemos este sitio como punto de reunión.

Se satisfizo la cuenta, y después de haberse informado de la joven que los había servido, que aquella hostería semisubterránea tenía el perfumado nombre del *Bodegón de las tres flores*, se dispersaron en distintas direcciones.

Rangel se dirigió al palacio de la marquesa de Villouraz; Martín se encaminó á la casa de Diana de Clerambaut; Leoncio y Albán se quedaron el uno en frente del otro.

—¿Y vos dónde vais?—preguntó el primero.

—A ver á mi madre.

—Y yo á ver á mi hermana,—contestó el poeta con tristeza.—Sé que vive con vuestra madre.

Se agarraron del brazo y se marcharon hacia la morada de la condesa de Bermellar, abrumados por vagos presentimientos.

CAPITULO XXII

Dodde se dice algo sobre el anillo que da márgen á esta verídica historia.

Rangel y Martín satisfacieron por último los sentimientos de sus corazones. Ambos volvieron á encontrar el amor y la esperanza en el seno de aquellas mujeres idolatradas, que habían sabido ser fieles aun en medio de la más viva incertidumbre. Diana y Margarita enloquecieron de placer; pero ¡ay! aquel placer debía ser fugaz como uno de esos venturosos sueños que el cielo nos envía para calmar nuestros pesares.

¿Qué felicidad se podían prometer cuando la una estaba unida á un hombre y la otra se hallaba ligada á votos misteriosos, á secretos impenetrables, á pactos terribles? Aquella alegría debió ser violenta y doloro-

sa; aquella espansión debió ser como una de esas borrascas que destruyen y refrigeran á la par.

Así pasaron algunos días. Margarita no podía tomar otra determinación que sufrir en silencio, sacrificarse á sus deberes y llorar su infortunado destino.

Diana, acaso más libre, pensó en entregar su mano á Martín, si bien este secreto no había salido de su pecho. Luchaba al parecer de un modo espantoso con sus compromisos y con sus inclinaciones, pero su amor era cada vez más fuerte y sólo esparaba una ocasión para decidirse.

En breve se le presentó ésta.

Diez ó doce noches después de la llegada de Martín, había quedado sola en un magnífico pabellón cuyos ventaras caian á un dilatado huerto. Acababa de irse su amante, y ella apoyada en una mano había seguido con la vista la noble figura de éste deslizándose bajo la sombra de las arboledas, dándole un adios cariñoso con su desfalleciente mirada, y lanzando un triste suspiro impregnado de amor para que le acompañase.

Luego que quedó sola, y cuando hubo desaparecido aquella imagen querida, se sentó cerca de una mesa de jaspe, permaneciendo inmóvil por largo tiempo, como si su pensamiento y su corazón principiasen de nuevo aquella lucha secreta y devoradora que constantemente la atormentaba.

Y así era en efecto. Meditaba en su destino, pe-

saba en la suprema balanza de la razón los átomos sombríos de sus deberes y los sueños dichosos de su esperanza hasta que después de una hora de inmovilidad levantó la hermosa cabeza, estendió su mano derecha sobre la mesa y quedóse contemplando el misterioso anillo que brillaba en su dedo anular.

—¡Oh! —murmuró con una voz tan baja como si temiese ser oida;—este anillo me quema las manos. Nunca podré ser de Martin mientras exista en mi poder. Ya ha perdido su fuerza esta alhaja fatal; volvámosla á su dueño y.... seré libre.

Los ojos de Diana despidieron una luz vivísima, y se levantó en seguida como la que está decidida á ejecutar una resolución inmutable. Acercóse á otra mesa, abrió un pequeño pupitre que había sobre ella, y sacó un tintero de plata y papel.

Sentóse y tomó una pluma. A pesar de su irrevocable voluntad, temblaba su mano por una emoción extraña.

Después de meditar largo tiempo lo que había de escribir, trazó con mano rápida estos renglones:

—*Señor: la fortuna se ha vuelto en contra nuestra. Nada se puede hacer ya. La fragata Sirena, incendiada en medio del Océano por el arrojo de los españoles que montaban el bergantin Estrella, no existe y debe haber sido el sepulcro del conde del Cisne. Ya conocerá V. E. que sin este agente poderoso, nada soy, nada valgo, ni nada puedo hacer; por lo tanto, al comunicar á V. E. estas noticias devuelvo el.....*

Un ruido extraño sonó á espaldas de la mariscala al llegar á esta palabra: dejó la pluma, volvió la cabeza y lanzó un grito de terror.

La puerta secreta del pabellón, puerta disimulada entre dos pedestales de mármol, estaba abierta y penetraba por ella un hombre perfectamente cubierto por un chambergo y una capa.

Cuando entró, la puerta se cerró por sí misma.

Diana quiso ocultar el escrito, pero ya era tarde; la mirada rápida y fosforescente del aparecido, no solamente lo había descubierto, sino había adivinado el movimiento de la mariscala. Pero como si no le llamasen la atención estas circunstancias, dió un paso adelante, se quitó el embozo y el sombrero y se presentó el conde del Cisne, pálido por las inmensas luchas que había sostenido, por las heridas de que se hallaba cubierto y por la funesta cólera que dominaba su corazón.

Parecía un espectro levantado de una tumba.

Diana tembló con aquella aparición inesperada que destruía de un golpe todas sus esperanzas. ¡Cómo, pues, se presentaba aquel funesto personaje cuando debiera estar sepultado en lo profundo del Océano? ¡Qué genio maldito le había perservado la vida?

Asima pareció comprender la sorpresa y el disgusto que se pintó en el hermoso semblante de la mariscala, y se contentó con sonreirse de un modo vago. La duda existía en su corazón.

—¡Oh! estoy muy cansado, Diana, —dijo lentamen-

te;—nada he conseguido, todo ha tenido un término fatal. Permitidme que me siente; he reventado ocho caballos desde Málaga á Madrid para daros estas noticias.

Mientras que Asima hacía este relato desesperado cayó en un sillón y enjugó las anchas gotas de sudor que corrían por su frente y por sus mejillas. Diana se repuso de su sobresalto, y después de meditar por un momento el partido que debía abrazar, quedó tranquila como si nada hubiese ocurrido.

—No os esperaba, conde,—dijo con frialdad desentendiéndose de lo que éste había dicho.

Este acento hizo arrugar la frente á Asima.

—¡No me esperábais!—exclamó.—Yo creí que llevaríais la cuenta de los días y los meses de mi ausencia.

—Es que os consideraba por muerto.

El conde lanzó un rugido al oir esta palabra.

—¡Por muerto! ¿Luego habreis sabido mis desgracias?

—Se han hecho públicas. Vuestros vencedores al dar parte á Carlos II del resultado de su comisión, han contado minuciosamente todos los detalles. Hemos perdido nuestro prestigio; no hemos cumplido nuestros votos; esta derrota es más grande que la destrucción de un ejército, y acaso dé márgen á mayores desgracias.

Un tinte rojizo inflamó las megillas del conde; era el rubor del despacho, de la cólera y la vergüenza.

—¿Es esa vuestra opinión Diana?—preguntó mirándola fijamente.

—Sí.

—¡Oh! no; aún nos restan mil recursos que explotar; aún somos grandes y poderosos. Los elementos y los hombres se han opuesto al triunfo de una empresa temeraria que mil veces hubiera destruido si la fatalidad no se hubiese estrellado contra nosotros. ¿Sabeis, Diana, los inmensos esfuezos, los prodigios y los extraordinarios papeles que he tenido que hacer para domar á esos tres aventureros? ¿Sabeis que sólo una temeridad inaudita los pudo sacar de mi poder en Cartagena, y que sólo una sorpresa atrevida dió márgen al incendio y destrucción de nuestra fragata? ¡Oh! esto no puede quedar así: la venganza de aquí en adelante será más sorda, pero más segura y más terrible. Tengo que vengar á Francia y vengarme á mí mismo. Diana, la lucha es á muerte. Yo me he salvado de un modo milagroso; yo, cuando la *Sirena* ardía por todas partes me arrojé al mar, como si una voz secreta me indicase un porvenir nuevo, un horizonte consolador. La fragata desapareció y yo quedé luchando con las olas toda la noche, arrastrado por las corrientes del Océano. A la mañana siguiente, cuando mis brazos cansados apenas podían sostener mi cuerpo, cuando iba á principiar una angustiosa agonía, noté que se dirigía hacia donde yo estaba uno de esos barcos largos y descubiertos que se llaman *carabos*. Iba tripulado por marroquies. La esperanza

y la desesperación se apoderaron de mi alma; hice un esfuezo supremo... avancé, pero antes de llegar perdí el sentido.

Asima se detuvo como para dar un momento de tregua á su historia. Diana le escuchaba con asombro y pavor.

—Proseguid, —dijo con aquel acento de superioridad que siempre había usado con el conde.

—Cuando recobré los sentidos estaba encadenado en el fondo del carabo. Los moros disputaban sobre mi suerte. Dos dias permaneci de este modo. Al tercero noté en mis condutores una agitación extraña y que redoblaban sus esfuerzos para llegar á la costa. Bien pronto comprendí el motivo de esta alarma. Se nos acercaba una galera española. En vano fueron las precauciones; la embarcación que nos perseguía nos dió caza, y después de un obstinado combate debi mi salvación á los mismos á quienes he jurado perder á los españoles. El mar y los vientos contrarios nos impidieron llegar á Málaga hasta después de cinco días. Desembarqué y he tardado tres en estar de nuevo á vuestro lado. Ya veis que no es la casualidad quien me ha conservado la vida. Ahora pensemos en la venganza

Diana permaneció inmóvil como si estuviese sepultada en una meditación sombría. Después de un momento contestó:

—¡Pensar en la venganza cuando hemos sido vencidos! Conde, ese es un delirio.

—No lo es, señora. El zapador que mina un castillo se encuentra libre de los peligros exteriores. Para vencer á los partidarios de Carlos, lo confieso sin rubor, Diana, es necesario sorprenderlos de un modo nuevo; arrebatar su fuerza de una manera desesperada; dividirlos y ensangrentarlos unos contra otros. Este es el único medio de destrucción, pero es seguro. Muertos ellos muere Medinaceli; muriendo Medinaceli, cae la monarquía; cayendo la monarquía, Luis XIV será el árbitro. Ved aquí mi táctica.

La mariscala se puso pálida al oir aquellas nuevas y sangrientas combinaciones; pero animada con otra idea contestó sin detenerse:

—Todo es inútil, conde El desengaño me ha hecho conocer que nuestros compromisos son más grandes que nuestras fuerzas. En España hay un gérmen de vida, un espíritu de nacionalidad y un fanatismo por el honor; que ningún poder humano se atreverá á destruir. Mientras este espíritu exista, sólo se considerarán nuestros triunfos como leves ventajas, cuyos efímeros resultados harán más patente nuestra impotencia. Convencida de esto, creida en que habíais perecido, ved lo que hace poco le decía á S. M.

Diana tomó sobre la mesa el papel que poco antes había escrito, y lo colocó en manos del conde del Cisne. Este se puso á leer: á cada palabra que devoraban sus ojos se cubría su semblante de una palidez mortal.

—¡Ah! mariscala,—dijo después de meditar un

instante;—¿con que estábais resuelta á abandonar el campo? ¿Qué es lo que tratábais de devolver?

—Este anillo,—contestó Diana extremeciéndose.—Es el único pacto que existe entre la sagrada persona del rey y la humilde agente que le ha servido. Roto él, nada existe, perece mi misión y dejo de ser un ángel fatal para la España.

—Decís bien, pero mi presencia os hará retroceder.

—Todo al contrario.

—¡Cómo!—exclamó Asima agitándose violentamente.

—No os asombreis, pero mi resolución es inmutable. Dejo desde este instante de pertenecer á Luis XIV y de ser vuestra cómplice. Mi alma se aterra ante esa senda de sangre que es preciso abrir para alcanzar la desmoralización completa de este pueblo. Estamos en una tierra de leones, no entre un rebaño de corderos, y nuestras intrigas y proyectos se estrellarán contra el pecho invencible y el carácter indomable de los mismos. Desilusionada ya, devuelvo mi anillo.

—Pero, mariscala,—contestó Asima,—¿no habeis reflexionado que es imposible vuestra determinación?

—¿Dónde existe esa imposibilidad?

—En un juramento terrible..... acordaos.

Diana se extremeció y se llevó las manos á la frente como si la abrasase un recuerdo funesto.

—¡Ah!—exclamó sordamente.

—¿Os acordais?.....

—Sí..... pero.....

—No, —contestó Asima con cierta rigidez. —Dudar de un voto sagrado sería una ofensa al cielo y un insulto á cenizas respetables. ¿Habeis olvidado á vuestro esposo, Diana? ¿No os acordais de aquel infausto día en que entregásteis vuestra mano al caballero más cumplido de Francia y en el que fué horriblemente asesinado por los españoles? ¿Habeis olvidado el juramento que hicisteis cuando sacasteis de su seno el puñal ensangrentado, y cuando á la explosión de vuestras lágrimas y sollozos inoculasteis aquella sangre querida con el más profundo de los odios, con la más suprema de las venganzas? Un hombre estaba á vuestro lado, señora; un hombre que deploraba en silencio la muerte de su amigo, en el día más feliz de su vida, en el día de su casamiento. Aquel hombre os condujo al rey; el rey reconoció vuestro genio y os lanzó contra distintos pueblos, como esos cometas misteriosos que Dios envía para el asombro de la tierra. Aquel hombre fué vuestro satélite; aquel hombre soy yo, y no puedo menos de admirarme al oiros hablar de ese modo. En Holanda y en Italia hemos luchado y vencido; en España, en este país que os recuerda aquel drama y aquel juramento, pensais retroceder..... ¡Oh! .... eso es imposible.

—No es posible, conde: —dijo Diana serenándose.— Hay momentos de suprema desesperación y aquel fué uno: los hay también de amargo remordimiento y

esto es otro. Hemos luchado, sí, hemos usado del veneno, del puñal, del asesinato, de la intriga y del terror, por alcanzar algunos triunfos sombríos que han quedado sepultados en el fondo de los palacios; hemos recorrido la faz de la Europa como dos agentes terribles, como dos arcángeles funestos..... ¿Pero qué hemos conseguido? El odio y la execración de unos, la persecución de otros, el anatema de todos.

Asima quedó petrificado al oir estas palabras.

—Señora,—dijo por último;—mi ausencia ha mudado vuestra condición por lo que veo. Es verdad que nosotros hemos destruido grandes proyectos que se elevaban en contra de Francia; es verdad que nuestro talento ha manejado la intriga de un modo admirable, pero en vez de acarrearnos el odio hemos sabido conquistar el aprecio de las cortes que hemos visitado. Esta ha sido nuestra principal ventaja, Diana. Yo conozco que al recibir las últimas noticias, noticias desastrosas donde hemos perdido nuestra fuerza, en una lucha de dos meses, habreis desmayado; pero retroceder en el momento más solemne sería indigno de vos.

—¿Cuáles son vuestras esperanzas para que yo continue mi misión? ¿Cuál es vuestra fuerza? ¿Cuáles son vuestros planes?

—Son inmensos, señora,—contestó Asima desplegando una sonrisa forzada.—Aunque ya os he dicho algo, esplayaré mi pensamiento con más detencion. Desde aquí en adelante trabajaremos en el misterio y

en el fondo de nuestro gabinete, en vez de esponernos á luchas continuas, donde se gastan inútilmente nuestras fuerzas; mi principal objeto es desunir la alianza de esos cinco aventureros que el destino ha colocado en frente de nosotros para que ellos mismos se aniquilen.

Asima lanzó una mirada sombría. Diana le contestó con una sonrisa de incredulidad.

—Conde,—dijo;—no conoceis el terreno que pisais. ¿Estais hablando de planes que parecen realizables, cuando no pudisteis asesinar al duque de Medinaceli, y cuando tampoco evitásteis que se sentase en la silla ministerial? ¿Qué habeis conseguido en tres años de lucha? ¿No fracasaron todos vuestros proyectos cuando la conjuración de Marcos Díaz? ¿No habeis sufrido una terrible derrota, al ver como han regresado esos cinco caballeros que jurásteis aniquilar? Habeis sepultado en el Océano esos cuarenta millones que traen el vigor, la fuerza y el poder á esta nación? ¿Ignorais que ya marchan numerosos regimientos al Milasenado y al Franco Condado? ¡Ah! es preciso que os desengañeis. Nada podemos nada haremos en adelante. Si es verdad que os ensalzo en mi escrito á los ojos de S. M. Luis XIV, es por no hacer patente nuestra absoluta nulidad. Haré mi renuncia, no ya del modo que había principiado á redactarla, sino de otra manera distinta.

—¡Oh! callad, callad;—exclamó Asima sintiendo toda la fuerza de las razones de Diana. Verdad es que

nada hemos conseguido, pero dejando á un lado nuestro poder, se eleva una esperanza en nuestro horizonte.

—¿Cuál?

—La guerra de Cataluña, esa guerra que se inaugurará muy pronto y en la cual se gastarán infructuosamente esos cuarenta millones.

—Conde, las guerras nacionales son terribles. Del soldado que lucha porque se lo mandan al que pelea por su independencia, hay una distancia muy grande. El uno es un héroe y el otro es una máquina; por lo tanto dejemos esas nuevas ilusiones.

—¿Con que es decir que estais decidida á abandonar vuestra misión?

—Sí, conde;—contestó Diana con dulzura.—Ha concluido mi carrera política. Desde aquí en adelante quiero vivir ignorada y tranquila; tal es mi determinación. Además ya pasó la efervescencia de mi venganza, y mi juramento se ha gastado inútilmente. Por eso bendigo á Dios. Lo he cumplido, pero la fortuna ha hecho que no tenga motivos para aterrorizarme. Desengañada y satisfecha, solo me resta deciros una cosa.

—¿Qué?

—Que pienso casarme.

Un estremecimiento nervioso y repentino circuló por todo el cuerpo de Asima. Su semblante se puso lívido y sus ojos brillaron de una manera terrible.

—¡Casaros vos, Diana!—exclamó con el acento comprimido por el asombro.

—Sí, me caso. He encontrado un hombre digno de mi corazón y quiero unirme á él.

El rostro de la mariscala traspiraba cierta pureza y cierta alegría que trastornaron por un momento al conde del Cisne. Este, dominado por un sentimiento poderoso, inclinó la cabeza y ocultó el rostro entre sus manos.

Después de este instante en que resplandecieron en la frente de Asima esas nubes sombrías que son las precursoras de las tempestades del alma, miró detenidamente á Diana, desplegó una amarga sonrisa y preguntó.

—¿Y quién es el feliz mortal que va á lograr esa dicha?

—Es un secreto, conde.

—¡Ah? ¿Con que es decir que me dejais solo?

—Me separo del pacto secreto que tenía hecho con Luis XIV.

—No, no os separareis, señora, —gritó Asima poniéndose en pie y levantando la cabeza. —Ni rompereis ese pacto, ni entregareis vuestra mano á ningún mortal. Antes que vuestros deseos están vuestros deberes; antes que otro hombre estoy yo. Diana, hace cinco años que sois viuda, acordaos; cinco años que he seguido vuestros pasos, he obedecido vuestras inspiraciones, he visto con vuestras miradas, he respirado con vuestro aliento. En tan largo período mis labios nada os han dicho; mi corazón ha aparentado ser insensible; mi alma solo ha sido un instrumento de

vuestra voluntad. Pero ahora que tratais de romper bruscamente estos lazos de la amistad y del deber, me veo en el caso de deciros una cosa. Hace cinco años que os amo en silencio; he ido reconcentrando en mi pecho gota á gota todo el nectar del amor y no puedo consentir que otro ser me robe la felicidad que había soñado para mí. Yo esperaba hacer cosas grandes á vuestros ojos; yo confiaba en que adivinaríais mi secreto y os complaceríais con él; pero el desengaño me ha herido en medio de mi delirio; veo que me abandonais también por este lado y...

El conde se detuvo al pronunciar esta palabra como si temiese concluir la frase.

—¿Y qué? —preguntó Diana con disimulada ansiedad.

—Iba á decir, señora, que nunca consentiré que os separeis de mí.

La voz, tranquila ya, de Asima, tenia una determinación irrevocable.

¿Cuáles son vuestros derechos, caballero?—preguntó la mariscala mirándolo con orgullo.

—El más sencillo, Diana. Mis derechos están cimentados en mi fuerza. Pero existe otro más grande, más poderoso y más formidable.

—Decidlo.

—En el acto de separaros de la misión que os fué conferida por S. M. Luis XIV, os haceis su enemiga irreconciliable; atraeis sobre vuestra cabeza una sentencia fatal. La política misteriosa de este monarca

está cimentada en el secreto; roto éste por uno de sus agentes, es preciso que muera.

Diana se puso pálida como la cera al escuchar el lento y siniestro preámbulo de su colega.

—¿Y bien?

—Yo supongo, mariscala, que tendreis buena memoria

—Sí, la tengo, caballero.

—Pues entonces os recordaré una circunstancia. El día que el rey os entregó ese anillo que brilla en vuestra hermosa mano, os dijo con una de esas sonrisas que jamás se olvidan. – Os doy, querida mariscala, esta preciosa alhaja, para que ella os dé la suprema autoridad entre todos mis agentes secretos que invaden las cortes de Europa.

—En efecto, así fué.

—En seguida añadió en voz baja.—Debajo de esa flor de lis, que se alza por medio de un resorte, encontrareis una pequeña caja de oro llena de un licor extraño. Ese licor es el *Bromo*. Es suficiente que mojeis en él la punta de un alfiler y la inocules en la epidermis de cualquiera para que espire á los cinco minutos. Os lego esta maravilla para que la useis en contra de los agentes que no sean fieles. –¿No es cierto, señora?

Diana tembló.

—Es cierto,—murmuró sordamente.

—Pues bien, mariscala, á mí me sucedió lo mismo que á vos. Luis XIV me regaló un puñal, que es este

que llevo á la cintura, y en cuyo pomo se encuentra un surtido de magníficos venenos? Los hay para emponzoñar el aire, para administrarlos en polvo, para introducirlos por medio de la traspiración: la colección es admirable. ¿No sabeis lo que me dijo cuando me entregó esta daga?

—No.

—Pues llevándome á un extremo del salón donde se hallaba —Conde,—exclamó mirándome,—estais encargado de espiar á la mariscala de Clerambaut. Si ésta retrocede ante los grandes hechos que vais á intentar, os autorizo para que la administreis uno de esos venenos que matan al mismo tiempo que se respiran.—Ya veis, Diana, que si ahora mismo quisiera, con destapar este botón, que parece una piedra preciosa, incrustada en el puño de nacar de mi puñal, dormiríais el tranquilo sueño de la muerte.

La indiferencia con que Asima pronunció estas palabras, hicieron que la mariscala se extremeciese con rapidez. Pero reponiéndose de pronto.

—Eso estaría bien si yo delatase nuestra misión,—dijo.—Este es un secreto que ni la historia, ni los siglos ni el corazón humano, podrán descubrir jamás. Que yo me separe de mi cargo no es faltar á él. Con devolver este anillo soy libre.

—¿Y quién me asegura que no reveleis á vuestro futuro esposo un secreto tan importante? ¿Quién me garantiza que al separaros de mi lado podais venderme por miedo de mi venganza?

—Yo.

—No, Diana. La mujer que falta á sus primeros juramentos y á sus primeras promesas, puede faltar á las segundas. Ya que hemos llegado á este límite terrible es preciso que nos entendamos. En mis manos está vuestra felicidad ó vuestra muerte. Olvidad ese amor misterioso del que me habeis hablado, y consentid que yo sea vuestro esposo; ved aquí un nuevo horizonte abierto á vuestro porvenir. ¿Quereis la paz, quereis la tranquilidad doméstica, anhelais una vida libre de estas funestas responsabilidades? Pues entonces entregadme vuestra mano. Vos coronareis mi frente con todas las delicias del amor, mientras yo alcanzo triunfos para la Francia Unidos los dos, enlazados nuestros corazones, nada habrá que temer.

Asima, al pronunciar estas palabras, había descendido desde la amenaza á la súplica: su cuerpo erguido había ido inclinándose hasta caer de rodillas ante la hermosa presencia de Diana. Sus gestos, su ademán, expresaban toda la fuerza de un amor encerrado por muchos años dentro de su corazón.

La mariscala le tendió la mano con serenidad.

—Alzad, conde,—le dijo;—lo que me pedís es imposible. Quedais, pues, en el caso de assesinarme. No temo á la muerte, porque nada tengo que echarme en cara. Si me dejais vivir me casaré, como ya he tenido la honra de deciroslo, si no me conformaré con la voluntad del cielo. Ya veis que á todo estoy dispuesta.

La dignidad tranquila con que Diana acababa de pronunciar estas palabras helaron de asombro al conde del Cisne.

—¡Oh! ¿Qué decís? ¿Estais decidida á todo?

—Lo estoy.

—¿Con que me haceis perder la esperanza?

—No os queda ninguna.

Los ojos de Asima brillaron de un modo siniestro.

—Está bien,—dijo poniéndose su sombrero —Desde aquí en adelante trabajaré por mi cuenta. Pedidle al cielo por vos, por vuestro futuro esposo, y porque ninguna nube empañe vuestra existencia Desde aquí en adelante hay un abismo entre les dos. Diana, Diana, yo no sé qué presentimiento me dice que debeis amar á alguna persona á quien aborrezco mucho... Si esto es así, Dios tenga piedad de su alma. Desde aquí en adelante la lucha será inmensa: los exterminaré á todos.

El acento vibrante y colérico de aquel hombre resonó en la cúpula del pabellón como un eco de muerte.

— Salid, conde .. hemos concluído, —contestó algún tanto agitada; —quereis valeros de vuestra superioridad para intimidarme, pero es inútil. Dios existe entre el crímen y la virtud... No lo olvideis.

Asima no contestó, apretó el resorte de la puerta por donde había entrado y salió rápidamente.

Solo se sintió el eco de sus pasos extinguiéndose á lo lejos entre los rumores de la noche.

CAPITULO XXIII

Maternidad.

Pasaron cuatro meses entre el miedo y la esperanza. Unos y otros esperaron el resultado de sus proyectos, de sus intrigas ó de sus deseos. Todos parecían descubrir males inmensos, mientras que Asima trabajaba en silencio para conocer á su rival y buscar un medio que le hiciese árbitro de los cinco jóvenes que se habían antepuesto á todos sus planes.

Ignoraba que el capitán Brun se hallaba en poder de la justicia.

Mientras tanto una joven hermosa é inocente no sabía esplicarse la revolución que esperimentaba su naturaleza algún tiempo hacía. Esta joven era Elena de Gorbea.

Desde la llegada de sus hermanos, había abandonado la casa de Bermellar, volviendo á ocupar la ha-

bitación que les fuera señalada en el alcázar real. Allí, mientras Martín y Leoncio pasaban las horas, unas veces en el servicio, otras en las reuniones que estos tenían en el *Bodegon de las tres flores*, y las más en las entrevistas secretas de su hermano con la mariscala de Clerambaut, la pobre Elena sola y desesperada se veía entregada á su suerte.

Luis Albán no la visitaba; Leoncio apenas cruzaba con ella algunas chanzas tristes ó varias palabras insignificantes; Enriqueta de Ponzoa, entregada al dolor se hallaba encerrada en el fondo de su palacio; la marquesa de Villouraz iba á verla escasas veces, y aquella nueva amiga que el amor le había proporcionado, aquella Diana, autora inocente de su desgracia y único testigo de su deshonra había desaparecido.

La desdichada joven en medio de su soledad, iba sintiendo en su alma un cambio completo, una metamórfosis extraña, unos dolores empapados en un sentimiento melancólico. Elena había perdido la pureza diáfana de su cutis. Su frente se iba tiñendo de unas leves manchas, que cada día se hacían más palpables; sus mejillas lívidas se llenaban de una sombra espesa, cuando sus largas pestañas caían sobre sus ojos adormecidos por la tristeza y por el desfallecimiento.

Mil veces la pobre niña se había mirado á un espejo para buscar en silencio aquella variación de su fisonomía; otras tantas se había preguntado de adónde emanaban aquellas vagas somnolencias que se apoderaban de su espíritu, para hacerle ver cosas

nuevas é inexplicables; á veces un rubor desconocido inundaba sus mejillas y corría á hacer latir su corazón con oscilaciones extremas y en distintas ocasiones se interrogaba sobre el extraño malestar que invadía todo su cuerpo.

Aquella misteriosa transformación, iba tomando proporciones más alarmantes á medida que el tiempo transitaba. Su seno antes ligero y flexible se había dilatado algún tanto. Elena creyó que aquellos síntomas eran el principio de una enfermedad.

Tales fueron aquellos meses.

Una tarde se hallaba la infeliz Elena reclinada en el respaldo de un sillón, mirando por una de las ventanas de su cuarto los espesos montes del Pardo, cuyas crecientes ondulaciones iban á confundirse con las azules crestas del Guadarrama. Contemplaba en silencio la débil cinta que forma el Manzanares en lo profundo de ese valle solitario, que corre de Norte á Sur, casi á las faldas de Madrid; gozaba con los cantos perdidos de algunas lavanderas, ó con los aires vigorosos de algunos soldados. Su alma más propensa al sentimiento que á la alegría se iba comprimiendo por un dolor melancólico.

Acababa de experimentar uno de aquellos mareos que hacía tiempo le atormentaban; sentía sobre su frente el sudor de la angustia, y casi apenas podía sostener la cabeza.

En este estado se abrió la puerta del cuarto y entró una mujer cubierta con un manto.

Elena lanzó un grito de placer.

—¡Diana! —exclamó levantándose y arrojándose en sus brazos.

—Amiga mía,—contestó ésta estrechándola contra su seno.

—¡Oh! sentaos..... ¡Cuánto deseo tenía de veros!

—¿Y yo?..... pero ¡ah! perdonad. ¿Y vuestro hermano?

—Ha salido

—¡Dios mío!

Y Diana juntó sus manos en actitud desesperada.

—Pues qué ¿lo necesitais?

—Sí.

—¿Corre tal vez algún peligro?

—No, no, amiga mía. Tenía que verlo precisamente en este momento,—dijo la mariscala.

—Pues bien, esperad: no deberá tardar mucho.....

—Es que.....

Al decir eso miró á la puerta con terror.

—¿Temeis algo? —preguntó Elena.

—Creo que vengo espiada.

—Aquí nada teneis que temer. Serenaos por lo tanto.

—Está bien.

Las dos amigas se sentaron una en frente de la otra y se miraron de nuevo con todo el cariño que se abrigaba en sus almas.

—¡Oh!—dijo la pobre Elena;—¡cuánto tiempo hace que no os veo! Sin duda habeis pensado en la inespe-

rada felicidad de la vuelta de mi hermano, cuando no os habeis acordado de mí.

—No me hagais cargos inmerecidos, Elena; mi ausencia ha dependido de otras circunstancias. ¡oh! ¿si supiérais lo que he sufrido?—prosiguió volviendo á mirar á la puerta.

—¡Vos!

—Sí; mi posición es sumamente crítica y he tenido que hacer frente á mil acontecimientos terribles. Ya no puedo más. Busco á vuestro hermano para que me salve.

—Entonces descuidad. Martin os ama mucho.

Diana pareció tranquilizarse con estas palabras.

—Creo que no voy á ser feliz,—murmuró tristemente;—yo que solo aspiro á una vida sosegada y oculta, siento una inquietud horrible hasta ver satisfechos mis deseos.

—¡Por qué esos presentimientos!

—No lo son. Son temores positivos.

—¿Pero vos escudada con la protección de las leyes?.....

—¡Ah! no podeis comprender la magnitud de mis desgracias, y por eso creeis que están dentro del círculo de los acontecimientos vulgares. Si dentro de ocho días no soy la esposa de vuestro hermano, regularmente moriré después.

Elena dió un pequeño grito mientras la mariscala derramaba abundantes lágrimas.

—¡Dios mío!

—Mirad,—dijo Diana con una febril ansiedad;—temo que el tiempo pase y no venga vuestro hermano: por lo tanto vais á hacerme el mayor favor que podeis prestarme en vuestra vida.

—Decidme lo que gusteis.

—Entonces haced presente á Martin estas palabras.—«El hombre que nos persigue me ha intimado una orden para que delate el nombre de mi futuro esposo..... Es menester burlar su astucia y anticipar todos nuestros proyectos.»

—Está bien,- dijo Elena estremeciéndose al oir aquellas oscuras palabras

—Ahora podemos hablar de lo que gusteis,—contestó Diana más tranquila.—Confío en vos.

Las dos jóvenes se volvieron á abrazar con confianza y cariño.

—Mi mayor deseo,—contestó Elena;—es que seais feliz, amiga mía. ¿Cuándo será vuestro casamiento?

—Debe ser muy pronto en atención á lo que os acabo de decir. Ya veis como os descubro hasta la más pequeña ansiedad de mi alma. Pero ¡Dios mío! ¿Qué es lo que teneis? Mi agitación no me ha permitido reparar bien en vuestra fisonomía. ¡Estais pálida, demudada!.....

—Sí,—contestó Elena tranquilamente;—yo no sé que tengo hace dos meses. Me encuentro mala; nada me duele y todo me fatiga; mi cabeza, segura en otro tiempo, sufre extraños vahidos que apenas puedo re-

sistir. Una melancolía devoradora se engendra en mi corazón, y solo encuentro algún alivio cuando mis ojos se deshacen en lágrimas.

Diana quedó admirada al oir aquel sencillo relato que le recordaba una causa poderosa. Miró de nuevo á su amiga, estudió en silencio la extraña revolución de su fisonomía y entonces se reprodujo en su memoria la escena repugnante que había presenciado entre el rey y su amiga.

—¡Ah! —dijo mirándola fijamente; —¿y no comprendeis cuál es el origen de vuestra dolencia?

—No.

La mariscala quedó asombrada al ver la tranquilidad de la joven. Le interesaba su destino y quería que fuese lo suficiente franca para ocultar las consecuencias de aquel mal. Sí; Diana había conocido con ese prodigioso instinto de la mujer cuál era la enfermedad que le aquejaba. Había presenciado la causa y ahora descubría el efecto. La enfermedad de Elena eran los primeros síntomas de la maternidad; el primer sacudimiento de la naturaleza cuando ésta encierra en sí el gérmen sagrado de otra vida. Elena estaba en cinta.

La mariscala estudió en silencio todos los síntomas y quedó convencida. ¿Cómo, pues, abandonar á aquella joven á las funestas consecuencias de lo que ella creía un desliz? Era preciso escudarla de toda sospecha, librar su honor manchado antes que el fruto de aquella deshonra, pues estaba convencida de

que Elena era cómplice en aquel asunto. Llena de sentimiento no pudo menos de decir:

—Perdonadme que sea franca con vos, pero hay momentos supremos en que es preciso hacer sacrificios inmensos para salvar nuestro nombre y nuestro honor. El cariño que os tengo os debe dar fuerza y energía para que me contesteis. ¿Me prometeis no ocultarme nada?

—Estoy pronta á todo,—contestó la joven no comprendiendo lo que le decía su amiga.

—Bien eso es lo que yo quiero; que seais razonable. Elena, vos habeis amado mucho, ¿no es verdad?

—Sí, mucho; esa es mi desgracia.

—Ya me dijísteis algo la última noche que nos vimos,—contestó Diana.—Teníais un amor misterioso y hasta reprobado, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Faltabais á vuestros deberes?

—También.

—Entonces ¿cómo es que no conoceis el mal que os aqueja?

Los ojos de Diana se fijaron en la tranquila fisonomía de Elena. Ni un destello de rubor ni de vergüenza apareció en ella, por lo que la mariscala quedó admirada de tanto disimulo.

—¿Conque según vos, creeis que mi dolencia es hija del amor?

—Así lo creo.

—Y yo no lo extraño. ¡Oh! vos no sabeis lo que he sufrido y padezco desde que...

Elena se detuvo como abrumada por un pensamiento.

—¿Hace mucho tiempo que no le habeis visto?

—¿A quién?—preguntó la joven.

—A vuestro amante.

—Desde la noche que estuvísteis en mi habitación.

Diana la miró con compasión.

—¿Luego confesais?

—¿Qué?

—Que él es la causa de vuestro mal.

—No lo pongo en duda, amiga mía. El se separó de mí para siempre, y acaso el dolor de su ausencia haya producido en mí este trastorno.

La mariscala pareció confundirse con esta contestación.

—¿Nada más que el sentimiento de la ausencia?—preguntó con ansiedad.

—¡Y qué más puede ser!—contestó Elena del modo más candoroso.

Diana enmudeció al notar tan constante negativa. Conoció que hay ciertas confesiones que jamás salen del corazón, sino de una manera forzada y vergonzosa, y no dudó en que su amiga disimulase de aquel modo para evitar un sonrojo terrible.

Era preciso ser cruel si se le había de prevenir su estado: Diana lo calculó así, y tembló porque el secreto de su amiga se hiciese público.

—¡Ay, amiga mía!—exclamó con sentimiento;—sin duda no habeis comprendido mis palabras ni mis intenciones.

—¿Por qué?

—Vos me ocultais el origen de vuestro mal; vos creeis que yo pertenezco á ese género de mujeres que dan pábulo á una maligna publicidad, cuando nada quereis decirme, cuando nada quereis confiarme. Pero faltaría al cariño que os tengo si no os dijese que vuestro delicado estado puede llamar la atención general, y entonces estabais perdida sin remedio.

—Pero ¡Dios mío!—exclamó Elena asustada,—¿qué veis en mí para hablarme de esta manera?

—Pues qué ¿no lo conoceis vos?... ¿No sentís en vuestro seno?...

—¡Qué!... ¡oh! me estais asombrando.

—No, no; todo lo sé, Elena. ¿A qué disimular?

—¿Pero qué sabeis?

—Vuestros amores, vuestro secreto.

—Yo se los he contado.

—Pero habeis reservado lo principal. Elena, confiad en mí vuestros pesares... soy vuestra única amiga.

—¿Qué quereis que os confie?

—Vuestro mal.

—¡Mi mal! ¿Pues estoy tan mala acaso?...

—¡Oh! ¿no lo conoceis? ¿No sentís palpitar dentro de vos una cosa desconocida?

—Sí... sí.

—¿No sentís una especie de cariño é idolatría hácia cierto objeto interior, que parece estar suspenso de vuestras entrañas?

—También.

—¿No habeis notado un cambio completo en vuestra naturaleza?

—Es cierto.

—Entonces, ¿por qué me negais lo que está patente?—instó Diana con cariñoso acento.

—¡Oh! yo no os niego nada,—contestó la infeliz joven aturdida, y no sabiendo lo que le pasaba.—Me hablais de mi enfermedad, de mi tristeza, de mis temores y á todo os contesto con sinceridad.

—Entonces. creo que me habeis comprendido, amiga mía; por lo tanto es menester salvaros, sin que vuestro hermano pueda adivinar vuestra desgracia.

Elena miró á Diana de tal modo que ésta no pudo menos de extremecerse.

—¿Pero qué es esto?—gritó llena de terror.—¿Qué desgracia es esa?

—La que por efecto de una condescencia culpable pesa sobre vos, amiga mía; la que dentro de un mes escaso, ya no podreis ocultar á los ojos menos suspicaces. Elena, abandonad el disimulo; pensad en vuestro decoro: no os expongais á las escandolosas murmuraciones de la corte. ¿Quereis hacerme dudar de la verdad, cuando yo fuí testigo de uno de esos momentos de delirio en que la razón se extravía y en que no

hay más remedio que ceder á las exigencias de un amante, cuando este es?...

La joven creyó que la mariscala se había vuelto loca.

—¡Qué estais diciendo?—exclamó asombrada.—¿Qué mal es el mio para que no pueda estar oculto?..

—¡Oh! no os agiteis: os repito que todo lo sé,—dijo Diana.

—¿Pero qué sabeis?

—Que estais en cinta, Elena.

Esta dió un grito inexplicable, horrible, lleno de espanto é incredulidad. Semejante expresión era una hipótesis aventurada que atacaba de un modo directo su honor inmaculado, su espíritu puro y radiante, su nombre limpio como el sol. Levantóse creyendo que su amiga estaba delirando, y se dirigió á ella.

—Diana ¡Estais loca! ¡En cinta yo!

—No lo dudeis, amiga mía: ese es vuestro mal.

—Pero, ¡Dios mio! eso es imposible,—prosiguió la infeliz juntando sus manos con desesperación.—¡Quién ha podido abusar de mí, cuando mi alma está pura y mi pensamiento no tiene de qué avergonzarse? Mirad, amiga mia... eso no puede ser... no puede ser, lo repito. Acaso una alucinación vuestra .. Pero ¡ah!—prosiguió mirándose á sí misma,—es verdad que siento en mi seno una cosa nueva: que nacen de mi corazón voces misteriosas; que he perdido la flexibilidad de mi talle. ¡Oh! ¡Dios mio! Romped este misterio ante

mis ojos, aunque en seguida caiga muerta en expiación de mi culpa. Si es cierto que este gérmen extraño, que vive en mi cuerpo, son los primeros síntomas de la maternidad; si se engendra en mis entrañas una vida que crece con mi vida, entonces ¿cómo es posible que yo haya perdido la razón y la memoria en tales términos que mi conciencia esté tranquila?

Elena arrastrada por aquel parosismo del dolor y de la sorpresa, cayó de rodillas mirando al cielo tranquilo de la tarde, que se descubría por la ventana que tenía en frente. Diana corrió á sostenerla, veía en aquella súplica de la desesperación el espanto de la virtud, viéndose manchada sin comprenderlo; escuchaba en aquellas palabras el grito de la honra ultrajada, que no adivinaba el orígen de su vergüenza, y desde luego trató de calmar las angustias de la pobre criatura, con todos los halagos, con todo el aprecio y toda la abnegación de la amistad.

—Sosegaos... querida mía,—dijo abrazándola con efusión y mezclando sus lágrimas con las de la joven; —es preciso tener valor para sobrellevar los sufrimientos humanos. Vuestra desgracia no tiene remedio y es menester salvaros.

—¡Oh! yo no acierto á creerla...

—Pues qué, ¿os considerais inocente?—preguntó Diana.

—Mirad,—contestó la joven levantándose con una gravedad noble y sublime.—Juro en nombre de Dios y de todos los santos del cielo, que mi alma y mi

corazón están limpios de este crímen, si es cierto que existe: invoco el nombre de la vírgen María para que permita mi condenación eterna si falto á la verdad.

—Entonces se ha abusado de vos,—contestó Diana aturdida.—Yo fuí testigo y os consideré cómplice en el supremo instante en que os arrebataban la honra.

—¡Con qué es cierto! —gritó Elena;—¿con que se ha abusado de mi persona de un modo cruel?

—Sí.

—¿Y quién ha sido el infame?

—Silencio,—gritó Diana mirando en torno suyo;—no debo pronunciar su nombre en este sitio.

Lágrimas silenciosas caían por las pálidas mejillas de Elena á medida que su amiga iba descorriendo ante su vista aquel funesto secreto.

—Bien,—contestó;—dadme pormenores.

—Haré todo lo posible por complaceros. Pero es con la condición de que permanezcais tranquila.

—Os obedeceré.

Las dos hermosas jóvenes se miraron con profunda pena.

—¿Os acordais,—dijo la mariscala,—de la noche en que subí á vuestra habitación para comunicaros algunas noticias de Martín?

—Sí.

—¿Teneis presente que me hablásteis de vuestro amante, diciéndome que le estábais esperando?

Elena se pasó la mano por la frente para enjugar

el sudor que brotaba de ella y para recordar aquella circunstancia.

—También lo recuerdo,—contestó.

—Pues bien; cuando vos caísteis insultada de resultas de la cruel noticia que venía encerrada dentro del tubo de lata, corrí á llamar para que acudiesen á prestaros algún socorro. Entonces, y antes de que mi mano tirase del cordón de una campanilla, se presentó vuestro amante. ¡Oh! la luna le iluminaba y pude conocerlo... ¡Dios mio! apenas tuve fuezas para retroceder... Huí como pude y me refugié en una habitación inmediata. Vos estábais tendida en una alfombra y él os reconoció. Acercóse á vos en silencio; os miró con todo el delirio del amor; sentí que su respiración se agitaba, y entonces inclinándose hacia vos estampó algunos besos en vuestra frente. Yo os creí cómplice en aquella escena... y permanecí inmóvil... Poco después..

Elena lanzó un gemido y se cubrió el rostro con las manos.

—No prosigais; lo comprendo todo,—dijo con resignación sublime.—El, ¡Dios mío! ¡él haber abusado de un modo tan cruel! Paciencia, es una prueba más.....

Y hundió su cabeza entre sus manos derramando copiosas lágrimas.

—Tranquilizaos, Elena; ya no hay otro remedio sino salvaros de todas las sospechas y de todas las miradas.

—No, no; quiero apurar la amarga hiel del dolor.

Estoy pura á los ojos de Dios..... ¡qué me importa el juicio de los hombres! Madre sin ser esposa, concubina sin ser cómplice, llevaré el fruto de la deshonra con el orgullo de la virtud, para lanzar una maldición contra el hipócrita amante, que ha abusado de una mujer de un modo tan miserable. En el acto de ocultarme me haría culpable..... Dejadme, pues. Siento que brotan en mi corazón los gritos de una madre ofendida; siento en mi seno un movimiento convulsivo de un hijo desgraciado, culpando al infame autor de sus días..... ¡Oh! ¡Dios mío! Ahora conservo el recuerdo vago de el abuso que se ha cometido conmigo..... Dadme, señor, fuerzas para sostenerle y valor para sufrir.

Elena enjugó sus lágrimas; se levantó con tranquilidad y como si nada tuviera que sentir se acercó á su amiga para consolarla

—Ahora pensemos en vos,—prosiguió con profundo cariño.

Estas espresiones le hicieron conocer á Diana que había corrido el tiempo de un modo rápido. El sol se hundía entre nubes de oro, tras los picos de los lejanos montes, y pronto la noche iba á estender sus velos por el paisaje.

—¡Oh! teneis razón,—dijo juntando sus manos y acordándose del objeto de su venida;—yo necesito ver á vuestro hermano y aun no se ha presentado.... ¿Qué será de nosotras?

—¿Pero correis algún peligro?—preguntó Elena sobresaltada.

—Sí; estoy rodeada de traidores y solo me puede salvar Martin.

Al pronunciar esta palabra se abrió la puerta y se presentó éste como si le hubiese invocado.

—¡Ah!—gritó Diana arrojándose al joven que contemplaba con alegría á aquellas dos mujeres que tanto amaba.

—¡Vos aquí, señora!—dijo mirándola con amor.

—He venido á buscaros,—contestó la mariscala.—Martin, estoy perdida si no me salvais.

—¿Qué pasa?—contestó éste poniéndose pálido.

—Acabo de interceptar una comunicación dirigida al conde del Cisne, en la que se le manda que me obligue á delatar vuestro nombre para fraguaros una asechanza.

El joven al oir aquel título, hizo un gesto repugnante de odio, de furor y de asombro. Elena se aproximó temblando á los dos amantes.

—Hacedlo, Diana; no os espongais por mí,—contestó Martin.—Ese hombre fatal, interpuesto siempre, ya en la senda de mi gloria, ya en la de mi ventura, quiere morir de un modo espantoso.

—Después he sabido que tiene instrucciones terribles en contra mía.

—¡Oh? ¿cuáles son?

—Las ignoro. Por eso he venido aquí á salvaros y á salvarme. Vos, Martin, que conoceis todos los secretos de mi vida; que me considerais digna de vos, á pesar

de los errores de mi pasada conducta, vos sois el único por quien pretendo conservar mi existencia.

—Pues bien,—contestó el joven lleno de ardimiento;—puesto que me habeis prometido ser mi esposa, aceleremos el acto de nuestra unión.

—Estoy decidida á todo.

—¿Cuándo quereis que os conduzca al altar?

Diana inclinó la cabeza mditando.

—Antes que pase esta semana,—contestó por último.

—Os advierto que hoy es lunes.

—Todo queda á vuestro cuidado, para el día más próximo.

Los dos amantes se miraron con esa viva efusión que llena el alma de goces inesplicables.

—Elena,—dijo Martín;—he aquí á la que será mi esposa. También es preciso pensar en tu suerte.

La joven se estremeció y miró á su hermano con tristeza. Este se volvió á Diana y le dijo:

—La noche se acerca y no quiero que transiteis sola por las calles; voy á acompañaros.

—No, no; Asima pudiera descubrirnos y entonces.....

—Tened confianza.

La mariscala cedió y se dirigió á la desventurada joven que era testigo de aquella escena.

—Adios, amiga mía,—dijo estrechándola convulsivamente;—dentro de pocos días seré vuestra hermana ó habré perecido.....

—¡Quién tuviera esa última suerte! —murmuró Elena al oido de la de Clerambaut, correspondiendo á sus caricias.....

Después de un momento estaba sola; miró al cielo herido por el postrer destello crepuscular, y conociendo que el dolor y la angustia la devoraban, se llevó las manos al corazón y pronunció entre gemidos estas palabras:

—¡Y es Luis Alban el padre de mi hijo!...

—¡Con que soy madre!.... ¡madre!

CAPITULO XXIV

No es él.

Estas palabras que le parecían inverosímiles, extrañas y singulares, retumbaron en su corazón con todos lo dolores del despecho, todas las amarguras del destino y toda la vehemencia de la maternidad. Elena pensaba en un acontecimiento extraordinario, en un desengaño de la buena fé y del honor, en un suceso horrible y positivo, en una fatalidad de la suerte.

En su cálculo nadie sino el conde de Bermellar había sido quien abusara de su desmayo de un modo tan indigno; nadie sino él, quien seducido ó alucinado cometiera el tremendo acto de arrancarle su honra, cuando ella inerme y sin voluntad se hallaba entregada á los deseos de su sensualismo ¡El, tan pundonoroso, había atropellado todas las leyes del honor! ¡Ah!

¡pobre Elena! Su imaginación no podía concebir el tejido de circunstancias que la condujeran á un estado tan deplorable y culpó al más inocente.

Entonces, cuando la reflexión árida y desconsoladora vino á colocarse á su lado, encontró una perfidia incalificable en la conducta de Luis. Su ausencia era un abandono; su silencio un crímen. Sabía que estaba en Madrid, y era una doble prueba de su culpable proceder.

Estas ideas pasaron por el pensamiento de la pobre niña, como agudos puñales. No quería convencerse de la realidad, y sin embargo, hacia cuatro meses que llevaba en su seno una criatura concebida en medio de una infamia. Pensó en las horas desesperadas que tenía que sufrir; en las lágrimas que tenía que devorar en silencio; en las humillaciones que le reservaba la Providencia

En medio de los extravíos de su razón, sintió esos placeres misteriosos que germinan en el alma de una madre, principió á querer la nueva vida que se alimentaba con su sangre, pensó que ella no podía disponer de sí sin ser parricida, y como un dolor inefable amó la luz, el aire y todo cuanto Dios envía, no por ella, pobre criatura deshonrada, sino por su hijo, por aquel fruto inocente y criminal á un mismo tiempo.

De este modo pasaron dos horas mortales.

Luego que no pudo evitar esas primeras luchas del cariño materno; cuando la religión y la manse-

dumbre le dieron fuerzas para sobrellevar aquella suprema cruz, aquel martirio consolador, meditó en los deberes que como madre debía seguir.

Era preciso dar un padre á su hijo, poder presentarlo á la faz de la sociedad, no como una prenda de infamia, sino como un galardon del cielo... Para esto era necesario llamar á Luis; echarle en cara su falta con dolor, pero con resignación; era menester descubrir á sus hermanos el funesto contratiempo de su destino.

¡Oh! esto le hizo extremecer. La rigidez de Martín y el amor engañado de Leoncio; los votos de su padre; los sagrados juramentos de su familia, todo se iba á destrozar con una palabra.

Sin embargo, entre la indecisión y la certidumbre no se podía luchar por mucho tiempo. Era preciso exponerse á todo para salvar el nombre de su hijo, ya que no podía salvar el suyo; era un deber que emanaba de su corazón en penetrantes gritos; confesar su estado, llamar á Luis, obligarlo, en caso que se resistiese, que se casase con ella, sino por amor, por deber á lo menos.

En el grado de exaltación que se hallaba la desdichada Elena, recurrió á un medio indispensable, antes de tocar niguno de los extremos á que la conducía su desesperación.

Este ero llamar á su amante.

Sentóse en una mesa y trazó en un papel algunos renglones, que eran los verdaderos intérpretes de su

situación. Concluida la carta la entregó á un criado para que la llevase á su destino.

Trascurrió cerca de una hora, hasta que abriéndose la puerta de repente se presentó el conde de Bermellar.

Venía pálido, conmovido, lleno de un vago placer y de una tristeza consoladora. Creía desde que recibió la carta de Elena, que una circunstancia felíz la había impulsado á llamarlo, y casi se dejó arrastrar por esas dulces ilusiones que siempre existen en el corazón de la juventud, como un bálsamo saludable. Luis corrió como un loco hasta la puerta de la estancia donde estaba su amada.

Al llegar á este sitio se detuvo como si una fuerza contraria le sujetase.

La inmovilidad de Elena, la morvidez enfermiza de su semblante, el reciente brillo de lágrimas, el fuego apagado de sus ojos, todo esto fué devorado en un instante por la ardiente mirada del joven.

—Ana,—dijo sin moverse,—aquí me teneis.

—Entrad, caballero,—contestó ella casi sin mirarlo.

El presentimiento es á veces una voz prodigiosa que desciende del cielo. Luis tembló al mismo tiempo que obedecía la orden de su amada.

Cuando se hubo colocado en frente de ella; cuando la miró en silencio, comprendió que Elena, á semejanza de las flores, había sido la víctima de una tempestad.

—¡Dios mio! —exclamó arrastrado por la sorpresa y el sentimiento, —¿qué es lo que teneis?

La joven levantó los ojos y miró á su amante.

¿Vos me lo preguntais? —contestó con amargura.

—Sí; me considero con algún derecho para interesarme por vuestra felicidad. Cuando esta noche recibí la esquela que os habeis dignado remitirme, creí que os podía ser útil en algo y aquí me teneis. Pero cuando advierto en vuestra fisonomía la marca del sufrimiento; cuando leo en vuestros ojos que algo de extraordinario pasa en vuestro corazón, he sentido en mi alma una fuerza irresistible, una opresión dolorosa que me obliga á preguntaros.

Elena encontró en este lenguaje aquella verdad, aquella armonía del sentimiento que en otras ocasiones había escuchado, pero que en las circunstancias presentes era el pérfido idioma del engaño, queriendo cubrir con una dorada apariencia las faltas pasadas.

—Para que yo os explique todo lo que me pasa, —contestó la joven con voz tranquila, —es necesario que os senteis en frente de mí, Luis. La conversación que vamos á tener es más bien hija del deber y del interés que del amor... porque los tiempos de la felicidad pasaron ya para no volver jamás. Creo que me comprendereis.

El caballero inclinó la cabeza.

—Antes de que me habláseis, —dijo, —esperé alguna cosa terrible; ya sabeis que mi corazón está

fortalecido en la desgracia: por lo tanto en vez de comprender, adivino.

La mirada de Elena se fijó vivamente en el joven.

—Siendo así me ahorrais confesiones dolorosas, que harían asomar el rubor á vuestro rostro.

—¡Cómo!

—¿Acaso os sorprende lo que os digo?

—Sí, Elena; yo no tengo motivos para avergonzarme con respecto á vos. Os he amado con toda la energía de mi corazón; os amo aún con toda la fuerza de mi alma; pero he debido retroceder ante lo imposible. Hace tres meses que huyo de vuestra presencia, porque de otro modo hubiera sembrado el dolor en otros corazones inocentes. Si mi sacrificio merece vuestras reconvecciones; si mi conducta intachable y leal es para vos indigna, decídmelo. Llevaré este nuevo pesar como una prueba de martirio, como nuevo azote de la suerte. Acostumbrado á sufrir más bien que á gozar, leo en vuestra fisonomía algo de terrible y siniestro que hiela mi sangre; con todo, si he podido faltaros, decídmelo. Purgaré en la soledad con mis lágrimas esta nueva desgracia.

—¡Oh!—murmuró para sí la pobre Elena;—¡cómo miente el pérfido!

Y sus ojos esparcidos por la azulada inmensidad del cielo, parecieron buscar un punto de apoyo en él cuando tan abandonada se veía en la tierra.

Luis estaba aturdido ante semejante actitud.

—Callad,—dijo Elena;—conozco vuestras intenciones y me obligais por lo tanto á ser ingénua. Las palabras enmudecen ante los hechos.

—¡Pero qué es lo que quereis decir!

—¡Ah! ¿no me comprendeis?

—Elena; dos veces me habeis dicho esa expresión y me hundís en un abismo de dudas. ¿Acaso ha descubierto vuestro futuro esposo, Leoncio, la inclinación que me habeis tenido?

—No.

—¿Os exige vuestro hermano algún sacrificio en mi nombre?...

—Tampoco.

—¡Oh! no seais cruel Vos no podeis calcular el daño horrible que estais haciendo en mi corazón. ¿Habeis dudado de mi fe, en el tiempo que ha trascurrido sin que nos veamos? Hablad, Elena; prefiero la muerte á una de vuestras quejas; quiero más bien una maldición de vuestros lábios, que una sospecha infundada.

La joven no pudo resistir oyendo aquel lenguaje que para ella era el más impudente insulto de aquel hombre querido. Inclinó la cabeza para dar salida á un torrente de lágrimas y á numerosos gemidos medio ahogados por el dolor.

Luis quedó inmóvil y asombrado, no sabiendo explicarse aquella circunstancia extraordinaria.

—¿Qué es lo que teneis?—gritó cayendo á sus plantas, estrechando aquellas manos idolatradas y

dejándose arrastrar por el frenesí de su pasión.

Elena lo repelió dulcemente.

—Dejadme, ingrato,—contestó;—me habeis hecho infeliz por toda mi existencia y quereis acabar de cebaros en vuestra víctima. Sed generoso siquiera. Yo creí que había en vuestro corazón un destello de la sangre de vuestra familia; pero bajo esa apariencia de virtud; bajo ese lenguaje engañoso, sabeis ocultar un corazón hipócrita, un alma miserable. Pero tened presente que al insecto que se le pisa levanta la cabeza para herir. ¡Ah! yo creía que tendríais memoria, pero veo que fingís admirablemente un olvido, para no reparar vuestra culpa.

La sorpresa de Luis llegó á su colmo al oir estas expresiones. Oía, pero se hallaba en tal estado de pasmo y asombro, que no acertaba á sondear tan misterioso lenguaje. Sin embargo, un extremecimiento nervioso, una palidez horrible, un sudor glacial, inundaron su cuerpo, como si presintiese el tenebroso fondo de aquellas palabras.

—Elena, Elena,—exclamó;—ó yo estoy loco ó la razón nos ha abandonado á los dos. Vuestro modo de hablar me revela que os ha pasado una cosa extraordinaria, que en vano quiero buscar en mi imaginación, en mis recuerdos, en toda mi existencia. Vos me acusais, vos me ofendeis, vos me insultais. ¿De qué, señora? ¿Qué he hecho yo? ¿Cuál es mi delito?

—¿Me obligais á confesarlo sin que os muevan á piedad mis lágrimas?

—Es preciso. Presiento un arcano espantoso. Dios es testigo de mi comportación y debo sincerarme.

Elena lo miró fijamente como la mujer que va perdiendo el brillo de la verdad, y se va sepultando en un abismo. No podía concebir tanto aplomo, tanto fingimiento, en aquel joven tan recto y tan pundonoroso. La duda brotó de su corazón, pero al mismo tiempo sintió en sus entrañas un movimiento convulsivo, una agitación dulce y dolorosa.

Tuvo que principiar á reunir en su memoria todas las circunstancias de la noche terrible, en que perdiera la virginidad del cuerpo, sin perder la pureza del espíritu, para poder seguir el hilo de sus ideas. Era necesario ser cruel consigo misma, para ser generosa y magnánima con su hijo.

—Luis,—dijo haciendo un esfuerzo superior para tranquilizarse:—nada adelantaremos siguiendo hablando como hasta aquí. Ni vos me querríais comprender, ni yo me explicaría Entendámonos de otro modo

—Bién,—contestó maquinalmente.

Después de una breve pausa, Elena continuó.

—Hace tres meses, cuando vos estábais pronto á huír de mí para buscar en Italia, ya la muerte en un campo de batalla, ya el descanso y el olvido en un claustro, solicitásteis una última entrevista como un consuelo en medio de la adversidad. Yo tuve la imprudencia de concedérosla.

—Es verdad,—contestó el joven temblando.

—Aquella noche,—prosiguió Elena,—una mujer generosa y magnánima vino á darme algunas noticias de mis hermanos; noticias que la Providencia pareció enviarme y que sólo sirvieron para mi desgracia. Por ellas supe que estaban próximos á perecer en medio del Océano; que el barco que los conducía, perseguido por otro de mayor porte, se estaba defendiendo después de un combate de dos horas; que no había salvación para ellos... Yo no sé lo que me sucedió entonces; una angustia mortal se apoderó de mi corazón; vacilé por un momento, hasta que caí al suelo sin sentido.

—¡Ah! me acuerdo de haberos oido esto mismo.

—Sí,—prosiguió la jóven.—Ahora prestadme atención. Cuando quedé en el suelo como una muerta, un hombre, vos, Luis, acudísteis á la cita, que anteriormente habíamos convenido. Me encontrásteis reclinada en una alfombra; me contemplásteis en silencio por algún tiempo, como si hubiese brotado en vuestra alma una lucha entre la virtud y el deseo, entre el honor y la pasión. Yo estaba allí, sola, indefensa, sin fuerzas para resistir, sin voz para gritar, sin vista para ver. Sin duda el demonio de la impureza inflamó vuestra sangre; borró en vuestro pecho todas las ideas de la generosidad, del deber y de la nobleza cuando... Luis, no me obligues á que sea más explícita. El ángel que vela por la inocencia me ha revelado estos arcanos. . ya sabeis que cuando desperté me hallaba en vuestros brazos.

Es inconcebible el violento y doloroso grito que dió Bermellar al escuchar aquellas palabras. El amor, el furor, ciertos celos insensatos que se hincaron en su pecho como los dientes de un perro rabioso; el delirio que se había apoderado de él al verse acusado de una acción que no había cometido; el saber que Elena estaba deshonrada de un modo infame, todo esto arrancaba de su seno aquella especie de bramido feroz, que penetró hasta el más recóndito sitio del corazón de Elena

Luis quiso hablar y le faltó la voz: quedó aterrado, no por su conciencia, sino por la magnitud del hecho.

Elena interpretó aquel silencio de distinto modo, y prosiguió:

—Hé aquí,—continuó,—el resultado de vuestra violencia, caballero. Vuestro secreto, lejos de permanecer oculto, vá á patentizarse á los ojos de la sociedad y á proclamar la deshonra de una desgraciada. Dentro de algún tiempo las consecuencias de aquel acto no podrán permanecer en el misterio. Ya lo sabeis... Llevo en mi seno el fruto de vuestro crímen: ya no puedo ser la esposa de Leoncio; mi nombre manchado y envilecido no puede manchar á otro. Ved, pues, por lo que os he llamado. Voy á ser madre, Luis: si no os amase con toda la fuerza de mi alma; si vuestra imágen no permaneciese á pesar de vuestra acción grabada en mi pecho, me bastaría una palabra para provocar una venganza que rechaza. Mi hijo es

antes que todo... Reconoced vuestra falta y tengamos la fortaleza consiguiente para desarmar el furor de mi hermano. Oid los gritos de vuestra sangre; dad un padre al hijo desventurado que crece dentro de mí misma; no permitais que lleve el sello maldito del pecado ó de la bastardía... piedad, no para mí, sino para él... para vuestro hijo.

Elena cayó delante de Luis, arrastrándose de rodillas; abrazando las piernas del joven, regando el suelo con abundantes lágrimas. Había en sus voces y en sus ademanes, un dolor grande y sublime, capaz de conmover hasta la fibra más endurecida. Aquel llanto y aquellas palabras eran el fervoroso grito de la maternidad; la súplica de la desventura.

Luis no pudo sostenerse y se sentó en una silla. Su alma generosa acababa de experimentar un trastorno en sus pensamientos, y lágrimas de fuego se agolparon á sus ojos.

—Elena,—exclamó levantándola con frenesí...—¿es posible que me creais autor de una falta horrible, de un hecho que me extremece? ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Dadme fuerzas para sobrellevar este golpe... ¡Yo culpable cuando he sacrificado por vos mi cariño, mis afectos y hasta mi existencia! Elena, yo no he sido el bárbaro atentador de vuestra honra. Lo juro por lo más sagrado que existe; por ese cielo que nos oye; por ese Dios que nos vé. Si no os satisface mi juramento, tomad; aquí teneis mi sangre,—prosiguió entregándole un puñal;—arrancadme la existencia, que ya no

puedo soportar, ó pedid un rayo al Omnipotente para que me aniquile... ¡Oh! ¡qué quereis que haga! Una circunstancia fatal ha presidido en ese episodio de infamia. Alguien, escudado por el misterio, os ha robado ese tesoro de la vida, esa joya del honor... Yo buscaré al miserable que así ha abusado de una joven indefensa, para hundirle mi espada en su corazón. Elena, dadme permiso para que os salve.

—¡Con que no habeis sido vos! —gritó ésta no dudando de aquel acento puro y verdadero.

—No; ya os lo he dicho.

—¡Entonces, quién es el padre de mi hijo!—exclamó aquella madre desesperada.

—El cielo lo sabe, señora. Pero es menester arrancar este secreto. Ayudadme... sed franca, pues nada debeis sospechar de quien os ama con el mismo amor que antes. Si el infame que ha abusado de vos se niega á reconocer el fruto de su crímen... yo seré el padre de vuestro hijo; yo me haré criminal sin serlo; yo traeré sobre mi frente el ódio de Martín, el furor de Leoncio y la execración de todos. ¡Oh! ya veis, Elena, hasta qué grado llega mi cariño hácia vos. Estais pura; yo acepto la afrenta, el delito y la deshonra; yo prodigaré mis caricias á esa pobre criatura, concebida en un sueño horrible; yo os conduciré al altar después que os vengue, y nadie sino Dios sabrá este profundo secreto. Mi nombre y mi mano son vuestros; yo acepto la infamia y la venganza.

Luis al concluir de hablar, estaba sublime. Había

en su contristada fisonomía algo de divino que Elena comprendió, como el verdadero sello de su inocencia. Corrió hácia él, y por uno de esos movimientos espontáneos que nacen del corazón, se arrojó á sus plantas de nuevo y vertiendo copiosas lágrimas.

—¡Perdón!.. ¡perdón! Luís, —dijo con enérgica amargura;—os he creido culpable sin serlo; tened piedad de una desgraciada que no ha cometido más crímen que acusaros injustamente.

—¡Oh! levantaos, —contestó el joven;—nada debeis temer en lo sucesivo. Veré á vuestro hermano y os pediré por esposa. En seguida, para extinguir toda clase de sospechas, huiremos á un país extranjero... Pero antes es menester que sepamos quién ha sido el infame que así ha abusado de vos.

—¿Pero cómo?

—Vais á contestarme, Elena; acaso dependa de esto el saberlo.

—Haré lo que mandeis.

—Bien, —prosiguió Luis Albán,—¿no me habeis dicho que una mujer generosa y magnánima, son vuestras mismas palabras, fué á vuestra habitación á daros noticia de vuestros hermanos?

—Sí.

—¿Quién era esta mujer?

Elena pareció titubear un momento, pero conociendo que se trataba de un hecho importantísimo, contestó:

—La mariscala de Clerambaut.

—¡La mariscala de Clerambaut! —exclamó Luis sorprendido;—la conozco y no puedo menos de temblar. ¡Es una dama francesa!

—¡Oh! no sospecheis de ella.

—¿Pero cómo entró de noche en vuestra habitación cuando mi casa se cierra al oscurecer?

—La mariscala me dijo que para evitar sospechas y persecuciones vendría á verme disfrazada. Así lo cumplió subiendo por una escala á mi cuarto.

—¡Por una escala! ¡Dios mío? hé aquí el misterio.

—¡Donde!

—Alguien subió por ella, Elena, y ese es quien se ha escarnecido de vos. ¡Oh! decidme, ¿es verdad que la mariscala estaba con vos cuando caísteis desmayada?

—Sí.

—¿Quién os ha dicho, pues, que yo fuí el que entré en vuestra estancia para cometer tan horrible maldad?

—¡Oh! ella.

—¿Luego la mariscala presenció el hecho?

—Sí; me dijo que mi amante había entrado abusando de mí del modo que ya sabeis.

—Esto es para confundirse,—prosiguió Luis golpeándose la frente.—Sin duda, vos le hablaríais algo á la mariscala de nuestro amor cuando os dió después tales detalles.

—Sí, sí me acuerdo; creo que le expliqué algo de

nuestras circunstancias. Le dí á entender la imposibilidad de nuestra unión..... ¡Ah!

Elena se detuvo como herida por una súbita idea.

—¿Qué es eso?

—Es que recuerdo que no pronuncié vuestro nombre.

—Entonces ella no podía conocerme por vuestro amante,— exclamó Bermellar.....— Ved aquí, pues. parte de este secreto que pienso descubrir al momento .... ¡Oh! Adiós Elena; nuestras suertes son comunes de aquí en adelante; corro á salvaros y á vengaros..... Por lo demás, ya lo sabeis, nadie sino yo es el padre de vuestro hijo.

El magnánimo joven salió de la habitación con rapidez; Elena lo vió partir bendiciendo un corazón tan generoso.

CAPITULO XXV

Donde aparece un nuevo personage llamado Angelo Ottoboni.

Alban había sufrido el golpe en el corazón, pero no por esto dejaba de ser más generoso y magnánimo. Era preciso salvar á Elena y vengarla al mismo tiempo y debía correr con la violencia de las circunstancias hacia la casa de la única mujer que podía aclarar el enigma de la desdicha de su amada.

Alban sentía bramar en su pecho la tempestad más horrible; luego que se vió solo dió rienda suelta á su dolor y no pudo menos de arrojar el aire comprimido en su pecho para dar salida á las olas de amargura que se encerraban en su interior.

Entonces, por esa transición natural de los corazones magnánimos brotaron en sus ojos, secos y encendidos hasta entonces, ardientes y abundantes

lágrimas. Se hallaba en un parage escueto y solitario. Toda la magestad del cielo alfombrado de estrellas, coronaba la inmensa cúpula de la atmósfera, á semejanza de un manto bordado de oro. La luna presidía con su pálida claridad aquella sublime vestidura con que la mano de Dios adorna á la tranquila noche: la respiración de Madrid era tan fugitiva como el tenue suspiro del aire; calma en el espacio; sueño en la tierra; moribunda luz en el cielo; perfumes misteriosos en la naturaleza: tales eran las armonías prodigiosas de aquellas horas de soledad.

Luis se dirigió á la calle ancha de San Bernardo, para buscar á la mariscala de Clerambaut.

En breve llegó á la puerta de la habitación de esta; pero fuera efecto de ser la hora muy avanzada, fuera por otro motivo, la puerta estaba cerrada. En vano levantó el pesado aldabón y llamó por largo tiempo; en vano quiso violentar la cerradura con ayuda de su puñal; todo fué inútil.

Un silencio de muerte fué la única contestación que recibió. El eco del aldabon resonaba en la espaciosa calle, pero ni una voz, ni una luz, ni una señal, dieron indicios de que habían sido escuchados los fuertes llamamientos de Alban.

Cansado de esperar y persuadido que tenía que desistir de su empeño por aquella noche, resolvió retirarse á su casa.

Ya iba á deslizarse por entre la sombra que proyectaban las casas inmediatas, cuando sintió unas

lentas pisadas que avanzaban á lo largo de la calle, en dirección adonde él se encontraba.

El reposo nocturno hacía resonar el murmullo producido por las palabras de los que se iban aproximando, Alban juzgó prudente encajonarse bajo el arco de la puerta principal, por temor de ser conocido. Esto así, se arrinconó cuanto pudo, en el ángulo más oscuro, y como este se hallaba bastante profundo, quedó en términos de que pudiesen pasar por su lado sin que acaso notasen en él.

Con tal confianza esperó á que los que se acercaban pasasen de largo. ¿Pero cuál fué su sorpresa al ver que estos se detenían á algunos pasos de distancia? Violentado ya en semejante posición, estaba decidido á salir de aquella especie de escondite, si no hubiese oido una voz que penetró en su pecho con la frialdad de un cuchillo agudísimo.

Aquella voz le era conocida; un vago estremecimiento circuló por su cuerpo y arrastrado por una fuerza irresistible, asomó la cabeza para ver la clase de persona que lo había pronunciado.

—¡Ah!—pensó llevando la mano á la espada;—es el señor conde del Cisne.

Y en seguida con la respiración comprimida, el oido atento y la mirada fija hacia la parte donde se hallaba aquel infausto perseguidor, quedó inmóvil como una estatua.

Asima estaba lejos de pensar que tenía á dos pasos de distancia uno de sus más encarnizados enemi-

gos y venía hablando confidencialmente con un sugeto de alta estatura, seco de cuerpo y vestido de negro, como una de esas tristes cornejas que salen de noche á passarse por los sitios ruinosos. Creía que nadie le escuchaba, pero Alban no perdió ninguna palabra de aquella conversación tan misteriosa.

—Doctor, aquí teneis la casa,—dijo Asima señalando la de la mariscala

—¡Oh! contestó el hombre de negro derramando una curiosa mirada por toda su fachada, y cuyo acento suave y dulce demostraba su origen italiano.

—¿Creo que mañana no equivocareis el camino?

—Nada de eso, señor conde. Tengo la costumbre de trazar en un papel con lapiz el itinerario de las calles, y vedlo aquí delineado admirablemente.

El que había sido llamado con el título de doctor, presentó un papelito enrollado.

—¡Ah! sí, sí,—contestó Asima examinándolo.

—No hay pérdida. Hostería de la Cruz Blanca, que es donde me he hospedado provisionalmente, calle de Fuencarral, calle de la Luna y después esta trasversal que es la de San Barnardo.

—En efecto, está exacto,—contestó Asima con cierta satisfacción.

—Todo lo que se confía al doctor Angelo Ottoboni se cumple religiosamente,—contestó el doctor con gravedad filosófica.

—Mucho me agrada esta circunstancia. Es decir que.....

Asima se detuvo y el doctor continuó.

—Yo creo que podemos hablar con alguna libertad: la calle está desierta: la noche absorbe todos los sonidos, y en el poco tiempo que se me ha concedido para obrar, debo aprovechar éste para que nos entendamos.

—Con mucho gusto.

—Entonces principiaré,—dijo Ottoboni.

—Y yo os escucho con atención,—contestó Asima.

Después de una breve pausa en que el conde y el doctor se contemplaron en silencio, y en tanto que Albán acariciaba sin cesar la empuñadura de su espada, avanzaron un poco más.

—Hace diez días,—prosiguió el llamado Angelo Ottoboni;—que recibí una órden secreta de S. M. el rey Luis XIV para que viniese á haceros una visita puesto que teníais necesidad de aprovechar mis servicios.

—Así se lo hice saber al rey, caballero; pues hay ocasiones que los hombres de talento y sagacidad son necesarios.

—¿Con qué es decir que si yo fuese uno de esos hombres?...

—Afortunadamente lo sois,—insistió Asima.

—¿Y bien?

—Creo haberos dicho, hará una hora, cuando os apeásteis en la hostería de la *Cruz Blanca*, que debíamos dar un paseo por Madrid.

—¡Oh! sí, sí... Y en su consecuencia no me habeis

permitido que me quite el polvo del camino, —contestó el italiano con una risita que se pareció mucho al golpe de una caña cascada.

—Doctor, aquí en España se dice que de noche todos los gatos son pardos; ya veis, esta es la tierra de los adagios, y todos ellos tienen un fondo algún tanto filosófico.

—En efecto.

Luis principió á entrever algo de terrible en aquella conversación. Siguió, pues, escuchando.

—Un paseo de noche, alumbrado por la luna, tiene mucho de poesía, —prosiguió Asima; —además yo como conocedor del país quiero presentároslo bajo distintas fases para que podais referir en Francia las bellezas naturales de esta tierra.

—¡Oh!

—Además, justo es que os enseñe el camino de una dama francesa para que mañana podais visitarla. Por eso os he conducido aquí, y os he dicho al principio de nuestra conversación: *Doctor, aquí teneis la casa.*

—No se me olvidará, —contestó Ottoboni; —mi itinerario es fiel y mi cabeza es más fiel todavía.

—¿Quereis saber el nombre de la dama?—preguntó Asima con cierta entonación lúgubre.

—No tengo inconveniente.

—Pues bien, su nombre es Diana, y se honra con el título de mariscala de Clerambaut.

—¡Ah! la conozco caballero. Es una hermosura completa.

Asima se extremeció al oir estas palabras. Sintió su corazón de mármol todas las punzadas de los celos y de la rabia, pero ocultando estas sensaciones bajo una máscara tranquila, contestó:

—En efecto, es muy hermosa.

Luis escuchó con más atención, aunque sus sienes se fueron humedeciendo con un sudor frío.

—Todo París le consagra un recuerdo vivo, permanente, constante, —prosiguió el doctor, —su nombre circula en todos los salones; se refieren sus gracias; se imita su elegancia; se habla de ella como de un tipo ilustre y virtuoso. Os confieso, querido conde, que estoy ansiando á que llegue mañana para ofrecerle mis respetos.

—Más calma, amigo; ya vereis á la mariscala. Casualmente he recibido por el correo de esta noche una comunicación para ella, y vos sereis el portador. Entrareis en su casa como un mensajero de felicidad.

—¡Cómo!

—La comunicación es de su padre. Diana es una hija que idolatra en el pobre viejo que le dió el ser, y es sabido que su ternura filial raya en tal exceso, que besa y acaricia la firma paterna como pudiera hacerlo con el objeto real de su amor.

—¡Oh! esto es muy laudable, —contestó Angelo Ottoboni.

—Eso es sublime. Así, pues, os presento una ocasión para que admireis esos tiernos arrebatos.

—Acepto, acepto, señor conde.

—Pues tomad.

—¿Qué me dais?

—La carta.

—¡*Diábolo*! sois muy eficaz, —exclamó el italiano tomando un papel que le presentaba el conde.

—Yo soy así. Además, ahora más que nunca me alegro que seais el conductor de esta epístola.

—¿Por qué?

—Porque sois médico.

Ottoboni se detuvo y fijó una mirada investigadora en el rostro de Asima. Este permaneció impasible.

—¿Y qué tiene que ver mi ciencia en una visita?

—Pues qué, ¿ignorais que Diana está mala?

—¡Ah! eso es otra cosa. ¿Qué tiene?

—Está *imnamorata*, como decís vosotros los italianos.

—¡Ya! ¡ya!.. comprendo; es una afección moral, —exclamó Angelo riéndose; —es un espasmo del espíritu cuya curación depende en adoptar la vida del canónigo Berni Lamporechio, quien

Viveva allegramente
Ne mai troppo pensoso e tristo stava .... (1)

—Así debía ser, —contestó Asima;—pero la mariscala ha bebido las aguas y ha respirado los aires de España, y ya sabeis que en España se ama de un

(1) Vivía en alegría y jamás estaba triste ni pensativo.

modo más vehemente, más enérgico y más formal que en Francia.

—¿Y qué hemos de hacerle?

—No lo sé... El rey no quiere semejantes amores.

—¡De veras!—exclamó Ottoboni.

—Y tan de veras.

—¿Pero el amante infunde sospechas? .

—No... es un aventurero.. uno que pretende revivir la época que tan justamente mató Miguel Carvantes.

—¡Oh! ¡oh! eso es muy curioso.

—Por largo tiempo he tenido que estar averiguando quien era el amante de la mariscala... El rey lo quería saber, y como ya conocereis debía acatar la voluntad de S. M.

—Dios me libre de desobedecerla. ¿Y qué? ¿habeis adelantado algo?

—La suerte no es para quien la busca, sino para quien la encuentra,—contestó Asima con un tono de voz impregnado de venganza.—Esta noche lo he adivinado.

—Sois muy sagaz.

—Me haceis mucho favor. La casualidad lo ha hecho todo Ella venía encubierta por esta misma calle; un caballero le daba el brazo, y esto era muy significativo para quien se hallaba rodeado de sospechas Estaba ya bastante oscuro y pude replegarme sin ser visto: entonces oí algo de amor, algo de boda,

qué se yo,—prosiguió Asima temblando de furor:—pero adiviné que el caballero era el amante.

—¡Ah! ¿y le conocísteis?

—Sí.

—Por supuesto que le habreis tomado la filiacion para que no se os pierda.

—Hace ya mucho tiempo que la tengo apuntada en mi libro de memorias,—contestó el conde con un tono medio furioso, medio desesperado.—¿Creo que habreis oido algo de cinco caballeros que han jurado destruir el poder del rey?

—Mucho,—exclamó Angelo Ottoboni;—en París se me recomendaron antes de mi partida. Vos sois médico, me dijeron; vais á adquirir en Madrid una fama extraordinaria; si encontrais por casualidad entre vuestros enfermos á esos cinco aventureros, cuyo nombre os dirá el conde del Cisne, curarlos radicalmente.

—¡Oh! magnífico,—gritó Asima lanzando una especie de grito de placer al comprender las palabras del doctor.

Luis Albán las oyó y no pudo dejar de extremecerse. Un presentimiento horrible se apoderó de su corazón, y estuvo tentado á salir de su escondite para acabar de un golpe con aquellos dos malvados. Pero una fuerza extraña é irresistible le contuvo. Quedó, pues, escuchando con la vista saliente y desencajada, la respiración comprimida y todo él bañado de sudor.

El diálogo continuó.

—¿Con qué es decir,—preguntó el doctor,—que uno de esos cinco jóvenes es el amante de Diana de Clerambaut?

—Efectivamente.

—¿Podréis decirme su nombre?

—Hélo aquí: Martín de Gorbea.

Luis sacó la mitad de su espada.

—Es un nombre que tiene algo de heróico.

—Doctor, quien lo lleva es un artista que ha dejado el pincel por tomar la espada: auguro por lo tanto que no la tendrá mucho entre las manos.

—¿De veras?

—¡Oh, sí! Vos sois médico; yo soy profeta. Hace ya algún tiempo que tengo esta misión y me ocupo de atacar en silencio á esos cinco enemigos de la Francia. Ellos caerán en mis redes, os lo juro; ellos no pueden oir el golpe de zapa de la mina que el insecto está escavando á sus piés; ellos sucumbirán por último; esta es su sentencia.

El doctor desplegó una de aquellas sonrisas singulares.

—Conde, el rey os estima mucho, y con estas pruebas adquirireis gran favor.

—Yo sirvo al rey, pero trabajo á mi modo. Ocupémonos, pues, de la mariscala,—prosiguió Asima con acento lúgubre.

—Con mucho gusto,—contestó Angelo.—Por ahora hemos convenido que yo sea el portador de una epístola paternal; ¿no es eso?

—Cierto, Pero es necesario que vos presteis á esa epístola algo de vuestra ciencia.

Asima se detuvo. Ottoboni estiró el cuello con asombro y curiosidad, y Luis volvió á estremecerse de nuevo.

—¿Qué quereís decir?

—¿No me habeis comprendido? —murmuró Asima lentamente.

—No.

—Mirad; la mariscala de Clerambaut posee secretos terribles y comprometería el nombre de la Francia si llevase adelante esa loca empresa que la anima de casarse con Martin de Gorbea.

—¡Ah!

—Si se casa, su marido sabrá esos misterios y podrá valerse de ellos.

—Es verdad.

—Por lo tanto es menester evitar á todo trance el que se celebre ese casamiento.

Asima volvió á detenerse, lanzó una mirada sombría á su compañero, y pretendió infundirle su idea más bien por el gesto que con la palabra. Este ó no le entendió ó no quiso comprenderlo.

—¿Y qué puedo hacer en ese asunto? Las mujeres son testarudas, y cuando ellas se empeñan en una cosa.....

—Maese Angelo; eso estaría bien si yo no me hallase por delante. Os repito que es preciso evitar ese casamiento.

—¿Cómo?

—En vuestra mano está.

—¡En mis manos!

—Sí.

—Esplicadme el medio.

—Algunas veces se oscurecen algunos quilates de vuestro talento,—dijo el conde con un marcado acento de superioridad.

—Nada de estraño tiene. Acabo de hacer un viaje de quinientas leguas, y el cansancio puede haber afuscado mi natural penetración.

Y Ottoboni hizo un prolongado saludo para corroborar la especie.

—Vamos, fuerza es que me esplique, prosiguió Asima.

—Es lo más acertado,—contestó el doctor.

—Yo creo que vuestra facultad no necesita de indicaciones, señor Angelo Ottoboni.....

—Sin embargo, ya conocereis que para no errar.....

—¡Ah! ¿quereis caminar de seguro?..... Voy á complaceros, —contestó Asimeo en tono misterioso.—Imaginaos, pues, que esta noche quereis hacer uno de esos descubrimientos científicos sobre la calidad de esos simples que se llaman venenos.

—¡Oh! ¡oh! —exclamó el doctor rascándose la punta de la nariz.

—Suponed que para practicar un exámen minucioso y acertado, pensais hacer algun experimento, como por ejemplo, impregnar un papel ya con el zumo de alguna sustancia vegetal, ya con el invisible polvo

de materias minerales, con el fin de que cualquiera que estampe en él los lábios, ó aspire su perfume, sufra uno de esos sueños misteriosos y prolongados que concluyen con la vida del individuo.

—Señor conde, me proponeis una empresa sumamente peligrosa, —esclamó Ottoboni abriendo los ojos con espanto.

—Un médico de vuestra fama sabe cubrir las esterioridades, y nada debeis temer. Ahora bien, si ese papel mortífero fuese la carta que os ocabo de entregar para la mariscala; si derramáseis sobre toda ella esas esencias sutiles que se introducen por los poros, inficionan el aire y llegan con la rapidez del rayo á infestar la sangre, creo que entonces os poníais al nivel de las circunstancias, evitábais el casamiento de nuestra heroina con ese aventurero español, y el rey os agradecería el servicio, porque como ya sabeis, la mariscala posee ciertos secretos que solo el sepulcro debe guardar

La pausa sombría que Asima dió á estas palabras, la entonación glacial con que las fué pronunciando, el horrible crímen que se estaba disponiendo, el nombre de Martin de Gorbea, confundido en aquel asunto tenebroso, todo esto se fijó en el corazon de Luis Alban como una tremenda pesadilla. Varias veces estuvo decidido á embestir contra los dos malvados que estaban fraguando la muerte de una mujer, y otras tantas no tuvo fuerzas para ello. Dios ó el demonio parecian encadenarlo.

Ademas, se trataba de quien era depositaria del secreto de Elena y temia cometer una imprudencia que pudiera dar un desenlace más terrible á aquel episodio siniestro; se trataba del destino de Martin, y él no debía comprometerlo.

Se decidió á esperar y prevenir á este del inmenso riesgo que corria Diana. Puesto que el plan de Asima no se pondria en acción hasta el dia inmediato; le quedaba la noche para anunciar el peligro, aparecer como un ángel de salvación antes de la catástrofe, y neutralizar con este servicio la ira del hermano contro Elena y contra él.

Tan gratas esperanzas, que cruzaron por su mente como visiones de luz, le hicieron temblar de alegría. Dejó de acariciar la espada y siguió escuchando.

El doctor Angelo Ottoboni debia estar acostumbrado á conversaciones de aquella naturaleza, cuando dejó oir de nuevo su cascada sonrisa.

—¿Pero no os causa lástima, señor conde,—preguntó despues de una larga pausa;—no os causa lástima que hagamos un ensayo científico en una mujer tan bella?

—Sufro mucho, amigo mio,—contestó Asima con una voz que pareció estar muy conmovida;—pero su destino está escrito. Es menester, por lo tanto, que vos conteis sus horas. Mañana á las once se hallará en estado de recibiros; y creo que no perdereis un minuto.

—Nada de eso; yo soy sumamente eficaz en todos


Lit. Felipe Gonzalez Rojas - Editor

—¿Dura mucho tiempo la mujer que pone sus labios en un papel emponzoñado?

mis encargos,—contestó el médico del mismo modo que si acabase de pronunciar una sentencia de muerte.

—Entonces se ha concluido nuestro paseo. Si gustais volveremos á la Cruz Blanca.

—Siempre estoy á vuestras órdenes.

Aquellos dos personajes dieron un paso para retirarse.

—Esperad,—dijo Asima de pronto.—¿Dura mucho tiempo la mujer que pone sus lábios en un papel emponzoñado?

—Hay ejemplos distintos en los anales de la ciencia,—contestó el doctor.—Las que más resistencia han tenido han durado cuatro horas.

—¿Es decir que mañana á las tres de la tarde todo habrá concluido?

—Así lo espero...

—¡Oh! vamos, vamos, maese Angelo,—exclamó Asima con febril acento;—ya es demasiado tarde y vos tendreis que entregaros á esa maravillosa preparación. La ciencia es primero que todo... Vamos.

En seguida, volviéndose hacia los balcones de Diana, lanzó hacia ellos una de esas miradas sin luz, fija, fantástica y sepulcral.

—¡Oh! corazón humano,—prosiguió lanzando un rugido,—¡qué poco vales ante la fuerza inexorable del destino! ¡Vida! ¡hermosura! ¡sueño! ¡esperanza! ¿Qué sois, pues, sino una quimera horrible? ¡Ah! ¡Y yo que había creido!!!... ¡Dios! ¡infierno! Ninguno de los dos podéis contener la fatalidad.

Asima rechinó los dientes, lanzó un bramido inexplicable, y huyó... Tal era el último recuerdo y el último suspiro de su amor.

Cuando Albán quedó solo, corrió con velocidad hacia el alcázar para prevenir á Martín.

CAPITULO XXVI

Orestes.

Hemos dicho que Asima huyó y así fué en efecto. Hay sufrimientos que sólo quieren tener por intérpretes la soledad. Después de haber dado sus órdenes postreras al fatídico personaje que le acompañaba, es decir, cuando hubo ratificado la sentencia de muerte de Diana de Clerambaut, hizo un ademán con la mano, despidió al doctor Ottoboni, y quedó solo.

Un segundo bramido, seco, prolongado, especie de rumor igual al que lanza el toro cuando es herido en la cerviz, se arrancó de su pecho, retumbó en la calle y se perdió á lo lejos, como un sonido sin forma, como una articulación salvaje.

El hombre estaba en frente de sus sentimientos más íntimos; leía en aquel instante con los ojos del alma los arcanos más profundos de su corazón, y no

pudo dejar de temblar. Vacilante como si estuviese ébrio, quedó en medio de la negra y solitaria calle y fuó á caer contra una pared como una masa inerte.

Se vió solo y perdió su energía; la máscara había caido á sus pies; se presentaba tal como era, criminal, horrible, lleno de manchas, lleno de miseria, porque él, desventurado mortal, tambien sufría, tambien lloraba.

¿Cómo explicar aquella reacción repentina, rápida, misteriosa; aquella nueva y desconocida convulsión de la existencia, que se había apoderado de un corazón tan implacable?

Asima amaba; Asima había llevado en el pecho una esperanza dulce y consoladora, hasta que vino el desengaño á clavar sus garras en su alma.

Solo quedó entonces la tempestad.

¡Qué son las esperanzas de la vida sino sueños que nunca llegan á realizarse? Asima había soñado un bien supremo, se había hecho el satélite de la fúnebre constelación, cuando ésta aspiró todo el deseo de la venganza; había creido identificar su existencia sanguinaria con la nueva Mesalina, y bebiendo en sus ojos el fuego de un amor invencible, en su aliento una pasión insaciable, había guardado su secreto hasta aquel instante en que reventaba con la fuerza de un volcán.

El ángel volvía á tomar su blanca vestidura, huía de él, lo abandonaba en medio de la negra misión que el destino le confiara, y se encontraba solo, sin luz, sin esperanza, sin guía.

Ya en esta situación invocó toda la maligna influencia de su genio para hallar en el seno de la venganza la fuente que debía saciar su sed. Tenía un rival odioso, y era preciso destruir las ilusiones de éste, como él había perdido las suyas. ¿Cuál fué, pues, el medio para conseguir este proyecto?... Ya lo sabemos: la muerte de Diana.

Había tenido un valor terrible y una serenidad espantosa para decretarla. De repente le faltó la fuerza y la tranquilidad.

Solo, caido contra la pared, el pelo erizado, la mirada hosca y sombría, escasamente podía articular extraños mugidos de desesperación. Oía en la calma solemne de la noche gritos é imprecaciones, que únicamente tenían existencia en su interior; veía sombras y fantasmas que lo rodeaban con los pavorosos atributos del crímen y del suplicio; se figuraba que el cielo dejaba caer sobre su frente lenguas de fuego como las eternas maldiciones de un Dios irritado.....

Asima quiso hacerse superior á las primeras torturas del vértigo que lo dominaba; pretendió detener aquella marca creciente de sentimientos: quiso contrarestar la fuerza del torbellino que lo arrastraba; pero el huracán era más fuerte que su razón, más dominador que su voluntad, y tuvo que dejarse conducir al acaso, como una paja

La calma nocturna hizo que por un instante volviese en sí. Se hallaba en un sitio desconocido, en una calle negra y abandonada, especie de prolongado

ataud, cuyos dos extremos se perdían en espesas sombras. Al levantar los ojos se encontró en un objeto reluciente que al principio no supo distinguir; miró con más detenimiento, y entonces percibió una lámpara que alumbraba un recinto tenebroso.

La lámpara daba escasa luz á una de esas capillas incrustadas en la calle por la piedad de algún devoto, y que eran tan comunes en aquellos tiempos. En el fondo, un Santo Cristo crucificado, se elevaba como una sombra imponente, como una imágen dudosa que parecía agitarse según las oscilaciones de la lámpara. Alrededor de la efigie se veían varios objetos informes que no podían distinguirse, á causa de la poca claridad que despedía la luz, pero que no eran otra cosa sino esas ofrendas que la fé cristiana tributa á las imágenes milagrosas, en reconocimiento de algún favor celestial.

El conde del Cisne dió un paso adelante, como atraido por una voluntad desconocida, y se acercó á la modesta reja que separaba aquel reducido santuario; derramó una mirada estúpida en torno de la capilla, y quiso darse una razón de aquel espectáculo que el cielo ó el infierno le habían puesto delante de los ojos. Con el sombrero encasquetado, la frente arrugada y el rostro descompuesto, sondeaba la oscuridad, hasta que un rayo de la lámpara fué á caer de lleno sobre el cuerpo del Santo Cristo, resbalando en seguida sobre el pedestal que lo sostenía.

Asima vió aparecer de pronto la figura del Re-

dentor, pálida y ensangretada, como si tratase de echarle en cara sus delitos; quiso retroceder espantado, pero en el mismo instante sus ojos, que habían seguido el movimiento de la luz, se fijaron en un letrero negro que estaba escrito al pie de la cruz, y leyó estas palabras:

Aquí se echan limosnas para hacer bien por los que están agonizando.

Aquel relámpago fugitivo y rápido varió de dirección, y Asima retrocedió creyendo que el cielo le daba un aviso, y que el infierno le apartaba de allí.

Entonces principió á sentir esos mismos terrores que Orestes experimentó cuando hundió el acero en el seno de su madre; se detuvo como si hubiese leido uno de aquellos secretos que los herméticos colocaban en sus laboratorios, y fué tal su alucinación en aquel instante, que creyó oir el grito suplicante de su víctima, pidiéndole una limosna para el eterno reposo de su alma.

Asima no pudo sufrir más; era preciso huir de aquel lugar que lo conducía á una senda extraña; buscar entre los hálitos de la noche la calma del destino y dejar al tiempo todo lo demas; pero en el mismo instante la luz volvió á iluminar la imágen de Señor y el fúnebre letrero.

Dió un grito; entró en su cabeza un rayo de reflexión, y exclamó sordamente.

—¡Socorro para los agonizantes! ¡oh! ¡ella va á

morir!.. ¡mañana!.. á esta hora... ¡Oh!.. ya no será nada..•

Se llevó una mano precipitadamente al jubón que le ceñía, y sacando del pecho una bolsa con monedas de oro la arrojó á los pies del Santo Cristo.

Aquel hombre feroz lloraba y lloraba por vez primera.

Su amor, aquel amor profundo, ignorado, que sólo una vez se había atrevido á pronunciar, vino á destrozar su corazón de hombre, á aniquilar por algunos instantes su entereza salvaje y bárbara. Había amado á Diana, como nunca amara á otra mujer, y lloraba porque iba á morir y porque el destino, más bien que él, impulsaba á la desgracia contra aquella criatura hermosa, cuyos redondos brazos, cuyo cutis de nieve, cuyo cuerpo de silfa iba á ser devorado por la muerte.

El no la poseería, pero nadie tampoco. Este consuelo, garantizado con la fé del sepulcro, era un tormento y una dicha.

Cuando ya no tuvo lágrimas que verter; cuando la tremenda suerte se inclinó hacia el lado más horrible, levantóse al parecer más tranquilo. Lo pasado se le aparecía como una alucinación, como un delirio, cual una calentura. ¡Fiebre de amor y desesperación que había pasado para convertirlo en un mármol, porque ya Diana no sería de nadie sino de Dios!

Cubrióse de nuevo con su sombrero, arreglóse su agitada cabellera, y exclamó sordamente:

—Debe morir... es preciso que muera...

Aquella voz era el eco inexorable del destino.

CAPITULO XXVII

Trabajar á la sombra.

Asima se orientó donde estaba y se dirigió á su casa. Su pensamiento, obscuro y tenebroso, meditaba en aumentar aquella venganza espantosa, cuya primera víctima debía ser sacrificada al día siguiente. Esta ofrenda propiciatoria reclamaba cinco víctimas más. Los nombres de ellas pasaron por la imaginación del conde como cinco meteoros. Era preciso aplacar la sangre con sangre.

Tieso como un esqueleto, avanzó hasta uno de esos asilos silenciosos que entonces se alzaban en todas las calles de Madrid y que una revolución ha devastado despues.

Era un convento de frailes agonizantes.

Ya iba á pasar de largo, cuando el toque pausado y místico de una campanilla lo detuvo. Vió primero

unas sombras y luego una luz que las producía. ¿Qué era aquello? El extraño cortejo, compuesto de tres figuras negras, en cuyo fondo aparecía un farol, se detuvo en una esquina, la campanilla volvió á agitarse, y después sonó un cántico triste, moribundo, angustioso, cuyos ecos se fueron perdiendo en la calma de la noche.

Un sudor frio brotó de la frente de Asima.

El canto era una estancia triste como las de Jorge Manrique, el poeta del dolor; hablaba al pecador un lenguaje misterioso; era un ay de la religión que hendía los aires para advertir la cortedad de la vida y sorprender al criminal en el momento del delito.

Asima lo adivinó todo y quedó petrificado. Despues, meditando por un instante, se aproximó al grupo que iba á penetrar en el convento.

—Padre, - dijo deteniendo al último religioso que iba á entrar en él, pues eran unos frailes los que cantaban.

Este volvió la cabeza con calma y se encontró á un desconocido.

—¿Qué quereis, hijo mío? —contestó.

—¿Sois un hermano agonizante?

—Sí.

—Entonces voy á haceros un encargo.

—Hablad.

Asima se detuvo como si se extremeciese ante lo que iba á decir.

—Mañana, —exclamó con voz trémula, —á eso de

la una del día una persona necesitará de vuestro auxilio.

—¿Es algún enfermo?

—Sí. Estará moribunda y querrá ponerse bien con Dios.

—¿Luego es mujer?

—Es una desgraciada, padre.

—¿Dónde vive?

—En la calle Ancha de San Bernardo.

—Decidme su nombre para que pueda buscar su habitación.

—La mariscala de Clerambaut.

El fraile hizo una inclinación de cabeza como diciendo: —Está bien.

—No tengo nada que daros, padre,—prosiguió Asima registrando sus bolsillos,—y recordando vagamente el uso que había hecho de su dinero... Hacedlo por caridad.

—Ese es mi deber, hijo mío.

Y el conde se alejó de aquel sitio perseguido por uno de aquellos cantos fatídicos, cuya entonación y cuyas palabras eran sentencias terribles.

Había hecho por Diana hasta lo último. El era su verdugo, pero le mandaba los consuelos de la religión. ¡Contraste extraño en que se notaba el rudo combate de su interior!

Concluido ésto sólo debía pensar en el exterminio de sus cinco enemigos. Muerta Diana, ya no había trabas que lo sujetasen; pero era menester trabajar

en silencio, en la obscuridad; herir sin ser visto; emponzoñar el aire que ellos respirasen; destruir todas sus operaciones y proyectos.

Arrojóse al fondo de una habitación y dejóse caer en un asiento con la mano puesta en la frente como sino pudiese sostener la cabeza.

Había cambiado de carácter; ya en aquel corazón no había remordimiento, sino crímen: lo pasado se había convertido en presente.

Entonces meditó que para destruir la fuerza de sus cinco enemigos era preciso aniquilar antes al protector que los tenía bajo su influencia; esto es, al duque de Medinaceli. Para destruir al duque de Medinaceli era menester saber el espíritu de la corte, y Asima estaba desorientado desde que pensaba en los amores y en el exterminio de la mariscala de Clerambaut.

Pálido y trémulo por las sensaciones que había experimentado, tocó una campanilla, á cuyo sonido agudo y penetrante apareció en la puerta un hombre grueso, vestido con cierta elegancia que le sentaba mal.

—Llamad á La Mothe,—dijo sin volver la cabeza.

El hombre grueso hizo un saludo y se retiró.

La Mothe era uno de los agentes secretos del conde, y se presentó al cabo de media hora.

Era un lívido personaje de fisonomía angulosa, de mediana estatura, boca acentuada con una perenne sonrisa, tan falsa como zalamera, y cuyo cuerpo

flexible se doblegaba al más lijero soplo, al más pequeño movimiento.

Asima le hizo una señal con la mano y el agente se acercó.

—Tomad asiento,—le dijo señalándole una silla; —os he llamado para un asunto importante, y es necesario que me deis pormenores de cuanto os pregunte.

—Estoy á vuestras órdenes, señor conde,—contestó La Mothe sonriéndose y obedeciendo.

—¿Cómo estais de averiguaciones?

—No estoy muy mal. Aunque en estos días todo se ha hallado algo revuelto y agitado, ya voy sacando en limpio algo de lo que pasa.

—¿Y bien, qué pasa?—preguntó Asima sin levantar la cabeza.—Creo que os circunscribiréis á vuestro encargo.

—Yo nunca falto á él.

—Hablad.

—En primer lugar el señor duque de Medinaceli está amenazado de una crísis.

El conde se agitó en su asiento, pues esta noticia era lo que más ansiaba.

—¿Estáis seguro?

—Mis noticias son fidedignas, señor conde,—contestó el agente sonriéndose.—Bien es verdad que es menester sacrificar bastantes luises...

—Adelante, y no os detengais por dinero. ¿Qué crísis es esa?

—Una alianza practicada entre tres personas son las que la sostienen. Esta alianza, á cuya cabeza se halla el confesor del rey, y ved aquí la razón por lo que es segura la ruina del duque.

—Veo, La Mothe, que sois un leal servidor,—contestó Asima;—seguid averiguando y tenedme al corriente de todo. Pedid cuanto dinero os haga falta, y no descanseis un instante.

El conde hizo un ademán con la mano é inclinó la cabeza de nuevo, abrumado por sus meditaciones.

El agente comprendió que esto era despedirlo, se levantó sin hacer ruido y salió para atrás haciendo genuflexiones.

Un cuarto de hora despues Asima volvió de su profunda reflexión y agitó al punto la campanilla,

El hombre gordo se presentó de nuevo.

—Haced que llamen á Pedro Beyne,—dijo el conde volviendo á quedar sumido en su distracción.

Este era un segundo agente, más terrible que el primero, porque su encargo era más secreto y más innoble. Pedro Beyne era su cómplice, su mano derecha, su propía voluntad.

De allí á poco fué introducido por otra puerta distinta á la que sirvió de salida á La Mothe. Su trage, su talla, su gesto, su mirada, todo indicaba en este personage una frialdad de piedra, un génio dispuesto al crímen, un carácter sombrío, negro, espantoso.

Asima hizo la misma señal con la mano que la

que hizo cuando entró el primer agente sin levantar la cabeza.

Beyne no se sentó.

—Hola, maese Pedro, ¿cómo andamos?—preguntó el conde maquinalmente.

—Parados,—contestó éste arrugando la cejas y dando con el pié en el suelo.

Asima levantó la cabeza, fijó en él su negra y penetrante mirada, y dijo sonriéndose:

—Por lo que veo os han despertado y teneis mal humor. Me alegro. Los buenos perros deben gruñir.

—No habeis caido en la cuenta, señor conde.

—¿No es eso?

—No.

—¿Pues qué diablos teneis?

—Tengo esa enfermedad que se llama fastidio, aburrimiento. Bostezo no de sueño, sino de inacción.

—Os comprendo,—contestó Asima.

Pedro Beyne abrió una boca desmesurada, estiró los brazos y las piernas y exhaló un ronquido que retumbó en la estancia.

O el conde del Cisne debía estar familiarizado con estas libertades, ó no se apercibió de la grosería de su agente. Había vuelto á inclinar la cabeza y suspiraba muy á menudo.

—Hace cerca de cinco meses que no hago nada... —dijo el agente;—desde aquella noche que tuvimos tan terrible combate en la hostería de la Cruz Blan-

ca. ¡Brava contienda, por vida del diablo! Desde entonces no he hecho otra cosa sino roncar.

—Vamos, vamos, —contestó Asima, —todos los tiempos no son iguales; hay épocas de lucha y épocas de reposo.

A mí me agradan los pistoletazos. Ponedme en acecho con una pandilla de mi gente como cuando atacamos al duque de Medinaceli en frente de San Martín. Obligadme á que agite las masas populares como en la conjuración de Marcos Díaz y me vereis trabajar. Esto no es vivir, ¡voto á treinta carretas de diablos! Yo no he nacido para fraile.

—Ya os daré ocupación, maese Pedro. Ahora os quiero para otra cosa.

Beyne arrugó las pobladas cejas.

—¿Para qué me quereis? —preguntó perezosamente.

—Toma, para que me deis cuenta del último encargo que os hice.

—¡Bah! ¿y es eso todo?

—Todo.

La acentuación con que Asima marcó esta palabra le hizo conocer á Beyne que no debía diferir mucho la respuesta. Rascóse la cabeza y dijo:

—Supongo que me hablareis de esa tonta comisión que me dísteis de espiar á esos cinco caballeretes que tanto han sabido darnos que hacer.

—Sí.

—Pues en resumidas cuentas nada puedo deciros. Están sanos y buenos.

—¿Todos?

Asima lo miró temblando interiormente de rabía.

—Todos..... Esperad,—prosiguió rascándose la oreja con la mano izquierda;—me se había olvidado.... ya sabeis que tengo mala memoria. Además, cinco hombres dan algo en que pensar, ya que no den que hacer.

—Pero en fin, ¿qué pasa?—exclamó Asima bramando de impaciencia.

—Quiero decir que no todos están gordos y buenos,—refunfuñó Beyne.

—Hablad claro.

—Procuro hacerlo, señor conde. Hace días..... bastantes días, antes de que vos viniéseis de América, que perdí la pista de uno de ellos.

—¿De quién?

—De Guillermo Brun.

—¿Y qué habeis averiguado?

—Se dice mucho, y todo con bastante variedad. Afortunadamente, hice conocimiento con un pobre diablo, un tal Juan Palomino, y me contó que el bravo conde estaba nada menos que en la cárcel de córte.

—¡En la cárcel de córte!—gritó Asima dando un salto y olvidando sus oscuras meditaciones.

—Si señor.

—¡Oh! eso es una gran ventaja,—contestó el conde con eco sombrío.—El corregidor no suelta tan fácilmente su presa. Sin..... embargo..... pudiera ser.....

No: es menester influir para que se le sentencie á muerte. Siempre será uno menos.

Asima inclinó la cabeza para entregarse á una meditación misteriosa.

Una idea diabólica cruzó por su imaginación.

—¿Sabeis,—preguntó de repente,—cuándo se celebra un *auto de fé*?

Beyne se rascó la frente como dudando de lo que debía contestar.

—Lo que es por ahora nada se dice, pero yo creo que tendremos una de estas fiestas para San Andrés, á quien el rey profesa una particular devoción.

—Entonces aún faltan unos cinco meses. Bien podemos preparar las cosas para ese tiempo, y ver de conseguir que el reo pase á la jurisdición del Santo Oficio: sin embargo quedan cuatro enemigos, y á estos cuatro es menester herirlos de un modo violento, casi invisible, para que no puedan unirse en adelante. Uno de ellos llevará mañana un golpe de muerte; acaso sea decisivo, y entonces nos quedarán tres.

—¡Oh! ¡oh! ¿teneis esas esperanzas?

—Sí. Para ello es necesario que aviseis mañana, por medio de un artificioso recado, al caballero Martin Gorbea, como si le llamase la mariscala de Clerambaut.

—Cumpliré vuestras órdenes.

—Sobre todo,—prosiguió Asima derramando una ojeada siniestra,—no echeis en olvido lo que voy á deciros. Procurad que la cita sea á las tres de la

tarde .. A lo menos la encontrará muerta,—murmuró para sí rechinando los dientes.

Pedro Beyne miró á su jefe y conoció que una idea terrible y dolorosa cruzaba en aquel instante por su pensamiento.

—No lo olvidaré,—contestó con pausa.—¿Teneis algo más que mandarme?

—Sí. Procurad poneros de centinela en la puerta del jardin de la mariscala, mañana á las once, y no dejeis entrar ni salir á nadie hasta que yo penetre por ella.

—Está bién.

—Ahora continuad informándome.

Asima volvió á inclinar la cabeza como si la embargase un sueño soporífero, y su agente abrió los ojos cual si no hubiese comprendido la frase.

—¡Cómo que os informe!—exclamó por último.

—¿Pues habeis olvidado que me estábais dando detalles acerca de esos cinco caballeros?

—¡Ah! perdonad, mi memoria es infiel como una coqueta, y no me acordaba de nada. Además ninguna noticia puedo comunicaros.

—¿Y es eso cuanto pensábais decirme?

—No hay más, señor conde,—contestó Beyne con su natural indolencia.—No es decir por esto que yo me haya dormido en mi comisión.

—¿Pero no habeis explorado nada que pudiera comprometerlos?

—Nada.

—¿Ni habeis averiguado sus ocupaciones?

—¡Sus ocupaciones!—contestó el agente con desprecio.—¿Quereis saber á lo que se reducen?

—Sí.

—En primer lugar todas las mañanas se reunen en el *Bodegón de las Tres Flores*, especie de caverna situada en una callejuela de la capital, para desocupar media docena de botellas. Allí hablan de su pasado, de su presente y de su porvenir; bromean y juegan hasta las doce del día, hora en que se disuelve la sociedad. Entonces cada cual se dedica á su pasión favorita. El señor Gorbea toma su pincel y su paleta, y continúa sacando retratos de la mariscala de Clerambaut.

Al pronunciar este nombre Asima se extremeció, pero conociendo que Beyne se había detenido al advertir el movimiento que había hecho exclamó con voz de trueno:

—Proseguid.

—El señor Villaper y Luis Albán se agarran del brazo y se van por esos campos, como si fuesen dos pastores desengañados, hasta que la noche los separa.

—Bien, adelante.

—Con respecto al capitán Rangel, ese oso indomable, que tanto os ha dado que hacer, luego que se separa de sus amigos, se marcha á ver á su querida.

—¡Cómo á su querida!—exclamó Asima levantando la cabeza.—¿Pues tiene querida ese capitán?

—Sí señor.

—¿Quién es?

—La marquesa de Villouraz.

El conde del Cisne lanzó un exclamación al oir este nombre.

—¡Oh! —dijo;—esa señora está casada.

Beyne se encogió de hombros, como quien ignora aquella circunstancia.

—Es la esposa de un embajador secreto de Carlos II, que en la actualidad se encuentra en Luxemburgo, —prosiguió Asima meditando.—En efecto es ella. ¿Sabeis, maese Pedro, —continuó despues de un rato de silencio,—que se nos presenta un negocio para quitar del medio al capitán Rangel?

—¡Voto á sanes! ¿Dónde está?—preguntó el agente riéndose estúpidamente.

—Vedlo aquí. Todo consiste en que mandeis preparar un correo.

—¿Para cuando?

—Para ahora mismo.

Beyne conoció que se trataba de una cosa importante, y salió al punto á dar la orden.

Asima quedó solo y prosiguió en un lento monólogo, como si su confidente le escuchase

—Sí,—murmuró con los ojos entornados;—el marqués de Villouraz ama demasiado á su esposa y es capaz de abandonar el destino y la misión que se le han confiado, por lavar la mancha que ensucia su nombre. Es un ente quijotesco del que en esta ocasión puedo sacar mucha ventaja..... Supongamos que viene con la belleza llena de visiones y el corazón preña-

do de celos..... ¡oh! entonces el marqués tendrá que exigirle una satisfacción al amante; habrá un desafío, cuyos resultados me serán favorables. Si el capitán Rangel vence, ya haremos porque halle cerca del sitio del combate alguna fuerza para que lo prendan; preso una vez, remacharemos sus cadenas y quitaremos del medio á un tercer enemigo..... Si es vencido, mi amigo Angelo Ottoboni estará por allí: como es buen cirujano le hará la primera cura y..... negocio concluido.

Estas ideas que fueron saliendo por sus labios como las negras olas de un mar impuro, le hicieron tal impresión, que levantándose de pronto y viéndose solo, llamó á grandes voces á su agente íntimo.

Enseguida tomó la pluma, y con una inteligencia infernal, un artificio diabólico, se puso á escribir un largo relato de la vehemente y criminal pasión que existía entre el capitán Rangel y la marquesa de Villouraz; exageró los hechos para inflamar la pobre cabeza del marqués; le recordó el idioma del honor, puesto que tan triste papel estaba haciendo en Madrid, y tocó cuantos resortes pudo sugerirle la malicia para provocar el duelo terrible que había soñado en aquel momento de furor y delirio.

Su rápida mano concluyó el escrito antes que se presentase de nuevo Pedro Beyne.

Ya iba á agitar la campanilla cuando se abrió la puerta y apareció éste.

—Ya está preparado el correo,—dijo.

—¡Oh! sois inmejorable, maese Pedro; tomad, pues,—prosiguió entregándole el pliego que acababa de escribir y cerrar.—El correo se dirigirá correctamente á Paris, y una vez allí, del Luxemburgo recibirá las nuevas órdenes é instrucciones que le dirija. ¿Es sugeto de confianza?

—Y más sagaz que una zorra.

—Bien: no perdamos un momento. Prevenidle que parta ahora mismo. En cuanto á vos, no olvideis mis instrucciones para mañana, particularmente la cita que debeis dar para las tres de la tarde.

Beyne hizo una firme inclinación de cabeza, asegurando con ella que nada olvidaria.

Asima practicó una señal para que se retirase. Cuando se vió solo, exclamó con cierta ferocidad:

—Ahora pensemos en acelerar la caida de Medinaceli; pero no; no pensemos en esto hasta que pase el día de mañana. ¡Oh, mañana!... ¡Por qué sufrir tanto! ¡por qué he de revestir mi corazón con un escudo de bronce!.... El destino lo quiere.... no hay más remedio..... es preciso que muera ¡Pobre Diana!

Al pronunciar esta última frase, lanzó un grito... Cayó en su asiento, se cubrió el rostro con las manos y derramó una gruesa lágrima..... era la última ofrenda de su amor.

Cuando se levantó estaba tranquilo.

CAPITULO XXVII

Los tres hermanos.

En vano Luis Albán había corrido á palacio, luego que supo los peligros que amenazaban á la mariscala de Clerambaut, para prevenir á Martín Gorbea.

El alcázar estaba cerrado ya, y por más esfuerzos que hizo no pudo conseguir que los centinelas traspasasen su consigna consintiendo en abrirle. Se desesperó, amenazó, gritó, todo fué inútil. Tuvo que someterse á aquel golpe de la suerte que trastornaba por algunas horas todos sus planes y esperar al nuevo día para salvar á una víctima desventurada y con ella el secreto de la pobre Elena.

Tan grandes habían sido sus sensaciones en aquella noche horrible; tan fuertes las sacudidas de su corazón, que cuando llegó á su casa se apoderó de él una fiebre espantosa y le hizo perder el conocimiento.

Luis fué transportado á una cama y quedó en poder de algunos médicos que se llamaron para contener el mal.

De este modo apareció el día.

Martín Gorbea ageno de todo lo que había ocurrido despertó lleno de ilusiones, puesto que dentro de muy pocos días iba á ser el esposo de la mujer que más adoraba en la tierra. Cuando somos felices creemos que todos tienen derecho á serlo. Martín no concebía ni la tristeza sombría de su hermano Leoncio, ni el dolor misterioso de Elena.

La mañana era una de esas hijas del Estío que se envuelven entre los besos del Céfiro, como una nueva Psiquis que se dejase conducir á la gruta del amor; había frescura en el ambiente, diafanidad en la naturaleza, risa y contento en todas partes.

Acababa de colocarse en la misma ventana, donde la noche antes habían estado conversando Luis y Elena, y sentía en su interior el jubiloso conjunto del paisaje, como una reproducción de su alma. Martín no pensaba en los peligros, sino en su dicha.

De pronto una idea repentina cruzó por su imaginación. Era un pensamiento tierno y justo, era completar su felicidad y llenar un sagrado deber. Pensó en el casamiento de Leoncio y Elena, el cual era preciso que tuviera efecto el mismo día y á la misma hora que el suyo; por lo tanto debia tener una reunión de familia para tratar de aquel importante asunto con sus dos queridos hermanos.

Hay momentos de suprema ventura en que las lágrimas acuden á nuestros ojos. Martín entrevió un horizonte dilatadísimo de placeres y un porvenir entretegido con cadenas de rosas. Esperó pues á que llegase la hora del desayuno para decretar aquella doble alianza.

En un saloncito cuadrado que servía de comedor se reunieron por último los tres hermanos. Martín, alegre, bullicioso, decididor; Elena, triste, pálida, cabizbaja; Leoncio, sombrío, grave y callado.

Una nube oscurecía la frente de aquella familia.

Sentáronse alrededor de una mesa, y nadie interrumpió el solemne silencio que reinaba. Martín que no comprendía la reserva de sus dos hermanos, le pareció oportuno entrar en materia.

—¡Por vida de Baco!—exclamó sonriéndose alegremente:—cualquiera diría al vernos de esta manera que nos hemos criado en un convento de Cartujos. ¿Qué diablos teneis? Estais cabizbajos, pensativos, melancólicos. ¿Estais tristes por mi próximo casamiento?

Leoncio levantó los ojos con sorpresa y preguntó:

—¿Pues qué, te casas?

—Como tú, querido hermano. Ya ha llegado el día en que debamos pensar tanto en nosotros mismos como en cumplir el juramento que hicimos á nuestros padres.

Martín á pesar de haber dicho estas palabras con naturalidad, no dejó de tomar esa entonación verídica que marca las supremas voluntades.

Leoncio miró á Elena con tristeza, y ésta se extremeció como si hubiese caido sobre su corazón el peso de una montaña.

—¿Pero hablas de veras?—instó el poeta.

—Sí,—contestó seriamente el pintor.—Anoche ofrecí mi mano á la mariscala de Clerambaut y dentro de algunos días será mi esposa. Considera, hermano mio, el cambio de situación que va á ver en nosotros. Acaso las circunstancias me obligen á dejar la España por algún tiempo, y entonces tendría que llevar conmigo á Elena, si para esa época no fuera tu esposa. Por lo tanto, para que una misma estrella presida nuestro casamiento, como otra presidió nuestro natalicio; para que nuestro destino esté ligado con mayores vínculos, he pensado que dispongas todo lo necesario para que tu boda con Elena se verifique al mismo tiempo que la mía. De este modo las sombras de nuestros padres ofrecerán nuestros votos como la más sincera prueba de fe que les ofrecimos.

Nnuca había pronunciado Martin palabras más sencillas, pero jamás habian causado una impresión más dolorosa.

Leoncio vertió una segunda mirada sobre Elena como para consultar en su semblante el efecto que le había producido el pensamiento de Martin. El desgraciado jóven tembló. Tenia el tacta esquisito de la esperiencia. En aquella ojeada se acabó de persuadir de que Elena no le amaba.

Era preciso romper el talisman de flores que exis-

tía entre todos. Leoncio era muy generoso para aprovecharse de las circunstancias y arrastrar al altar á una mujer á quien adoraba con toda la elocuencia del silencio; porque el silencio tiene algunas veces un lenguaje más elocuente que la palabra; pero no debía, no quería apoderarse de aquel corazón, valiéndose de unos derechos de familia más bien que de las prerogativas del amor.

Alzó la cabeza, miró á su hermano, después observó á la turbada Elena que pálida y llena de profunda desesperación no sabía esplicarse lo que le pasaba.

—Martin, —contestó Leoncio con voz entera y pausada, como si tratase de pesar las palabras que iba á pronunciar;—por muy sagrados que sean nuestros deberes de familia y los juramentos que hicimos á nuestros padres, conviene que meditemos sobre mi casamiento con Elena. Hasta aquí hemos visto este acontecimiento á bastante distancia, y no lo hemos tomado con la seriedad que corresponde; hemos alimentado ese dulce recuerdo, esa ilusión querida, esa voluntad sagrada; pero ya que es llegado el instante supremo, antes de dar un paso adelante, es menester que con la franqueza de hermanos, con el cariño que siempre nos ha distinguido, tengamos el suficiente valor para esplicar nuestros sentimientos. La idea de nuestros padres sería hacernos felices, y esta felicidad no existiría si por desgracia no existiese en nosotros ese fuego que se llama amor. En tal caso no reconozco poder que me haga ligar mi mano con la de Elena. Por mi

parte seré franco y esplícito. Yo la amo como se puede querer á la más dulce y bella de las esposas: mi voluntad sería la suya. Tengo un corazón que por mucho tiempo ha llevado escondido el secreto de su cariño, y rebosaría de júbilo, de locura, de placer, si encontrase un eco siquiera de lo que él siente. Aquí tengo la felicidad y el dolor, la risa y las lágrimas; todo revuelto y confundido como en un lago estrecho y sin saber á lo que debo inclinarme. Una palabra lo decide todo: amor ó infierno, ventura ó infortunio, gloria ó maldición. Elena,—prosiguió el joven con motal angustia;—héme aquí á tus plantas; voy á exigir de tí una confesión tan ingénua como la mía; quiero arrancar de tu pecho la verdad, para que nunca se pueda decir que violenté tu pensamiento.

El joven poeta cayó de rodillas, cruzó las manos, y miró desesperadamente á su hermana, como si tratase de oir una sentencia de muerte..... El infeliz lo sabía.

Elena dió un pequeño grito y se cubrió el rostro con las manos. Por entre sus dedos se escapaban algunas lágrimas, y un temblor nerviso agitaba todo su cuerpo.

Martin vió con asombro aquella escena muda y elocuente al mismo tiempo sin comprenderla.

—¿Pues qué,—preguntó á Leoncio;—acaso mi hermana no te ama?

—No, no,—gritó la pobre niña;—le amo, sí... pero mi cariño es el de la fraternidad.

El poeta lanzó un ahogado rugido.

—¡Oh!

—¿Qué dices, hermana mía?—exclamó Martin;—¿no quieres ser su esposa? ¿Acaso te has olvidado de la voluntad de nuestro padre en el último extremo de su vida? ¿Es verdad que no existe en tu corazón ni un sentimiento de amor, ni un recuerdo del cariño que debieras haber conservado como un don precioso ó un legado feliz? ¡Oh! yo no puedo creer que tú te hayas olvidado de tus deberes hasta ese caso. Tanto en nuestros tiempos de pobreza cuanto en nuestra época de felicidad, el honor y el reconocimiento han sido siempre el iman de nuestra vida. Acaso la vergüenza.... la timidez propia de tu sexo..... hayan cerrado tus labios, y Leoncio crea que tu silencio es intérprete de otras ideas.

Elena se levantó del asiento que ocupaba y fué á echarse en los brazos de Martin, como si no tuviera otro refugio en medio de su desconsuelo. No encontraba voces que articular ni expresiones que decir. Juzgábase á sí misma, y se encontraba indigna de pertenecer á Leoncio, puesto que la vergüenza sonrojaba su frente. ¡Horrible lucha donde su corazón se hallaba perplejo en aquel mar de circunstancias, que debía salvar aunque fuera en contra de su honra!

Martin interpretó el convulsivo abrazo de su hermana de un modo distinto.

—Vamos, vamos,—prosiguió sonriéndose y vertiendo lágrimas al mismo tiempo;—todo está compren-

dido, Elena mía; conozco tu carácter y sé que te cuesta mucho el hacer ciertas confesiones que desde luego te dispensamos. El tiempo irá destruyendo esas preocupaciones; Leoncio te enseñará á querer, á que espliques en el lenguaje del amor tus más íntimas confidencias; por último, él, como poeta, te descubrirá anchos horizontes para que la dicha no pueda abandonarnos. ¡Oh! Vamos á ser completamente felices. Pero ¡voto al chápiro! ¿Qué tienes que no hablas?

El joven contempló por un instante el rostro de su hermana, y no pudo dejar de extremecerse. La marca del pesar, de la angustia y de la desesperación estaba en su contraido semblante. Gruesas lágrimas rodaban en silencio cayendo sobre su pecho.

—¡Por Cristo!—exclamó Martín lleno de sorpresa y asombro;—algo de extraordinario pasa en tu interior. ¡Oh! Acabemos de una vez.

Y con el rostro adusto, la mirada sombría, pálido por la emoción, se separó del lazo en que la oprimía su hermana, fijando en ella sus atónitos ojos.

Leoncio permaneció en silencio presenciando aquella escena, pero el dolor le ahogaba.

— Elena, — prosiguió Martín, — tu conducta es incomprensible en este momento solemne. Mucho tiempo hace que murieron nuestros padres, y desde entonces yo he sido el tuyo; éramos niños, acuérdate, cuando rodeamos su lecho funeral y prometimos cumplir sus deseos. Ya sabes que el principal de ellos

fué el que te unieses con Leoncio Villaper... ¿Por qué te resistes á la voluntad de quien te dió el ser?

La desventurada Elena, vacilante y próxima á desfallecer, conoció que era el blanco de las justas reconvenciones de sus hermanos, y solo pudo contestar:

—¡Oh! yo soy indigna de pertenecer á Leoncio.

—¡Indigna de pertenecerme!—gritó el poeta acercándose á ella.

—Sí.... ¡Dios mío!

—Elena,—contestó Martín,—eso es una escusa de mal género; es un medio por el que descubro que algo grave pasa en tu interior. ¿No amas á nuestro hermano?

—No, no le amo; no le puedo amar como á un esposo,—contestó la joven con desesperación.—Acabas de arrancarme el profundo secreto de mi alma. Perdóname, Leoncio, soy una insensata; pero antes que ser perjura, antes que arrojar sobre tu frente una falsedad, quiero ser víctima de vuestro odio, de vuestra execración.

Los dos hermanos lanzaron dos gritos, que retumbaron en el fondo de sus pechos como dos ecos de agonía. Leoncio cayó cerca de una mesa y devoró con amargo silencio aquella declaración terrible. Martín se acercó á su hermana lleno el rostro de cólera.

—¡Ah! exclamó,—¡con que así desprecias la voluntad de vuestro padre!

—Ten piedad de mí,—contestó Elena, cruzando sus manos sobre el pecho.

—¡Piedad de vos, cuando destruís de un golpe toda nuestra felicidad! ¡Piedad de vos, cuando despreciais el único hombre que ha nacido para ser vuestro esposo!... Yo no quiero creer esto, Elena. Acaso haya sido una alucinación mía; tal vez que haya oido mal, y entonces daré gracias al cielo porque me arranca de esta mortal pesadilla. Habla, por Dios, y desengáñame. Yo recuerdo, no hace mucho tiempo, que tanto tú como Leoncio hablábais de vuestro futuro enlace con la alegría de dos corazones puros, de dos almas tranquilas. ¿Qué ha pasado desde entonces? ¿Por qué te niegas á aceptar un hombre generoso, que sólo pensaría en labrar tu felicidad, en proporcionarte gloriosos días, un horizonte sin nubes y un porvenir sin sombras? Habla y no aumentes con tu silencio la inquietud que nos devora; habla y arráncanos de esta oscuridad que nos cerca.

—¡Oh! ¿Qué quieres que te diga? Yo no puedo ser la esposa de Leoncio.

Esta especie de exclamación dolorosa, hizo que éste se incorporase como impulsado por un resorte. Avanzó lentamente hacia donde Elena se hallaba abatida y desolada bajo la terrible mirada de su hermano, y colocándose en medio de ambos, exclamó con voz tranquila al parecer.

—Cálmate Martín; sosegaos, Elena; es preciso que se termine esta violenta entrevista; no quiero ser causa de que se prolongue. ¿A qué hemos de apurar la hiel principiada á beber? Conozco que no me amais.

Yo respeto los motivos que existen para que os negueis á ser mi esposa. Desde este momento sois libre; no volverá mi nombre á mortificar vuestra imaginación. ¡Ay! Yo en otro tiempo había soñado con una esperanza divina. Desde que era niño, desde que nuestras miradas y nuestros alientos se confundieron en los juegos de nuestra infancia, creí que algún día os daría el dulce nombre de esposa. Despues se sancionaron mis deseos con el voto de nuestros padres, y desde entonces, Elena, creí tener sobre vos no solamente el derecho de la fraternidad, sino el derecho del amor. Aquella ilusión que fué creciendo en mi alma á medida que los años iban pasando; aquel delirio al que dediqué todos mis pensamientos después de Dios; aquella existencia inmaculada, luz brillante y fugitiva que ha dejado un rastro en mi mente como la fúnebre señal de un cometa; todo esto era mi esperanza, mi amor, mi porvenir, amontonados sobre nosotros como un promotorio de flores. Yo, pobre de mí, interpretaba vuestras risas, vuestro lenguaje, vuestras miradas y vuestros suspiros como otras tantas pruebas de amor; y satisfecho con esto jamás os importuné, porque creía que seríais mi esposa... ¡Oh! pesad en vuestro corazón cuán grande habrá sido el desengaño. Figuraos, Elena, á un hombre que emplea todo el tiempo de su vida en trepar á una cumbre donde está la felicidad, y cuando llega á lo alto, cuando va á sentar el pie en el sitio que había soñado, cae de repente en un abismo; pensad en esto, y tendreis

lástima de mí. Elena, os hablo así, porque un presentimiento horrible me dice que ésta será la última vez que oireis mi voz sobre la tierra; yo no sé.. creo que no volveré á veros, porque ¿qué espero aquí sin poderos dar el dulce nombre de esposa? ¡Oh! no tembleis; no derrameis lágrimas; yo soy el único ser desgraciado.. Martín, —prosiguió volviéndose á su hermano,— ya lo oyes... ella no me ama... no la hagas infelíz Es preciso conformarnos con lo que ha dispuesto Dios ó la fatalidad, acaso su corazón sea de otro ser más dichoso... y entonces...

El pobre poeta no pudo proseguir; cuando concluyó de hablar lloraba como un niño.... ¡La amaba tanto!

Elena oyó sus últimas palabras, y el rubor inundó sus megillas. El remordimiento le hizo lanzar un grito.

—¡Será cierto! —exclamó Martin mirándola.

—¡Qué! —contestó la desgraciada.

—¿Que amas á otra persona?

Tan brusca había sido esta pregunta, que la jóven no pudo disimular. Además, estaba decidida á revelar toda su desgracia en caso de que no tuviera otro medio y cayó á los piés de Martin llorando.

—Soy muy infortunada, hermano mio.

—¿Luego es positivo lo que acabo de decirte?

—Sí, sí, no puedo ocultarlo. Seria un crimen, una maldad horrible, si mintiese.

—¡Oh! maldición. ¿Y quién es el miserable que de ese modo ha vertido el veneno de la fatalidad entre nosotros? ¿Quién ha sorprendido de ese modo vuestro

carazon, haciéndoos olvidar el juramento sagrado que prestásteis á vuestros padres? ¡Oh! decidlo, Elena, ó por el cielo que ni vos ni él os librais de mi cólera. Es menester acabar de una vez; decidlo para que sacie en él la venganza que me anima.... Yo concibo en vos una pasión grande, inmensa, cuando de este modo os habeis olvidado de vuestro nombre; del mio y de todos los recuerdos de nuestros padre..... Acabemos.

E impulsado por un ciego furor, pálido y agitado como el inmóvil Leoncio, se separó de Elena; pero ésta, andando de rodillas, sin desplegar sus lábios y la cabeza caida para atrás, abrazaba las piernas de su hermano.

—¿No me respondeis?—instó Martin con frenético acento deteniéndose de pronto.

El mismo silencio por parte de Elena.

—¡Oh! esto es demasiado,—gritó entonces repeliendo á su hermana con tal fuerza, que ésta cayó de costado lanzando un doloroso grito que penetró en el interior de los dos jóvenes como dos agudos puñales.

Era el grito de la maternidad.

Entonces vieron medio leuvantarse á Elena con el rostro inspirado por un sentimiento íntimo, por una espresión sublime.

—¡Bárbaro! —exclamó sintiendo en su seno la fuerza del golpe que acababa de recibir.—Ya que trates de matar á la madre, no mates al hijo que lleva en sus entrañas.

Estas palabras, dichas con esa energía, santa y

feroz al mismo tiempo, que cambian la naturaleza, el ser y la vida de las mujeres: este grito que le arrancaba de repente el amor de madre, sin pensar en su nombre, en su decoro, en su secreto; este alarido de amor y desesperación hirió con tal fuerza en los dos jóvenes que lo escucharon, que parecían sucumbir por un momento á los imponentes ademanes de la desdichada Elena.

Aquella escena tuvo por un instante una magestad aterradora.

Ella, medio incada de rodillas, lívida como un postrer rayo de una tarde de otoño, vacilante como una de esas lánguidas y blancas flores que se elevan cerca de una tumba, el rostro inflamado por una luz divina, sobrenatural, se elevaba con todo el resplandor de la inocencia, con toda la dignidad de una madre, á hacer frente á los injustos ataques de su hermano. Se había arrancado una ficticia aureola en aquel instante supremo en que sintíó en sus entrañas el dolor de su hijo; serena y tranquila desde entonces dejó vagar por sus labios la sonrisa de la virtud, y por sus ojos las lágrimas del sentimiento. Nada denotaba en ella la vergüenza.

Leoncio había escuchado aquellas palabras y no había sentido nada. Toda la sangre del corazón se agolpó violentamente á su cabeza; sus ojos perdieron la facultad de ver; un temblor nervioso circuló por su cuerpo, y sepultado durante unos minutos en una atonía espantosa, que podía producir la muerte, permaneció

en su aparente inmovilidad. Pero cuando la razón fué apoderándose de él; cuando midió con el pensamiento aquel inmenso mar de dolores, que el demonio de los celos le ponía delante; cuando quiso comprender el verdadero sentido de la expresión de Elena y quedó por último convencido de aquella horrible verdad, salió por todos sus poros un deseo de venganza terrible, ardiente, inmutable. No lanzó un grito, no hizo un movimiento, pero en sus ojos se podía comprender esa ferocidad del tigre que busca una víctima para hundir sus dientes en su corazón.

Martin retrocedió como si un fantasma se hubiese interpuesto entre él y su hermana. Loco, frenético, fuera de sí, llevó la mano á la espada como si tratase de hundirla en el pecho de quien acababa de descorrer ante sus ojos el más cruel y doloroso de los secretos, pero su brazo cayó sin fuerzas, sus piernas apenas pudieron sostenerle, y á no haber un sillón inmediato, hubiera caido al suelo como cae el roble al golpe rudo del rayo. Entonces cubrióse los ojos como Egisto delante de Pelopea. El cuadro no podía ser más imponente.

—Miserable,—gritó lanzando un bramido que no tenía significación en las articulaciones humanas;—¡tú madre!... ¡Tú deshonrada! ¡Oh!

Y quiso levantarse de nuevo para matar á la joven.

—Yo soy madre, sí,—contestó Elena con nobleza y dignidad;—llevo en mi seno un hijo de tres meses. ¿Lo

oyes, Martin? ¿Lo oyes? Por esta causa no queria ser la esposa de Leoncio porque le hubiera engañado. Soy madre y te lo digo sin rubor, con la frente levantada, ya que ibas tal vez á matar á mi pobre criatura, á este engendro misterioso que Dios ha permitido criar en mi seno. Ven..... hermano mio; ven y mátame si tienes valor, pero escucha el grito de una madre que pide por su hij ; detente ante las lágrimas de una mujer desgraciada, pero no culpable; mírame por compasión, por misericordia, y leerás en mis ojos que estoy inocente, que estoy pura, que no he faltado á mi honor. ¡Oh! Martin, hermano mio; si no fuera por mi hijo dejaría tranquilamente que rasgaras mi pecho para que no dudases de la verdad..... Pongo por testigo la sombra de nuestros padres de que soy inocente....

—Luego entonces, —preguntó Martin, con voz reconcentrada,—¿te han arrancado violentamente la honra? ¿Han abusado de tí como de una prostituta?.... ¡Oh! dime quien es el padre de tu hijo.

Antes de que Elena pudiese contestar, se abrió la puerta de la habitación y apareció un jóven pálido, abatido, aquejado por la fiebre y el dolor.

Era Luis Alban.

—Yo soy su padre,—dijo extendiendo una mano y protegiendo á Elena.

—¡Ah, Dios mío!—gritó ésta cayendo al suelo sin sentido.

CAPÍTULO XXVII

Grandeza de un alma noble.

Por un momento no comprendieron Martin ni Leoncio aquel inesperado desenlace. Vieron avanzar á Luis Alban como una de esas sombras providenciales que Dios permite que se levanten del seno de las tumbas, y le oyeron hacerse el responsable de un crímen que no había cometido.

Luis estaba en medio de la estancia y miraba á sus dos amigos como demandándoles un perdón que no merecía. Pero había jurado salvar el honor de Elena y principiaba á cumplirlo.

Una horrible calentura le había embargado las facultades de pensar y sentir desde que en la noche anterior llegara á su casa. Cuando el uso de la razón volvió á apoderarse de él; cuando se acordó que debia avisar á Martin de los peligros que amenazaban á la

mariscala de Clerambaut, y de que él mismo necesitaba de la vida de esta mujer para averiguar quien había sido el infame violador de la honra de Elena, saltó del lecho con una prontitud tal que espantó á los que le cuidaban

En vano se opusieron los médicos; en vano acudió su madre: Luis tuvo que conquistar su ropa casi á la fnerza, hasta que se lanzó á la calle, en medio del ardor de la calentnra y del asombro de su servidumbre.

Entonces miró al cielo y conoció por la altura del sol que debía ser muy tarde. En efecto, al tiempo de llegar á la plaza de Palacio dieron las doce.....

—¡Las doce!—exclamó asombrado; —y á las once aquel médico infernal debía ir á casa de la mariscala..... Corramos, corramos..... no perdamos un instante.

Aunque debilitado por la fiebre no tardó dos minutos en llegar á la habitación que ocupaba en el alcazar real sus dos amigos..... Ya iba á abrir la puerta, cuando oyó la terrible escena que pasaba al otro lado..... Entonces fué cuando se apareció como el blanco de la cólera de un hermano ofendido y un amante desesperado.

Martín y Leoncio lo conocieron por último y no pudieron menos de lanzar un rugido feroz como si el cielo les hubiese proporcionado la venganza en el instante en que la invocaban.

—¡Con que sois vos el miserable! —exclamó Martin

acercándose al joven con una gravedad imponente...

—¡Vos, Luis Albán, el amigo y compañero de nuestra existencia, quien ha atropellado de un modo tan infame el honor de una joven desventurada, de esa pobre niña que yace casi muerta á vuestros pies!... ¡Vos sois! ¡Oh! ya sabeis que todas las gotas de sangre de vuestro cuerpo me pertenecen; que desde aquí en adelante todos los átomos de vida que estais respirando son mios; que es imposible que conteis con vuestra voluntad, porque ya no mandais en ella. Falso amigo; seductor apóstata; Dios ó el demonio os ha puesto en mis manos: ó me matais ú os mato: hé aquí lo que nos resta por hacer.

Martín tiró de la espada, pere Luis se cruzó de brazos.

—¡Oh! ¿no quereis batiros?

—No.

—Sois un cobarde.

—Decid lo que gusteis,—contestó el joven poniéndose lívido.—Martín, yo venía á haceros un inmenso servicio... todavía puede ser tiempo Si quereis matarme aquí teneis mi pecho,—prosiguió desabrochándose el jubón.—Dios juzgará después, pero corred... corred á la calle Ancha de San Bernardo, donde haceis más falta que aquí.

En el mismo instante de pronunciar estas palabras se volvió á abrir la puerta de la habitación y se presentó un paje desconocido. Traía un billete en las manos.

Así que vió á Martín corrió hacia él, interponiéndose entre su espada y el pecho de Luis.

—Tomad,—dijo entregándole el billete con una ansiedad que hizo extremecer á Martín.

—¿Os envía Diana? —preguntó.

—Sí.

Gorbea tiró la espada y rompió el sello del papel.

Un grito desgarrador salió de su pecho así que leyó los rápidos caracteres que en él estaban trazados; era un alarido inexplicable, confuso, casi bárbaro, como si se hubiesen roto de repente todas las fibras de su corazón.

—«Ven... —decía el escrito, —ven al momento, Martín. Conozco que he sido envenenada... Corre... para que muera en tus brazos

Diana.»

Esta noticia, ruda, espantosa, inesperada, fué la que le hizo al pintor lanzar el grito que llamó la atención de todos. Tomó su chambergo, y acercándose á Leoncio, que no se había movido de su sitio, ni había pronunciado una palabra, ni había variado de gesto ni de color, le dijo con acento aterrador:

—La diestra del demonio nos hiere. Hermano, te encomiendo la venganza de Elena.

Y partió como un loco seguido del pajecillo.

Pasada esta rápida escena, extinguido á lo lejos el rumor de los pasos de los que acababan de salir de la habitación, sólo se escuchaba el golpeteo de aquellos

dos corazones, y el aliento de aquellos dos rivales, uno en frente del otro, inmóviles y silenciosos como si esperasen una señal ó una palabra para exterminarse.

Poco despues Leoncio se acercó á Elena, la tomó en brazos y la condujo á una habitación separada, entregándola al cuidado de una mujer.

En seguida volvió adonde estaba Luis. Echó lentamente la llave en la puerta, la guardó en un bolsillo, y se volvió á colocar en frente de Luis.

Este permanecía cruzado de brazos.

Los dos jóvenes estaban pálidos como la muerte.

—Luis,—dijo por último Leoncio con voz cavernosa.—¿Con que sois vos el autor de la deshonra de Elena?

—Sí,—contestó el joven con acento tranquilo.

—¿Y no sabíais que Elena iba á ser mi esposa?

—Sí.

—¿Ignorábais que existía un juramento de familia, un voto sagrado hecho al pie del lecho de nuestros padres moribundos?

—No.

—¿No sabíais que yo la amaba como se puede amar el primer pensamiento de la vida, el más puro destello de la felicidad, ó como la prenda más querida del porvenir?

—Yo tambien la amaba,—contestó Luis heladamente.

—¿Y no teníais en nada nuestra amistad?

—La tenía en mucho.

—¡Oh!—exclamó el poeta llevándose la mano á la frente;—estais mintiendo como un miserable, Luis. ¿Sois vos el que haciais alarde de un honor intachable?

—Caballero... no juzgueis temerariamente.

—Bien, esto no me importa; hablemos poco y entendámonos.

—Decid lo que gusteis.

—Escuchadme,—contestó Leoncio con pausa siniestra.—Elena era mía y me la habeis robado; con ella os habeis llevado la única felicidad que me restaba en la tierra. Elena era mi hermana y la habeis escarnecido; habeis sido ó un seductor infame, ó lo que es más horrible todavía, un violador de mala ley. Habeis ultrajado de un modo inaudito al hermano, al amante y al amigo; habeis quitado su prestigio al honor, su corona á la inocencia, su vínculo á la amistad; habeis sido un ladron que me ha robado la dicha y la esperanza; me habeis presentado el mundo tal como es, levantando el velo tras el que se oculta la virtud ó la mentira; me habeis ido clavando en el corazón todas las espinas del desengaño... ¡Oh! me parece que es muy justo que yo os quite la vida en pago de tantos desastres.

—Es muy justo,—contestó Luis con la inmovilidad de una estátua que tuviese la facultad de hablar.

Leoncio lo miró con asombro.

—¿Luego estais dispuesto á morir?

—Sí.

—Yo estoy dispuesto á mataros.

Y sacó su espada con esa lentitud solemne que es precursora de una resolución inmutable.

Alban permaneció cruzado de brazos.

Cuando Leoncio se puso en frente de él, vió que permaneció inmóvil.

—¡No os defendeis!—exclamó.

—Yo no me defiendo; soy culpable según decís; si teneis valor, matadme.

La sangre fría del uno encendió más la del otro.

—¡Oh! estais escusando una lucha inevitable.... no creía que fuérais tan cobarde.

Luis tembló de los pies á la cabeza al verse apostrofado de aquel modo; un frío sudor bañó sus sienes, y apretó convulsivamente su dentadura para no proferir una palabra.

—Vamos, señor,—volvió á decir Leoncio;—no penseis que vais á desviar de vuestra cabeza la suerte que os amaga..... Estais en el último día de vuestra vida, y es necesario que os porteis siquiera con alguna dignidad. ¡En guardia! ¡Qué! ¿no os moveis? ¿no me contestais?

—No pienso hacer nada,—replicó por último.—Vos que os considerais ultrajado; vos que me mirais poco menos que si fuera vuestro verdugo, heridme.... Yo no me bato. Teneis una espada en vuestras manos: bien podeis clavarla en mi corazón y quedais satisfecho.

El joven Luis Alban ni varió de postura ni de espresión. Una triste sonrisa vagaba por sus labios y penetraba en el corazón de Leoncio como un reflejo de inocencia y grandeza de alma.

Este bajó la espada que tenía levantada sobre el pecho de su amigo.

—No me hagais desesperar,—dijo con voz comprimida;—he sufrido mucho, y no sé si tendré paciencia para sufrir vuestro miedo. Quiero concluir. La muerte ó la vida nada me importan, pero necesito sangre y una víctima donde saciarme.

—Pues bien, aquí me teneis, Villaper.

—Yo no soy asesino; vos sabeis que yo no mato sino en buena lucha, y esta es la que os propongo. Si la escusais, es por que la conciencia paraliza vuestra fuerza, es porque no hay valor en el crímen. Sin embargo, yo os haré luchar.

Una determinación sombría cruzó por la frente del poeta.

—¿De qué modo?

—Insultándoos.

—Leoncio,—contestó Alban lleno de agitación;—matadme, pero no me digais una palabra. Bien sabeis que hay insultos que nos hacen perder la razón.

—Ved lo que yo quiero. A un seductor que pisa la honra y la generosa amistad de los dos hermanos de vuestra víctima, es necesario tratarlo como se puede tratar á uno de esos perjuros que condena la ley á un castigo más deshonroso que la muerte.

—Villaper..... en nombre del cielo, deteneos.

—Me detendré si os batís.

—Repito que no me bato, —contestó Luis con resolución.

—¡Y sois vos el amante de Elena! ¡Vos que no teneis energía para defenderla siquiera!

—Lo soy; y á no ser vos ni Martin los que tratais de vengaros.. .. Entonces.....

—¡Qué!.....

—Nada, —replicó el joven rechinando los dientes; —nada, no sé lo que me digo, Leoncio. Mi delito es imperdonable; os he faltado á todo; he pisoteado la amistad, el deber y..... el honor.....

Al decir esto se cubrió el rostro con las manos. El sublime sacrificio de Alban era tan grande que no dudaba el hacerse cómplice de aquel tejido de errores, con tal de salvar á su querida Elena. Nunca se había dominado tanto; nunca su corazón habia sentido impulsos tan generosos y nunca se había encontrado más predispuesto á morir. Era un prodigio del amor y una maravilla de su caballerosidad.

Sin embargo, se hallaba muy humillado y sentía las mortales palabras de Leoncio como si fuesen picaduras de víboras que envenenaban su existencia.

El poeta, loco, sin poder contenerse, en medio de la violenta irritación que le dominaba, conoció que un rayo sublime inspiraba la fisonomía de su rival. Creyó que aquello era un alarde de orgullo y avanzó hacia él.

—El tiempo pasa,—dijo con voz hueca;—es preciso que acabemos Albán. ¿No quereis batiros?

—No.

—Entonces os diré que sois un miserable, un cobarde, un ser indigno del nombre que habeis heredado.

El joven se puso lívido; un ligero extremecimiento circuló por su cuerpo y no contestó.

—¡Oh! respondedme siquiera,—gritó Leoncio desesperado.

—Nada tengo que contestar,—respondió Albán.

—Mirad que os exponeis á mayores insultos.

—Está bien.

—Os escupiré.

—¡Ah!

—Os abofetearé, como si fuéseis un lacayo.

—¡Dios mio!

—Os arrastraré por el suelo...

—Basta...

—Y despues proclamaré por todas partes, por todas las esquinas de Madrid, por todas las ciudades de España y por todos los pueblos de Europa, que habeis sido un infame, un seductor, un mal amigo, un miserable indigno de ceñir esa espada que llevais...

—¡Oh!—gritó Luis lanzando un rugido:—no puedo más... Bien sabeis, Dios mio, que he resistido hasta que me ha ahogado la razón; bien sabeis que mi alma está pura; sed, pues, el juez de esta lucha bárbara...

Leoncio retrocedió ante aquella violenta explosión de ira, hasta que reponiéndose al punto:

—¡Ah!—exclamó;—ya sabía que teníais que volver por vos; luchemos.

Albán sacó rápidamente su espada y la cruzó con la de Villaper. El rudo choque retumbó en la estancia con un sonido metálico.

A este golpe la reflexión de Luis volvió á apoderarse de él. Midió las consecuencias del combate; conoció que su desventurado amigo, impulsado por sus celos y su amor, estaba ciego y fuera de sí y le sería muy facil matarlo; comprendió que en aquel cúmulo de extrañas circunstancias nadie era culpable, y no debía por lo tanto consentir en una lucha, pues cualquiera que fuera su resultado atraería un tardío arrepentimiento al que quedase vencedor. Antes debía morir.

Hecho este firme propósito, retrocedió un paso y bajó su espada.

—¿Qué haceis?—exclamó Leoncio al observar aquel movimimiento.

—No me bato, caballero; me es imposible derramar vuestra sangre...

—Esta es una cobardía disfrazada con el velo de la generosidad. En guardia ú os asesino.

—No temo la muerte, Villaper,—respondió Albán levantando la cabeza;—aquí teneis mi pecho... herid .. pero tened presente que mi sangre caerá sobre vuestra cabeza como esas manchas que nunca se borran, como esas maldiciones que nunca se olvidan, como esos recuerdos que por todas partes nos persiguen.

No me bato; y en prueba de ello ahí teneis mi espada.

Luis la tomó por ambos extremos, la cimbró con fuerza sobre su pecho, hasta que la hizo saltar en dos pedazos. En seguida los tiró á los piés de su amigo.

Este rugió de rabia.

—¡Con que quereis que os mate! —exclamó.

—Quiero más bien morir que llorar despues lágrimas de sangre. Leoncio, el demonio impulsa vuestra mano; deteneos.

—No, no; ya que no quereis morir como mueren los caballeros, morireis como mueren los cobardes.

—En nombre del cielo no deis un paso más.

—Es imposible.

—Os lo pido de rodillas, Leoncio, —exclamó Luis cayendo á sus piés y extendiendo las manos hacia él; —en nombre de Elena, de Martín, de nuestra antigua amistad, no deis ocasión á que dentro de algunos instantes tengais motivos para sufrir los tormentos de Cain... mirad que cometeis un asesinato; un asesinato cuya víctima reclamará al cielo la justa venganza, ya que en la tierra no encuentra eco á sus palabras; mirad que el remordimiento es el más cruel azote que Dios manda sobre nosotros... ¡Leoncio! ¡Leoncio!

El poeta se detuvo como si hubiese chocado con un muro invisible.

—Bien. ¿Qué quereis? ¿Temeis á la muerte? —preguntó con el semblante descompuesto por la cólera...

—Batiros; no teneis espada, pero ahí teneis vuestro puñal. Lucharemos con esta arma.

Al decir esto, tiró el acero que brillaba en sus manos, y sacó una daga que pendía de su cintura.

—Veo que todo es inútil,—exclamó Luis levantándose con dignidad, como si la muerte no se cerniese sobre su cabeza.—Habeis perdido la razón... ¡ay de vos cuando la recupereis! Herid.

—¿Tampoco quereis pelear del modo que os he dicho.

—No.

—Estais precipitándome á cometer un asesinato.

—Hacedlo: es el único camino que os queda.

El pecho de Leoncio lanzó un bramido.

—Pues entonces, ya que no quereis morir defendiéndoos,—exclamó con los ojos desencajados y el rostro descompuesto,—morireis como mueren los infames, como mueren los que roban el honor á pobres doncellas, como mueren esos viles seductores que han abusado de la amistad y del honor.

Luis vió con fisonomía tranquila, dulce é inefable, el puñal de Villaper levantado sobre su corazón; lo sintió helado y penetrante atravesar su carne y clavarse en uno de sus costados, por el cual saltó un borbotón de negra sangre.

—¡Oh!—gritó la víctima extendiendo las manos;—quiera el cielo perdonaros como yo os perdono; pero mi nombre y mi sombra os perseguirán mientras vivais..... ¡Muero inocente!

Alban quiso apoyarse contra la pared; llevóse una mano para contener la sangre que brotaba de su he-

rida, pero en el instante todos los objetos se confundieron, un zumbido extraño tronó en su cabeza, dió algunos pasos hacia su matador y cayó á plomo á sus pies como una estatua.

Entonces sonaron violentos golpes en la puerta de la habitación, como si una nueva escena viniese á complicarse con la que había tenido un término tan terrible.

—¡Abrid!.... ¡abrid!—gritó desde fuera la voz de Martin.—En nombre del cielo; abrid.

Leoncio no se movió.

La puerta recibió un fuerte sacudimiento que hizo estallar la cerradura; el joven pintor, pálido como el marmol, dió un salto y penetró en ella Su fisonomía tenía una alteración horrible; el dolor y la desesperación, la estolidez y las lágrimas, le daban un aspecto inesplicable.

—¡Maldición!—gritó al ver el negro cuadro que se le presentaba á la vista.—Leoncio, has cometido un asesinato. ¡Esa sangre es inocente!....

Pero Villaper no contestó: se creía presa de una tremenda pesadilla.

—¡Pobre amigo! ¡desventurada víctima! ¡corazón generoso!—prosiguió Martin cayendo de rodillas junto á Luis y bañándolo con sus lágrimas.—Todo lo he hecho en un día .... ¡Y tú .... tú que venías á salvarme!.... ¡Yo te he asesinado!

Martin abrazó al cadáver y solo se sintieron sus sozollos por largo tiempo.

—¡Con que no era él!—exclamó el poeta de pronto con cierta atonía aterradora.

—No: quería salvar el honor de Elena á costa de su vida.

—¿Y ella no es culpable?

—Tampoco.

—¿Pues quién es el delicuente?

—Es..... la Providencia

Un grito horrible salió del pecho de Villaper.

—Soy un asesino,—exclamó cayendo de espaldas sobre la pared y tapándose el rostro con las manos.

Después, cuando hubieron pasado aquellos momentos de estupor profundo, de dolor inmenso, de angustiosa pena: cuando la realidad con su aspecto inmóvil y glacial se presentó en medio de tan horrible escena y saludó con su helada sonrisa á los actores de ella; cuando ya no hubo gritos, ni palabras, ni ademanes, sino que cada cual se entregó al parasismo de su dolor; cuando aquella tempestad hubo producido todos sus sonidos, dejando al tiempo que fuese uniendo todos los átomos de la vida en la negra cadena del destino, vióse á Leoncio avanzar hacia Martin con una calma solemne y espantosa.

—Hermano,—dijo con voz pausada;—hay arcanos providenciales que deben cumplirse; lo que escribe el dedo de Dios no se borra jamás. La noche que nacimos hubo una predicción funesta. Nuestros padres pusieron dos luces con el fin de avisarse mútuamente la hora de nuestra venida al mundo..... Una ráfaga

de aire las apagó al mismo tiempo.... esto me hace confiar que nos volveremos á ver para que muramos juntos..... ¡Adiós!.... ¡Me persigue esa sangre!.... ¡Me persigue ese cadáver!.... Voy á espiar mi crímen.

Y salió de la habitación con las manos extendidas como un hombre que hubiese perdido de pronto la facultad de ver.

Martin no le había oido. Casi echado sobre el desgraciado Albán, lloraba en silencio regando con sus lágrimas la tibia sangre que corría por el costado de éste.

Después de una hora volvió en sí de su enagenamiento. Miró en torno suyo con asombro; Leoncio había desaparecido.

Enseguida, besando la helada frente del cadáver, se acordó que tenía una hermana y que debía salvar las terribles circunstancias que pesaban sobre él con la muerte de Luis.

—¡Ah!—exclamó;—todo lo he perdido..... todo.

Cubrióse con su capa, cerró la puerta y se dirigió al *Bodegón de las Tres Flores,* para referir á Pedro Rangel todo lo que había ocurrido. Desde allí volvió delirante á casa de la mariscala de Clerambaut.

A la noche, Luis Alban fué conducido á un panteón, y se hizo creer á su desventurada madre que había muerto en un desafío. Aquel terrible drama quedaba encerrado en el corazón de tres personas.

CAPITULO XXVIII

In articulo mortis.

¡Qué había sucedido durante esta escena de desolación en casa de la mariscala de Clerambaut! ¡Qué terrible episodio había lacerado la existencia de Martin Gorbea, desde que entregó á la venganza de Leoncio á Luis Albán hasta que volvió arrepentido y casi loco á llorar sobre su cadáver!

Ya el lector tiene conocimiento de la carta que le entregó al desventurado pintor el paje de la mariscala. Luego que la leyó, figuróse que cien rayos estallaban sobre su cabeza y partió con esa violencia que nos comunican los desastres hacia la habitación de su amada.

Así que llegó á la puerta, saltó por las escaleras, atravesó los primeros salones, hasta que penetró en aquella magnífica sala donde en otro tiempo la había

retratado. Allí estaban su arpa, sus flores, sus estátuas, sus cortinajes; y allá en el fondo, cerca del intercolumnio que lo cerraba, estaba Diana reclinada en un sillón, lívida como el crepúsculo, moribunda y sostenida por dos mujeres de su servidumbre.

En su pecho ardía el veneno de Ottoboni, y en sus manos oprimía nerviosamente el fatídico papel que le producía la muerte.

Martín, cuando vió á su amada de aquel modo, lanzó un grito desgarrador y cayó á sus piés, porque no tenía fuerzas para sostenerse.

—¡Diana!.... ¡Diana mía!—exclamó llorando de dolor, de rabia y desesperación.

—¡Martín!—contestó la hermosa dama estrechándolo con sus blancas y crispadas manos.

Despues de estas exclamaciones que se disiparon entre suspiros dolorosos, se miraron con todo el cariño y el terror que les inspiraba aquel momento supremo, y mezclaron sus lágrimas entre prolongados gemidos.

Eran tan rápidos estos acontecimientos, que debía estallar en los corazones de los dos amantes ese pasmo sublime que vemos en los lienzos de Rafael, y ese horror inexplicable que Flaxman ha sabido expresar en sus pinturas.

El tiempo, en su extensión inconmensurable, no podía presentar un episodio más terrible, un dolor más extraordinario, unas actitudes más desesperadas. De sus ojos brotaban llamas de desesperación, relámpagos de agonía, miradas de incredulidad ó estupor.

En aquellos primeros momentos que se sucedieron á una pena voraz é insufrible, los dos amantes unidos, estrechados convulsivamente, como si ambos hiciesen grandes esfuerzos por retener aquel divino soplo de la vida que se escapaba del cuerpo de Diana, apenas pudieron proferir una palabra. ¡Y qué podían hablar cuando todo estaba comprendido!

Martín no pensaba en la venganza, sino fijaba solo su pensamiento en aquella mujer idolatrada, angel terrestre que estaba desplegando sus alas para remontarse á las inmensidades del cielo. Todo lo había olvidado. Quebrantado con aquel golpe, nada le importaban los sucesos anteriores. En Diana estaba su vida, la luz de su porvenir ó la noche de su desolación.

Cuando hubieron pasado aquellos arrebatos del alma, la mariscala se desprendió dulcemente de los lazos que la oprimían, é hizo una señal á las dos mujeres que la cuidaban para que se retirasen.

Estas obedecieron.

Así que quedaron solos en aquel magnífico salón, donde en otro tiempo bebieron el tósigo ardiente del amor; cuando las miradas de Diana se hubieron saciado en su amante, dijo con acento comprimido:

—Martín... me abraso... mi sangre hierve como si fuese un rio de fuego... ¡Oh!... Voy á morir...

Y se llevó las manos al pecho para arrancarse los encajes que lo oprimían.

—Esta mañana era dichosa, —prosiguió;—había

soñado en nuestra felicidad... había creído que el sol... el aire... toda la naturaleza... sonreía nuestra futura existencia... ¡Ay desgraciada!

—Pero ¡Dios mío!... Acaso sea una aprensión todo esto,—dijo Martín pasando el brazo alrededor de la cintura de Diana.

—No... no... ¡Me muero!... ¡Estoy envenenada!...

—¿Pero cuándo?... ¿Quién?... ¿De qué modo?...

—¡Oh!... no lo sé... Yo me levanté buena y contenta... Despues recibí á un caballero que venía de Francia, y me traía una carta de mi padre...

—¿Y qué más?....—preguntó Martin loco de dolor.

—Besé repetidamente esta carta.....

—¡Ah! todo lo adivino... ¿Dónde está ese caballero?

—Se ha marchado.

—¿Y no le conoces?

—No.

—Eso es el verdugo mandado por el demonio,—gritó Martin horrorizado.—Pero todavía puede ser tiempo..... Voy á buscar algunos médicos.....

—No..... no..... amigo mío, esposo mío,—contestó Diana dejando caer su cabeza .....—Todo es inútil. ... ¡Me muero!...

—Eso no. ... Todo menos morir.

—Me muero..... sí..... El que me mata tiene contados los minutos que me quedan de vida .... Soy la víctima del conde del Cisne..... y no hay remedio.

Diana dejó caer la cabeza sobre el pecho de su

amante. Esta apretó los dientes, rodeó aquella hermosa y perfumada cabeza con sus manos, y la besó con delirio insensato.

—Mirad,—continuó la infeliz joven, á quien la proximidad de la muerte revestía de una blancura deslumbrante;—me había adornado con lujo y explendor por pareceros hermosa..... ¡Ay de mí! Todo ha cambiado en pocos instantes. Venid..... acercaos más..... arrancadme estos atavíos mundanales que solo sirven como una vana pompa para engreir nuestro orgullo..... Nada de flores..... nada de coronas. Para vos..... para tí, amado mío, debo estar bella aun en medio de mi agonía.

Martin no contestó; pero siguiendo el negro giro de su pensamiento, palpó los brazos y el rostro de su amada para ver si podía contener el fuego devorador que recorría todo su cuerpo; arrancó de las manos de ésta la funesta carta que estrujaba en ellas, y examinó con horrible agitación la rápida mancha del veneno.

Diana iba siendo presa de esa excitación febril, nerviosa y terrible en que la naturaleza vá sintiendo la sorda marcha de la muerte..... Luchaba entre la razón y el delirío, entre la luz y las tinieblas.

—Martín ... me ahogo.... ¡Dadme agua!—exclamó estremeciéndose. Todo se me vá oscureciendo. ... ¡Ah! debo aprovechar estos instantes.

—¡Dios mío!—gritó el joven sosteniéndola, viendo que caía inerte y sin fuerzas sobre los brazos del sillón.

—Así..... tenga al menos la felicidad de espirar en tus brazos,—prosiguió Diana.—¡No es verdad que cerrarás mis ojos y recogerás el último suspiro!.... ¡Ah! ¡por qué no te conocí cuando mi alma estaba pura!.... ¡cuando arrastrada por una predestinación funesta me hice cómplice de una misión indigna! Entonces..... ¡qué distinta hubiera sido nuestra suerte! ¡Desdichada!.... Dios no lo ha querido.

La mariscala estrechó las manos de su amante, mientras este vertía anchas y copiosas lágrimas. Enseguida los hundidos ojos de ella, cercados de una órbita azulada, buscaron por un momento la figura de Martin. Cuando encontraron su rostro, se clavaron en él como dos estrellas moribundas próximas á desaparecer del cielo.

Era tal la horrible tormenta que bramaba sobre el corazón del joven, que no advirtió que uno de los cortinajes que adornaban la sala se agitó súbitamente, apareciendo una cabeza por entre sus extensos pliegues.

Era la cabeza de Asima; era la fisonomía del verdugo, crispada y llena de espanto, que venía á presenciar las convulsiones postreras de su víctima.

—Voy á descorrer todos los secretos de mi corazón,—prosiguió Diana después de aquel rato de doloroso silencio.—Se me va acabando la vida..... y acaso dentro de algunos minutos sea tarde. Debo hacerlo.... Hay un arcano de inmensa importancia, que solo tú debes saber. Júrame no revelarlo á nadie.

Martin contestó sollozando:

—Lo juro.

Después de un momento de pausa, prosiguió la mariscala:

—¿Ves este anillo?

Y señaló el que brillaba en su dedo anular.

—Sí.

—Este es el que me dió esta misteriosa influencia con la cual debía perder á España... ¡Ya lo sabes!... Acaso no te recordaría estos hechos si la Providencia no hubiese tomado á su cargo vencer á esta nación generosa. Ahora..... después de mi muerte..... queda y quedará en pié ese funesto prestigio que yo represento algún día..... Detras de mí está Asima.

Martin se estremeció al oir este nombre.

—¡Oh!..... ¡es verdad!—exclamó.

—Tú y tus amigos, vengadores de vuestro pais, nada podríais hacer en adelante si yo no te manifestase lo que Dios ha permitido. Todos los esfuerzos de la Francia se estrellarán ante el gran secreto que encierra el tiempo en sus impenetrables destinos. Tú más que nadie eres el llamado por el cielo para ser el noble sostén de la nueva causa que se levanta, porque tu raza y tu sangre son las escogidas para salvar á tu pueblo del yugo extranjero.

La entonación profética que Diana había adquirido; su voz solemne y sepulcral, que parecía salir de una tumba ó bajar de las nubes; su aspecto hermoso y moribundo reanimado por una llama de amor, por

una luz prodigiosa, hicieron á Martin que recuperase su extraviada razón.

Asima escuchaba temblando al través del cortinaje.

—Tal vez que dudes...—prosiguió la mariscala;—acaso creas que es el delirio quien me hace hablar de este modo... No.. un aliento desciende sobre mi frente y da fuerzas á mi espíritu. Martín... acércate... Tu hermana es la destinada por el cielo para que se mantenga en España la savia fecundante de sus reyes. Se sabe que Carlos II no tendrá sucesión legítima; lo ha dicho el génio de los pueblos... Debe salir de una rama bastarda la antigua grandeza de esa dinastía próxima al sepulcro... ¡Tu rey tiene un hijo!

Martín dió un grito de asombro y el conde exhaló un rugido en el fondo de la estancia.

—Sí,—continuó la mariscala;—y ese hijo, que debe ser en su tiempo el nuevo Mesías de la nación española; ese hijo que puede echar por tierra las supremas ambiciones de muchos pueblos que ya tienen levantada la mano para borrar del mapa el nombre de la antigua Iberia; ese hijo engendrado de un modo donde la madre ignora siquiera si tuvo ó no tuvo parte en aquella cópula predispuesta por el destino; ese hijo, Martín, se encierra en el seno de tu hermana hace tres meses; de tu hermana, ¿lo oyes?

Esta grande revelación aclaró como un relámpago las negras nubes que envolvían la frente de Martín. Acordóse del sacrificio de Albán, de la exposición que

éste corría y de las palabras de su hermana cuando protestaba á la faz del cielo que era inocente.

—¡Con que ha sido el rey! —exclamó aturdido con una nueva tan inesperada que le aclaraba aquel enigma.

—Sí... una noche... cuando tanto tu pobre hermana como yo íbamos á conversar sobre nuestro amor, le entregué un tubo de lata en el cual escribísteis una noticia de muerte... Elena cayó desmayada y entonces un hombre penetró por el balcón, valiéndose de la escala que á mí me había servido para subir á él... Este hombre era el rey .. Yo creí que era su amante y retrocedí... Entonces, sin conocimiento de tu hermana abusó de su honor en aquella estancia que creía solitaria .. Desde aquel momento Elena quedó en cinta.

—¡Oh! bendita, bendita seas,—gritó Martín cayendo de rodillas al ver descubierta la pureza é inocencia de Elena.

Sucedióse un prolongado silencio Diana había cumplido un sagrado deber salvando á su amiga. Asima aterrado con aquella noticia que surgía de pronto para anteponerse á sus maquinaciones, no pudiendo resistir por más tiempo la lenta agonía de su víctima, huyó por la puertecilla secreta que le había facilitado la entrada en aquel salón mortuorio.

Sólo Dios quedaba para protejer el último momento de Diana.

Esta se iba aproximando al término de la existencia;

había perdido el resplandor de la inspiración, que por un instante brillara en su rostro, y se inclinaba como una de esas pálidas flores que son violentamente arrancadas por el huracán.

Martín lo notó y estrechó sus manos con frenético delirio.

—Rodéame con tus brazos, exclamó la mor bunda; tenga al menos el consuelo de llevar al sepulcro el calor de tu seno... , el fuego de tu última mirada... ¡Ah! Dios bendecirá desde su trono estos momentos de postrera delicia que se consagran dos amantes próximos á ser esposos... Ven... no te separes de mí... mi cadáver pudiera ser profanado, y quiero que lo conduzcas á su última morada... Allí, esposo mío... amado mío... único pensamiento mío, nadie reinará sino tú... Ve todas las noches... á la hora en que se levanta la luna, y allí me encontrarás sentada al borde de la tumba, para que hablemos de este mundo, para que te rodee con mis brazos... para que te acaricien mis besos... Escucha... voy perdiendo la luz... siento que mi sangre se hiela .. que mis piés se clavan en el suelo como si fuesen de mármol... Acércate... presiento que Dios me conserva una postrera dicha... ¡Oh! ¿No escuchas?

Y Diana queriendo sonreirse, con la vista extraviada y errante, la una mano extendida y la otra agarrada convulsivamente al brazo de Martín, parecía escuchar una melodía desconocida que sólo existía en su corazón.

El pintor todo lo había olvidado; su frente bañada de frías y menudas gotas, no abrigaba otra idea sino el inmenso dolor de aquella eterna despedida. No tenía aliento ni voz ..

—Martín... ¿Dónde estás? —prosiguió Diana reanimándose como la luz próxima á apagarse, y con una voz tan dulce como las postreras armonías de una lira.

Este no pudo contestar, pero la estrechó contra su seno con ese frenesí sublime que comunica el pesar.

—¡Oh! no te veo. . ¡Dios mío!... ¡Dios mío! ¡No volverte á ver más!... Pero los momentos vuelan... Toma.

Y arrancándose el fatal anillo que era el terrible talismán que la había perdido, el fúnebre amuleto que le abría la tumba, prosiguió con voz gutural y con una especie de sonrisa histérica.

—Toma este anillo... Martín: en él estaban encerradas funestas tempestades para perder la España .. me quema los dedos, y no quiero llevar á la sepultura esa triste señal de mi destino... Sirva en adelante para la grandeza de tu pátria, y sea el signo de reconocimiento del hijo de Carlos II si braman sobre él las borrascas de la existencia.

Martín tomó la fatídica alhaja, y juró en su interior cumplir el último deseo de su adorada.

Esta cayó desplomada en sus brazos; se acercaba su última hora.

El joven, ahogado por el dolor, miró á todas partes

para pedir auxilio; ya iba á lanzar uno de esos gritos que revientan como una explosión, cuando abriéndose la puerta principal se presentó un religioso.

Era el padre agonizante que Asima había avisado la noche pasada.

Donde quiera que hay una desgracia, se aparece un ministro de Dios.

Martín dió un grito de esperanza y conformidad.

—¡Venid, padre mío!—exclamó.—El cielo os envía en este instante... Se muere, y vos podeis darle el último consuelo.

El sacerdote avanzó rápidamente, y ayudó al joven á sostener el casi inanimado cuerpo de la mariscala.

—¡Diana!... ¡Diana!...—prosiguió inclinándose hacia ella.—Soy yo quien te habla; respóndeme. Aquí á nuestro lado hay un religioso que viene á dulcificar estos momentos...

—¿Dónde está?—preguntó la moribunda desplegando una fugitiva sonrisa.

—Aquí me teneis, hija mía,—contestó el agonizante con acento persuasivo.—Vengo á traer la tranquilidad celeste para que durmais el eterno sueño en las mansiones santas.

Aquel eco que recordaba otra felicidad; aquella voz que hacía renacer otra esperanza; aquel nuevo consuelo que venía á dulcificar una amarga agonía, hicieron que brillase un rayo de vida en el pálido semblante de la mariscala.

—Sí, sí, padre mío,—dijo llevando sus manos al pecho para contener por algunos minutos más los átomos de vida que le quedaban.—Venid y acercaos á mí... eutended vuestra mano sobre mi cabeza para que mis culpas sean perdonadas.

El religioso conoció que aquella desgraciada no podía confesarse; recitó una ferviente oración, y en seguida levantando su mano la bendijo y absolvió con palabras consoladoras.

Martín había caido de rodillas durante escena, y regaba con sus lágrimas una mano de su amada. Esta se agitaba con las convulsiones del veneno. Un rayo de sol penetraba por entre las colgaduras, y venía á coronar con una aureola de luz la hermosura de la moribunda.

—¡Gracias!... ¡Gracias, Dios mío!—exclamó vagamente.—¡Oh! el último ruego..

—Decid qué quereis. hija mía.

—Padre... la muerte me sorprende cuando iba á ser la esposa de... este caballero.. Bendecid nuestra unión.

—Hacedlo en nombre del cielo,—exclamó Martín rompiendo las trabas que embarazaban su lengua.—Tenga al menos la dicha de que pueda darle el dulce nombre de esposa...

—Hacedlo.. sí,—replicó Diana.—Mi vida se apaga... siento que un frio mortal se extiende y corre por mi cuerpo... El fuego se ha convertido en nieve... Martín,—prosiguió dilatando los ojos y separando violenta-



Levantó su mano y los bendijo.



mente hacia sus sienes las hermosas trenzas de sus cabellos;—¡Oh!... ¿dónde está tu mano?... Dí que quieres ser mi esposo... Ruégalo en nombre de Dios, testigo de nuestro cariño y de nuestra pureza...

El agonizante oyó aquella postrera súplica y quiso complacer á la moribunda.

—Daos la mano, hijos míos,—exclamó con acento solemne.—Espíritu atribulado á quien la tempestad de la vida arrastra al puerto del descanso, entrega tu voluntad al hombre á quien amas.

Diana oyó aquellas consoladoras palabras, como la primera armonía que el alma justa oye al tiempo de lanzar su último suspiro. Levantó su helada mano y la enlazó con la de Martín.

El religioso entonces lleno de fe, inspirado por la luz de la esperanza divina, recitó esas inefables palabras que la liturgia consagra á los que se unen en matrimonio. En seguida, habiéndose enterado de los nombres de aquellas criaturas, anonadadas por la muerte y el dolor, santificó solemnemente aquel acto tierno é imponente á la par...

—Esposos destinados á gozar en la gloria las delicias que os esperaban en el mundo,—dijo derramando lágrimas;—que vuestros pensamientos se unan é identifiquen desde el cielo á la tierra y desde la tierra al cielo. Dios ha querido uniros... Dios os separa en este instante.

El agonizante al acabar de pronunciar estas palabras miró á Diana...

Ya era tiempo.

Levantóse ésta de pronto, crispada por una última convulsión... dilató extraordinariamente los ojos... y extendiendo las manos hacia Martín, como si fuese á darle el abrazo de la despedida...

—¡Tuya!... ¡tuya... para siempre!—gritó con un esfuerzo sobrenatural.—¡Dios mío... gracias!

Vaciló por un momento como una pluma, quiso sonreirse... dió un paso adelante, y en seguida cayó á plomo en el pavimento.

Martín dió un grito horroroso. Estaba muerta.

. . . .

. . . .

Media hora después levantóse el desgraciado del lado del cadáver, donde había permanecido de rodillas como un insensato, y encargando al religioso que cuidase de él mientras volvía...

—¡Adios, esposa adorada!—exclamó estampando el primer beso de amor en su lívida frente...—¡Arcángel de luz, genio divino, antorcha de mi esperanza!... ¡Adios!!!...

Y corrió hacia su habitación para salvar á Luis Albán.

Ya sabe el lector que llegó tarde. Diana fué conducida al cementerio al mismo tiempo que lo había sido Albán.

CAPITULO XXIX

Preparativos para un auto de fe.

Los días, esos hijos del tiempo que pasan siempre iguales, siempre impasibles á los dolores de la humanidad, se fueron á hundir pausadamente en ese abismo sin fondo que se llama *pasado*.

Así transcurrieron cinco meses.

Leoncio, el desgraciado Leoncio, no había vuelto á parecer desde el terrible día del asesinato de Albán, y perseguido como Caín, ó había muerto ó seguía arrastrando la maldición y el remordimiento sobre la faz de la tierra. Martín, vuelto al lado de su hermana, supo de ésta todos los detalles de sus puros amores con Luis; y Pedro Rangel, único amigo que el cielo había querido conservar á su lado, consoló aquellas eternas horas de dolor, hasta que se extendió por sus corazones esa calma desesperada que participa de la insensatez y de la resignación.

Martín esperaba con ansiedad el alumbramiento de Elena para conservar aquel precioso y acaso único vástago de una dinastía agonizante; y tanto para evitar interpretaciones ofensivas, cuanto para buscar el sosiego que necesitaban, se había proporcionado una habitación en una casa de campo no muy distante de Madrid.

Sólo esperaba saber definitivamente el resultado del obscuro proceso de Guillermo Brun, para trasladarse con su hermana á su pacífico retiro.

La justicia ordinaria, al examinar el proceso de Brun, merced á los manejos de Asima, rogó fuera de su jurisdición el juzgar al acusado, y pasó la causa y el reo al Santo Oficio de la Inquisición, pocos días después de la muerte de la mariscala.

Ya el otoño con sus espesas nieblas, con sus días cristalinos, con sus brisas silbadoras, se iba desnudando de los dorados reflejos del verano. La naturaleza se presentaba helada y triste á medida que avanzaba el mes de Noviembre de 1684.

De este modo llegó la víspera de San Andrés.

Aquella mañana los habitantes de Madrid habían husmeado algún grave acontecimiento, pues todos á medida que iban dirigiéndose á los mercados públicos, se reunían con ansiedad, hablaban con misterio; otros expresaban cierta piadosa alegría en sus semblantes, y varias viejas agitaban las grandes cuentas de sus rosarios en señal de satisfacción. Poco á poco los murmullos fueron creciendo, las noticias se hicieron

más exactas, los detalles se presentaron con más minuciosidad, hasta que no hubo persona que ignorase la agradable novedad que circulaba por toda la corte.

Tratábase nada menos que de un pequeño *auto de fe.*

Cuando la Inquisición tenía atestados sus calabozos de infelices; cuando todos ellos habían pasado por una de aquellas pruebas maravillosas donde gritaban sin que una voz de conmiseración contestase á sus lamentos; cuando el uno había sufrido un martirio en la fatídica cama de hierro, el otro había cabalgado en el potro, aquel había sentido que unos borceguíes de bronce destrozaban sus piés, y cada cual tenía que referir un raro prodigio, donde se trituraba, estiraba, aplanchaba, aplastaba, retorcía y se reducía á polvo un miembro de un hombre, ó bien todo su cuerpo, entonces todos aquellos que nada tenían que confesar ó que habían sabido guardar su secreto á pesar del trinquete y de la argolla, se amontonaban como una manada de corderos, para celebrar un auto fe; ceremonia religiosa y bárbara, donde el lujo de la muerte era una verdadera gloria para el rey que la presenciaba, para el inquisidor que la presidía, para las hermandades y comunidades que la formaban, y para el pueblo que aplaudía y se arrodillaba.

Por lo tanto, nada más curioso que aquel rumor que había despertado á los hijos de Madrid. Ya hacía tres años, esto es, desde los días 28, 29 y 30 de Junio

de 1680, que no tuvieron la satisfacción de presenciar uno de aquellos solemnes espectáculos. Entonces se quemaron treinta y cuatro reos en efigie, once fueron condenados á la pena de azotes, cuarenta y cuatro vestían el *San Benito*, y veinte y un relapsos, con trajes pintados con lenguas de fuego y demonios, completaban el cortejo, lo que formaba un total de víctimas algo respetable. Era el más grande auto de fe que se había ejecutado desde la creación del Santo Tribunal, y la más brillante ceremonia que se hizo para solemnizar el casamiento de Carlos II y María Luisa de Borbón.

Tres años de impaciencia y de espera, hicieron una completa revolución en las honradas gentes del siglo XVII; que habituados á aquella costumbre como nosotros lo estamos á esas brutales diversiones que se llaman *corridas de toros*, no pudieron menos de regocijarse cuando supieron que en la mañana de San Andrés había hogueras, cadalso, misas, sermones y víctimas.

La única nube que empañó los rostros, era la palabra *pequeño;* pues todos hubiesen deseado que el auto fuese grande (1).

En estas festividades de segundo orden no se llamaba la atencion del público con anticipados prego-

(1) Para que no se crean exagerados estos detalles, pueden ver nuestros lectores la obrita de don José del Olmo y la historia de la revolucion de los Paises-Bajos por Schiller.

nes, ni se convocaba al Tribunal de Toledo ni á los familiares de Valladolid, ni el rey se sentaba en un solio en la casa de la Panadería, ni habia tablado de ciento cincuenta pies de largo, ni ciento de ancho, adornado expléndidamente con prisiones iguales á aquellos *nidos de golondrinas* que servian en los castillos feudales para colocar centinelas, ni el inquisidor general, sentado en un trono más alto que el del monarca, recibía á éste juramento, ni otras mil terribles é imponentes ceremonias que dejaban por largo tiempo una lúgubre impresión en todos los espíritus.

La pompa inquisitorial estaba decidida á anunciar que se quemarían tantos ó cuantos al día siguiente, en honor del apostol San Andrés y para mayor gloria del rey. En su consecuencia, todas las congregaciones que por oficio y deber tenían que asistir, ya sabían que á la mañana siguiente debian presentarse con sus cruces y estandartes en la puerta del edificio inquisitorial, el cual ha desaparecido bajo los cimientos y expléndidas paredes de ese palacio que se eleva en la calle de Torija, y que ha servido después para algunas oficinas del Estado.

Los soldados de la fé preparaban sus hacecillos de leña; la cruz verde, encomendada al cuidado de los padres de Santo Domingo, y la cruz blanca de San Pedro, salieron en procesión á colocarse en frente de la casa del inquisidor general, en cuyos balcones, llenos de tapicerías y guirnaldas, ondulaba un magnífico pendón, y en cuyas puertas algunos tambores

y pífanos reunian á los alguaciles, notarios y familiares del Santo Tribunal.

La noticia de la ejecución que se preparaba no había llegado á noticias de Pedro Rangel y Martin Gorbea, y nada pudieron temer con respecto á la suerte de Guillermo Brun, por más que ya sabían que este desdichado había caido bajo la férula de la Inquisición.

Pero aquella mañana, cuando menos pensaban tal vez en su digno amigo, y cuando apenas se habían reunido los dos únicos que quedaban de aquellos cinco intrépidos jóvenes que tan altas cosas habían conseguido, se presentó á ellos un criado de la servidumbre de la marquesa de Villouraz, anunciando que se dirigiesen sin perdida de tiempo á su palacio.

Rangel y Martin no se hicieron repetir la orden, y se encaminaron hacia la calle de Segovia.

El primero comprendió, desde luego, que debía pasar algo de extraordinario cuando los llamaba Isabela, y tal prisa comunicó á su amigo, que en breve fueron anunciados á esta.

Un mayordomo los esperaba anticipadamente, y éste los hizo entrar en un expléndido salón. No estuvieron mucho tiempo sólos: abrióse una puerta contraria á la que les había servido de entrada, y presentóse la marquesa de Villouraz trayendo á una joven agarrada de la mano.

Era Enriqueta Ponzoa.

Las dos hermosuras tenían esa expresión inefable

del sentimiento, esa aureola del dolor que diviniza una fisonomía terrenal hasta el grado de una sublime ternura ó de una desesperación profunda, como el mar. Isabela consolaba y sostenía á la cándida joven que seguía sus huellas, hasta que Enriqueta, impulsada por el temor y la fuerza de las circunstancias, corrió hacia los dos caballeros con las manos juntas, hasta venir á caer de rodillas de ellos.

—Salvadle..... salvadle,—gritó estrechando convulsivamente su pecho.

Y su voz armoniosa como un canto, como un suspiro, se quebró entre las lágrimas y los gemidos.

Los caballeros se precipitaron á levantarla. Enriqueta se puso de pié, pero el llanto no la dejó proseguir, y tuvo que recostarse en el hombro de su amiga.

—Señora, tened la bondad de decirme lo que quereis para complaceros,—preguntó Martin mientras Rangel se informaba de la marquesa.

—¡Oh! no sabeis..... El conde Guillermo está sentenciado.

—¿A qué?—preguntaron con ansiedad los dos caballeros.

—A muerte.

—¿Y cuándo?

—Mañana en un auto de fé.

—¿Con que la Inquisición le condena?

—Sí.

—¿Y por qué causa?

—Por la de sacrilegio.

Este rápido diálogo, en que unos preguntaban y otros contestaban; esta hacinación de voces, de ademanes, de gritos y de sorpresas, hirió vivamente el corazón de Martin, tan lacerado ya, é hizo bramar de coraje al capitán Pedro Rangel.

El primero quedó anonadado; el segundo contestó con esa calma solemne que sabía adoptar aún en medio de las mayores borrascas.

—¿Habeis dicho, señora, que ha sido condenado por el delito de sacrilegio?

—Sí,—replicó la desdichada Enriqueta;—dicen que habiendo intentado poner las manos sobre el rey, y estando éste ungido, ha cometido un sacrilegio; y éste es el motivo por el que ha sido juzgado por la Inquisición. ¡Ay de mí! Guillermo muere por mi causa.

—¿Pues qué, señora, creeis acaso que se consume la sentencia?

—¡Ignorais que en este instante se están dando los pregones de costumbre anunciando que mañana tendrá efecto la ejecución!

Martín y Pedro se extremecieron.

—¡Con que es decir,—exclamó el primero con repentina cólera,—que el rey consiente que muera uno de sus principales servidores, uno de los más cumplidos caballeros de la época, mezclado ignominiosamente entre judíos, relapsos y herejes! ¡Oh! no morirá, ú os juro por lo más sagrado que pereceremos con él.

—¡Oh! gracias, gracias, —prorrumpió Enriqueta con cierta esperanza que brilló en sus ojos como una luz divina.—Bien me dijísteis, amiga mia, que invocase la protección de sus compañeros.

—Nosotros llenaremos nuestro deber, —contestó Rangel; —conocemos los peligros de la vida y los desengaños de ella... ¡Pobre amigo nuestro! El tambien iba á ser vuestro esposo, y ved como la desgracia hirió aquellos primeros momentos de felicidad que principiaron á brillar en vuestra existencia. ¡Ah! Rogad al cielo porque vuelvan á aparecer.

—Sí, yo rogaré,—contestó la infeliz Enriqueta; —¿y qué he de hacer sino rogar á Dios en este instante supremo, cuando las horas están contadas, cuando mi padre mezcla su influencia tambien por salvarlo?

—¡Vuestro padre decís! —preguntó Rangel.

—No os extrañe, caballero, —contestó la joven; —mi padre llegó á conocer el inmenso amor que existía entre Brun y yo, y trató de llevar adelante nuestro matrimonio. ¡Ay! ya fué tarde. Aquel mismo día lo prendieron.

Martín al escuchar estas palabras sintió humedecidos sus ojos. Para él, infortunado amante, nada había que esperar.

Isabela y Enriqueta comprendieron aquel mudo dolor. Bien es verdad que hay ocasiones en que todo palidece y se eclipsa ante las tempestades del momento.

—Y bien, señora, —preguntó Rangel; —¿qué os prometeis de los pasos dados por vuestro padre?

—Nada,—contestó Enriqueta con desesperación.

—¿Luego vuestra confianza estriba en nosotros?

—Sí.

—Desde que regresamos de América, habíamos concebido el pensamiento de salvar á Guillermo, y mucho más cuando supimos la causa que motivara su prisión. Nuestros juramentos son inviolables. Señora ó perecemos mañana con él, ó le salvamos la vida. Es necesario por lo tanto que hagais lo que os voy á decir.

—Estoy dispuesta á todo.

—¿Sin contar con vuestro padre?

—Sin contar con mi padre.

—Bien,—contestó Pedro Rangel, brillando en sus ojos un resplandor de alegría.—¿A qué hora principia mañana el auto de fe?

—A las doce.

—¿Y dónde está el suplicio?

—Fuera de la puerta de Fuencarral.

—Entonces, señora, ireis á situaros en vuestro coche á la puerta de una hostería que se titula de la Cruz blanca.

—¿Y qué he de hacer?

—Esperar la procesión.

—¡Oh! yo no sé si tendré valor.

—Sin embargo, es preciso,—murmuró Rangel meditando.

—Yo os acompañaré, amiga mía,—dijo Isabel animándola.

El capitán miró á su amada con sorpresa.

—¿Pues qué, señora, estaríais dispuesta á seguir el destino de vuestra amiga?

—A todo estoy dispuesta,—contestó animosamente Isabela.—Pero ¿de qué se trata?

—De huir y de salvar á Guillermo. Voy á explicarme,—dijo en voz baja acercándose á las dos damas, mientras Martín pensaba en su pasado amor.—Antes de que principie la ceremonia, mi compañero y yo nos presentaremos al rey y pediremos en nombre de nuestros servicios la vida de nuestro amigo. Ignoro si nos concederá su perdón ó si se nos negará. De cualquier modo, no faltar á la hora y sitio indicados.

—No faltaré.

—Debo advertiros que si se os presenta algún hombre que os diga una palabra ó practique una señal, le obedezcais al punto.

—¡Oh! ¡cuán generosos sois!—exclamó Enriqueta juntando las manos.

—Cumplimos con un deber de amistad únicamente,—contestó Rangel.

—¿Y contais con el triunfo?

—Os lo afirmamos. ¿Quereis, pues, ser de la partida, señora marquesa?

—Sí: estoy á vuestra disposición.

—Entonces me hareis el obsequio de ir á situaros en otro coche á espaldas de la calle de Fuencarral, y en una situacion que esteis paralelamente con el carruaje de esta señorita. Os prevengo que el tiro sea

escogido, mientras que el de Enriqueta sea espantadizo.

—¿Con qué objeto?

—Para que se asombre al tiempo de pasar la fúnebre comitiva, y se coloque en términos que suspenda su marcha por algunos momentos.

Enriqueta cayó de rodillas derramando lágrimas de alegría y esperanza.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! Sois mi salvador.

—Ya veis,—contestó Pedro, que todo consiste en un cochero inteligente que haga que se espanten vuestras mulas.

Todo estaba comprendido; el plan era uno de esos juegos hijos de la fortuna y el valor, en el que, si bien se arriesgaba la vida, se podia contar con un éxito seguro. Era una estratagema de un héroe, más bien que el oscuro asalto de un aventurero.

Martin habia vuelto en sí al eco de aquella voz segura y varonil, que tan excelentes combinaciones sabia explicar.

Las dos damas, entusiasmadas y llenas de temor, presentaban ese hermoso contraste de dolor y esperanza, riendo y llorando al mismo tiempo como si considerasen casi infalibles las palabras del capitan.

Los ojos de Isabela despedian una casta y suave luz donde el amor se dilataba en estensos círculos.

El corazon de Enriqueta se entreabria como una de esas flores esplendorosas que abren sus pétalos á los rayos del sol.

Pero un rumor confuso que resonó en la calle, hizo suspender aquella animada conversación.

Todos volvieron la cabeza con asombro.

El rumor de la calle fué creciendo con ronco estrépito, y una oleada de gente fué á estrellarse sobre ambas aceras, esparramándose como una marea por las ventanas y balcones que tomaban por asalto.

Enriqueta é Isabela se precipitaron á un balcón. La primera dió un grito, la segunda se cubrió el rostro con las manos.

El espectáculo era la proclamación del auto de fé.

Aquel populacho inmenso que ahullaba, reia, gritaba y corria como una espumosa corriente; la veneración grave y meditabunda de los vecinos colocados en las ventanas; la marcha acompasada de los soldados de la fé, llevando en la punta de sus picas pequeños haces de leña, los cuales servian para encender la fatal hoguera; el decano de los inquisidores conduciendo en la mano el estandarte del Santo Tribunal, cuyos negros pliegues ondulaban como cenefas fúnebre, sobre un fondo dorado, espléndido, jubiloso; los ministriles, comisarios y familiares, todos con trajes negros y golillas blancas, las trompetas y tambores tañendo y tocando una especie de diabólica armonía que contrastaba con aquel aparato sombrio é imponente, y luego la cruz verde de Santo Domingo, la blanca de san Pedro y la negra de san Martin, todas con su respectivo acompañamiento; aquel mar de cabezas, de estandartes, de monjes, de hombres vestidos de negro

y de cruces, velas encendidas, ruido, esplendidez y sombras á la par, como si aquello fuese un inmenso cuadro, mitad claro y radiante, mitad pavoroso y oscuro; todo esto se presentó ante los aturdidos ojos de Enriqueta como una pesadilla, como un engendro informe, como una creación monstruosa que la hizo huir al fondo de la sala.

Pero ni allí, donde nada veia, pudo librarse de aquel ensueño, de aquel aborto horrible.

Todo enmudeció de pronto, y una voz gangosa resonó en la calle pronunciando estas palabras:

—«Sepan todos los vecinos y moradores de esta villa de Madrid, córte de S. M., estantes y habitantes en ella como el Santo Oficio de la Inquisición celebra auto público de fé en la plaza Mayor y en las afueras del camino de Fuencarral, en el dia de mañana 30 de noviembre, y que se les concedan las gracias é indulgencias por los Sumos Pontífices, dadas á todos los que acompañaren y ayudaren á dicho auto: mándase publicar para que venga á noticia de todos.»

Esta solemne proclamación resucitó en Enriqueta todos los temores, y fué á caer desfallecida en un asiento inmediato.

Isabela corrió en su auxilio, y los dos caballeros se quitaron del balcon con el rostros indignado.

—Señorita,—exclamó Rangel con voz tranquila, sobre todas las miserias humanas hay un Dios grande é infinito: tened confianza y no echeis en olvido nada de cuanto os he dicho..... Nos retiramos.

—¿Por qué tan pronto?—exclamó Isabela.

—Porque las horas en los momentos que atravesamos son preciosas. Adios.

Los dos jóvenes saludaron y salieron dispuestos á salvar á su amigo.

CAPITULO XXX

De lo conveniente que es de que las casas tengan dos puertas.

Asima habia triunfado de sus enemigos. Al uno le habia herido en el corazon; otro habia muerto; Leoncio habia desaparecido; á Rangel lo amagaba la cólera y la venganza de un esposo irritado, y el último merced á sus incesantes intrigas, estaba próximo á sucumbir en un patíbulo.

Aquel dia que amanecía sería un nuevo triunfo para él.

Mientras tanto Martin habia conducido á su hermana á la casa de campo que le tenia destinada, y después de quedar perfectamente recomendada al cuidado y esmero de unos honrados labradores, volvió á Madrid á incorporarse con el capitan Rangel, que le aguardaba con impaciencia en el *Bodegón de las Tres Flores.*

El primer paso que intentaban dar era de diplomacia, por decirlo así. A las diez debian presentarse

en palacio y solicitar el perdón. En caso de conseguirlo, correrían inmediatamente á comunicarlo al Santo Oficio, y de lo contrario se ejecutaria fielmente el plan combinado en el día anterior en casa de la marquesa de Villouraz.

Deliberando tranquilamente sobre los riesgos que pudieran sobrevenir y sobre el modo de salvarlos, oyeron las diez en un reloj distante. Eran tan grandes las impresiones que experimentaron, que sus corazones no pudieron dejar de conmoverse. Con todo, dominada aquella pasajera inquietud, examinaron si sus armas estaban corrientes, y satisfechos de su revista salieron á la calle.

Arcabuz les esperaba en la puerta teniendo de la brida á tres hermosos caballos. Cada cual montó en el suyo y partieron hacia el alcázar real.

Un cielo límpido y sereno, sin que una nube empañase el azul explendoroso que le embellecia, derramaba en la tierra una inmensa claridad que se esparcia en infinitas ráfagas por la villa. Madrid parecia revestido de un manto de oro. Una brisa templada bañaba con suaves emanaciones todos los semblantes. Los pájaros cantaban á la naturaleza, y las campanas de todas las iglesias recorrian sus expléndidas notas, elevando su concierto á Dios. La respiracion del populacho exhalaba ese millón de sonidos en que se confunden los ecos de la humanidad: todas las calles vomitaban un gran gentío, el cual se hacinaba en la Plaza Mayor, donde se habia dispuesto un altar por-

tatil, pero de suficiente extension, para que se celebrasen misas por los que iban á morir.

Allí se habian reunido las cuadrillas familiares del Santo Oficio y las congregaciones de las parroquias, interin llegaba la procesion con los reos que debian ser quemados.

Rangel y Martin llegaron á la plaza, y no pudieron dejar de detenerse para examinar las tristes ceremonias que se estaban verificando.

En los balcones de la Panadería se ostentaba un negro dosel, donde el inquisidor general debia presidir y autorizar las sentencias de los presos firmadas ya por el rey, mientras el jefe de los soldados de la fé le presentaría una haz de leña, expléndidamente adornado, para que fuese el primero que ardiese en la pira fúnebre. La plaza, recientemente edificada de resultas del famoso incendio que sufriera en la noche del 20 de Agosto de 1672, se alzaba llena de colgaduras y festones, formando un contraste estraño con el aparato sombrío de los inquisitores. Una inmensa explosion salia por sus ventanas y balcones, donde damas y caballeros miraban con ansiedad el espectáculo, y esperaban que trajesen á los condenados para hacer una protesta solemne de sus culpas ó morir en la hoguera.

Rangel y Martin espolearon sus caballos y huyeron de aquel lugar que les recordaba el horrible suplicio á que estaba sentenciado su amigo. Era preciso correr á palacio, echarse á los pies del rey y salvar

por medio de un generoso perdon al noble Guillermo Brun.

Partieron á galope sin cuidarse del alboroto que causaron en la multitud apiñada y curiosa, que se disputaba un lugar en aquel teatro de las ejecuciones supremas, y bien pronto entrando por la calle de los Milaneses se hallaron á la puerta del alcázar real.

Los dos jóvenes se desmontaron y entregaron las riendas á Arcabuz que los habia seguido á alguna distancia y penetraron en el palacio.

Desde el momento comprendieron que una órden superior habia variado los usos del servicio. Los centinelas se hallaban multiplicados en todas direcciones, presentando sus mosquetes ó alabardas á cuantos se atrevian á transitar por las galerías bajas. Esto causó una vaga impresion en el ánimo de los dos caballeros.

Merced á sus espléndidos uniformes de guardias, á sus presencias imponentes y atrevidas, y á la distinguida graduación que los honraba, atravesaron por delante de algunos puestos sin que nadie les impidiese el paso.

Ya iban á poner el pié en la escalera principal, cuando un guardia les dió la voz de *alto.* Rangel y Martín volvieron la cabeza por si no era á ellos á quienes se les dirigía una orden tan seca y lacónica, pero no lo dudaron al ver un centinela que se les acercaba.

—No se puede pasar,—dijo éste.

—Advertid que pertenecemos al servicio del rey,—contestó Pedro Rangel.

—Esa es mi consigna y no puedo faltar á ella,—replicó el soldado poniéndose delante.

Rangel como militar conocía los deberes de la disciplina y se retiró. Sabía que la orden de un centinela debe ser inviolable.

—Qué, ¿nos retiramos?—preguntó Martín.

—Sí; nos dirigiremos hacia otro punto.

Y se encaminaron á unas escaleras subalternas que se hallaban en un extremo del patio.

Allí afortunadamente los centinelas los dejaron pasar y subieron rápidamente al primer piso.

Este daba comunicación á una galería, que precisamente iba á dar en las habitaciones reales. Martín se introdujo por la puerta, pero vióse detenido por dos alabarderos.

—La consigna de palacio es hoy muy rígida,—observó Martín con impaciencia.

Los centinelas se encogieron de hombros.

—¿Con que es decir que no se puede pasar?—preguntó Rangel.

—No; el rey no tiene audiencia,—dijo un alabardero.

—Es que nosotros no vamos á ver al rey.

—No importa,—contestó el otro.

Rangel en vez de encolerizarse se encogió á su vez de hombros.

—¿Sabéis si está el duque de Medinaceli en el des-

pacho de S. M.?—preguntó con aparente indiferencia.

—Creo que sí,—replicó el primer centinela.

—Entonces es preciso que nos dejeis pasar.

—Mi capitán, no es posible.

—¡Cómo que no! Señores alabarderos, cuando yo vengo por esta puerta es porque el servicio lo ordena. Llamad al jefe de guardia.

Uno de los centinelas, bien por temor ó por deseo de complacer, se desvió de su puesto y previno á otro para que fuese corriendo la voz con el fin de cumplir los deseos del capitán.

De allí á pocos momentos se presentó un oficial. Afortunadamente era conocido de Rangel y Martín. El primero le hizo ver que un asunto de inmensa importancia les obligaba á presentarse al duque de Medinaceli, por lo que los haría un inmenso servicio si lo llamaban.

El oficial conoció que en esto no infringía su consigna, y desapareció bajo una ancha cortina.

De allí á diez minutos volvió con la orden de introducirlos en una habitación del costado opuesto á los salones reales, donde el duque iría á buscarlos.

—¿Lo véis?—dijo Rangel en tono bastante bajo á su compañero; ya hemos pasado los más difícil. El duque hará lo demás.

Instalados en una salita cuadrada, se dedicaron á esperar á Medinaceli, hasta que lo vieron aparecer en

el fondo de la galería. Los dos jóvenes salieron á recibirle.

—¡Oh! no he podido venir antes,—dijo el duque con acento triste;—sabía que érais vosotros los que me buscábais, y por eso me he tardado. ¿Qué quereis?

—Ver al rey.

—Es imposible.

Esta palabra, seca y melancólica á la par, los hizo ponerse pálidos.

—¡Imposible!—exclamó Rangel.—¿Sabeis acaso que si no vemos al rey perece uno de nuestros más valientes compañeros?

—Sí; y esa es la causa por lo que os han cerrado las puertas.

—¡Oh!—gritó Martín hiriendo el suelo con su planta.

—Entonces vos le vereis y es lo mismo,—añadió Rangel.

—Estoy hace dos horas en la antecámara, y no me ha sido posible entrar en el gabinete de S. M.

—Pues qué, ¿á vos tambien se os ponen obstáculos?

—Sí.

—¿Con que el rey es cómplice entonces de la muerte de nuestro amigo?

—No, capitán; el rey ha caido esta mañana en manos del inquisidor general, y éste no le dejará hasta que le obligue á firmar las sentencias de los reos; por otro lado, su confesor le entretiene en prácticas piadosas y ved la causa por qué no he podido verlo.

Rangel y Martín hicieron un gesto de rábia.

—Señor duque, en nombre de los escasos servicios que hemos prestado á la nación, haced por que veamos al rey. Si Guillermo Brun es conducido al cadalso; si se echan en olvido las muchas veces que ha arriesgado su vida por defender á S. M., entonces no solamente proclamaremos que Carlos II es un monarca ingrato, sino que sabremos tomarnos el derecho que se nos niega.

—¡Oh! ¡por Dios! no seais imprudentes,—contestó Medinaceli;—yo, antes que vosotros, había acudido á salvar á vuestro amigo, pero ese maldito inquisidor me ha tomado la delantera.

—Pues esperaremos á que salga,—le interrumpió Mártín.

—Peor que peor,

—¿Por qué decis eso?

—Porque cuando el inquisidor abandone la cámara real, llevará estampadas en sus sentencias las firmas de S. M., y entonces ya no habrá otro remedio.

—Pediremos su perdón.

—Ya será tardío, amigos míos. ¡Ignorais que en estos casos supremos, el monarca se humilla ante el Santo Tribunal y que la potestad de este es mayor que todas las demás potestades? ¿No sabéis que en las más solemnes funciones de este género, Carlos II se sienta en un dosel más bajo que el del inquisidor general? Esos centinelas multiplicados que veis por todas las galerías y pasadizos; esas órdenes severas; esas

consignas misteriosas, son efecto de las providencias dictadas por los agentes del Santo Oficio... ¡Oh! amigos míos; yo, á pesar de ser ministro universal, me estrellaría contra esa roca inespugnable, que se mantiene ilesa desde los tiempos de Torquemada, y nada conseguiría.

—¿Con que no hay esperanza para nosotros?

—La veo irrealizable, pues ya sería tarde cuando consiguiéseis el perdón.

Martín y Rangel se miraron como si una determinación extraña brillase en sus ojos.

—Señor duque, dijo el último adoptando una calma sombría; conozco que no debemos esperar nada sino de nosotros mismos: por lo tanto nosotros le salvaremos ó pereceremos con él.

—¿Intentáis acaso oponeros á la ejecución de la sentencia?

—Sí.

—Entonces,—contestó noblemente Medinaceli,—ya sabeis dónde está mi casa... Allí teneis un asilo.

Una llama de entusiasmo brotó como un relámpago luminoso de los ojos de los dos caballeros.

—Gracias,—contestó el capitán Rangel con el tono arrogante y marcial que usaba en las ocasiones solemnes: acaso dentro de pocas horas tendremos que hacer uso de vuestro ofrecimiento.

Se pusieron los sombreros, y ya iban á salir de la galería cuando el estrépito de muchos pasos les detuvo.

Aquel ruido emanaba del crecido número de no-

tarios y comisarios del Santo Oficio, que caminaban silenciosamente detrás del inquisidor general, el cual salía de la cámara del rey, con la mirada resplandeciente, la cabeza elevada, y con todo el orgullo de un potentado más grande que el monarca. Cada notario llevaba debajo del brazo una causa.

Aquellas tiesas, negras y pavorosas figuras pasaron como una fantástica procesión de diablos, encaminándose para saborear un deleite horrible.

Luego que desaparecieron bajo la estensa arcada de la escalera principal.

—Corred, no perdais un momento,—dijo el duque; —yo me encargo del perdon, pero si acaso lo consigo este llegará más tarde .. ¡Oh! corred.

En aquel instante sonaban las doce en los relojes de la capital.

Rangel y Martin no esperaron á que les repitiese el duque la orden de marchar, y se deslizaron enseguida por la misma escalera que antes habían subido. Bajaron al patio, lo cruzaron con rapidez, y llegando á una puerta contigua á la principal, en tanto que los inquisidores subían en sendos carruajes; saltaron en sus caballos y desaparecieron á galope por las sinuosidades de la plazuela de Oriente, convertida entonces en un espacioso lodazal.

El sitio era solitario y la carrera se fué acortando. Rangel hizo una seña de inteligencia á Arcabuz, á la cual el digno sargento contestó con otra seña.

—Todo va bien,— exclamó Pedro Rangel;—tene-

mos á nuestra disposición las dos puertas de la hostería de la Cruz Blanca, y en un dos por tres haremos que desaparezca por una nuestro amigo para salir por la otra. Enriqueta le precederá como la aurora precede al sol. Un coche nos espera al otro lado, y...

—Callad, sé lo que vais á decirme;—exclamó Martin interrumpiéndolo.

—¿No queréis que hable de Margarita?

—No me opongo á ello; pero ya os consta que soy muy desgraciado.

Un recuerdo doloroso arrugó la hermosa y despejada frente de Martín. Se había acordado de Diana.

Enmudecieron y siguieron su camino. A medida que se iban aproximando á las calles por donde tenía que pasar la procesión, se notaba la afluencia de la gente que marchaba á buscar un puesto cómodo, como si temiese llegar tarde al espectáculo. Un zumbido atronador estallaba por todas partes, zumbido igual al de un mar agitado que se dilataba en anchas ondulaciones sobre los tejados y las torres de Madrid, y que podía compararse al del pueblo romano cuando asistía á las representaciones del circo.

Las campanas de algunas iglesias mezclaban sus pausados sones con el estrépito del pueblo Había en todo aquel tumulto un vértigo estraño que impulsaba á todas las personas y agitaba todos los corazones, como si pretendiese devorar los minutos para que se acelerase la ejecución.

Antes de atravesar la calle de la Montera, Ran-

gel y Martín echaron pie á tierra y entregaron sus caballos á Arcabuz. Este se hallaba perfectamente instruido y se ocultó por una de las calles inmediatas, mientras los dos caballeros se envolvían en sendas capas, ocultando de este modo el brillo marcial de sus uniformes.

Luego que pudieron penetrar en medio de la multitud, sin esponerse á llamar la atención, se dejaron conducir por una impetuosa corriente de hombres y mujeres que serpenteaba á lo largo de la calle de la Montera y se perdia en la entrada de la de Fuencarral. Uno y otro resistieron con paciencia los empujones de la concurrencia, hasta que lograron llegar á la indicada calle.

Rangel se puso de puntillas y buscó con los ojos la hosteria de la Cruz Blanca, cuyos balcones estaban atestados de gente.

En la puerta principal descubrió un gigantesco coche, que ya principiaba á ser un estorbo en medio de las oleadas de aquel mar de cabezas.

El capitan se lo hizo notar á Martin por una seña, y sus corazones latieron de alegría.

Despues de abrirse un camino por entre las apiñados masas del pueblo, lograron por último acercarse al carruaje, el cual recibia en aquel momento un diluvio de groseros dicterios, invitando al cochero á que dejase libre el sitio que ocupaba su máquina.

Pero el cochero debia de ser uno de esos suizos flemáticos que se hacen sordos á toda clase de indi-

caciones y se contentaba con mirar estúpidamente á los que vomitaban contra él todas las amenazas, y todo el vocabulario de las expresiones más inmundas.

El capitán antes de dar un paso más, se detuvo para esplorar el terreno. Después de cuatro minutos de observación distinguió al conde del Cisne colocado en el balcón principal de la hostería, mirando atentamente al fondo de la calle, como si esperase satisfacer una venganza.

Rangel comprendió lo que significaba aquella mirada profunda y se lo hizo notar á Martín. Este se puso lívido como la muerte. Seguros de no haber sido vistos se acercaron á úna de las portezuelas del coche, en cuyo fondo estaba la pobre Enriqueta Ponzoa, trémula, pálida y medio insultada al oir el vocerío de la multitud.

Cuando la pobre hija del comendador distinguió á los dos caballeros, que no la miraban en la apariencia, indiferentes é inmóviles, como si fuesen unos de tantos de los que iban á saciarse con aquel feroz espectáculo, dió un pequeño grito de alegría, de espanto, de enternecimiento, como si dudase de aquel valor prodigioso, del que tantas cosas había oido contar. Este grito hizo volver la cabeza á los dos jóvenes, y entonces se cruzaron sus ojos de un modo rápido é inteligente.

Enriqueta encontró toda la energía que le faltaba y esperó.

Rangel y Martín se colocaron al cabo de ir ga-

nando terreno á los costados de la portezuela del coche, que se comunicaba con la calle, pero este principiaba á ser un estorbo formal para la concurrencia, y los gritos del populacho principiaron á subir de punto.

El cochero permaneció sordo á las duras interjeciones que se le dirigían. Ya algunos pilluelos intentaban dar un asalto al carruaje, y algunas viejas enseñaban los puños al auriga, cuando el sonido de lejanas trompetas hizo que el tumulto se aquietase, quedando el coche formando una línea paralela con el pueblo.

Era el auto de fé que se acercaba.

Un rumor inmenso cruzó por los aires como un soplo del huracán; un movimiento semejante al que se observa en un hormiguero, se extendió desde el pavimento de la calle hasta la más elevada bohardilla, pues en todas partes estaba la gente hacinada, comprimida y estrujada.

Poco á poco se fué abriendo una espaciosa calle, separándose las espesas barreras de carne humana á derecha é izquierda. Después de aquel gran movimiento el zumbido atronador del populacho se fué extingiendo lentamente, hasta que se pudo percibir la marcha lenta y fúnebre de la procesióu.

Mientras tanto, los dos jóvenes que abrigaban la idea de salvar á Guillermo Brun, no habían perdido su posición. Latían sus corazones con inquietud y ansiedad, á medida que se aproximaba la comitiva, entre la cual estaban dispuestos á perecer ó salir ade-

lante con su intento, y ningún movimiento esterior podía revelar lo que iban á ejecutar.

Bien pronto tuvieron que quitarse sus sombreros á semejanza de todo el pueblo.

Rangel aprovechó un momento de agitación, y acercándose á la ventanilla del carruaje adonde temblaba Enriqueta:

—Animo, señorita...—le dijo en voz baja.—Estad prevenida para cualquier acontecimiento: el instante se acerca y haced cuanto os ordenen.

La joven hizo un movimiento de cabeza y se retiró algún tanto para enjugar las lágrimas que caían de sus ojos.

Desde entonces todos se dedicaron á ver la procesión.

Marchaban delante doscientos soldados de la fé, al compás de algunas trompetas y oboes, que regulaban de tiempo en tiempo tristes y cadenciosas armonías.

Aquella tropa funeral llevaba á guisa de estandartes haces de leña suspendidos en el hierro de sus lanzas Después, cuando estos pretorianos inquisitoriales hubieron pasado, vióse avanzar un grupo de sacerdotes con sobrepellices y dalmáticas, llevando enmedio la cruz de San Martín cubierta con uua gasa negra. Este certejo caminaba entonando salmos.

El estandarte de la cruz verde venía detrás llevado por el decano de los inquisidores; era el mismo que condujo el duque de Medinaceli en la proclamación

del auto de fé de 1680, y cuya respetable congregación caminaba en dos filas silenciosamente·

El pueblo se arrodillaba con devoción.

De pronto un murmullo de curiosidad fué corriendo de unos á otros como esas olas que se van desquebrajando sobre la superficie de los mares. Aquel ruido insólito é imponente indicaba que se aproximaban los reos

En efecto, viéronse avanzar de dos en dos á varios infelices que apenas podian sostenerse. Dos religiosos iban al lado de cada uno exhortándolos y consalándolos.

Nada más grotesco y terrible que sus trajes: unos vestian el *San-Benito*, llevando en la mano un cirio amarillo, y otros iban cubiertos con túnicas negras llenas de manchas rojas. No parece sino que el génio fatal de la justicia habia querido formar aquella horrible mascarada para escarnecerse con la postrera angustia de tantas víctimas.

Los ojos de Rangel y de Martín se extendieron á lo largo de la procesión para buscar á su digno amigo.

Al cabo de un momento descubrieron una figura alta y noble caminando con la cabeza erguida y cierta sonrisa desdeñosa en los lábios. Compartía agradablemente su conversación con los frailes que le acompañaban, y miraba de vez en cuando á las ventanas y balcones para ver por última vez á aquellas hermosas mujeres que en otro tiempo habían formado su principal ocupación.

Este era Guillermo Brun. Algún tanto pálido, bello é interesante, como aquel valiente caballero que murió en un cadalso por el amor que le inspirara la más hermosa y desdichada reina de Escocia, marchaba al suplicio con la grandeza de un héroe y la tranquilidad de un inocente.

La Inquisición no había marchitado la lozanía de su juventud.

Asima en aquel instante, con el cuello estirado, la mirada saliente y la risa de la venganza en sus lábios, contemplaba á la noble víctima y contaba con infernal regocijo los pasos que le quedaban para el cadalso.

Brun levantó su cabeza para saludar al digno establecimiento que había sido testigo de sus más famosas aventuras, y vió á su implacable enemigo que lo contemplaba con profunda satisfacción.

Entonces dió un salto para atrás extremeciéndose, pero invocando toda la fuerza de su voluntad se colocó al nivel de la hostería, con los ojos fijos en su contrario.

—Muero, pero quedan cuatro que me vengarán,—exclamó saludándolo como los gladiadores cuando se inclinaban ante el emperador romano, al ir á luchar en el anfiteatro.

—Quedan dos,—contestó Asima despidiendo una extridente carcajada.

Toda esta escena la habían presenciado Rangel y Martín, y lanzaron un sordo rugido... Ya era tiempo de obrar.

—¡España! —gritó el capitán Rangel tirando la capa y sacando su espada, cuyo igual movimiento ejecutó Gorbea.

Aquel timbre de voz seguro y nervioso, agitó repentinamente todas las fibras del conde, como si hubiese oido un clarin guerrero.

Era el grito de llamada, al que tantas veces se habían reunido. Guillermo Brun vió á sus dos amigos correr hacia él.

Aquello era inexplicable, pero era verdad.

—A mí,—gritó Rangel metiéndose entre los dos frailes y derribando de dos mandobles á los soldados que rodeabau á su amigo.

Como era consiguiente, aquel rápido movimiento, hizo que la gente refluyese en desórden y se esparramasen por medio de la calle.

Martín mientras tanto se había apoderado de Brun y le deslizaba estas palabras al oido:

—Saltad á ese coche; entrad por esa portezuela abierta; salid por la otra y dejaos conducir.

El consejo era oportunísimo, y Guillermo, aunque creía que todo era un sueño, lo tomó al pie de la letra. Despertado su valor al grito heróico que acababa de oir, á la improvisada presencia de sus compañeros y amigos, derribó de algunos puñetazos á varias personas que se le pusieron delante; hizo pedazos sobre la cabeza de un soldado de la fe el cirio amarillo que hasta allí había llevado en las manos, y saltó al estribo del carruaje, penetrando en su interior.

Un nuevo grito, una nueva sorpresa, estalló en el fondo de su pecho en el instante que se salvaba de sus enemigos.

Al mismo tiempo que entraba por una portezuela, salía por la otra una hermosa mujer que se introdujo rápidamente en la hostería de la *Cruz blanca*. Las formas encantadoras de aquella criatura, despertaron en él un recuerdo santo, puro, embriagador; era un ángel que Dios le enviaba, una visión seductora que se le aparecía en medio de aquella tempestad. ¡Era Enriqueta!

Guillermo saltó como un loco detrás de la estrella luminosa que se le presentaba en su camino, y se vió á su lado en un prolongado pasadizo del establecimiento de Bodoni.

—¡Enriqueta!

—¡Guillermo!

Aquellos dos gritos de amor se confundieron en un mismo sonido.

Mientras tanto Martín y Rangel, luego que consiguieron su arriesgada empresa, se replegaron rápidamente hacia la hostería, único punto de salida que les quedaba.

Sus largas espadas abrieron un ancho camino, y el pueblo, los soldados, la procesión, todo refluyó ante el indomable ataque de aquellos dos hombres.

Un grito espantoso circuló por todas partes; inmensas olas de gente se precipitaron unas sobre otras. Las cruces, las manguillas de las parroquias, los reli-

giosos, todos chocaron y se rechazaron en seguida, unos para huir, otros para defenderse, otros para exhortar y otros para prender á los delincuentes.

Pero cuando el miedo y el espanto se extienden por una multitud, es difícil contenerlo. Una vez dado el grito de alarma, no se puede acallar.

Cuando algunos soldados se quisieron precipitar detrás de los fugitivos, el inmóvil coche de Enriqueta recibió un terrible sacudimiento. Las mulas se habían espantado en tales términos, que por algunos momentos no permitieron que nadie se acercase á la puerta de la hostería.

El cochero sabía su obligación.

Asima en tanto se arrancaba los pelos de coraje.

Rangel y Martín cerraron la puerta principal del establecimiento y se unieron á los fugitivos. De allí á un momento subieron al coche de la marquesa de Villouraz, que esperaba en la puerta trasera de la casa; otros montaron á caballo, y en breve salían á escape por las tapias de Santa Bárbara.

Quedaba la Inquisición, pero con una víctima menos.

CAPITULO XXXI

El encuentro.

—¡Voto á cribas! ¡esto es para volverse loco! gritó Guillermo Brun cuando se vió en el fondo de un carruaje, al lado de su querida Enriqueta y de la marquesa de Villouraz. Dios ó el diablo se han apoderado de mí y me han hecho soñar estos dulces disparates. ¿Qué me está sucediendo? ¿Es verdad, adorada Enriqueta, que vos, que estais cerca de mí inundándome con vuestro aliento, y que la Inquisicion, los monjes, los soldados, todo ha sido una pesadilla horrible? Pero no, este fatal *San-Benito* significa que he estado preso; que he permanecido ocho meses encerrado en un calabozo; que me han hecho rezar y arrepentirme; que me han leido mi sentencia de muerte..... Pero esta luz, ese cielo, ese sol, mis amigos, vos, que os toco temiendo os escapeis por entre mis dedos, me dicen que estoy libre, que ya no me rodean esos hombres negros, y

que corremos en un carruaje en busca de la felicidad.

Guillermo, en su ardiente y delirante monólogo, arrancó el fúnebre hábito que le habian puesto y tiraba sus girones por las ventanillas del coche.

Enriqueta no podia contestarle, porque le faltaba la voz. Lloraba de alegría.

—¡Pero á dónde vamos!—prosiguió Brun.—Volvamos á Madrid, nos presentaremos á vuestro padre, y esta noche nos casaremos .... No tengais cuidado. Os juro hundir de un puñetazo á cualquier ministril de la Inquisición si se atreve á ponerme la mano encima..... ¡Pero qué veo! prosiguió mirando por las ventanillas del coche. ¡Rangel! ... ¡Martin!.... ¡amigos mios!.... ¿dónde están Leoncio y Luis Alban?

Los dos caballeros, que cabalgaban á la izquierda y derecha del carruaje, se estremecieron y escusaron la contestación.

—Callad, Guillermo; lo que debemos pensar es en huir,—replicó Leon Bravo inclinándose á la portezuela.

—¿Pero á qué parte?

Esto mismo habia sido un objeto de larga meditación de uno y otro, hasta que resolvieron mandar á Madrid á Arcabuz para solicitar del duque el permiso de guarecerse en el palacio que éste poseía en su villa de Medinaceli.

Al mismo tiempo otro comisionado convocaba á don Fernando Ponzoa á este mismo punto, procurando con esto autorizar, sin que la murmuración hincase el diente, el paso dado por su hija. En cuanto á la

marquesa de Villouraz, podía acompañar sin escrúpulo á su joven amiga, y de este modo se esperaría el perdón, libre de las encarnizadas pesquisas que se pondrían en juego por el Santo Oficio.

El plan era excelente, y se siguió con la mayor exactitud.

Por espacio de una hora, todas fueron sorpresas, palabras sin hilación y sin órden, risas, lágrimas, protestas é incredulidades. Había sido tan ruda é inesperada aquella trasformación, que Guillermo necesitó largo tiempo para reponerse.

—¡Pero es verdad, Dios mío, que os debo la libertad y la vida!—exclamó por último estrechando con sus manos una de las de Enriqueta.

—Nada debeis, amigo mío,—contestó la joven riendo y llorando al mismo tiempo.

—No digais eso. ¿Por quién sino por vos y por mis amigos me hallo en medio de esta espléndida naturaleza, de estos campos iluminados por un sol brillante, y sobre todo caminando á vuestro lado, sintiendo los latidos de vuestro corazón y recibiendo el fuego de vuestras miradas? ¡Ah! yo debiera á estas horas estar sujeto á una de esas piras fatales qee sirven para reducir á carbón á multitud de víctimas, pero vos habeis podido más que la Inquisición y más que el rey.

Al pronunciar esta palabra, una nube cubrió la frente de Enriqueta.

—¿No salvasteis mi honor? ¿No fuisteis preso por mi causa?—dijo.

—Sí; pero estos acontecimientos satisfacen demasiado mi amor para creer que solamente la gratitud os ha inclinado á triunfar en esta empresa.

—¡Ah! no es la gratitud,—contestó Enriqueta.—Ya sabeis que mi padre cedió el día dichoso y funesto en que pedísteis mi mano, y conociendo que era sacrificarme si me encerraba en el Sacramento, quiso acelerar nuestra unión. Pero ya fué tarde. Desde entonces hemos adoptado todos los medios para salvaros; y aunque esta última aventura no la he puesto en conocimiento de quien me dió el ser, creo merecerá su aprobación luego que sepa sus resultados. Yo he hecho cuanto ha estado de mi parte por arrancaros de las manos de esos verdugos, porque os consideraba como mi esposo, como la única felicidad que me restaba en la tierra. Vedlo todo esplicado ya. ¿Qué nos resta ahora sino huir adonde no puedan arrebatarme esta única dicha, esta estremada ventura?

Tan sencillas y vehementes habían sido las palabras de Enriqueta, que Guillermo cayó á sus plantas á pesar de la estrechez del carruaje.

Este volaba entretanto hacia Medinaceli. Iban por el mismo camino que meses antes habian atravesado para ir á Barcelona.

Aquella escena de estremos y de amor, se convirtió en un delirio tranquilo y lleno de dulces encantos. La conversacion se hizo general. Rangel y Martin informaron poco á poco á Brun de la muerte de Alban y la desaparición de Leoncio Villaper; Margarita de

Villouraz supo con su esquisito talento disipar aquellos dolores profundos, ó los hizo ocultarse en el fondo de los corazones, y solo Martin era quien, más herido ó más desesperado guardaba un silencio imponente.

Todos comprendieron su reserva y la respetaron.

Pasados los primeros temores y las primeras confidencias, el camino se hizo más delicioso. La naturaleza parecía brindar á los fugitivos todos sus adornos y maravillas; el canto de las aves, la diafanidad del horizonte, el esmalte pálido de esas últimas flores del otoño que se marchitan al primer soplo del cierzo y caen deshojadas al primer copo de nieve que se posa en ellas; el color rojizo de algunos viñedos, todo aquello con su postrer perfume, agonizante explendor y lánguida existencia, invadía sus almas, ébrias de júbilo, de pasión y de esperanza.

Acostumbrada Margarita á un amor sin otra dicha que la de contemplar al hombre que amaba, bebía en los ojos de éste toda la felicidad de su triste vida, y estaba contenta con ir á su lado segura de ella misma y de la virtud de su amante.

De este modo pasaron las horas como un soplo, y á la caida de la tarde se encontraron más allá de Guadalajara.

El previsor pensamiento de Rangel habia salvado cuantos inconvenientes pudieran tropezarse en la caminata. De trecho en trecho colocó excelentes tiros de mulas, y de aquí el que se multiplicase la rapidez

de la marcha, en tales términos, que llegarían á Medinaceli antes de la madrugada.

Una vez en la villa de su protector, esperarían á Arcabuz y á don Fernando Ponzoa; se concertaría el modo más á propósito para calmar al rey y hacer inútiles las pesquisas inquisitoriales, hasta que amaneciese un dia más bonancible. Sin embargo, era preciso prevenirse contra cualquier sorpresa, y esto preocupaba muy á menudo la imaginación de Rangel y Martin.

Sobrevino la noche; con ella se extinguieron esos rumores de vida, esos relámpagos de luz que habían acompañado á los fugitivos. Las tinieblas lo envolvieron todo.

Despues de una hora de marcha, en que cada cual se dedicó á sus ilusiones favoritas, se descubrió una venta en la que debían mudar de tiro. El cochero aceleró el paso, y todos con la curiosidad de viajeros contemplaron por un instante el objeto supremo donde iban á descansar algunos momentos.

Cuando ya distaban de la posada unos cincuenta pasos, distinguióse el ruido de otro carruaje que marchaba en opuesta dirección, por lo que sería muy probable que ambos se encontrasen en la misma puerta de la posada.

Este incidente tan común no alarmó á nadie, por cuanto el coche que ya aparecía en el fondo venia de la parte de Zaragoza.

El ventero debía poseer un magnífico instinto para

conocer la categoría de los viajeros: se apresuró á abrir sus puertas de par en par, y apareció con un farol en la mano para alumbrar á los que iban á favorecer su establecimiento tal vez por toda la noche.

El buen hombre lanzaba miradas escudriñadoras á los que se aproximaban, y no pudo menos de sentir un movimiento de alegría al distinguir los dos coches encaminándose al cobertizo de su venta. Así fué, en efecto; á los pocos minutos vinieron á encontrarse en un espacioso tinado, quedando en una posicion paralela para no estorbarse luego que emprendiesen de nuevo sus respectivas marchas.

El ventero quedó en medio alumbrando á los recien llegados, y como quiera que las portezuelas de los carruajes habían quedado una en frente de otra, era fácil que los viajeros se encontrasen frente á frente al tiempo de echar pie á tierra.

El coche que venía de la parte de Zaragoza estaba ocupado por una persona, y ésta, aunque cubierta con una especie de bata, se apresuró á bajar refunfuñando contra las mulas, el cochero y el faeton que lo conducía.

Cuando apenas hubo descendido, se encontró parado por una dama que saltaba del carruaje contrario. Era la marquesa de Villcuraz, sostenida por el capitán Rangel. El caballero de la bata, bien por urbanidad ó por otro sentimiento, levantó la cabeza y miró á la elegante mujer que casi se apoyó en su pecho para sostenerse.

Entonces dió un grito inexplicable, se llevó rápidamente las manos á los ojos, por temor de engañarse, y exclamó por último con esa admiración profunda hija de la duda:

—¡Señora! ¡Vos aquí!

Margarita dió entonces otro pequeño grito, miró al caballero y conoció á su esposo

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Señor marqués!... No creía encontraros en este sitio.

—Ni yo tampoco, señora, creí veros en este sitio,—contestó el marqués de Villouraz haciendo un gesto ridículo.—Y en verdad que pareceis llovida del cielo, formando un grupo mitológico con este caballero.

Esta última palabra fué pronunciada con tal violencia, que Isabela conoció en ella algo de extraordinario. la sorpresa y la tranquilidad de su alma no le habían permitido retirar la mano que entregara al tiempo de bajar el capitán Rangel, y así era que su absorto marido no dejaba de mirar y remirar el grupo que tenía delante.

Mientras tanto bajaban Guillermo y Enriqueta.

—Veo, caballero,—observó Isabela algún tanto más sosegada,—que sabeis viajar sin ponerlo en conocimiento de vuestra esposa.

—Y lo más admirable es,—contestó el marqués,—que hayais adoptado este método antes que yo os lo hubiese permitido.

—¿Qué quereis decir?

—Exactamente os iba á hacer una pregunta aná-

loga. Encontraros á veinte leguas de Madrid agarrada de la mano con este caballero, de noche y sin licencia de vuestro esposo, será una cosa muy poética, muy novelesca, pero muy antimatrimonial.

El marqués sintió á su lado dos sonoras carcajadas; volvió la cabeza y creyó reconocer á Enriqueta Ponzoa y á Guillermo Brun.

—¡Qué es esto!—exclamó dando un salto;—¡una segunda pareja! ¿Señores vais á componer una égloga en algún valle, ó á recitar un idilio encima de una roca?

—¡Oh! querido marqués,—contestó Guillermo arrojándose en sus brazos,—el aire de los Paises-Bajos tiene trastornadas vuestras potencias.. ¿Traeis alguna misión secreta?

Villouraz se extremeció.

—¡Una misión secreta! Sí, caballero... la traigo... aquí... en el corazón,—dijo en un tono tragi cómico, mirando á su esposa y al capitán.

—¡Hola! ¡hola! eso es más grave de lo que yo me había figurado,—replicó Guillermo;—es decir que nos retiraremos á un cuarto y allí podremos conversar tranquilamente .. en medio de una cena abundante.

—Vaya por la cena, caballeros,—contestó Villouraz sometiéndose á semejante método. —He corrido muchas leguas... he comido muy poco y es preciso reparar las fuerzas.

El ventero olvidó los preludios borrascosos de aquella escena, por el favorable término que iba pre-

sentando en beneficio de sus bolsillos. Recibió las instrucciones para obsequiar á sus huéspedes del mejor modo, y éste las comunicó á su cara mitad, mientras él enseñaba la mejor habitación de su establecimiento para instalar á los recien llegados.

Nuestros viajeros tuvieron que sepultarse en un negro tugurio, situado en la planta baja del edificio, en el que una mesa coja, algunas sillas desvencijadas y dos ó tres lechos nauseabundos formaban todo su ajuar.

El marqués hizo un gesto de horror al contemplar el sitio que ocupaban, y á no sujetarlo el deseo ardiente que tenía de saber la causa de la aparición de su esposa y la espectativa de una cena abundante, hubiera vuelto á su carruaje sin pérdida de tiempo Pero el marqués volvía de Luxemburgo con la rapidez de un meteoro, merced al aviso artificioso que le había dado el conde del Cisne, soñando en mil proyectos de venganza, en multitud de episodios sangrientos, hasta que por una de esas casualidades que dispone Dios más bien que el acaso, quedó en frente de su esposa y de su rival helado, aturdido, petrificado.

Luego que se encontró en la habitación que hemos indicado, principió á volver en sí de su asombro, y aunque sabía que el capitán Pedro Rangel era mucho más valiente que él, su amor era más poderoso, y de aquí el que rompiese el fuego del modo siguiente:

—Señora,—exclamó dirigiéndose á su esposa;—como ya habeis tenido el gusto de oir que he corrido

muchas leguas, estoy en el caso de añadir que estoy muy cansado.

Esta palabra fué dicha de un modo particular. Isabela se sonrió dulcemente y contestó:

—El sueño, esposo mío, es el agente más agradable para extinguir ese mal.

—No es eso, no es eso lo que yo quiero decir,—gritó Villeuraz hiriendo el suelo con su pié.

—Entonces hacedme el favor de esplicaros de otra manera.

—Está bien. ¿A dónde vais?

—De paseo.

—¡Por el Santo Cristo de Arras! ¡De paseo á veinte leguas de Madrid!

—¿Y qué tiene de estraño eso?

—Señora, yo creo que para vos aunque se caiga el cielo encima de nosotros no le encontrareis nada de particular.

—Según y conforme. Pero ya que estais en el caso de preguntarme, me conceptúo con igual derecho. ¿De dónde venís?

—¿Ignorais que vengo de los Países Bajos donde he permanecido diez meses sin veros, sin hablaros, sin más que cuatro cartas que os habeis dignado escribirme con cierta severidad inglesa, que forma un contraste muy marcado con vuestras costumbres?

Isabela derramó una mirada de suprema dignidad sobre su esposo; su talento adivinó al punto la borrasca que agitaba el pecho de éste, y se sonrió de

tal modo, que el marqués se estremeció hasta la médula de sus huesos.

—Marqués, estais alucinado sin duda, dijo tendiéndole la mano.

—Puede ser que así sea; sin embargo, lo que acabo de ver me lo esplica todo.

—¿Qué habeis visto?

—Un grupo altamente mitológico. Un poeta hubiera dicho que era Taurus y Pasifae al tiempo de descender esta de su carro.

Pedro Rangel, que era el blanco de las miradas del marqués, se acercó á Martin Gorbea para no dar lugar á una contienda estrepitosa.

El diálogo matrimonial continuó.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!—exclamó Isabela; — estais perfectamente instruido en los autores griegos.

—Me alegro que lo sepais.

—Y por último, ¿cuál es el objeto de tanta erudicion?

—¡El objeto!—exclamó el marqués no sabiendo como esplicarse la serenidad de su esposa;—¡oh! es sumamente sencillo. Es que quería veros.

—¿Y para eso citais la mitología?

—Señora, nosotros los embajadores conocemos los resortes del lenguaje, puesto que á cada momento tenemos que hacer uso de ellos.

—¡Ah! comprendo; ¿quereis hacer un ensayo?

—Una prueba, señora, una prueba.

—Es lo mismo.

—Al contrario, hay notable diferencia.

—Pero el resultado es que queríais verme, ¿no es eso?

—Sí.

—Pues aquí me teneis: habeis tenido la suerte de encontrarme en el camino.

—Y por cierto que vuestra aparición es altamente inesperada,—observó el marqués con ironía volviendo á mirar á Pedro Rangal.

Guillermo Brus, que adivinó el violento huracan que bramaba en el pecho del marqués, quiso entremezclarse en aquel diálogo que se iba condensando á cada momento.

—Vuestro esposo,—dijo;—está en su derecho al desear veros y encontraros; pero no deja de estrañarme que no haya hecho caso de uno de sus mejores amigos, y lo que es más cruel que no haya saludado siquiera á una de sus más queridas parientas.

Villcurez no había hecho alto en Enriqueta, pero así que la reconoció tuvo que dirigirse á saludar.

—¡Qué es esto! ¡mi hermosa prima también de camino!—exclamó retrocediendo de espanto.....—Vos que debíais estar encerrada en un convento, os encuentro en este sitio, con una de aquellas flores que debieron servir para confeccionar el magnífico ramillete que dediqué á mi esposa! Señores, ó las costumbres de España han llegado á una altura de sublime relajacion ó... Pero no.. es imposible.. Os habreis casado.

—Nada de eso,— contestó Guillermo con la mayor sencillez.

El marqués dió un salto para atras.

—¡Dios mio, estamos en los tiempos de los patriarcas!—exclamó mirando al cielo con asombro..... Pero caballero, advertid que si esa jóven no está casada falta á las instituciones sociales..... y vos apareceis como un raptor.

—Vamos, marqués, no creia que fuérais tan severo, pero afortunadamente allí viene la cena.

En efecto, el ventero pidió permiso y puso una mesa proporcionada en medio de la habitación, adornándola con lo mas sobresaliente que poseia.

Mientras esta operación se practicaba con la mayor prontitud y limpieza, el marqués acercándose á su esposa le dijo al oido:

—Señora, por Dios ó por todos los diablos es menester que me digais qué significan estos enredos. ¡Yo que os creia en Madrid!..... Pero está visto; vengo dispuesto á vengar mi honor; á matar ó á que me maten; porque las pruebas son evidentes..... palpables y tan.....

La marquesa le lanzó una mirada tan radiante, tan pura y tan seductora, que el pobre marqués quedó inmovil sin poder proseguir.

—¿Tan qué?—preguntó Isabela.

—Señora, si me mirais de ese modo, maldito si podré proseguir.

—Pero ¡Dios mio! ¿qué os hago yo?.....

—Es verdad; nada..... nada..... nada, y sin embargo estoy furioso.....

—¡Furioso!

—Sí, señora..... sería capaz de morderme, de despedazarme.

—¡Jesús!

—Isabela, ¿no sabeis que he corrido cuatrocientas leguas porque estoy celoso?

—¿De qué? ¿de vuestra sombra?

—No señora, de aque caballero que está en frente de vos.

Isabela lo comprendió todo, y no dudó que algun enemigo misterioso habia descubierto los amores que existian entres Rangel y ella: amores puros, es verdad, pero que no por eso dejaban de ser criminales.

La dama se enrojeció como la púrpura, y lanzando á su marido una ojeada de supremo desden y de soberana magestad, le hizo retroceder un paso.

—¡Oh! caballero, dijo con calma, si venís á mortificarme de ese modo, me veré en el caso de no escucharos.

—¡Eso es!..... ¡me callaré .... cuando hace poco os sorprendí dándole la mano... nada menos que en mi presencia! Marquesa, esto es intolerable; nuestro estado no puede llegar más allá. Puesto que estoy privado de vuestros favores, que ningun otro tenga derecho á ellos.

—Nadie los tiene.

—¡Oh! quereis hacerme creer que lo blanco sea negro. No; no... á vos, porque sois mujer, os sufriré cualquier capricho, pero no á ese señor que os acampaña.

—¿Qué intentais hacer?

—Desafiarlo.

—Vais á cometer una imprudencia y á dar lugar á un escándalo.

—Nada me detiene.... soy un caballo desbocado.... y.....

—La cena, gritó Guillermo en aquel momento, interrumpiendo la aparente calma de unos y de otros.

Villouraz se detuvo como herido por una idea: aquella palabra le hizo mudar de pensamiento.

—Me detengo,—dijo,—porque he pensado adquirir fuerzas para despues..... Voy á comer y..... pelearé en seguida

Su esposa le lanzó una mirada de desprecio y fué á sentarse á la mesa como si nada hubiera acontecido.

CAPITULO XXXII

De como el marqués de Villouraz muda en pocas horas de muchos trajes.

Guillermo Brun había oido algunas palabras sueltas del diálogo que dejamos escrito, y conoció desde luego que podía sobrevenir una tormenta que diera al traste con tan agradable expedición. Así, pues, trató de conjurarla. El marqués de Villouraz, impulsado por las noticias que le habían sido astutamente comunicadas por Asima, regresaba con el objeto de triunfar ó perecer en la contienda; pero así que estuvo en frente de su impasible enemigo, así que calculó que de noventa probabilidades de vencer tenía ochenta en su contra, se contentó con irritarse á sí mismo para inflamar su fugitivo valor.

El asunto, en verdad, necesitaba reflexionarse; una imprudencia podía costarle cara, y él, como buen embajador, no estaba por las imprudencias. Necesi-

taba acordarse del problemático viaje de su esposa y de la sorpresa que había hecho de encontrarla dulcemente apoyada en la mano del capitán, para volver á bramar como el toro que amenaza aunque se encuentra atado.

Cuando después de haber comido alguna cosa quiso mirar á su rival, vió en éste un aspecto tan grave y tan tranquilo, que no pudo menos de decir para sus adentros que aquel hombre no podía morir entre sus manos á no ser valiéndose de una traición.

La idea, á fuer de cobarde, fué admitida con pocos reparos; y cuando reflexionaba en el medio más fácil de realizarla, sintió que Guillermo le tocaba en el hombro.

—¿Qué quereis?—dijo distraidamente.

—Amigo mío, soy muy feliz.

—¡Hola! yo también lo soy.

—¡Oh! ya lo creo .... Habeis tenido la dicha de encontrarnos.....

El marqués hizo un guiño como si le hubiese picado una mosca.

—Decís bien, una satisfacción extraordinaria, estupenda,—dijo despues de un momento.

—Habeis encontrado á vuestra esposa, á vuestros amigos.....

—¡Oh! mucho.

—Y últimamente, creo que vais á ser el gran pacificador de estas aventuras.

Villouraz, que en aquel momento había empuñado un vaso para beber su contenido, quedó suspenso como si no comprendiese el verdadero sentido de estas palabras.

Aprovechando Isabela el asombro de su esposo, se acercó rápidamente al oido de Guillermo y le dijo:

—Es menester que busqueis un medio para separarlo de nosotros..... De lo contrario puede ocurrir una desgracia, y el tiempo nos es urgente.

Guillermo Brun, comprendió con la mayor exactitud lo que esto quería decir, é hizo una leve señal con la cabeza como demostrando que tomaba á su cargo el conjurar aquella borrasca. Enseguida llenando de vino otro vaso, lo tocó con el que aún no habían tocado los labios del marqués y exclamó:

—¡Qué ¿os ha chocado lo que acabo de decir?

—Algo de eso. ¿Cómo he de ser yo el pacificador de estas aventuras cuando estoy dispuesto?. ...

Brun no le dejó concluir.

—Comprendo lo que vais á decirme. Quereis manifestarme que nada sabeis..... ¡Oh! nada más justo que os cuente lo que pasa.

—Bien, hablad,—contestó Villouraz encogiéndose de hombros.

—Es una historia, una verdadera novela. Amigo mío, soy un raptor.

—¡Zape!—contestó Villouraz dando un salto en su asiento.

—He robado á vuestra bella prima del hogar doméstico.

—Eso es hacer lo que practicó Páris con Helena. Pero, amigo mío, las leyes prohiben semejantes casos, y lo que es peor, el comendador Ponzoa vendrá sobre vos como una nube.

—Ved aquí mi temor. En cuanto á las leyes nada temo. Vuestra esposa ha sido tan amable, que ha tomado el asunto bajo su responsabilidad, y Enriqueta camina á la sombra y amparo de Isabela.

—¡Con que mi querida esposa toma á su cargo tan bellas comisiones!—exclamó el marqués mirándola fijamente.

—He aprendido de vos,—exclamó ésta con candorosa sonrisa.

—¡De mí!

—Caballero, ¿olvidais tan pronto que sabeis componer magníficos ramilletes mientras los que se aman hablan por la puerta del jardin?

Villouraz se dió un golpe en la frente.

—¡Diablo! me habeis batido, señora. Vosotras las mujeres poseeis un arsenal de armas invencibles, y acabais de lanzarme una que me ha derrotado.

—Ya conocereis,—prosiguió Guillermo—que si entonces fuisteis nuestro protector ahora lo es vuestra esposa.

—Y bien, ¿á dónde vais?

—A Francia, á Inglaterra, á cualquier parte, con tal de alejarnos del comendador.

—¿Y mi querida esposa va también á esos paises? —preguntó de nuevo con cierta calma singular.

—También.

La frente del marqués se llenó de arrugas.

—Malo... yo no puedo consentir eso. Vuestra historia es una locura, señor Brun, y nosotros no debemos tomar á nuestro cargo una resposabilidad tan grande.

—¡Cómo que no!—gritó Guillermo mirando fijamente al atónito embajador.—¿Con que según eso tratais de abandonarnos á nuestro destino? ¿Quereis que para sustraernos de la encarnizada persecución de don Fernando, nos arrojemos por un precipicio? ¡Oh! mirad á Enriqueta, caballero; sus ojos se empañan de lágrimas al oir que tratais de privarla del único sosten que le queda. Sí,—prosiguió volviéndose hacia su amada,—miradla... Vamos,—continuó en voz sumamente baja, dirigiéndose á ésta,—haced un gesto, Enriqueta; es preciso que crea ese cernícalo en vuestro dolor.

La niña que aun no había comprendido perfectamente el extraño juego de aquella escena, se llevó un pañuelo á los ojos, más bien para ocultar la risa que retozaba en sus labios, que para fingir un sentimiento que estaba muy lejos de su corazón.

Villouraz tenía un alma muy sensible y tuvo que hacer un esfuezo supremo para no dejarse arrastrar de sus impresiones; tuvo que mirar de nuevo á los impasibles caballeros que se hallaban colocados en

un extremo de la mesa y recordar sus celos, su rabia y desesperación.

—Señor Brun,—exclamó dando un puñetazo sobre la mesa,—teneis una lógica irresistible, pero no puedo ceder... Margarita no debe acompañaros... El mundo es muy maldiciente y... ya debeis calcular que el crédito de un embajador peligra á la más leve falta... Yo creo que con estos caballeros teneis bastante acompañamiento.

—Es que estos caballeros, como ya sabeis,—contestó Guillermo iluminado por una idea repentina,—pertenecen á los guardias de S. M. y deben regresar mañana á Madrid. Como excelentes amigos lo único que han podido hacer es proteger nuestra marcha.

Villouraz dió un nuevo salto en la silla, puesto que pensaba desviar á su esposa del caballero Pedro Rangel, y veía que llevándosela, aglomeraba más nubes sobre su cabeza.

—¡Oh!—exclamó,—¿con que estos señores vuelven á Madrid?

Martín y Pedro inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.

—Han prometido acompañarnos hasta Medinacelia y regresar desde este punto,—dijo Guillermo.—Por lo tanto el tiempo corre, el comendador avanza, la cena se concluye, y nosotros tenemos que volver al carruaje. Solo falta que os decidais.

El marqués abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Que me decida!... ¿á qué caballero?

—A dejar á Isabela al lado de Enriqueta.

—¡Hum! ¡hum! eso es muy peligroso... el comendador cuando se enfurece es temible.

—Vos le aplacareis.

—¿De qué manera?

—Saliéndole al camino.

—Todo os parece muy bien y á mi muy mal. Sin embargo, si consiento es con una condición.

—¿Con cuál?

—Con la de que no camineis con tanto aparato... Vos sois bastante para cuidar de estas dos damas... Estos señores según mi opinión son inútiles.

Rangel se puso pálido como un cadáver, pero una rápida mirada de Isabela lo contuvo. Martín apenas oyó lo que se hablaba.

—Opino como vos, amigo mío,—dijo Guilermo arrojándose á su cuello,—estos señores son inútiles; pero como conocereis, sus caballos están muy cansados y y para regresar á la corte deben mudarlos en Medinaceli..

—La observación es justa... pero...

—Nada de peros, querido marqués,—prosiguió Brun dejándose arrebatar de su vehemente y repentino cariño.—Estamos en el caso de salvarnos.

—Sí... sí; pero no apreteis tanto... me vais á ahogar.

—Dejadme... dejadme que os dé esta prueba de afecto.

—¡Diablo! no os dejaré por vida mía,—exclamó Villcuraz pudiendo safarse de los brazos de aquel nue-

vo Píladas.—Lo único que deseo, ya que no puedo pasar por otro punto, es complaceros...

—Bien, nuestra eterna gratitud...

—Hé aquí el lenguaje de los enamorados,—contestó el diplomático arreglándose sus cabellos.—Confeccionemos el plan.

—Disponedlo vos.

—En primer lugar estos señores volverán á Madrid.

—Se volverán desde Medinaceli,—replicó Brun conociendo el motivo que le impulsaba á imponer esta condición.

—En segundo, yo esperaré en esta á don Fernando Ponzoa.

—Perfectamente; pero se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Si ya ha pasado en dirección á Zaragoza, estareis esperando sin resultados de ninguna clase.

—Entonces mi esposa es la encargada de arreglarlo todo. Mientras tanto yo aguardaré aquí el regreso del capitán Rangel con quien debo hablar reservadamente.

Este que se vió hecho blanco de las fulminantes miradas del embajador, se puso de pié majestuosamente, y contestó:

—Estaré á vuestra orden, caballero.

Guillermo, Enriqueta y Margarita, se miraron con temor y asombro; pero viendo que aquellas frases daban un plazo al furor que hervía en el pecho de Villouraz, permanecieron en silencio.

—¿Con que está arreglado ya vuestro pensamiento?

—Falta una cosa, contestó el marqués. Acaso hayan salido requisitorias en pos de vosotros, y sería conveniente que cambiáseis de trajes. Enriqueta puede mudar el suyo con el de Isabela, y vos, si os agrada, podeis tomar mi bata y mi gorro de camino, mientras que yo me adorno con vuestro equipaje militar.

—¡Es una sublime idea! acepto,—contestó Guillermo.

En efecto, en pocos momentos se hizo el cambio de trajes entre los dos caballeros, puesto que Brun no se hallaba en el caso de rehusar esta proposición. Transformados de aquel modo, concluida la cena y preparados para marchar, el marqués llevó aparte á su esposa, y le dijo:

—Señora, he tenido el honor de deciros que estoy furioso... pienso batirme y acaso no nos volvamos á ver.

—¿Aún pensais en esa tontería?—replicó Isabela con dignidad.

—Sí...

—Y bien, ¿qué me quereis decir?

—Quiero decir que si nos volvemos á ver, será señal que no habré muerto.

—Eso es evidente.

—Entonces...

El marqués se detuvo, aunque se restregó las manos de cierto modo que hirió vivamente el pensamiento de su esposa.

—Acabemos, señor.

—Entonces... ¡pues!... Ya comprendereis que reclamo entrar en la plena posesión de... de... ¿No me habeis entendido?

—¡Ah! —murmuró Isabela con tristeza; —esperaba eso mismo, pero eso es imposible, caballero.

Villouraz hizo un gesto tragi-cómico y se desvió bruscamente de su esposa. De este modo fué á tropezar en el extremo opuesto con el capitán Pedro Rangel.

—¡Caballero!—exclamó al verse en frente de su rival.

—¿Qué teneis que mandarme? —preguntó éste inclinándose.

—¿Sabeis,—continuó el marqués bajando la voz,—que es muy peligroso acompañar de noche á las mujeres casadas?

—¡Oh! agradezco el consejo; pero como lo ignoraba, me dareis algunos más sobre el mismo tema.

—Con mucho gusto; podreis esperarme dentro de tres noches en el puente de Toledo.

Rangel hizo una inclinación de cabeza y se separaron. Villouraz estaba tan aturdido, que cayó en un asiento, y los celos con sus dientes agudos, el furor con su antorcha de sangre, y la rábia con sus serpientes silbadoras, le mordieron y abrasaron su corazón.

Un ruido semejante al de un terremoto le hizo recordar el tejido de extrañas aventuras que acababan de sucederle, y miró á su derredor con pasmo y

asombro. Estaba solo en medio de la triste y silenciosa habitación de aquella venta, con la mesa puesta aún delante de él, y con una luz agonizante que apenas iluminaba las paredes y el techo. Su esposa, Guillermo y su amada, Rangel y Martin, habían desaparecido, y el ruido que lo acababa de arrancar de su profunda postración, era el del carruaje de estos que partía y se alejaba á todo escape.

El marqués corrió á la ventana de la habitación y la abrió de par en par. Miró por espacio de media hora hácia el punto por donde desaparecían como unas divinidades gentílicas los que estaban á su lado poco antes, y conociendo que toda rábia sería inútil, y toda desesperación infructuosa, murmuró cruzándose de brazos:

—¡Oh! ¡Filosofía! ¡qué grandes has hecho á los hombres cuando sufren que las mujeres caminen sin sus maridos!

Reflexionando en esta profunda sentencia, pensó que lo mejor era dormir, reponer sus fuerzas y adquirir la energía que le había arrebatado el cansancio, puesto que le importaba muy poco precipitar su marcha. Ya iba á llamar al ventero, para dictár las órdenes oportunas, cuando resonó en el camino el violento galope de un caballo que venía de la parte de Madrid. El ginete llegó en breve á la venta, y como viera la ventana abierta se acercó á ella.

Era Arcabuz que corría á unirse con su amo despues de cumplimentar su orden.

—¿Han pasado?—le preguntó al marqués con cierta ansiedad y precipitación que éste quedó sin saber qué contestar.

—¿Quién ha pasado?—preguntó Villouraz.

—Ellos.

—¿Y quién son ellos?

—¿Pues lo dudais acaso cuando os veo vestido con el traje del señor Guillermo Brun?

—¡Ah! comprendo. Es decir que viene ya.

Arcabuz se quedó con la boca abierta no sabiendo lo que esto significaba.

—¿Quién viene?—preguntó á su vez.

—Don Fernando Ponzoa.

—¡Qué diablos!... Quien está encima de nosotros es la Inquisición.

Esta suprema palabra hizo que Villouraz se encogiese rápidamente de hombros y bajase la cabeza como si toda la venta se le cayese encima.

—¡La Inquisición! ¿Con que es decir que los persigue?

—Pues es claro.

—Entonces, corred.. corred y avisadles. Hace media hora que partieron.

Arcabuz no esperó más, clavó el único acicate que podía llevar en un flanco de su caballo, este dió un violento resoplido, y partió con la rapidez de una flecha, ocultándose entre los crespones de la noche.

Villouraz quedó de nuevo en la ventana no sabiendo lo que le sucedía. Entonces dió entrada en su

imaginación á nuevas reflexiones, pues lo que sacaba en claro de aquella barahunda de sucesos, era que la Inquisición perseguía al caballero Brun por raptor; que su esposa estaba comprometida en el negocio, y que el Santo Oficio no guardaba consideraciones, no solamente á toda una marquesa, esposa de un embajador, sino á la misma reina en caso de que esta apareciese culpable en cualquier delito. Complicada Isabela en el rapto, no era fácil sacarla de las garras de hierro que la amenazaban; pero ¡ay! el infeliz no sabía la verdadera causa de aquella persecución, y marchaba sobre principios falsos á fundar unas conjeturas que si bien serian positivas, eran más terribles en su fondo.

Hechas estas rápidas consideraciones, una nueva idea vino á herirle con la fuerza de un rayo. ¿No sería probable que los ministriles y enviados de la Inquisición, gente ciega y brutal, al verlo ataviado con el brillante uniforme de guardia de Brun, lo tomasen por él y tuviese que pagar culpas que no había cometido? Todo era muy probable. La gravedad del negocio le hizo espeluznar, pues el digno marqués temía al Santo Oficio como el diablo á la cruz. Era preciso por lo tanto tomar una determinación.

Villouraz principió á vagar en la estancia como si estuviese perseguido por un fantasma; los fugitivos rumores de la noche venían á agitar su corazón con una fuerza desconocida, hasta que después de meditar largo rato exclamó:

—La prudencia libertó á Pórsena del puñal de Mucio. Si él hubiese llevado el traje de su secretario, hubiera perecido en lugar de éste... Quitémonos este ropaje traidor.

Y sin pensar en otra cosa que en librarse del ojo de la Inquisición, llamó al ventero, el cual entró en la habitación.

En el mismo instante sintió en la parte de afuera el ruido de algunos caballos que se aproximaban.

—¡Oh! ¡ya están ahí!—exclamó despavorido.

El ventero dió un salto no sabiendo lo que aquello significaba, pero Villouraz no le dejó pensar mucho y se arrojó sobre él.

—Dadme vuestros calzones, vuestro jubón, vuestras polainas, vuestro cinto,—dijo estrechándolo con sus brazos.

—¿Qué es eso, señor?—exclamó el ventero aturdidos con semejante acontecimiento.

—Ya lo vereis... ya lo vereis.

—Pero...

—Nada de réplicas.

—Y con una rapidez prodigiosa se quitó el traje de Brun, que quedó arrinconado en un ángulo, y desnudó al ventero, que quedó en ropas menores. Este estuvo tentado á resistirse, pero el negocio podía redundar en su favor y se estuvo quieto.

Todo aquello apenas duró cinco minutos. Cuando Villouraz se abrochaba las polainas, sonaron violentos golpes en la puerta.

— ¡Oh! ya los tenemos encima; venga el jubón.

El ventero que veía muy turbio cuanto le pasaba, se había deslizado para abrir.

— Ese miserable se ha ido,—exclamó el marqués poniéndose la ropa del ventero del modo que pudo;— acaso me tengan por culpable, cuando para evitar sospechas me veo en el caso de rebajar mi dignidad de embajador hasta vestirme con este plebeyo traje. ¡Oh, pacífica bata que me has acompañado hasta aquí, y que entregué tan inconsideradamente! ¿Qué diablos voy á hacer en este conflicto?

No bien había acabado de pronunciar esta plegaria, cuando apareció el ventero, pálido como la muerte, precedido de diez ó doce hombres vestidos de negro. Eran un comisario, dos notarios y varios alguaciles de la Inquisición.

—¡Por Torquemada!—exclamó el comisario fijando sus ojos de águila en el marqués de Villouraz, que este caballero sabe cambiar de trajes admirablemente. Cuando pasamos por delante de esa ventana os vimos con vuestro uniforme de guardias, y ahora os encontramos trasformado en el más respetable palurdo de estas cercanías.

—Soy perdido,—murmuró para sí el marqués no sabiendo que contestar.

—A ver,—continuó el comisario;—señor notario, tomad fé del equipaje que hay en ese rincón.

Los dos notarios se apresuraron á obedecer, y al

cabo de algunos minutos de inspección, convinieron que todo pertenecía al caballero Brun.

—La autenticidad de la persona está marcada,—contestó solemnemente el jefe.....

—Pero señores,—dijo por último Villouraz viendo que lo confundían con su amigo.—Os advierto que mi persona es inviolable, que soy embajador secreto de S. M. el rey..... que regreso de una misión secreta..... y.....

—No os canseis, caballero; esas escenas son estemporáneas..... Si ayer os escapásteis de la hoguera, mañana ó pasado no os escapareis de ella.

—Pues qué ¡me vais á quemar!—exclamó el pobre marqués sudando por todos los poros de su cuerpo. —Eso que me decís es incomprensible.

—Para mí es muy claro, señor Brun.

—Es que yo no lo soy.....

—¿Entonces por qué os estábais disfrazando? Pero acabemos. Traed el San Benito.

Dos ó tres ministriles se arrojaron rápidamente sobre el marqués y lo sujetaron por detrás. El pobre cayó de espaldas y principió á gritar; á protestar á la faz del cielo y de la tierra que él no era el caballero Brun y á patalear como un desesperado.

Esta lucha duró un cuarto de hora: entonces sus fuerzas se rindieron y le pusieron el fatídico *San-Benito*.

—¡Esta es la túnica de los condenados!—exclamó lleno de horror queriendo romper las esposas que le habían puesto en las manos.

—Ya os he dicho que os espera la hoguera,—contestó el comisario con frialdad.

Era la segunda vez que oía tan tremenda palabra. Se resignó á sufrir hasta llegar á la córte, donde esperaba deshacer la equivocación en que habían incurrido los enviados del Santo Oficio; pero el desgraciado ignoraba que Guillermo estaba juzgado y sentenciado, y que sería probable lo matasen sin sustanciacion de ninguna especie.

De allí á poco los ministriles tomaron de nuevo el camino de Madrid, ufanos de haber aprehendido á un reo, acaso el primero que se había burlado de la Inquisición.

CAPÍTULO XXXIII

El casamiento.

Mientras que el embajador caminaba ignominiosamente en el mismo carruaje que con tanta pompa lo había conducido hasta allí, cercado por aquellos personajes sombríos, los otros viajeros llegaban á Medinaceli sin ningún contratiempo, al mismo tiempo que el incansable Arcabuz.

La noticia de que los secuaces de la Inquisicion estaban cerca, causó alguna alarma, pero venturosamente el noble sargento era portador de una orden para que se les franquease el palacio del duque, cuyo asilo inviolable en aquella época podía ocultarlos por algunos días mientras duraba la tempestad.

Esto así, penetraron en la magestuosa y antigua mansión que hoy todavía existe, antes de que amaneciese, y con este motivo se hiciese pública su llegada. Seguros con no haber sido observados, permanecieron tranquilos parte de la mañana, hasta que se presentó

don Fernando Ponzoa que arrastrado por las circunstancias venía á reunirse con su hija.

Agenos de que el comendador viniese tan pronto al punto donde lo habían citado, no dejaron de sobresaltarse. Don Fernando, con su rostro severo y grave, mirada profunda y ademan imponente, abrió la puerta del salón donde estaban los fugitivos y dió algunos pasos como dudando de lo que le pasaba.

Enriqueta dió un grito y fué á arrojarse á los pies de su padre.

—¡Padre mío! perdón; —gritó cayendo de rodillas y besando sus manos con fé y entusiasmo.—Os he abandonado porque él iba á morir.

Habia en aquella voz un timbre tan puro, una entonación tan santa, que el comendador no pudo contener su afecto paternal. Sabía que Guillermo Brun había estado espuesto á perecer por salvar el honor de su hija; recapacitó que el corazon enamorado de ésta acababa de arrostrar una de esas grandes crisis de la vida por llenar una deuda de gratitud, y persuadido tiempo hacía que Enriqueta no hubiera sido buena monja, abrió los brazos y la recibió en ellos cubriendo su frente de lágrimas.

—Basta, hija mía basta... has cumplido un sagrado deber. Me has hecho mudar de opinión con respecto y los hombres y al destino, y vengo á participar de vuestra suerte. Señor Brun, he aquí vuestra esposa,—continuó el altivo comendador tomando á su hija de la mano y presentándola al caballero.

Todos quedaron asombrados y llenos de alegría al oir un desenlace tan agradable é inesperado. Guillermo se precipitó noblemente hácia el comendador, y doblando una rodilla besó una de sus manos diciendo:

—¡Oh! gracias; ¿con que al fin he de tener la felicidad de daros el dulce nombre de padre?

—Si, desde este momento. Diferir más vuestra unión sería exponernos á las fatales murmuraciones de esa corrompida corte, donde solo el vicio y la envidia levantan impuremente su cabeza.

—Y bien,—preguntó Brun trémulo de emoción,—¿cuando se ha de celebrar nuestro matrimonio?

—Hoy mismo, hijos míos,—contestó el comendador enternecido.—Muchos desengaños y una larga experiencia me habían hecho creer que la virtud antigua y la caballerosidad española habían desaparecido de nuestro suelo. Yo, señor Brun, creía que encerrando á mi hija en un convento la salvaba de las pasiones que minan nuestras costumbres, y del libertinaje que inflama todos los corazones, hasta que vos me hicisteis comprender lo contrario. Habeis cumplido dignamente, y en premio de vuestros sacrificios he aquí lo que puedo ofreceros.

Don Fernando enlazó la mano de su hija con la del conde, y enseguida se retiró para saludar á la marquesa de Villouraz.

¡Oh! ¡quién podría expresar la dulce alegría de aquellas dos almas tan apasionadas! Enriqueta y Brun se contemplaron en silencio por algunos ins-

tantes, y aunque permanecían con las manos enlazadas se comunicaron en esta temblorosa sensación todo el torrente de sus esperanzas, todos los misterios de su dicha. Sueño brillante que rasgaba todos los negros crespones del porvenir; faro de ventura aparecido en medio de la tempestad, podía decirse que Dios había tendido hacia ellos una mirada de compasión y les enviaba aquellos consuelos supremos para borrar el surco de lágrimas que hasta entonces habían vertido.

Pasadas las primeras sensaciones, fué necesario dedicarse á pensar seriamente en el modo de salvarse de las pesquisas del Santo Oficio.

El comendador no había notado, á causa de la oscuridad de la noche, ni el carruaje donde iba el marqués de Villouraz, ni mucho menos el acompañamiento de éste; por lo tanto, según el juicio de unos y otros, presumieron que los ministriles de la Inquisición se habían vuelto á Madrid cansados de sus inútiles averiguaciones, y esto los tranquilizó bastante.

Pensóse en el matrimonio y en el medio de precaverse en lo sucesivo de una sorpresa.

—Mi opinión,—dijo don Fernando después de haber divagado largo tiempo en los diferentes partidos que se presentaron,—es que celebrada la boda esta noche nos pongamos en marcha para Madrid, valiéndose el conde de un disfraz para no ser conocido. Ya en la corte, Brun y mi hija se arrojarán á los piés del rey, pidiendo el uno perdón, no de su culpa, sino de su heroismo, y la otra de la parte que ha podido te-

ner en estas aventuras. Carlos tiene un alma noble, y á pesar de su débil carácter, siente en su corazón esas inclinaciones magnánimas que son el gérmen fecundo de una raza ilustre y generosa. Carlos perdonará; mucho más, cuando necesita de hombres adictos y leales que eleven su prestigio, y cuando muy pronto tendrá que llamar á todos los valientes á que rodeen su trono.

—Teneis razón,—contestó Pedro Rangel;—Guillermo y vuestra hija marcharán con nosotros á palacio, puesto que somos acreedores á la gratitud real; así que estemos delante de él, escudados con el derecho que nos dá los servicios prestados por su causa; así que miremos frente á frente á esos cortesanos que solo saben verter el veneno de la envidia en el alma inocente y cándida de Carlos II, creo que conquistaremos nuestro poder y nuestra influencia... ¡Oh! volvamos á Madrid.

Esta exclamación llena de fé y esperanza en un hombre de cálculos tan seguros y exactos como los del capitán, reanimó la alegría de todos.

Don Fernando Ponzoa se encargó de arreglar lo necesario para que se celebrase el casamiento al oscurecer de aquel dichoso día, en la capilla del palacio del duque de Medinaceli, y Martín Gorbea cuidó de que todo estuviese dispuesto para volver á Madrid inmediatamente que concluyese la sagrada ceremonia.

Solos Guillermo al lado de Enriqueta, y Isabela al de Rangel, dejaron trascurrir las horas con esa va-

ga melancolía que invade nuestras potencias cuando se vá á efectuar en la vida un grande acontecimiento. Y sin embargo, entre aquellas dos parejas, infeliz la una, y venturosa otra, había lágrimas y suspiros, incertidumbres como las del marinero que parte á tierras remotas y no sabe si volverá á pisar su querida playa donde ha jugado en su niñez, recuerdos y esperanzas, porque en la cadena de la existencia Dios ha permitido mezclar estas flores para dulcificar las amarguras del destino.

En el estraño contraste que formaban aquellas cuatro personas brotaba un sentimiento puro y hermoso que las llenaba de una quietud inmensa y profunda como la del mar; quietud hija de las borrascas ó de los días apacibles, cuyo aspecto brillante ó sombrío aparecía en aquellos semblantes inundados por el dolor é invadidos por la dicha.

—¡Ah!—murmuró Isabela recostada en el alfeizar de una ventana y contenplando desde la alta cumbre de Medinaceli el horizonte de Aragon; —¿será posible que todos sean felices menos nosotros, Pedro? ¿será verdad que todos han de sentir el perfume de la naturaleza, la fragancia de ese aroma de la vida que se llama amor, menos nuestros corazones?

La hermosa dama lanzó un suspiro entrecortado y miró á su amante como si tratase de buscar en sus ojos un consuelo. Este se estremeció.

—Dios no quiere que seamos dichosos, contestó el caballero tristemente;—condenados á llevar en nues-

tro corazón la llama vírgen é inmaculada de nuestro cariño, mártires de una virtud, ante la cual doblo mi cabeza porque no debo hacer otra cosa, gozo padeciendo.... ¡Oh! ya sabeis que una lágrima es á veces un antídoto.

—Sí, es verdad, pero en estos momentos se presenta ante nuestra vista una felicidad grande y suprema, mientras nosotros tendríamos que sepultarnos en el fango de la infamia si nos atreviésemos á dar un paso adelante.....

—Callad, Isabela, callad,—contestó el capitán poniéndose blanco de emoción;—hay palabras que enloquecen. ¡Oh! dispensadme, pero desde algún tiempo á esta parte conozco que una inclinacion más poderosa me arrastra hácia vos, y me hace olvidar esos grandes sacrificios que había intentado llevar á cabo.

—¡Dios mio!—exclamó la marquesa sollozando.

—¡Oh! no temais nada, señora. Es verdad que hay momentos en que viene la desesperación á descansar sobre mi pecho clavando en él todos sus agudos y venenosos puñales; es verdad que algunas veces quisiera romper esa barrera de bronce que se llama virtud y que nosotros hemos edificado para no empañar con la sombra del crimen nuestros deberes y nuestras conciencias; pero cuando tiendo una ojeada en el porvenir; cuando veo sucederse los dias á los días, como las olas á las olas; cuando por más que sondeo nuestro destino no veo un rayo de luz, una sañal de espe-

ranza, ni un consuelo remoto, entonces, Isabela, tengo tentaciones de matarme ó de quebrantar esas preocupaciones que nos hemos forjado, porque estar siempre con vos, respirar el mismo aire que respirais, sentir vuestro acento dulce y sonoro, y el templado calor de vuestra mirada, nadar en un golfo de amor sin llegar nunca á la ansiada ribera..... ¡Oh! es demasiado. Hay esfuerzos que llegan á las nubes, pero jamás podran tocar al cielo.

El caballero quedó inmóvil como una estatua delante de aquella mujer tan querida; su respiración era fatigosa, y de sus claros ojos brotaba una llama abrasadora que inundaba á Isabela.

Esta se extremeció.

—Pedro... Pedro...—exclamó con trémulo acento.

—¡Oh! no tembleis; ya os consta que sé ahogar las palpitaciones de mi corazon hasta el último extremo. Además, por si me fuera imposible, queda un recurso.

Esta última palabra fué pronunciada de un modo violento.

—¿Cuál?

—Dentro de pocos dias se principia la campaña de Cataluña.

—¿Y estais nombrado para ir á ella?—contestó la dama con un acento vehemente y apasionado.

—No sé si mi regimiento habrá recibido la orden de marchar.

—No, no, Rangel; seria morir si os separáseis de mi lado.

—Sin embargo, es preciso, Isabela; si no vá mi regimiento á la guerra solicitaré ir solo..... ¡Oh! quiero no faltar á mi honra, quiero no haceros más infeliz de lo que sois.

Los dos se miraron con esa espresion desgarradora que produce el tormento, con esa resignación sublime que desciende del cielo. Y á pesar de aquella calma sombría, engendro siniestro de la tempestad, dejaban brillar en sus miradas fijas y rutilantes, en sus bocas entreabiertas por una fuerza desconocida, en sus manos estrechadas con frenesí, toda la grandeza y toda la desesperacion de su sufrimiento.

—¿Y me dejaríais, Pedro?—preguntó Isabela pálida como el mármol.

—Sí; debo hacerlo. Dios ó el infierno se han interpuesto entre nosotros, y ya no podemos marchar por esa senda de flores que nuestro delirio se habia forjado. ¡Qué puedo hacer á vuestro lado! —exclamó con cierta entonación feroz que penetró como un puñal hasta el corazón de la marquesa. ¿Ignorais que vuestro esposo me ha desafiado y que esto es una prueba de que se imagina no el amor puro y noble que existe entre nosotros, sino una pasión criminal, un cariño reprobado? ¡Ah! permanecer con vos seria ponerme á la orilla del precipicio. Yo creo que no deseareis verme bañado en la sangre de vuestro marido; yo creo, Isabela, que tendreis piedad de mí, porque si yo diese salida á todo el fuego que arde en mi pecho, entonces, lejos de aparecer como un cobarde, puesto

que no pienso acudir por amor á vuestro nombre á la cita que me ha dado vuestro esposo, iría á clavarle mi espada en su corazón, vendría después á caer á vuestros pies, y mancharía vuestra virtud de sangre, de halagos y de delirios.

Isabela dió un grito horrorizada.

—Nunca; vos sois incapaz de esas acciones,—exclamó juntando sus manos sobre el pecho.

Pedro quedó inmóvil por un momento.

—Es verdad,—dijo con pausa;—á veces pierdo la razón; no es culpa mía. ¡Ah! dejadme que huya... quién sabe si una nube puede envolver nuestros sentidos... Mañana estaremos en Madrid... vuestro esposo reclamará de vos ese amor que sólo en la pesadez del sueño he podido concebir de un modo divino... ¡Oh! á veces me desgarraría el corazón ó maldeciría mi existencia, pero... Dejadme, Isabela...

—¡Ah! ¡no me amais!—dijo la dama cayendo desesperadamente sobre el pecho de Rangel.

—¡Qué no os amo!..—gritó el caballero.—Decid que Dios no existe, que faltan los astros en el firmamento, que la naturaleza carece de galas más bien que esas crueles palabras. ¡Oh! Isabela, Isabela...

Y los dos apoyados en la ventana, pálidos por la violenta emoción que sentían, locos y rodeados de una nube fascinadora, se estrecharon para suspirar y jemir, para devorarse con sus ojos y con su aliento, y para expresar en un misterioso silencio cuanto no podía decirse con los lábios.

No podían prolongar por más tiempo aquella escena, y la marquesa se retiró al otro extremo del salón donde estaban Enriqueta y Guillermo. Los momentos habían corrido, y ya principiaba una de esas amarillas tardes del otoño. Pronto llegaría el momento del himeneo.

La quietud y la amistad consuelan las borrascas de la vida. Isabela y Rangel encontraron la calma al lado de los que iban á jurarse á los piés de un altar una fidelidad eterna. Blancas oleadas de luz entraban por las abiertas y ojivales ventanas, y el cielo, esa alfombra de Dios, expléndida y pura como un inmenso manto de zafir, la tierra con sus profundos valles y violadas montañas, se presentaron como un cuadro magnífico para tranquilizar aquellos corazones oprimidos por el dolor.

Las horas, esas silenciosas mensajeras de nuestras dichas ó de nuestros pesares, fueron deslizándose como las ondas de un rio misterioso... ¡Ay! ellas son las que arrancan las hojas del árbol, ellas las que nos despiertan en medio de nuestros placeres y de nuestras lágrimas, y ellas fueron las que avanzaron para ceñir la cabeza de Enriqueta con una corona nupcial.

El comendador, puesto de acuerdo con uno de esos humildes sacerdotes que en todas partes se encuentran, acababa de prepararlo todo después de haberle presentado los documentos más necesarios para no comprometer los deberes de su ministerio. La capilla de palacio se había adornado como para una grande so-

lemnidad, y á pesar de que el matrimonio debía celebrarse con todo el secreto posible, no por eso dejó de escasearse el fausto correspondiente al dueño de aquel gótico edificio.

Martin Gorbea se presentó por último anunciando que todo estaba dispuesto para partir, y que los tiros de cambios se encontrarian en las mismas paradas donde anteriormente los habian mudado.

Las tardes del mes de Diciembre son cortas y ya eran cerca de las cinco. Todos estaban reunidos en la misma sala donde habian estado hablando Isabela y Rangel, y solo se aguardaba á que don Fernando Penzoa terminase el momento de marchar á la capilla.

En estos instantes solemnes los corazones se encuentran agitados. El caballero Brun y Enriqueta creian que estaban soñando; pues tan rápidos é inesperados habian sido todos los acontecimientos, que dudaban de aquella venturosa realidad. Se miraban, se reian y temblaban..... Tal es el prestigio del amor.

Acababa de sonar la hora en el reloj del palacio, y don Fernando se levantó con esa gravedad imponente, peculiar de los hombres antiguos, y cuyo aire severo se ha perdido ya entre los refinamientos de la civilización actual; acercóse lentamente á su hija, y estrechándola contra su pecho, le dijo con voz algun tanto conmovida:

—Hija mia; Dios no ha permitido que entres en

un monasterio, pero consiente que te enlaces con uno de los más nobles y distinguidos caballeros de nuestra época. Tu nuevo estado, es santo, si la virtud, iman precioso de nuestra vida, guia tus huellas por los tristes senderos de este mundo. Demasiado severo para conocer á los hombres, creia que el que vá á ser tu esposo no era digno de tí; la esperiencia me ha demostrado lo contrario; ahora me felicito de ello. Acaso el cielo os reserva grandes pruebas ó terribles infortunios, pero estos se estrellarán ante la pura observancia de vuestros deberes, ante la subime resignacion de vuestros corazones..... Hija mia; ama mucho á tu padre, sin dejar de querer á tu esposo; la suerte ha querido que esta ceremonia se haga sin ningun aparato, pero poco importa: Dios está en todas partes. Y vos, caballero Brun, al entregaros á mi hija os entrego un pedazo de mi corazon; amadla como yo amé á su madre; ella será digna de vuestro cariño.

El severo comendador sintió que sus ojos se bañaban de lágrimas.

—Vamos, —murmuró sollozando.....

—Vamos, padre mio, —contestó su hermosa hija arrojándose á su cuello y besando su rostro.

Estos momentos de supremo dolor y de suprema alegría, duraron hasta que llegaron á la capilla; el sacerdote esperaba en el altar.

Principiose la ceremonia y los dos amantes cayeron de rodillas, llevando al lado el uno á sus amigos Martin y Rangel, la otra á su padre y á la marquesa;

las suaves palabras escritas en un libro sagrado, cayeron como un rocío bienhechor sobre sus cabezas inclinadas, hasta que enlazadas las manos, con la respiracion anhelante y la mirada cubierta por las lágrimas y la emocion, oyeron la suprema bendición del sacerdote que los unia para siempre.

Pero como todas las cosas graves y serias tienen su parte chistosa, ocurrió que un hombre, que hasta entonces no habia sido visto por nadie, se arrojó de pronto al cuello de Guillermo gritando:

—¡Amo mio!..... ¡amo mio!

Todos volvieron la cabeza y conocieron á Juan Palomino que parecia caer de las nubes para asistir á la boda del conde.

—¡Tú aquí!—exclamó Brun asombrado.

—Sí, señor; aquí estoy á vuestra órden. Ayer supe lo que habia ocurrido, como todo Madrid, y salí á la calle semejante á un loco, dando saltos y gritos, que me hubieran valido una cárcel si la cacualidad no me hubiera hecho tropezar con Arcabuz que estaba á caballo. ¡Diablo! ya sabeis lo que significa Arcabuz á caballo. ¿Qué tenía que hacer? Le pregunté; me contestó; con esto habia bastante. El hincó las espuelas á su cabalgadura como un desesperado; yo me fuí á casa, tomé lo que habia de tomar, manté en mi antiguo rocin, y..... aquí me teneis.

Esta noble y sencilla narración, era el apoteosis de Juan Palomino. Guillermo no pudo menos de estrecharle las manos con alegría y agradecimiento.

—¡Oh! siempre eres el mismo,—exclamó:

—Es verdad,—contestó Palomino llorando como un chiquillo; he comido toda mi vida el pan de vuestra casa, y vos, señor, habeis sido mi hijo..... ¡Oh! pero dejamos esto; qué ¡diantres! os estábais casando segun he comprendido y acaso haya sido yo un estorbo sin quererlo.

—No; ya estoy casado.

—¡Casado!—gritó el mayordomo dando un salto de alegría.....—somos felices, señor..... En prueba de ello, tomad.

Palomino sacó del pecho un libro manuscrito y perfectamente conservado.

—¿Qué me das aquí?

—El libro de caja..... En los ocho meses que habeis estado preso teneis de aumento en efectivo en vuestros fondos la friolera de quinientos mil escudos de oro. Esa ha sido mi obra..... un prodigio de economía.

Todos se miraron con interés, pero Palomino sin esperar contestación se enjugó las lágrimas que caian de sus ojos con el revés de las mangas, y prosiguió:

—Ahora si me dais permiso haré una cosa.

—¿Qué?

—Poner á los piés de mi señora toda esa fortuna.

Pasadas todas esas sinceras demostraciones de amistad y cariño, salieron de la capilla y se dirigieron á un salón donde el mayordomo del duque de Medinaceli, los obsequió con un explóndido banquete.

Después sobrevino la noche.

—Marchemos,—dijo don Fernando.

Todos se levantaron.

—¿A dónde vamos?—preguntó Palomino á su compañero Arcabuz cuando bajaban la escalera.

—A Madrid.

—¡Zape! ¿y la Inquisición?

—No temas nada..... Dios va con nosotros.

CAPITULO XXXIV

Justicia del hombre y justicia de Dios.

El regreso á Madrid se hizo con la mayor calma y sin ningun entorpecimiento. Todo se fué graduando de modo que á las veinticuatro horas justas de haberse celebrado el matrimonio del caballero Brun, llegaron á las afueras de la coronada villa, y allí esperaron que se hiciese de noche para cruzar las calles sin llamar la atencíón de los curiosos.

Todos se citaron para el dia siguiente á las diez.

Martin se dirigió inmediatamente hacia la casa de campo donde habia dejado á su hermana. La marquesa de Villouraz regresó á su palacio de la calle de Segovia, y con gran asombro suyo, supo que su esposo no se había presentado en él, y lo que es más, que ni habia noticias de su paradero; el capitan Rangel se encaminó á casa del duque de Medinaceli, con el fin de suplicarle que al dia siguiente, al mismo tiempo que fuese el conductor de los culpables ante la

presencia de S. M., intercediese por conseguir el perdon, tanto de Guillermo Brun, cuanto de los que habian contribuido á su fuga; y con respecto á Guillermo, á su esposa y al comendador, se encerraron en la casa de éste, ínterin duraba la tormenta.

Aquella noche fué una noche suprema de angustia y felicidad para aquellos dos seres que se veian unidos, tal vez para ser separados al dia siguiente.

Este amaneció, por último, y unos y otros, citados á las diez en la calle de Santiago, se fueron reuniendo para dirigirse á palacio. La marquesa de Villouraz, Enriqueta y su esposo, irian en un coche mientras el comendador, Martin y Rangel se encaminarian por otro sitio.

Así se hizo esta primera maniobra. El duque de Medinaceli los esperaba en la antecámara que estaba contigua á la alcoba ó gabinete donde despachaba el rey comunmente. Era aun muy de mañana, y todos los salones estaban vacíos, por lo que pudieron penetrar sin llamar la curiosidad ni escitar el asombro de ese enjambre de palaciegos que solo viven en esta clase de atmósfera.

—¡Oh! —exclamó el duque de Medinaceli, después de saludar á las damas y estrechar las manos de sus libertadores, creo que conseguiremos la victoria. Aunque el rey se encuentra en este asunto supeditado por el inquisidor general, en tales términos, que me ha negado el perdón por dos ó tres veces; aunque le han hecho comprender que esta última calaverada ha

sido un escarnio público al rey, á la Inquisición y á las leyes, confío que lo alcanzaremos todo, puesto que el corazón de S. M. se inclina á las acciones generosas más que á los hechos repugnantes.

Estas palabras eran un magnífico preludio y reanimó todos los corazones. El duque, que no queria perder un momento, se hizo anunciar, diciendo á sus protegidos que le esperasen en aquel sitio hasta que él los llamase.

El rey estaba levantado; pues á pesar de su condicion floja, dóbil y enfermiza, dejaba la cama muy temprano. Acababa de oir misa y se entregaba á las primeras oraciones matutinales, cuando un gentilhombre que estaba de servicio le entregó un pliego, en cuyo ancho sobre, estaba estampado el sello de la Inquisicion.

Ya hemos dicho que en los actos justicieros de este tribunal, el rey era considerado como un inferior, y solo se le concedían algunas prerrogativas, más bien en consideración á su dignidad, que en fuerza y derecho de su poder. En aquellos tiempos, la ley, la justicia y la magestad, estaban reasumidos en el Santo Oficio.

Cárlos hizo una inclinación de cabeza para saludar las armas del sello, y después de indicar al gentil-hombre que se retirase, rompió el negro lacre, y leyó la siguiente esposicion:

«Señor:

«El Supremo Tribunal del Santo Oficio, pone en

»conocimiento de V. M., que hoy á las doce será eje»cutado en el mismo calabozo que le sirve de prision, »el sacrílego reo Guillermo Brun, aprehendido, como »ya tuve el honor de comunicarlo á V. M., en una »venta del camino de Aragón. Incomunicado severa»mente desde que fué encerrado, ha solicitado ser »juzgado de nuevo, y aun ha fingido estrañas su»posiciones, pero como todo es de esperar de ese »hombre terrible, el Tribunal espera la sancion de »V. M. para obrar en el círculo que le marca la jus»ticia y el sagrado prestigio de la religión.

»A los reales piés de V. M.—*El Inquisidor general.*»

Concluida la lectura de tan fúnebre escrito, el rey se estremeció como si hubiese visto una visión, inclinó por un momento la cabeza como el ser que lucha con una mortal pesadilla, y después de ponerse pálido como un cadáver; murmuró sordamente:

—¡Oh! no hay remedio.

Y tomó la pluma para firmar.

En este instante fué anunciado el duque de Medinaceli.

Carlos no esperaba tan temprano á su ministro, y por un movimiento expontáneo, propio de su debilidad y de su buen corazón, hizo un ademán como para esconder el escrito entre los muchos papeles que había amontonados en su mesa. Dejó caer la funesta pluma que agitaba en sus trémulos dedos, y murmuró, haciendo un esfuerzo extraordinario:

—Que pase.

El ministro conoció que no podía perder un momento y penetró en la cámara real. A pesar de su confianza, no pudo menos de temblar al fijar sus ojos en la fisonomía del rey, pues en ella leía la lucha que atormentaba se corazón. Con todo, avanzó sin desplegar sus labios, dobló una rodilla en tierra y besó la conmovida mano del monarca.

—¡Oh! Dios os guarde,—murmuró éste,—¿que novedad ocurre, cuando tan de mañana venis á mi despacho?

—Señor,—contestó Medinaceli levantando su cabeza y mirando á Carlos con la expresión del honor y del afecto; vengo á pedir á V. M. la gracia de presentarle á unos desdichados que han perdido el favor de su rey.

Este se puso más pálido de lo que estaba y murmuró:

—¡Ah! creía que ibais á solicitar de nuevo ese perdón que me es imposible dar.

El duque se puso de pie.

—¡Imposible, señor!—exclamó con entonación majestuosa.

—Sí.

—¿Y si á los ruegos de vuestro fiel ministro se uniesen las súplicas de otra multitud de personas, todas interesadas en este asunto desgraciado, todas acreedoras á las gracias de V. M., porque todas han hecho por vuestra sagrada persona grandes sacrifi-

cios, dirías, señor, que era *imposible?* ¿Pronunciaría el monarca más bondadoso y magnánimo de la tierra esa palabra sin esperanza, esa expresión sin consuelo?

—Pues qué,—exclamó el rey levantándose y tratando de retirarse,—¿son acaso esas personas los amigos del caballero Brun?

—Son ellos, señor... más aun, es el mismo caballero y su esposa Enriqueta Ponzoa los que en este instante van á caer á los piés de V. M.

El duque se desvió rápidamente del monarca, y abriendo la puerta tras la cual habían quedado sus protegidos, hizo una señal para que estos entrasen en la cámara del rey.

Carlos quedó inmóvil, petrificado, sin comprender nada de lo que veía. El caballero Brun, aquella persona á quien la Inquisición iba á ejecutar á las doce, estaba delante de él, libre, sereno, vestido de capitán de sus guardias, y como si no le amenazase la cuchilla del verdugo. Enriqueta, aquel único ensueño de su vida, aquella mujer á quien él creía haber tenido en sus brazos en una noche de amor y de delirio, se le presentaba de pronto convertida en esposa del caballero para pedir la vida de éste con toda la energía de la belleza y de la justicia. El comendador, aquel severo castellano, que tan noblemente había rehusado una pasión que manchaba su honra, se le ponía delante como un recuerdo acusador; la marquesa de Villouraz, testigo de su cariño hacia la joven en la noche del baile, venía detrás como para echarle en cara

aquella aventura; y por último, Pedro Rangel y Martín Gorbea cerraban aquel cortejo, como recordándole que ellos eran los que en el espacio de dos meses habían cruzado el Atlántico, habían luchado con noble y desesperado valor, y lo más grande aun, que habían salvado la funesta crisis en que estaba envuelta la España, trayendo los cuarenta millones de reales para sostener las guerras del Milanesado y de Cataluña.

Todas estas ideas pasaron rápidamente por la imaginación de Carlos, y lo aterraron. Aquellas figuras imponentes que avanzaban hacia él, le recordaron su ingratitud y su olvido.

Enriqueta y su esposo cayeron de rodillas á sus piés, y la primera los bañó con sus lágrimas por un momento, hasta que pudo pronunciar estas palabras:

—¡Señor! perdón para mi esposo...

—¡Enriqueta!—exclamó Carlos levantándola, seducido por tanta hermosura, y conmovido por tanto dolor.

—¡Oh! déjeme V. M. aquí á sus plantas,—prosiguió la hermosa joven—Ya que ha llegado el día en que tenga la dicha de besarlas, no me levantaré hasta que vuestros labios hayan pronunciado el perdón. V. M. sabe que es justo. Una fatal equivocación, sin duda, hizo creer cosas que manchaban mi honra, y el caballero Brun, cediendo al amor que me profesaba, se atrevió á faltar á las consideraciones que debía tener á su rey.

—¡Dios mío! ¡yo me vuelvo loco! —exclamó Carlos para sí, no comprendiendo lo que le pasaba. Esta mujer es un ángel ó un demonio.

—Mientras tanto las lágrimas de la hermosa joven seguían bañando las trémulas manos del rey, y sus suspiros lánguidos y entrecortados iban á clavarse en sus entrañas como puñales enrojecidos.

—¡Y bien, Enriqueta! —prosiguió el monarca luchando con la generosidad de sus pensamientos y con las exigencias inexorables de la Inquisición. —¿Sabeis lo que me pedis?... ¿Ignorais que el perdón de vuestro esposo es casi imposible, no solamente por el crímen que cometió hace ocho meses, sino por haber burlado la vigilancia de la Santa Inquisición, escapándose en medio de un tumulto espantoso, que me pudo traer graves consecuencias? ¿Ignorais que hoy mismo... á las doce del día?... ¡Pero cómo puede ser esto! —continuó tomando el pliego que acababa de recibir, y entregándolo al duque de Medinaceli —¡Oh! leed... leed... Aquí debe de haber un tercer crimen ó una de esas fatalidades incomprensibles que no se adivinan hasta que ya no tienen remedio.

El duque tomó el escrito y quedó asombrado. ¿Quién era aquel supuesto Guillermo Brun que iba á ser ejecutado en la oscuridad de un calabozo?

Pero Enriqueta solo pensaba en la salvación de su marido, y sin hacer caso de este última circunstancia, exclamó sollozando:

—Señor..... señor; ¿con que es casi imposible el per-

don de Guillermo? ¿Con que es preciso su sangre para aplacar la cólera de V. M.? En ese caso, señor, yo soy la verdadera culpable... yo la que lo arranqué de las garras de aquellos crueles soldados que lo conducian al cadalso; yo la que escondida dentro de un coche lo hice desaparecer en medio de la fúnebre procesión.... ¡Oh! ¿lo oye V. M.? Pues bien, mandad que vengan esos negros agentes de la Inquisición, y que me conduzcan á la pira que enciendan para mi esposo; mandad, señor, que me pongan una mordaza en la lengua, pues de lo contrario, pregonaré, antes de morir, nuestra inocencia y nuestro infortunio. ¡Oh! no se asombre V. M.; nuestra inocencia digo, y lo repetiré á la faz de esos cien mil espectadores que siempre acuden á presenciar estos sangrientos espectáculos, porque mi esposo es inocente, señor..... bien le consta á V. M. El único delito de mi esposo es haber defendido el honor, injustamente calumniado de un desgraciada; y aunque esa calumnia descienda del mismo trono, aunque haya dado pábulo á ella inadvertidamente, pues no puedo creer que sea de otro modo, el rey de España y de las Indias, ó lo que es lo mismo Carlos II de Austria, vendrá un dia en que compareceremos delante de Dios, y entonces.....

Cárlos dió un grito al oir aquella entonación solemne, y con el cabello erizado, la mirada errante y sombría, contestó de pronto:

—¡Oh! callad..... callad, Enriqueta; no nombreis á Dios en las cosas humanas. La justicia del cielo es in-

falible; la de la tierra puede equivocarse.... ¿Pero hay derecho para insultar la magestad, cuando un deber de galantería?.....

Guillermo al oir aquella frase se puso de pié y obligó á levantar á su esposa. Pálido, contraido, la mirada límpida é inmóvil, en cuyo centro brillaban mil rayos de luz, como si un foco de fuego hirviese en el fondo de su pupila, se acercó á aquel rey de dos mundos, y le dijo:

—Señor; la vez primera que tuve la gloria de ser presentado á V. M. oí estas lisonjeras palabras de vuestra boca: «*Tal vez algun dia sea necesario cometer hazañas grandes, porque los tiempos que corremos no son muy á propósito para la paz.* Pues bien, llegaron esos tiempos, y yo, señor, fiel á mi rey, fiel á mi deber, me espuse mil veces por satisfacer el noble deseo que V. M. me quiso indicar en aquel dia feliz. Yo corrí á Flandes, y he neutralizado la influencia de la Francia, he detenido, por medio de arriesgadas maniobras, la marcha de los soldados de Luis XVI, y puedo decir con orgullo, que os he conservado aquellos gloriosos estados cuando menos fuerzas había para defenderlos. Señor, no recuerdo estos hechos para que se me perdone; pero puedo y tengo derecho para hablar con energía delante de mi rey, vilmente seducido por algunos cobardes cortesanos. Hay, señor, á vuestro lado gentes que os engañan, hombres que comprometen la dignidad de V. M., que hacen de vuestro nombre un comercio miserable, y que ensucian el lustre de su

honor, lanzándolo á aventuras indignas de su rango y alto renombre. V. M. se acordará que mi delito es haber defendido el honor de mi esposa, injustamente calumniado; V. M. recordará que un vil agente, no de sus intenciones, porque las intenciones de un rey son puras, sino de cálculos ambiciosos, llevó á mi esposa un corazón de oro, donde se encerraba todo un misterio, toda una horrible historia, falsa como quien la había inventado. Pues bien, esta historia, este misterio, que se decía haber pasado durante la noche, toda ella es mentira; y por lo tanto, si V. M. me condena, se condena á sí mismo; si V. M. me condena á las llamas de la Inquisición, obrará como un rey ciego, loco, insensato..... Hará infeliz á mi esposa; porque es menester que sepa V. M. que Enriqueta, esta flor pura y sin mancha que trataron de prostituir de un modo infame, es mi esposa hace muy pocas horas. Y entonces, señor, oid y no olvideis nunca lo que voy á decir: entonces mi sombra vendrá todas las noches á despertaros en vuestro lecho real, y os echará en cara, no solamente la ingratitud con que os habeis portado, sino la horrible injusticia que habeis cometido. Entonces, señor, buscareis á aquellos hombres leales y generosos que han jurado morir por vos y no los encontrareis, porque hay una sentencia en el libro de Dios que dice, que todos huirán del hombre ingrato. Entonces sentireis los primeros dolores del remordimiento pero ya será tarde; porque escuchareis entre la soledad y el abandono la sorda mancha de vuestros

enemigos, y os despertarán sus cañonazos, y os iran quitando á fragmentos la manchada púrpura de los reyes, que caerá á girones de vuestros hombros. ¡Oh! Señor: Carlos V y Felipe II, á quien debiérais imitar en lo grande, acudirán entonces á vos, saliendo de sus tumbas, y os maldecirán diciéndoos:—¿Qué habeis hecho de nuestra herencia? ¿Lo oís?..... Ahora bien, aquí me teneis..... llamad de nuevo á los soldados de la Fé y haced que me conduzcan á la hoguera.

Guillermo quedó de pie cruzado de brazos y pálido como el mármol en la actitud de un Aquiles de bronce. Carlos, aterrado y desvanecido, jamás había oido un lenguaje tan noble ni tan elocuente, y cayó sobre su sillón como si el fantasma de su remordimiento le mordiese en las arterias. Acordóse entonces de la funesta influencia que había ejercido Eguía sobre él, de aquel confuso episodio de amores, donde aún creía hallarse y donde se representaba aquella noche fatal; oía el idioma de la verdad, porque hay ecos y acentos en la voz humana de tanta pureza y virtud que parece descienden del cielo. ¡Oh! ¿quién podía ser entonces aquella mujer dormida ó desmayada que él había estrechado en sus brazos, había calentado con sus besos y había marchitado con su pasión?

Esta incertidumbre, esta duda, brilló de pronto en sus ojos como un relámpago.

—¡Oh! ¡Dios mío!... ¡Dios mío!..—exclamó,—me habeis castigado con vuestro poder... me habeis hecho

conocer mi miseria .. ¿Con que no era ella?... ¿No era Enriqueta?. .

—No,—contestó una voz solemne, grave y majestuosa que retumbó en toda la estancia.

A esta palabra inesperada, el rey dió un grito.

Entonces él y todos los demás vieron avanzar á Martín Gorbea como uno de esos jueces de piedra que descienden de un mausoleo antiguo para cumplir un mandato superior. Carlos quiso retroceder creyendo que Dios le enviaba un azote ó un anatema, pero sus piés quedaron inmóviles y rígidos sobre el pavimento.

—¡Oh! callad... no rompais ese secreto que me mata y me hará infeliz por todo el resto de mi existencia.

—No puedo callar, señor,—contestó Martín;—se trata de la honra de una mujer. Hay dos; una está pura como el sol; esta es Enriqueta Ponzoa. La otra, víctima inocente y desapercibida, es la manchada: la otra á quien no conoceis y que Dios puso en vuestro camino, ha sido la infeliz...

—¡Oh! ¡quién es! ¡quién es!... yo me arrastraré á sus plantas pidiéndole perdón ..—exclamó Carlos anonadado.

—Señor, ese es un secreto del cielo... Sin embargo, si V. M. quiere saber algunos pormenores, retíraos conmigo á donde solo Dios pueda escucharnos.

—Sí,—exclamó el rey señalando un oratorio inmediato, seguidme.

Y haciendo á los demás una seña para que espe-

rasen, se introdujo en el sagrado recinto de la capilla, donde Martín Gorbea le siguió con grave paso.

Cuando el monarca y el vasallo se encontraron solos en presencia de un Señor de plata crucificado, alumbrados por una débil lámpara, y sin que ningún oido humano pudiese escucharlos, Martín levantó la cabeza con indecible majestad y miró al rey de cierto modo, que este se extremeció.

—Hablad,—balbuceó el monarca.

—Señor; lo que voy á decir es terrible para el corazón de V. M. hay secretos que pueden hacer pedazos su corazón.

—Hablad,—volvió á repetir Carlos con febril acento.

Era tan imperiosa esta voz y vibró de tal modo, que Martín conoció que había llegado el momento de la reparación.

—Señor,—dijo;—la noche que V. M. debió ir á sorprender á la señorita de Ponzon, pues es imposible que ella consintiese en una visita de aquel carácter, Dios, por una de esas voluntades supremas que emanan de su trono, hizo que V. M., ó más bien el funesto consejero que os acompañaba...

—¿Sabéis quién es?—preguntó Carlos asombrado é interrumpiéndole.

—Lo infiero; nadie sino don Gerónimo Eguía...

—¡Ah! es cierto, continuad.

—Pues bien,—prosiguió Martín con solemnidad;—ese funesto consejero que os conducía á un precipicio,

equivocó las señas y pormenores, y os puso al pie de una escala que os condujo á una habitación donde había una mujer desmayada.

—Sí, sí... teneis razón,—exclamó Carlos temblando.

—Funestamente, señor, V. M. creyó que aquella infeliz era Enriqueta Ponzoa, puesto que no había luz en la habitación y solo la luna prestaba escasos rayos á escena tan dolorosa. Pero si vos os hubiéseis detenido, si el fuego que circulaba por vuestras venas, las ofuscación de vuestras potencias, y la fiebre que os devoraba, os hubiese permitido ver y pensar en aquel instante, hubiera visto V. M. como aquella mujer que yacía tendida á vuestros piés, no era la mujer que estaba impresa en vuestro corazón, sino una débil paloma sin alas, caida bajo las garras del milano. Aquella mujer, señor, fué la víctima. Allí entre los misterios de la soledad creísteis poseer á un ángel al mismo tiempo que empañabais el resplandor de otro ángel.

Anchas gotas de sudor caían por la lívida frente de Martín á medida que iba descorriendo el velo que ocultaban aquellos secretos. Carlos II apenas podía respirar.

—¿Pero cómo habeis sabido esos detalles, caballero?—preguntó después de meditar un momento.—Si mal no recuerdo estabais en América cuando sucedieron esas desgracias.

—¡Ah! ya no estaba en América, y por una fatalidad inconcebible yo tuve parte en el desmayo de

aquella mujer que perdió su honra en los brazos de V. M.

—¿Luego estábais en España?

—No, señor... estaba en medio del mar.

—Entonces ¡cómo es posible que sepais!...

—Dios es muy grade,—exclamó Martín con suprema fé. La escala por donde había subido V. M. había servido para una hermosa dama que tuvo precisión de visitar secretamente á vuestra víctima. Ella os vió, dió un grito y se retiró detrás de unas puertas vidrieras...

—¡Oh! con que aquel grito fué el de un testigo que lo presenció todo,—gritó el rey tapándose el rostro.

—Todo;—contestó Martin gravemente.

—Estoy deshonrado, caballero..... estoy perdido.

—Señor, un rey nunca se deshonra,—exclamó Martin con amargo dolor.—Ella fué la que quedó deshonda; ella la que despues de salir de su sueño creyó estar pura, vírgen, inmaculada como esa blancas flores que brillan en la primavera; pero la infeliz sintió que su existencia padecia estraños sacudimientos, advirtió que su hermoso cutis de alabastro se manchaba con pardas sombras, notó que su naturaleza le revelaba cosas nuevas y extraordinarias, y..

—¡Y qué! .. proseguid, me estais matando,—gritó Carlos II comprendiendo apenas lo que oía.

—Señor, aquella mujer conoció por último que era madre

—¡Madre!

—Madre, sí, madre de un hijo providencial... madre de un engendro inesplicable que se agitaba y aun se agita en su seno, sin saber que ese hijo es un descendiente de Carlos V, un compañero de aquel don Juan de Austria que venció en Lepanto. ¡Justicia de Dios! El crimen, pues fue un crimen lo que V. M. hizo, hubiera quedado en silencio sin esta intervención prodigiosa del cielo, hubiera pesado sobre la frente de Enriqueta Ponzoa, y jamás el misterio hubiera levantado su negro tapiz para descubrir el fondo de estos arcanos. Señor, Dios mide con la vara de su Omnipotencia á todas las criaturas que nos arrastramos por este lodo que llamamos mundo. Dios se vale de un grano de arena para volcar el carro de la soberbia humana... ¡Ay de mí! ¡Y cuánta sangre, cuántas desgracias, cuántas lágrimas habeis hecho derramar por aquel único delirio de vuestra existencia!... ¡Oh! ¡si hubiéseis visto, señor, lo que es luchar con la duda, que es retorcerse bajo el peso de la desesperación! Acaso V. M. haya sentido en el silencio de la noche resbalar sobre vuestra frente el suspiro de una víctima... Pues bien, esa víctima es Luis Alban, aquel joven valiente que hizo á V. M. inmensos sacrificios, muerto por sospechas de que él era el padre de vuestro hijo... Acaso V. M. haya sentido el grito del remordimiento, cuando el alma agita al cuerpo bajo esas mortales pesadillas que Dios nos envía .. pues ese grito es el de Leoncio Villaper, fugitivo como Cain y condenado como él á vagar como un réprobo sobre

la faz de la tierra... Acaso, señor, hayais oído en medio de la soledad, de la oración ó del descanso, el estertor de una agonía... pues esa agonía es la de aquella hermosa dama que presenció la deshonra de la infeliz mujer, madre de vuestro hijo, muerta en los momentos supremos de este descubrimiento por cuya causa no pude salvarla... ¡Cuatro víctimas, señor! —exclamó Martín ahogado por el dolor y derramando gruesas lágrimas por sus descoloridas mejillas;—hé aquí el cuadro que se ha trazado desde aquella noche lúgubre. Y si á estas añadís al caballero Brun abrasado en las llamas de la Inquisición, á su joven esposa muerta de sentimiento, al padre de ésta espirando sobre el cadáver de su hija, tendrá V. M. una larga hilera de fantasmas que todos vendrán de noche á echaros en cara vuestro abandono ó ingratitud.

Tan vehemente fué el último acento del joven, tan llena de inspiración estaba su fisonomía, que Carlos cayó sobre el altar del oratorio abrumado por aquellas terribles reconvenciones. Veía que sus secretos de hombre pertenecían ya al juicio del público, que había sido engañado tanto por el cortesano Eguía, cuantó por un cúmulo de circunstancias imposibles de contrarestar, y sobre todo experimentaba los dolores del remordimiento al meditar que una mujer desconocida y desgraciada era la involuntaria madre de un hijo más bien del destino que suyo.

Hay en los corazones grandes, aunque estos se hallen agoviados por las preocupaciones más lastimo-

sas, un destello puro y sublime que refleja sobre la verdad y la patentiza para siempre. El rey conoció al momento no solo la justa defensa de Guillermo Brun por el honor de Enriqueta, sino la inocencia de éste y de sus amigos. Estaba vencido.

—Basta, caballero,—murmuró ahogado por la angustia y no teniendo poder para negar nada.—Me habeis hablado con el lenguaje de la lealtad, y ahora conozco lo mucho que he perdido desde que separé de mi lado, tanto á vos, como á vuestros compañeros. Echemos un velo sobre esos errores; quiero conquistar con una digna reparación el aprecio que he perdido... En primer lugar decidme quien es la madre de mi hijo.

—Señor, es un secreto que no puedo romper,—contestó Martín levantando la cabeza con misteriosa arrogancia.—Vuestro hijo será de aquí en adelante el hijo de la Providencia, y nunca se presentará á V. M. sino en esos casos extremos en que Dios nos pone al borde del sepulcro. Entonces tal vez lo conozcais, pero será para que lo santifiqueis con vuestra bendición paternal.

—No... no... no; quiero verlo... quiero conocerlo luego que venga al mundo.

—Señor; si V. M. intentase semejante cosa, perderíais tal vez vuestro reino. Antes que padre sois rey; los hijos bastardos siempre han sido precursores de todos los males.

—¡Oh! ¿y qué hacer?... Es mi hijo, y Dios me echará en cara el abandono en que lo dejo.

—Tiene á su madre y os bastante. Sin embargo, no olvide V. M. lo que voy á decirle, —prosiguió el noble joven conmovido; —acaso muriese esa pobre madre; tal vez yo, único depositario de este secreto, espire mañana en esa guerra que va á principiar en Cataluña, y entonces ese pobre niño quedaría abandonado lejos de la protección de V. M. Como nunca debe saber el misterio de su nacimiento, solo se le darán instrucciones para que busque su apoyo en caso de faltarle los que le esperan. Entonces, si algún día se os presenta un joven y pone en vuestras manos un anillo de oro con una flor de lis de brillantes, amparadlo, y protegedlo, porque ese será vuestro hijo.

—Bien, —dijo Carlos mirando á Martín con gratitud; —no olvidaré nada de lo que me habeis dicho, y espero ese plazo como si estuviese designado por Dios, para que yo pueda abrazar á esa desdichada criatura. Ahora, caballero, salgamos del oratorio; nos esperan el caballero Brun y su esposa.

Martín abrió la puerta que anteriormente se cerrara detrás de ellos, y el rey se presentó pálido, aunque algo tranquilo, á los que esperaban en el inmediato salón.

Avanzó lentamente hasta llegar al lado de Enriqueta Ponzoa y de Brun, y después de una pausa solemne, en que todos los corazones latían con violencia, exclamó:

—Caballero, y vos señora, á quien pido gracia por los errores pasados; Dios acaba de iluminar mi enten-

dimiento y dicta mis palabras: os perdono y podeis volver libre á vuestra casa á gozar de la felicidad que os espera. Duque de Medinaceli,—prosiguió Carlos dirigiéndose á su ministro,—extended mi suprema voluntad para que sea respetada por la Inquisición.

Un relámpago de alegría brotó en todos los semblantes al escuchar estas palabras. Los dos esposos cayeron á los piés del rey.

—¡Oh! alzad,—continuó Carlos con acento conmovido;—quiero que seais dichosos; únicamente me reservo el derecho de disponer del brazo derecho del caballero Brun cuando las necesidades de la patria lo reclamen.

—Ya sabe V. M.,—contestó Guillermo entusiasmado,—que mi sangre es suya.

—Se que vos y vuestros amigos, que están aquí presente, han jurado defenderme contra los enemigos de la España; pronto llegará el momento de la pruaba.

—V. M puede disponer de nosotros según sus deseos,—contestó Pedro Rangel.

Mientras los tres caballeros besaban la mano de Carlos, y en tanto que se practicaba aquella especie de reconciliación, el duque de Medinaceli se acercó al rey y le dijo:

—Señor, advierto á V. M. que la Inquisición cree tener en su poder al caballero Brun, y acaso por un error lamentable priven de la vida á un desgraciado al punto de las doce, según le indica en su exposición el inquisidor general.

—Decís bien; dictad otra orden para la suspensión de la pena y la libertad de ese infeliz. El capitán Pedro Rangel será el encargado de llevarla.

El rey se dirigió á la mesa para acelerar el despacho.

—Señora,—dijo Pedro acercándose á la marquesa de Vilicuraz;—un presentimiento generoso me hace creer que ese reo supuesto es vuestro esposo.

—¡Qué decís!—exclamó esta pálida como la muerte.

—Lo que puede ser muy positivo. El marqués varió de ropas con el conde; Arcabuz nos indicó en Medinaceli que los funcionarios de la Inquisición venían detrás de él, y estos no parecieron. ¿No pudieran haber tomado al supuesto Brun por el verdadero?...

Esta corta explicación lo aclaró todo. Isabela se arrojó á los piés del rey, pidió la orden que prohibía la ejecución del reo, y cuando la obtuvo exclamó:

—Corramos, Rangel, corramos; falta una media hora para las doce y debemos llegar al calabozo antes de ella. Señor,—prosiguió la hermosa dama,—¡Dios bendiga los días de vuestro reinado, pues sólo sabeis derramar beneficios!

Cuando Isabela y Pedro hubieron desaparecido, recibió Enriqueta la orden del perdón de su esposo.

—Id,—exclamó Carlos;—id, señora, á dormir tranquila después de la tempestad. Si extraviado yo por malos consejos, pude comprometer algún día vuestro nombre y vuestra honra, hoy publicaré por toda mi

corte que no hay virtud más pura que la vuestra. Comendador, prosiguió presentado su mano á don Fernando, que este besó con efusión y respeto; hubo un dia en que me hicísteis conocer que aun todavía latian en mi reino corazones nobles y castellanos, y esto aumenta mi estimación hácia vos. Frecuentad mi corte, pues quiero que en adelante seais mi amigo y no mi adulador, como lo son todos los que vienen á estos salones.

—Señor,—contestó don Fernando, si V. M. ha conocido en mí la pureza y rectitud de mis intenciones, hoy he comprendido que V. M. pertenece á esa gloriosa raza de reyes que fueron grandes por su clemencia y su justicia.

Carlos estrechó la noble mano del caballero, y despues de saludarlo de nuevo, como tambien á Brun y á Enriqueta, les señaló la puerta diciendo que no olvidasen aquel momento.

—Deteneos vos, Martin, prosiguió el rey con dignidad despues que quedaron solos con Medinaceli. La justicia debe ser equitativa en todas sus partes, y no permita el cielo que eche en olvido estos deberes. Señor duque, estended una órden de destierro para don Gerónimo Eguía y otra para que la duquesa de Terranova deje de ser camarera mayor de mi esposa.

—¡Señor! .....—exclamó el ministro agradablemente sorprendido.

—¡Oh! no titubeeis;—exclamó el rey,—mucha parte han tenido de mis desgracias pasadas; justo es que

reciban el castigo. Este caballero, quien desde este instante queda nombrado capitan de mis guardias, será el portador de esas órdenes, y les dará el debido cumplimiento.

Carlos puso una mano sobre el hombro de Martin.

—Señor, volvió á decir el duque, ¿y quién será la sucesora de la duquesa?

—¿Cuántas se han presentado?

—La del Infantado, la marquesa de los Velez, la duquesa de Alburquerque y la de Aytona.

El rey inclinó la cabeza en aptítud meditabunda.

—Nombrad á la de Alb rquerque,—dijo despues de aquella reflexión.

—Está bien,—contestó el duque; pero ya que V. M. trata de destruir esa camarilla que tanto daño ha causado á su nombre, resta, pues, alejar de su lado á la persona más influyente de ella.

—¿A cuál?

—Al padre Relux, señor: al padre Relux que hasta ha pretendido negar la absolución á V. M. si no me quitaba del ministerio.

Carlos se estremeció, poro conoció que debía hacerlo.

—Lo haremos más tarde, pero nombrad un sucesor, dijo temblando. Mientras tanto estended las órdenes que os he dicho..... Caballero capitan, vos quedais encargado de hacer que se cumplan.

El rey hizo una inclinación de cabeza y se encerró en su oratorio para calmar las tempestades de su corazon.

De allí á un momento salia Martin de la cámara real.

CAPITULO XXXV

En el que por un minuto de diferencia no pagan justos por pecadores.

Mientras que se agitaban estas escenas en el corazón del alcázar, otras de destinto género tenian lugar en el sombrío edificio que se alzaba en la calle de Torija, edificio aislado entonces, que destacaba se como un negro mausoleo, frente de las viejas paredes de Santo Domingo.

Aquella mañana se habian congregado desde muy temprano en las puertas de la Inquisición multitud de escibanos y alguaciles, notándose entre ellos algunos soldados de la fé y varios de esos hombres incalificables, vestidos de un modo extraño, que tratan de aparecer como honrados artesanos, y que no son otra cosa sino sayones y verdugos.

Se trataba de una de esas justicias secretas, celebrada en uno de los subterráneos del edificio, como

esas trajedias sombias cuyo desenlace deja una huella terrible en el corazon. En resúmen, íbase á matar al marqués de Villouraz en lugar del caballero Guillermo Brun.

En los dias, ó mejor dicho, en las horas que habian trascurrido desde que fué encerrado en un profundo y húmedo calabozo, había conservado esa esperanza natural de que no tardarían en dejarlo libre, y por lo tanto, si bien rabiaba, pateaba y bufaba, no dejaba de reirse por aquella extraña peripecia de que todo un embajador hubiese sido preso como un herege. Al principio contentóse con jurar, con dar voces y llamar en la puerta de la prisión; pero sus gritos, juramentos y porrazos se perdian como uno de eso ecos submarinos y prolongados que se extienden por debajo de rocas perforadas. Despues, cuando conoció que esto era inútil; cuando el frio del calabozo fué penetrando en sus huesos; cuando pasaron las horas sobre su frente, entonces principió á meditar por vez primera en su situación, tal vez más terrible de lo que creyera en un principio.

—¡Si me irán á quemar como me lo anunciaron en aquella maldita venta!—se preguntó por último cruzándose de brazos.—¡Bah! ¡quemarme á mí! ¡Nada menos que á un embajador secreto de S. M., á un hombre de la más elevada categoria! Imposible: luego que me presenten á los jueces se descubrirá el enredo y verán que yo no soy Guillermo Brun. ¿Pero qué diablos ha hecho este maldito para que la Inquisición

trate de echarle el guante! ¡Oh! se me olvidaba; se trata del robo de mi querida parienta la de Ponzoa, y en esto se halla explicado todo el problema... Bien puedo decir que le he salvado el pellejo.

Estas reflexiones, si bien le tranquilizaron en un principio, no le satisfacían después de pasar tantas horas.

—Lo más malo de todo es que esta gente no me da de comer ni nadie acude á mis voces. ¡Oh!—prosiguió estremeciéndose de pronto y sintiendo que sus poros se abrían para dar salida á un copioso sudor; —ahora recuerdo que la Inquisición usa de castigos terribles. He oido decir que emparedan á los delincuentes, que los meten en un nicho, sujetos á unos yugos de hierro, en términos que no pueden moverse, y que una gota de agua que cae perennemente sobre sus cabezas, les llega á podrir el cráneo hasta que mueren entre las angustias más terribles; también cuentan que los ponen en unas camas de acero con puntas de lo mismo, y añaden que á muchos los dejan encerrados hasta que perecen de hambre y desesperación .. ¡Oh! ¡si irán á ensayar este método conmigo! Dios mío, ¡y yo que he dejado correr las horas... sin llamar hasta que se me hubiesen gastado los piés y las manos!... ¡yo que no había advertido que tenía un hambre terrible, un hambre devoradora! ¡Oh! llamemos, llamemos.

Y el pobre marqués que veía muy claro cuanto acaba de pensar, se arrojó á las puertas del calabozo

gritando y golpeándola con toda su fuerza como si estuviese loco.

Pero nuevas horas vinieron á desesperar más su situación. Cuando rendido y ensangrentado caía al suelo, entonces, con un sentimiento súbito de alegría, distinguió el ruido de unos cerrojos y los pasos de alguna gente que se aproximaba.

Nunca la esperanza se había presentado tan lisonjera al marqués de Villouraz.

En efecto, abrióse de allí á pocos momentos la puerta de su calabozo y apareció uno de aquellos negros notarios inquisitoriales, sordos y mudos como la ley, é inflexibles como el destino. Detrás de él había cuatro soldados de la fé, y á la espalda de estos, cuatro sayones con largas correas en las manos.

—¡Oh! gracias á Dios,—exclamó por último el marqués exhalando todo el aire contenido hasta entonces en sus pulmones;—creí que no pensábais venir nunca á sacarme de esta mazmorra.

Todos los notarios son unas máquinas que funcionan por medio de un mecanismo raro; pero el que tuvo el honor de escuchar las palabras de Villouraz tenía la particularidad de ser un pedazo de mármol más bien que un hombre.

Ni lo miró, ni lo escuchó. El marqués quedó asombrado cuando por única contestación oyó estas palabras dirigidas á su cohorte:

—Vamos.

Los cuatro hombres de las correas avanzaron há-

cia el marqués, y antes que él supiese lo que iba á pasar, se encontró atado y sujeto por la espalda.

—Señor; ¡qué impolítica es esta! .. ¡Por vida mía que os he hacer ahorcar cuando salga de este sitio! ¿Sabeis quién yo soy?... ¡Oh! soltadme, soltadme. ¡Eh! señor notario, sabed que mi nombre...

—Si no calla, ponedle una mordaza;—fué la contestación que oyó de boca del escribano.

—¡Una mordaza! canalla... miserable...

—El tormento le hará callar,—añadió el notario.

Villouraz se extremeció horriblemente.

—¡El tormento decís! —exclamó más asombrado que irritado.

—Sí, señor, el tormento;—contestó por último el hombre vestido de negro dignándose contestar categóricamente.

Esta palabra espantosa, pronunciada de un modo frío y cruel, le hizo comprender al marqués que se trataba de hacer con su persona un lento martirio.

—¡Caballero,—murmuró como si todo aquello fuese un sueño;—yo no acierto á creer eso que me decís!

—Yo no digo nada; la ley es quien habla.

—Pero la ley hablará con el delincuente y no conmigo. Sabed que yo soy el marqués de Villouraz, embajador secreto del rey en los Paises Bajos, y tengo el honor de desempeñar una misión reservadísima en nombre de la paz general.

El escribano se encogió de hombros como quien está acostumbrado á semejantes protestas.

—Ese es el recurso de los que van al tormento,— dijo con indiferencia.

—¿Pues qué no me creeis?

—No; la ley os ha marcado con otro nombre: vos sois Guillermo Brun.

Villouraz inclinó la cabeza con desesperación.

—Este bárbaro,—se dijo para sí,—no me conoce y seria capaz de tostarme en unas parrillas como á San Lorenzo, conducido por este funesto error. ¡Oh! regularmente me llevarán á la presencia del tribunal, y entonces soy libre.

Este pensamiento le volvió la esperanza y la tranquilidad, y confiado en la verdad de la prueba que iba á exponer, miró con una risa despreciativa al notario y á su comitiva. Este le devolvió la sonrisa con otra semejante á la de los monos.

—Puesto que quereis llevarme al tormento,—exclamó el marqués levantando la voz y la cabeza;—puesto que afirmais de que yo soy el caballero Brun pasemos al tribunal para que se haga la identidad de mi persona.

—¿A qué tribunal?—preguntó el notario.

—Al que me ha impuesto esta pena,—contestó el marqués.

—Vos estais condenado, y el tribunal os ha trasladado á la parte ejecutiva.

—¿Pero no está reunido el tribunal?

—No.

—¿No hay un juez por estos salones?

—Tampoco.

—Entonces es preciso que llameis al inquisidor general; es muy amigo mío y...

—Aquí no se llama á nadie, caballero,—contestó el notario;—yo vengo á dar fe del acto que se va á ejecutar, y para ello es menester aplicaros al tormento. Esto es todo. Teneis, sin embargo, un medio para evitarlo y es confesar paladinamente el modo con que antes de ayer os escapásteis de la procesión del auto de fe, y quiénes fueron vuestros cómplices.

—¡Qué estais diciendo!—exclamó Villouraz abriendo los ojos;—¡qué procesión es esa! ¡de qué auto de fe estais hablando! ¡Dios mío! ó yo estoy loco, ó este hombre me está refiriendo cosas que no comprendo!

—Eso es eludir la pregunta. He cumplido con la ley,—replicó el notario, que se relamía de gusto al pensar en el espectáculo que se iba á ejecutar.—Vamos con él al tormento, allí cantará como un papagayo.

Los sayones no dejaron que repitiesen la orden y empujaron al marqués bárbaramente.

—¡Por todas las ánimas del purgatorio! mirad, señor notario, que yo no soy...

—Insiste en negar. Adelante.

—Este demonio va á desesperarme.

—¡Oh! ¡oh! eso es un insulto inferido á la autoridad del tribunal.

El marqués oía aquella letanía, y cuando quiso acordar se halló en una sala prolongada, sombría, es-

traña, glacial, á pesar de haber en ella una gran copa de hierro llena de fuego.

No pudo menos de estremecerse al hallarse de pronto en aquel horrible lugar. El espectáculo era para alarmarle. Espantosos instrumentos de suplicio se encontraban desparramados aquí y allá significando cada uno un dolor nuevo, una angustia desconocida; garfios, tenazas de todas las formas, pinzas de todos tamaños, cuerdas ensangrentadas, pedientes de negras garruchas, planchas de hierro con puntas de acero, lechos de misteriosa hechura y caballetes de fatídico significado, todo se veía revuelto y confundido en aquel museo.

La gran copa de fuego que ardía en el fondo despedía un denso humo, tras el cual parecía distinguirse la imágen de un Crucificado pendiente de la pared. Alrededor de aquella pira fúnebre, cuatro hombres encapuzados y descalzos esperaban una señal ó una voz para ponerse en movimiento.

Villouraz miró en torno de sí con asombro y vió que los soldados que lo escoltaban y los sayones que lo conducían habían desaparecido: solo el notario, siempre impasible, siempre mirándolo de reojo se hallaba á su lado.

—¿A dónde me conducís, caballero? —preguntó tartamudeando de pavor.

—Estais en la sala del tormento,—contestó el notario.

—¡Diantre! ¿A qué me habeis traido á este sitio?

¿Qué tengo que ver yo con esos aparatos singulares? Vámonos de aquí, señor mío: yo no puedo estar tranquilo.....

Villouraz se detuvo, porque el notario en vez de contestar hizo una seña á los cuatro encapuzados para que se aproximasen.

Estos avanzaron hacia el marqués como cuatro sudarios flotantes: este hubiera saltado para atrás, si se lo hubiesen permitido las correas con que estaba sujeto, pero esperimentó tal miedo, que principió á perder la cabeza.

—¡Oh! ¡que vais á hacer! —exclamó replegándose en sí mismo.

—Vamos á haceros confesar,—contestó el notario sacando del seno un papel cuidadosamente doblado.— La sentencia del Santo Oficio, está reducida á daros tormento hasta que confeseis quiénes han sido vuestros cómplices, y en seguida á que sufrais la pena anteriormente impuesta por el Tribunal. Si quereis satisfaceros podeis leerla en este escrito.

Villouraz encontró en aquellas palabras toda la amargura de la desesperación. Se veía dentro de aquel infierno y en poder de aquellos demonios, sin fuerza para huir, ni medios para identificar su persona. ¿Qué hacer, pues? ¿Qué clase de pena le esperaba después de aquel primer suplicio? El mísero embajador maldijo mil veces la hora en que había cambiado su pacífica bata de camino por el traje de Guillermo Brun, y después de bufar como un toro, amenazar

y gritar de nuevo conoció que nada adelantaría.

—Vamos,—exclamó el notario dirigiéndose á los encubiertos; acostad al delincunte en la cama de hierro.

—¡Como es eso! gritó Villouraz; yo no tengo ganas de dormir.

Pero este se sintió agarrado por unas terribles manazas y conducido hácia el siniestro lecho que tenia en frente.

—Señores..... por todos los santos del cielo, prosiguió la víctima; mirad que yo no soy el culpable..... que una fatal equivocación en la causa de que yo me encuentre en este sitio. Señores, todos vosotros habreis oido nombrar al marqués de Villouraz, embajador del rey..... Ese soy yo.... yo no soy el caballero Brun..... ¡Ay!..... ¡ay! tened piedad siquiera..... Mirad que mis carnes son muy delicadas..... Deteneos.....

Esta súplica de la desesperación se perdió en la negra bóveda de la sala, y Villouraz cayó en la helada cama. Entonces sintió que cuatro lazos de bronce sujetaban sus piés y sus manos, dejándolo como adherido al horrible suplicio.

—Hermano,—exclamó el notario con voz solemne y mirando aquella masa de carne estirada, estrujada y comprimida. Se os puede soltar si confesais. Aun es tiempo.

—¿Y que quereis que confiese?—contestó el marqués con voz agonizante.

—¡Os escusais! Hola, apretad el torniquete.

Los encubiertos se llegaron á un aparato de hierro

que había debajo de la cama y dieron vuelta á un torno del mismo metal que se comunicaba con otra plancha que principió á subir.

Villouraz dió un grito horroroso: sus miembros quisieron comprimirse para romper los lazos que le sujetaban; pero aquel violento esfuerzo le hizo caer con pesadez en la misma postura. La pobre víctima quedó con los ojos desencajados, la boca entreabierta, lanzando alaridos terribles y echando espumarajos

La plancha que había subido á unirse con el fondo de la cama, estaba cuajada de puntas afiladas, las que saliendo por multitud de agujeros fueron á clavarse como otros tantos puñales en la carne del marqués.

—¡Ay!... ¡ay!... ¡por piedad!.. ¡por misericordia!—gritó éste.

—Confesad,—dijo el notario, haciendo traer una mesa y una escribanía.

—Bien, confesaré... haré ó diré lo que gusteis.

El escribano se sonrió como un hombre que no duda de los efectos del tormento, y después de sentarse cómodamente para escribir con más facilidad, dijo:

—¿Cuál es vuestro nombre verdadero?

—Ya os lo he dicho; soy el marqués de...

Las puntas de acero no aguardaron á que concluyese la frase. Un nuevo y penetrante grito desgarró su garganta.

—Ved los efectos de la mentira,—dijo el notario;—vos sois el caballero Brun, confesadlo.

—Lo confieso,—contestó el embajador no pudiendo pasar por otro punto.

El escribano extendió la declaración, y en seguida continuó:

—Segun informes tomados por los ajentes del Santo Oficio, parece que vuestros cómplices eran militares, y aun añaden que eran un capitan y un alférez de la guardia del rey. ¿No es verdad?

Villouraz principió á comprender que se trataba de Pedro Rangel y Martin Gorbea, puesto que ellos eran los únicos que acompañaban á Brun en su fuga. Villouraz era hombre de conciencia, y no quiso confesar. Pero el tormento vino de nuevo á desgarrarle las carnes.

—Todo es verdad.. todo,—gritó no pudiendo resistir las punzadas horribles del lecho de hierro.

—Decid sus nombres, instó el notario.

Un gesto espantoso por parte del paciente indicó que no debia comprometer á los dos caballeros, pero el torniquete dió otra vuelta; Villouraz sintió crujir sus carnes, correr la sangre por entre su trage, y nombró á Pedro y á Martin.

Depurada la verdad de aquel modo; satisfecha la curiosidad del Santo Oficio, nada tenía que hacer la víctima sobre el lecho. Se desaflojaron los tornillos, desaparecieron las puntas de hierro, y el marqués tuvo fuerzas para moverse. Sin embargo, había quedado tan quebrantado que no pudo levantarse.

Los verdugos lo pusieron en pie y lo condujeron

á la puerta de la sala. Allí encontró á los cuatro sayones; el notario desapareció y él fué conducido á un profundo calabozo.

Apenas había tenido tiempo para serenarse y cubrir sus desgarradas carnes con su ropa blanca, cuando sintió que la puerta se abría. Abrigó en aquel momento una esperanza de libertad; ¡pero cuál fué su asombro al ver que se le acercaba un fraile cubierto con un prolongado hábito de Santo Domingo?

Un nuevo terror circuló por todo su cuerpo. Creyóse presa de un nuevo vampiro, y aunque el traje religioso del aparecido le tranquilizaba en parte; aunque vió por su lenta marcha que aquel ser parecía inofensivo, no por eso dejó de alarmarse.

El fraile se acercó á su lado y se sentó sin pronunciar una sola palabra. Villouraz lo miró con extrañeza, y auque su cuerpo estaba lleno de heridas, principió á creer que todo tendría un término satisfactorio.

—Venid, padre, venid,—dijo por último;—estoy quebrantdo, herido, despedazado; acaso vengais á consolarme. ¿No es verdad?

—Sí, hijo mío,—contestó el religioso;—vengo á seros útil en lo que cabe.

—Entonces el cielo os envía. ¿Sabeis si me pondrán hoy en libertad?

—¡En libertad!—exclamó el dominico;—sí.... sí; hoy es el último día de vuestros padecimientos.

—¿Luego el tribunal habrá reconocido su error? ¡Oh! esa noticia compensa los dolores que estoy sufrien-

do. Vos no sabeis lo que es el tormento. ¡Diablo! Figuraos que os muerden, que os pinchan, que os desgarran, que os chupan la sangre ..

—¡Ah! esa es una ofrenda propiciatoria que debeis ofrecer anticipadamente á Dios.

—Cierto que sí, padre,—contestó el marqués.—pero decidme, ¿cuándo vendrán por mí?

—Muy pronto: por lo tanto es menester que os prepareis.

—¡Oh! estoy listo; puedo andar con facilidad, á pesar de mis quebrantos.

—Entonces, hijo mío, conviene que os confeseis.

Villouraz que no aguardaba esta contestación, abrió los ojos con estupor.

—¡Cómo confesarme! ¿No decis que vendrán pronto?

—Sí.

—Luego á qué hemos de emplear el tiempo en ese acto, cuando deseo respirar el aire libre, ver á mi esposa...

—Pero qué ¿habeis creido que vuestra libertad... es?...

—¿Pues qué es? padre. ¿qué es? Por mi vida que me voy á volver loco...

—Vuestra libertad, hijo mío, es la libertad eterna; la libertad del alma, encerrada aun en la triste cárcel de vuestro cuerpo.

Aunque estas frases no eran oscuras, Villouraz no las entendió ó no quiso comprenderlas.

—Padre,—replicó temblando;—yo no comprendo esa clase de libertad... Yo hablo de la libertad de la calle, de la libertad de irme á mi casa.

—Esa ya no existe para vos.

—¡Cómo que no!

—¿Pues ignorais que estais sentenciado á muerte, y que se os ha concedido una hora para que os pongais bien con Dios?

El marqués á pesar del tormento no podía concebir que fuese cierto lo que oía, y estuvo tentado de arrojar á la cabeza del fraile el banquillo donde estaba sentado. Pero cuando la reflexión se apoderó de él, principió á titubear.

—¡Yo sentenciado á muerte! Vamos, sin duda yo estoy loco ó estoy soñando. ¿Qué he hecho yo?

—Os inculpan gravísimos delitos, hijo mío,—contestó el religioso,—pero esto no me pertenece. Como sentenciado á la pena de horca, debo prestaros mis pobres consejos, mis auxilios consoladores. Por eso me teneis aquí; por eso acudo á vuestro lado, para hacer más tranquilos los momentos de vuestra agonía.

Un copioso sudor principió á brotar de la frente del marqués, á medida que escuchaba estas palabras: su rostro pálido por el dolor, se descompuso notablemente y principió á creer con formalidad que serían capaces de ahorcarlo, lo mismo que habían sido para aplicarle el tormento.

Pero el tormento era una cosa y la horca era otra.

—Padre,—exclamó con el gesto de la angustia,—¿es verdad lo que me decís?

—Hijo mío, yo no miento.

—Pero es menester que sepais que yo no soy delincuente; que me han tomado por otro; que yo en vez de llamarme Guillermo Brun soy conocido con el título de marqués de Villouraz; que soy embajador del rey y venía con una misión secreta de suma importancia.

—Nosotros,—contestó el religioso interrumpiéndole,—somos agenos á las deliberaciones del Santo Oficio, cuanto á las quejas de los delincuentes. Venimos aquí á cumplir un deber y nada más. No conocemos á los reos por sus nombres, sino por sus actos de arrepentimiento: ya calculareis por esto que es inútil esa explicación.

—¿Conque según eso vos no me podeis servir de nada?

—Puedo serviros para consolaros.

—¡Oh! no, no: es decir, que por donde quiera que me lleven, iré gritando, y el pueblo, mis amigos y todo el mundo me conocerá.

—¡Ay, hijo mío!—exclamó el religioso,—¿ignorais que vuestra carrera está marcada? ¿No sabeis que sin salir á la calle vais á ser ejecutado en una de esas prolongadas y estrechas crugías que se encuentran en este edificio, y que están destinadas para ahorcar á los reos contumaces?

Tan desconsoladoras fueron estas palabras, que Villouraz lanzó un rugido espantoso.

—Padre... padre, eso es imposible. ¡Ahorcarme á mí! ¡á mí que con un soplo puedo aplanar esta casa!...

—Hijo, todo sentimiento arrogante es inútil. El tiempo corre y dentro de poco...

—¡Luego os formalizais!... ¡luego no hay más remedio que morir!—gritó el marqués.—Padre, ¿no sabeis que las vértebras de mi cuello son muy delicadas?.. ¿Pero se han compadecido de mí durante el tormento? ¡Ah! Veo que me van á ahorcar de veras y esta sería la peor de las bromas... Dejadme, voy á gritar, á aturdir á todo el mundo, á llamar con todas mis fuerzas.

—Es inútil, estas paredes os contestarán con el eco.

—¿Con que es decir que es menester conformarse?

—Sí.

—Pues yo no me conformo.

—Vamos, hijo, confesad.

—Esa es la palabra que estoy oyendo desde que estoy en esta horrible casa. No confieso, sino protesto y estaré protestando desde ahora hasta mañana.

—¿Con que según eso os negais á recibir los auxilios espirituales?—preguntó el fraile lanzando un relámpago sombrío de sus hondas pupilas.

—A lo que yo me niego es á que me ahorquen.

—Está visto,—murmuró el dominico,—es un relapso, un impenitente.

Y acercándose á la puerta del calabozo dió en ella algunos golpes.

Antes que Villouraz se apercibiese de este movimiento, apareció en ella el notario que ya conocemos y su lúgubre acompañamiento. El infortunado marqués perdió toda su entereza así que vió á los verdugos de su anterior suplicio, y entonces comprendió que sería muy probable que lo ahorcasen. Un denso velo ofuscó su vista, su cuerpo se extremeció convulsivamente, creyéndose víctima de un sueño espantoso, y principió á dar gritos apagados y moribundos.

Entonces vió que los sayones se apoderaron de él y lo empujaban, ó mejor dicho lo arrastraban hacia una prolongada crugía iluminada por siniestros hachones; el fraile se le acercó de nuevo y principió á decirle palabras que para él fueron ininteligibles, y en medio de aquella mutación de escena, cubierta de espesas sombras, creyó distinguir una larga hilera de hombres ahorcados columpiándose en un fondo apenas iluminado, y en posturas distintas según la época en que sufrieron el castigo. En medio de aquella fila horrible, algunas cuerdas se habían roto, dejando caer al suelo los miserables despojos que sostenían, y otras tenían el lazo entreabierto como si estuviesen reclamando una víctima.

Villouraz vió todo aquello como esas creaciones fantasmagóricas de una pesadilla ó de una calentura, y se sintió arrastrar hasta debajo de una de aquellas cuerdas sujetas de argollas de hierro.

Uno de los sayones por medio de una escalera de mano se apoderó del moribundo marqués y principió á

subir. Un movimiento supremo de terror hizo que éste recuperase la palabra.

—¡Que me ahorcan!... Socorro.. socorro... soy inocente.

Este grito desesperado, poderoso, grande, inmenso, gutural, estalló como un ronco alarido, y se perdió á lo lejos de las tenebrosas crugías.

En el mismo instante contestó sin saber de adónde otro grito de mujer.

—¡Perdón!... ¡perdón!... suspended el suplicio.

Todos volvieron la cabeza, y Villouraz que ya sentía la cuerda rozando su garganta, experimentó que la vida brotaba de nuevo en todas sus venas al oir aquel acento.

Eran Isabela y el capitán Rangel que llegaban en aquella suprema circunstancia con el perdón del rey.

—Señora un minuto más y os quedais viuda,—dijo el marqués quitándose el lazo y saltando al suelo.

La marquesa entregó la cédula al notario que estaba estupefacto como todos los demás, y acercándose á su esposo le contestó:

—Por esto conocereis que no me pesa estar casada.

—¡Oh! me habeis vencido.. —replicó el marqués.— Sólo la virtud y el honor se portan de este modo. ¡Pero qué es esto! Vos aquí tambien, señor capitán... ¡Luego es imposible que ameis á mi esposa como me habían dicho!

—Marqués,—contestó el capitán sonriéndose triste-

mente;—conoced á los hombres no como aparecen, sino tales como son. Cuando por un minuto de diferencia no os he dejado ahorcar, es porque mi alma es más grande que mi corazón.

Villouraz no comprendió mucho la frase, pero contentóse con tragar alguna saliva, y extendiendo las manos exclamó:

—A caballeros que se portan como vos, les entrego mi amistad; á esposas que se distinguen como ésta, les devuelvo mi admiración y mi aprecio.

El marqués abrazó á la una y estrechó las manos del otro.

—Pero vámonos de aquí,—prosiguió derramando una ojeada en torno de aquellos hombres y aquellas víctimas;—pudiera darles una segunda humorada, cuando no sé si escaparé de ésta con pellejo. ¡Oh! marquesa... marquesa, ¡cuántos sustos amenazan á un embajador, y mucho más cuando éste la echa de celoso!

Isabela se sonrió dulcemente y siguió á su esposo.

El notario quedó con el sentimiento de no haber llenado su deber hasta lo último, pero se hubo de conformar con el mandato del rey.

Cuando Villouraz vió la calle, el cielo, la luz, dió un suspiro y volvió á estrechar á su esposa y á su amigo.

—Señora, ha concluido mi carrera diplomática... —dijo con ademán solemne...—Me retiro al hogar doméstico... Voy á hacer mi dimisión.

—¡Oh marqués!—contestó Pedro poniéndole la mano en el hombro.—¿Sabeis que es muy peligroso mudar de trajes en la misma noche en que otros acompañan á las mujeres casadas?

El embajador comprendió toda la filosofía de aquella reflexión, y juró para sus adentros que en caso de morir, nadie era más digno de sucederle que el digno capitán Pedro Rangel.

CAPITULO XXXVI

Una pitonisa.

A la par que estos acontecimientos tenian lugar en el fondo de un calabozo de la Inquisición, otros de distinto género pasaban en el interior del palacio de la duquesa de Terranova, que como el lector recordará, se hallaba situado en la calle de Leganitos.

Martín Gorbea, fiel á las órdenes de su rey, había cumplido exactamente con lo que se le mandara.

La duquesa recibió el golpe afectando una sonrisa tanto más violenta, cuanto más profunda era su desesperación; don Jerónimo Eguía hizo uno de esos incalificables saludos que bien pueden tomarse por una señal de acatamiento ó por una muestra de rebelión, y en cuanto al padre Relux, presente en tan solemnes momentos, no dejó de temblar, sabiendo que su desgracia estaba próxima.

Así quedaba disuelto aquel terrible triunvirato que mil veces dispuso de la voluntad del rey.

Cuando la duquesa después de sus primeros transportes volvió la cabeza para desahogar su corazón, creyó encontrarse sola... completamente sola.

—Me han abandonado, —dijo lanzando miradas terribles; —me han abandonado en el instante de la desgracia, cuando ahora más que nunca necesitaba de sus consejos. ¡Ah! pérfidos; ¡y esta es la amistad que me vendíais! ¡Desde que he dejado de ser camarera mayor ya no os hago falta!... ¡Terrible lección del destino que no olvidaré mientras viva! Pero no creais que aún todavía haya dejado de pertenecer á palacio. Veré á la reina, me presentaré al rey, y...

Acaso hubiera continuado su monólogo á no haber notado en un extremo de la sala á un hombre que la escuchaba. Era Martín que esperaba una contestación terminante de la duquesa, y que inmóvil é impasible acababa de presenciar la desesperación y arrebatos de la vieja cortesana.

El jóven capitan era desgraciado en extremo, y conocia muy prematuramente la senda de los desengaños para mofarse de aquel dolor ni de aquellas circunstancias. Luego que notó que su presencia podía ser importuna, hizo una modesta cortesía y trató de retirarse, pero así que la duquesa se apercibió de aquel paso delicado, se lanzó hácia él y prosiguió:

—No os vayais caballero no os vayais; conozco que me he dejado conducir por un acceso de irritación, al

ver la ingratitud de esos hombres, y al creerme sola he prorumpido en amargas quejas. Por fortuna creo encontrar en vos un apoyo. ¿Queréis acompañarme á palacio?

—Señora, tendré una especial complacencia en ello.

—Sois muy generoso, señor; observó la de Terranova. No falta nunca un consuelo en medio del dolor. Dios sin duda os envía.

La duquesa tiró del cordon de una campanilla, y ordenó que inmediatamente le preparasen su coche mientras ella se rebozaba en un manto. Conocíase la irritación que la dominaba, puesto que sus labios y barba se agitaban convulsivamente, y sus ojos llameaban de furor. Parecíase á una pitonisa inflamada en la trípode por una inspiración epiléptica.

—¡Oh! —decia paseándose de un extremo á otro de la sala, revolviéndolo todo y haciendo como que buscaba los objetos que debía ponerse; —bien podeis afirmar, caballero, que vuestra comisión formará una época extraña en la historia de nuestro país. No hay ejemplo de que se obligue á una señora de mi carácter y dignidad á renunciar un destino que la costumbre ha hecho inamovible. Pero la traición... la intriga y la maldad, han llevado adelante esta empresa, y así ha salido ella... Feliz yo... feliz yo mil veces que me veré libre de aquí, para después del engorroso cargo que estaba desempeñando, quedarme en mi casa tranquila y resignada. Tonta y mil veces tonta, que no he sabido apreciar hasta este momento la dulzura del hogar

doméstico... ¡Ah! este es el pago, caballero el de todos aquéllos que servimos lealmente... Pero no... esto es una trama de mis enemigos, una sorpresa de mal género, y aunque mi mayor deseo es huir de ese piélago inmenso lleno de escollos que se llama corte, necesito la orden verbal del rey para reverenciarla.

La duquesa, que había dado pábulo á una irritación mucho más ridícula que terrible, se agarró del brazo de Martín Gorbea.

—Conducidme, caballero,—dijo;—la sensación que he esperimentado me ha causado un vahido y apenas puedo andar.

Martín obedeció por respeto, mientras la furiosa duquesa continuó su relación al tiempo que bajaban las escaleras.

—¡Necia de mí! Ayer debía haberlo adivinado todo, pero nunca creí que echaran mano de la de Alburquerque, de esa erudita de nuevo cuño que reune á cuatro tontos en su casa para hacer el papel de sabios. Ayer vino don Pedro de Aragón aconsejándome privadamente que debía pedir mi retiro á causa de mis dolencias... y yo, sin comprender la verdad de este tegido de miserables intrigas, hasta le dí la razón... Caballero, poneos en mi situación y conocereis que debo quejarme... Pero el rey me hará la debida justicia. Vamos... vamos, sed mi apoyo en este momento.

El jóven conoció que estaba perdiendo un tiempo precioso; que robaba á su hermana unas horas que debia consagrar á ella únicamente, pero sujeto por la

duquesa no podia esquivar el compromiso de conducirla al alcázar real.

Se resignó á oir los silbidos de aquella serpiente.

Cuando llegaron al zaguan el coche estaba esperando. Martin balbuceó algunas palabras para escusarse de acompañarla, pero la de Terranova era inexorable con respecto á dejar á un joven sin que antes le calentase la cabeza con mil relaciones pronunciadas en todos los géneros, puesto que aquella vieja actriz, que por tantos años había representado su papel en el teatro de la corte; sabía adoptar unas veces el tono lloron y otras la entonación satírica.

El carruaje se puso en movimiento y en breve llegó á palacio.

La duquesa conocia perfectamente todos las pasadizos y escaleras secretas que más pronto conducia á la cámara real, sin pensar que la hora era asaz importuna, por ser en la que el rey acostumbraba comer, no titubeó en llegar á la sala donde estaban los gentiles-hombres, haciéndose anunciar en seguida.

Carlos era demasiado bondadoso para negar aquella audiencia, pero tambien tenía el suficiente carácter para no retroceder en su determinación. La noble dama recibió permiso para entrar.

—El último favor, caballero,—dijo ésta dirigiéndose á Martín;—sois el único que habeis sabido apreciar mi desgracia, y acaso sea vuestro corazón el más generoso de todos. Hacedme el obsequio de esperarme.

Martín contestó con la finura que le caracterizaba, y la duquesa levantó el antiguo tapíz que separaba la cámara real de la habitación que ocupaba.

El rey, triste y melancólico más que de costumbre, escuchaba las eternas adulaciones de un gran número de cortesanos, sin comprender siquiera el sentido de aquellas palabras, cuando vió avanzar hacia sí á la duquesa. Esta, después de saludar al monarca, miró á todas partes con cierto descaro imprudente, y aunque amaestrada en la escuela de la corte, no pudo dejar de sorprenderse cuando vió detrás de Carlos á don Jerónimo Eguía, alegre, locuaz y burlón.

¿Qué había pasado entre el amo y el siervo después de la funesta orden que le fuera á éste entregada? Hé aquí un problema, durante algunos minutos, para la exaltada y envidiosa imaginación de la duquesa. Repuesta algún tanto de agitación, acercóse á Carlos y dijo:

—Señor, quisiera merecer de la bondad de V. M. un momento de atención.

El rey la miró vagamente como si su espíritu estuviese meditando en cosas más profundas, y después de un instante de pausa, contestó:

—Podeis hablar, duquesa; ya os escucho.

La de Terranova volvió la cabeza hacia la nube de cortesanos que la rodeaban, y manifestó un gesto, más bien que con un ademán, que estos eran importunos en aquella ocasión. El rey comprendió este deseo, y haciendo una señal con la mano, obligó á los

palaciegos á que se retirasen al fondo de la estancia.

—Gracias, señor,—exclamó la dama inclinándose.
—V. M. ha adivinado lo que mis lábios no se habían atrevido á pronunciar.

El rey miró gravemente á la dama, y sin esperar á que ésta diese principio á su relación, le preguntó:

—Y bien, señora, ¿en qué puedo complaceros?

—Venía á saber de boca de V. M. la orden que en esta mañana me ha sido comunicada.

Carlos se puso más pálido de lo que estaba, y después de titubear un instante, á impulsos de su natural bondad, contestó:

—Señora, os he enviado vuestro retiro.

—¡Mi retiro! Será la primera camarera mayor que ha disfrutado de él,—exclamó la de Terranova ahogada de coraje;—V. M. sabe perfectamente que nunca, en los tiempos de vuestro padre, se usó una medida semejante.

—¿Qué quereis? las circunstancias son más imperiosas que lo eran antes, duquesa. Sin embargo, en prueba del aprecio que os tengo, he dispuesto que conserveis vuestos honores y vuestro sueldo.

Esta contestación era decisiva para quien comprendía perfectamente la táctica de la corte, y conoció que su suerte estaba pesada. Era preciso resignarse y morir con la aureola de cierta gloria para evitar la burla de la sociedad y la mordaz charlatanería de las reuniones públicas; así fué que extinguiendo cuanto pudo las llamaradas que despedían

sus ojos, ahogando el encono en el fondo de su corazón, conteniendo el temblor nervioso de su cuerpo, alzó la voz en términos que pudiese ser oída por todos los cortesanos, y dijo:

—Conociendo, señor, las razones que V. M. acaba de exponer, vengo decidida á que se me conceda el permiso para retirarme del puesto de camarera mayor.

—Señora, podeis hacerlo cuando gusteis,—contestó Carlos con cierta sequedad impropia de él, pero que tuvo que adoptar á causa de la repentina explicación de la duquesa.

Esta que no aguardaba semejante contestación quedó herida como por un rayo, y por un momento estuvo tan asombrada como si hubiesen estallado cien truenos sobre su cabeza. Los cortesanos que escucharon tan terribles palabras alabaron la rectitud d l monarca que las pronunciaba, y este zumbido adulador corrió á inflamar de rabia el corazón de la dama, la cual pidió permiso para volver al cuarto que tenía en palacio.

Autorizada para ello, y pensando apurar hasta lo último el cáliz de su desgracia, salió dando traspiés de la mansión real, hasta que caido el tapiz de la puerta fué á tropezar con un objeto que al pronto no pudo distinguir á causa de la turbación que la dominaba.

Aquel objeto no era otra cosa sino don Jerónimo Eguía que se había interpuesto á la salida.

—Duquesa, duquesa... por el amor de Dios,—dijo presentándole la mano con cierta cómica extravagancia,—¿no veis que os vais á estrellar contra ese espejo?

Así era en efecto; la de Terranova se hallaba tan fuera de sí que no sabía lo que le pasaba.

—¡Ah! ¿vos aquí?—exclamó reconociendo el melífluo acento de Eguía.

—¿Os sorprende acaso? —preguntó éste.

— Quién lo duda; os hacía camino de vuestro destierro.

Eguía proyectó en sus labios una de esas sonrisas indefinibles que se pierden entre la gravedad del rostro como una nube dorada en el azul del cielo.

—Duquesa, el aire ha cambiado; me he sincerado para con S. M. y...

—¡Y qué!—gritó la impaciente dama.

—¡Oh! la cosa es clara, que se me ha levantado el castigo que por una mala inteligencia se me había impuesto.

—¡Con que es decir que yo solamente soy la desgraciada! Bien, está bien.

Y la duquesa se hacía aire con su abanico sin dar lugar á un momento de descanso.

—Señora, vuestra caida tendrá algún fundamento...

—¡Cómo! ¿Lo ignorais acaso? ¡Vos que habeis sido la causa principal!...

Eguía fingió un golpe de tos para interrumpirla

—¡Oh! veo que estais muy exaltada y siento que

vuestra cabeza se extravíe en estos momentos. En fin, es una lástima que no tiene remedio. Si mi influencia la consideraís útil para alguna cosa...

—No; yo no quiero la influencia de los hombres que varían de una hora á otra de modo de pensar.

—Señora, esas expresiones no me afectan. He conocido mi error y he vuelto á la gracia del monarca. Lo único que se ha hecho para no comprometer la dignidad soberana, es darme licencia para que por algún tiempo me retire de los negocios públicos.

La duquesa se sonrió violentamente.

—¿Es decir que os mandan á mudar de aires, caballero? ¡Oh! no había tenido el gusto de saber esa noticia.

—Señora, es una felicidad que deseaba.

—Ya, ya; es una felicidad forzosa. Señor Eguía, puesto que os he conocido en el instante de nuestra caida, celebraré que lleveis feliz viaje.

—Yo aplaudiré que vivais tranquila en vuestra casa, señora.

—A lo menos tendré el gusto de ser independiente y burlarme de todo el mundo. Solo os ruego una cosa.

—¿Cuál?

—Cuando llegueis á ser ministro, acordaos de vuestra compañera.

El consejero comprendió la amarga ironía de estas palabras y levantó un pie como si temiese pisar á una víbora.

—¡Ah!... ¡ah!—contestó sonriéndose forzadamente;

un sentimiento tendré en no complaceros, señora, pues temo que no se cumpla vuestro deseo.

—¿Por qué?

—Porque tal vez entonces hayais muerto de un ataque de hidrofobia ó ictericia, ó sea del *morbus regius*, como dicen los sabios.

La duquesa adivinó el violento sarcasmo de su colega y le volvió la espalda dominada por una irritación espantosa. Su abanico principió á hacer un juego maravilloso con el fin de aplacar las ardientes llamaradas que subían de su corazón al rostro, pero en vano pudo conseguir serenarse por algunos instantes.

—¡Vete con mil diablos, maldito Judas!—murmuró la dama al verlo ocultarse bajo el tapiz que le servía de cortina á la entrada de la cámara real:—ese adulador va á recibir las últimas miradas de su amo, como los persas van á esperar los postreros resplandores del sol... En cuanto á mí quiero acabar de otro modo, quiero que sepan que se ha ofendido mi nombre, mi dignidad y mi clase. ¡Oh! palacio; ¡abismo de mentiras! tú eres el teatro donde el hombre ó la mujer aprende muy pronto el idioma de la falsía y la senda del desengaño... Vamos á despedirnos de la reina.

La duquesa así que acabó su perorata se encaminó á las habitaciones de María Luisa, no sin suplicar de nuevo á Martín Gorbea que la esperase algunos momentos más.

Tenía necesidad de borrar de su agitado semblan-

te la violenta alteración que la dominaba, pues de lo contrario se hubiera expuesto á la burla aun más implacable de las damas de la reina. Grande era el sacrificio, pero debía consumarlo. El abanico volvió á agitarse con precipitación; arregló del modo que pudo su descompuesto tocado, hizo varios mohines para volver á adquirir su elasticidad y desterrar la espantosa contracción de su fisonomía, y cuando calculó que ya podía presentarse sin llamar la atención de las señoras de servicio, entró en la estancia real.

María Luisa, aquel angel de virtud y de pureza, á quien la duquesa nabia tratado de oscurecer su aureola, recibió á su camarera mayor con la dulzura que le caracterizaba, si bien con cierto placer, puesto que no podia soportar sus desatenciones. «Dos afectos contrarios, dice un historiador español al describir este acontecimiento, agitaban á estas dos señoras; la alegría y la tristeza; pero las dos diestras en el arte de disimular, los tenian sepultados, sin que en su esterior manifestaran la mas leve señal (1).»

La reina estaba al corriente de cuanto habia ocurrido en la cámara de su esposo, y cuando la astuta duquesa, despues de saludar á su soberana, hubo no-

(1) Hemos tenido que sacrificar la acción histórica por no faltar á la unidad de la novela, puesto que los sucesos de este capítulo, todos verdaderos, no pasaron como suponemos en el trascurso de una mañana, sino que se representaron parte en ella, y parte al dia siguiente.

tado su reserva y gravedad, comprendió de una vez que su desgracia no tenia remedio.

La cólera invadió de nueva su semblante; sus ojos volvieron á resplandecer de un modo sombrío; su respiración se hizo agitada y su carácter tal como era, brusco, violento, indomable, se reveló en ella como la esplosion de un volcan.

La reina y las damas que la acompañaban adivinaron la tempestad que rugía en aquel corazón y esperaron á que estallase.

Despues de haberse dejado servir la esposa de Carlos II, miró á la de Terranova como incitándola á una esplicación: esta la miraba, y sin pensar en otra cosa sino en poner fin á aquel estado de incertidumbre, dijo con la cólera en los lábios y una mal fingida humildad en los ojos:

—Señora, vengo á despedirme de V. M.

María Luisa á pesar del odio interior que le profesaba, no pudo menos de sentir una viva opresión al oir estas palabras. Pálida como su camarera, contestó balbuceando:

—Pues qué ¿es cierto duquesa, que ya no perteneceis á mi servicio?

—El rey mi señor acaba de comunicarme la órden.

—¡Oh! —contestó la reina sintiéndose conmovida:— yo no creia que se llevase adelante esta determinación.

—Señora, la corte brinda muy á menudo con estos desengaños, y estoy resignada. Además, en prueba de

la adhesión que profeso á V. M. no dejo de retirarme con gusto, puesto que á mi edad más bien seria importuna para muchos. Conozco que mis inclinaciones no están en armonía con la marcha de las cosas, pues en una corte llena de bellezas, sienta mal un semblante consumido en el amor y en el afecto que profeso á mis reyes. *Mi único dolor es no haber servido á V. M. tan bien como lo he deseado* (1).

La jóven y hermosa reina sintió que sus ojos se arrasaban de lágrimas al escuchar la voz balbuciente de esta mujer. En aquel supremo instante olvidó cuantos disgustos le habia causado, y solo se acordó del padecimiento que la mortificaba.

—¡Oh! yo haré porque os compensen esta pérdida, —contestó María Luisa con efusion.

La de Terranova oyó estas palabras y vió las lágrimas que brillaban en el rostro de la reina, por lo que dominada entonces por el desentimiento y la soberbia, exclamó con el acento de la fiereza más desentonada.

—*Una reina de España no debe llorar por tan poca cosa, señora; mucho más cuando la que vá á ocupar mi lugar cumplirá mejor con su obligación* (2).

En seguida dominada violentamente por su dolor, hizo una ligera cortesía y salió de la régia estancia, como una bacante, como una furia.

(1) Histórico, como muchas de las palabras que escribiremos hasta el fin del capítulo

(2) Histórico.

Las damas que acompañaban á la reina salieron con ella, con el objeto de tranquilizarla, pero la duquesa que veia en aquella oficiosidad un doble insulto, no pudo contener por más tiempo la ira que hervia en su corazón.

—Gracias, señoras, gracias,—exclamó dejándose caer más bien que sentándose junto á una mesa;—alabo á Dios porque salgo al fin de este palacio, donde na hay más que falsedad y engaño..... Os juro que no volveré á pisar este pavimento, pues solo anhelo irme á mi casa á gozar de reposo y tranquilidad. Hartos disgustos he sufrido..... para no estar contenta con mi suerte.

Pero olvidando que su frenéticos ademanes desmentian sus palabras, dió dos golpes sobre la mesa, hizo pedazos el abanico con el que se habia hecho aire toda la mañana, y no sabiendo con quien cebar su rabia, la tomó contra la inerme alhaja que acababa de romper, y lanzándola al suelo la pisoteó hasta hacerla mil chispas.

En seguida se rebozó en su manto y fué á buscar á Martín Gorbea para que la acompañase á su casa.

Tal fué el fin político de la duquesa de Terranova. Aquel abanico hecho pedazos es un monumento histórico, acaso el más elocuente de tiempos tan borrascosos.

CAPITULO XXXVII.

A orillas de un torrente.

Luego que el jóven caballero que hubo sido tan complaciente con la camarera mayor dejó á ésta en su triste palacio de la calle de Leganitos, se dirigió á las caballerizas del rey, tomó un caballo que estaba consagrado á su servicio, y se encaminó hácia las riberas del Manzanares, pobladas entonces de corpulentos árboles.

Ya era tarde; cubrian el cielo espesas nubes, y apenas el sol rompia aquellos celajes con sus rayos amarillos. Un viento glacial empujaba con un ruido seco y estridente las hojas arrugadas de las espesas alamedas, marchitas ya por las primeras escarchas: los elevados chopos azotaban sus ramas descarnadas, y el agua del río lenta y helada, se agrupaba en pequeñas ondas.

A medida que el triste jóven se iba alejando de

Madrid, se perdian vagamente esos mil rumores de vida, estraviándose en la calma de la soledad; calma dulce para un corazón tan mortificado, tan herido como el de Martín, y que venía á rodearlo con su agreste sudario.

Esos últimos ecos de una naturaleza que perece; esa postrera sombra que envuelve nuestros horizontes cuando el otoño se despide; esos primeros chiflidos del invierno, que descienden de las montañas, jugueteando entre copos de nieve, á la par que refrescan nuestra frente calcinada por las tempestades de la vida, nos traen un consuelo misterioso que reanima nuestro ser.

Martín como pintor, recogia sobre su mente todos aquellos colores moribundos y lívidos que estaban en armonía con las penas devoradoras de su alma; estudiaba con la febril mirada del hombre abatido todo aquel conjunto de bosques, rocas y montañas; todo aquel hacinamiento de nubes que se elevaban del horizonte; todo el espeso y dilatado encinar del Pardo, ondulando como un mar verdinegro y sombrío, perdido allá bajo los salientes ángulos del nevado Guadarrama. Y á medida que el cuadro iba variando de tintas, cuando al través de las curvas magestuosas del terreno descubria una casa rústica, medio oculta entre la espesura, suspiraba por aquella mansión tranquila, por aquel hogar silencioso, bajo cuyo techo latian corazones sencillos. ¡Ah! ¡qué había sido él hasta allí sino un juguete de pasiones terribles, un nuncio

de la fatalidad, un símbolo de destrucción! Pobre corazón herido, alma desolada, no tenía más remedio que llevar sobre sí la desgracia de su hermana, el dolor de una pérdida irreparable, y el supremo misterio de la muerte de Luis Alban y la desaparición de Leoncio. Devorado por estos sentimientos, dejaba que avanzase su caballo desmenuzando el musgo seco de los campos, hasta que se perdió en los escarpados senderos de la sierra.

Cerca del monasterio del Paular, en uno de esos valles que parecen escondidos á los ojos de los hombres, y en cuyas crestas solo los pastores y los buitres hacen resonar sus gritos y graznidos, debajo de esos peñascos inmóviles como colosos de mármol, y que sujetos por invisibles cadenas amenazan eternamente desprenderse de su gigantesco pedestal, baña un torrente cristalino una casa rústica, por cuya chimenea sale una espiral de azulado humo.

En esta casa apartada es donde Martín Gorbea llevára á su hermana después de la los terribles acontecimientos producidos por errores irremediables, y allí, escudada bajo la sombra de una naturaleza vírgen y salvaje, encerrada en aquel nido reservado, esperaba el momento supremo en que Dios la hiciese madre, con esa ansiedad cariñosa que brota en el corazón cuando hay una causa que justifica á la virtud ó al honor ofendido.

Elena corría todas las tardes á sentarse bajo uua corpulenta noguera que daba sombra á un remanso

del torrente, en cuyo fondo brillaban las pintadas truchas como rayos de plata. Allí escuchaba tristemente los últimos trinos de las aves; allí recibía el postrer destello del sol, y allí con el corazón palpitante aguardaba á su hermano con impaciencia.

La soledad y el reposo habian cicatrizado parte de sus dolores, y dejaba transcurrir la vida en ese abandono melancolico, hijo de la tristeza y del decaimiento de espíritu. Levantaba hacia el cielo sus hermosos ojos, y entonces entraba en comunicación con las cosas infinitas, puesto que su alma cansada de los dolores humanos, buscaba en la magestuosa inmensidad la sombra de Dios, cual única esperanza de sus males.

Satisfecha de su conciencia, procuró vivir para aquel ser inocente que se agitaba en su seno. Madre predestinada, llevaba con paciencia y resignación aquel fruto misterioso, y dejóse conducir por ese primer sentimiento de la naturaleza que se deshace en amor y ternura. ¡Cuántos suspiros se confundieron con el murmullo del torrente! Elena veía correr sus aguas casi lamiendo sus plantas, y en cada una de aquellas ondas que desaparecian para no volver, mandaba un deseo, una ansiedad, una lágrima, como el único desahogo de su corazón vehemente y apasionado.

Así pasaba los días y las horas en esa melancólica relación del alma con el cielo, del amor de madre con la tranquilidad de su conciencia.

Por la tarde, cuando las sombras principiaban á descender de las alturas, veía correr los ganados há-

cia el aprisco; sentía el eco lejano de alguna campana, escuchaba el balido monótono de los corderos, y ponía toda su atención en percibir esos fugitivos sonidos que alteran á la proximidad de la noche la calma soñolienta de la naturaleza. Después miraba con prolija atención la senda por donde acostumbraba venir su hermano, y cuando no descubría su figura, ó no sentía el sonoro relincho de su caballo, lanzaba un suspiro y se entraba en la rústica mansión que le habian destinado.

Pero en el momento en que Elena notaba con más inquietud las prolongadas ausencias de éste, entonces arrojaba un grito de alegría, puesto que lo veía deslizarse al través de los peñascos y espesura del monte, y dejando las tranquilas aguas del torrente iba á enlazar sus brazos en el cuello de Martín.

Elena no le esperaba en aquella tarde en que Martín dejaba la corte, en atención á que en la madrugada de aquel mismo día se habían separado. Elena, á pesar del viento de la tarde, había ido á sentarse al pié de la noguera y contemplaba embebida en un arrobamiento el rápido curso de las aguas del riachuelo.

Pensaba en su hijo, en aquel engendro de la Providencia, de la casualidad ó del destino, y su alma sentía esas vibraciones, tiernas é inefables de la maternidad en que se confunden todos los sentimientos en uno solo: en el amor.

La noche se acercaba; el sol había desaparecido

tras un horizonte lleno de nubes sangrientas; silbaba el aire entre las encinas y pinos de la montaña, mientras extensos velos de nubes cubrian el firmamento. La dulce meditació de Elena le había hecho olvidar que ya era la hora de recogerse, y seguía con la vista la corriente de las aguas, ó bien el incierto vuelo de alguna hoja seca arrancada de los árboles, con esa distracción que participa de sonnolencia, de admiración y de esperanza.

De pronto resonó el relincho de un caballo, dió un grito y volvió la cabeza. Era su hermano.

Este, así que distinguió á Elena, aceleró el paso y llegó al pié de la noguera. Según la costumbre que tenian se abrazaron tiernamente.

Elena, á pesar del estado avanzado de su embarazo, estaba hermosa, y una dulce sonrisa brotaba de sus lábios.

—¿Por qué has vuelto tan pronto, hermano mio?—le preguntó con afán.

—Quería volverte á ver,—contestó Martín;—sólo á tu lado encuentro la calma que me falta en ese piélago de miserias que se llama corte.

—Sin embargo, esta mañana nos separamos y no me dijistes que volverías esta tarde.

—¡Qué quieres! Mis deberes militares me hacen olvidar esas pequeñeces. Pero ya, gracias á Dios hermana mía, vengo á tu lado para que no nos separemos.

Martín volvió á abrazar á su hermana.

—¡Oh! ¡será cierto Martín! - exclamó Elena con regocijo

—A lo menos hasta tanto que llegues á ser mad e

Elena dió un suspiro y dijo:

—¡Oh! no hablemos de eso, pues siempre te entristeces.

—Me entristezco, es verdad, pero me conformo con la voluntad de Dios. Yo sé, hermana mía, que tú eres pura como los ángeles, pero hay tantos desastres unidos y enlazados á ese suceso, que no puedo menos de extremecerme

La pobre joven comprendió cuanto ahogaba el noble corazón de Martín, y sintió que sus ojos se arrasaban de lágrimas. Ella tambien, víctima infortunada de aquel episodio terrible, sentía destrozada su alma por una pasión que ya no tendria consuelo. Herida del mismo modo que su hermano, había sufrido y llorado mucho, pero ese otro nuevo amor que se había engendrado en sus entrañas, esa luz misteriosa que vivía en su corazón, y cuyos dulces movimientos rechazaban en todas las fibras de su cuerpo, habían cubierto con una nube aquel pasado tan espantoso.

Elena se convertía en estos instantes en un génio consolador que parecía descender del cielo para enjugar el llanto de su hermano.

—Mira, Martín, Dios es la fuente suprema del bien, y Dios nos manda mil penalidades para probar nuestra virtud ó nuestra paciencia. Débiles como somos, apoyémonos mútuamente contra estas tempestades

para resistirlas El dolor aislado y solitario es mucho más grande que cuando un mismo padecimiento abruma á dos corazones Ven, acórcate á este torrente que pasa ignorado por este valle, y recibirás un consuelo agradable. Aquí he contado las horas y los días al murmullo de estas aguas, siempre inalterables y tranquilas, y aquí he aprendido que la quietud existe en el centro de estos paisajes donde apenas se siente el rumor de las poblaciones.

Martín, guiado por el dulce acento de su hermana, se dejó caer sobre la piedra que le servía á ésta de asiento.

—Tienes razón, Elena,—dijo el joven;—en estos sitios se aprende á amar á Dios y á conocer las miserias humanas.. ¡Ay!... Si aquel génio de luz, aquel arcángel poderoso hubiese vivido...

—Calla... calla; no levantes el velo de ese ayer terrible; las llagas de mi corazón no están cicatrizadas; aún destilan sangre y duelen... Déjame pensar solamente en lo que Dios ha querido que piense... en esta criatura que llevo en mis entrañas, á la que pienso consagrar mi vida.

—Y yo tambien, Elena mía,—dijo Martín poniéndose pálido;—ya que el cielo no ha permitido revelarnos el misterio de su existencia; ya que está destinado á no tener nunca un padre, yo seré el suyo.

—¡Tú! ¡Oh! cuánta felicidad, Dios mío,—exclamó Elena rodeando el cuello de su hermano con sus trémulos brazos.—Pero Martín, para consagrarte a la

existencia de mi hijo es menester que dejes esa carrera de batallas y asaltos que te aguarda. Ya has disfrutado de más de cuanto habías soñado en tu modesta existencia; ¡qué quieres más!... Luego que Dios disponga que yo sea madre, retirémonos á nuestro país natal, cerca de la tumba de nuestros padres, y allí nos dedicaremos á vivir para nuestro hijo, á recordar nuestras desgracias, á bendecir nuestra futura existencia. Buscaremos un valle solitario como éste, un torrente igual al que se desliza por nuestros piés. Tú sabes que en el corazón de Sierra Nevada, en esa corona de nuestro país, hay asilos ignorados donde podemos pasar la vida lejos de la corte, lejos de ese polvo dorado que ofusca las cabezas, de esas plateadas ambiciones que matan los sentimientos generosos.

—¡Oh, hermana mía!—contestó Martín inclinando tristemente la cabeza...—lo que me pides es imposible.

—¡Imposible! ¡por qué!

—Porque he jurado al rey solemnemente luchar por él en la próxima campaña.

—¡Dios mio! ¿con que entonces te vas á separar de mí?

—Sí, pero será por poco tiempo; la guerra no puede ser duradera y después cumpliré tu deseo.

—¡Ah! ¿pero y si mueres?—exclamó Elena juntando sus manos contra el pecho.

—No, no; hay una voz secreta que me dice que no debo morir, hermana mía; siento un extraño impulso

que me impele hacia cosas desconocidas. Además Dios no querrá que muera el padre adoptivo de ese hijo de la Providencia que ha puesto á nuestro cuidado. Cumpliré con el rey, llenaré mis juramentos, y á mi vuelta huiremos para siempre de este mundo, escondiéndonos en el tranquilo país que nos vió nacer. Allí, como tú has dicho muy bien, hay sitios ignorados, valles misteriosos, rocas inaccesibles donde podremos descansar. Pobres peregrinos fatigados, viajeros heridos por la tempestad, reposaremos, por último, como esas aves que han cruzado por zonas desconocidas y y que vuelven á cantar bajo el hermoso cielo de su pátria. ¡Oh! hermana mía; has despertado en mí todos los sueños y esperanzas de los primeros días de la vida; me has hecho concebir que aún existe para nosotros un destello de felicidad, un asilo de descanso, un lecho sin espinas.

—¿Pero qué he de hacer en tanto que trascurre esa fatal campaña? —preguntó Elena con viva inquietud.

—Esperarme en este mismo sitio, al lado de las buenas y honradas gentes que habitan en esa casa.

Elena inclinó la cabeza, dió un suspiro y dos lágrimas cayeron rodando por sus megillas.

—Hermano mío, esa guerra destruye mi escasa dicha.

—¡Ah! ¿por qué?

—Un presentimiento horrible me hace dudar ya de todo. Si mueres, ¡qué será de mí! ¡qué será de mi hijo! ¡Oh! no creas que es egoismo este dolor; lo expre

so con franqueza, porque mi amor hacia tí es grande, es poderoso, y moriría yo también si te perdiese. Si en algo tienes el cariño de tu hermana, haz presente al rey tus nuevos deberes; dile que lazos indestructibles te hacen abandonar la gloriosa carrera de las armas, y vuelve á mi lado para no separarte de mí. ¡Oh! Martín hazlo por amor de Dios.

—Elena, eso es imposible. Hoy mismo he prometido al rey servirlo y me ha hecho capitán.

—¿Con que no hay remedio?

—Tranquilízate, hermana mía; la guerra no debe ser larga. Ni la Francia ni la España pueden sostenerla, y todo se reducirá á algunos sitios y á varias escaramuzas. Además, tú no ignoras que hay un hombre que mantiene una lucha abierta con nosotros...

—¡Oh! calla... calla; no me recuerdes á ese hombre.

—¿Por qué?

—Porque le tengo miedo.

—¡Miedo tú de ese miserable,—exclamó Martín sintiendo un escalofrio de terror.

—Sí,—contestó Elena.—En estas noches sombrías que he pasado, meditando en mi destino, me se ha presentado ese hombre como un genio maléfico y terrible. Efecto sin duda de esas preocupaciones que se engendran en el ánimo de las mujeres que van á ser madres, se me ha figurado verlo disfrazado, andando de noche sobre las hojas secas, cruzar este torrente, acercarse con paso de lobo hácia la ventana de mi habitación y mirarme con ojos sangrientos.

—¿Pero tú has visto eso?—preguntó Martín extremeciéndose.

—No; me he creado estas apresiones, y yo no sé por qué causa han herido vivamente mi imaginación. El viento, el ruido de las aguas, el murmullo de los arbustos, forman de noche un estruendo vago y medroso que me arranca del sueño y me hace crear estos fantasmas, Martín. Acaso sea efecto del nuevo amor que se va engendrando en mí hácia este hijo que siento palpitar en mis entrañas; acaso también sea una causa natural del inquieto estado de mi alma, puesto que Dios me ha hecho madre de un modo misterioso y sin que mi voluntad haya tomado parte en esta obra.

—¡Oh! sí, sí; tú no tienes por qué temer nada, hermana mía. Ese hombre se ocupa en tender su red sobre la España y no sobre tí. Pero ya que no nos hemos de separar hasta después que seas madre, desecha esos vagos sobresaltos y no pensemos sino en nuestro porvenir.

Elena enlazó de nuevo sus amorosos brazos en el cuello de su hermano, y reclinando su hermosa cabeza sobre uno de los hombros de éste, dijo con tristeza:

—¡Ay, Martín! quiera el cielo oir tus palabras... pero acuérdate de mí... de que muy pronto, dentro de breves dias, acaso mañana, esta noche, pueda ser madre, y entonces te necesito más que nunca. ¿Qué sería de una pobre madre con su hijo, abandonada, perseguida por extrañas quimeras, si le faltase el fir-

me apoyo de un hombre como tú, de un hermano tan tierno y cariñoso como tú eres?

Elena, por Dios, me estás conmoviendo sin motivo... No hablemos más de esto... Espera y confia. El Señor vela por nosotros, y todo se cumplirá segun nuestros deseos. ¿A qué dudar de su misericordia infinita?... Pero ahora que reparo, ya es de noche, y tanto la humedad de este torrente, cuanto el viento helado que desciende de esas montañas, te pueden ser perjudiciales... Vámonos de aquí, hermana mía.

—Tienes razón, vámonos de aquí.

Los dos hermanos, agarrados de la mano, se dirigieronl entamente á la casa de campo, en cuya puerta aguardaba una robusta y saludable aldeana la vuelta de la señorita. Pronto la vió avanzar al través del desnudo ramaje, en compañía de Martín; y esta noticia se esparció agradablemente en todos los campesinos, puesto que el caballero recompensaba espléndidamente la hospitalidad que les prestaran.

El dueño principal de la alquería se levantó y cedió su asiento al lado de un alegre y brillante fuego de troncos de encina, que derramaba un suave calor en aquella aseada y bien dispuesta cocina; y tanto Martín como su hermana encontraron una dulce calma y tranquilidad al lado de aquellas gentes.

De allí á poco la puerta se cerró, algunos mozos se dirigieron al establo para cuidar al ganado y á los animales de labranza, conduciendo el caballo del capitán, y solo el viento que zumbaba en la chimenea

y los ladridos de los perros, fueron los únicos sonidos que turbaron la paz de aquella reunión.

Sin embargo, poco despues se deslizaron dos hombres perfectamente cubiertos por bajo de la noguera, donde poco antes habían estado hablando los dos hermanos Aquellos dos seres estraños, aparecidos súbitamente en tan desierto valle, no infundian la suficiente confianza, y así es que se deslizaban con la cautela de las culebras sobre las escarpaduras del camino.

Luego que llegaron á la horilla del torrente, uno de ellos se acercó al otro deslizándole estas palabras al oído:

—Esa es la casa.

Aquella voz tenía un timbre infernal.

—¿Estais seguro, señor conde?—preguntó el otro con cierta expresión extranjera.

—No lo dudeis, Angelo. Desde el terrible día de la muerte de Diana de Clerambaut; desde aquellos momentos de agonía en que supe que existia un peligro más poderoso que cuantos hasta entonces se habían presentado, nada menos que un sucesor, aunque bastardo, de la dinastía austriaca; desde que por una fatalidad inconcebible calculó que la Francia podía perder, por un capricho estraño de la suerte, la magnífica herencia de este país, lo olvidó todo; abandoné, por decirlo así, á los que se oponian á todos mis proyectos, y me dediqué esclusivamente á buscar á la que lleva en su seno el fruto maldito de esa raza aborrrecida, de ese árbol próximo á secarse, y que pudiera flo-

recer de nuevo. Por fortuna he espiado los pasos del hermano, y al fin hemos encontrado la morada de esta nueva Pandora, que lleva en su seno, como aquella en la mano, la caja de todos los males.

Esta voz lenta, sombría, pavorosa, sonaba como el chiflido de una serpiente.

—Y bien, —murmuró el otro;—¿qué hemos de hacer?

—¡Me lo preguntais á mí! Vos sois médico...

—¡Ah! bueno que sea médico, pero esto no puede contribuir en nada.

—¡Cómo! imaginaos que os presentais por casualidad en esa casa que tenemos delante en el día crítico del parto, que revelais vuestra profesión, y...

—Ya... ya comprendo. Es decir que debo hacer porque el parto sea laborioso para que la criatura que nazca espire al tiempo de ver la luz.

Esta atrevida indicación fué á clavarse en el pecho del otro interlocutor como un dardo de fuego. Quedó silencioso por un momento hombre el otro que pesa en su interior las consecuencias de aquella propuesta.

—Esperad,—dijo friamente;—no creo que haya necesidad de que muera la criatura. Podemos tan solo arrebatarla como un rehen poderoso; esto es más conveniente.

—¿Y la madre?—preguntó el médico;—quedando la madre queda en pié un principal enemigo...

—La arrebataremos tambien y los conduciremos al

fondo de la Francia á nuestro paso por Cataluña. Ya sabeis que temos órden de incorporarnos al ejército del mariscal Belfonds, y de este modo tendremos la seguridad de conseguir que nuestra presa llegue al destino que le debemos tener preparado. Este será uno de esos profundos misterios que quedan flotantes sobre la historia de las naciones, y que solo pueden servir en el porvenir á los poetas y novelistas.

El médico se sonrió estridentemente, y dijo:

—Conde, teneis un talento superior, y sabeis remontaros sobre todos los cálculos posibles. Falta una cosa.

—¿Cuál?

—Que el hermano consienta en admitirme como médico.

—Eso lo hacen las circunstancias; el hermano obedecerá la fuerza de estas.

—Entonces confiad en mí.

—Yo siempre confio en el sábio Angelo Ottoboni.

—Igual concepto me mereceis, señor conde del Cisne.

Estos dos nombres se confundieron con el estrépito del torrente.

Los dos célebres personajes que acababan de nombrarse mútuamente, se deslizaron de nuevo por los matorrales y se ocultaron como esos genios maléficos, ó esos vampiros que salen de noche de sus tumbas á devorar víctimas humanas.

El corazón de Elena había sido fiel.

Rugía la tempestad sobre su cabeza.

CAPITULO XXXVIII

—

El hijo del destino.

Pasaron nuevos días sobre las escenas que dejamos descritas. Martín, fiel á su promesa, no se había separado de Elena, esperando con ansiedad el momento terrible. El invierno había descendido envuelto en blanquecinos vapores, y el torrente que hasta allí había sido el único depositario de sus confidencias, quedó en una actitud vigorosa é imponente, convertido en una magnífica cristalización.

El valle inmóvil y petrificado, apenas repetía los ecos humanos en sus misteriosas concavidades.

Los dos hermanos, escudados por la soledad, y observados únicamente por la mirada de Dios, gozaban con los gratos recuerdos de un porvenir tranquilo y con la triste investidura de la naturaleza, tan con-

forme con sus sentimientos; hablaban con esa calma que queda en la extensión de los mares después de la borrasca, vago arrullo de la tranquilidad que se anuncia, ó hipo siniestro de la tormenta que muere; se hacían íntimas confidencias y paseaban por los senderos de la montaña, y bajo los témpanos de hielo, como dos séres cansados de una errante peregrinación.

Varias veces en sus contínuas conversaciones habían mezclado sus lágrimas y sus suspiros; otras con esa ansiedad del que anhela volver á su país, subían lentamente á la cumbre de una roca, desde la cual se abrazaba un ancho horizonte, y aprovechando uno de esos días de invierno en que el sol rompe su cárcel de nubes para manifestar su disco dorado y brillante, extendían su mirada hacia las azuladas bóvedas del Sur, en cuya lontananza creían ver por medio de una refractación prodigiosa, el color del cielo de Andalucía; esa luz viva y nacarada que parece brotar en el espacio y que le da un color de leche como el del Mediterráneo en una madrugada de primavera, y aun se hacían la ilusión de descubrir esos jigantescos titanes de plata que coronan toda la Sierra-Nevada. Entonces lo olvidaban todo, entregándose á un delirio embriagador ó una meditación silenciosa; enviaban sus besos y suspiros hacia aquella parte en donde se representaba el suelo bendito en el que se habían mecido en la cuna, y así, absortos, transportados por medio de la ilusión, gozaban horas enteras. Cuando un pensamiento real los hacía volver en sí, procura-

ban hablar de sus próximas esperanzas, de sus futuros deseos. Entonces Elena levantaba los ojos al cielo y pedía á Dios con toda la efusión de su alma que su hermano saliese sano y salvo de la próxima campaña, y Martín rogaba que su hermana diese á luz con felicidad la criatura que llevaba en su seno.

Aquellos días inmaculados eran fugaces. Las nubes volvían á levantar en seguida sus negras cabezas, é iban borrando en el horizonte las sendas de luz que se forjaban los dos hermanos. Entonces se encerraban en una habitación provista de un hogar ricamente abastecido, y allí escuchaban los silbidos del viento, el estrópito de la lluvia y las palpitaciones sordas de los montes, desprendiéndose ya de algún peñasco derribado por la mano del tiempo, ya de algún corpulento abeto, que iba á cegar el cauce cristalizado del torrente.

Un día la nieve caía á grandes copos: reinaba un silencio solemne y aterrador en la naturaleza. Todo estaba blanco; el cielo y la tierra. No sonaba un suspiro de aire, ni el balido de los ganados, ni el pitido lastimero de algún pájaro. Todo parecía estar muerto: Dios y el hombre.

Elena estaba reclinada en la balaustrada de una ventana, y seguía con la vista al través de los cristales aquellos millones de copos, que caían lentamente como los átomos extraños de un mundo pulverizado; su hermano sentado cerca del fuego, miraba maquinalmente el penacho de chispas y de lla-

mas que subían por el cañón de la chimenea.

No se habían dicho una palabra.

De pronto sintió Martín un pequeño grito, volvió la cabeza con rapidez y vió á su hermana pálida y agitada, que hacía esfuerzos para levantarse.

El joven corrió hacia ella asustado.

—¡Qué es eso, Elena mía!—exclamó acercándose y mirándola con inquietud.

Esta se pasó la mano por la frente, como si pretendiese disimular lo que sentía.

—¡Oh! no tengo nada... ya pasó.

—¡Pero qué ha pasado!

—Repito que nada, Martín... Un pequeño dolor que se ha extinguido.

—¡Ah!—contestó el joven poniéndose más amarillo de lo que estaba,—creí que...

Elena comprendió lo que su hermano no se habia atrevido á decir, y se apresuró á replicar:

—No... no; todavía no ha llegado esa hora.

Pero no bastaban al corazón apasionado y al alma inteligente de Martín estas palabras para devolverle la tranquilidad; su mirada inquieta, fugaz y penetrante, estudiaba todos los rasgos de la fisonomía de su hermana, y encontraba en ellos la expresión medio oculta del padecimiento.

Después de un breve período de silencio, Elena se sonrió blandamente y prosiguió:

—¡Cuánto te estoy molestando!

—¡Oh! no me molestas, hermana mía; lo único que

me sucede es que tiemblo á cada movimiento tuyo, á cada suspiro, á cada palabra. De un día á otro, en el trascurso de una hora, de un momento á otro momento, puedes ser madre, y quisiera no estar solo en esta triste ocasión.

—¿Pues qué temes?

—Todo y nada. Tengo confianza en tu naturaleza, pero siempre será necesario una cosa.

—¡Cuál!—exclamó Elena sorprendida.

—Que llamemos á un médico.

—No es menester: tengo valor, hermano mío,—contestó Elena con los ojos arrasados en lágrimas,—y quiero que Dios, única luz de la vida, y tú sean los que presencien mi alumbramiento. La convicción que me infunde esta energía es mi inocencia, y la ninguna parte que he tenido en este milagro de la casualidad, ó en esta providencia del cielo. Sin duda alguna debe estar destinada la criatura que palpita en mi seno para cosas grandes, puesto que su origen es tan profundo y misterioso.

Martín se puso lívido al oir aquella extraña predicción, pero ocultando su sorpresa contestó:

—Bien, pero no debemos dejar á la naturaleza abandonada. Tu vida es para mí lo más precioso que existe sobre la tierra, y debo mirar por su conservación.

—¡Qué generoso eres!... Pero yo también quiero vivir,—replicó Elena.—Como tú has dicho hace poco, pronto seré madre, y desde entonces no me pertenezco... pertenezco á mi hijo.

—Entonces no te opongas á mis deseos.

—Bueno; haz lo que tú quieras.

No bien había concluido Elena de pronunciar estas palabras, cuando sintió un nuevo extremecimiento en su interior y un dolor agudo y penetrante.

Apretó los labios para no exhalar un grito; quedose pálida como una estatua de cera, y fijó los ojos en su hermano, como pidiéndole fuerzas y valor. Martín rodeó uno de sus brazos al rededor del cuello de su hermana.

—¡Oh! ¡Dios mío!—exclamó con suprema ansiedad; —¿qué es lo que te pasa?

—Martín... Martín... no te separes de mí... creo que voy á espirar.

Elena inclinó la cabeza en el brazo que le presentaba su hermano, y lanzó dos ó tres quejidos dolorosos. En seguida se abrazó á él convulsivamente, como si tratase de librarse de un poder extraño.

Estos síntomas eran demasiado significativos para que Martín permaneciese ocioso. Llamó á la dueña de la casa, para que no se apartase del lado de su hermana, mientras él daba las disposiciones necesarias para que se buscase un médico.

Aunque el día estaba avanzado y la nieve caía en abundancia, dos mozos se ofrecieron á practicar aquel servicio, mediante algunos escudos de oro, que Martín puso en sus manos. Luego que partieron rápidamente para cumplir su cometido, el joven volvió á la habitación de su hermana.

Esta se paseaba lánguidamente por ella, sostenida

y casi llevada á la fuerza por la dueña. Parecía que hacia esfuerzos extraordinarios para ocultar sus dolencias, y evitar con esto que su hermano se afligiese. Un temblor casi imperceptible circulaba por su cuerpo, efecto de la rigidez de sus nervios y de la crispación de su naturaleza.

Cuando volvió á ver á su hermano se quiso sonreir, pero no pudo. Su estado había variado completamente, y sentía esos primeros dolores de la maternidad, que hieran periódicamente con la fuerza de un rayo. Esto no obstante, brillaba en su hermoso y desfallecido rostro un tinte de pureza y de mansedumbre que encautaba.

Martín se acercó á ella, y afectando una tranquilidad que no existía en su interior, le dijo con extremado cariño:

—Animo, hermana mía.

—Dios me dará fuerzas,—contestó la joven mirando á su hermano con ternura.

—Ya lo ves... ha llegado el instante... es preciso tener conformidad.

Elena miró por la ventana al aplomado cielo que por ella se descubría, y buscó con sus hermosos ojos un consuelo en las profundas inmensidades de la atmósfera.

Martín hizo que su hermana se apoyase en su brazo, y la obligó á seguir paseando.

Los dolores fueron haciéndose más penetrantes, á medida que pasaba el tiempo. Elena se convenció de

que había llegado el momento en que iba á ser madre, y se revistió de una santa energía, para sobrellevar aquella calamidad con que se veía castigada. Sentose en un sillón, y allí fué esperimentando esos espentosos sacudimientos de la naturaleza, en que la mujer débil y flaca tiene que lanzar gritos angustiosos y desconsoladores.

Todos estos gritos, todas las lágrimas y todos los suspiros de lo paciente, iban á clavarse en el corazón de Martín, que la sostenía y animaba con dulces palabras y besos cariñosos.

De este modo pasaron tres horas mortales. El día en tanto principiaba á oscurecer; la noche se acercaba; ya no nevaba, pero el cielo seguía encapotado y sombrío. Ningún rumor alteraba la fúnebre quietud de la naturaleza.

Martín temblaba á cada dolor que sufría su hermana, temiendo que fuera aquel el instante que diera á luz á su hijo; pero luego que sobrevenía un momento de calma corría á la puerta de la casa y miraba por todas las avenidas, con el objeto de descubrir á los dos mozos que había mandado en busca de un médico.

Veinte veces tuvo que volver al lado de su hermana con la mayor incertidumbre al ver que no parecian.

Cuando la noche principiaba á extender sus primeros crespones, Martín sintió ruido de pasos en las escaleras y se precipitó hácia dicho punto.

Subía por ellas un caballero alto, vestido de negro

con una fisonomía acentuada y magistral. Delante iba alumbrándole uno de los criados que marcháran en busca de un médico. El corazón de Martín tembló de alegría al ver aquel desconocido.

—Aquí esta el señor doctor,—dijo el mozo indicando al forastero.

Este practicó una cortesía ceremoniosa, que hizo crugir su elegante ropilla de terciopelo, y despues de dar á su rostro toda la dulzura posible, contestó con un acento extranjero marcado:

—Servidor vuestro, caballero.

—Seais bien venido,—replicó Martín, sin hacer alto en aquella pronunciación extraña.—Sois sin duda algún médico de estas cercanias y os he molestado en un día tan crudo... ¡Ah! perdonad, pero era preciso.

—No teneis porque darme satisfacciones, caballero; caminaba por la montaña con dirección á Madrid, cuando estraviado mi caballo á causa de la mucha nieve que caía, tuve la dicha de encontrarme con vuestros criados. Trató de informarme de la senda que debía seguir, y entonces supe la misión que estos llevaban.—No os canseis más, si quereis, les dije; soy médico y puedo ofreceros mis servicios en pago de que me saqueis mañana ú otro día de estos despeñaderos. Los campesinos aceptaron mi proposición, y aquí me teneis.

—¡Oh! gracias, gracias,—contestó Martín:—veo que la fortuna ha sido en esta ocasión muy generosa conmigo. Entrad, pues.

—Perdonad—contestó el doctor,—pero antes de dar un paso debo garantizaros mi profesión. Os soy desconocido, y en los tiempos que corremos es justo dar las seguridades más indispensables de nuestras personas.

Martín saludó con gracia, mientras el doctor que no era otro sino Angelo Ottoboni, le presentaba un título expedido en la universidad de Bolonia.

—Genaro de Santa-Fioro, médico, cirujano, naturalista, farmacéutico,—leyó Martín rápidamente.—¡Oh! me es bastante, caballero; entrad,—prosiguió devolviéndole el documento, los momentos son preciosos.

Ottoboni, aquel afibológico personaje que tan fácilmente mudaba de nombre, siguió los pasos de Martín.

Elena se hallaba en aquel momento en uno de los parasismos dolorosos de su situación y parecia un cadáver, con la cabeza caída para atrás, los ojos entornados y la boca entreabierta.

El jóven se acercó á ella rápidamente.

—¡Elena!... ¡Elena mía! —gritó besando su rostro cubierto de un sudor frío.

Esta no contestó.

Martín miró al médico que la pulsaba en aquel momento.

—¡Oh! ¡oh! nada temais,—dijo éste;—la señora ha sufrido un dolor agudísimo y ha quedado casi traspuesta, pero os anuncio que va á tener un feliz alumbramiento.

En seguida sacó del bolsillo de su gaban un peque-

ño estuche, y tomando de él un pomito de plata cincelada, lo aplicó á las narices de la hermosa jóven. Esta se estremeció y volvió en sí al instante.

—Ya lo veis,—continuó el doctor;—eso no es nada.

—Gracias,—dijo Martín.

Durante algunos minutos, Ottoboni reconoció todos los síntomas del mal. Despues se dirigió á Elena con estas dulces palabras:

—Animo, señorita; en este asunto nada ó muy poco tiene que hacer el arte: todo lo hará la naturaleza.

—Martín... Martín...—contestó Elena,—creo que voy á morir.

—Consolaos,—replicó el médico;—el dolor lo mismo que la alegría, tiene su término y no pueden pasar de él... Ya habeis llegado al punto más culminante, y dentro de poco descansareis de esa penalidad.

Separándose en seguida del lado de Elena, se acercó á Martín:

—Caballero,—le dijo en tono bajo;—supongo que no querreis presenciar el acto del alumbramiento. Si es así, estad descuidado y retiraos.

—Pues qué ¿tan pronto va á ser? esclamó Martín.

—Sí, dentro de un cuarto de hora todo lo más.

El jóven se extremeció.

—¡Dios mio! mirad por ella.

—Confiad,—contestó Ottoboni con el dulce acento de su idioma nativo;—nada debeis temer. Todo se reducirá á algunos dolores y despues á unos días de calentura.

El joven se acercó á su hermana y la estrechó convulsivamente contra su carazón. Esta se abrazó á su cuello é inundó su rostro con multitud de lágrimas. De pronto un grito agudo y prolongado quebrantó, por decirlo así, el pecho de la joven.

—Vamos... vamos, caballero,—dijo el médico;—vuestra esposa está en el lance crítico... Salid.

Martín se desprendió de los brazos de su hermana y miró al doctor con asombro. La palabra *esposa* le había hecho ver que debía sostener esta creencia para escudar contra toda sospecha el limpio honor de Elena.

—Teneis razón,—murmuró maquinalmente.—*Mi esposa* está en el lance crítico.

En seguida mirando á su hermana para infundirle un valor grande, salió de la habitación, encerrándose en la más inmediata.

Martín no se había acordado de llevar luz y principió á vagar á oscuras en la estancia. Sentía los quejidos y rumores que salían del cuarto de Elena, y á cada uno de ellos palpitaba su corazón con desconocida violencia. A pesar del excesivo frio, su frente estaba cubierta de copioso sudor; su respiración comprimida formaba un sonido extraño en la cavidad de su pecho, y un temblor nervioso agitaba todo su cuerpo.

En aquella ocasión solemne, Dios permitía que fuese tal vez el único depositario de un secreto de inmensa importancia para el porvenir. La criatura que se agitaba en el seno de su hermana, y que en

aquel momento luchaba para salir al mundo, era el fruto de una dinastía célebre por sus prosperidades y desgracias; fruto bastardo, pero cuya savia real podia nacer vigorosa y fecunda para alterar los destinos del mundo. Aquel enjendro de la casualidad, hijo del destino, mensajero tal vez de fatalidades extraordinarias ó de brillantes días, iba á nacer oculto, misterioso, desconocido en una ignorada alquería y en uno de los valles más solitarios de Guadarrama.

Martín conoció sus nuevos deberes para el recien nacido que Dios confiaba á su tutela, y una especie de alucinamiento le hizo ver un destino errante, un porvenir sombrío... una existencia de lucha y de grandezas casi desconocidas. La historia acaso no escribirá el nombre de aquella criatura en su libro revuelto y agitado por un huracán de acontecimientos; la fama y la tradición enmudecerían después para borrar este episodio de la faz de la tirera.

El joven, confundido por estos vagos fantasmas de su imaginación, con estos pensamientos delirantes de su alma, conoció que su frente se abrasaba; los gritos de su hermana iban extinguiéndose cada vez más; la oscuridad por un lado y el silencio por otro, penetraron por todos los poros de su cuerpo envolviendo su espíritu con densas tinieblas... Le faltaba aire y corrió á la ventana, abriéndola de par en par.

Una bocanada glacial bañó su rostro y experimentó un consuelo desconocido. La blancura de la nieve que había caido durante el día, reverberaba despi-

diendo una indecisa claridad, que iluminaba los objetos del valle; pardas nubes volaban por el cielo á impulsos de un vendabal que no se sentía en la tierra; una luna creciente y lívida se ocultaba y aparecía como una de esas naves místicas que vogan por mares ignorados y desaparecen periódicamente t as de las olas. No podía darse una ocasión más sublime para elevar el pensamiento á las regiones de lo infinito.

Martín quiso sondear los tenebrosos abismos del firmamento, buscando la imagen de Dios para pedirle un rayo de claridad en aquella noche terrible, cuando un quejido apagado y agonizante hirió de repente sus oidos

Aquel quejido débil y extraño le hizo volver en sí; escuchó con atención; creyó que se repetía, ó repitióse efectivamente otro grito, hasta que un momento después percibió el llanto de una criatura.

Su corazón saltó de alegría, y precipitóse de nuevo en la habitación de su hermana.

—Es un hijo...—dijo ésta cuando descubrió á Martín, al mismo tiempo que la acostaban en un lecho preparado de antemano.

—Un niño, caballero,—exclamó Ottoboni presentándole una criaturita recien nacida y que agitaba trémulamente sus manos.

Martín, antes de mirar al niño, se dirigió á la madre y la besó con extraordinario cariño; en seguida, tomando una bugía, se acercó gravemente al médico,

que envolvía cuidadosamente al infante en blancos y finos pañales preparados anticipadamente por Elena, y entregando la luz á la dueña de la casa, se cruzó de brazos y se puso á contemplar á su sobrino con detenimiento.

En aquel momento su pensamiento y su voluntad se fijaron en el rostro amoratado del ser que aparecía en el mundo, como una prenda extraña que el cielo enviaba, y por largo tiempo buscó esos rasgos vigorosos y atrevidos, propios de las águilas que caracterizaron á los genios más sobresalientes de la dinastía austriaca.

En efecto, notábase en la lívida fisonomía del recién nacido, el arco majestuoso de las cejas de Felipe II, y la redonda barba de Carlos V; su pelo rubio y ensortijado naturalmente, dejaba ver una frente pura y arqueada como la de su madre, mientras su pequeña nariz y lo oval de todo su rostro, daban una idea del tipo del vencedor de Lepanto y no de los prolongados semblantes de los últimos reyes austriacos.

Aquel niño era una esperanza que enrojeció el rostro de Martín.

Vuelto ya de su profunda contemplación, acercose poco á poco y estampó en su frente un beso cariñoso. El niño pareció extremecerse á aquel contacto, abrió los ojos, y bien fuera por casualidad, bien por otro motivo, los fijó en la brillante empuñadura de la espada de su tío. Enseguida estiró el brazo derecho á

impulsos de una máquina, y puso su preciosa mano en el pomo...

Angelo Ottoboni, que no perdía un movimiento de la criatura, quedó pálido como un cadáver.

—¡Si será una predicción!—murmuró Martín.

—¡Oh! —pensó el sombrío médico.—¡Hércules ahogó dos serpientes en la cuna! ¡Es extraño!

Después de haber cruzado estos dos ocultos pensamientos por aquellos hombres, Ottoboni dijo repuesto del todo:

—Si me permitís, estudiaré el horóscopo de este niño. Nosotros los médicos italianos aún no hemos perdido esta costumbre, que lo mismo puede ser ciencia que supercheria.

—Estais en vuestro derecho, caballero,—contestó Martín.

Ottoboni se acercó á la ventana con el niño en sus brazos.

Fijó la vista en un paraje del cielo.

—Caballero,—dijo después de largo tiempo con la fé supersticiosa de los hijos de Italia;—este niño ha nacido bajo la influencia de Marte: ved aquí como se explica ahora ese fenómeno que hemos visto en él, al empuñar vuestra espada. ¡Oh! ¿veis aquella resplandeciente estrella que aparece en el horizonte?

—Sí,—contestó Martín.

—Aquella presidirá su destino.

Ottoboni luchaba en aquel momento con las creencias de la [ciencia, contrarias en un todo á lo que el

se prometía de aquel niño, cuya vida había estado y aún estaba en sus manos.

Martín entre tanto, sujeto por una atracción extraña, guardó un profundo silencio y buscó en el obscuro fondo del cielo el astro rutilante que se alzaba con majestad. Ottoboni lo señalaba con la mano, inmóvil, asombrado y como herido por una siniestra contemplación.

Un azulado rayo de aquella estrella, pareció herir la frente del recien nacido.

—Las nubes se apartan de su carrera,—murmuró Ottoboni siguiendo el tenebroso hilo de su pensamiento...—los años de la juventud adornarán su frente... pero .. ¡ah!

Una espantosa niebla se acercó con rapidez y envolvió de pronto á la hermosa estrella, quedando todo en una obscuridad profunda.

Martín sintió helársele el corazón.

—¿Qué es lo que predecís?..... —exclamó con asombro.

—Esa nube es un signo de muerte,—contestó el médico sordamente.

—¡Mi hijo!... ¡mi hijo!—dijo Elena en aquel momento.—Tráeme á mi hijo, Martín.

Este obedeció maquinalmente, y aquella madre estrechó por vez primera contra su seno el fruto misterioso que Dios le había dado de una manera tan incomprensible.

CAPITULO XXXIX

Los dos vampiros.

Al día siguiente el fingido Jenaro de Santa Fiore solicitó permiso para retirarse, si bien prometiendo, en caso que tuviese que regresar de Madrid, volver á visitar á la enferma. Dejó señalado un plan curativo por si se presentase la calentura, y después de recibir las más sinceras demostraciones de los dos hermanos, montó en su caballo y desapareció por una cordillera.

Elena estrechaba alegremente á su hijo, y se lo enseñaba á Martín con esos arrebatos de una madre, si no feliz, resignada á lo menos. El niño había perdido el tinte amoratado de la noche anterior, y presentaba su fisonomía un tipo más marcado y parecido á sus ascendientes. El día pasó lleno de esperanzas, y olo en los momentos indispensables en que Elena se

entregó á un descanso reparador cesaron las dulces y entretenidas conversaciones de los dos hermanos.

Sus recuerdos más dolorosos se habían convertido en uno solo: en sentir lo pasado. Solo les restaba pensar en el porvenir.

A la noche inmediata debía bautizarse el recien nacido en el próximo monasterio del Paular. Martín cuidó que esta ceremonia religiosa se hiciese con la menor ostentación posible, y sólo él, algunos campesinos y una robusta montañesa que se brindó por madrina, fueron los que presenciaron el acto.

A la vuelta, Elena, incorporada en su cama, esperaba con ansiedad, y cuando vió entrar á su hermano llevando en brazos á su hijo, no pudo reprimir un grito de alegría.

—¿Qué nombre le has puesto?—preguntó.

Martín se puso pálido, pero afectó una repentina serenidad y contestó con frío acento.

—Carlos.

—Ese es nombre de rey,—exclamó la inocente madre rodeando sus brazos en torno del cuerpo de su hijo.

Martín no contestó, pero tembló de piés á cabeza.

Después de que la habitación fué desocupada por los que habían presenciado el bautizo, cuando de nuevo quedaron solos, preguntó el joven:

—¿Sigues bien, hermana mía?

—Sí, nada me duele; creo que mi restablecimiento será ligero y pronta mi convalecencia.

—Yo también lo creo así,—contestó Martín.—Ahora voy á exigirte un favor,—prosiguió cubriéndose su rostro de una sombra opaca.

—¡Un favor! ¿pues no eres dueño de hacer cuanto gustes?

—Sí, pero es el cumplimiento de una voluntad; el deseo postrero de una mujer...

La voz de Martín quedó entrecortada.

—Sé de quien me hablas... De Diana...

—En efecto,—contestó Martín.—Pocos momentos antes de morir sacó un talismán y me lo entregó... este talismán es el que te presento ahora encerrado en esta bolsita de raso blanco

El joven sacó de su pecho un cuadradito de dicha tela en cuyo seno estaba escondido el fatal anillo que acarreara la muerte á la desdichada mariscala de Clerambaut.

—¿Y bien,—preguntó Elena con curiosidad,—que es lo que deseas que yo haga?

—Que me permitas rodearlo al cuello de tu hijo como un signo seguro de reconocimiento.

Elena no pudo dejar de extremecerse.

—¡Pues qué, temes por mi hijo!—exclamó asustada.

—Nada, Elena mía, nada; es un deseo y una seguridad al mismo tiempo. Figúrate que muriésemos, y esa señal podría ser un distintivo para que su desconocido padre pudiera encontrarlo.

—Es verdad, es verdad. Mas para eso es necesario

que nosotros supiéssemos qué clase de talisman es, para dejarlo señalado, como un testimonio irrecusable en caso de una desgracia.

—Dices bien.

—Entonces, ¿qué es lo que contiene esa bolsita?

—Un anillo de oro con una flor de lis de brillantes.

Elena no pretendió saber más y rodeó el cuello de su hijo con el cordón de seda que estaba sujeto á la bolsita de raso.

Cumplida de este modo la última voluntad de Diana, Martín solo pensó en lo sucesivo en cuidar aquellas dos criaturas que el cielo había puesto bajo su protección. Los días siguieron su eterna marcha, y Elena pudo levantarse por último.

Una noche, quince días después del nacimiento del hijo de Carlos II, Elena y Martín sentados cerca del hogar, conversaban tranquilamente sobre su futuro destino. Los más puros matices de la juventud y de belleza habían vuelto á resplandecer en el hermoso semblante de la joven, la cual mecía entre sus brazos á su tierno hijo, prodigándole esas caricias encantadoras que solo una madre sabe improvisar para halagar al fruto de sus entrañas.

Martín contemplaba extasiado aquel grupo con todo el entusiasmo de un artista.

Zumbaba el viento en la chimenea, y sentíase en la parte exterior el ruido de la lluvia, reinaba en toda la casa un silencio solemne, y solo los dos hermanos parecían velar en medio de aquella quietud.

—¡Oh! ¡cuándo marcharemos á nuestro pais!—exclamó Elena con ternura.

—Muy pronto...—contestó Martín;—la guerra que ya ha estallado no debe tardar en concluir.

—¡Siempre esa idea!

—Es mi juramento. Cumplido él, soy tuyo, hermana mía. Entonces dejaré el uniforme y volveré á ser paisano, á ser artista. Volveré de nuevo á tomar mis pinceles y mi paleta para pintar esos grandes cuadros de la soledad y de la naturaleza, donde las estaciones hacen cambiar el colorido, pero que todos los años tornan á su primitivo ser como esas vírgenes paganas que se despojaban de una vestidura vieja para ceñir una nueva. Volveré á ser pintor, pero desterraré de mis lienzos la figura de los hombres, porque estos envenenan con su presencia hasta las creaciones de un artista. Débil imitador de los cuadros del Poussino, pintaré los valles y los torrentes, las rocas y las montañas azuladas Ya trazaré esos toques pálidos ó vigorosos de la noche, del día ó del crepúsculo, ya la agreste pompa de una naturaleza rejuvenecida. Entonces, debajo de algún tinado, en la puerta de alguna cabaña, en la entrada de algunas ruinas pintorescas, ó bien á la sombra de un antiguo arbol ó de un peñasco jigantesco, te pintaré á tí con tu hijo jugueteando á tus piés, y en término más lejano me retrataré yo contemplándoos con alegría.

Esta descripción de la vida futura que les esperaba, llenó de placer á la joven, y por largo tiempo

estuvieron conversaado sobre ella. Cuando más embelesados estaban, pensando en aquel porvenir tranquilo é ignorado, llamaron súbitamente á la puerta de la alquería.

El oido perspicaz de Martín distinguió las sonoras pisadas de algunos caballos y corrió á informarse.

La sorpresa del joven fué extraordinaria cuando al abrir la puerta conoció á sus nobles amigos y compañeros los capitanes Guillermo Brun y Pedro Rangel.

Martín no comprendió esta visita sino como una de esas novedades extraordinarias que nos arrebatan la calma y la tranquilidad para lanzarnos de nuevo á las agitadas vicisitudes de la existencia.

—¡Diablo!—exclamó Guillermo con su natural jovialidad, estrechando la mano de su amigo;—cualquiera diría que os habíais sepultado en un desierto, como San Antonio Abad. Pero ya os hemos encontrado, y á buen seguro que no os separareis de vuestros amigos.

Martín se sonrió dulcemente, invitando á los dos caballeros á que entrasen en la casa.

—Imposible,—contestó el grave Rangel.

—¿Por qué?

—Porque debemos regresar á Madrid al momento.

—Entonces,—preguntó Martín,—no comprendo vuestra visita.

—Es muy clara,—replicó Brun.—Venimos por vos de parte del rey.

Gorbea se extremeció.

—¡Oh! ¿pues qué hay?

—Una pequeñez; mañana partimos para Cataluña.

El joven se puso pálido como un cadáver.

—¡Mañana! ¡Oh! ¡pobre hermana mía!—murmuró sordamente.

Martín conoció que no podía faltar á su deber; era soldado, y aunque así no fuera, debía cumplir sus promesas y juramentos.

—S. M.,—continuó Pedro Rangel,—nos espera con ansiedad y no ha querido darnos instrucciones hasta que estemos los tres reunidos.

—¿Y cuando hemos de partir?—preguntó el joven.

—Ahora mismo,—replicaron sus compañeros.

En aquel instante Elena se presentó en la estancia. Había presentido aquel suceso, y dejando en su lecho á su hijo dormido, llegó en ocasión de oir el diálogo de los tres jóvenes.

Arrojóse al cuello de su hermano con la ansiedad del dolor.

—¡Qué es lo que acabo de oir!—dijo con voz ahogada;—¡Dios mio! ¿Es cierto que estos caballeros vienen por tí?

Martín estrechó á su hermana contra su corazón y contestó:

—Sí, debo partir en este instante.

—¡Oh! no me abandones.

—El rey lo quiere, Elena; soy soldado y debo obedecer.

La joven conoció lo inexorables que eran estas palabras, é inclinó la cabeza llorando; Martín dió órdenes para que ensillasen su caballo.

—No llores, hermana mía,—dijo con acento conmovido, que en vano pretendía tranquilizar;—mi vuelta será pronta. Si es que ha llegado el momento de partir á la guerra de Cataluña, te prometo volver mañana. Después...

—Marcha... marcha; cumple con tu deber,—contesto Elena sobreponiéndose á sus pesares.

De allí á poco los tres caballeros habian partido á galope para Madrid.

La desdichada jóven de pié en la puerta de la alquería, siguió con la vista á los tres ginetes: cuando las sombras envolvieron el grupo que formaban, se contentó con escuchar las rudas pisadas de los caballos, hasta que este ruido consolador se extinguió entre el magestuoso silencio de la noche.

Elena lanzó un ahogado suspiro y se enjugó algunas lágrimas que corrian por sus megillas; acordóse entonces de su hijo, á quien había dejado dormido, y ya iba á retirarse de la puerta cuando vió avanzar hácia ella un bulto, que se presentó por una senda trasversal. Era un ginete.

Este se fué acercando lentamente y en breve llegó á la alquería.

La luz del hogar alumbró su semblante, y entonces todos conocieron en el recien llegado al médico que había asistido á Elena.

Esta dió un grito de sorpresa.

—¡Ah! perdonad, señorita,—dijo Ottoboni bajando de su caballo y saludándola con alegría fingida;—veo que estais restablecida del todo, y en verdad que ya siento haber venido, acaso para seros importuno solamente.

—Nada de eso, señor médico,—contestó Elena cortada;—siempre sereis bien recibido en esta casa, aunque no esté en ella...

—Ya, ya... sé lo que vais á decirme; casualmente he encontrado á vuestro esposo en el camino.

—*¡A mi esposo!* ¡Ah!—exclamó Elena ruborizándose;—hablais del caballero que estaba conmigo en la noche de mi alumbramiento?

—Sí señora.

—¿Y le habeis encontrado?

—Ya he tenido el honor de participároslo.

—¿Y qué os ha dicho?

—Qué apresure mis pasos por si llegábais á poneros mala.

Elena, en medio de su sencillez, no vió en esto sino un nuevo servicio de su hermano.

—Entrad, entrad,—exclamó;—basta que os haya enviado para que yo os reciba con sumo gusto. En efecto, habeis llegado en un momento en que tal vez pudiera necesitaros.

—Siendo así, celebro infinito esta ocasión,—contestó Ottoboni lanzando una mirada extraña y misteriosa sobre aquella inocente jóven.—Solo siento una cosa.

—¿Cuál?

—El que tengo que retirarme en esta misma noche.

—¿A donde, siendo tan tarde?—volvió á preguntar Elena.

—A Segovia. Me reclama un enfermo de suma gravedad, y solo por vos he variado mi camino.

Angelo Ottoboni tomó ese aspecto grave y tranquilo á la par, que caracteriza á los médicos, y despues de haberse sentado cerca del fuego para calentar sus entumecidos miembros, prosiguió mirando á la jóven detenidamente.

—En efecto, señorita,—dijo con cierto interés singular;—observo en vuestro semblante que habeis sufrido una conmoción repentina que ha alterado vuestro sistema, puramente nervioso. Si bien los síntomas no son característicos, hay una revolución completa en vuestro organismo moral que puede afectar á la parte física, y esto sería sumamente sensible en vos, tanto por vuestro estado delicado, cuanto porque alimentais con vuestro pecho á una criaturita que pudiera resentirse su salud á causa de la agitación que os domina. Vamos, ¿tuviérais la bondad de darme vuestro pulso?

Elena no contestó, pero entregó su mano derecha al médico.

Todos los demás que estaban presentes escuchaban con admiración y en silencio.

—Es cosa leve,—prosiguió Ottoboni soltando la mano de la jóven;—un calmante, una bebida anti-espas-

módica, y volvereis á gozar de tranquilidad. Traed un vaso con agua.

La dueña de la casa se apresuró á obedecer la órden del doctor.

Este luego que tuvo el vaso en la mano, sacó un estuche lleno de pomitos de plata y de cristal, y tomando dos de ellos vertió algunas gotas en el agua. Esta se enturbió por algunos momentos, hasta que despues quedó de un brillante color de topacio.

—Bebed, señorita,—exclamó Ottoboni con el acento más tranquilo presentándole el vaso;—este refresco calmará vuestra agitación y traerá á vuestros ojos un sueño tranquilo y reparador.

Elena no tenía que oponer nada á la eficacia del médico, y bebió tranquilamente el brevaje que le presentaba.

Concluido esto, el doctor se puso de pié, y prometiendo volver á su regreso para Madrid, suministró algunas recetas más á varios campesinos, y partió por fin encargando dulcemente á Elena que se retirase á descansar.

En efecto, una hora despues de estas escenas la alquería estaba en una calma completa. El sueño había extendido su poderoso cetro sobre todos sus habitantes; reinaba un silencio solemne, interrumpido de vez en cuando por los silbidos del viento.

Fiel Elena al último consejo del médico, se retiró á su habitación y se había acostado al lado de su hijo. Su pensamiento, luchando entre la esperanza y el do-

lor, entre los nuevos peligros que amenazaban á Martín y las nuevas delicias que éste le había descrito en las noches de su convalecencia, se dejaba remontar por todas las esferas de la fantasía, ya considerándose una víctima abandonada entre las míseras oscilaciones de la existencia, ya una mujer feliz en el centro de aquellas soledades que ellos se crearan. Sus hermosos ojos, abiertos por largo tiempo, principiaron á ceder bajo el blando peso de sus ideas ó de sus ilusiones; sintió que una marea extraña se iba apoderando lentamente de su cabeza, y que en seguida corria á lo largo de sus miembros como un filtro maravilloso.

Pero aquel vapor, engendro de un sueño dulce y sosegado, mantenia flotante su imaginación sobre un mar de sombras rosadas y lucientes que se iba extendiendo entre el último pensamiento real y la primera creación de aquella nueva vida, cuyas puertas se entreabrian apenas para mostrarle lontananzas nacaradas, horizontes azulados, lagos de color de perla. Elena se sentía impulsada á seguir el incierto vuelo de su pensamiento al través de las nieblas de colores que surgian de todas partes para entorpecerlo; su alma, ya que no su voluntad, le presentaba la imágen de su hermano, alejándose de ella y penetrando en otras atmósferas remotas; luego despues, por un esfuerzo supremo, volvia á recordar á su hijo, extendia maquinalmente las manos y lo estrechaba blandamente contra su seno, no sin exhalar algunos besos, que se perdian sin fuerza en su pura y sonrosada boca.

Elena quiso volver á abrir los ojos y no pudo; habia perdido la voluntad; y aunque todavía quedaba en ella un instinto de razón que bregaba por salir de aquel abismo esplendoroso, no por eso pudo conseguirlo. Estaba ceñida con cadenas de flores, pero estas cadenas misteriosas eran indestructibles, como las que usó Armida para aprisionar á Reinaldo. Y sin embargo, aquella embriaguez desconocida hasta entonces que descendía de su cabeza como líquidas cascadas, no sólo inundaba su sangre, sino que hacia esfuerzos para llegar al corazón y paralizarlo.

No por esto Elena se había dormido; sentía los inciertos rumores de la noche como ecos de un mundo extraño, cuyas puertas de ébano y oro principiaron á abrirse con lentitud; distinguía los silbidos del viento como una vaga armonía que se iba alejando por aquella inmensidad de nuevos horizontes, y casi pretendía retener en su memoria la idea fugaz de cuanto le había pasado. Pero esto era un poema que no podía comprender ya su imaginación desvanecida; bogaba al través de infinitas ondas de nácar y de mil ráfagas luminosas, como una de esas criaturas que se despojan de su investidura terrenal y vuelan á las divinas regiones.Así permaneció por largo rato. De pronto vió ó experimentó que la claridad misteriosa que iluminaba su cerebro se iba apagando y descomponiendo: las imágenes halagüeñas que revoloteaban en aquel golfo diáfano y trasparente, se fueron alejando como una danza de ondinas y salamandras que se sepultan, las

unas en el fondo de un océano de cristal y las otras en un abismo de fuego; bandas de oscuras nieblas surgieron del seno de aquellas bellas lontananzas, como las nubes en un dia de tempestad; y cielo, esperanzas, visiones, color y encantamiento, todo fué apagándose, como si los génios de las tinieblas fuesen borrando aquellas luminarias de la fantasía, aquellos iris del pensamiento.

Elena se habia dormido ó había caido en un profundo letargo: todo se había borrado en su imaginación, todo se había perdido. Ni una idea quedaba en ella de la pasado; densa oscuridad la rodeaba; solo su cuerpo inerte, inmóvil, agarrotado, se veia tendido á lo largo del lecho..... ¡Parecía un cadáver!

La luz de una lamparilla iluminaba su semblante. Estaba blanco como el mármol. Su inmovilidad tenía algo de espantosa.

De este modo pasaron dos horas. Sentíase en la parte exterior el ruido que causaba la lluvia; inmensas ráfagas de viento se estrellaban contra las paredes de la alquería y Elena, siempre inmóvil como una muerta, no había vuelto en sí de su funesto sueño.

Tenia á su hijo dormido sobre su seno: éste lanzaba algunas veces pequeños quejidos que no llegaban á despertar á la madre. Y era en verdad cosa extraña, porque Elena, como toda madre que vela por su hijo tenía un sueño de pájaro.

Un manto de plomo habia caido sobre ella, como cae sobre un ataud la losa de un sepulcro.

Cuando más imponente era su quietud, más relumbrante su blancura, más incierta su respiración, sintióse entonces que una mano desconocida hacía vivos esfuerzos por violentar la ventana de la habitación. El estrépito de la lluvia y del viento ahogaba en parte el ruido que causaban en la madera. Conocíase que una intención siniestra agitaba la misteriosa mano que trabajaba en la parte de afuera.

Elena no se movió: seguía con los ojos fuertemente cerrados y la boca entreabierta.

Al cabo de una media hora la ventana crujió sordamente, pues era tau débil el cerrojo con que estaba asegurada, que al principio se ladeó y despues estalló.

El aire la empujó con violencia y la abrió de par en par. Una helada bocanada de viento impregnada de lluvia penetró hasta el mismo lecho de Elena, la cual permaneció insensible. La luz de la lamparilla se apagó al instante, y una densa oscuridad se extendió por la estancia.

A pesar de estar la ventana abierta, apenas penetraba por ella alguna escasísima claridad.

Entonces en medio de aquel incierto caos pareció que surgian dos figuras extrañas y penetraban por la ventana como dos duendes, como dos vampiros. Creyérase que eran dos engendros malditos de un sábado horrible que el temporal los arrojaba en aquella habitación, del mismo modo que esos mochuelos que giran en la nocturna bruma para guarecerse en alguna torre arruinada.

Siguióse un silencio imponente á la entrada de estos seres; pero si un oído perspicaz hubiese escuchado, sentiría las sordas pisadas de dos hombres que se acercaban al lecho de Elena.

Era evidente que la vida, la honra ó la libertad de la indefensa madre, estaban expuestas á un peligro desconocido y terrible.

Cuando más profundo se hizo el silencio; cuando cesaron de oirse las pisadas, y en los intervalos en que el viento plegaba sus alas para estallar despues con nueva furia, percibióse una voz que dijo en un tono sumamente bajo:

—Silencio.

—Nada temais,—contestó otra voz...—Ella duerme.

—Pero pudiera despertar...

Una pausa que indicaba desprecio más bien que duda, se siguió á estas palabras.

—¡Bah! más fácil es que un muerto rompa las ligaduras de un sudario, que Elena vuelva del sueño que la domina,—contestó la segunda voz...—Acercaos... Vais á convenceros en este momento.

No bien se hubieron pronunciado estas palabras, cuando una luz azulada, extraña y fantástica, iluminó de repente la habitación. Entónces, al auxilio de aquella llama tan misteriosa, se presentaron dos hombres cubiertos con antifaces, colocados á los piés del lecho donde Elena descansaba.

Uno de ellos tenía en una mano una redomita de vidrio, llena de una sustancia luminosa, de cuyo fon-

do había sacado el fuego que ardía en otra mano. Era una pajuela fosfórica.

El otro fijó sus ojos en Elena, la cual siempre seguía sin movimiento.

—¡Oh! está muerta,—exclamó retrocediendo espantado.

—No, está dormida; ya sabeis que el sueño es hermano de la muerte.

—¿Y cuándo despertará?

—Cuando yo quiera, ó vos me lo mandeis.

Los dos hombres permanecieron en silencio algunos instantes.

—Sois un sábio, maese Angelo,—dijo el otro quitándose el antifaz y mostrando las sombrías facciones de Asima, heridas en aquel momento por el resplandor lívido de la luz. ¡Oh! la ciencia, esa obscura chispa que el hombre busca en la tierra, cuando ella desciende de lo alto, triunfa en este momento del valor y de las más grandes precauciones. Gracias, doctor; vos acabais de abrir las sendas de lo futuro por medio de vuestros sublimes cálculos .. ¿Cómo habeis conseguido esta victoria?

—Con un vaso de agua,—contestó el fatídico Ottoboni.—La naturaleza, madre para unos, madrastra para otros, me ha enseñado todos sus jugos, todas sus sustancias, todos sus misterios. Esta jóven que veis dormida, ó mejor dicho muerta, estaba suficientemente agitada con la reciente marcha de su hermano, y le dí una bebida para que descansase.. Ya lo veis;

duerme como esas estátuas que vemos tendidas sobre las tumbas.

Asima echó una mirada recelosa á su compañero.

—¡Acaso!...

—No,—dijo Ottoboni adivinando el pensamiento de su colega;—vos no lo habeis querido, y... vive. Muy fácil me hubiera sido el hacerle pasar esos eternos umbrales de la muerte, pero solo ha descendido á las regiones del sueño, donde si bien no hay luz ni aire, hay vida. Sin embargo, podeis agitarla, moverla, levantarla y nada sentirá.

—Luego entonces aprovechemos los instantes. ¿Dónde está el niño?

—Aquí,—contestó el doctor levantando el embozo de la cama.

En efecto, el blanco pecho de Elena quedó expuesto al frio, sin que esta hiciese el más leve ademan de que estaba viva Sobre él descansaba dulcemente el hijo de Carlos II.

Asima se acercó con lentitud y fijó sus ojos en el recien nacido.

—¡Oh! —murmuró cruzándose de brazos y moviendo la cabeza con sombría ferocidad;—débil vástago de cien reyes que duermes tranquilo en el seno materno, y te sonries con esos sueños candorosos de la infancia... En verdad que veo en tí esa raza altiva y degradada; ese conjunto de águilas de tus abuelos, cuya suprema inteligencia está en la frente. Sí; tú eres, niño, el último descendiente de esos césares que con-

quistaron al mundo y cuya semilla debo destruir... Dios ó el demonio te ha puesto en mis manos, y solo por tí he espiado esta casa, he seguido á tu madre como el ave de rapiña sigue á la tímida alondra, y hubiera podido hacerte ahogar al tiempo de nacer para que no alterasen los misteriosos secretos del porvenir. Ahora ya estás en mis manos, única semilla de una raza maldita; ya he cumplido mi misión, porque sin tí la España no tendrá más descendientes; sin tí la herencia de esta monarquía podrá pasar á otro poder jóven y vigoroso... sin tí bastardo .. ¡Oh! Angelo, Angelo,—prosiguió dominado por una súbita idea,—¿no sabeis que los bastardos de la dinastía austriaca, son los verdaderos génios de ella? Hé aquí... uno... matémosle.

Ottoboni, con la fúnebre impasibilidad de su profesión, sacó el funesto estuche que ya en otra ocasión hemos visto en sus manos.

—Es operación muy sencilla,—dijo acercándose al tierno infante y tomando un pomo de plata.

Ya iba á echar una gota de un líquido rojo en sus lábios, cuando Asima conmovido acaso por la primera vez de su vida, le detuvo el brazo.

—Destino,—murmuró sordamente,—eres más poderoso que yo... Dejadlo, Ottoboni. Desde que murió aquella mujer que tanto amaba, soy otro hombre... me horroriza el veneno... no más muerte. Este niño irá al fondo de un castillo de Francia, y allí podrá vivir como el hombre de la máscara de hierro. Ya sa-

beis que no muy lejos de aquí nos espera un carruaje que debe conducirnos sin descanso á la frontera por la parte de Cataluña, donde nos aguarda el mariscal Belfonds, puesto que con hacer desaparecer de la tierra á esta criatura, y á su madre, la cuál sería un testigo perenne del nacimiento de su hijo si la dejásemos, llenamos cumplidamente los deseos de la Francia. ¡Oh! no perdamos más tiempo. Ya que hemos llegado hasta aquí... huyamos.

Y extendiendo los brazos cogió al débil hijo de Carlos II como pudiera cojerlo un vampiro para chuparle la sangre.

Ottoboni volvió á guardar su estuche y se apoderó de Elena para cubrirla con su ropa. Esta se dejó vestir como si la estuviesen amortajando.

Cuando el uno abrigó con la capa que le cubría al niño, y el otro tomó entre sus brazos á la madre, dispuestos ya á desaparecer con sus víctimas por la ventana, Asima retrocedió herido por un pensamiento.

—Mañana volverá el hermano,—dijo,—y es preciso que sepa de donde parte el rayo que le aniquila... Después de la venganza suprema queda la venganza secundaria.

Dijo, y sacando su puñal grabó sobre la mesa estas palabras:

«*Te robo á tu hermana y á su hijo...*

Asima.»

—Ahora,—continuó con una risa histérica,—mar-

chemos. Dios, Providencia, casualidad ó destino, cualquiera que tú seas, potestad grandiosa que diriges los acontecimientos humanos, ábreme un camino al través de estas tinieblas. Yo te suplico que el huracan y la noche sean los mensajeros de mi victoria.

CAPITULO XL.

La guerra os llama.

Mientras que sucedian estas escenas en la obscura casa de campo donde Martín Gorbea había escondido á su hermana, éste corria á riendo suelta hácia Madrid, acompañado de sus dos amigos Pedro Rangel y Guillermo Brun.

La noche, el viento y la lluvia azotaban sin cesar á los tres intrépidos caballeros que impulsados de nuevo por su destino, volvian á emprender una vida de peligros y de pruebas. Fieles á su palabra, el uno había dejado á su esposa, el otro á su querida y Martín á su hermana.

Avanzaban como esos sombríos meteoros preñados de rayos y relámpagos, ó como esos genios de los cuentos árabes, que corren para destruir y vuelan para exterminar.

Algunas horas de marcha fueron lo bastante para que llegasen á las puertas de la capital. Aún era de noche; apenas resplandecian en el oriente los primeros reflejos de la mañana. Destacábase el alcázar real como un monumento fúnebre, más bien que como una mansión embellecida por las artes. De vez en cuando sentíanse los *alertas* de los centinelas, únicos gritos que alteraban la quietud de la extensa villa.

Cruzaron el Manzanares, y después de atravesar un portillo que les fué abierto, subieron las rampas del alcázar y llegaron á las puertas.

Los caballeros descendieron de sus corceles y penetraron en el patio. Allí les aguardaba un ugier.

—Subid, señores,—dijo éste al punto que los descubrió;—S. M. os aguarda con impaciencia.

—¡Pues qué!—exclamó Rangel;—¿no se ha acostado el rey?

—No: ha estado trabajando toda la noche con el duque de Medinaceli.

Los caballeros no se cuidaron de que estaban cubiertos de lodo y agua, y siguieron al ugier.

Después de haber atravesado algunos salones llegaron á la puerta de la cámara del rey. Esta se abrió por el mismo que los conducía.

—¿No nos anuncias?—preguntó el capitan Rangel.

—No es necesario; entrad,—contestó el ugier.

Y levantando una cortina que estaba al lado de la puerta, les hizo pasar por bajo de ella.

Carlos estaba vuelto de espaldas en aquel momen-

to, dando frente á una chimenea de mármol, en la cual ardia una carga de leña de encina; cerca de él había una mesa en la que se veian desarrolladas algunas cartas geográficas y otros papeles de distintos tamaños. Dos quinqués de plata derramaban una luz moribunda sobre la mesa. Sentado en un sillon y trazando algunos caractéres, veíase al duque de Medinaceli.

Los tres caballeros permanecieron inmóviles guardando un silencio respetuoso. El rey, que no había notado la llegada de los jóvenes, iba á seguir dictando una orden, cuando Pedro Rangel hizo un movimiento con el fin de acerse notar.

Carlos II se volvió rápidamente, y dió un grito de sorpresa y alegría.

—¡Ah! ya están aquí, duque,—exclamó restregándose las manos.—Acercaos, señores, acercaos. Vuestro equipaje me demuestra lo mucho que habeis hecho para cumplir mis órdenes.

Los tres jóvenes se inclinaron.

—Traereis frio .. ¿no es eso? —prosiguió el rey.

—¡Oh! no señor,—contestó Pedro.

Carlos los miró con admiración.

—Hé aquí unos hombres de hierro,—murmuró con entusiasmo.

El débil monarca quedó por algunos instantes contemplando las varoniles figuras de aquellos tres hombres tan firmes como respetuosos. Sintió que su corazón latía de deseos, y, como casi siempre acontecía en

él, brilló en su frente una llamarada de rubor al verse tan abatido y tan inferior á los caballeros que tenía delante.

Carlos, pálido, flaco macilento, tanto por la organización de su naturaleza, cuanto por aquella noche de insomnio y de fatiga, apenas podía alzar sus trémulos párpados para mirar fijamente á la única raza de hombres que la Providencia había conservado en medio de la degradación general. Carlos hacia esfuerzos extraordinarios para sostener su papel de rey, á la altura de las circunstancias, pudiendo decirse que solo un reflejo perdido de la grandeza de su estirpe era lo que le sostenía.

Medinaceli, luego que vió á los tres jóvenes, dejó la pluma con la que escribia rápidamente, y los saludó como sus verdaderos amigos y salvadores.

El rey, dominado por un nuevo entusiasmo que brotaba por todos sus poros, aunque siempre supeditado por la timidez de su carácter, puso un dedo en uno de los mapas extendidos, y después de mirar otra vez á los caballeros, exclamó con voz agitada:

—La guerra os llama, señores; dentro de tres días estareis en este punto.

Y volvió á herir con el dedo el sitio donde lo había colocado en el mapa.

Los ojos de los caballeros se dirigieron hácia el lugar marcado por el rey, y vieron que señalaba á Gerona.

Carlos continuó:

—Ha llegado el momento de la lucha; todos mis estados de Italia, de la Flandes, y aun de la península pelean contra la ambición insaciable de Luis XIV. Somos uno contra cinco, pero Dios que pesa la justicia de los pueblos, nos dará la victoria ¡Ah! si no es así, cualquiera que sean los decretos de la Providencia los recibiré con mansedumbre... pero entonces creeré que ha sonado el último instante de mi raza...

El rey se detuvo y en seguida continuó:

—No... no levantemos los velos del porvenir que nadie comprende. Pensemos solo en nuestros deberes y no aventuremos frases que puedan ofender al cielo. Invadida Cataluña por un ejército extranjero, mucho más numeroso que el nuestro, ha llegado á las puertas de Gerona donde ha tenido que estrellarse sin poder conquistarla, sin embargo, escalonado en las orillas del Ter, espera que baje su crecida corriente para dar una batalla decisiva. Nuestros soldados, inferiores en fuerzas, solo necesitan de jefes atrevidos que los conduzcan á la victoria... vosotros lo sereis. Allí teneis vuestro puesto: partíd.

El duque de Medinaceli en aquel momento se acercó á los jóvenes y les entregó los despachos donde quedaban autorizados para ejercer el mando supremo del ejército de Cataluña, bajo las inmediatas órdenes del virey.

Este honor inesperado hizo que los tres jóvenes doblasen la rodilla con reconocimiento.

—Señor,—contestó Pedro Rangel, que era el que en

los lances solemnes tomaba la palabra;—indignos de merecer tanta honra, devolvemos á V. M. los nombramientos que por una bondad especial acaba de hacer. Nosotros hemos jurado mil veces defenderos con toda la energía de nuestro valor, pero no hemos aspirado á un premio que aún debe estar muy lejos de nuestros destinos. No es por esto decir que rehusamos el sacar nuestra espada en vuestra defensa. Corrámos sin descanso hácia el ejército, y allí, confundidos en la vanguardia, ó colocados al frente de todos, seremos los primeros en verter sangre francesa. Nosotros, señor, fieles soldados, aun caso de que la victoria huyese de nuestras banderas, quedaremos los tres para contener la marcha de los enemigos, y juramos aquí de nuevo á V. M., en nombre de Dios, que no pasarán adelante sino por encima de nuestros cadáveres.

—¡Oh! sois unos valientes,—exclamó el rey dominado por el mágico lenguaje del capitan Si la España tuviese una docena de hombres como vosotros, emprenderíamos cosas grandes como en los tiempos de Pavía y San Quintin..... Pero..... somos pocos, murmuró Carlos inclinando la cabeza..... dos de vuestros amigos han muerto ó han desaparecido; todo se hunde alrededor mio como esas ruinas gloriosas de otras épocas que se caen á pedazos al impulso de los huracanes ó de las convulsiones de la tierra Yo..... yo mismo sin vosotros sería un juguete de la ambición extranjera, y gracias que hasta ahora he podido conservar

la dignidad de la España á costa de crueles sacrificios..... gracias á que.....

El rey se detuvo; un sombrío pensamiento cruzó por su mente.

—¡Mañana! ¡Quién sabe!—continuó como si hablara consigo mismo; —mañana puedo ir perdiendo esta escasa luz que ilumina mi frente, y entonces.....

—Señor, —dijo Rangel, levantándose al mismo tiempo que sus compañeros; —V. M. es jóven, tiene salud, tiene un alma magnánima y un corazón generoso.

—Pero tengo remordimientos, caballero, murmuró el rey mirando con un sombrío terror á Martin Gorbea.

Despues, como si saliese de una distracción fatigosa, se pasó la mano por la frente. ¡Oh! prosiguió, mí alma, sin duda por el insomnio y el trabajo, se deja arrastar por esas ideas fúnebres, y en vano lucha por salir de los extraños terrores que la circundan; pero dejemos esto y tomad, continuó obligándoles á que aceptasen los despachos que ya auteriormente les diera el duque: os nombro coroneles de los regimientos que avanzan á batir á los franceses, y espero que llenareis vuestros deberes, como soldados, como españoles y como caballeros Acordaos, señores, del dia que fuísteis presentados á mi corte, y de las promesas que mútuamente nos hicimos.... Yo cumplo las mias, al mismo tiempo que vos cumplís las vuestras. Acaso llegue una época que os necesite más que ahora, y entonces tendreis que estar contínuamente al lado de vuestro rey, porque ¿quién sabe lo que será de mí? Os

hablaré con más claridad Mi naturaleza, débil y enfermiza, puede transformarse por un cambio afortunado en ágil y robusta; ó puede ir extinguiéndose poco á poco como esas lámparas que tardan mucho tiempo en apagarse, pero que espiran con lentitud aterradora. Si por desgracia acontece esto último, os necesitaré á mi lado, y os ruego por todos los santos del cielo que llegueis hasta mí, aunque la etiqueta y la voluntad de los cortesanos manden otra cosa. La memoria de los reyes es flaca, pero hay una divisa en la historia de mi familia tan gloriosa y grande como grande y glorioso fué el que la inventó.

Es la divisa misteriosa de Carlos V; la profecía de un héroe que se ha trasmitido de padres á hijos como un legado supremo, y que solo los que investimos la ya raida púrpura de los Césares la conocemos. Esta divisa que voy á deciros la conservareis en vuestra memoria, y será bastante que la pronuncieis en cualquier dia, en cualquier época, para que llegueis hasta mí. Oidla, pues: —*Austriacorum est imperare orbi universo*: lo que significa: —*Pertencce á los austriacos el mandar sobre el mundo*. Ahora, pues, este emblema de mi familia, es muchas veces un emblema funesto: se abusa de él para esas luchas sordas que se entablan entre los príncipes de una misma casa, y cuando no emana del rey es porque las nubes del odio, del furor ó de la venganza se agitan sobre su cabeza. Estad alerta, pues, y no olvideis estas palabras. Ellas serán de aquí en adelante la señal de nuestra alianza.

Pedro Rangel puso su mano sobre el corazon, y Martin y Guillermo las colocaron en el pomo de las espadas. En tan mudas actitudes descubrió Carlos la abnegación de aquellas almas dispuestas á toda clase de sacrificios.

—Señor, somo vuestros más fieles vasallos,—dijo el noble Rangel,— y sabremos morir por vuestras causa. Esta es nuestra única enseña; esta es nuestra más gloriosa divisa: cualquiera que sean las vicisitudes de vuestro reinado, prósperas ó adversas, correremos al lado de V. M. cuando nos necesite ó cuando conozcamos que le hacemos falta. Ahora mande lo que sea de su mayor agrado.

— Nada más tengo que deciros,— contestó Cárlos II. —La guerra os llama, partid; en mis caballerizas encontrareis dispuestos los mejores caballos, y mi tesorero pondrá á vuestras disposición los fondos que necesiteis..... ¡Oh! ya es de dia y los momentos son urgentísimos,—continuó el rey descorriendo una cortina de terciopelo de Utrech y abriendo él mismo las hojas pulimentadas de una ventana.

Un torrente de argentada luz inundó la cámara real; algunas nubes, bordadas de oro por los primeros rayos del sol, volaban por un cielo de color ceniciento; en el oriente montañas de vapores dorados se alzaban como promontorios luminosos.

—Ya es de dia, volvió á repetir Carlos extendiendo una mirada por el firmamento; el sol va á surgir del horizonte..... Dios permita que alumbre nuestra dicha.

Al mismo tiempo, como si sus palabras hubiesen evocado al brillante astro, vióselo salir magestuoso y magnífico como un disco sin rayos, lanzado á la inmensidad por el soplo de Dios. Pero una nube negra y dilatada se interpuso en aquel momento entre el astro y la tierra y lo envolvió en una siniestra oscuridad.

—¡Oh!—murmuró el rey retrocediendo espantado; —si es un anuncio de la fatalidad, cúmplase; si es un acaso de la naturaleza, demos gracias al cielo. Caballeros,—prosiguió mostrando la horrible nube tras la que se había ocultado el sol;—ved ahí un símbolo del porvenir. Mi reinado al tiempo de nacer principia á obscurecerse como ese astro... ¡Oh! ¡Dios mio!... ¡Mal destino me tienes reservado en ese libro de la vida que hojeas entre tus manos!

El rey quedó mirando al cielo con supersticiosa creencia, hasta que volviendo á la mesa donde el duque de Medinaceli preparaba los trabajos más reservados, quedó por un momento inmóvil y fijo contemplando á los tres caballeros.

—Partid,—dijo por último mostrándoles la puerta. —No olvideis á vuestro monarca.

Los tres jóvenes besaron la flaca mano de éste, y después de reiterar su juramento salieron de la estancia real.

—¡Pobre rey!—murmuró Pedro Rangel bajando las escaleras del alcázar.

Aquellas palabras encerraban un poema de amargura.

CAPITULO XLI

—

Delirio.

Los tres jóvenes guardaron sus respectivos despachos, y al cabo de media hora habían combinado su plan de operaciones. Bajaron á las caballerizas reales, y como Martín, ageno de lo ocurrido á su hermana, debía volver á la casa de campo, convinieron que á la noche inmediata debian reunirse en la villa de Medinaceli.

Por lo tanto Guillermo Brun partió á darle el último abrazo á su esposa, y Pedro se dirigió al palacio de la marquesa de Vil'ouraz.

Martín Gorbea, con el objeto de aprovechar las primeras horas de la mañana, se dirigió á galope por el camino del Paular.

Reinaba en su alma una agitación de ideas y un combate de pasiones y sentimientos tan generosos, que

apenas tenía aire para respirar. Su corazón, oprimido por las distintas luchas y variados efectos en que había visto envuelto á Carlos II, concibió el hermoso proyecto de no cesar de ser útil al mísero monarca, aunque para ello tuviese que variar los planes que concibiera con su hermana, puesto que su nueva misión seria más noble y santa.

Además, ¿qué de inmensos acontecimientos podian brotar en el porvenir, acaso favorable para él y para el secreto que se encerraba en su interior?

Esta idea, si bien brotó en medio de su meditación como un relámpago, la rechazó en seguida como indigna de él. Aquel fruto de la casualidad, puesto que ni Carlos II ni su hermana habian tenido la culpa de las estrañas peripecias de aquella noche fatal, nunca sería bajo su poder un instrumento terrible; ignoraria para siempre su destino.

Martín espoleaba sin descanso al ardiente caballo que lo conducia, y devoraba las distancias con la rapidez del torbellino. Salia de su seno un ronquido ahogado, y deseaba abrazar de nuevo á su hermana, única y tierna criatura que Dios le había dejado para que enjugase sus lágrimas en las noches de su desesperación, en los períodos de sus delirantes sufrimientos.

El rey, Elena, el bello y delicado niño que naciera de ésta, estaban fijos en su mente, y soñaba con los ojos abiertos en su porvenir, en su dicha, en su descanso. Hijo de la gloria, artista y guerrero á la par sentía lo grande y lo infinito como pensamientos rea-

lizables, y se dejaba conducir por el vuelo de su fantasía, al mismo tiempo que espoleaba á su indomable corcel hácia las nevadas cordilleras del Guadarrama.

Dos horas hacía que corría de este modo, cuando distinguió á lo lejos un hombre que se acercaba hácia él montado en otro caballo.

Martín creyó conocer su perfil y su talla; y como si le hubiese detenido la explosión de un rayo, quedó inmóvil y petrificado en medio del camino

El hombre que corria hácia él, era el dueño de la alquería. Venia pálido, demudado y apenas podía respirar.

—Deteneos, deteneos,—gritó desde lejos al mismo tiempo que Martín sujetaba con fuerza su caballo.

Este no sabiendo lo que aquello significaba, echó pié á tierra.

—¡Oh! ¿qué hay, amigo mio?—preguntó el jóven asombrado.

—Vuestra hermana que ha sido robada,—gritó el labrador.

Hay palabras tan crueles que no se conciben al pronto.

—¡Mi hermana!—repitió Martín como si los cielos se hubiesen desplomado sobre él..—¡Mi hermana decís!

—Sí, caballero; por eso he corrido á buscaros.

—¡Dios!—murmuró Martín rechinando los dientes, apretando los puños y mirando al cielo de un modo amenazador;—¡Dios!... ¿por qué me detienes en este

momento? Mi hermana... ¿Dónde está mi hermana?... ¿Quién ha robado á mi hermana?

—¡Oh! calmaos, caballero,—instó el labrador;—todo puede tener remedio.

—¡Qué decís!—prosiguió Martín oprimiéndose la frente con fuerza convulsa.

—La verdad.

—Luego sabeis...

—Sí: sé que el nocturno robador de vuestra hermana y de su hijo...

—¿También de su hijo?

—Tambien.

—Proseguid... ¡Oh! no os detengais.

—Sé que ha dejado un letrero escrito con un puñal sobre la mesa.

—¿Y qué dice?

—Oidlo pues. *Robo á vuestra hermana y á su hijo.—Asima.*

Martín dió un grito que estalló por todos sus poros y resonó por todas las concavidades del campo.

—¡Asima!... ¡Asima!... ¡Asima! ¡Oh! es él: es el demonio vestido con carne humana; pero... no... no conseguirá su triunfo. Adios, honor, juramentos y deber; adios instante sublime en que soñé la gloria y la felicidad. Adios... Voy en busca del infame.

Y loco, desatinado, furioso, rechinando sus dientes, pálido como Edipo, amenazador como Alcides, sombrío como el conde Ugolino, saltó sobre su caballo sin tocar en el estribo. Había en aquella naturale-

za rebelde esa irritación espantosa que solo se nota en la superficie del Océano cuando pasan sobre él los huracanes de la zona tórrida. Rígido como una estátua, buscando en lo recóndito de su pensamiento la idea más terrible para destruir el genio funesto que le perseguía, tascaba el furor que le devoraba lanzando ahogados gritos y articulaciones confusas. Existía en aquella suprema desesperación algo de sombrío y satánico como el reflejo perdido del arcángel rebelde; una especie de destello infernal como el de las fúnebres figuras del Dante; una calma insondable como la del Convidado de Piedra.

El labrador vió relampaguear en aquel semblante descompuesto una tempestad inmensa, aterradora.

—¡Oh! ¿dónde vais?—exclamó como si estuviese herido por un rayo.

—Voy á buscar á mi hermana,—gritó Martín sin desunir su ensangrentada dentadura.—Voy detrás del infame que se vale de las tinieblas de la noche para robar el tesoro más querido de mi corazón. Ha llegado el momento en que ya no cabe una gota más en el cáliz de mi ira, y ¡ay de él! luego que la justicia divina me descubra la senda que ha seguido. ¡Oh! ni abismos, ni rocas, ni mares, ni continentes, se opondrán á mi carrera.

Martín iba á clavar las espuelas en los flancos del caballo, pero el labrador, arrojándose á la brida, exclamó:

—Deteneos... deteneos; en vano vagaríais de una

parte á otra en busca de Elena, si no tuviéseis algunos pormenores de la dirección que ha tomado su raptor.

—Dios me los revelará.

—No; pues ya os lo ha revelado.

—¿Qué estais diciendo?

—Tomad, - contestó el campesino entregándole un papel —La Providencia ha dispuesto que al tiempo de huir el desconocido, se le haya caido este escrito... El os dará alguna luz en medio de este caos.

El caballero se arrojó sobre el papel y leyó con asombro estas palabras:

«A las doce de esta noche me apodero del más te-»mible enemigo de la Francia... Pudiera haberlo he-»cho sucumbir, pero no he querido manchar con una »muerte inútil el brillante porvenir que nos espera. »Dentro de tres dias estaré en Gerona á reunirme con »vuestro ejército. Haced, mariscal, porque se halle lis»ta en el cabo de Creus una barca para que conduz-»can á mi prisionero á un puerto de nuestra nación. »Acompañarán á esta carta unos despachos secretos »sobre la inmensa importacia de este último suceso que »asegura nuestra grandeza, y que solo S. M. el rey »puede abrir: él resolverá el destino que le aguarda al »prisionero. Como esta llegará algunas horas antes que »yo, me apresuro á participaros lo que debeis hacer, »pues un minuto de pérdida pudiera destruir mi arries-»gada empresa.—Vuestro respetuoso servidor.—*El »conde del Cisne*.—Para el mariscal Belfonds, jefe del »ejército de Cataluña.»

Martín dió un grito de júbilo y rabia que tenía la ferocidad del de la hiena, y la furia reconcentrada de el león. Todo estaba comprendido y esplicado, puesto que con el rapto de aquel niño débil, se trataba de concluir con una raza ilustre y desgraciada, con un rey abatido y enfermizo Entonces los sentimientos de la sangre se unieron á los sentimientos de fidelidad hácia su soberano; conoció que Dios lo hacía el instrumento vengador de aquel suceso extraordinario, y esperimentó esa alegría salvaje del chacal cuando se ceba en las entrañas de su víctima. Los tintes sombríos de su semblante se tornaron en fugitivos resplandores que se perdian en el negro abismo de sus ojos, como esos fuegos cárdenos que exhalan las nubes: su boca se entreabrió dejando escapar un ronquido apagado, y sus manos agarrotadas hasta entonces, adquirieron una prodigiosa elasticidad

—¡Dios!—exclamó de nuevo mirando al cielo, pero con una expresión distinta á la vez primera... —Fuente suprema de justicia... ya que me has abierto el camino... condúceme como uno de tus arcángeles, si es que soy el mensajero de tu venganza...

Y clavando los sangrientos acicates en el vientre de su corcel, se lanzó por la misma senda que acababa de correr, cual uno de esos espíritus exterminadores que el cielo envía para azote de la humanidad.

El labrador le vió partír con asombro y terror: poco después había desaparecido de su vista.

El caballo sentía que le desgarraban sus costados

con las aceradas espuelas, y recorria el espacio como si le faltase campo, luz y aire que devorar. Su cuello estirado para adelante, sus narices encendidas, sus ojos inflamados, el redoble impetuoso de su marcha, la cola ondeante y agitada, todo aquel conjunto magnífico y desesperado, donde la fuerza se convertía en delirio, el delirio en torbellino, el torbellino en vértigo y el vértigo en huracan, pasaba como una sombra, como un sueño, ó cual uno de esos corceles de las leyendas divinas ó fantásticas que arrastran en pos de si un anatema ó una fatalidad.

Corria como el Bayardo del Ariosto al través del sombrío bosque, sin que su gineta dejase de clavar las espuelas en sus flancos; corria bañado en sudor y de espuma saltando los fosos y barrizales del camino, mientras que Martín, pegado en la silla, inclinado el cuerpo hácia la brida, loco, frenético, sin respirar y sin ver, se dejaba conducir con la boca entreabierta, la mirada inmóvil y clavado en los lejanos horizontes, cual si en ellos estuviesen encerrados los terribles deseos de su corazón.

Y cada vez más hundia sus talones en los vacíos del caballo, porque hay momentos que la vida se reconcentra en un extremo, sólo para dar más unidad y energía á las violentas ideas que nos sugiere la desesperación; hay momentos en que una calentura sorda é invencible, inflama nuestra sangre, y entonces se trasforma nuestra naturaleza, se enrojece nuestro pensamiento, y todos los objetos se tiñen de una au-

reola sangrienta que irrita más nuestras facultades.

Martín sentía su frente bañada por el húmedo viento de la mañana, y esto era lo único que retenía una chispa de razón en su delirante vértigo. La dilatada campiña, los negros y espesos encinares que atravesaba, la tortuosa senda que seguia, todo había variado para él de forma y de color. ¡Crepúsculo extraño donde el instinto se hacia superior al pensamiento, donde la locura reemplazaba á la razón, donde la tempestad dominaba á la calma! Allí él, hombre aislado y solitario, atormentado por el deseo de la venganza como Tántalo por la sed, rodeado por las furias como Orestes, confundia su propia existencia con la de la indómita cabalgadura que le arrastraba en pos de un destino desconocido aún; la animaba con sus feroces ronquidos, al mismo tiempo que le hacía verter largos chorros de sangre; azotaba su cuello con las manos tirando de la espesa crin, en tales términos que corcel y caballero parecíase fundirse en una forma vaga, indeterminada y singular como la del centauro, la del grifo y otros animales fantásticos.

Y entonces, en aquella especie de fusión que el viento, el espacio, el aplomado color del cielo, y la parda superficie de la tierra hacian más exacta dilatando ó encogiendo los perfiles de los dos, según la mucha ó poca claridad de la naturaleza, entonces solo se veía una masa negra correr como un gnomo jigantesco, ó un trasgo espantoso; devorar los espacios como un insecto inmenso cuyos piés de acero despiden

un reflejo cárdeno y azulado; trepar las cumbres como un hipógrifo, y caer rodando en la apariencia por las escarpadas pendientes como un peñasco colosal desprendido de su base.

Y por medio del prisma que comunica la ilusión ó la distancia, veíase á Martín y su caballo variar de formas y de colores como un cromotrop moderno, como un kaleidóscopo infernal, como una fantasmagoría de un sueño horrible. Luz unas veces y tinieblas otras relámpagos y obscuridad, realidad ó mentira, todo se mezclaba allí y se perdía según la posición que ocupaban aquellos dos entes que parecían brutos y hombres al mismo tiempo.

Así pasaron las distancias: así se acercaron á Madrid.

Martín bien por la velocidad de su carrera, bien porque su estado no se hallase en situación de conocer los objetos exteriores, no descubrió las torres del alcázar real y los abrillantados campanarios de la corte.

La luz de su alma estaba obscurecida: había sentido estallar en su interior todas sus fibras á impulsos de la rabia y del dolor; y aunque un presentimiento favorable le hacia creer que su hermana y su hijo no perecerían, apenas podía soportar la idea de que se hallaban en poder de Asima.

Su caballo, más bien que él, llegó al umbral de las caballerizas reales y se detuvo: estaba reventado y deseaba morir en aquel lugar tranquilo, donde tanto lo

cuidaran antes. Echaba sangre y espumarajos por la boca.

Martín corrió á las cuadras, escogió, valiéndose de la real autorización que tenia, el mejor caballo, y no tardó media docena de minutos en lanzarse otra vez á la carrera y dirigirse al camino de Alcalá.

Era vistoso y extraño ver pasar por las principales calles de Madrid aquel militar de esbelta y elegante estatura, lleno de fango, con las espuelas y botas ensangrentadas, el cabello descompuesto, la frente arrugada y la mirada sombría y brillante á la par, inclinado sobre su corcel, como si pretendiese comunicarle la fuerza vertiginosa de su pensamiento.

La multitud le vió huir casi sin concebir lo que era.

De este modo se halló otra vez en el campo, en la soledad, con ancho espacio y dilatados horizontes, donde su mente pudiera sondear, donde su alma pudiera correr tras el robador de su hermana y del precioso niño que Dios había puesto bajo su amparo. Entonces ya no le restaba otra cosa sino volar como el torbellino, alcanzar á sus amigos, referirles el último golpe de su siniestro perseguidor, y caer sobre él, como el ángel exterminador sobre las legiones de Sennacherib. Entonces sentia centuplicarse su fuerza y su indomable valor, y puesto que la previsión de Carlos II había hecho que hubiese caballos de distancia en distancia para que su marcha fuese más impetuosa, se aprovechó de ella para adelantar cuanto pudiese.

¡Extraño poder de la venganza y del honor! Mar-

tín no sentia el cansancio ni la fatiga. Desde la noche anterior no había tomado alimento y no sentía necesidad; su naturaleza de hierro lejos de haber sucumbido bajo el martillo de la desgracia y de la fatalidad, lo había rechazado como lo rechaza el pesado yunque, y siempre con el afan indómito de seguir adelante, siempre con la vista clavada en el término más lejano del camino, volaba sin mirar atrás, sin graduar el espacio que atravesaba.

Así había pasado la mayor parte del día. Solo en las paradas donde por precisión tenía que mudar de caballo, se contentó con beber de una tragantada un vaso de vino, pues la sed era lo único que le atormentaba. En seguida volvia á correr.

Todos aquellos sitios y lugares que no ha muchos meses había pasado en compañía de su desgraciado hermano, del infeliz Leoncio y de sus otros amigos, parecian cruzar por delante de él como los recuerdos agradables de un sueño feliz, hundido en el abismo de la desesperación. Pueblos, campiñas, cielo, horizonte, montañas, todo confundido en su imaginación, todo amalgamado horriblemente en su turbada pupila, se deslizaba como ráfagas sombrías, como nubes brotadas del centro de aquella tierra misteriosa.

De este modo descubrió á lo lejos la empinada cúspide donde se alza Medinaceli, con sus amarillentos muros y arruinadas torres.

Allí debian esperarle sus amigos.

Era el crepúsculo de la tarde, y la naturaleza es-

taba cubierta de obscuros vapores. Rodaban por la atmósfera las últimas llamaradas del sol, como las olas, candentes de un mar de sangre. Silbaba un viento agudo al través de las cañadas y de los barrancos.

Martín sin hacer caso del trastorno de la naturaleza, llegó en breve al pié del monte de Medinaceli, por el cual se desliza ondeando el camino de Zaragoza.

A uno de sus costados se alzaba una venta miserable, en cuya puerta creyó descubrir dos caballos. Su corazón saltó de alegría, y en breve llegó á ella.

No se había engañado; en una mala mesa y al lado de un hogar agonizante comian dos caballeros.

Martín dió un grito; eran Pedro Rangel y Guillermo Brun que esperaban á su amigo, según lo habian ofrecido por la mañana.

Cuando lo vieron entrar pálido, desencajado y en una hora tan impensada, puesto que no debía llegar á Medinaceli si no seis horas después, conocieron que algo de extraordinario le había pasado. Hacía tiempo que estaban acostumbrados á la desgracia, pero en aquella ocasión se extremecieron sin saberse esplicar la causa.

—¿Qué teneis, amigo mio?—preguntó Rangel con ansiedad.

—A caballo, señores,—fué lo único que contestó Martín.—Montemos á caballo y corramos al instante.

Era tan vehemente la entonación del caballero, que sus dos camaradas no esperaron otra órden. Se levantaron rápidamente de la mesa.

—Perdonad, prosiguió Martín no debo importunaros, puesto que yo soy el único que sufro..... cenad tranquilamente.

—¡Pero qué os sucede! —exclamó Guillermo Brun; —ya sabeis que las ofensas dirigidas á uno de nosotros es como si se hiciesen á todos.

Martín miró en torno suyo, y como no viese sino á una mujer, vieja ya, calentándose en la lumbre, contestó en voz baja llamándolos á un rincon de la venta,

—¡Oh!.... no podeis comprender lo que sufro en este instante..... Me han robado á mi hermana.

—¡A vuestra hermana! gritaron los dos caballeros.

—Sí.

—¿Y quién ha sido el infame? añadió el conde pálido de coraje.

—Asima.

A este nombre Rangel y Brun llevaron las manos á las empuñaras de su espada.

—¡Asima! —exclamó Rangel. — Luego entonces, cómo es que no lo habeis perseguido?

—Lo persigo; marcha con su víctima delante de nosotros.... Mejor diré, con dos víctimas, porque..... ¡Oh!..... vosotros no sabeis ciertos secretos de la Providencia, y ese hombre infernal los ha descubierto, pero fieles como sois á la casa de Austria, habiendo jurado defender á Carlos II hasta verter gota á gota toda la que circula en vuestras venas, os conjuro á que corramos detrás del robador de mi hermana. El

lleva un secreto inmenso que puede variar el triste destino de nuestra patria; él huye con la sonrisa de la venganza satisfecha, porque ha triunfado de nosotros de la España y aun de nuestro prorvenir.... ¡Oh! corramos..... corramos.

—Está bien, —dijo Rangel, con su imponente gravedad; corramos como vos decís hasta vencer ó aplastar á ese incansable enemigo de nuestros pais y de nuestras glorias y esperanzas; pero decidnos, si es posible, cuál es el enigma que conduce, cuál es el misterio que arrastra.

Martín se detuvo; miró á sus compañeros por un instante, y despues de enjugarse el sudor que brotaba por su frente, contestó con voz profunda:

—Escuchad; sé que amais al rey con lealtad; sé que sois caballeros hasta lo sumo, y debo levantar el velo de ciertas escenas que pasaron cuando nosotros regresábamos de América; cuando vos, Guillermo Brun, apenas habíais vuelto de los Paises Bajos. ¿Os acordais de que el rey, conducido por un funesto consejero, trató de robar el honor de vuestra esposa?

—Sí,—contestó Brun poniéndose pálido.

—Esto os valió la Inquisición, prosiguió Martín, porque supísteis defender con nobleza á la hija de don Fernando Ponzos; pero habia de cumplirse el destino de una criatura inocente, y..... se cumplió. Creyendo Carlos II que penetraba en la habitación de vuestra esposa, entró en otra habitación, avanzó entre las tinieblas, tropezó con esa criatura que estaba insul-

tada por causas muy distintas, y la violó..... El estaba en el error que vos conde estinguísteis al siguiente día.

—¡Oh!—exclamó Brun;—ya adivino el motivo de que el rey sostuviese su carácter de aquel modo.

—Pues bien; si Carlos no fué inocente; nunca pensó causar el daño que causó á la desgraciada jóven que equivocadamente cayó en sus brazos; esta, agena de su deshonra, nunca la hubiera comprendido á no sentir que su naturaleza recibia un impulso extraño, y que dentro de ella había un ser inerme y providencial..... Llevaba en su seno..... ¿Comprendeis?

—Sí..... sí, contestaron los dos caballeros con vivo interés.

—Pues bien; ved aquí todo el secreto; ved aquí el resultado de aquellas sombrías peripecias donde todos sufrimos y donde todos fuimos inocentes. Solo una mujer quedó señalada por el dedo de Dios..... y esa mujer que había huido de la sociedad, que se había encerrado en el fondo de un retiro, fué sorprendida y arrebatada por Satanás. Por Satanás, sí, prosiguió Martín con febril exaltación; porque si es cierto que los espíritus infernales se introducen en los cuerpos de los hombres, Asima es uno de ellos.

—¿Pero esa mujer?—preguntó Rangel con ansiedad.

—Esa mujer es mi hermana,—gritó Martin ahogado de dolor.—Ahora si quereis correr en pos de ella, volemos. Ella lleva en su brazos al hijo misterioso que le ha dado el cielo. Asima lo ha arrebatado para devorar en él el último vástago de una dinastía.....

—A caballo,—contestó Rangel comprendiéndolo todo. — Corramos á salvar al hijo providencial de Carlos II.....

—Sí, sí, repitió Martín, corramos á salvar á mi hermana.

Poco despues los tres jóvenes volaban con dirección á Zaragoza.

CAPITULO XLII.

Dios, el hombre y la tempestad.

Los densos velos de la noche caian sobre la tierra cuarenta y ocho horas después de lo que acabamos de describir.

Siguiendo el camino de Figueras, apenas se descubría la torre cuadrada y severa de la antigua iglesia edificada por Pedro Rigalt, sobre las ruinas del templo de Villabertan. Más allá, y dirigiéndose á las empinadas escarpaduras de la naturaleza, en cuyo extremo meridional se eleva la cúspide de Armen Roda, veíanse descender las tinieblas y levantarse inmensos crestones de negras nubes bordadas por el postrer reflejo del sol.

Reinaba un silencio solemne y misterioso.

El cielo, cruzado de espesos vapores de color cárdeno y leonado, parecia un océano de metal.

Desde los áridos peñascos de aquellos montes gigantescos, se vé al mar que se extiende verdoso y sombrío, viniendo á romper sus espumosas olas en la extensa playa. Un panorama magnífico y aterrador se presenta á la vista y abraza la extensión del golfo misterioso, en cuyas riberas existió la opulenta Ampurias, y cuyos restos se descubren aun entre la mustia hojarasca de los cañaverales y la rojiza cabeza de algunos riscos.

Más allá, y mirando hácia la izquierda, se nota la ondeante forma de las solitarias orillas, avanzando ó retrocediendo según la fuerza del Mediterráneo. Vénse penetrar entre las ondas, como tres cuellos de inmensos cisnes, los cabos de San Sebastian, Estardy y Creus. ¡Puntas de granito, donde el mar se estrella con gemidor estrépito, y donde los buques corren á hacerse pedazos en las noches de tempestad!

Algunas islas desiertas se pierden en aquel abismo de agua y se confunden con el horizonte de la cercana Francia. Al Norte levantan los Pirineos sus nevadas cúspides y sus espesas moles; al Oriente el mar; al Sur Cataluña.

El cabo de Creus sobresale más que ningun otro, y avanza en forma de promontorio, disminuyendo su pendiente á medida que se hunde en el mar. Sin embargo, en su erizada costa levantan la frente colosales peñascos, que parecen de lejos el simulacro de un dolmen céltico ó las aras solitarias de los druidas. Allí, cuando la noche principia á extender sus som-

bras, acuden las gaviotas y otras aves marinas á despedir el día con lastimeros graznidos, y á buscar un lecho de algas podridas que pueda servirles durante su ligero sueño.

Las olas se deshacen en aquella punta madrepórica, formando cascadas de sonoras espumas que suben como los surtidores á escalar la cima de los inmóviles titanes de piedra, que Dios, la naturaleza ó alguna convulsión submarina, han puesto allí como atalayas pavorosas ó divinidades petrificadas.

Cuando el soplo de la tempestad principia á rozar os límites de las aguas con un color que de azul turquí se convierte en negro, siéntense en el cabo rumores misteriosos que salen de entre las piedras, como si hubiese allí profundos respiraderos: las olas azotan con más fuerza los socabados peñascos, y su levantada espuma arrastrada por el vendabal, riega las crestas más elevadas.

Entonces ¡ay del pescador que no se haya recogido en su cabaña! ¡ay del buque que no se haya alejado de aquella ribera siniestra!

La noche en tanto seguía extendiendo sus crespones, y ya los lejanos Pirineos y los límites del mar se habian ocultado, cual si hubiesen desaparecido á impulsos de un soplo mágico.

Zumbaba el viento, y el Mediterráneo estaba alborotado. La luna triste y pálida apenas rompía los celages de la atmósfera para volver á desaparecer bajo la inmensa y sombría masa de las nubes que roda-

ban por el firmamento. Sentíanse sordos truenos que retumbaban á lo lejos, y á veces rasgaba el espacio un cárdeno relámpago, en cuyo seno se agitaba una serpiente sulfúrica.

La obscuridad iba haciéndose más densa

De pronto sintióse en medio del camino que serpentea desde Figueras á Palau, y de este punto á las costas peligrosas del cabo de Creus, la extraña carrera de un carruage.

Era una silla de posta.

El conductor había encendido una descomunal linterna, colocada en la parte superior de la silla, con cuyo auxilio guiaba cuatro caballos que se lanzaban á carrera tendida por aquella senda infernal. Las ruedas chispeaban contra los guijarros. Expuestos á precipitarse mil veces en algún abismo, salvaban de un modo maravilloso cuantos inconvenientes se presentaban.

Nada hubiera chocado en aquella ocasión á no haberse sentido unos vagos gemidos en el interior del carruage. Aquellos gemidos eran de mujer; eran ecos de dolor, perdidos en las espantosas soledades que atravesaban y estraviados completamente por el huracan.

A la luz que prestaba la linterna del carruage, descubríase, aunque en confuso, el interior de éste.

Un hombre cubierto con una capa sujetaba á una jóven, la cual hacia inútiles tentativas por abrir una de las portezuelas. Esta jóven, pálida y agitada, llevaba en sus brazos á un niño de pecho.

Era, pues, el conde del Cisne y Elena Gorbea.

Cuando volvió de su sueño la desgraciada madre, y despues que se hizo cargo de aquella realidad horrible é inesplicable, miró al único hombre que iba á su lado, y entonces conoció al más encarnizado enemigo de su hermano. Ella se veia víctima de un lazo que no adivinaba, y desde el momento sostuvo su dignidad de tal modo, que Asima tomó el partido de obrar y no responder.

El viaje había sido rápido como el torbelino.

Elena había llorado, suplicado, amenazado con toda la vehemencia de una madre, que si bien no teme por sí, teme por su hijo; pero ni sus lágrimas, ni sus suspiros, ni sus palabras pudieron alcanzar que se la descubriese el enigma de lo que le acababa de pesar y de lo que le iba á sobrevenir.

Mil veces habia intentado sustraerse de aquella violencia inconcebible, y otras tantas habia tropezado con la marmórea mano de Asima, ó con su mirada helada y tenebrosa. Y sin embargo, ningun sentimiento, ninguna pasión había revelado este hombre en las mortales horas que trascurrian. Hablaba poco, pero cuando lo hacia era con cierta mezcla de dominio y respeto que asombraba.

A medida que era más oscura su situación, crecia el terror de su alma. No sabia donde estaba ni adonde la conducian. Miraba con espanto las montañas del camino, los desconocidos paisages que se extendian delante de ella y los lejanos pueblos, que bien pronto quedaban á sus espaldas.

La desgraciada Elena creia hallarse dominada por un sueño fatal. ¡Pesadilla horrenda que se convertia en realidad á cada instante! ¡martirio prolongado, donde su corazón se destrozaba como si fuese un vaso de cristal! ¡Qué habian sido de sus esperanzas, leves perfumes del pensamiento que enagenaron su existencia por algunos dias? ¿Qué extraña revolución la arrancaba del oculto retiro que había habitado como una débil arista arrastrada por el vendabal?

La pobre madre no comprendia nada, pero lloraba en silencio sobre el semblante de su hermoso niño, cuya boca principiaba á entreabrirse, para mostrar una de esas sonrisas de angel, y cuyos ojos miraban el consternado rostro de su madre, sin comprender su supremo dolor.

Acurrucada esta en el fondo del carruage, besaba sin cesar á su hijo y lo estrechaba cien veces sobre su corazón, temerosa de que se lo arrebatasen. Otras miraba con recelo al hombre misterioso que iba á su lado y entonces se pintaban en su fisonomía todos los matices del horror, y procuraba ocultar su hijo con la vehemencia de la desesperación y como si temiese perderlo para siempre.

Pero cuando en el momento en que la silla de posta bajaba serpenteando por las pendientes de Armen Roda para dirigirse al cabo, descubrió Elena la inmensa y agitada extensión del mar; cuando vió herir á sus pies aquel rugiente abismo de color verdoso, y comprendió con la rapidez del pensamiento el cúmulo

de infortunios que la esperaban, lanzó un grito, y juntando las manos sobre el pecho, exclamó.

—¡Dios mio! ¿dónde estamos? ¿A dónde me conducís?

Asima pareció extremecerse al oir aquel acento impregnado de dolor y desesperación, pero no se dignó ó no le pareció conveniente contestar.

Elena interpretó aquel silencio de un modo espantoso.

—¡Oh! —continuó: —caballero, en nombre del Señor del cielo, de todos los ángeles y de todos los santos, decidme adonde me llevais. Dignáos contestar á los ruegos de una pobre madre que se encuentra en vuestro poder de un modo incomprensible: tened piedad de esta infeliz criatura, ya que no la tengais de mí. ¿Qué es lo que yo he hecho? ¡Perdon si soy culpable, compasión si soy inocente!

El conde lanzó á la jóven, que lloraba amargamente, una mirada sombría.

—Hablad, hablad, —prosiguió esta; —si quereis me arrastraré á vuestros piés, con tal que pueda enternecer vuestro corazón Bendeciré vuestro nombre con tal que me abandoneis. Yo creo que vuestro pensamiento no será el de atentar á mi honor de un modo horrible. No; no concibo que sea el amor quien os haya inducido á robarme del tranquilo retiro que habitaba. Si por desgracia es así, sea mi inocente hijo el escudo de su madre .... no; no sereis tan cruel que quiteis la vida á este angel del cielo.

Asima se sonrió de un modo glacial.

—No temais eso,—murmuró sordamente.

—Entonces,—contestó Elena aturdida; —¿por qué me llevais lejos de mi hermano y de mi país?

—En un decreto del destino.

—¡Oh!

—Mirad,—continuó Asima señalando la indeterminada superficie del Mediterráneo y el nebuloso confin del horizonte,—no pretendais sondear el abismo de vuestro porvenir ¿Veis ese cielo cargado de nubes, esas olas solitarias que se estrellan á nuestros piés con estruendo pavoroso, ese moribundo crepúsculo que tiñe con sus lívidas ráfagas los límites del mar? Pues todo es más claro que vuestra suerte. No es mi voluntad la que os conduce; es la Providencia. Esta noche cruzareis esa vasta extensión que se mueve y agita á nuestros piés; mañana . ¡Oh! ¡quién sabe lo que sucederá mañana!

Estas palabras cayeron sobre el corazón de Elena como si hubiese sentido el peso de una roca de plomo.

—¡Hijo mio!... ¡hijo mio!—gritó aquella madre ahogada de dolor y estrechando contra su seno á la inocente criatura que lloraba.

Pero su voz suplicante y desesperada, su actitud dolorosa y abatida, su terror incebible, todo desapareció en el fondo del carruaje, el cual se precipitaba como un rayo hácia el cabo de Creus.

El huracan y la noche lo envolvieron todo.

Cuando se iba haciendo más rápida la marcha de

la silla de postas, sintióse la violenta carrera de un caballo que se lanzaba detrás de ella como si fuese conducido por un espíritu infernal.

Asima sintió aquella carrera, y toda su sangre se agolpó al corazón.

No bien había asomado su cabeza por una de las ventanillas del carruaje, cuando vió á un ginete, que á pesar de la oscuridad que se iba extendiendo, creyó conocerlo.

—¡Maese Angelo! —exclamó con el cabello erizado después de un momento de duda.

—Corred... corred,—contestó éste siguiendo la marcha de la silla...—Nos persiguen.

—¡Truenos y rayos! eso es imposible,—replicó Asima asombrado.

—No lo es por desgracia.

—¿Y quiénes son?

—Ellos.

Este ellos se clavó en el corazón del conde, el cual rechinó los dientes con desesperación.

Ottoboni continuó, pues el terror de su compañero no le permitió decir una palabra.

—Me había quedado en el camino para preveniros caso de que hubiese alguna novedad. Hace cuarenta y ocho horas que me detuve en una venta, cerca de Medinaceli, y entonces llegaron ellos, mientras yo, escondido en un camaranchon, oí que sabian hasta la ruta que habeis seguido. Partí al instante, pero *ellos* vienen en pos de mí.

—¿Y cuánta distancia les llevareis?

—Una media hora.

—¡Con que son *ellos!* —exclamó Asima mordiéndose los puños.—¡Oh! sin duda alguna, la carta que se me perdió, dirigida al mariscal Belfonds, les ha descubierto nuestro camino. *Ellos*, —prosiguió atarazándose cruelmente; —siempre ellos en pos de mí; siempre la maldición en pos de la maldición. Pero aun es tiempo; media hora es lo bastante para vengar á la Francia ofendida y vengarme yo... Sino...—continuó lanzando una mirada sombría al grupo que formaban Elena y su hijo...—Sino hay otro remedio. . entonces...

Asima apretó el pomo del puñal que llevaba á la cintura.

—Corred... corred, postillón,—gritó Ottoboni azotando con su látigo los flancos de los caballos del carruaje...—¡Oh! más aprisa... más aprisa. Precipitad la marcha aunque nos despeñemos por algun derrumbadero. ¡Sus!... ¡sus!

Y entonces, saltando, botando, despidiendo chorros de luz, todo confundido, como si aquella masa indefinible que formaba el carruaje y los caballos fuese un peñasco que se desplomase ó una roca que se undiese, pasó por las pendientes de Armen Roda, descendió por las sombrías cordilleras que se hunden en el mar, y se lanzó hácia el solitario cabo de Creus, que se extendia como un jigante de piedra, entre las espumas fosfóricas del Mediterráneo.

La noche había cerrado completamente y el mar mugía de un modo aterrador. El huracan silbaba con violencia; la tempestad bramaba en el cielo y en la tierra.

Notábase al escaso resplandor que despedia la luna, en el momento en que se entreabrian las nubes para dejar escapar un melancólico rayo que resbalaba por la superficie de los mares; notábase, repetimos, el vuelo rápido de los negros vapores, los cuales se iban amontonando hácia el Oriente, como una fantástica cordillera que separase al mundo material con un mundo desconocido.

Surcaba de vez en cuando aquella acinación tempestuosa un fugaz relámpago que rasgaba con clarísimo resplandor las profundidades del cielo; después, como si Dios hubiese querido conceder un momento de pasmo á la naturaleza, dejaba pasar un corto intervalo, hasta que rodaba un trueno prolongado que se dilataba sobre los horizontes, lanzando explosiones cual si fuesen cañonazos de alarma.

El mar, cada vez más agitado por el soplo del vendabal, se alzaba en anchas ondas que corrian como inmensos leviatanes á estrellarse contra aquellas rocas solitarias. Confundidos los límites más lejanos del paisaje, en una obscuridad impenetrable, como la de un caos, solo aparecian cuando el fuego lívido de la borrasca inundaba de fantástica luz las líneas severas de aquellos peñascos y los agudos conos de los Pirineos.

Entonces veíanse masas prolongadas enrojecidas

como el cobre candente; el mar se asemejaba á un golfo de lava, y los riscos de la orilla á los escrementos volcanizados de un crater. Todo esto que resplandecia en un átomo de tiempo, que brillaba y se extinguía como la aparición de un mundo incógnito, pulverizado por la mano de Dios, el horrible estruendo de las olas, los silbidos del viento, la carrera de aquel carruaje, las misteriosas conversaciones de aquellos seres que pasaban como arcángeles malditos precursores de la tempestad, todo eso tenía una de esas apariencias satánicas que Brueghel ha sabido dar á sus cuadros, y el Dante á sus descripciones.

Llegaron por último al cabo de Creus, punto de esperanzas para unos, de desesperación para otros.

Alzábase el mar contra sus aislados peñascos, los cuales puestos allí como centinelas de granito, parecian detener con su eterna inmovilidad los furores del Mediterráneo.

Parecian escucharse en el fondo gritos dolorosos de víctimas que se estrellaban contra las piedras y rumores fantásticos que pasaban entre la húmedas bocanadas de viento.

Asima, con el cabello erizado, mandó detener el carruaje. Ottoboni abrió la portezuela.

Un relámpago hirió aquellos dos rostros animados por el crímen, y la desventurada Elena, que leyó en ellos un pensamiento infernal, exhaló un apagado grito y estrechó convulsivamente á su hijo contra su corazón.

Maese Angelo, con una mano extendida hácia la parte por donde habian venido, parecía recoger con profunda inmovilidad todos los rumores desconocidos que estallaban en los escasos periodos en que el mar, el viento y la tempestad enmudecian.

—¡Oh! —murmuró por último acercándose á Asima, que se disponia á sacar á Elena del carruaje.

—¡Qué!—contestó este extremeciéndose.

—Se sienten carreras de caballos..... escuchad.. escuchad. ¡Oh! no podemos perder un instante..... Vamos á las lanchas.

—¿Y creeis,—replicó Asima con voz profunda, —que se hayan podido acercar á la orilla?

Ottoboni exhaló una blasfemia y golpeó el suelo con desesperación.

—Podeis decir verdad, —exclamó; —sin embargo..... corro á enterarme.

El médico saltó por los peñascos expuesto á destrozarse á cada paso, hasta que llegó á una punta solitaria que avanzaba sobre el mar.

Allí sacó una bocina y llamó por tres veces. Su acento ronco y misterioso se dilató como una maldición.

—Nadie..... nadie, —murmuró en seguida inclinado hácia el mar; —nadie responde..... ¡Oh! Lucifer se ha opuesto á nuestro proyecto; y yo..... misero de mí que podía haber ahogado en mis manos á ese niño..... yo que podía haber ganado millones.. .. ¡Execración á la tempestad!

Dominado completamemte por el terror, guardó silencio y sintió más inmediata la carrera de los caballos de sus enemigos, que se aproximaban con la rapidez del meteoro. No habia remedio..... todo estaba perdido.

Entonces, no teniendo otro medio de salvarse, se escurrió por la pendiente que tenía á su izquierda, y desapareció entre la siniestra oscuridad de la noche.

Asima, helado como el mármol, había seguido con la mirada á su fatídico mensagero, hasta que las tinieblas lo ocultaron á su vista. Oyó el llamamiento de la bocina, pero no percibió la seña convenida por los marineros, y desde luego comprendió la inmensa catástrofe que le aguardaba.

Aquel hombre de hierro tembló por un instante, meditó que jugaba el todo por el todo; pero rebelde á su misma naturaleza, sintió la rigidez de sus fibras como si tratase de luchar por vez postrera contra el inexorable destino que le perseguía.

El silencio de Ottoboni era fatal. Un relámpago azulado iluminó el peñasco á donde había subido.... el peñasco estaba abandonado..... ¡Lo adivinó todo!

Entonces, volviéndose hácia la parte de tierra, escuchó la carrera de sus perseguidores.

Miró al firmamento y rechinó los dientes: delante estaba el Mediterráneo; no podía avanzar: detrás se hallaban sus enemigos; no podía retroceder: á sus costados se alzaban rocas inaccesibles; no podía huir. Dios, la tempestad y el hombre, lo detenian. Estaba

encadenado por el cielo, por la naturaleza y por el destino.

Al punto subía del corazón de Asima á la cabeza una niebla de sangre, un torbellino horrible..... Una inmensa ráfaga de viento le llevó el sombrero y no lo sintió quedándose sobre las rocas como un genio maldito, como una petrificación del crímen.

Los momentos eran contados; era preciso obrar.

—Asima se acercó brutalmente á Elena, y tomándola de una mano tiró de ella con fuerza.

—Seguidme,—murmuró con voz sorda.

—¡Oh! Dios mio..... Dios mio, ¿á dónde me conducís?—contestó la desgraciada madre resistiéndose á aquella terrible violencia.

—Seguidme,—replicó Asima arrastrándola hasta sacarla fuera del carruaje.

—¡Mi hijo! ¡mi hijo! ¡lo vais á matar!—gritó Elena cayendo de rodillas y adivinando algo de espantoso en aquel hombre.

Asima no contestó, pero el alarido desgarrador que brotó de la garganta de aquella madre, y que arrastró el viento en las alas de la tempestad, le hizo comprender que aquel niño lo era todo en tan supremo instante; que en él estaba enlazada la grandeza de la Francia, y que arrebatado de su poder, como acontecería de un momento á otro, perdía su prestigio, su nombre, su aureola.

Entonces un pensamiento siniestro cruzó por su imaginación. Arrebató precipitadamente la pobre

criatura del seno de la madre, y lanzando un ronco mugido saltó sobre los peñascos y corrió precipitadamente á la punta donde poco antes había estado Ottoboni.

Ya era preciso: sentíanse cada vez más cercana la carrera de los caballos de sus enemigos.

Elena arrojó un grito indefinible al ver que le arrebataban á su hijo, y hubiera caido muerta á no ser más poderoso ese sentimiento divino de madre que da fuerzas y conserva la vida para salvar al precioso objeto de su alma ó perecer con él. Elena entonces sintió que su espíritu le daba un vigor desconocido y sobrenatural; sin saber el terreno que pisaba, sin temor á la borrasca, ni á la noche, ni al huracan, comprendió que su corazón se hacía pedazos, que su sangre quedaba cuajada en las venas, y que aquel átomo de vida que le quedaba, fuerte y violento, le daba resistencia para hacer frente á tan tremenda crisis.

Luego que sintió el llanto de su hijo, así que escuchó el grito gemebundo del pobre niño, corrió como una loca, se arrojó á los piés de Asima, abrazó sus rodillas convulsivamente, y se dejó arrastrar de este modo gritando:

—¡Mi hijo!... ¡mi hijo!... ¿Qué vais á hacer con mi hijo?

Un cárdeno relámpago alumbró por algunos segundos aquel grupo de desesperación; grupo donde una madre se arrastraba en lo alto de una roca, y donde un hombre con un niño levantado en alto trataba

de desasirse del lazo que formaban los brazos de aquella desgraciada.

Aquel relámpago iluminó el horrendo cuadro y delineó todos sus pormenores.

A su pálida luz vió Asima á tres ginetes que avanzaban hácia él con la fuerza del torbellino.

A su pálida luz vió Elena que estaba sobre un precipicio, á veinte varas de altura sobre el mar.

—¡Oh! dadme mi hijo... dadme mi hijo,—gritó de nuevo con la convulsión del dolor y de la agonía... —Piedad... piedad para una madre desgraciada... En nombre del cielo... yo os entregaré mi sangre, mi vida... mi honor, mi corazón... mi alma... Todo os lo entregaré pedazo por pedazo... átomo por átomo, con tal que me devolvais á mi hijo... Yo seré vuestra esclava... os serviré de rodillas, besaré la mano con la que me claveis un puñal, si es que quereis la existencia de esta infeliz mujer... ¡Pero mi hijo!... ¡mi hijo!..

Y Elena mordia las piernas de Asima, se enlazaba á ellas como si sus brazos fuesen dos serpientes.

—¡Vuestro hijo!—contestó Asima con voz enronquecida... —¡Oh! mandad al cielo que suspenda la tempestad, detened con vuestra mirada á esos ginetes que se descubren debajo de nosotros, pero no me pidais á vuestro hijo. ¡Oh! esta es la prenda de mi triunfo y de mi venganza. ¿Sabeis, señora, que si os entrego á vuestro hijo, no me vengo de cuatro años de derrotas y afrentas, ni satisfago los manes de una mujer que murió envenenada, no por mi culpa, sino por culpa de

vuestro hermano? ¿Sabeis, señora, que sobre este niño pesan destinos que os son desconocidos tal vez, y que yo, genio mandado por una voluntad poderosa, debo hacer que desaparezca de la tierra? ¡Oh! cúmplase lo que está decretado en el cielo ó en el infierno... no hay remedio.

Y Asima dió un paso más hácia el precipicio.

—Deteneos... deteneos, —gritó Elena erizado el cabello, la mirada encendida, secos los ojos como dos carbones enrojecidos.

—No, no, imposible. Mirad á vuestros piés... ¿No sentís ese ruido?... ¿no descubrís tres bultos en el fondo?... pues son *ellos*; esos hombres inexorables que me persiguen por todas partes, que caminan en pos mio como tres demonios. *Ellos* que corren á salvaros y á salvar á vuestra hijo, pero cada paso más que dan hácia nosotros es un momento de vida menos en esta criatura .. ¡Oh! miradlos, miradlos, ya se acercan; dentro de pocos instantes...

Al decir estas palabras estalló un rayo en el confin del cielo A su vivísima claridad se descubrieron las profundidades tenebrosas de aquellos peñascos, y Elena vió la pálida figura de su hermano avanzando hácia la punta donde estaba ella y su enemigo.

—Martín... Martín,—gritó extendiendo hácia él los brazos con desesperación.

—Sí, sí,—contestó Asima lanzando una carcajada sardónica...—llamad... llamad á esa maldita raza á que presencien el hecho. Hacedles que se aproximen...

Ellos encontrarán un cadáver sobre las aguas, y ese cadáver será el de vuestro hijo.. será el del hijo de Carlos II.

Elena no pudo articular una palaba; vió agitarse sobre la cabeza de aquel mónstruo la débil figura de su hijo; sintió sus gritos desgarradores, quiso arrojarse sobre él... pero ya era tarde.

El niño lanzado al espacio, cayó desde el precipicio al mar.

—¡Mi hijo!... ¡mi hijo!—fué lo único que pudo decir aquella madre, cayendo muerta sobre la roca. . .

. . . .

Asima había quedado petrificado con los brazos sobre el pecho, y con una sonrisa indefinible miraba al abismo, cuando vió alzarse delante de él tres figuras imponentes.

Eran Martín Gorbea, Pedro Rangel y Guillermo Brun.

El asesino se volvió hácia ellos, como si tratase de rechazar los que creía fantasmas de su imaginación.

Pero en el momento vió á uno de aquellos vengadores de la sangre inocente que avanzaba hácia él.

Llevaba una pistola en la mano... Asima invocó su antiguo valor, pero no tuvo fuerzas para moverse.

—Existe un Dios que envía el castigo sobre tu cabeza,—dijo el recien llegado con voz reconcentrada. —Asesino de niños, muere como un perro, pues no eres digno de morir como hombre.

El gatillo de la pistola se dobló; saltó el fuego; brilló la explosión.

El que disparaba era Martín.

Asima, inmóvil, con el cabello erizado, la vista desencajada, sintió que la bala penetró en su pecho; quiso gritar y no pudo, quiso dar un paso adelante y retrocedió extendiendo los brazos.

Entonces pasó una cosa horrible.

El mónstruo perdió terreno, miró por última vez aquel mundo, aquella luz sulfurosa de la tempestad; un torrente de sangre salió de su boca y cayó de espaldas rodando de peñasco en peñasco hasta ser devorado por una negra y gigantesca ola.

El matador de Asima tomó á su hermana en sus brazos.

—Ya estás vengada, hermana mía,—dijo besando su frente helada por el soplo de la muerte.

—Sí,—contestó Pedro Rangel extendiendo su brazo hácia el mar;—hemos vengado á tu hermana y á nuestros amigos; ahora venguemos al rey... venguemos á la España.

El mar contestó á aquel acento poderoso; el abismo enronqueció y cubrió con blancas espumas el sepulcro de Carlos II. Dios hizo que estallasen todos los estruendos y todas las convulsiones de la naturaleza, para ahogar los gritos del dolor y de la venganza...

La noche, el mar, el cielo, todo pareció confundirse para ocultar aquel drama espantoso. Los tres caballeros partieron como tres fantasmas...

Ellos llevaban sobre sí el destino de la España.

Pero ¡ay! ¡ya era tarde!... ¡Al día siguiente tuvo un fin desgraciado aquella guerra en las orillas del Ter.

¡Así estaba escrito!

FIN.

ÍNDICE

DE LOS

CAPÍTULOS QUE CONTIENE EL TOMO SEGUNDO

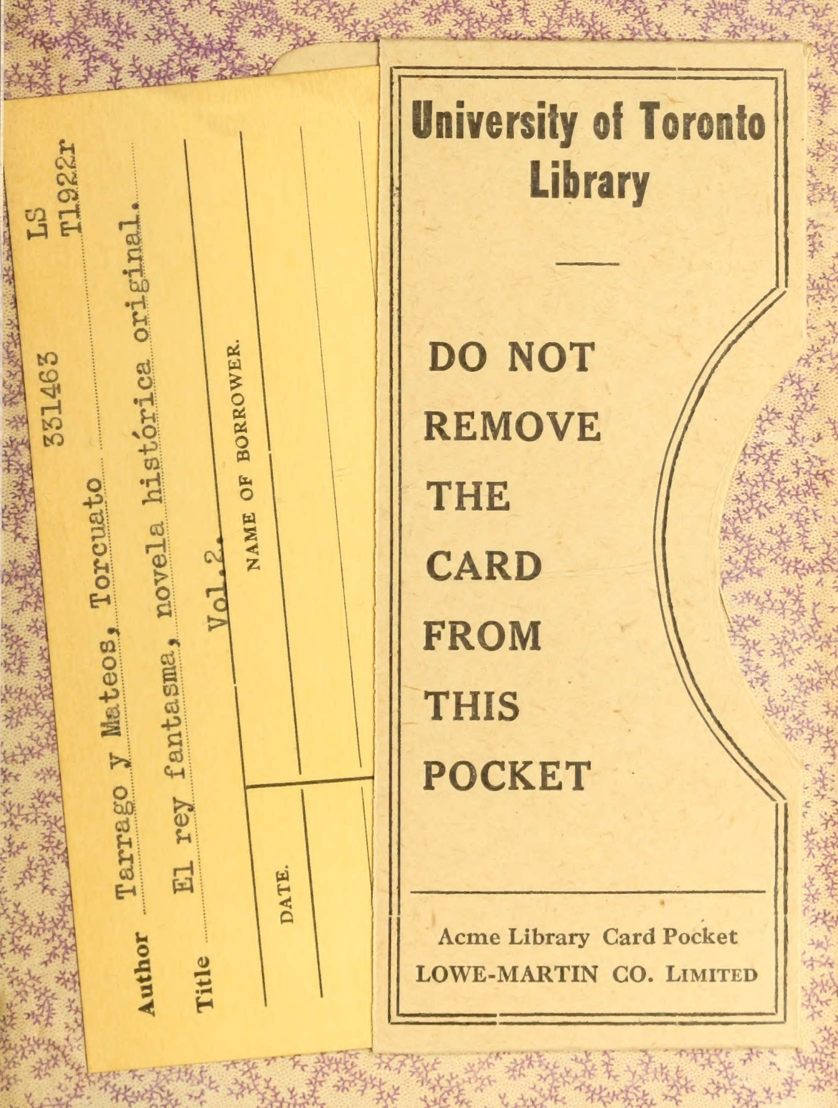
PLANTILLA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

TOMO PRIMERO

TOMO SEGUNDO





LS
T1922r
331463
Author Tarrago y Mateos, Torcuato
Title El rey fantasma, novela histórica original.
Vol.2.
NAME OF BORROWER.
DATE.
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

